













M

228



1692

**EL ESPIA**

**DEL GRAN MUNDO.**

NOVELA ESCRITA EN FRANCES

POR

**M. H. DE SAINT-GEORGES.**



**ADMINISTRACION DEL CORREO DE ULTRAMAR.**

CALLE DEL FAUBOURG MONTMARTRE, 10.

1850.



EL ERRIA

DEL GRAN MUNDO.

SECRET DE ANTOINE LANTON

**IMPRESA DE AD. BLONDEAU.**

CALLE DU PETIT CARREAU, NUM. 32.



SECRET DE ANTOINE LANTON

CALLE DU PETIT CARREAU, NUM. 32.

1831



---

---

# LA SIBILA.

---

## I.



Un año hacia que el reino de Nápoles había vuelto á entrar en la dominacion de sus antiguos reyes. Fernando I, ó si se quiere, Fernando IV de Sicilia, acababa de colocarse en el trono de sus abuelos.

La caballeresca epopeya de Murat, terminada sobre la playa de Pizzo el 13 de octubre de 1815, había aumentado con un capítulo sombrío la historia sangrienta de las represalias políticas. Entónces era el tiempo de las restauraciones, como el nuestro es el de las revoluciones.

¿Han ganado alguna cosa los pueblos en este cambio?

Luis XVIII reinaba en Francia.

Los reyes proscritos se apoderaban de nuevo de las coronas calientes aun por las frentes plebeyas que las habían llevado.

La Europa entera se había levantado contra el gigante que de un soplo derribaba los antiguos monarcas del derecho divino, para reemplazarlos con sus hermanos y jenerales... ¡Y el gigante había sucumbido entre ellos!

Las águilas imperiales, despues de haber tenido entre sus garras poderosas la España, la Italia, la Holanda, la Prusia y otros reinos, habían tomado su vuelo hácia la tierra del destierro, y se habían reposado sobre la roca salvaje donde los aliados implacables atormentaban á un nuevo Prometeo, el mas ilustre vencido de los tiempos modernos.

La Europa respiraba con avidez un alre de calma y de paz, de la que sus pulmones sofocados por quince años de guerra habían perdido la dulce costumbre.

El Carnaval de 1816 se anunciaba en Nápoles bajo los auspicios mas brillantes; y la nobleza de las Dos Sicilias, feliz por una restauracion que le volvia sus títulos y privilejios, se preparaba á pasar alegremente estos dias de placeres.

En cuanto al pueblo napolitano, el pueblo mas indolente del mundo, se preparaba á saludar con sus gritos de gozo los coches de sus Escelencias disfrazadas, desfilando por las calles de Toledo y de Chiaia, como había aplaudido las paradas reales y los festines con que Murat, ese rey teatral, divertia la indolencia y la curiosidad de sus súbditos.

El 20 de febrero de 1816, Nápoles había enarbolado el estandarte de la locura desde el



amanecer; y mil músicas alegres resonaban desde Monte Calvario á Porto Peudino. Las casas, empavesadas de banderolas, parecían disfrazadas como sus habitantes.

Una fila de carruajes elegantes recorrían lentamente la calle de Toledo, desde Santa Lucía hasta el camino del Campo, y las máscaras que llenaban estos coches cambiaban una metrala de dulces, naranjas y flores con los espectadores colocados en los balcones.

Estos combates burlescos tienen lugar igualmente en el Corso de Roma, durante el Carnaval, con la diferencia de que los proyectiles empleados por los romanos ¡son de yeso! . . . Los napolitanos emplean mas elegancia y buen gusto; pero todo esto no era mas que el preludio, ó mas bien el prólogo de la verdadera fiesta que preocupaba á la ciudad entera.

Un baile magnífico, un baile de máscaras, debía tener lugar por la noche en el teatro de San Carlo.

¡San Carlo, que con la Fenicia de Venecia, Argentina de Roma y Scala de Milan, forma ese maravilloso cuarteto de los primeros teatros de Italia, los mas espléndidos y los mas vastos del mundo!

¡Un baile de máscaras!. . . ¡Un baile iluminado *á giorno*, donde habian prometido concurrir el rey y la córte!!!

¡Qué emulacion no debía escitar en todas esas imajinaciones exaltadas por aquella época de locuras!

Así, todo lo que habia entónces en Nápoles de señores opulentos, de mujeres elegantes y ricos extranjeros, se prometian brillar en lujo en aquella noche brillante.

Llegó en fin esa noche tan deseada de los amantes, de las coquetas, y de aquella multitud alegre que algunas horas ántes hacia resonar en la ciudad sus gritos de júbilo. Todos se precipitaron y sumerjieron en los vastos flancos de San Carlo. . . y Nápoles se quedó silencioso y desierto. . . y el alma de ese cuerpo inmenso parecia haberle dejado para animar la caterva de locos que se ajitaban en el teatro.

No emprenderemos el describir los episodios variados de esta saturnal, pues los bailes de máscaras de todos los países se parecen en cuanto al fondo.

Pocas intrigas picantes.

Las aventuras orijinales están todas gastadas.

Muchas banalidades.

Sorpresas previstas, dramas vulgares cuyos héroes se crean todos predestinados.

Algunas máscaras sombrías circulaban con una agitacion febril en medio de la multitud ruidosa, y sus ojos ardientes lanzaban á cada dominó que se aproximaba relámpagos de furor ó de envidia y celos.

¡Máscaras odiosos! ¡verdaderos agua-fiestas! á caza de bellezas infieles, mas ocultas y mas defendidas por sus conchas de raso inviolables, que los guerreros de la Edad Media con sus cascos y viseras de hierro.

Las doce de la noche acababan de dar en los treinta y dos relojes de las iglesias principales de Nápoles, cuando se vió entrar en el salon de San Carlo cuatro *pulcinelli* de bracer o, y como ligados entre sí por cadenas de bronce invisibles; pues todos los esfuerzos del flujo y reflujo de la multitud no fueron capaces de separarlos.

El polichinela napolitano no tiene nada de comun con el de Francia.

Es una especie de paisano, vestido de un pantalon de lienzo blanco, cubierto de un sombrero puntiagudo de fieltro, y el rostro medio oculto con una careta negra, ó á veces con una nariz de dimension colosal.

¡Pero la nariz es lo superfino del traje!

Nuestros cuatro *pulcinelli* llevaban caretas.

Estos cuatro desconocidos hacían á la vez el mismo ademan, hablaban el mismo dialecto napolitano, avanzaban, reculaban, se sentaban ó se levantaban á un tiempo, hasta tal punto que parecia no tenían mas que un alma para cuatro cuerpos, ó mas bien un solo cuerpo con una sola alma.

Esta entrada orijinal no podia dejar de atraer la atencion, y muy presto se formó un círculo inmenso en derredor de ellos.



El objeto secreto de los desconocidos fué sin duda conseguido por el efecto que produjeron, pues, léjos de tratar de sustraerse, se colocaron en medio del círculo, y siempre sin soltarse los brazos interpelaban á los que los rodeaban, nombrándolos sin piedad, y revelando á la multitud ansiosa y curiosa de escándalo detalles íntimos sobre los negocios ó las costumbres de sus víctimas; y todo ello en un tono tan curioso y sencillo á la vez, que los mas maltratados no podian ménos de reirse ellos mismos de los chistes sangrientos que les eran dirigidos.

Sin embargo, los desconocidos jugaban un juego terrible, pues no respetaban ni el rango ni el nacimiento, y los mas nobles no eran los ménos cargados... Pero un observador fino habria notado que los cuatro pulcinelli tenian cada uno la mano derecha metida entre los pliegues de su traje; acaso era para contener los latidos precipitados de sus corazones; quizás tambien para tener empuñado el mango de esos largos cuchillos napolitanos que no abandonan jamas á sus amos en las ocasiones difíciles.

El drama seguia así, palpitante de rasgos imprevistos, de revelaciones estrañas, y todo lleno de accidentes por las agresiones violentas de los desconocidos, y frecuentemente por las respuestas picantes de sus adversarios, cuando un nuevo incidente vino á reanimar aun mas el interes que esta escena inspiraba á sus espectadores.

Una mujer, cuyo talle y formas ocultaba perfectamente un traje de Sibila y cuyas facciones cubria una careta horrible, se separó de la multitud, y poniéndose enfrente de los pulcinelli, dijo :

— Pues que sabeis tantas cosas sobre todo el mundo, señores pulcinelli, no sentiréis acaso que se diga algo sobre vosotros mismos, y yo me encargaré de hacerlo de buena gana.

— ¡De veras!... — dijo el pulcinelli n.º 1.º — La Sibila de Cumes es muy vieja para conocer lo pasado!

— ¡Muy mala para inventar el presente! — dijo el n.º 2.º.

— ¡Muy bruja para adivinar el porvenir! — dijo el n.º 3.º.

— Pero no será bastante audaz para hablar de lo que á nosotros toca, — dijo el n.º 4.º; — pues ¡por la serpiente Python! al primer oráculo que no nos convenga se hallarán ocho brazos vigorosos para enviarla al reino de Pluton, de donde la bruja no ha debido salir.

— ¡Por Hecuba! — exclamó la sibila. — ¡Vaya unos cuatro palurdos osados, que piensan que ellos solos tienen aquí el derecho de mirar bajo las caretas y leer en el fondo de nuestras conciencias! Sabed, mis bellos insultadores públicos, que á cada uno le llega su vez en este mundo... y en el mundo disfrazado sobre todo! He dejado espresamente el antro de Cumes, para vengar á estos pobres de vuestros sarcasmos, y á ver vamos si la lengua de una mujer sola no vale tanto como las lenguas de cuatro hombres... ¡aunque sean lenguas de pulcinelli!!

— ¡Es justo, es justo! — gritó la multitud. — ¡A cada cual su turno! ¡habla, sibila! No temas nada, pues te protegeremos. ¡Muerde bien á los pulcinelli!!... ¡es la pena del talion!

Y durante estas exclamaciones, partidas de todos los puntos de la sala, el círculo se estrechaba en derredor de los desconocidos; y podia verse en la palidez de sus labios, que la careta dejaba descubrirlos, que una viva emocion se habia apoderado de ellos.

— Primeramente, — continuó la sibila, — ¿quereis saber los nombres de estos personajes misteriosos?

— ¡Habla, habla! — gritó la multitud.

— Y luego, despues de sus nombres, ¿queréis saber su vida íntima, sus proyectos secretos, sus virtudes y vicios?

— ¡Sí, sí... — gritaron todos; — los vicios sobre todo... eso será mas divertido!

— Y bien, — dijo la sibila, — el mayor de los ilustres desconocidos, por la talla desde luego... y por el rango enseguida, se llama...

En el mismo instante, y como movidos de un resorte, los brazos de los cuatro pulcinelli se agarraron, y formando un anillo se lanzaron en el centro envolviendo á la pobre sibila como la oveja en la cola de la serpiente Boa.

Pero el pueblo enmascarado de San Carlo queria su venganza; queria que se desgarrase



á los que le habian desgarrado á él mismo... ¡Era justo, y la justicia de las masas es siempre terrible!

Así, pues, en el momento en que la multitud de espectadores comprendió la intencion de los pulicinelli, y cuando vieron que iba á faltarles el espectáculo quitándoles su principal actriz, hubo una pelea jeneral entre las máscaras y los desconocidos tratando de separar sus brazos indivisibles, derribando las cuatro murallas humanas entre las cuales se ajitaba en vano la sibila.

Un nuevo tumulto de un carácter mas pacífico estalló repentinamente en la entrada principal del teatro. Las palabras magnéticas: *¡ Il Re!...* resonaron bajo las bóvedas de San Carlo, repetidas por mil voces á la vez; y fué tal el prestigio de estas palabras, que los cuatro desconocidos se hallaron libres de sus adversarios en muy pocos segundos.

La oleada que amenazaba sumerjirlos remontó rápidamente hácia su orijen, y aquel océano de hombres y mujeres ajitado por tantas pasiones diversas se quedó en un instante silencioso y en calma, habiendo bastado para obrar este prodijio las dos solas palabras *¡ Il Re!*

En efecto, el rey de las Dos Sicilias, Fernando IV, acababa de aparecer en su palco, rodeado de su córte, brillante como él de pedrerías, vestidos todos con las insignias reales, que, por mas que se diga, entran bien por algo en el respeto de los pueblos hácia los reyes.

La diversion repentina que causó la llegada del soberano, cambió completamente la faz de la lucha que se preparaba entre las máscaras y los pulicinelli; la victoria quedó por estos sin combate, y les entregó á la temeraria sibila, mas sorprendida que asustada por la desaparicion de sus defensores.

Aprovechándose de esta circunstancia, los cuatro pulicinelli estrecharon el anillo vivo con que aprisionaban á su enemiga; enseguida la tomaron en brazos, atravesaron lijeramente el salon del baile, ganaron una de las salidas ménos frecuentadas, y pocos minutos despues, colocándola en una berlina escelente, rodaba con velocidad por el camino de Castellamare.

Para esplicar este raptó atrevido, debemos decir que la heroína parecia prestarse á él de muy buena gracia, que no salió de sus labios un solo grito, y que ningun ademan hizo presumir su resistencia.

Si hubiera sido de otra manera, puede ser que los atrevidos pulicinelli se hubiesen valido de algun medio violento para contenerla; pero una querida adorada huyendo de la casa de un tutor celoso no se presta con mejor voluntad que lo hizo la vieja, como si se tratase de un raptó amoroso.

Al cabo de una hora de marcha, la berlina se paró delante de una calle de árboles tan espesos y sombríos, que era imposible descubrir la puerta que cubrian.

A esta puerta se hallaban los cuatro desconocidos, y dos de ellos ofrecieron la mano cortesmente á la sibila para que bajase de la berlina; luego la introdujeron en un patio embaldosado de mármol, y atravesando con ella un elegante vestibulo iluminado por candelabros de bronce, entraron finalmente en un salon cuyo aspecto podia hacer dudar de los desastres del Herculano y Pompeya, pues la pieza reproducia el estilo estraño y el lujo de estas dos ciudades célebres. En efecto, un gusto admirable y una ciencia arqueológica maravillosa habian presidido al arreglo, ó mas bien á la resurreccion de aquel salon antiguo; se hubiera dicho que cada adorno habia sido disputado y robado á las cenizas que le cubrian, pues hasta las paredes mismas reproducian esos frescos admirables de unas líneas tan puras y unos colores tan vivos.

Camas cubiertas de una tela de púrpura guarnecida de oro, rodeaban una mesa baja, llena de esas bellas ánforas y esos ricos aguamaniles donde se servian en otro tiempo los vinos de Salerno y Siracusa.

Unas lámparas de plata iluminaban un espléndido festin, cuyos platos apetitosos parecian robados de la mesa sumptuosa de Lúculo, y no podria jurar que no se podian ver hasta de aquellas terribles murenas, servidas en platos de oro, que el atroz y célebre goloso hacia engordar con la carne de sus esclavos.



— Y entre todas esas maravillas exhumadas de tantos siglos pasados, en lugar de griegos ó etruscos, antiguos habitantes del Herculano, en lugar de esos elegantes Fabios que, según Ciceron, habian escogido su residencia en esa ciudad preciosa de la Campania, se veía una sibila y cuatro pulicinelli del bai'e de máscaras de 1816!...

Pero la escena tomó muy presto un aire de dignidad que parecia imposible, si se consideraba el extraño contraste y los burlescos disfraces de los actores.

— Señora, — dijo el pulicinelli que la sibila habia designado como el mas importantante de los cuatro, — llegais aquí bajo unos auspicios muy tristes, porque llegais como enemiga vencida... Pero dad gracias al infierno, patria de las sibilas, de no haber revelado á ese pueblo de locos nuestros secretos, que pretendéis conocer, pues habria en ello una traicion, y no ignorais el precio á que la hubierais pagado...

— Ese precio se paga con la hoja de un puñal, mi bello pulicinelli, — dijo con sangre fria la sibila; — pero como los nobles hacen siempre las cosas con grandeza, no era la hoja de un puñal... ¡eran las hojas de vuestros cuatro puñales las que amenazaban el pecho de una pobre mujer!

— ¡Juro por mi madre, que no la habria matado! — dijo uno de los desconocidos.

— ¡Ni yo! — dijo el segundo.

— ¡Ni yo! — añadió el tercero.

— ¡Yo habria tenido ménos escrúpulos que vosotros! — repuso el que parecia ser su jefe, — pues la primera sílaba de mi nombre hubiera hecho salir mi puñal de la vaina, y la última le habria hecho sepultar en el seno de esa bruja!

— ¡Hiéreme, pues, *conde de Monteleone*! — dijo la vieja con la mayor calma, — pues acabo de pronunciar las cinco sílabas de que se compone el nombre de tu padre!...

Y quitándose de repente la máscara descubrió á los ojos de los pulicinelli el rostro mas precioso que se puede ver.





---

---

## LA CASA ETRUSCA.

---

### II.



A Felina! .. —esclamaron cuatro voces á la vez.

— ¡ La Felina! — repitió la jóven. — Prima dona de San Cárlo... y que esta noche ha cambiado de empleo en beneficio de vuestras escelencias...; pues no es aun ni de edad, ni tan fea que deba representar las dueñas y las características!

— ¿ Y la Felina cree conocernos? — dijo el que ella habia llamado Monteleone, ajustando la careta á su rostro.

— La Felina no cree conoceros... la Felina os conoce; y para que no lo dudeis, va á deciros á cada uno bajo las bóvedas de este misterioso salon, lo que podia hacer saber á la multitud bajo las bóvedas de San Cárlo.

Enseguida, sentándose medio acostada en esa postura griega con que se nos representa á Lais y Phrynea, la Felina paseó sus ojos de terciopelo sobre sus cuatro oyentes, mientras que estos echaban sobre ella unas miradas ardientes de admiracion, á traves de sus máscaras, á las que se mezclaba una viva curiosidad.

— ¡ A todo señor, honor! — dijo ella dirigiéndose á Monteleone. — Pasaremos por alto las proezas conocidas de Vucencia, pues no me gustan las banalidades, y los maridos engañados, las jóvenes seducidas, los duelos en que no teneis rival... todo eso es comun, vulgar, y sabido de toda la ciudad... y seria una sibila bien pobre la que se hiciese el eco de unas cosas pasadas ya á la boca de los lazaroni. Por otra parte, ¡ San Pedro no hace ya milagros, y el amor en Nápoles es mas poderoso que todos los santos del cielo... y el amor ha convertido á Su Escelencia!

— ¡ El amor! — dijo el conde estremeciéndose de sorpresa.

— ¡ Ah! ah! — continuó la Felina, — parece que monseñor empieza á creer en la sibila!... El amor, sí, que inspira á su escelencia una jóven y preciosa niña cuyo hermano no está lejos de aquí... Pero ese amor no es correspondido por el temor que se tiene de la inconstancia de su señoría... ¡ y es mal hecho, pues vuestra Señoría ama seriamente esta vez!...

Pero hablemos ahora de cosas mas graves... Conde de Monteleone, el rey Murat os ha devuelto los bienes de vuestro padre, conspirador que por sus manejos sediciosos pagó con su vida durante el reinado de Cárlos III... pero el heredero del que os habia despojado



ha subido al trono de sus mayores... y vos conspirais contra Fernando 1º, como vuestro padre ha conspirado contra Carlos III... porque ambicionais los honores y el poder, que Fernando rehusará siempre al hijo del ajusticiado en el castillo del Huevo.

— ¡Mentira!... — exclamó Monteleone fuera de sí, y arrancándose la careta; — un hecho semejante seria culpable y hasta indigno. Aborrezco á Fernando, porque su padre ha hecho matar al mio; y yo no quiero mas que lo que queria la víctima de Carlos III... no empleos, dignidades ni honores, sino la libertad, la grandeza y la emancipacion del pais.

— ¡Silencio! — interrumpió la Felina; — la mitad de esa declaracion bastaria á la policia del rey Fernando para haceros encerrar en un calabozo!... y ya sabéis como salió de él vuestro desgraciado padre!...

— ¿Y qué os importa á vos, que queríais hace poco revelar mis proyectos en medio del salon de baile de San Carlo, y descubrirme á los que me buscan?

— ¿Estais bien seguro de que fuese tal mi intencion? — dijo la actriz. — ¡Paciencia!... yo no he venido aqui para ocultaros mi objeto, y lo sabréis dentro de poco;... pero ánte todas cosas es preciso que las cuatro caretas calgan delante de mí... La vuestra ha dado ya el ejemplo, conde de Monteleone, las de vuestros amigos no tardarán en seguirle.

— Puesto que ya me habiais conocido, ¿para qué servia el ocultaros mis facciones? — respondió el conde.

— Vuestra careta no me las ocultaba, — repuso la Felina, — ni mas ni ménos que las de vuestros compañeros... ¡Vamos, bello aleman!, — continuó ella, dirigiéndose á uno de los tres pulicinelli, — dejadnos ver esa rubia cabellera y esos ojos inspirados... Salido hace cuatro años de la universidad de Goetingen, con la cabeza y el corazon llenos de esas doctrinas infernales que han armado el brazo de Sand, tu bella y noble naturaleza se estravía entre esas utopías odiosas é imposibles! Sueñas un nivelamiento jeneral, como si la inteligencia, el valor y el jenio pudiesen sujetarse nunca á vuestro nivel revolucionario... pues el jenio, la inteligencia y el valor dan en este mundo poder, fortuna y grandeza. Y si el acaso conduce algunos dichosos á una de esas tres excelencias de la vida, los fuertes las consiguen por su propio valor, y vosotros no les impediréis jamas que lo consigan. Créeme, Federico de Apsberg, tu padre, el venerable pastor de Elbogen, se hallará mas satisfecho si su hijo emplea su mérito real en cicatrizar las llagas sangrientas de la Alemania, su patria, que de verle avlvar unas teas incendiarias que no alumbrarán muy presto mas que cadalsos!

La segunda careta cayó.

El fuego sobrenatural que animaba los ojos de la Felina se convirtió muy presto en una dulce melancolía, al dirigirse al segundo compañero de Monteleone, diciendo:

— ¡Tadeo Rovero!... tú, el hijo querido de la madre mas adorable, tú, cuyo corazon es puro y tierno como el de una niña... ¿qué demonio ha podido hacerte el ajente de una conspiracion, el adepto de una sociedad secreta, donde lo primero que se pone en juego es el reposo del cuerpo y la paz del alma?... ¡Piensa en tu madre, Tadeo, pues el dia en que las puertas de un calabozo se abrian para su hijo, las puertas de la tumba se cerrarán para ella!...

Tadeo Rovero se quitó silenciosamente su máscara.

— Señora, — dijo el conde, — la comedia se vuelve drama... y vuestra manera de intrigar á cuatro pulicinelli alegres se hace lúgubre... ¡demasiado lúgubre para una noche de carnaval!

— ¿Es culpa mia, señor conde, — repuso la Felina, — si los pulicinelli son conspiradores, y si sus manos están armadas de puñales en lugar de ajitar los cascabeles de la locura de carnaval?... Pero tranquilizáos, señor, el último de vuestros compañeros no tiene que oír de mi boca nada de muy grave; ese es un conjurado jovial cuya lijereza francesa acepta ese papel como un pasatiempo de viaje en pais extranjero... Conspira por ocuparse en algo durante los ratos desocupados que le dejan sus numerosas conquistas... Bravo y lijero como sus compatriotas, ama el peligro por gusto y por naturaleza, pues su imaginacion ardiente le trasforma en héroe... ¡Los laureles de Mazaniello le impiden el dormir... y se ba-



tiria por hacer alguna cosa! .. Por otra parte, un héroe es siempre bien visto de las damas, y el elegante vizconde d'Harcourt no sentiria poder contar á las bellas duquesas del arrabal de San German alguna historieta sombría de arresto y cautividad, que hiciese latir mas de un corazon...

— ¡Señores, yo no he perdido nada por oír! — dijo el vizconde d'Harcourt, haciendo volar al techo su careta. — ¡La Felina me protege!... Ella os ha hablado de prudencia, razon y deber... y se burla de mí... Pero ¡por sus ojos! los mas bellos que he visto en mi vida, no tendré el mal gusto de quejarme... tanto ménos cuando el retrato no deja de tener semejanza, aunque no sea muy favorecido; y deseo probar á mi pintor, — añadió arrodillándose á los piés de la prima donna, y besándole la mano, — que no guardo el mas mínimo rencor.

— Ne esperaba yo ménos de un noble francés, — dijo la Felina, — de la flor y nata de esa aristocracia... ¡la primera del mundo por su elegancia y buen gusto!

— ¡Bebo á la salud de nuestra enemiga!... — repuso el vizconde, llenando una copa de *lacrima-cristi*, — y os invito á seguir mi ejemplo!

— Vizconde, — dijo Monteleone en tono severo, deteniendo el brazo del jóven francés, pronto á llevar la copa á sus lábios, — esa mujer ha querido perdernos, esa mujer posee nuestro secreto... ¡y acaso mañana nos habrá denunciado!

La Felina mudó de color; sus dulces y preciosas facciones se oscurecieron, y brilló en sus ojos un relámpago de indignacion.

— Señores, — dijo ella en tono solemne, y levantándose con majestad, — el momento ha llegado de revelaros mi secreto, y el motivo que me ha guiado en nuestro encuentro.

El conde de Monteleone, acusado de conspiracion contra el gobierno del rey Fernando, hace tres meses que le persigue la policia de Nápoles, y hasta sus amigos eran sospechosos ya .. Cuando todos creen al conde léjos del reino y en seguridad, supe ayer que, por una temeridad sin ejemplo, habiais formado los cuatro el atrevido proyecto de ir á insultar á vuestros enemigos en medio del baile de San Carlo!...

— Nuestro proyecto tenia mas importancia que una simple bravata, señora; — exclamó Monteleone, —pues bajo la máscara protectora íbamos á revelar á ese pueblo indolente unos derechos que ignora, y de los que deberia gozar.

— ¡Ibais á perderos, y nada mas! — exclamó la Felina, — y yo he querido salvaros llamando la atencion hácia mí, entre la multitud que os rodeaba. Esperaba que la amenaza de descubrirnos á esa multitud ofendida detendria el torrente de vuestras imprudentes palabras; y léjos de patentizar vuestro incógnito, como lo habeis presumido, iban á salir de mis lábios cuatro nombres ignorados, cuando un incidente feliz ha venido á poner término á una escena tan peligrosa para vosotros.

— Felina, — dijo Monteleone, — las almas ménos cándidas que la mia, por ejemplo, las de mis jóvenes amigos Federico y Tadeo, podrán creer la novela que vuestra fecunda imaginacion acaba de inventar; pero falta una sola cosa para que yo pueda darle crédito, y es la verosimilitud!

— Conde de Monteleone, — respondió enérgicamente la Felina, — Hay una cosa superior á la verosimilitud... y es la verdad! La verdad es lo que acabo de decir, y no dudareis de ella cuando hayais oido el resto de la revelacion que voy á hacer: ¡Amo á uno de los cuatro... y le amo con un amor sin límites... con un amor capaz de dar mi vida por él!... La idea del peligro que corria me hubiera hecho arrostrar mil muertes por salvarle... y me inspiró el proyecto que he realizado. ¡Pero el que yo amo no lo sabrá jamas!... ¡Providencia invisible, velaré sobre sus dias, sobre su destino, sobre su dicha... y ese será el objeto sagrado de mi vida! No trateis de penetrar mi secreto, señores, pues mi secreto bajará conmigo á la tumba.. ¡Mi alma, toda de fuego por el que amo, pondrá su honor, su gloria, su relijion, en ocultarle lo que inspira!... Y si he de explicaros este doloroso enigma... ¡es porque soy, y seré siempre indigna de él!...

La Felina calló, y los cuatro hombres que la rodeaban la contemplaron con una admiracion muda. Sus corazones latian con violencia al oír este discurso extraño, y aquella mujer



cuyo rencor temian hacia poco, habia obrado bajo el imperio de la mas viva pasion.... El uno de ellos inspiraba esa pasion noble, decidida, misteriosa; ¡debia ignorar siempre que él fuese el objeto de ella!

La enerjia de la cantarina, su rara belleza, su talento fino, su razon tan recta, y su corazon tan ardiente... todo esto debia hacer la dicha de uno de los cuatro amigos, y tantos encantos, un tesoro tan precioso, ¡serian eternamente perdidos para él!

Cada uno de estos hombres exaltados se interrogaba en secreto acerca de lo que sentia por aquella mujer.... y todos sentian sus corazones conmovidos por esa confidencia apasionada.

¿Quién podia ser el que la Felina preferia? ¿Cuál de los cuatro habia hecho nacer ese amor sublime que no pedia ni simpatia ni correspondencia, y se imponia la ley de no vivir mas que de sacrificios y decision?... ¿Un amor que, juzgándose duramente, se declaraba culpable y profano, inmolándose en honor del que le inspiraba?

¡La vida de Felina no estaba esenta de culpas!

Nacida en Bolonia, de una familia noble, su brillante educacion habia desarrollado las facultades de su rica naturaleza. La ruina de sus padres la habia lanzado en esa carrera peligrosa del teatro, donde la seduccion es permanente, donde la virtud de la artista jóven y hermosa se halla con frecuencia rodeada de peligros irresistibles.

Los triunfos de la Felina, la primera cantarina de Italia, su belleza encantadora, y su natural distincion que llevó á un arte donde se halla tan raramente, todo habia contribuido á rodear de lazos los primeros pasos de la prima donna. La virtud de la Felina fué el objeto de la admiracion jeneral durante largo tiempo; su alma elevada resistió á las seducciones de la opulencia y la grandeza, pero un dia... el astro tan puro se empañó... ¡el ángel habia caido!...

La modesta y casta jóven se hizo una mujer apasionada... Sus amores célebres ocuparon la Italia en un principio; luego no se pensó ya mas que en la incomparable artista; y cuando la encontramos en Nápoles, el misterio mas profundo é impenetrable protejia su vida privada, pero el mundo no se ocupaba mas que de su talento.

El conde de Monteleone ántes de su proscripcion, y sus amigos mismos, no la conocian mas que por haber unido su tributo de entusiasmo al que le acordaba el público diariamente; y por tanto la delaracion de la Felina debia causarles la mas viva sorpresa.

Iban pues á hablar protestando contra la decision tan rigurosa que acababa de pronunciar la cantarina, cuando resonó en la puerta exterior de la casa un golpe muy recio, seguido de otros dos mas pausados. Los cuatro amigos se miraron con ansiedad... y el rostro de la cantarina tomó la blancura del mármol.

— ¿Quién puede venir á estas horas? — exclamó Tadeo.

— Algun hermaao de la *Venta de Castel-la-Mare*. . . — dijo friamente Federico de Apsberg.

— Voy á reconocerle, — dijo el vizconde d'Harcourt, — y no abriré si no responde á la contraseña.

El vizconde salió.

— Señora, — dijo Monteleone, presentando la mano á la Felina, — no podemos ofreceros aquí mas que una cena modesta de conspiradores, indigna [de vos seguramente; pero seríamos muy dichosos si viésemos que la aceptábais. . . Por otra parte, — añadió sonriendo, — pues que uno de nosotros tiene la fortuna de ser amado de vos, tengo tantas probabilidades de serlo como mis tres amigos... y en el caso de ser ese mortal venturoso, la cena de aquel á quien se ama es la mejor de todas.

La actriz le dió gracias con un jesto, y se sentó junto á él. Federico y Tadeo les imitaron. Monteleone sacó dos pistolas de su cinturon de pulicinelli, las armó, y colocándolas á su lado, dijo:

— Cenemos, señores.

Tocó una campanilla que habia sobre la mesa, se levantó un tapiz, y se apareció un viejo que, dirijiéndose al conde, dijo:



— ¡ Es muy dichoso que por fin os hayais resuelto á llamarme! . . . He creído que no se cenaria en toda la noche . . . ¡ Una hora para resolverse á sentarse á la mesa! . . . Pero cuando el amo mismo da el ejemplo del desórden, todo se resiente en una casa. ¡ Una cena que yo habia preparado con tanto cuidado! — añadió mirando á la mesa con dolor. — ¡ Yo, cuyos abuelos fueron durante un siglo mayordomos de los Monteleone. . . y que me rebajo al miserable oficio de cocinero, desde que el heredero de esa ilustre casa no tiene mas que al viejo Giacomo por único criado!

— ¡ Ahí teneis, señora, uno de los viejos restos de mi esplendor pasado! — dijo el conde á la Felina, señalando á Giacomo. — Me sirve y me regaña al mismo tiempo; me sirve frecuentemente bastante mal, pero siempre me regaña muy bien. Es el privilegio de los antiguos servidores, y Giacomo es uno y otro hace mucho tiempo.

— El vizconde tarda mucho en volver, — dijo Apsberg.

Se levantó, y salió.

— Esta casa fué una de las magníficas locuras de mi padre, — repuso Monteleone dirigiéndose á la Felina. — Situada entre Nápoles y Castel-la-Mare, he finjido venderla á Pedro Pignana, mercader honrado retirado del comercio, pero en realidad uno de nuestros asociados, y encuentro en esta parte retirada de la habitacion un asilo contra las persecuciones de mis enemigos.

Federico de Apsberg no volvia mas pronto que el vizconde de Harcourt, y Tadeo exclamó:

— ¡ Monteleone! . . . ¡ la ausencia de nuestros amigos me parece bien estraña!

— Y siguió su camino, echando á la Felina una mirada de una espresion indefinible.

— Señor conde, — dijo la cantarina con emocion, — ¿ no hallais que vuestros amigos tardan mucho en volver, como acaba de observar Tadeo Rovero?

— Señora, — respondió Monteleone, — os habeis puesto pálida cuando ha salido de Harcourt; colorada, cuando se ausentó Federico; y ahora temblais cuando nos deja Tadeo. . . ¿ Seria este el preferido?

En este momento se levantaron á la vez los tres tapices de púrpura que cubrian las entradas del salon, y se aparecieron veinte esbirros de la policia apuntando al conde con sus carabinas. Este disparó sus dos pistolas contra los dos esbirros mas cercanos á él, pero no salieron los tiros. . . ¡ El cebo habia sido retirado!

La Felina se desmayó, y mirándola el conde con la mayor tranquilidad, exclamó:

— ¡ Ah! ah! . . . parece que soy yo el que ella ama! . . .





## EL CALABOZO.

### III.



SEÑOR conde, seguidnos!—dijo el jefe de los esbirros á Monteleone.

— ¡Veinte carabinas contra un hombre desarmado!... La lucha no seria igual,—dijo el conde,—y estoy pronto á seguir; pero me permitireis dar mis cuidados á la persona que veis aquí desmayada.

— No puedo concederos un solo minuto, pues mis órdenes son precisas y mis momentos están contados.

— Marchemos pues, señor,—dijo Monteleone.

Y aproximándose á Giacomo le dijo brevemente algunas palabras al oido, señalando á la Felina, y añadiendo en voz alta:

— ¡ Te la recomiendo !

Enseguida salió, despues de haber apretado la mano á su viejo servidor, cuyos ojos se llenaron de lágrimas.

— ¡ Yo lo habia dicho bien... acabará como su padre! — exclamó Giacomo, abandonándose á su desesperacion cuando se alejó el conde.

En el momento en que el conde atravesaba el umbral de la puerta exterior, sus piés se embarazaron en algunos objetos sobre los cuales dirigió la vista, y á la luz del farol que tenia uno de los esbirros reconoció que eran despojos del traje de pulicinelli, y vió dos puñales rotos.

Comprendió al instante que no era el solo arrestado, y que sus jóvenes amigos habian luchado contra los esbirros para impedirles que llegasen hasta él, pero la lucha habia debido ser corta, pues ningun grito interrumpió el silencio de la noche.

Todo era misterio en este acontecimiento.

Un coche esperaba al conde, y este subió á él sin dificultad; pues aunque era un hombre que tenia una voluntad de hierro, habia comprendido que la resistencia comprometeria su dignidad sin provecho para salvarse. Resignóse, pues, en apariencia, y entregando su cuerpo á sus guardianes, reservó la enerjía de su alma para el momento en que pudiera serle útil.

El conde de Monteleone, como lo habia dicho la Felina, era hijo de un conspirador, y un cons-



pirador muerto por defender una causa que creía santa; de consiguiente se hallaba imbuido en los principios revolucionarios que han ensangrentado la Europa hace cincuenta años.

Unico heredero de un nombre ilustre, y poseedor de uno de los palacios mas bellos de Nápoles, gozando pródigamente de la fortuna que le habia devuelto Murat, el jóven conde se hallaba por agradecimiento adicto al nuevo rey. Así, pues, los primeros años de la juventud de Monteleone se pasaron ociosos en medio de los placeres, las fiestas y locuras de toda especie. Su lujo asiático y sus aventuras amorosas eran conocidas de toda la Italia; bravo y jeneroso, dotado de una audacia sin ejemplo, no admitia ningun obstáculo á sus deseos, y el oro corría de sus manos para satisfacerlos, con tanta facilidad como hacia correr la sangre de sus rivales cuando su mala suerte los conducia á seguir sus pasos.

¡Murat cayó! . . . Fernando I subió al trono, y Monteleone sintió renacer en él su odio y su furor contra el hijo del que llamaba el asesino de su padre.

En esa época se despertaron en Francia esas ideas de federacion é independencia, comprimidas largo tiempo por la mano poderosa de Napoleon, y a á las que los desastres de 1815 parecieron volver una existencia que se creía ahogada en los arroyos de sangre derramada en 1793.

En diferentes países de Europa se formaron sociedades secretas bajo el nombre de *Ventás*, y en Italia nació el Carbonarismo. Los jefes de esta propaganda buscaron inmediatamente sus adeptos y sus seides entre los descontentos y las víctimas de las monarquías.

Monteleone no podia escaparse á su atencion. Enemigo personal del rey Fernando, amigo decidido de los principios liberales, despreciando su nombre y nacimiento como hicieron tantos nobles franceses en la aurora de la primera revolucion, para el triunfo de una causa que no reconocia ni los nombres ni el nacimiento, Monteleone por sus ideas, por su valor, y por ese espíritu resuelto de que habia dado tantas pruebas, era una conquista preciosa para los apóstoles de la nueva asociacion. Por eso no descuidaron nada para afiliarsele, y sus esfuerzos fueron prontamente coronados de un éxito completo.

Seducido por ese poder misterioso que se le ofrecia, por ese derecho terrible de vida y muerte sobre los afiliados de la sociedad, por la direccion de ese pueblo oculto, y por la esperanza de hacer triunfar las ideas que habian hecho un mártir de su padre, Monteleone aceptó el puesto peligroso de jefe supremo de las *Ventás* del reino de Nápoles.

Miéntas que el Carbonarismo no estuvo en Europa mas que en embrion, miéntas que no se le consideró mas que como un átomo imperceptible, como un espantajo fantástico contra los reyes. . . miéntas que no se le pudo asignar un objeto decidido, nadie se inquietó de su fuerza. . . Pero cuando el virus se infiltró en las venas sociales; cuando ese terrible ser mostró sus millares de cabezas en todos los rincones del mundo, despues de haber minado las viejas monarquías, se comprendió, aunque ya tarde, la obra de destruccion en que habia trabajado; y los tronos conmovidos y derribados por su mano de hierro vieron caer á los reyes que se creían sentados en ellos para siempre.

La policía de Nápoles acogia con indiferencia los informes que le daban sus agentes acerca de las sociedades secretas que se formaban en todas las partes del reino, y por eso Monteleone gozó largo tiempo del beneficio de esa indiferencia; y sin una circunstancia que se revelará mas tarde, quizás no se habria hallado nunca bajo el peso de una acusacion capital.

El coche en que iba el conde rodaba con velocidad, unas veces sobre la lava, otras sobre la tierra; y esta variedad de ruido que hacian las ruedas sobre esas dos vias diferentes hubiera chocado á unos oídos mas susceptibles que los del conde á los ruidos exteriores, y cualquiera otro hombre que él se habria preocupado vivamente del camino que se le hacia seguir. Pero el espíritu del conde estaba ajitado por muy graves pensamientos; su arresto, su muerte acaso, arruinarían por largo tiempo los proyectos que él creía próximos á realizarse. . . Veía en un dia cercano la monarquía arrojada de Nápoles, cediendo el puesto á una de esas utopías republicanas, tan bellas en teoría, tan difíciles, y tan imposibles quizás en su aplicacion.

Y luego, un remordimiento venia á oprimir su corazón. Monteleone, el hombre sensual;



el pródigo, el inconstante para quien el placer fué largo tiempo el único objeto, renunciando repentinamente á su vida pasada, acababa de abjurar sus errores y recibir un nuevo bautismo moral; y este catecúmeno de fresca conversion sentia un amor tan puro, tan profundo, como si ese amor hubiese sido el primero de su corazon libertino y saciado.

Una preciosa jóven, una simple violeta oculta entre los bosquecillos de flores del arrabal de Sorento habia producido esa súbita metamórfosis, y esa jóven era la hermana muy amada de Tadeo Rovero, de ese bello y cándido jóven de cuya amistad habia hecho Monteleone uno de los adeptos de sus doctrinas peligrosas.

Arrastrándole á su pérdida, Monteleone reducía á la desesperacion la madre y la hermana de Tadeo que le adoraban.

El vizconde d'Harourt y Federico de Apsberg no eran para el conde mas que asociados. ¡Solo Tadeo era casi como un hermano!

Todas estas tristes ideas, todos estos pesares amargos y demasiado tardíos, absorbían de tal suerte á Monteleone, que no percibió que el coche acababa de pararse; y el jefe de los esbirros, que habia galopeado siempre al lado de la portezuela, vino á prevenirle que habian llegado al término de su viaje.

Se hizo bajar del coche á Monteleone en un patio estrecho, rodeado de altas murallas, sobre las cuales se proyectaban las sombras de sus guardianes á la claridad rojiza de sus antorchas de resina.

— Señor conde — dijo el jefe de los esbirros, — ánte todas cosas tenemos que llenar una formalidad con vuestra persona. . . Nos está mandado que nos aseguremos de que Su Excelencia no tiene consigo armas para defenderse contra los carceleros, ni oro para seducirles.

Monteleone, sin responderle, entreabrió su disfraz de baile, se dejó palpar por las manos groseras de los esbirros con una resignacion estoica; y sacando del bolsillo una rica bolsa bien provista de dinero, la arrojó sobre las baldosas del patio, donde acaso jamas habia resonado otro ruido que el del hierro.

En este momento se apareció en el patio un hombre de aspecto muy severo, á cuya vista se apartaron los esbirros.

Este hombre se aproximó al conde, y despues de saludarle dijo :

— Si Vucencia tiene que hacer alguna reclamacion, el gobernador del castillo del Huevo está pronto á escucharle.

El nombre del castillo del Huevo hizo experimentar al conde una sensacion dolorosa, ¡pues era allí donde su desgraciado padre habia sido encerrado, y donde perdió la vida! . . . ¡Y los piés del hijo pisaban en aquel momento las baldosas regadas con la sangre de su padre!

Pero Monteleone se repusó muy presto, y respondió :

— Señor gobernador, acusado hace tres meses de conspiracion y de complós, y sabiendo por una dolorosa esperiencia de familia lo muy ciega y apasionada que es la justicia de este país, he debido tratar de sustraerme á las pesquisas y á las consecuencias de una causa sentenciada por mis enemigos. . . Pero ahora que soy vuestro prisionero, espero que se me hará conocer mi crimen para que pueda defenderme.

— Yo no soy vuestro juez, señor conde, — replió el gobernador; — dentro de poco se formará un tribunal para condenaros ó absolveros, y yo no tengo mision mas que para ocuparme de los detalles de vuestro arresto y de las necesidades personales de Vucencia. Pero debo prevenirlos que estaréis en la mas absoluta comunicacion, y que es la primera y última vez que tendré el honor de presentarme delante de Vucencia.

— Ejecutad pues, señor, las órdenes que habeis recibido, pues no tengo nada que decirlos.

El gobernador le saludó de nuevo, y se alejó.

— ¡Pedro! — dijo el jefe de los esbirros, — ¿está todo dispuesto?

— Todo está pronto, — respondió una voz oscura, que parecia salir de las entrañas de la tierra.



Y se vió salir por entre las baldosas del patio una cabeza horrible cuyo cuerpo todo entero estaba sepultado en la cueva de donde salía.

— Por aquí... — dijo el jefe de los esbirros á Monteleone, mostrándole la especie de abismo en que iban á meterle.

Y tomando una antorcha le precedió; Monteleone le seguía.

Una escalera de piedra, que parecia labrada en la misma roca, se halló bajo sus piés... Monteleone bajó, y dos esbirros marchaban detras de él. Doscientos escalones fueron descendidos de este modo por la lúgubre comitiva guiada por aquel monstruo humano que se llamaba Pedro.

La escalera terminaba en un largo corredor embovedado, donde el aire era tan espeso, que las antorchas no daban apénas luz y parecian prontas á apagarse.

Pedro continuó su marcha hasta el fondo del corredor, y se detuvo delante de una muralla de piedra que parecia no haber sido jamas encentada por el martillo del hombre.

¡Sin embargo allí era el fin de este triste viaje!

Pedro sacó de su cintura un enorme manojo de llaves, introdujo una de ellas en una cerradura invisible para cualesquiera otros ojos que los de un carcelero, y empujando con el hombro una enorme losa que hizo un ruido siniestro al jirar en sus gozues tomados del orin, descubrió á los ojos del conde una pequeña cueva que una lámpara sorda colgada del techo iluminaba apénas.

El conde entró en el calabozo sin emocion visible, sin que un movimiento de horror, temor ó disgusto apareciese en su rostro... Solamente un estremecimiento doloroso recorrió un instante todo su cuerpo, haciendo temblar sus miembros.

— El alojamiento no es alegre, — se creyó obligado á decir el jefe de los esbirros, viendo la agitacion que sentia Monteleone.

— Tengo frio, — respondió el conde simplemente.

Todos aquellos hombres le miraron con sorpresa, pues atribuian á otra causa el espasmo que se manifestaba en el conde.

— El gobernador ha pensado en ello, — repuso el esbirro indicando el traje ligero del conde; — pero Su Escelencia hallará en su cuarto un vestido mas caliente.

Y el cuarto en cuestion era un calabozo espantoso, y el vestido una especie de mala túnica de lana, que se daba jeneralmente á los prisioneros.

— El gobernador ha pensado en todo, — prosiguió el esbirro — ahí hallaréis una buena cama, la mejor de la casa, y una mesa para comer. Pedro servirá á Su Escelencia, y no es mal cocinero cuando quiere; recibiréis su visita todos los dias; pero Su Escelencia no gozará de su conversacion, por cierta razon que Pedro conoce, y que respeta muchisimo....

Ahora, deseo á V. E. una buena noche en cuanto al presente... (y añadió al salir con sus compañeros) ; y el deseo de que nos deje pronto!

El carcelero empujó la pesada losa, la llave dió dos vueltas en la cerradura, y quedó efectuada la inhumacion viva del brillante conde de Monteleone.

El conde se alegró de hallarse solo, pues la vista de sus guardianes le era odiosa; les habia oido sin comprenderlos, pues su alma estaba recojida en sí misma desde que fué arrestado.

La desgracia repentina é imprevista que acalaba de sucederle engrandecia aquella alma fuerte y viva; y el hombre que pocas horas ántes amaba la existencia y creía en un dichoso porvenir, hacia ahora el sacrificio de ella con abnegacion, en favor de la causa que sostenia.

El conde tenia la fe de sus ideas, como los mártires tenian la fe del cielo; y sin su amor ardiente á la hermana de Tadeo, sin los peligros que habia atraído sobre este, Monteleone hubiera quizás deseado la muerte, para que sirviese de pretesto á las venganzas de su partido... ¡Pero Monteleone amaba... y Monteleone queria vivir!

Habia pues que emprender una lucha contra la muerte, y la muerte se le presentaba por todos lados.

Acostumbrado á todos los goces de la vida, á todo ese bienestar lujoso que dan la fortuna



y el buen gusto, este sibarita huésped de los palacios suntuosos tenía un calabozo sombrío para morada; y en este calabozo privado de aire y de luz, sepultura viva á doscientos piés bajo tierra, era preciso tener la fuerza y la voluntad suprema de existir.

Monteleone echó por primera vez una rápida ojeada sobre todo lo que le rodeaba; pero todo lo que descubrieron sus ojos fué tan horrible, que ocultó su rostro entre las manos como para escapar á la vista de una vision espantosa.

Y sin embargo no le engañaba ningun sueño siniestro, ninguna pesadilla sombría.. Pero esta rebelion de una naturaleza elegante y mimada, contra los horrores innobles de la miseria, no duró mas que un instante; el hombre fuerte, el hombre enérgico, se despertó muy presto, y examinó con calma y sangre fria el triste asilo que se le habia dado.

Aquel antro no tenia mas salida que la puerta cerrada por la pesada losa abierta y cerrada por Pedro; las murallas despedian un sudor glacial y verdusco, cuyo olor fétido era uno de los suplicios mayores de los habitantes de este calabozo.

La mejor cama de la casa, como decia el esbirro, sa componia de un flaco colchon que cubria una manta estrecha; y una mesilla y un banco de madera completaban el espléndido amueblamiento.

La lámpara echaba sobre todo eso una luz vacilante y dudosa, y luego ese silencio de muerte en medio del cual un prisionero no oye mas que el ruido de sus pasos... ruido siniestro y sin eco, espantoso para el mismo que le causa.

Monteleone se sentó sobre el colchon que debia á los cuidados del gobernador; sus párpados se pusieron pesados poco á poco, sus ojos se cerraron, y se quedó dormido.

¡Facultad estraña es el sueño! facultad que domina los grandes dolores y los temores mas terribles!... ¡El criminal duerme la noche que precede á su suplicio! ¡el viajero duerme al borde del precipicio, donde el movimiento mas lijero puede precipitarle en el abismo!... ¡el soldado se duerme en medio de una derrota, cuando le persigue el enemigo y las balas pueden alcanzarle!

El conde dormia, pues, hacia algunas horas, cuando un ruido estraño que se hacia casi junto á su oreja vino á sacarle de su sueño.

Se levantó vivamente, miró á todos lados, y no vió nada... El ruido continuaba, y era una especie de choque repetido, lento, monotonó, que monteleone no pudo comparar á ningun otro ruido.

Su primera idea fué que algun desgraciado prisionero como él trabajaba durante la noche para evadirse, pero no era ni el ruido del martillo, ni el del barreno, ni el del cincel empleado sobre la piedra.

Este ruido parecia mas bien el de una palanca dando golpes contra el muro que quiere derribar, y esta suposicion no era posible, pues una tentativa semejante hubiera sido descubierta, y su autor castigado.

Por otra parte, esta idea no pudo subsistir largo tiempo en el espíritu del conde, pues el ruido adquirió muy presto una violencia tal, que parecia que las piedras del calabozo iban á desprenderse y abrir paso á los seres invisibles cuyos esfuerzos exteriores redoblaban á cada instante.

El ruido duró unas dos horas, y luego cesó poco á poco hasta que el silencio se hizo tan profundo como ántes. Solamente que se sintió en el calabozo un frio mas intenso, y Monteleone lo atribuyó á la venida del dia; de consiguiente se cubrió con su túnica de lana.

La mañana debia estar bastante avanzada, pues la llave se oyó en la cerradura, la pesada losa fué removida, y entró Pedro con su cara de hereje.

Puso silenciosamente sobre la mesa un pan y algunas provisiones, echó aceite en la lámpara y se preparaba á salir, cuando avanzando hácia el lado del calabozo donde el conde habia oido el ruido misterioso de la noche, aplicó la mano á la pared, y retirándola al momento exclamó:

— ¡Corpo di Baco!... ya les habia prevenido... que eso no era seguro...

— ¿Qué hay, pues? — preguntó el conde.



Pedro echó algunas miradas alrededor, como si hubiese temido que algun testigo oculto escuchase sus palabras, y aproximándose al conde, le dijo en tono breve :

— ¿Para qué decíroslo?... Bastante desgraciado sois ya sin necesidad de atormentaros... y por otra parte... acaso sería mejor para Su Escelencia...

Pero se lanzó de un salto en el corredor del calabozo, y cerró la puerta losa tras él.

El conde se quedó aterrado con estas misteriosas palabras, pues el alma mas serena se siente débil contra un peligro desconocido. Visto de frente, el peligro es ménos terrible que el que sabemos nos espera en la sombra; y la espada mas fuerte que amenaza nuestro pecho en combate singular asusta mucho ménos que el puñal de un traidor en acecho.

— ¿De qué queria hablar este hombre? ¿cuál era para el preso la suerte ignorada, preferible á la que le reservaban sus jueces?...

Monteleone habia creído hallar en las palabras de su carcelero una especie de compasion, que un peligro inminente para él debia solo hacer nacer en el corazon endurecido de aquel hombre.

El conde se paseaba á paso largo por su estrecho calabozo haciendo estas reflexiones. Acostumbrado á una vida activa, engañaba con ese movimiento monotonó la necesidad indispensable á su robusta naturaleza, cuando parándose delante de la pared que le hacia frente creyó descubrir algunos caracteres grabados sobre una piedra mas saliente que las otras. Una viva emocion se apoderó de él, pues su nombre, ó mas bien el nombre de su padre estaba grabado al pié de algunas líneas, invadidas por el moho que cubría las murallas.

Tomó pues prontamente la lámpara del calabozo, y aproximándose á la pared leyó estas palabras :

« *¡Mañana no existiré ya... pues no se sale de este calabozo si no es para morir!... ¡Bendigo á mi hijo!...*

« CONDE DE MONTELEONE. »

¡Y el hijo, cayendo de rodillas delante de estos renglones, delante de este último testamento de su padre, delante de esta bendicion suprema... rompió en llanto y oró por su padre!

¡Oh! ¡y cuán devotamente oró! ¡cuán de veras se enterneció su alma de bronce con esta lectura!

¡Era pues de este sombrío calabozo de donde salió el conde para morir... y el último pensamiento de aquel padre desgraciado habia sido para su hijo!

Nada conduce un alma hácia Dios como el dolor, como esos pesares inmensos de la vida que solo puede ocasionar la pérdida de lo que se ama; nada despierta la relijion olvidada como la muerte. Entónces se hace uno piadoso por egoismo, y se cree en un mundo mejor, para hallar en él á los que se llora aquí abajo... ¡Por eso Monteleone oró bien!

Despues de este acto relijioso se sintió mas fuerte; se dijo que su padre velaba sobre él, y que no permitiria que pereciese víctima de los principios cuya defensa le habia impuesto, en cierto modo. Pero si el conde de Monteleone hubiese tenido tiempo de trazar algunas líneas mas, acaso hubieran sido para recomendar á su hijo que abandonase una causa sin provecho para la felicidad del país, y que le conducia á él mismo hasta el cadalso.

¡Como quiera que sea, el prisionero esperó!

La preciosa imájen de la hermana de Tadeo se apareció á sus ojos en toda la brillantez de su hermosura y juventud... se creyó amado de ella.. y por la primera vez vino á sus labios una sonrisa desde que se hallaba en el sombrío calabozo.

Monteleone se acercó á las provisiones colocadas por Pedro sobre la mesa y partió el pan que le estaba destinado. De repente dió un grito de sorpresa, pues se habia escapado un papel del interior del pan que acababa de partir... Apoderóse de él inmediatamente, y leyó lo que sigue con una emocion inesplicable.



---

---

# LA VENGANZA.

---

## IV.



È aquí lo que decia el papel:

« No se tiene ninguna prueba cierta de vuestros complós; »  
» pero tres habitantes principales del pueblo de Torre-del- »  
» Greco, los hermanos Salvatori, afirman que viniendo una »  
» noche de caza os han visto presidir una VENTA secreta, cerca »  
» de las ruinas de Pompeya. Añaden que, descubiertos por »  
» vuestros afiliados, no debieron la vida mas que á la fuga. Si »  
» podeis convencer de impostura á esos hambres, estáis sal- »  
» vado.»

— ¡ En fin, — exclamó Monteleone, — gracias á este aviso, ya conozco mi crimen! Ya sé de lo que se me acusa, pero desgraciadamente todo es cierto... pues no he salido de Italia, como se presumia, y he presidido la venta de Torre-del-Greco... Era mi deber, como jefe supremo, ¡ y nada puede des-

mentir un hecho tan cierto!

El conde apoyó la cabeza entre sus manos, y permaneció largo rato sumerjido en profundas reflexiones. Finalmente levanto la cabeza, y sus facciones, sombrías en un principio, se pusieron radiantes de una viva espresion de audacia y resolucion...

— ¡ Medio violento! — se dijo á sí mismo, — lleno de obstáculos y peligros... Pero tiene por objeto la libertad y el amor... ¡ Y un dia quizás el logro de nuestros proyectos!

Enseguida se puso á calcular friamente, y con ese espíritu lleno de recursos que no le abandonaba jamas, todas las probabilidades de su empresa, concediendo una parte inmensa á sus peligros, para crearse el medio de triunfar de ellos. Y sin embargo, no necesitaba buscarlos en el seno de su fértil imajinacion, pues jamas hubo un proyecto que les tuviese mayores, mas reales, mas espantosos, y mas invencibles en apariencia.

El edificio fué finalmente construido en su cabeza fuerte por su carácter decidido; pero no podia obrar solo, necesitaba un cómplice... y ese cómplice, pues se trataba casi de un crimen, era el feroz Pedro, ese carcelero brutal y silencioso cuyas palabras habian alarmado el espíritu del conde.

¿ Cómo hacer hablar á este hombre? ¿ cómo hacerse escuchar al ménos?



He aquí el problema casi insoluble que Monteleone se prometía resolver en provecho de su proyecto secreto.

La noche no podía tardar, si se juzgaba por la moribunda luz de la lámpara, y Pedro no podía tardar en venir á echar aceite en ella. No obstante, se presentó una idea en el espíritu del conde : el papel hallado en el pan podía haber sido puesto en él por Pedro mismo, y en tal caso Pedro le pertenecía; pero si la mano amiga que se lo dirigía se había valido de algun otro agente para hacérselo llegar, si ese protector desconido lo había colocado él mismo en el pan de la prision... ¿qué medio de accion tenia sobre el carcelero? ¡El oro!... no lo tenia... ¡El hierro!... tampoco... Por otra parte su proyecto no podía lograrse mas que por la astucia y la seducción, pues la violencia lo habría echado á perder aunque hubiese podido emplearla.

La indecision del conde fué muy corta. Aventurémoloslo todo, se dijo; espongamos mi pérdida ó mi salvacion á una sola probabilidad... Los juegos de azar me han sido siempre favorables... ¡pero jamas he aventurado una partida semejante!

Pedro entró mas sombrío y silencioso aun que por la mañana; el carcelero puso las provisiones sobre la mesa y se preparaba á llenar la lámpara de aceite, cuando el conde le dijo

— Pedro, ¿hace mucho tiempo que está usted de carcelero en el castillo del Huevo?

Pedro miró al conde con aire de sorpresa, y se hubiera dicho que no comprendía la pregunta de Monteleone.

El conde renovó la pregunta.

Pedro estendió hácia él sus anchas manos apartando los dedos para que Monteleone pudiese contar por sí mismo.

— Ya lo entiendo, — repuso el conde, — ¿hace diez dias, diez meses, ó diez años que ocupa usted su empleo?

A estas últimas palabras el carcelero hizo una señal afirmativa; luego volvió la espalda y echó el aceite en la lámpara.

— Le pregunto á usted eso, — continuó el conde, — por saber si le agrada conservar su empleo... porque no le ocupará usted largo tiempo.

El carcelero se encojió de hombros, sin mirar siquiera al preso.

— Y no lo ocupará usted largo tiempo, — repuso Monteleone, — porque dentro de tres dias será usted... ¡ahorcado!

Pedro hizo un jiro pronto sobre sus plés, y mirando al conde cara á cara le echó una mirada terrible.

— Será usted ahorcado, — prosiguió Monteleone sin conmoverse por la salvaje mirada, — como un traidor y un miserable vendido á los enemigos de los que le pagan.

Los labios de Pedro se contrajeron como si fuese á hablar, pero pareció dominado por un terror indecible, y salieron de su garganta unos sonidos roncós y sofocados. Luego, despues de un combate de algunos segundos, entre la sorpresa que le causaban las palabras del conde, la curiosidad de saber la causa de la amenaza que le dirigía, y el miedo que paralizaba su lengua, el miedo fué el mas fuerte; iba pues á precipitarse fuera del calabozo, como había hecho por la mañana, pero Monteleone se colocó delante de la puerta, y le dijo :

— ¡ Me compadezco de usted, y quiero salvarle la vida !

— ¡ Oh ! ¡ oh ! — dijo el carcelero refunfuñando, y dando un paso mas hácia la puerta.

— Me compadezo de usted, — prosiguió Monteleone, — porque usted se ha compadecido de mí esta mañana.

— ¡ Yo no me compadezco de nadie ! — exclamó el carcelero en voz alta como si quisiera ser oido de fuera, y con el acento del mas profundo terror.

Monteleone adivinó se les escuchaba, y bajando la voz, dijo al carcelero mostrándole el papel misterioso :

— ¡ He hallado esto en el pan que me trajo usted esta mañana !



Pedro vió que era perdido si se le sospechaba de connivencia con el conde, y aproximándose hacia la puerta, gritó:

— ¡Id á buscar la guardia! el prisionero quiere asesinarme, pero yo le contendré hasta que lleguen los soldados!...

Monteleone comprendió inmediatamente que aquel hombre le pertenecía por el miedo; el aviso secreto no habia venido de él, como habia pensado al principio, y, aclarado este primer punto, era preciso jugar su segunda batería contra Pedro. Los papeles habian cambiado; el carcelero temblaba delante del preso.

— ¿Qué papel es ese?—dijo vivamente Pedro.

— Un papel que un amigo y protector decidido ha hecho que llegue á mis manos sin que usted lo sepa... y que voy á mostrar á los soldados que acaba usted de llamar.

Pedro se lanzó sobre Monteleone; pero este se hallaba en guardia, y cojiendo al carcelero por el pescuezo se le apretó de tal modo con su puño de hierro, que Pedro se puso lívido y cayó de rodillas.

— ¡Escucha! — le dijo el conde, — he creído al principio que este billete me llegaba gracias á ti, y en tal caso tu fortuna estaba hecha, pues obrabas por salvarme... Ahora me salvarás á pesar tuyo; pues si rehusas lo que te propongo, juro denunciarte al tribunal que va á juzgarme, como cómplice de mis amigos... y ya te lo he dicho: ¡serás ahorcado!...

Pedro se volvió verde, de azul que le habia puesto el puño del conde.

— Pero si quieres servirme, — continuó Monteleone, — te haré mas rico que el gobernador del castillo del Huevo... y por eso no te quedarás ménos siendo el honrado é incorruptible carcelero, si así te place.

El conde apartó los dedos del cuello de Pedro para dejar pasar la respuesta... y de la garganta del carcelero se escaparon estas dos palabras, casi ininteligibles: ¡Ya veremos!

Los soldados llegaban, y el conde soltó á Pedro que corrió á la puerta, diciendo:

— ¡Dos centinelas en el corredor!... y no es mucho para guardar un demonio semejante.

Enseguida, ántes de cerrar la pesada puerta de piedra, metió la cabeza dentro del calabozo y dijo en voz baja:

— ¡Tambien yo me habia compadecido de vos esta mañana, pero ya no os tengo lástima esta tarde, ni os temeré mañana!

La piedra se cerró, y Monteleone oyó los pasos precipitados del carcelero, que se alejaba del calabozo.

Las últimas palabras de este hombre habian resonado en los oídos del conde como una campana fúnebre. ¿Qué significaba su amenaza sombría? ¿cuál era la esperanza del carcelero para salir de la terrible posicion que le creaba?

Un presentimiento triste se apoderó de Monteleone, pues se le vino á la imaginacion el pensamiento misterioso que le habian hecho concebir las palabras estrañas pronunciadas por Pedro en la mañana, y paseó sus miradas por el calabozo con una especie de terror supersticioso.

Todo estaba silencioso como la tumba, de que era imájen este lugar estraño y sombrío. Solamente, en el fondo del féretro, se agitaba una criatura viva, llena de enerjía y voluntad, y que, á doscientos piés bajo de tierra, no perdía la esperanza de volver á ver el hermoso cielo de Nápoles, y calentar sus miembros á los rayos dorados del ardiente sol.

El conde sentia desfallecer sus fuerzas, y aproximándose á la mesa partió el nuevo pan que acababa de traerle Pedro, con la esperanza de hallar oculto en él un nuevo aviso... ¡pero el pan no contenia nada!

Monteleone comió el pan grosero de la prision y bebió tambien el vino, pues tenia el presentimiento de un combate cualquiera y no queria sucumbir en la lucha. Tomó segunda vez la lámpara que le alumbraba y volvió á leer con un santo respeto el testamento de su padre... Enseguida sus pensamientos tomaron otro curso, y traspasando los muros de su



calabozo se trasladó á un precioso jardín, todo esmaltado de flores, todo embalsamado del suave perfume de los jazmines y naranjos.

Allí, bajo un espeso follaje, se hallaba una criatura preciosa, una bella jóven de ojos negros y dulces, de talle fino y esbelto, con brazos de alabastro y cabellos de ébano. La veía sentada, con la frente inclinada hácia la tierra, triste y reflexiva, como una azucena durante la noche, despues de un día caluroso de verano.

Esta jóven, la poesía de su corazón, el sueño de su vida que ella habia renovado, de saorazon, que ella habia cambiado, purificado y santificado por el amor que le inspiraba; esta jóven era la hermosa Aminta Rovero, la hermana de Tadeo, la *Rosa blanca de Sorrento*, como la llamaban los habitantes de este lindo pueblo.

¡Ah! desde el día en que Monteleone la habia visto por primera vez, ¡con cuánta frecuencia sentia la existencia ajitada que se habia creado!... Hubiera querido consagrar á su pasión esas horas llenas de inquietud y turbulencia que le robaban los cuidados de la causa que defendia... Pero muy presto sus convicciones sobrepujaban á todo, y el carbonario volvia á parecer.

El conde de Monteleone no conocia á Aminta sino despues de su proscripción, desde que se ocultaba á las persecuciones de que era objeto. Tadeo, su jóven amigo, le habia ofrecido la casa de su madre para refugio, y llegado á este asilo de calma y de las mas dulces virtudes, presentado por Tadeo á su madre como una víctima de la venganza de un monarca injusto, la noble mujer estaba lójos de creer que ocultaba á un conspirador de quien era cómplice su muy amado hijo.

Los cuidados mas afectuosos fueron prodigados al noble proscrito; Tadeo le amaba, y su madre debia amarle tambien.

Solo Aminta, sin dejar por eso de hacer justicia á las brillantes cualidades del conde, experimentaba á su vista un sentimiento de temor que no podia dominar;... y era porque en ciertas almas superiores hay simpatías ó antipatías secretas que solo el tiempo se encarga de justificar. Este sentimiento instintivo era el único que dominaba el corazón de Aminta en presencia del conde.

Monteleone lo habia penetrado; pero dominado por su pasión, ciego por el éxito favorable que habia obtenido cerca de otras mujeres, atribuía al pudor y á la timidez de la jóven una emoción cuya causa verdadera no podia adivinar.

Temiendo comprometer á la madre de la que adoraba, el conde no habia permanecido mas que un mes en la casa de Tadeo; pero ese mes habia bastado para que el alma de Monteleone perteneciese toda entera á la hermana de su jóven amigo.

El prisionero del castillo del Huevo veía pues á la bella Aminta con los ojos del alma, mas bella aun por la dulce melancolía que se pintaba en sus facciones; y un sueño sin sueño le trasportaba cerca de ella desde el fondo de su calabozo sombrío.

¡Las horas de la noche se pasaban rápidamente para Monteleone, sumerjido en estos pensamientos! Olvidaba así su desgracia presente, los peligros que le rodeaban, y la suerte terrible que le reservaban acaso sus jueces para el porvenir.

El conde fué sacado de estas dulces meditaciones por la vuelta del ruido singular que le habia sorprendido la noche precedente. Este ruido empezó de la misma manera; primero lójano y sordo, luego aproximándose y aumentando de instante en instante, acabando por fin con tal furia, que parecia iban á derribar los muros del calabozo con sus repetidos esfuerzos.

Fué preciso casi una hora para que el ruido llegase á su apojeo como la víspera, y durante esta hora de sorpresa y angustia para el conde, su espíritu se perdía en conjeturas sobre las causas de este ruido desconocido. Pero despues de haber analizado en cierto modo todas las fases de aquel ruido exterior, exclamó :

— ¡Ah!... es el mar! el mar, que el viento ajita durante estas noches tempestuosas del equinocio, estrellando las olas contra la roca de mi prision!

El mismo frio glacial que habia sentido la víspera se volvió á sentir de nuevo, pero ese frio se hizo mas intenso á cada instante. Una humedad penetrante cargó y espesó la atmós-



fera, y el conde sintió que se apoderaba de él un malestar jeneral... ¡Sus miembros estaban helados!

Se acercó á la pared sobre la cual el carcelero habia puesto la mano por la mañana, la tocó con la suya, y la retiró del todo mojada. Entónces percibió que una filtracion abundante pasaba á traves de la roca, y que el agua del mar se introducía gota á gota por las hendiduras de la muralla, formada de piedras enormes ligadas entre sí por un cemento.

El conde se estremeció al pensar que si los esfuerzos repetidos del mar venian á derribar alguna parte de la roca, las olas invadirian el calabozo en muy cortos instantes. De repente se apoderó del conde un nuevo terror, pues la luz de la lámpara se oscurecía disminuyendo sensiblemente su claridad; y el conde reconoció con espanto que Pedro no habia llenado de aceite la bomba, fuese de intento, fuese por descuido, y que la mecha estaba próxima á consumirse y apagarse.

La oscuridad amenazaba invadir el calabozo, y jamas habia sido tan necesaria la luz para el preso como en este momento crítico.

En efecto, echando Monteleone una mirada sobre el muro contra el cual se rompian las olas cada vez con mayor violencia, vió que se desprendian algunas partes del cemento, rodando por el calabozo, y que el agua corria lentamente á lo largo de la pared por la brecha que se habia abierto.

El conde corrió hácia la puerta, llamó para atraer á su socorro los soldados que sabia estaban de centinela en el corredor... pero la puerta era una losa muy gruesa contra la cual sus golpes hicieron un ruido que no atravesó su espesura. Ensayó el dar gritos, pero su voz no fué mas oída que sus golpes.

Entónces se le vinieron á la memoria las palabras siniestras de Pedro : *¡Tambien yo me habia compadecido de vos esta mañana, pero ya no os tengo lástima asta tarde, ni os temeré mañana!*

El miserable sabia la suerte que amenazaba á su preso, y habia juzgado el peligro. Habia conocido por la mañana que la roca debia ceder á los esfuerzos del mar ántes de muchas horas, y la muerte... ¡una muerte horrible para el conde le era conocida de antemano!

En efecto, el agujero de la muralla se hacia mayor, y muy presto no fué ya un caño de agua lo que entraba en el calabozo, sino un brazo fuerte que le inundaba.

Monteleone corrió á la cama, cojió el flaco colchon, y, aplicándole contra la abertura que se ensanchaba sensiblemente, le contuvo con sus espaldas, tratando de oponer este dique débil á la invasion de las aguas.

¡ En este instante se apagó la lámpara!... y un grito de horror y desesperacion se escapó del pecho del desdichado conde.

La oscuridad era un nuevo enemigo para él, enemigo terrible que hacia inciertos é imposibles sus esfuerzos contra el elemento que le amenazaba.

En este momento sintió un golpe violento sobre el colchon, contra el cual estaba apoyado, y le hizo rodar por el calabozo. Era un pedazo enorme de la roca, que se habia desprendido, y las olas vencedoras empezaron á invadir su conquista.

Monteleone se vió perdido; ningun socorro podia venirle de los hombres, y Dios le abandonaba... ó mas bien le llamaba á sí.

El agua entraba con furia en el calabozo; el conde la sentia crecer, rodearle cada vez mas, y golpear ruidosamente en derredor suyo.

Tres nombres se presentaron entónces en el pensamiento de Monteleone. ¡ Su padre... Aminta... Tadeo!

Sus lágrimas corrieron;... no porque no supiese morir, sino porque esos tres nombres reunian para él tres recuerdos, tres ternuras, tres desesperaciones.

No maldijo al cielo, pues pensó que el autor de sus dias le esperaba en él.

Reuniendo todas sus fuerzas para romper por entre la masa de agua que le rodeaba, llegó con mucho trabajo hasta la piedra saliente donde estaban grabados los renglones traza-



dos por su padre, y aplicó los labios con amor sobre aquellas líneas sagradas... ¡triste y último adios del moribundo!

El agua seguía creciendo, y muy presto llegó hasta el cuello del paciente. Por un esfuerzo desesperado se lanzó hasta la mesa de la prision, esperando hallar sobre ella un refugio omentáneo contra la muerte que le rodeaba por todas partes... pero las oleadas habían rastornado esta única esperanza de salvacion para algunos instantes.

En el brusco movimiento que hizo para llegar hácia el sitio donde estaba tropezó con el banquillo que las oleadas golpeaban contra las paredes, y cayó en el suelo.

Haciendo otro supremo esfuerzo se levantó sobre las puntas de los piés, para que su boca pasase el nivel del agua... ¡pero el agua subía ya por encima de su cabeza!

Entónces sus ojos se cubrieron de un velo... en sus oídos resonaron mil ruidos confusos... la sangre se aglomeró en su pecho... el aire le faltó.

El conde murmuró mentalmente una corta oracion... y rodó por segunda vez en el fondo de las aguas que le sofocaban... ¡pero para no volver á levantarse!



## EL CONTRATO.

V.



En este instante supremo se abrió con violencia la losa que servía de puerta al calabozo

Esta puerta, ó mas bien esta piedra movediza que no se adaptaba herméticamente al suelo del calabozo, dejaba un espacio vacío entre ella y el piso, por el que las aguas comprimidas se abrieron paso al corredor de la prision.

Los centinelas, sin adivinar la causa de aquella repentina inundacion, descubrieron el paraje por donde les llegaba, dieron la alarma, y el miserable Pedro se vió precisado á librar él mismo á su víctima.

Las aguas comprimidas en el subterráneo se escaparon violentamente al abrir la puerta, derribando á los soldados y al carcelero; pero pasado el primer momento de sorpresa se acudió al conde mientras que se estendian por el corredor, y le

hallaron sobre el piso, frio y casi asfixiado; de manera que solo á fuerza de cuidados y socorros hábilmente aplicados se consiguió volver á Monteleone la vida, próxima á dejarle.

Cuando el conde recobró los sentidos, se halló en un pequeño cuarto, acostado en una cama mejor que la de su calabozo, y su mano entre la de un hombre sentado á su cabecera.

— ¡Ya estáis salvado, señor conde! — le dijo el extranjero; — pero los socorros han llegado muy á tiempo, porque si se hubiese tardado algunos segundos mas, hubierais dejado de existir.

— ¡Eso hubiera sido mejor para mí!... — respondió Monteleone con voz débil, — y no sé si debo bendecir á los que me han socorrido.

Sobre ese punto no puedo decir nada, — replicó aquel á quien se dirigia; — soy el médico del castillo, y mi deber es asistir á los presos, y no discutir su suerte. No obstante, espero que en lo sucesivo no se presentará ningun accidente de la naturaleza del vuestro... El calabozo donde os hallabais servía sin duda de bodega al goloso Lúculo, que habia en otro tiempo construido su casa de recreo sobre esta roca, llamada antiguamente *Megariso* ó *Mgae-lia*... y quizás ese subterráneo es el mismo en que Augústulo (último emperador romano) fué



encerrado por Odoacro, lo que seria muy probable en atencion á su antigüedad reconocida.

Durante la digresion histórica del médico, el conde habia caido en ese estado de somnolencia que es la consecuencia ordinaria del estado en que se acababa de encontrar. El sabio esculapio le hizo respirar unas gotas de alcalí, luego se alejó en el momento que Monteleone volvía á abrir los ojos, y el conde oyó cerrar la puerta y correr los cerrojos detrás del doctor.

Monteleone no habia hecho mas que cambiar de prision; pero la que ocupaba ahora era al ménos clara y sana.

Las paredes blanqueadas con cal le daban hasta un cierto aspecto de alegría bien distinta de su calabozo; y luego el día... el benéfico día derramaba en el cuarto algunos de sus fuegos á través de una ventana estrecha, abierta á pocos piés del suelo.

Un rayo del sol, fino como un hilo de oro, vino hasta la cama del conde, y se lanzó hácia él como para cojerle... como para abrazar aquella vision celeste.

El alma de Monteleone se serenó; la agitacion de su espíritu se disipó poco á poco... le volvió la memoria, y con ella el triste recuerdo de sus males y de su cautividad... ¡pero con la esperanza!... ese beneficio de Dios, ese tesoro de las almas que sufren, y que consuela y vivifica á los desdichados.

— ¡No me has dejado morir, padre mio! — exclamó con un trasporte lleno de amor y fe. — ¡Tú me has asistido en el peligro! ¡tú no me has salvado la vida para que la pierda al presente, no!... ¡Viviré y seré libre, pues creo y espero en tí!...

El proyecto que habia concebido pocas horas ántes se presentó á su imaginacion, y echando la vista en derredor, buscó los vestidos que tenia al tiempo de la inundacion, en los cuales habia ocultado el escrito que ponía al carcelero bajo su dependencia.

Los vestidos chorreando agua se hallaban sobre una mesa á pocos pasos del conde; pero en vano buscó el billete misterioso, pues habia desaparecido.

Sin duda Pedro habia tenido tiempo de apoderarse de él y destruir este escrito tan precioso para el preso.

— ¡Ya estoy desarmado! — se dijo tristemente el conde; — y ese plan concebido tan atrevidamente, cuyo éxito me aseguraba el billete, será preciso renunciar á él para siempre.

En este momento se oyeron pasos, la puerta se abrió, y apareció Pedro. Este miserable entró sin parecer inquieto ni turbado.

¿Pensaba que el prisionero no habia adivinado su crimen?... ¿ó alguna otra idea le daba tanta seguridad? Eso es lo que nos hará conocer la continuacion.

¡Cosa estraña y que sorprendió al principio á Monteleone! El carcelero, que sin duda llevaba aun en el cuello las señales de los dedos de hierro del conde, y que debia temer la venganza de aquel cuya muerte habia conspirado de una manera tan atroz, este hombre bárbaro, que acababa de cometer friamente y á sabiendas una accion infame, léjos de querer hallarse solo con su víctima, cerró cuidadosamente la puerta de la prision, siendo así que dejaba siempre entreabierta la del calabozo.

Sentándose enseguida enfrente del conde lanzó sobre él una mirada feroz y sombría diciendo:

— Ahora, hablemos.

El conde se halló aterrado al principio viendo una calma tan grande; la rábía de este monstruo le habia hallado tranquilo, pero su impudencia inaudita casi le asustó.

— ¿Y de qué hemos de hablar, — dijo el conde, — con un bandido como tú, que sabias ayer noche al cerrar mi prision, que aquella prision era una tumba, y que las olas del mar me reservaban una muerte segura y horrible?

— Es cierto, — respondió el carcelero con voz ronca; — pero ¡por la sangre de Cristo! ¿quién tiene la culpa? Su Escelencia queria hacerme ahorcar... y yo he querido ahogar á vucencia; ¡nada mas justo!

— Eso era odioso, — dijo el conde, — pues tu venganza era cobarde y cruel. Yo te habia dado la eleccion de tu pérdida ó tu riqueza y salvacion... y tú no me dabas á mí la eleccion de vivir ó morir.

— Cada cual obra á su manera, ó, mejor dicho, como puede, — respondió Pedro. — Ayer



estaba rodeado de espías, pues detras de la puerta del calabozo habia dos orejas escuchando vuestras palabras. . . ¡y ha faltado poco para que me pierdan! Furioso el gobernador por lo que él llama mi descuido, ha informado de todo al ministro de la Justicia, y quizás dentro de tres dias seré echado del castillo; y como los carceleros no son bien mirados en Nápoles, no hallaré colocacion y me moriré de hambre sobre las gradas de alguna iglesia. . . Su Escelencia me ha hablado de fortuna. . . me ha propuesto dar oro por salvarle. . . y estoy pronto á escucharos.

Toda la sangre de Monteleone se aglomeró en su corazon, un gozo secreto se apoderó de él. . . ¡Su audaz proyecto podia realizarse aun! La suerte le ofrecia una via de salvacion inesperada, y no era la libertad sola lo que iba á recobrar, era á la vez el derecho de volver á parecer en el mundo abiertamente; públicamente, sin temor ni peligros.

Iba á forzar á sus enemigos á confesarse vencidos, iba á cubrirse de una falsa inocencia. . . pero esa inocencia seria tan probada, tan pública, tan declarada, que se haria de ella un muro impenetrable detras del que podria trabajar impunemente en sus proyectos secretos, sin despertar las sospechas de sus enemigos durante mucho tiempo.

¡Y luego iba á volver á ver á Aminta! . . . Y Aminta podria ser suya. . . no como proscripito y fujitivo, sino como conde de Monteleone, rico, dichoso y libre!

— ¿Crees tú acaso que voy á pedirte que favorezcas mi evasion, abriéndome las puertas de la prision por algunos puñados de oro? — dijo él á Pedro, que trataba de leer en los ojos del conde si persistia en sus brillantes proposiciones de la vispera. — ¡Ese seria el trato que te propondria un preso vulgar! Entónces huirias con el cautivo, como hace todo guardia corrompido, y si no fueses cojido ni ahorcado, irias á vivir fuera de Italia con el producto de tu traicion. . . Pero has olvidado mis palabras de ayer: *Si quieres salvarme, te dije, te haré mas rico que el gobernador de este castillo: y por eso no dejarás de ser el honrado é incorruptible carcelero de esta prision; si te agrada así. . .*

— ¡Y bien! — dijo Pedro estupefacto.

— Y bien, — repuso el conde, — lo que te prometia ayer estoy pronto á cumplirlo hoy. Los ojos del carcelero se animaron de un gozo codicioso.

— ¿Dónde está ese oro? — dijo.

— El oro está en casa de mi banquero, Antonio Lamberti.

— ¡El mas rico de Nápoles! — exclamó Pedro.

— ¿Hallas que la casa sea segura? — le dijo sonriendo Monteleone.

El carcelero iba á responder, cuando una voz gritó desde afuera:

— ¡Abrid! . . . Soy el gobernador.

Pedro se puso cadavérico, y Monteleone se dejó caer en la almohada con abatimiento y terror.

— Si nos han escuchado, todo está perdido, — murmuró Pedro, y abrió la puerta temblando.

El gobernador entró y dijo á Monteleone:

— Señor conde, mis órdenes eran muy severas respecto á Su Escelencia; se me mandaba que os tuviese incomunicado, y he obedecido. Pero el gobernador de esta fortaleza no es un asesino, y vengo á escusarme del peligro que habeis corrido anoche, rogándole se persuada de que jamas me habria consolado de haber causado involuntariamente vuestra muerte.

— Lo creo, señor, — respondió el conde; — pero, gracias á Dios, el peligro ha pasado, y espero que esa prueba terrible no se renovará, porque si el rey Fernando hace enterrar vivos aun algunos de sus súbditos, sin duda se darán órdenes para que á los horrores del sepulcro no se reunan los de una inundacion.

Señor conde, el solo culpable es ese miserable; — repuso el gobernador señalando á Pedro. — El debía haberme prevenido que el calabozo amenazaba sumerjirse por las olas del mar, visitándole con cuidado ántes de introducirnos en él. He dado parte al ministro para que reemplazase á ese hombre; para daros una satisfaccion personal le despido desde hoy, desde este momento; y dentro de una hora no estará ya en la fortaleza.



Si un rayo hubiese caído sobre el conde, no se habría quedado más aterrado que con este golpe inesperado, pues todos sus proyectos y esperanzas quedaban desvanecidas. Balbuceó algunas palabras para excusar á Pedro, pero el gobernador estuvo inexorable y salió llevándose consigo al carcelero, lleno de confusión.

El desventurado Monteleone vió arruinarse en un instante el bello edificio de esperanza, dicha y triunfo que acababa de formar, pues todas las combinaciones fortuitas que el acaso le ofrecía para el cumplimiento de sus deseos acababan de desaparecer con la marcha de Pedro.

La seducción de un carcelero no era cosa fácil; él lo había probado, y el carcelero seducido ya se le quitaban. El que iban á darle, sería quizás más duro, más feroz y más insensible que su predecesor... ¡y no obstante, sin la ayuda de este hombre no había nada posible para la salvación del preso!

El conde examinó minuciosamente su nueva morada, como lo había hecho con su calabozo. Subiéndose sobre una silla colocada encima de la mesa, consiguió llegar hasta la ventanilla estrecha que había en la pared, y descubrió que estaba al nivel de una plataforma espaciosa llena de flores, que probablemente servía de paseo interior para los presos del castillo del Huevo.

Dos hombres se aparecieron sobre la plataforma, y bajando el conde la cabeza para ver sin ser visto, aplicó el oído á su conversacion.

Sin duda había empezado después de algun tiempo, pues Monteleone no pudo oír más que algunas palabras sin hilacion que percibió al paso de estos hombres durante su paseo por la plataforma.

— Dentro de pocos días será juzgado; — decía el uno.

— Es *trabajo* para ti, — respondía el otro.

— ¿De qué *trabajo* hablan? — se preguntó Monteleone mientras que los paseantes se alejaban.

Enseguida cuando volvieron á pasar dijo el primer interlocutor á su compañero :

— Los tres testigos le han visto, y si ellos pueden no habrá gracia para Monteleone.

¿ Luego era de él de quien hablaban?... Y las palabras : *Es trabajo para ti* daban que pensar al conde, cuando una frase siniestra vino á helar su corazón, revelándole la profesion de los paseantes.

— Mejor quisiera que le fusilasen... — decía aquel hombre, — pues no tendré la mano segura para cortar la cabeza de un noble.

¡ El conde había escuchado, pues, las confidencias íntimas del verdugo y uno de sus ayudantes !...

Como lo había dicho Pedro, los carceleros no eran muy bien vistos en Nápoles, pero los verdugos lo eran ménos aun; y para sustraer al de la ciudad de los insultos de los habitantes, le habían dado una habitacion en el castillo, y la plataforma era una dependencia de su morada.

Una carcajada ruidosa que dieron detras del conde le hizo volver la cabeza vivamente, y vió á Pedro cerca de él, que se había introducido en la celdilla sin hacer ruido alguno.

— ¡ Eres tú!... — exclamó el conde ; — ¡ tú á quien yo creía lejos de este lugar!

Y poco faltó para que en su gozo diese la mano al miserable.

— ¡ Yo soy... — respondió el carcelero, — pues el que debía echarme ha sido echado él mismo!... Cuando le dejamos á Su Escelencia hace poco, ha recibido su destitucion; se pretende que un informe secreto sobre vuestros peligros de anoche había precedido el suyo cerca del ministro, y él ha perdido su empleo, y yo he conservado el mio. Así, pues, ya no puede haber nada entre nosotros, pero como soy hombre honrado he querido venir á prevenirlo.

Pedro se dirigía hácia la puerta, pero el conde le detuvo. Esta nueva repulsa del carcelero no le desalentaba, pues ya sabía que era codicioso, y contaba con razon con su oro.

— Esta mañana quería ofrecerte diez mil pesos, — le dijo, — porque no tenías ya nada que perder; pero ahora que la fortuna se ha cambiado para ti, te daré quince mil.



— ¡Pero arriesgaré mi pescuezo! — respondió el carcelero, á quien la idea de la horca le hacia siempre mudar el color.

— En todo caso — dijo el conde, — las pérdidas no serian iguales, pues el pescuezo de un carcelero no ha valido nunca quince mil pesos. Pero tranquilízate, pues conservarás tu pescuezo, tu empleo, y serás rico para siempre.

— ¡Eso es muy bello! — respondió Pedro; — pero hablad pronto, pues llega la hora de mi ronda y no puedo perder el tiempo.

El conde se sentó enfrente de Pedro y le dijo:

— Voy á firmar dos letras á la vista de 7,500 pesos cada una, contra Antonio Lamberti, mi banquero, pagaderas al portador. Tú serás ese portador; el primero de esos bonos será pagadero á media noche, pero á las doce ménos cuarto me habrás hecho salir del castillo.

— ¡Diablo! — dijo el carcelero.

— ¡Espera! — continuó Monteleone. — Te juro bajo mi palabra de caballero que mañana al anochecer estaré de vuelta, y entónces cobrarás la otra suma de 7,500 pesos.

— ¿Y si no volveis? — dijo el carcelero.

Monteleone se llenó de indignacion al oír dudar de su palabra.

— Si no vuelvo, — repuso, — será porque me habrán matado en el camino; pero de todos modos tus quince mil pesos te serán pagados... Y si dudas aun de la exactitud, ve á casa de Lamberti y pregúntale si las letras del conde de Monteleone se pagan siempre en su caja.

— Iré, — dijo Pedro; y salió sin añadir una palabra mas.

Esta marcha repentina inquietó al conde. ¿Le haria traicion aquel hombre? El trato extraño que le proponia parecia asustarle;... pero ¿triunfaria su codicia de su miedo?

Monteleone pasó algunas horas en estas alternativas de temor y de esperanza; la noche llegó, las tinieblas invadieron la prision, y con ellas se aumentaron las angustias del conde.

— Lo que yo medito, — se decia él, — es tan culpable á los ojos de Dios y de los hombres, que acaso Dios me rehusará su apoyo.

La noche debia estar bastante avanzada cuando se abrió la puerta de la prision; pero esta vez no fué Pedro el que entró.

El conde se estremeció.

Un criado del carcelo se apareció trayendo una cesta que puso silenciosamente sobre la mesa.

— ¿Y Pedro? — se aventuró el conde á preguntar al hombre.

— ¿Pedro? — respondió este; — ¡mañana acaso habrá muerto!

— ¿Le matarán? — exclamó el conde.

— Es posible, — respondió el hombre. — ¡Son tan torpes los médicos!

Y enseguida salió, cerrando la puerta sin decir otra palabra.





---

# LA ESMERALDA.

---

## VI.



ABAN las once en el reloj del castillo, cuando el conde fué sacado del letargo moral en que le habian snmerjido las últimas palabras del nuevo carcelero, por una claridad repentina que penetró en su prision á traves de las hendiduras de su puerta carcomida.

La puerta se abrió, y un hombre se deslizó cerca del conde con una linterna sorda en la mano, cuya luz dirigida sobre su rostro le impidió reconocer al que entraba.

— ¿Qué quiere usted? — le dijo Monteleone, levantándose de la cama, sobre la cual se habia echado.

— Hablemos bajo, — dijo Pedro. — Todo el mundo duerme en el castillo, y el sonido de una voz, por débil que fuese hallaria aun un oido bastante fino para escuchar... Por otra parte, tengo allá arriba, — añadió indicando la ventana con

el dedo, — un cierto compadre que no convendria poner en el secreto, pues perderia con Su Escelencia el mejor *negocio* de todo el año.

El conde se estremeció pensando en el *negocio* de que el compadre habia hablado en la plataforma por la mañana ; pero á la vista del carcelero, á quién creia muy enfermo, no pudo ménos de decirle que le consideraba en peligro de muerte.

— Y en efecto lo estoy, — respondió Pedro ; pues si se descubriese el servicio que trato de haceros, soy yo quien ocuparia al compadre ; y si hay ménos provecho para él, seguramente habria mucho mal para mí... He finjido estar enfermo, porque un enfermo necesita de un médico ; y Su Escelencia, *mi criado*, es quien va á ir á buscarle esta noche...

Monteleone comprendió la astucia de Pedro. Este se quitó silenciosamente los broches de una especie de capoton que le cubria, y desembarazándose prontamente de una chaqueta y un pantalon muy ordinario que llevaba sobre su ropa, hizo señal á Monteleone para que se lo pusiese.

El conde obedeció.

Pedro sacó del bolsillo un tintero portátil, papel y pluma, y dijo :

— El banquero pagará, escribid.



El conde escribió y firmó las dos letras pagaderas á la vista, cada una de 7,500 pesos; pero al mismo tiempo que las escribía reflexionaba, pues iba á suscitarse una dificultad grave entre él y el carcelero.

El conde no debía entregar los dos billetes á Pedro hasta que se hallase fuera del castillo, pues no debía pagar su libertad sino despues de haberla recobrado; y Pedro, á quien se creía enfermo, no podia acompañarle hasta la puerta del castillo. Era pues preciso fiarse en él. Cuando el conde acabó de escribir, el carcelero le entregó su manajo de llaves y la linterna sorda; y pegando su boca á la oreja del preso, le dijo:

— Iréis todo derecho... En el fondo de la galería hallaréis una escalera de piedra... Contaréis doscientos sesenta escalones, y al doscientos sesenta dejaréis de bajar, pues la escalera continúa hasta el patio de los ajusticiados, que está cien escalones mas abajo... Tomaréis á mano izquierda, luego á mano derecha, y hallaréis un patio cerrado por un rastrillo. Diréis al portero que sois Crespo, el criado del carcelero, que Pedro se muere, que vais á buscar al médico... y la puerta se abrirá. Siguiendo tambien derecho, llegaréis á la puerta principal, que se abre mas fácilmente para dejar entrar que para dejar salir. Ese otro portero apenas conoce á Crespo, que jamas se le ve fuera de nuestros calabozos; es un topo que vive bajo tierra. El portero es un hombre prudente que os mirará de cerca: le estornudaréis en los hocicos, y lloraréis por mi triste estado. Añadiréis que vais á buscar un confesor al mismo tiempo que el médico, y como es cofrade de seis congregaciones, se apresurará á correr los cerrojos temiendo que mi alma de demonio vaya por culpa suya á reunirse con los condenados.... Enseguida tomaréis la puerta y... ¡buen viaje! pero sobre todo pronta vuelta.

Pedro alargó la mano para recibir las letras, y como el conde vacilaba, dijo frunciendo las cejas:

— ¿Qué es eso? ¿desconfiais de mí? ¿Temeis alguna traicion porque no os pongo fuera yo mismo? Ya lo veo; hubierais querido que el trato se efectuase á toma y daca, es decir, aire por oro... ¡Pero yo me fio bien en Su Escelencia! — añadió en un tono algo insolente, — yo quiero creer que volveréis, cuando todo me hace pensar que no será así;... y digase lo que se quiera, ¡mas arriesgo yo que V. E.!

El hombre tenia razon, y sintiéndolo el conde le presentó los billetes.

— No, no; — dijo Pedro, que no sentia quizás el atribuir á su amor propio herido los temores que le causaba siempre la maldita idea de la cuerda; — guardad vuestro dinero, y yo tomaré mis llaves, ¡punto concluido! No habrá mas que el haberos disfrazado un rato de carcelero, pero es un disfraz que vale tanto como el de Pulicinelli.

Monteleone, que no queria implorar al carcelero, cuyas horas estaban contadas, tomó la pluma y leyó en voz alta lo que escribía en cada una de las letras:

*¡Valga por diez mil pesos mas!*

Las irresoluciones del conde le costaban diez mil pesos mas, pero el carcelero exclamó agarrando las letras que se le presentaban:

— ¡Corpo di Baco!... ¡eso se llama obrar como caballero!

Las doce daban en este momento.

— ¡Partid, pucs, aquí espero al médico! — dijo sonriendo el carcelero. — Y para que veais si tengo fe en vos, no iré á cobrar mi dinero hasta mañana por la mañana.

El conde se alejó.

Todo sucedió como Pedro le habia dicho; solamente en la puerta principal el piadoso portero hizo aguantar un sermon al fujitivo, sobre la ventaja que habia en escojer un confesor para asistir á Pedro, entre los capellanes de las cofradías de que él era miembro. Y luego, en caso de muerte, toda la cofradía acompañaría al difunto al campo santo, lo que seria de muy buen ejemplo para la prision y los malos creyentes de la ciudad.

El conde sufría los tormentos del infierno durante la piadosa plática del portero, pues el retardo mas leve, el accidente mas imprevisto podia perderle, cuando veía la libertad á través de las pesadas barras de hierro que no se abrian.

¡Finalmente la puerta se abrió! Conteniendo Monteleone su impaciencia en presencia del



portero, tuvo el valor de salir á paso lento, cuando hubiera querido volar como el pájaro que se escapa de la jaula donde se le tiene cautivo.

Una hora despues de la fuga del prisionero del castillo del Huevo, hé aquí lo que pasaba en la casita etrusca donde hemos conducido al lector al principio de esta historia.

Un anciano estaba á los piés de un jóven, mojándose los con sus lágrimas, besándole las manos con la espresion de una alegría loca, y dejando escapar de sus labios estas palabras :

— ¡En fin os veo!... ¡sois vos, mi querido señor!... ¡y en qué traje, Dios mio!... ¡Un Monteleone vestido como un mendigo de Santa Lusia!... ¡pero en fin os veo! Espero que esta vez vamos á dejar este país maldito, regado con la sangre de vuestro padre... ¡No mas conspiraciones!... ¿no es cierto? Eso cuesta muy caro, y gracias al cielo tenemos oro suficiente para huir, pues Antonio Lamberti tiene mas de un millon en su caja de la venta de vuestros bienes; ¡tomemos ese dinero, y partamos, monseñor!

— ¡Vestidos y una capa, mi buen Giacomo!...— respondia Monteleone con voz fébril y ajitada á las frases amorosas y decididas que le dirigia su fiel criado.

— ¡Sin duda... sin duda! — respondió este; — vestidos sencillos y de color oscuro, para que nada llame la atencion de vuestros enemigos... para que podamos ganar la costa de incógnito y meternos en el primer buque que se haga á la vela para Grecia ó Francia.

— ¡No tal, no tal! — respondió Monteleone; — al contrario, mis vestidos mas magníficos, los mas lujosos, los que llevaba en mis cavalcatas de Chiaice!

— ¡Por la Virgen, señor conde!...— exclamó Giacomo? — ¿perdeis el juicio, señor, para querer llamar así la atencion? ¡Un próscrito tratar de atraerse las miradas que debia huir á todo trance! ¿Teneis acaso algun nuevo amor en la cabeza?... Pues, ¡por Dios, que el momento seria bien escogido!

— ¡Giacomo, haz lo que te mando! — respondió el conde con vivacidad. — Los minutos son horas para mí; y si quieres que viva, si quieres verme libre y dichoso, si quieres que la casa de Monteleone recobre su antiguo esplendor, y que su heredero único escape á la muerte que le amenaza, obedece sin repicar ni vacilar á todo cuanto voy á mandarte.

— ¡Ya me callo, monseñor!... y quiera Dios que Su Escelencia vea realizarse todo lo que espera!

El conde se vistió con la mayor elegancia, y cubriéndose sin embargo con su capote de viaje, dijo á Giacomo que le miraba estupefacto :

— Ahora echa la silla al *Vesuvio*, mi mejor caballo de raza inglesa, que ninguno ha podido alcanzar jamas.

Giacomo salió.

— ¡Vamos, todo sale bien hasta este momento! — se dijo el conde en cuanto se quedó solo, — pero lo hecho no es nada para lo que resta que hacer.

Lo que le restaba que hacer á Monteleone debia ser alguna cosa muy grave, pues su frente se humedeció de un sudor frio, y su rostro se puso cadavérico, pensando que apenas le separaba una hora de la obra que iba á emprender.

— Pero... ¡y si me engañase! — continuó él; — si contando demasiado con mi sangre fria y con mi destreza de mano y golpe de vista... que no ejercito hace largo tiempo... hubiese olvidado esos juegos familiares á los napolitanos, en los que siempre salia vencedor!... Si...

Las palabras espiraron en sus labios, y se sentó agobiado por la duda y el terror.

Las tres se oyeron á lo léjos.

— ¡Las tres! — exclamó el conde levantándose; — ¡las tres ya, y necesito cuatro para cumplir mi proyecto!... ¡Viene el dia tan pronto en este país!... ¡y perdida esta ocasion, no hay esperanza ni salvacion para mí! ¡Tantos cuidados y combinaciones aniquiladas... un plan tan bien concertado... y una empresa tan audaz arruinada para siempre!... ¡Todos esos hombres decididos, abandonados por mí cuando puedo salvarme y salvarlos, conservándoles un defensor y un jefe!... ¡No, no, jamas!... no mas calabozo, no mas prisiones. ¡La libertad para mí; la libertad para mi país!



Y levantándose entónces con viveza fué á mirar alrededor del cuarto, registrando detras de los tapices, para asegurarse de que ningun testigo oculto presenciaba la estraña accion que iba á cumplir. Luego tomó un candelabro cargado de bujías, y dirijiéndose á la parte mas sombría de la sala se paró delante de una panoplia de armas de todas clases; escujo un puñal entre otros muchos, examinó la hoja con cuidado, y la ensayó sobre su mano desnuda

Enseguida se aproximó á un cofre de hierro, hizo jugar un resorte conocido solamente de él y de Giacomo, y descubrió un secreto en el que habia un cajoncito que contenia sus jóyas. En él habia una sortija que llevaba frecuentemente en el dedo meñique de la mano izquierda; era una de las rarezas mas magnificas de su clase, una obra maestra de Benvenuto Cellini, y tenia una esmeralda de una pulgada de largo y seis líneas de ancho; sobre esta esmeralda estaban grabadas las armas de los Monteleone.

Los curiosos iban á admirar esta sortija en el tesoro de la familia del conde, un siglo ántes de esta historia, época en que los Monteleone tenian un tesoro.

El conde puso la sortija sobre la cabecera abarquillada de la cama griega, y levantando enseguida el brazo derecho armado del puñal, perpendicularmente al círculo trazado por el anillo, le bajó rápidamente por tres veces... ¡y tres veces la punta acerada cayó en el centro de la estrecha circunferencia!...

El conde colocó la sortija en su dedo, pues la llevaba en todas las ocasiones graves de su vida; era una supersticion de familia.

Se aseguró de que la punta del puñal no se habia embotado ni roto, y se dijo con una mezcla de satisfaccion y orgullo:

— ¡ Siempre la misma precision... puedo herir donde me acomoda!



---

## TORRE-DEL-GRECO.

---

### VII.



UNA aurora magnífica, resplandeciente, purpúrea, aurora de Italia en fin, principiaba á aparecer y á derramar sus primeros fuegos sobre la campiña risueña de las cercanías de Nápoles.

Los vapores de la noche se hacian por momentos mas diáfanos y lijeros á los rayos del sol naciente; ni una sola nube empañaba el azul del cielo, de ese cielo único en el mundo, tan puro, tan espléndido, media naranja brillante creada por la mano de Dios para el Eden encantador que cubre.

Refrescada la naturaleza por la brisa de la noche, habia recobrado fuerzas contra las ráfagas abrasadoras del dia. Las campanas resonaban en las aldeas, llamando á los vecinos á la oracion matinal, y se veían ya algunos habitantes piadosos que se dirijian al santo lugar donde sonaba lentamente el

primer *angelus*...

Pero ningun trabajador se dirijia á los campos, pues aquel dia era dia de reposo, era domingo, y este dia la indolencia napolitana se une á los preceptos de la Iglesia, cruzando los brazos, suspendiendo su comercio y abandonando sus trabajos. Pero si los campos están huérfanos de sus trabajadares, las iglesias están llenas de fieles durante esa fiesta semanal.

El napolitano sobre todo, devoto y supersticioso, cree combatir el poder del infierno y rescatar sus pecados por un lujo de cirios y de votos, del que no es fácil formar una idea en nuestro país. Los templos están llenos de luces, desde la modesta ermita perdida en el fondo de los bosques ó en alguna roca desierta, hasta las ricas iglesias de la capital y la parroquia de la aldea.

Pero terminados los oficios divinos, el cristiano ferviente se trasforma en un intrépido bailarín; la oracion es reemplazada por la fogosa tarantela, y el diablo recupera muy presto lo que Dios le habia hecho perder.

Todas las cercanías de Nápoles oraban y se preparaban á danzar en este hermoso domingo de febrero, que parecia por su dulzura matinal un dia de junio en Francia; y durante este tiempo, un caballo fogoso cubierto de sudor acababa de pararse frente á una posada



notable por las masas enormes de lava que la rodeaban desde la terrible erupcion del año 1794.

Esta posada es un punto de parada muy conocido de todos los viajeros que visitan ó atraviesan el hermoso pueblo de Torre-del-Greco, pueblo precioso y el mas poblado de cuantos dependen del territorio de Nápoles.

El viajero que montaba el caballo habia echado pié á tierra, y su corazon latia con violencia, ménos acaso por la rapidez de la marcha que por una fuerte emocion que se pintaba en sus facciones.

Despues de haber dado algunos instantes de descanso á su caballo, el caballero saltó ligeramente á la silla, y el fogoso animal se lanzó en direccion de la plaza principal de Torre-del-Greco.

La plaza estaba desierta.

Todos los habitantes del pueblo estaban reunidos en la iglesia parroquial, monumento antiguo, cuya torre cuadrada que sostiene el campanario de la iglesia fué separada de ella cuando sucedió la erupcion de que hemos hablado, y se halla ahora enterrada entre cuarenta piés de lava, que forman en derredor de ella una barrera indestructible.

Las puertas de la iglesia estaban abiertas, y un ojo experimentado hubiera podido distinguir en la nave algunas pinturas admirables del Giordano, verdaderas obras maestras, como casi todos los cuadros de las iglesias italianas, productos sublimes del jenio y de la fe.

Los buenos cuadros sagrados son raros en el dia, pues los pintores hacen ángeles que son hombres, y vírjenes que no son mas que mujeres.

Rafael, Carrachio, Dominico, Giordano, esos creadores de la pintura estática, veían en el cielo las santas figuras que reproducian en la tierra, y Rafael debió ver alguna revelacion cuando dotó al mundo con esa página divina llamada *la Trasfiguracion*.

Un habitante de Torre-del-Greco, acaso el único, no habia asistido al Oficio divino, y se hallaba en pié á la puerta de su casa, situada en la plaza.

Este hombre se llamaba Stenio Salvatori, era el mayor de los tres hermanos, y el mas rico de los labradores del opulento pueblo.

Estos tres hermanos habian tenido la misma suerte; forzados á tomar servicio durante el reinado de Murat, se vieron obligados á abandonar la casa paterna para hacerse soldados.

El padre de Monteleone habia tenido muchas propiedades en Torre-del-Greco, y estas propiedades fueron divididas entre los habitantes del pueblo en la época de su condenacion y de su muerte.

Los Salvatori recibieron una gran parte de ellas, pero Joaquín Murat los obligó á restituir las al jóven conde cuando le volvió sus bienes confiscados; de lo que nació un odio contra el conde Monteleone igual al que tenian al monarca destronado.

Los tres denunciaron el desembarque de Murat en la playa de Pizzo, y los tres denunciaron la presencia de Monteleone en la *Venta secreta* de Pompeya.

Stenio Salvatori no era devoto y jamas parecia en la iglesia; sus hermanos le reconvenian fuertemente por ello, y este mismo dia, cuando partian para la misa, Rafael Salvatori, que era el mas jóven, dijo á su hermano mayor:

— Hermano, tú no ruegas jamas á Dios; y sin embargo tenemos mucho que hacernos perdonar de él... ¡y no guarda mas que á los que le aman!

— Yo no le amo, pues no me ha hecho mas que mal, — respondió brutalmente Stenio.

Y cruzó estóicamente los brazos quedándose en el umbral de la puerta, mirando el cielo azulado y tomando el sol tranquilamente.

La misa se celebraba, pues, en la iglesia de Torre-del-Greco, cuando el caballero que hemos visto galopeando hácia ese pueblo se apareció en la plaza; un ligero movimiento de mano paró repentinamente á su caballo cubierto de espuma. El caballero se apeó, y metiendo el brazo entre las bridas dió algunos pasos hácia la iglesia, pero viendo á Stenio Salvatori dió un grito de gozo y se dirijió á él, despues de haber echado la brida sobre el cuello del dócil animal, que se paró al momento.



— ¡El conde de Monteleone! — exclamó Stenio estupefacto al ver al conde.

— ¡Yo mismo! — respondió Monteleone; — que vengo á ajustar cuentas con tus hermanos y contigo.

— Soy yo mas bien quien tendria que ajustar cuentas con vos, — respondió brutalmente Stenio, — porque sois poseedor de los bienes de nuestro padre, que hemos hecho fructíferos para nosotros y no para vos.

— Pero esos bienes eran de mi familia, — replicó el conde, — y habeis tenido la infamia de acaptarlos, tú y los tuyos, gozando de ellos durante diez años sin escrúpulo ni remordimiento.

— El rey, el verdadero rey de los napolitanos, Cárlos III, nos los habia dado; — respondió Salvatori, — y nosotros los hemos recibido y guardado, porque estaban mejor colocados en las manos de sus fieles vasallos que en las de los conspiradores y traidores.

Monteleone hizo un jesto amenazador, y Stenio se metió precipitadamente en su casa; pero el conde habia previsto el movimiento, siguió á Stenio, y pasó el umbral de la puerta al mismo tiempo que él.

— Te gusta mas la sombra que el sol... sea, — dijo Monteleone. — Aquí hablaremos mas á placer, aunque está un poco sombrío; pero cuando me agrade ver tus facciones mejor á la claridad, volveremos al sol.

— Finalmente... ¿qué me quereis, y de qué cuentas hablais? — dijo Stenio con insolencia. — Fernando IV os ha conservado los bienes que Joaquin el usurpador os habia devuelto, conque no sois vos el despojado, sino mis hermanos y yo que nos vemos arruinados; así, pues, estamos pagos, y nada teneis que reclamarnos.

— ¡Te equivocas, mi bravo y honrado Stenio! — repuso Monteleone echando á Salvatori una mirada que le hizo temblar. — Vengo á pedirte mas que oro y mas que bienes... ¡vengo á pedirte cuenta de la vida que has querido quitarme entregándome á las venganzas de la policia del rey Fernando!

Stenio creía su infame delacion ignorada del conde, y se quedó aterrado viendo que se hallaba instruido.

En efecto, los autores de semejantes avisos no eran revelados jamas á las víctimas delatadas, y debia ser un medio muy singular del que se habia valido el misterioso protector del conde para conocer el nombre de sus denunciadores, y hacérselo saber en el billete secreto confiado al pan de la prision.

— ¡Escucha! — le dijo el conde, — tus hermanos y tú habeis entregado á Murat á las balas de los soldados reales... ¡tus hermanos y tu habeis querido entregar mi cabeza al verdugo de Napoles!... Pero yo quiero salvar mi cabeza, ¿lo entiendes? y para salvarla es preciso que te hiera con este puñal... en cualquiera parte... ¡Escoje el sitio de tu villano cuerpo que ha de servirle de vaina!... Todas las partes me son buenas, todas... excepto el corazon y la garganta, pues no quiero matarte. Quiero que vivas... ¡Necesito que vivas!... y vivirás; pues te juro por la sangre de Cristo que mi puñal no pasará una linea del paraje que me hayas indicado.

Stenio se quedó abismado durante algunos segundos al escuchar estas estrañas y terribles palabras, pero al susto que le causaron sucedió muy en breve un furor violento, y exclamó:

— ¿Sois acaso el verdugo, monseñor? ¿ó estoy acaso condenado á ser marcado por vuestra mano?

— ¡Soy el ejecutor de la sentencia que he pronunciado, y nada podrá salvarte! — respondió Monteleone.

— ¡Sí tal... acaso este! — respondió Stenio sacando vivamente un fino puñal de tres cortes que llevaba oculto debajo de su chaqueta, y que lanzó contra el pecho del conde.

Pero el puñal de Stenio se rompió en mil pedazos que cayeron á sus piés, pues el conde llevaba debajo de su ropa una túnica fina de mallas de acero que hubiera resistido á la lanza de un hulano.

— ¡Ahora me toca á mí!... — dijo Monteleone, cojiendo el brazo desarmado de Stenio.



— ¡Golpe por golpe es justo! . . . Solamente que mi golpe será mas seguro que el tuyo, pues ya te he dicho que no quiero herir tu corazon . . .

Stenio cayó de rodillas, pero el conde le levantó con mano vigorosa diciendo :

— ¡No, no... ya ha llegado el momento de ver el sol de que huías hace poco! La sombra no es buena mas que para hablar ; pero para las acciones se necesita el aire y el sol. . . y pues que no quieres decirme el sitio donde debo herirte, yo mismo le escojeré.

Stenio forcejeaba para desprenderse del conde, y sus gritos resonaban en la plaza.

En este momento salia toda la jente del Oficio divino que acababa de concluirse, y los habitantes de Torre-del-Greco pudieron ver al conde que arrastraba á su delator hasta el umbral de la puerta. Los gritos de Stenio redoblaban, y levantando entónces el conde el puñal sobre la cabeza de Stenio Salvatori se le metió en el brazo hasta la empuñadura.

Stenio Salvatori dió un agudo grito de dolor, y sus hermanos acudieron á él.

— ¡Es el conde de Monteleone que me asesina! — dijo á sus hermanos, señalando al conde.

— ¡El conde de Monteleone! . . . — exclamaron los dos hermanos.

— ¡El conde de Monteleone!!! — repitió todo el pueblo rodeándole.

El conde, montado ya en su caballo, apartó su capote para que todos se asegurasen de que era él en efecto; y dando luego un vigoroso espolazo á su caballo derribó á los que se hallaban á su paso, y partió como una flecha en medio de los gritos de sus adversarios . . . . .

.....

La noche de este dia, Pedro, que se decia milagrosamente curado, entraba en el castillo del Huevo despues de haber estado ausente durante algunas horas.

Su marcha pesada, que podia atribuirse á su reciente enfermedad, disimulaba apénas la fatiga que le causaba una enorme suma en oro que llevaba oculta bajo su capote.

— ¡ Véase en lo que consiste la salvacion de nuestra alma! — decia el piadoso portero cerrando la puerta del castillo tras el carcelero. — ¡ Gracias al miserable que no trajo ayer noche el capellan de los penitentes. el pobre Pedro podia haberse muerto sin confesion!





---

## EL NIDO DE VIBORAS.

---

### VIII.



ON razon se habia llamado *la Rosa Blanca de Sorrento* á esa preciosa jóven, objeto de los mas ardientes deseos y de las esperanzas mas dulces del conde de Monteleone.

En efecto, no podia verse una figura mas dulce y un rostro mas seráfico; se hubiera dicho que era la *virgen immaculada de Rubens*. Y lo que mas llamaba la atencion al mirar por primera vez á Aminta, era una palidez de mármol, pero de ese mármol de Carrara, blanco y con venas sutiles y transparentes hasta tal punto que, cincelado por Canova, cree uno ver fluir la sangre y circular bajo la carne aparente de las obras maestras de tan gran escultor.

[ Pero es preciso decir tambien que, bajo las negras y largas pestañas de los ojos de la hermosa napolitana, el atento observador hubiera descubierto una espresion de firmeza y resolucion, rara en una jóven tierna. Examinándola bien, se comprendia que en su cuerpo delicado habia un alma llena de valor y enerjía, y que si esta alma queria un dia, lo que quisiese seria... en razon á que, despues de la voluntad de Dios, no hay nada tan persistente ni tan irresistible en el mundo como la voluntad de una mujer, ¡y sobre todo una mujer italiana! Antonia Rovero, madre de Aminta y de Tadeo, era viuda de un rico banquero de Nápoles, decidido por la causa de Murat, y de quien Murat hizo uno de sus senadores, y luego su ministro de Hacienda. El señor Rovero habia muerto desempeñando este última puesto, y su vida, colmada de los beneficios de Joaquin, se habia retirado con sus dos hijos á su hermosa casa de campo de Sorrento.

Todo lo que podia tender á derribar el gobierno de Fernando IV debia pues hallarse en las simpatías de Tadeo, pues la restauracion del rey de las Dos Sicilias habia cortado su carrera y su porvenir... y hé ahí por qué era uno de los cuatro pulicinelli que hemos visto en San Carlo.

Miéntas que ese hijo querido de la madre mas respetable, y ese hermano amado de la bella Aminta, languidecia quizás en el fondo de algun calabozo, como el conde de Monteleone, la señora Rovero y su hija creían en el seno de su pacífica quinta que Tadeo disfrutaba en Nápoles los goces del Carnaval, y que el pobre mozo se entregaba á las locuras de esos dias de placer. Solamente, cuando el sol doraba las bellas colinas de Sorrento, la soñata Aminta decia á su madre:

— ¡Tadeo nos olvida un poco, mamá!... y es muy triste el pasar sin él este dia tan hermoso, que seria tan bueno y tan completo entre los tres!



Enseguida Aminta, tomando un volúmen de Alfieri, su actor predilecto, se iba sola á errar por la campiña.

El dia en que pasó lo que vamos á contar, era uno de esos dias ardientes que hacen creer á veces en la primavera continua, en medio del invierno, y debemos añadir que el invierno de 1816 fué escepcional en Italia; que el calor fué tan grande en el mes de febrero, que sufriendo la naturaleza su poderosa influencia se adornó repentinamente de su mas lujosa vejetacion.

El paseo favorito de Aminta era una verde colina, á cuyo pié existia en otro tiempo una casita sencilla y linda que fué la cuna de uno de los jenios mas admirables del mundo. . . . ; Ese jenio era el Taso!

Un busto del poeta, hecho de tierra cocida, adorna aun la fachada de esta modesta vivienda medio arruinada entónces y reconstruida despues. En esta época ya no existia el cuarto del divino y desgraciado amante de Leonor. . . ¡ pues se habia arruinado en el mar !... pero los vestijios de la habitacion del poeta no eran ménos religiosamente visitados por sus admiradores.

El alma amante de Aminta les daba un culto piadoso, y fué hácia la casita del Taso donde acababa de dirigirse la *Rosa de Sorrento*.

La señora Rovero veía siempre con pena á su hija emprender unas escursiones tan lejanas, pero, sin embargo, Aminta no las hacia sola. Le acompañaba un ente singular que participaba á la vez de hombre y de reptil, podia tener diez y seis años, pues era la edad que manifestaban sus facciones; pero esas facciones eran un compuesto de lo que la naturaleza puede crear de mas horrible.

Una frente corta, sobre la que caían algunas mechass de cabellos rojizos, una boca casi desdentada, unos ojos verdes muy pequeños, y que tomaban un brillo insoportable cuando los animaba la ira, unos brazos largos y huesudos, unas piernas flaquísimas, un busto corto y cuadrado, unos piés de dimension exajerada, todo eso componia un conjunto tan chocante, tan poco humano en este desgraciado ser, que los muchachos de Sorrento le habian puesto por apodo *il Scorpione*, tanto era lo que tenia de este animal por su forma estraña y repugnante.

El moral de Scorpione corria parejas con su físico; era rencoroso para todo lo que era bello. . . . vengativo, socarron y traidor; pero paciente como un tigre que acecha sin cansarse durante muchas horas la presa que desea devorar. Scorpione hubiera esperado diez años por vengarse, ¡ pero al cabo de diez años se habria vengado!

El verdadero nombre del muchacho era Tonio, hijo de la nodriza de Aminta, no habiendo sido separado nunca de la jóven desde su nacimiento, y haciéndose cada dia mas feo, cuando ella adquiria una nueva gracia cada dia. Tonio se habia acostumbrado á una vida tan íntima con la bella Aminta, que jamas se separaba de ella.

Esta intimidad estraña, no era la de dos niños criados juntos, ni la de un hermano y una hermana de leche, era la intimidad de la ciatura intelijente y del bruto, la del amo y su perro. Tonio era pues el perro de Aminta, y la seguia y guardaba en sus largos paseos.

¿ Se presentaba un paso difícil ?... Tonio cojia en brazos á Aminta y atravesaba el arroyo ó torrente sin que una gota de agua salpicase los vestidos de su ama. Si algun viajero encontrando á la hermosa niña se aproximaba á ella ó trataba de hablarla, Tonio refunfuñaba desde luego, y consultando enseguida los ojos de Aminta, hacia comprender al atrevido que habia allí un dogo pronto á socorrerla contra los agresores.

En las noches largas del invierno, cuando Aminta hacia la lectura á su madre, Tonio, acostado á los piés de la jóven lectora, se los calentaba en su pecho; y ella le dejaba hacerlo con la misma negligencia y abandono con que hubiera puesto sus piés de niña sobre el cuerpo del perro de la quinta.

La jóven italiana se habia acostumbrado de tal modo á la fealdad de Tonio, que no le causaba ni temor ni disgusto; y nada formaba un contraste mas notable que estas dos criaturas tan diferentes recorriendo juntos la campiña y marchando emparejados, como un ángel y un demonio.



Aminta habia ensayado en vano el dar alguna instruccion á Scorpione, pues el corto entendimiento del miserable se rehusaba á ello. Si hubiese podido comprender cualquier cosa, si las nociones de lo justo é injusto hubiesen podido encontrar su razon ó su corazon, Aminta habria ejecutado ese milagro; pero el pobre imbécil no concia mas que tres cosas en el mundo: amar á Aminta, servirla y defenderla. Fuera de esto, nada.

La bella Aminta acababa de llegar á la casa del Taso, seguida de su perro fiel; era quizás la vijésima vez que recorria estas ruinas ilustres, leyendo y releiendo las inscripciones que cada turista se creía obligado á escribir sobre las paredes de ladrillo, fuese con la punta de su puñal, fuese con lápiz ó de otra manera.

Una inscripcion que parecia haber sido trazada recientemente atrajo este dia las miradas de Aminta....

Hé aquí la inscripcion:

» ¡Es preciso haber sufrido tanto como el amante de Leonor, para no ser dichoso en el paraíso de Sorento!»

Estas líneas estaban firmadas de este nombre:

Marqués DE MAULEAR.

Aminta las leyó y releió muchas veces sin poder explicarse el atractivo que tenian para ella; su espresion sencilla iba directamente á su corazon, y no se alejó de la pared que las habia recibido sin sentir cierta emocion.

En este momento se hallaba el sol en toda su fuerza, y derramaba sobre la naturaleza sus rayos inflamados; el sombrero de paja la preservaba mal de los torrentes de lava ardiente que parecian caer del cielo, y corrian por su frente de mármol algunas gotas de sudor.

Mientras buscaba en la casa arruinada un abrigo contra los ardores del dia, Scorpione, detrás de un muro cubierto de yedra, se divertia en atormentar á un grueso lagarto que habia descubierto, y que se habia refugiado en una hendidura de la pared, de la cual no podia salir.

El cruel muchacho heria con la punta de su puñal al tímido animal cuantas veces queria escaparse de su retiro; pero su gozo fué grande, cuando despues de haberle picado los ojos brillantes, vió al pobre fujitivo salir prontamente de su escondite y entregarse en manos de su perseguidor, engañado por la oscuridad repentina que acababa de formarse para él.

Un último golpe dado sobre la cabeza aplastada del lagarto completó el triunfo del verdugo y la víctima vino convulsivamente á espirar á sus piés.

Aminta sorprendió á Scorpione en esta amable ocupacion.

— ¡Quita allá! — dijo ella, — eres un bárbaro... y merecerias sufrir lo que has hecho padecer á ese pobre animal!

— Yo no soy un lagarto, — respondió Tonio con una sonrisa sombría; — soy un *Scorpione*, como dicen los chicos de Sorento, y tengo un dardo siempre pronto para los que quieran hacerme mal.

Y diciendo esto, mostraba su cuchillo.

Aminta se alejó, y Tonio, enfurruñado contra su ama, como el perro á quien se ha regañado, volvió la espalda y, apoyándose contra la pared, se hizo el dormido... pero pocos minutos despues dormia en realidad.

A pocos pasos de la casa del Taso habia una gruta bajo la cual corria un arroyuelo cubierto de yerbas acuáticas, y que sin duda en otro tiempo alimentaba la cisterna de la casa; pero abandonado á sí mismo, el curso del agua se habia obstruido insensiblemente, y no quedaba mas que un cauce fangoso que alguna pobre fuente entretenia aun.

En esta gruta fué donde Aminta halló el refugio que buscaba. Cerca del arroyo habia un banco cubierto de musgo; se sentó en él, tomó su libro, y se puso á declamar á media voz los versos armoniosos de su poeta favorito.

El calor excesivo del dia hizo sentir á la jóven cierto entorpecimiento, y luchó durante algunos minutos contra el sueño que le venia, pero el sueño la rodeó muy presto con sus alas de plomo. La vista de Aminta se turbó, pasaron sobre sus ojos y su libro unas ligeras nubes; su frente se inclinó hácia la tierra, su cabeza cayó sobre la almohada rústica... y sedurmió



Era mediodía, y á esta hora todo reposa en Italia, y sobre todo en Nápoles; pero hay un proverbio muy poco gracioso para mis compatriotas que dice: excepto los franceses y los perros.

El hecho es que los turistas franceses no se conforman jamas con los usos del país que recorren. El frances que viaja tiene la maldita manía de querer hacerlo todo á la francesa, en países y lugares donde nuestro jénero de vida es poco ménos que imposible; y como se pasea por los baluartes á mediodía con el rigor del sol, recorre los campos de Nápoles de <sup>l</sup> mismo modo á mediodía.

Esta filípica, respecto á los turistas franceses, servirá de transición á todo lo que se va á leer.

Un silencio profundo reinaba sobre la naturaleza abrasada, el zumbido inquieto de los insectos alados lo turbaba á veces, pero luego todo se callaba... el viento mismo no tenia ya voz, y las olas que batian la roca parecia que dulcificaban la suya para no interrumpir el reposo completo de la tierra y el cielo.

Repentinamente se oyeron pasos á lo léjos, al principio lijeros, luego mas secos y mas sensibles, cuando resonaban sobre el suelo calcinado del sendero que conducia á la casa del Taso.

Un jóven de unos veinticinco años poco mas ó ménos se dirijia hácia la morada del poeta. El calor parecia agobiarle, y un latiguillo que llevaba en la mano y las espuelas en sus botas indicaban que acababa de apearse de un caballo.

En efecto, habia dejado el suyo bajo unos naranjos, y sorprendido por el calor abrasador del sol buscaba un abrigo que le pudiese proteger contra él; y acordándose de las ruinas que habia recorrido algunos dias ántes, se dirijó á ellas esperando hallar un abrigo, sombra y frescura. Y como la casa del poeta tenia el tejado lleno de aberturas, el viajero fué á refugiarse al mismo paraje donde dormia Aminta.

Deslumbrados sus ojos por la viva luz del día, no le permitieron al principio distinguir á la jóven en la sombra de la gruta; pero algunos instantes de reposo permitieron á su vista distinguir una forma blanca sobre el banco de musgo... luego aquella forma vaga se precisó poco á poco, y acabó por presentar á las miradas sorprendidas del viajero la preciosa jóven que descansaba en aquel lugar solitario.

En este momento un vivo rayo de sol que se deslizaba por lo alto de las ruinas bajó hasta el banco de Aminta, y vino á rodearla con sus lentejuelas de oro, iluminando su cabeza anjelical como la aurora brillante de una santa de Rafael.

¡Enrique de Maulear (era el nombre del viajero) creyó hallarse delante de una vision celeste!...

¿Era el alma errante de la princesa Leonor, que venia á visitar estos lugares tan caros á su corazon? ¿O bien, un hábil estatuario, Canova quizás, por una de esas fantasías familiares al ingenio, habia reproducido las encantadoras facciones de la amante adorada del Taso, para colocarlas bajo esta bóveda, testigo de los suspiros del poeta?

Pero ya hemos dicho que solo el mármol podia rivalizar con el color de Aminta... y sus brazos desnudos parecian esculpidos del mas puro y trasparente de Carrara.

Un débil suspiro que dió la hermosa dormida dispó la ilusion del extranjero.

No era pues la mas admirable de las estatuas lo que sus ojos veian, no lo obra del arte, sino la de la naturaleza... Pero la mujer como se la pinta un corazon tierno y poetico... la mujer que no se ama, pero que se adora, ... ¡pues el amor viene de la tierra y la adoracion sube al cielo!

Enrique de Maulear, fascinado cada vez mas por su admiracion, no se atrevia á dar un paso, retenia hasta su aliento... ¡tanto era lo que temia ver desvanecerse aquella aparicion encantadora!

Pero muy presto se apoderó de él otro sentimiento, y un frio mortal dejó helado su corazon .. ¡la muerte tocaba al sueño! Un peligro terrible amenazaba á la jóven, y ningun poder humano parecia capaz de sustraerla á él.

En los pliegues del vestido de Aminta, bajo el seno mismo de la jóven y á pocas líneas



de su pecho, Enrique acababa de distinguir unos objetos abirragados y movedizos que se destacaban vivamente sobre el tejido vaporoso de la blanca muselina.

Estos seres estraños pertenecian á esa especie de reptiles bastante raros en Italia, que se llaman *víboras de cabeza puntiaguda*. Su mordedura es de un efecto tan rápido y tan intenso, su veneno se infiltra en la sangre con tal violencia, que bastan algunos minutos para ocasionar la muerte á sus víctimas.

Aminta se habia dormido cerca de un nido de esos reptiles peligrosos. El dulce calor que la jóven exhalaba de su cuerpo los habia atraído poco á poco, y habian escojido su seno mismo para venir á enroscarse en él durante su sueño. La inmovilidad de Aminta la habia preservado hasta entónces de sus terribles picaduras, pero el menor movimiento podia ocasionar la horrible catástrofe que temia Enrique y de la que se veía obligado á ser testigo pasivo.

En efecto, ¿qué socorro podia dar á la jóven? ¿por qué medio habia de prevenirla sin despertarla sobresaltada, sin sacar de su enterpecimiento á los reptiles, sin provocar sus picaduras terribles?

Palido y con la frente cubierta de un sudor frio, inmóvil delante de este odioso espectáculo, Enrique discurria en vano un medio de salvacion para la bella dormida. Pero ¡cuán grande no fué su terror viendo á esta hacer un lijero movimiento; levantar uno de sus brazos hasta la cabeza, y balancearle en el aire dejándole caer á lo largo de su cuerpo despues de haber reposado durante algunos segundos sobre su pecho cubierto de reptiles!...

Las víboras sintieron el golpe del movimiento de Aminta; se agitaron un instante, se desenroscaron y enroscaron de nuevo, ocultando sus agudas cabezas entre los pliegues de la muselina. Una de ellas se enderezó, pasó su fina lengua entre sus dos mandíbulas, como haria un goloso despues de una buena comida, hizo brillar al sol sus ojos de rubíes, y encorbandose luego por un movimiento lleno de gracia se deslizó entre sus compañeras y desapareció en medio del grupo compacto.

Durante esta escena mímica, representada por un actor tan terrible, Enrique de Malear no se atrevió á respirar... los latidos de su corazon se habian detenido, y su alma le habia dejado para rodear y proteger á Aminta.

La jóven se libró por esta vez, pero por eso no la rodeaba ménos por todas partes una muerte espantosa.

Enrique no la perdía de vista, y muy pronto percibió que su seno se levantaba, que su aliento salia mas oprimido de sus labios, que su tez se coloreaba lijeramente... y hasta pronunció algunas palabras entrecortadas por sus suspiros.

Un sueño la agitaba, y cuando ese sueño llegase al apojeo de sus emociones, podia despertarse bruscamente y despertar asimismo á las víboras de su horrible siesta. Esta idea escitó de tal modo el espíritu del viajero, que creyó un instante que las víboras se despertaban... Sus silbidos resonaron en sus oídos... y volvió el rostro vivamente por no presenciar el terrible espectáculo que acababa de imajinar.

Pero su mirada, léjos de volverse inmediatamente hácia Aminta, se quedó fija sobre un objeto que no habia percibido hasta entónces, y su gozo fué tal con este descubrimiento, que le costó trabajo contener un grito de gozo que iba á escaparse de su boca.

Lo que habia visto era un jarro de tierra lleno de leche depositado en un rincón oscuro de la gruta, sin duda por algun pastor que le habia colocado allí para su merienda, preservándolo en aquel lugar de los ardores del sol.

Enrique se acordó al momento de lo que dicen los naturalistas acerca del gusto pronunciado de los reptiles por la leche, y se le vino á la memoria la historieta de las vacas ordeñadas todas las noches por unas culebras suspendidas de sus pezones para absorber la leche.

Dirijiéndose pues hácia el jarro escondido lo cojió con precaucion y se aproximó al banco de musgo.

¡En este momento Aminta abrió los ojos!



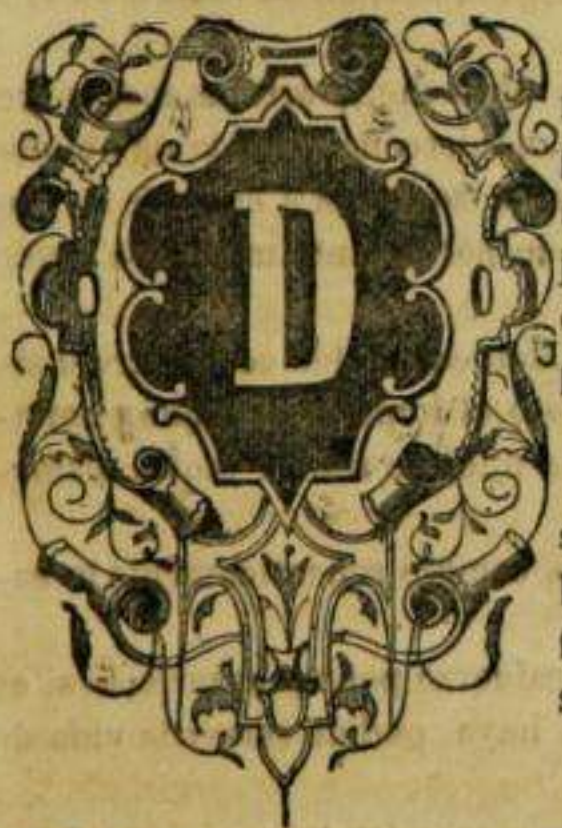
---

---

## SCORPIONE.

---

### IX.



ESPUES de haber paseado Aminta la mirada en derredor suyo, percibió al jóven viajero pálido y desencajado, y no pudo ménos de hacer un jesto de sorpresa y susto; pero este, con un jesto mas rápido que el pensamiento, le indicó las terribles compañeras que se refujiaban en su vestido, diciéndole estas palabras en tono breve y conmovido :

— ¡ Sois muerta si haceis el mas leve movimiento !...

Enrique de Malear no tenia la eleccion de los medios para salvar á la pobre jóven; era preciso prevenirla al instante, bruscamente, diciéndole todo el peligro, y contando con su fuerza de alma para soportarle permaneciendo inmóvil, ó con su debilidad para sucumbir á su aspecto.

Esta última esperanza fué la que se realizó.

Aminta volvió los ojos hácia los terribles objetos que le designaba Enrique; un sentimiento de horror pareció en su rostro, su corazon cesó de latir... su sangre se detuvo en la circulacion... ¡ La jóven se desmayó !

Pero por un favor divino, este acontecimiento se cumplió sin agitacion, sin estremecimiento nervioso que despertase á los reptiles, y fuese causa de la muerte de la desgraciada jóven.

Enrique echó una mirada al cielo, acompañada de un suspiro, llena de reconocimiento y dicha, pues el cielo acababa de proteger evidentemente á Aminta y á él.

Aproximando entónces el jarro de leche al banco de musgo, lo acercó lo mas posible á Aminta, y mojando enseguida la punta de los dedos en el líquido, los paseó por encima de las viboras dejando caer sobre ellas algunas gotas menudas.

Los reptiles lucharon al principio contra su entorpecimiento, pero filtrando poco á poco el licor entre ellos, despertó su atencion, y cuando hubo tocado en sus labios despertando su sensualidad, sintieron el efecto descrito por los naturalistas.

Enderezando sus cabezas puntiagudas como para orientarse y buscar el objeto que se les ofrecia, se las vió muy presto dirigir sus penetrantes ojos hácia el jarro de leche, y una vez hecho este reconocimiento, replegar sus flexibles anillos en sí mismos, estenderse, alargarse



dando córcovos suaves y ágiles hasta el vaso, objeto de su codicia, y lanzarse en él muy presto unas tras otras.

El banco de musgo estaba colocado junto á la roca, y para apoderarse de Aminta y transportarla fuera de la gruta era preciso que Enrique desviase primeramente el baño lácteo donde se recreaban los reptiles.

Tuvo el valor y paciencia de esperar á que la última víbora se hubiese precipitado en él, y cojiendo luego el jarro le retiró del banco colocóndole en el suelo. Pasando entónces sus brazos bajo el cuerpo inanimado de la jóven, la levantó, y se preparaba á llevarla cuando el desmayo pasajero de Aminta se disipó repentinamente.

Sintiéndose rodeada por los brazos de un jóven, hizo un esfuerzo violento para desprenderse de ellos, cayó al suelo por escapar de aquel abrazo que le asustaba, y en la agitacion y desórden causado por la insistencia de Enrique en tomarla en brazos, el pié de la desgraciada Aminta se metió todo entero en el jarro que contenia las víboras.

Aminta dió un grito de dolor y cayó sobre el seno de Maulear, desatinada, sin aliento, inanimada...

Enrique salió de la gruta con su preciosa carga, pues el grito de Aminta le habia revelado alguna nueva desgracia que no podia conocer por entónces, pero cuyo terror sintió sin saber la causa.

Scorpione se habia despertado con el grito de Aminta.

Sabiendo tan perfectamente todas las inflexiones del órgano de su ama, hubiera conocido su llamamiento entre mil; así pues se lanzó fuera de la casa del poeta con la prontitud del rayo, y se halló á la entrada de la gruta en el momento mismo que Maulear sacaba de ella á Aminta.

Scorpione creyó que aquel hombre le robaba su hermana de leche, y arrojándose sobre él como un perro furioso sobre el ladron nocturno, puso la mano derecha armada de agudas uñas en el brazo de Enrique, miéntras que se preparaba con la izquierda á clavarle su puñal en el corazon; pero el corazon de Maulear estaba protegido por Aminta misma, á quien tenia estrechada contra su pecho.

Al aspecto de este monstruo de fealdad que se le aparecia, Maulear olvidó casi la cruel situacion de que acaba de salir... y se creyó por un instante bajo el imperio de alguna horrible vision, no pudiendo persuadirse que una criatura humana pudiese reunir tantas disformidades á la vez.

Un segundo grito de Aminta, mas sofocado que el primero, cambió repentinamente la escena trayendo á sus actores al interes verdadero.

— ¡ Miserable... — dijo Enrique á Scorpione, haciendo un esfuerzo por rechazarle, — si es oro lo que buscas, te lo daré... pero espera al ménos que haya podido salvar la vida de esta jóven!

— ¡ Aminta no necesita de nadie cuando yo estoy aquí! — respondió bruscamente Scorpione. — Es mi ama, es mi hermana... ¡ y Tonio vela sobre ella!

— ¡ Pues á fe mía que velabas bien mal! — le dijo Enrique, depositando á Aminta sobre un fragmento de ruinas, — pues la he hallado en esa gruta dormida con una camada de víboras sobre el pecho!

Al oír estas palabras Scorpione, salió de su garganta un ronquido espantoso como si se ahogara, y cayó á los piés de Aminta con señales de un dolor tan espresivo y una desesperacion tan cruel, que Maulear se halló conmovido á pesar suyo.

— ¡ Las víboras!... ¡ las víboras de cabeza puntiaguda la han picado!... ¿ decid... decid pues? — gritaba Tonio á Maulear. — ¡ Si le han picado será muerta!... ¡ y si es muerta, Tonio quiere morir!

Y el pobre muchacho se revolcaba en el suelo mordiendo la tierra de rábla, y sollozando de dolor.

De repente se pintó en los ojos de Maulear un horror sombrío, un estremecimiento nervioso se apoderó de él, y paralizado por el terror, señaló con el dedo á Scorpione la pierna de Aminta, en la que se habia enroscado una víbora.



Scorpione dió un salto hasta su jóven ama, y cojiendo el réptil; le arrancó violentamente de la pierna que rodeaba y le arrojó léjos de sí.

Todo esto no duró mas que un segundo.

Lo que acababa de hacer Scorpione lo habria hecho Malear; pero el pensamiento no es mas pronto que lo fué la accion del hermano de leche de Aminta.

Por encima del borceguí que calzaba la jóven, se veía una mancha de sangre en la media de seda que cubria la pierna, mancha que era al resultado de la picadura del réptil... ¡mancha que era la muerte!

Arrodillándose Enrique delante de Aminta, alargaba ya la mano para examinar la herida; pero Tonio le rechazó bruscamente diciendo en tono breve:

— ¡No se toca á Aminta!... ¡Tonio solo tiene ese derecho, y la señora Rovero le despediria si dejase á otro que se lo tomase!

— ¡Pero se morirá sin socorro, desgraciado!

— ¿Y qué socorro le daria usted? — respondió Scorpione mirándole de piés á cabeza. — ¿Conoce usted las víboras puntiagudas? ¿sabe usted lo que se necesita para curar su mordedura?... ¡Pues yo lo sé... y yo la curaré!

Habia una conviccion tal en estas palabras: *Yo la curaré*, que Malear sintió renacer casi la esperanza en su corazon. Y sin embargo, ¿qué apariencia habia de que aquella especie de bruto pudiese hallar un medio bastante enérgico y suguro para volver la existencia á la que sentia ya el frio de la tumba, para detener el veneno sutil que circulaba en sus venas? Enrique dudaba y se estremecia al hacer estas nuevas reflexiones.

— Si quieres salvarla: — dijo él á Scorpion, — no tienes mas que un medio de hacerlo, y es echar á correr á casa del médico mas inmediato para que venga lo mas pronto posible á cauterizar la llaga: y oponer el fuego al veneno.

— ¡Los médicos son unos asnos! — respondió el muchacho. — Ellos han dejado morir á mi madre á los treinta años, hermosa y llena de vida... ¡Desde entónces los aborrezco, aunque no fuese mas que por mi madre!... pero si no salvarsen á Aminta... ¡los mataria todos sin piedad, como á unos perros rabiosos!

No es posible esplicar la espresion de Scorpione al pronunciar las palabras: *aunque no fuese mas que por mi madre*, pues era atroz de frialdad é indiferencia, como la mirada que echó sobre la jóven, al pensar que podía morir, fué indefinible de afecto.

— ¡Sálvala pues! — dijo Malear, ocurriéndole la idea de que acaso aquella criatura medio salvaje podia conocer algun secreto de la naturaleza para obrar el milagro en favor de la jóven Aminta.

Las facciones de Aminta empezaban á descomponerse; una palidez lívida las invadia, y se ajitaba con lijeras convulsiones. Ninguno de estos síntomas escapaba á la observacion de Scorpione, y poniendo la mano sobre el corazon de la jóven, dijo:

— ¡Vaya, todavía late con fuerza... pero dentro de pocos instantés seria muerta!... El veneno está en camino y es preciso detenerle.

Arrodillándose delante de Aminta cojió la pierna herida, la despojó vivamente de la media de seda que la cubria, sacando en-eguida su puñal del pecho hizo con la punta una incision circular en la mordedura de la víbora. Aminta dió un grito doloroso.

— ¿Qué haces? — exclamó Malear fuera de sí.

— ¡Ya lo veis!... — respondió Scorpion, — abro la puerta al veneno de la víbora!...

Y sin añadir una palabra aplicó sus labios á la herida y empezó á chupar ávidamente la sangre ennegrecida que salia de ella. Tres veces repitió esta operacion arrojando la sangre que chupaba, con un valor y una sublime adhesion, de manera que la fealdad de Scorpione desapareció á los ojos de Malear, y este monstruo le parecia un ánjel bajado del cielo para arrancar á la muerte una hermosa criatura.

Se pasaron algunos segundos en un silencio terrible y solemne; Scorpione sostenia la cabeza de Aminta, y trataba de leer en su rostro el efecto de su remedio heróico. Enrique de Malear, arrodillado como Scorpion, dividia sus miradas entre el cielo que invocaba y la bella italiana que examinaba con una profunda ansiedad.



Un suspiro salió de los labios de Aminta... pero no era ya un suspiro de dolor, pues un alivio interior se hacia sentir en aquella pobre naturaleza disputada á la tumba.

Scorpione cojió la mano de Aminta entre las suyas, y tomándole el pulso delicadamente soltó una carcajada ruidosa esclamando:

— ¡Ah! ah!... *el Scorpione ha vencido á la vibora!*... ¡Aminta vivirá!!...

— ¡Pero y tú, y tú!... — dijo Malear viendo al muchacho que empezaba á ponerse demudado.

— ¿Yo? — respondió Scorpione con indiferencia, — yo es diferente; acaso moriré!

Y Scorpione tenia razon sin saberlo; pues *Felix Fontana*, sabio italiano y uno de los químicos mas ilustres del siglo XVIII, en un tratado que se titula: *Riserche fisiche sopr i veneno della vipera*, publicado en Luca el año de 1767, afirma que chapado dicho veneno, aunque no penetre en los órganos vitales, basta para ocasionar una inflamacion tal en las membranas de la boca, que casi siempre resulta la muerte.

Una admiracion sin límites y una compasion profunda se apoderaron del corazon de Malear con la respuesta de Tonio, olvidando casi á la jóven por acudir á su jeneroso libertador. Le tomó en sus brazos y le sostuvo la cabeza para librarle de los golpes que se daba contra la roca por los espasmos nerviosos que sentia. El pobre muchacho se habia hecho para Malear como un hermano, como un amigo, pues habia salvado á la que el cielo mismo abandonaba;... habia cumplido el sacrificio mas admirable, el del Hombre Dios, que dió su vida por rescatar la de sus hermanos.

En este momento se oyeron pasos á lo léjos, y muchas personas se aproximaban al lugar desierto donde acababan de pasar tan lamentables escenas.

Una mujer de unos cincuenta años, hermosa aun y de un aire distinguido, se adelantaba con señales de un mortal espanto; y mirando á todos lados parecia ajitada por una viva inquietud.

Muy presto percibió á los tres actores de nuestro drama, y recorriendo el espacio que la separaba con todo el ardor de la juventud se acercó á Aminta, acostada en el suelo, la cojió, y apretándola convulsivamente contra su corazon sin poder articular una sola palabra, decia bastante con las lágrimas de sus ojos que adivinaba una desgracia para su hija querida.

Esta mujer era la señora Rovero.

Las personas que la acompañaban, antiguos servidores de esta noble familia, rodearon á Aminta sin comprender mas que su madre los peligros que habia podido correr la desgraciada jóven; pero esta, que cada momento volvia mas en sí, olvidando sus propios dolores, señalaba con la mano á Tonio, que se ajitaba entre los brazos de Malear con vivas convulsiones de dolor.

— ¿Pero qué ha pasado aquí Señor? — dijo en fin la señora Rovera dirijiéndose á Enrique. — Llena de inquietud al ver lo mucho que se prolongaba la ausencia de mi hija, he corrido á este sitio porque sé que es su paseo de costumbre, y la encuentro agonizante... lo mismo que á ese jóven que se ajita en vuestros brazos... ¿qué ha sucedido?

— Señora, permitidme que por ahora no os dé ningunos detalles sobre los acontecimientos crueles que han sucedido aquí... el tiempo es muy precioso... Vuestra hija ya está salvada, al ménos así lo espero, pero este desgraciado reclama todos nuestros cuidados, pues ha hecho el acto mas sublime para salvar á vuestra hija, y solo á él debeis la dicha de verla aun... Cerca de aquí tengo dos caballos que me esperan; haced colocar á esa señorita sobre el uno de ellos, y yo tomaré en el otro á este desgraciado jóven para llevarle lo mas pronto posible á la casa del mejor médico de Sorrento.

Enrique sacó del bolsillo un silvato de plata, y al primer silvido se apareció su lacayo conduciendo los dos caballos.

Hizose al momento lo que habia dicho, pero no sin mucho trabajo porque la debilidad de Aminta era escesiva, y Scorpione se resistia contra los que le alzaban para ponerle sobre el caballo, montado ya por Malear para recibirlo.

La señora Rovero se encaminó tristemente hácia Sorrento, llevando á la hermosa jóven



pálida y ensangrentada, cuando habia salido por la mañana fresca y alegre... y Maulear llegó muy en breve á la casa del médico que se le habia indicado.

Miéntas que se apeaba y subia á la casa del médico al hermano de leche de Aminta, Enrique hacia al doctor una relacion circuns'anciada de la cruel aventura y la valerosa decision de Tonio. El médico examinó el enfermo y su frente se puso sombría; Scorpione no podia hablar ya, y sin los débiles latidos de su corazón, se hubiera podido creer que la vida le habia abandonado. Y no obstante ningun signo exterior manifestaba los estragos del veneno, salvo la cabeza del desgraciado muchacho, que se habia hinchado prodijiosamente.

Toda su boca, y sobre todo la mandíbula inferior, parecian el sitio del mal; y Maulear vió aparecer entre los labios amoratados del enfermo una lengua verdusca y tendida, que el médico mismo examinó con profunda compasion.

— ¿Qué piensa usted de su estado? — preguntó vivamente Maulear al doctor, interrogándole tanto con la mirada como con la voz.

— El célebre *Felix Fontana* declara que no hay medio de salvacion en un caso semejante, — respondió el médico; — pero *Lázaro Spallanzani* ha publicado en Venecia una disertacion admirable sobre las heridas causadas por los réptiles, y principalmente sobre las producidas por el veneno de las víboras; y hablando de los que le chupan y sus consecuencias indica un medio de curar... pero tan terrible, tan doloroso, y sobre todo tan peligroso por sus consecuencias, que no sé si debo emplearle.

— ¡Emplearle, emplearle, si no hay otro medio entre la vida y la muerte! — respondió Maulear.

— Esta jóven vivirá — dijo el médico, — pero probablemente no hablará mas.

— ¿Puedo ir á consultar su familia? — preguntó Enrique; prometo estar de vuelta ántes de una hora.

— ¡Dentro de diez minutos no habria aquí mas que un cadáver!

— ¡Pues entónces, opere usted, señor, — dijo Maulear; — creo que todos los que le aman responderian como yo!

El médico se salió de la pieza en que estaban, y volvió pocos minutos despues con un hierro candente en la mano, seguido de un practicante.

Maulear se estremeció.

El médico hizo colocar el paciente en un ancho sillón, sujetándole á los brazos con unas correas fuertes; y cuando estuvo seguro de que los espasmos del paciente no podian impedir los movimientos de su operacion, introdujo una espátula en la boca de Scorpione para separar los dientes de Tonio; y conservando abiertas las dos mandíbulas de manera que podia ver hasta la entrada de la garganta, cojió el hierro hecho ascua y le metió en la boca del desgraciado, dándole vueltas desde el paladar á la lengua, y pasándole en todas direcciones, miéntas que de la garganta de Scorpione se escapaban unos gritos guturales, sofocados y terribles... y que su lengua se arrugaba con la accion del fuego.

Torrentes de lágrimas corrian de sus ojos... y á la vista de este espectáculo atroz se desmayó Enrique de Maulear.



---

---

## EL CONCIERTO.

---

X.



ENTE y seis años apenas tenia el marques Enrique de Maulear, y era lo que se llama un bello mozo. Un talle fino y esbelto, unas facciones delicadas y unos cabellos rubios naturalmente rizados, justificaban el epíteto que la moda y las mujeres aplicaban á su persona.

Enrique unia á estas ventajas exteriores una educacion brillante, mas supérflua que sería, mas amable que sólida. Todo lo habia ojeado un poco sin profundizar nada, pero sabia bastante para saludar con una sonrisa de conocimiento todas las materias que la conversacion de los salones de Paris suscitaba delante de él, y nuestros salones no le pedian otra cosa.

El príncipe de Maulear, de quien era hijo único Enrique, despues de haber seguido á los Borbones en la emigracion, despues de haber sido uno de los fieles de Mittan y d'Hartwel, despues de haber sufrido las privaciones del destierro, con los príncipes sus ilustres amigos, acababa de volver á entrar en Francia con Luis XVIII, y participaba con MM. de Blacas, de Vitrolles, de Escars y algunos otros de las gracias y la confianza del rey.

Viudo y dueño de una gran fortuna, á consecuencia de la restitution de sus bienes no vendidos, de un carácter orgulloso y seco, el príncipe habia vuelto de la emigracion en 1815 con los mismos sentimientos y las mismas ideas que habia llevado en 1788.

El príncipe de Maulear era el verdadero tipo de esos políticos inmóviles, á quienes la desgracia no habia enseñado nada, ni hecho olvidar la menor cosa.

Enrique de Maulear habia sido educado en Francia por una hermana de su madre, la condesa de Grandmesnil, antigua canonesa, noble dama que reemplazó cerca del joven marques la madre que la suerte le habia arrebatado casi al nacer.

La condesa no habia emigrado como su cuñado, pues los cuidados que exigia la infancia delicada de Enrique no podian combinarse con las fatigas y los viajes incesantes que traía consigo la vida errante de la emigracion; por eso el heredero de los Maulears se quedó en las manos tutelares de la condesa, y cuando fué creciendo bajo la égida de esa digna parienta, dirigió su educacion y mas tarde su entrada en el mundo.

La condesa ejercia sobre el espíritu de Enrique ese imperio que dan el afecto y el dulce



hábito de una vida íntima; velando sobre el joven con una ternura maternal, espiando sus deseos para satisfacerlos, y haciéndole la existencia dichosa y fácil. Enrique amaba á la condesa con toda su alma, y no hubiese amado mas á su madre.

Pero habia resultado de esa educacion dada por una mujer, que la naturaleza moral de la mujer habia influido un poco sobre el carácter del discípulo; y luego, esa especie de fanatismo que la condesa tenia por su sobrino, su atencion constante á satisfacer sus menores deseos y caprichos, su induljencia por las lijerizas del joven, que hubiera debido reprimir severamente en lugar de alentarlas, todas esas condiciones reunidas de una educacion viciada por un exceso de ternura, habian desarrollado en el joven marqués de Maulear dos defectos cuya fatal influencia debia sufrir toda su vida:

Una gran debilidad de carácter,

Una confianza mayor aun en sí mismo.

El príncipe de Maulear, al encontrarse con un hijo de veinte años, que habia dejado en la cuna, se halló materialmente obligado á hacer su conocimiento. El aire noble y los modales distinguidos del joven le agradaron sobre todo, pues se volvia á ver joven, hermoso, galan y bravo en la persona de su hijo.

Se inquietó muy poco acerca de sus sentimientos, pero se aseguró desde luego de que Enrique era gran conocedor de caballos, que montaba perfectamente, que manejaba bien toda clase de armas, y era bravo y emprendedor.

Se regocijó, pues, de su buena fortuna, pues que Enrique sabria hacerle honor, y lleno de orgullo concibió para su hijo los proyectos mas brillantes de grandeza y porvenir. Enrique no tenia carrera, pero el príncipe logró hacerle nombrar muy presto secretario de la embajada francesa de Nápoles. Este puesto era pues el suyo, hacia seis meses, cuando aparece en nuestra historia.

Enrique no habia amado nunca. Muchas galanterías efimeras, lances de fortuna fáciles y amores pasajeros ocupaban su juventud sin apasionar su corazon, y en esta situacion moral fué cuando vió por primera vez á la bella Aminta, *la Rosa Blanca de Sorrento*.

Ya hemos dicho que Enrique se habia desmayado al aspecto de la terrible operacion del médico, pero cuando volvió en sí todo estaba terminado. El desgraciado Scorpione habia sido trasladado á un cuarto de la casa del doctor, y este declaró que en atencion á la importancia y gravedad de la cura queria velar por sí mismo al enfermo, y no separarse de él hasta su completo restablecimiento; á ménos, añadió, que la muerte venga á arrebatarme la víctima que tan vigorosamente le hemos arrancado.

Tranquilo el marqués de Maubar sobre los cuidados que se tendrian por el salvador de Aminta, fué con el doctor á la casa de la señora Rovero.

No podia verse nada de mas sencillo, precioso y tranquilo que esta quinta, que los ojos de Maulear no habian visto aun desde su llegada á Italia. A su aspecto se adivinaba toda la dicha que debian gozar en ella sus habitantes; situada á un extremo de Sorrento y rodeada por todas partes de árboles frondosos, parecia que el invierno habia querido mitigar sus rigores en favor de este sitio delicioso.

Un criado anciano vino á abrir á los extranjeros, y este hombre reconoció al instante á Maulear por haber sido uno de los que acompañaban á la señora Rovero cuando fué en busca de su hija.

— Mi señora los espera á ustedes, señores, — dijo al ver al joven marqués y al doctor, — voy á conducir á ustedes al salon.

Y precediendo á los visitantes les introdujo en una linda pieza del piso bajo, dejándolos solos para ir á prevenir á su ama.

Maulear examinó con atencion y curiosidad el lugar donde se hallaba; todo revelaba en él los gustos elegantes y los hábitos elevados de los que le ocupaban. En medio del salon habia un magnífico piano de cola, hecho en Viena; sobre el pupitre, la partitura de *Don Juan*, de Mozart; al lado de una ventana un caballete de dibujo con un precioso bosquejo de la casita del Taso, cerca de la cual habia sucedido la aventura que acaba nos de contar. Una mesa redonda, de piedras duras de Florencia, de un valor inmenso, y que habia sido



regalada por Murat á su ministro Rovero, ocupaba el centro del salon; y los preciosos mosaicos florentinos desaparecian bajo los albums y los infinitos grabados que cubrian la mesa. Luego, por todas partes habia jarrones de alabastro llenos de flores odoríferas, y todo este dulce interior estaba iluminado por los rayos moribundos del sol poniente á través de los frondosos árboles del parque.

La señora Rovero entró en el salon seguida de su criado.

— Conduzca usted al doctor hasta el cuarto de mi hija, — dijo volviéndose al criado, — yo voy al momento. . . Y usted, caballero, — añadió haciendo sentar á Malear, — dignese usted decirme todos sus títulos al reconocimiento de una madre. . . ¡pues no dudo que los tenga usted muy poderosos!

Malear hizo á la señora Rovero la relacion detallada de lo que habia pasado desde su encuentro en la gruta con Aminta, hasta la valerosa decision de Tonio; y nada es capaz de esplicar la emocion de la pobre señora al oír el peligro que habia corrido su hija, de manera que cuando Enrique acabó de hablar, la mano de la señora Rovero se halló entre las del jóven, sin que el uno ni el otro pudiesen saber como habia sucedido aquello.

— Tonio le ha dicho á usted la verdad, caballero, — repuso ella, — el remedio terrible que ha tenido el valor de emplear es conocido de nuestros aldeanos y pasa por infalible, aunque hasta el día hay muy pocos ejemplos de un heroismo semejante! . . . pero solo el doctor podrá tranquilizarnos acerca de la suerte de mi hija.

Y la señora de Rovero se dirijia hácia la puerta para ir á ver lo que decia el médico, cuando se apareció este. La pobre mujer se puso á temblar delante de aquel hombre, como un acusado que trata de adivinar en las miradas de su juez la sentencia favorable ó funesta que va á pronunciar.

— La señorita Rovero no corre ya ningun peligro, señora; — dijo el médico. — Acabo de examinar su herida con sumo cuidado, y la llaga no conserva vestijio alguno del veneno; el pobre muchacho que se ha decidido por ella tan valerosamente, ha salvado á su hija de usted.

La pobre madre levantó los ojos al cielo, con una espresion de gratitud inefable hácia Dios y hácia Tonio.

— ¿Y él? — dijo ella, — hable usted, doctor, ¿qué esperanza tiene usted acerca de ese jeneroso amigo?

— Vivirá, señora, — dijo el médico, — pero es todo lo que la ciencia puede hacer por él.

— ¡No descuide usted nada para salvarle, doctor, — repuso la señora Rovero; — pues ese jóven tiene en adelante derechos sagrados á mi agradecimiento. Y volviéndose hácia Malear le dijo con efusion: Dentro de pocos dias le esperamos á usted, caballero, pues mi hija se hallará completamente restablecida, y ella y yo daremos á usted gracias infinitas por todo lo que ha hecho usted por ella.

Malear se despidió de la señora Rovero, no ya como un extranjero sino como un amigo que se separa de una familia apreciada, con el pesar de dejar unas personas queridas y cerca de las cuales se quisiera pasar la vida, pues en aquellas pocas horas que habian trascurrido se habia efectuado en Malear una revolucion singular.

Lleno de admiracion en un principio á la vista de Aminta, el peligro de que la halló rodeada, las agitaciones sucesivas de la escena que habia pasado, la dulce presion de aquella hermosa criatura contra su corazon, todo en fin habia trastornado vivamente su alma plácida, embotada y casi cansada ya de los fáciles placeres de este mundo, y que no parecia bastante blanda para recibir una impresion tierna y profunda.

Malear sentia por Aminta una inclinacion del todo nueva para él, aunque no la habia visto mas que en medio de unas angustias tan crueles. Las facciones de la jóven, que llevaba grabadas en su imaginacion, aunque contraídas por el dolor, le parecian tan preciosas, que daban un interés mas vivo á las emociones que reflejaban. La mujer mas linda del mundo, con todo el brillo del adorno y la belleza, no habria parecido á Malear tan seductora como la pálida Aminta peleando contra un mortal sufrimiento. . . en una palabra, el uarqués de Malear amaba. . . ¡y amaba por la primera vez!



Enrique se alejó de Sorrento con una penosa opresion de corazon, y volvió á Nápoles donde le esperaban los placeres y las numerosas conquistas, cerca de las cuales gastaba la *moneda suelta* de su amor, como él mismo decia, no arruinándose jamas por los gastos de sensibilidad, y guardando las riquezas de su corazon para una buena ocasion...

¡La ocasion habia llegado!

Malear volvió, pues, al palacio de la embajada francesa, donde vivia, pero muy diferente de como habia salido. Así es que recibió con la mayor frialdad el billete siguiente que le entregó su ayuda de cámara á su llegada :

« El duque de Palma, ministro de la policia, ruega al marqués de Malear que le haga el honor de venir á pasar la noche en su sarao :

Y mas abajo, escrito de mano del duque :

» *No falteis, amigo mio, pues cantará la Felina; y á las dos habrá colacion para los íntimos... ¡ya sabeis que lo sois!* »

El duque de Palma, ministro de la policia del reino de Nápoles, era uno de los favoritos de Fernando IV. No era un gran ministro, pero era un ministro jóven y espresivo, cuyo principal mérito era distraer á su soberano contándole las intrigas secretas, las aventuras orijinales, y los delitos de galantería que su posicion le ponía en estado de conocer todos los dias; y el administrador lijero, descuidado, inhábil, hallaba gracia en Fernando para el amable cuentero.

El rey no era bien servido, pero era divertido y se contentaba con eso... Los soberanos á quienes se divierte están siempre dispuestos á la induljencia.

Malear vaciló mucho tiempo ántes de resolverse á aceptar la invitacion del duque. ¡Su alma estaba tan llena de dulces y nuevas sensaciones, que le parecia serian profanadas llevándolas consigo á un mundo indiferente y disipado! Pero la soledad le asustaba, y la idea de vivir léjos de Aminta durante largos dias aun, le hizo desear la distraccion y el ruido que le prometia la invitacion del duque de Palma.

El sarao del ministro estaba soberbio; todo lo que Nápoles encierra de noble, elegante y rico se hallaba reunido allí.

El concierto empezó.

Las primeras piezas que se cantaron apénas fueron escuchadas á causa de la llegada de muchos personajes, y sobre todo de algunas lindas mujeres que no quieren jamas llegar de incógnito á un salon ó á un teatro, y que no se muestran nunca sino cuando su presencia debe atraer las miradas ó incomodar á todo el mundo.

Pero el silencio sucedió muy presto á las conversaciones de los invitados del duque de Palma. Todas aquellas personas tan agitadas se quedaron repentinamente mudas y en calma... Se hubiera dicho que una varita mágica las habia trasformado en estatuas; y en efecto, era que acababa de aparecer la hada de la armonía... la soberana de los teatros de Italia... ¡la hermosa Felina, en fin!... esa misteriosa sibila del baile de San Carlo.

Era un gran favor que la Felina hacia al jóven ministro viniendo aquella noche á su palacio; pues la bella cantarina habia rehusado aquel año las invitaciones mas brillantes y las sumas mas considerables por cantar en otra parte que en San Carlo.

Así, pues, la curiosidad y el deseo de oirla eran mayores por esta circunstancia, y el éxito de la prima dona fué inmenso.

Tres veces subió al estrado del concierto, y tres veces bajó en medio de los aplausos del entusiasmo jeneral.

¡Bellos triunfos son los del canto!... y no obstante triunfos pasajeros, efimeros, que el mas lijero accidente puede aniquilar!... ¡Gloria frágil... fortuna incierta es la que depende de la garganta humana!

Concluido el concierto se retiraron la mayor parte de los convidados; Enrique y los *íntimos* solamente, como escribia el duque á Malear, pasaron á un salon elegante y retirado, donde se vió entrar muy presto al ministro dando el brazo á la Felina.

— Señores, — dijo el duque á sus convidados, — la señora me hace el honor de aceptar



nuestra colacion; ¡inclinémonos, pues, todos ante la reina del canto, y démosle gracias por un favor tan especial!

La cantarina no manifestó ningun embarazo por hallarse la sola de su sexo en medio de todos esos hombres conocidos por la lijereza de sus costumbres; pero bajo la calma y la dignidad que le eran habituales, se adivinaba una inquietud secreta que no se escapó á las miradas penetrantes de Malear. Ella respondió con algunas palabras graciosas á las galante-  
rías que se le dirijieron, y enseguida se sentaron todos á la mesa.

Se cambiaron entre los convidados algunas sales picantes y alegres; el champagne frances avivaba aun mas la verbosidad napolitana, y las cabezas empezaban á calentarse, cuando percibiendo el ministro la incomodidad que sentia la Felina por el esceso de alegria de los convidados, quiso detener su curso, y tomando la palabra dijo:

— Señores, la colacion de un ministro de policia debe ser mas orijinal que la de un senador ó un banquero de Nápoles; ¡es una necesidad de posicion!... En efecto, ¿donde se aprenderian noticias que piquen la curiosidad, aventuras escandalosas ó crímenes ocultos sino en mi casa, puesto que soy el archivero jeneral y forzoso? Voy, pues, á contaros una aventura inaudita, increíble, en la cual ha sido el héroe un hombre que todos conoceis...

¡Ese hombre es el conde de Monteleone!

El nombre de Monteleone, tan célebre ya en Nápoles, produjo una viva impresion en los convidados, y todos callaron para escuchar al duque.

La Felina se puso estremadamente pálida.





---

## EL DUQUE DE PALMA.

---

### XI.



odos sabeis,—dijo el duque á sus convidados, — que Monteleone profesa opiniones opuestas al gobierno del rey Fernando, nuestro soberano, despues de mucho tiempo. Heredero de los errores políticos de su desgraciado padre, parece que se encamina fatalmente hácia el objeto siniestro que le hizo morir.

El rey nos mandó durante largo tiempo que cerrásemos los ojos á los manejos culpables del jóven conde, pues repugnaba á S. M. el continuar con el hijo los justos rigores ejercidos contra su padre; pero una revelacion de alta importancia nos ha obligado á obrar, y hemos dado la órden de arrestar á ese conspirador, acusado de un crimen de que se defenderá delante del tribunal prevostal nombrado para juzgarle.

Durante muchos meses, el conde supo ocultarse habilmente de nuestras pesquisas, y desesperábamos de encontrarle, cuando de resultas de una verdadera fanfarronada de su juventud, que su posicion de acusado debia hacerle evitar, nos fué conocido su retiro.

La casa donde se ocultaba con sus cómplices fué cercada en la noche misma del baile en San Carlo; la contraseña nos habia sido revelada por un falso hermano, y nuestras precauciones se hallaban tomadas tan acertadamente, que los tres amigos de Monteleone fueron arrestados sucesivamente á la puerta misma de la casa, sin que el menor ruido penetrase en el interior y comprometiese la prision del conde.

Dos horas despues, sorprendido Monteleone por mis agentes, se hallaba encerrado en el castillo del Huevo, prision temible y segura, de la que jamas se ha evadido un preso hasta el dia.

El jefe de la espedicion me decia en su informe, que habia visto una mujer desmayada en el cuarto donde fué arrestado el conde; pero añadia que creyó no debia ocuparse de esto, porque sus instrucciones no eran concernientes mas que á los cuatro hombres de que se habia apoderado.

Durante este preámbulo, la Felina aspiró muchas veces las flores embalsamadas del ramillete que tenia en la mano;... pero cuando levantó la cabeza, su rostro no indicaba ninguna alteracion.

— Los tres amigos del conde de Monteleone,—repuso el duque de Palma,—son un fran-



ces, un alemán y un italiano. El primero es el conde de Harcourt, hijo del duque de Harcourt, uno de los más nobles y ricos señores de Francia; y no se sabe por qué el heredero de un nombre tan ilustre se deja arrastrar á los complós populares, donde los de su rango pierden siempre mucho más que ganan.

Es un joven calavera, brillante, amable, aventurero como casi todos sus compatriotas, y que se ha hecho un conspirador por ociosidad sin duda, para matar el tiempo que le dejan los placeres y los amores.

El segundo es de un carácter más grave: hijo de un vicario protestante de la Bohemia, imbuido en los principios filosóficos y políticos de Sand, de Koerner y tantos otros ideólogos de su país, sueña doctrinas de igualdad que pondrían la Europa en fuego si se dejase propagar el incendio. Este conspira por convicción; es un loco lleno de talento, pero de esos locos que hay que apresurarse á encerrar ántes que se vuelvan furiosos.

En tercer amigo del conde es Tadeo Rovero, hijo de un antiguo ministro de Hacienda del usurpador Joaquín Murat. La fanática amistad de este joven por Monteleone le ha metido en su partido, pues no es más que su sombra y reflejo; es un *conspirador de reata*, que no obrará nunca por sí mismo, y que, por consiguiente es muy poco temible para nosotros, mientras que su amigo, su jefe, su dios, no esté á su lado para galvanizarle y armar su brazo.

Hemos librado fácilmente á la Italia de esos tres hombres, sin ruido, sin escándalo, sin recurrir á ningún medio violento.

El alemán ha sido dirigido la misma noche de su arresto hácia la ciudad de Elbogen, su patria, *recomendándole* no obstante á los cuidados y la *vigilancia* de los gobiernos amigos que iba á atravesar.

El conde de Harcourt ha vuelto á ver ya las costas de Francia; pero en el momento en que el brillante joven ponía los piés sobre el buque que le conducía á Marsella, se le ha significado de mi órden que el reino de Nápoles estaba prohibido para él eternamente, y que si volvía á aparecer en él pagaría su viaje imprudente en un calabozo.

En cuanto al joven Rovero, se halla incomunicado en este mismo palacio hasta que sea juzgado Monteleone, y se me ha asegurado que no cesa de suspirar por una belleza misteriosa, cuyos atractivos y voz son incomparables, según dice.

La Felina aspiró nuevamente su ramillete.

Ahora llegamos al héroe verdadero de mi relación, y la original aventura que yo había prometido...

En este momento fué interrumpido el duque por la entrada repentina de uno de sus secretarios íntimos, que le dijo algunas palabras al oído entregándole al mismo tiempo una carta y una cajita sellada con esta inscripción:

« A su excelencia monseñor el duque de Palma, ministro de policía; reservado. »

Las facciones del ministro espresaron la más viva sorpresa mientras que le hablaba su secretario.

— Monseñor, lea Vuecencia, y verifique por sí mismo lo que contiene la cajita, — decía este.

El duque se escusó con sus convidados; abrió prontamente la carta; la recorrió con la vista; abrió enseguida la caja, la examinó con curiosidad, sin sacar de ella el objeto que contenía, y exclamó:

— ¡Es inaudito! ¡es para creer en los milagros!...

La exclamación del ministro paró instantáneamente las conversaciones particulares que empezaban á formarse, y todas las miradas se dirigieron al duque.

— Señores, — repuso el ministro con emoción, — creía que tenía que contaros un hecho extraño, pero acaba de complicarse con un hecho tan prodijioso, que me confunde á mí mismo, por más habituado que me halle á los misterios de los acontecimientos criminales.

A una señal del ministro, se marchó el secretario, y el duque de Palma continuó:

— El proceso del conde de Monteleone se instruí. Acusado vagamente de ser jefe de las



sociedades secretas que tienen por objeto el trastorno de la monarquía, el conde podía ser absuelto por falta de pruebas suficientes de su participacion á esa obra subterránea y culpable, cuando tres testigos vinieron á afirmar que le habian visto presidir una de esas asambleas ocultas en las que los enemigos del orden y de las leyes ponen en cuestion la vida de los reyes y la suerte de los pueblos.

En vista de esta declaracion formal, hecha por tres hombres importantes de la villa de Torre-del-Greco, conocidos por su adhesion al rey Fernando, el conde fué buscado por la policia y arrestado como acabo de decirlo, y conducido á la fortaleza del castillo del Huevo.

Se tomaron todos los medios para asegurarse de la persona del preso; se aumentó la guarnicion del castillo, por temor de que se intentase algun golpe de mano por los amigos del conde para librarle. Su custodia fué confiada al carcelero mas duro é incorruptible de Nápoles, vijilado él mismo por agentes del gobernador.

El exceso mismo de las precauciones faltó poco para que costase la vida al preso, por haber elegido un calabozo para su encierro en el cual hizo el mar una súbita irrupcion.

Juzgad, pues, cual seria mi sorpresa ayer, cuando presentándoseme dos de los acusadores del conde, los hermanos Salvatori, insistieron por hablarme y me declararon que: la antevíspera por la mañana, en el momento mismo en que la poblacion de Torre del Greco salia de la iglesia despues del oficio divino, su tercer hermano, el mayor de la familia, habia sido herido de una puñalada por el conde de Monteleone, en el mismo umbral de su puerta. Y este crimen (añadieron los hermanos Salvatori) será confirmado por todos los habitantes de la villa, á cuya presencia se cometió.

Yo no podia creer una asercion tan inverosímil; dije á estos hombres que el conde estaba preso hacia algunos dias, y que si se hubiera evadido me lo habrian prevenido. Pero vencido por sus instancias, vacilante en mi conviccion por los juramentos de los hermanos Salvatori, resolví pasar á asegurarme por mí mismo de la presencia del conde en el castillo del Huevo, y fui á él.

El duque no habia engañado á sus oyentes; el interés se aumentaba á cada instante, y con los ojos fijos en el narrador, escuchaban todos sus palabras con suma curiosidad.

Una sola persona parecia distraida y preocupada, y esa persona era la Felina, cuyas miradas no se separaban de la cajita entregada al duque por su secretario, y que el ministro habia cerrado inmediatamente, sin que nadie pudiese ver lo que contenia.

El duque prosiguió su narracion:

— El nuevo gobernador del castillo, que yo habia nombrado despues de la inundacion del calabozo en que faltó poco para que se ahogase el conde, no estaba prevenido de mi visita; nadie me esperaba, y por lo mismo todo estaba tranquilo y silencioso.

Señor, (dije al gobernador) acaban de asegurarme que el preso confiado á vuestra custodia, que el conde de Monteleone se ha escapado de vuestra fortaleza... Si ha sucedido esa desgracia, ya conoceis la severidad de nuestras leyes militares, y no dudeis que os serán aplicadas con todo rigor.

El gobernador se puso pálido al oír esta severa amenaza; creí que su turbacion me revelaba su falta, y esperé con ansiedad su respuesta.

— Si el conde de Monteleone se ha escapado, monseñor, — respondió el comandante, — no puede hacer mas de una hora, pues no hace dos que yo estaba cerca de él. Yo me quedé confundido.

Por mas repugnancia que sintiese de hallarme en presencia del conde, cuya violencia y exasperacion conocia, mandé que se me condujera á su prision.

Fué preciso mas de un cuarto de hora para atravesar los patios interiores, los numerosos pasadizos secretos de la fortaleza y los corredores, ántes de subir los doscientos escalones que conducian á la celdilla del conde.

El carcelero en jefe abrió la puerta, y léjos de hallar el cuarto del conde vacío de su habitante, fué él lo primero que se ofreció á mis ojos, acostado en su cama y leyendo un libro que parecia absorber toda su atencion.



Me pareció pálido y enflaquecido, pues hacia mas de un año que le había visto brillante, lleno de elegancia y dando el tono á nuestros salones con su talento y buen gusto; pero digno y altivo, y siempre noble, aun bajo el traje grosero que llevaba, se levantó, me reconoció y me saludó diciendo :

— No esperaba el honor que me hace Su Escelencia, el ministro de policía. . . Hubiera querido recibirlos en mi palacio de Monteleone para haceros los honores debidos, señor. . . pero no achaqueis mas que á vos mismo la miserable hospitalidad que puedo ofreceros, pues que sois vos quien me da el *modesto alojamiento* que ocupo.

Y el conde me presentó su único banquillo.\*

— Señor conde, — le respondí, — no soy yo quien os ha creado vuestra posicion actual, sois vos mismo; pues en vos consistia el vivir dichoso y considerado como vuestro rango, vuestra fortuna y vuestro nacimiento os daban derecho á ello. . . No acuseis, pues, mas que á vuestra propia voluntad, si habeis cambiado todas esas ventajas por la soledad de una prision y los peligros que vuestras opiniones os han atraido.

— Monseñor, — me dijo el conde, — ¿me atreveré á preguntaros si la visita que os dignais hacerme es un acto de pura benevolencia de vuestra parte, ó un interrogatorio que venís á hacerme?

— Al venir aquí, señor conde, no hago mas que cumplir un deber. Ha corrido el rumor de vuestra evasion; se os ha atribuido un crimen, cometido ántes de ayer á pocas millas de Napoles, y venia á verificar el fundamento de esas voces.

El conde se puso á reir á carcajadas, diciendo :

— ¡No se sale así de las manos de vuestros guardianes, señor duque! . . . y en cuanto al nuevo crimen de que se me acusa, y que ignoro, confio en la razon de mis jueces para absolverme, como de los demas crímenes imaginarios que me han conducido aquí.

La calma, la sangre fria de Monteleone, la inverosimilitud de la relacion que se me habia hecho, y que confirmaba su presencia, todo esto me causó una confusion tal, que no se ocultó al preso.

— Señor duque, — continuó el conde, — nos hemos encontrado en tiempos mas dichosos. . . y no espero de vos ni de nadie que se me haga gracia ninguna; pero puedo reclamar de un antiguo conocido como vos un poco de interés para que se me active mi proceso. La cautividad preventiva que sufro, es una de las mayores iniquidades de las leyes. . . pues en la duda de la inocencia de un hombre, no se debe imponer un castigo ántes que la justicia haya pronunciado su sentencia. ¡Dios no entrega al infierno mas que aquellos que ha juzgado! Mi vida es aquí muy triste; este libro, único que se permite á los presos (dijo presentándome abierto el que leía á mi entrada), es de un gran filósofo, del ilustre Anicius Severinus Boecio, *De consolatione philosophica*, y me aflige mas que me consuela; pues pienso á pesar mio, que su autor fué metido en un calabozo de Pavía por la ingratitude de Teodorico su amo, y que acabó una vida llena de méritos y virtudes entre los tormentos mas crueles. . . Si tal ha de ser mi suerte, señor duque, basta un suplicio si soy culpable; pero ¿no es demasiado dos si soy inocente?

Yo me hallé confuso y conmovido al oir un lenguaje tan lójico; pero mucho mas aun por la noble tranquilidad del conde, y por esa dignidad natural que la desgracia abate frecuentemente aun en las almas mas fuertes.

— Señor conde, — le respondí, — recibid mi promesa de que dentro de pocos dias compareceréis delante de vuestros jueces. . . Y me salí convencido del error ó de la insigne mala fe de los acusadores de Monteleone.

Encontré á los hermanos Salvatori en mi palacio, y les dije :

— ¡Señores, ustedes juegan una partida terrible en este momento! . . . Si acusasen ustedes falsamente á un hombre que gozara de su libertad, y sobre cuya cabeza no pesase ya un crimen capital, serian ustedes unos calumniadores vulgares como los que nos presentan nuestros anales judiciales; . . . pero aquí se trata de una complicacion de venganza que debe suscitar el horror jeneral, y atraer sobre ustedes la severidad de las leyes. El conde de Monteleone, que jurais haber visto herir de una puñalada á vuestro hermano, está encerrado



en la torre del castillo del Huevo, de donde vengo en este momento de hablar con él. Nada es capaz de espresar la sorpresa singular que se pintó en la fisonomía de estos dos hombres; pero por eso no juraron ménos que habian dicho la verdad, y me dejaron despues de haberles despedido muy duramente, pero siempre jurándome que me probarian lo que habian afirmado.

Y efectivamente han cumplido su palabra, pues la prueba no se ha hecho esperar. ; Aquí la teneis, señores! (prosiguió el duque abriendo la cajita que acababan de traerle.)

Y sacó de ella una magnífica esmeralda, montada en una sortija, sobre la cual estaban grabadas las armas de los Monteleone.

— Esta sortija, — dijo, — es conocida por una obra maestra de Benvenuto Cellini; su fama es histórica, y es citada entre las obras mas admirables del célebre artista. El tesoro de Nápoles ha intentado muchas veces adquirirla de los Monteleone, pero lo han rehusado constantemente.

Ahora, hé aquí la carta con que se acompaña la joya :

« Monseñor,

» ¡El cielo ha venido en ayuda nuestra!... Pues que nuestro testimonio unido al de todos  
» los habitantes de Torre-del-Greco, no puede convencer á Su Escelencia de la verdad de  
» nuestra acusacion; pues que rehusais creer que el conde de Monteleone haya venido á  
» herir á nuestro desgraciado hermano por vengarse de nosotros... hé ahí su anillo con sus  
» armas, perdido por él á la entrada de nuestra casa, durante su lucha con Stenio Salvatori,  
» ¡qué Dios nos ha hecho encontrar para confusion y castigo del asesino!

» RAFAEL Y PABLO SALVATORI. »

— ¡Todo está perdido!... — murmuró la Felina.

— ¿Qué debo pensar y creer ahora? — dijo el duque dirijiéndose á sus convidados.



## LA VISITA.

### XII.



A relacion del duque de Palma se terminó con la pregunta que dirigia á sus convidados; y estos se perdian en conjeturas sobre este incidente singular de un asunto ya tan orijinal en sí mismo. La noche se avanzaba, y todos empezaron á retirarse; el duque condujo á la Felina hasta su coche, pero en el momento en que iba á cerrar la portezuela le dijo el ministro sonriendo:

—¿No conoce usted, bella Felina, á la dama que se halló desmayada en casa de Monteleone la noche del baile de San Carlo?

—¿Por qué me hace Su Escelencia esa pregunta?—dijo la cantarina.

—¿Es porque no conozco m ujer mas seductora y amable!

—¿Y cómo se llama?—replicó la actriz con emocion.

—¿Yo la llamo *la Felina!*...—respondió el duque.—¿Qué

quiere usted, señora?... ¿un ministro de policia debe saberlo todo!

—¿Pues no lo sabe todo!—se dijo para sí la Felina.

Y su coche partió al galope, tirado por dos caballos magníficos.

En la relacion de la aventura del conde de Monteleone por el duque de Palma, el nombre de Tadeo Rovero habia chocado particularmente á Enrique de Malear, presumiendo que fuese pariente de Aminta. Durante los cortos momentos que habia pasado en Sorrento, dedicado esclusivamente á los tristes acontecimientos de aquel dia, Enrique no habia preguntado ni sabido nada acerca de la señora Rovero; pero perteneciendo ya de corazon á esta familia, se preocupaba con razon de los peligros que podia correr uno de sus miembros.

Se proponia, pues, volver muy presto á interrogar al ministro sobre lo que le interesaba tan vivamente, cuando una carta que le entregaron el dia siguiente al levantarse le hizo olvidar completamente su proyecto.

La carta estaba concebida en estos términos:

« Caballero,

» Mi hija sabe ahora ya todo lo que debe á usted, y los esfuerzos que hizo por librarla del peligro que la rodeaba.



» El remedio heroico empleado por el pobre Tonio la ha salvado milagrosamente ; mi  
» Aminta se halla del todo bien, y no quiere retardar un solo dia el espresar á usted su  
» vivo agradecimiento.

» Yo tambien deseo renovar á usted el mio, y si le fuese posible venir á recibirle en  
» nuestra modesta casita, seriamos muy dichosas, mi Aminta y yo, de ver á usted hoy  
» mismo.

» Su reconocida,

» Antonia ROVERO. »

El corazon de Malear dió un vuelco de gozo al acabar esta lectura. Iba á volver á ver dentro de pocas horas aquella jóven adorable cuyo recuerdo ocupaba todos sus pensamientos, y cuando creia estar separado de ella por muchos dias aun, se pasarian pocos instantes ántes que la viese.

Malear montó en el mejor de sus caballos, recorrió velozmente la distancia que le separaba de Sorento, y dos horas despues de haber leído la carta de la señora Rovero llamaba á la reja de su casa de campo.

El criado viejo vino á abrirla tambien esta vez.

— ¡ La señorita está fuera de peligro ! — dijo inmediatamente que vió á Malear, con esa familiaridad afectuosa propia de los antiguos servidores que por sus servicios y adhesion se han hecho en cierto modo de la familia de sus amos. — ¿ Y ahora ya sabemos cuan'o debemos á su escelencia, — añadió el buen hombre cojiendo la mano á Enrique y besándosela con respeto ; — pues si vucencia no hubiese alejado diestramente las víboras del pecho de mi señorita le habrian picado en el corazon, y nuestro pobre y jeneroso Tonio no hubiera podido salvarla.

Había una espresion tal en las facciones del viejo que Malear se sintió profundamente conmovido.

« Mi señora y señorita esperan á su escelencia para bendecirle como todos le bendecimos aquí ya, — prosiguió el anciano, dejando caer dos lágrimas de gozo y reconocimiento sobre la mano de Malear.

¡ Qué almas tan nobles deben tener las amas de tales criados para ser amadas así ! — se dijo entre sí Malear atravesando el pórtico de la casa.

La señora Rovero corrió al encuentro de Enrique y no fué una fria acojida la que le hizo, pues el extranjero que habia contribuido á salvar á su hija era ya un amigo para ella.

— ¡ Venga usted, señor, venga usted !... — le dijo la pobre madre tendiéndole la mano y conduciéndole al salon, — ¡ Aminta nos espera !

La señora Rovero abrió la puerta del salon, y Enrique se halló en presencia de Aminta.

La *Rosa blanca de Sorento* no habia justificado nunca este nombre mas adecuadamente. Medio acostada sobre un sofa de damasco color de perla, Aminta estaba envuelta en un ancho peinador cuyos pliegues vaporosos jugueteaban en derredor suyo.

Su rostro encantador, mas pálido aun por los padecimientos, se confundia con la sutil gasa que le rodeaba, y se hubiera podido tomarla por una bella estatua de alabastro sino fuera por las dos magníficas bandas de cabellos negros y brillantes que formaban alrededor de sus sienes el óvalo de su preciosa cara.

— Hija mia, — dijo la señora Rovero conduciendo á Enrique cerca de ella, — el señor marques de Malear nos prueba que nuestras acciones de gracias por el servicio que te ha hecho no le son indiferentes, pues que se digna venir tan pronto á recibirlas.

— ¡ Ay Dios, señora ! — respondió Enrique á la madre de Aminta, — el verdadero salvador de esta señorita no soy yo, sino el jeneroso jóven que se ha sacrificado por ella... Pero Dios es testigo que si hubiese conocido ese medio de salvacion no habria vacilado un momento en emplearle por salvar una existencia tan preciosa.

El tono caballeresco y apasionado con que fueron pronunciadas estas palabras hizo levantar á la vez sobre Enrique los ojos sorprendidos de la señora Rovero y los de su hija; pero esta los bajó casi inmediatamente, confusa y turbada por las miradas ardientes y de admiracion que le echaba el marques.



— Señor, — le dijo Aminta con voz conmovida, — yo podría dudar de una decision semejante de parte de usted hácia una persona que le es estraña... si no conociese toda la nobleza y jenerosidad del carácter francés.

Malear oía hablar á Aminta por la primera vez. Tenia uno de esos órganos suaves y penetrantes, llenos de melodia; una de esas voces seductoras que cada palabra que pronuncian parece una caricia para aquel que las escucha. ¡Voces deliciosas de que están dotadas algunas naturalezas privilegiadas, que no se oyen nunca sin emocion, que no se recuerdan jamas sin placer!

Si la cabeza y la imaginacion del marques estaban exaltadas por los atractivos de Aminta, su corazon sufrió el imperio de aquella voz anjelical, pues esa voz partia del alma de la que hablaba; y Malear, recojiendo con delicia las notas armoniosas de esa música encantadora, sentia que en aquella jóven habia otra cosa que amar ademas de su hermosura.

El médico habia mandado el reposo de la enferma, pues temia con razon que la llaga hecha en la pierna por el puñal de Tonio se abriese por los esfuerzos de la marcha. De consiguiente fué junto á el sofá que ocupaba Aminta donde se pasaron como segundos las horas que duró la visita de Malear.

El señor Rovero, hombre instruido y grave, habia hecho por sí mismo la educacion de sus dos hijos, no queriendo ni separarlos ni alejarlos de él, queriéndolos igualmente y dividiendo entre ellos sus caricias; de tal suerte que Aminta, aprovechando las lecciones dadas á su hermano, tomó su parte de una instruccion varonil y fuerte, y adquirió conocimientos muy superiores á los que recibe ordinariamente su sexo.

Estas semillas de las ciencias habian caido en un terreno fértil; un espíritu estudioso las habia desarrollado en la meditacion y la soledad, y la hermosa jóven ocultaba un mérito real bajo su débil y delicada apariencia. Pero esos tesoros cubiertos con el velo de la modestia no se revelaban mas que como raros relámpagos, y desaparecian al instante dejando deslumbrados y sorprendidos á los que se hallaban presentes como testigos felices.

Durante la visita de Malear se escaparon á la jóven algunas apreciaciones de un orden elevado. Enrique no pudo contener la expresion de su admiracion, y la señora Rovero, viendo confusa á su hija, contó sencillamente al marqués el jénero de instruccion y el hábil maestro que habia tenido Aminta.

A pesar del encanto de esta conversacion, se presentaba sin cesar un pensamiento en el espíritu de Malear: ¿Quién era ese Tadeo Rovero de quien habia hablado el ministro? La tranquilidad de que parecia gozaban ambas señoras, ¿podia conciliarse con la situacion del cómplice de Monteleone, si era pariente suyo? ¿O ignoraban acaso su suerte?...

Malear quiso saber á que atenerse, y dijo á la viuda del ministro: — Señora, me parece que hay en Nápoles un jóven que lleva el nombre de usted... El señor Tadeo Rovero.

— Mi hijo señor, mi Tadeo... el hermano de mi querida hija; uno de los caballeros mas amables de Nápoles, que siento infinitamente no poder presentar á usted, pero aunque nos ama tiernamente, nuestra soledad tiene muy pocos atractivos para él... Las fiestas y los placeres de la ciudad nos le retienen con frecuencia, y sobre todo en estos momentos en que Nápoles está tan brillante.

El corazon de Malear se oprimió al oír á esta pobre madre hablar de los placeres de su hijo.

— ¡Mi hermano es el valor y el honor mismo! — dijo Aminta, — pero su cabeza se exalta muy pronto y temo siempre por él la influencia de sus mejores amigos.

— De su mejor amigo, quiere decir mi hija, — continuó la señora Rovero con jovialidad — de ese brillante conde de Monteleone; uno de los mas grandes señores de Nápoles, que Tadeo quiere como un hermano, y por el cual... — añadió sonriendo y mirando á su hija — mi Aminta no siente la misma simpatía.

El marqués sintió una dicha instintiva é inesplicable al oír estas palabras de la señora Rovero; y admiró el presentimiento de la jóven que la inspiraba los peligros á que el conde de Monteleone habia arrastrado á Tadeo.

La poca simpatía que la señora Rovero atribuía á su hija por Monteleone, coloreó por



algunos instantes las mejilla de Aminta; la púdica jóven veía con pena que se patentizase delante de un extranjero uno de sus sentimientos secretos. Su alma, santuario impenetrable, quería reservar para ella sola sus impresiones de pena ó de placer, sus antipatías ó sus preferencias; y por otra parte, por una de esas impresiones fáciles de comprender, Aminta conocía que Malear era el último hombre en cuya presencia se debía hablar de sus pensamientos secretos.

Malear comprendió el embarazo de Aminta, y volvió á hablar de Tadeo. Su buena madre, una vez sobre este capítulo, no se acupó ya mas que de su hijo querido, de su juventud, de su porvenir y de las esperanzas que concebía por él; y mientras que ella soñaba así una gloria y fortuna para su Tadeo, ¡Tadeo cautivo esperaba la decision de su suerte en una prision oscura!

— Lo que me admira es que Tadeo nos deje tan largo tiempo sin darnos noticias tuyas, — repuso la pobre madre, — pues hace cerca de quince dias que no sabemos nada de él; y por eso me atreveré á suplicar al señor de Malear que le vea á su vuelta á Nápoles, que le cuente el accidente de Aminta, y que nos le envíe lo mas pronto posible.

— *Le veré, señora,* — respondió Enrique, — *y se le enviaré á ustedes lo mas pronto posible.*

Y al dar esta respuesta, Enrique se proponía mentalmente emplear todo su crédito y hacer todos los esfuerzos posibles para volver el hijo y el hermano á estas dos mujeres que le adoraban.

En este instante se oyó un jemido en el salon, y Malear se volvió sorprendido y casi asustado del acento doloroso que llegaba hasta allí.

Aminta se levantó subitamente y se lanzó del sofá en que reposaba hácia una puerta que separa el salon de otra pieza, gritando:

— ¡Es él... es él... mamá! me llama y voy corriendo...

Pero apénas su pierna enferma tocó en el suelo, dió un grito doloroso y cayó en los brazos de su madre que se avanzó para sostenerla.

— ¡Oh, no es nada! — se apresuró á decir; — yo me creía mas fuerte... pero sufro aun mucho para poder andar... No se ocupe usted de mí, vaya usted á ver lo que quiere mi pobre Tonio.

Tranquilizada la señora Rovero por su hija, pasó á la pieza inmediata.

— ¡Es él!... — dijo Aminta á Malear, con una emocion vivísima, — ¡es mi hermano de leche, mi salvador, mi pobre Tonio! Le hemos hecho traer aquí esta mañana misma, á pesar del parecer del doctor, porque mi madre y yo no hemos querido fiar á nadie el cuidado de asistir á ese desgraciado... Y luego, yo le conozco, se habria muerto de desesperacion si se hubiese creído abandonado de nosotras, si hubiese cesado de verme.

La señora Rovero volvió.

— ¡Los padecimientos del pobre muchacho son terribles! — dijo, pero la calentura se disminuye y el delirio ha cesado; el médico afirma que nos le conservará... ¡Dios nos haga esa gracia, pues Aminta y yo quedaríamos inconsolables con su pérdida!

El dia declinaba, y Malear no quiso partir sin haber visitado al enfermo. Los ojos de Tonio estaban inyectados de sangre, los labios inchados y caidos, las mejillas dilatadas por la cauterizacion interior que habian sufrido, y el todo era espantoso de ver. Pero el horror de un aspecto semejante desapareció para Enrique ánte el recuerdo de la noble accion de aquel desdichado; así pues, le miró santamente, y como los primeros cristianos debian mirar á los mártires.

Sus ojos estaban aun humedecidos cuando volvió cerca de Aminta; esta percibió bien su emocion, y tendiéndole su linda mano con una espresion profunda de reconocimiento, le dijo:

— ¡Gracias... gracias, señor, por esa compasion por mi Tonio!... Un corazon como el de usted se juzga todo entero por una lágrima... y no olvidaré las que acaba de derramar.

Estas palabras, sencillas y afectuosas á la vez, penetraron hasta el alma de Malear, y tu-



vo necesidad de toda su razon para no arrojarse á los piés de Aminta; pero apoyando respetuosamente sus labios sobre la mano que se le ofrecia, se despidió enseguida de las señoras Rovero y volvió á Nápoles llevando consigo todo un tesoro de recuerdos, de esperanzas, de pensamientos risueños, de deseos ardientes y de felicidad... todo lo que compone en fin las primeras y mas adorables páginas de la historia de los amores... ¡prefacio tierno y precioso de un libro que no ha sido aun hojeado!

El dia siguiente, Malear se dirigió muy temprano al palacio del duque de Palma.

— Monseñor, — dijo al ministro de policia, — vengo á pedir una gracia de un precio inmenso para mí... y esa gracia es la libertad del jóven Tadeo Rovero, pues que por la propia confesion de Vucencia es mas un aturdido que un culpable.

El duque se puso á reir, y respondió :

— ¡ La libertad de Tadeo Rovero!... pues mi querido marques sabed que me obligaria demasiado si quisiese aceptarla.... ¡ lo juro por mi honor!

— ¿ Qué significa eso, señor ? — repuso Malear admirado.

— Significa. — respondió el duque, — que Tadeo Rovero no quiere aceptar la libertad que se le ofrece. Pensando el rey que la induljencia le atraeria ese jóven corazon estraviado, acaba de enviarme la orden de mandar á su familia ese *conspirador novicio*.... He hecho notificar á Tadeo la gracia de S. M., y aquí teneis su respuesta :

« Yo no acepto gracia; pido justicia. O soy inocente, ó culpable; si soy culpable, que se me castiga; si soy inocente, que se me absuelva. No saldré de mi prision sino por la fuerza, como me han metido en ella.»

— Y hé aquí que me encuentre con un preso á pesar mio, — continuó el duque riendo.

— ¡ Yo le veré y le hablaré de su madre! — dijo el marqués de Malear.





---

---

## EL PRESO POR SU GUSTO.

---

### XIII.



El palacio que habitaba en Nápoles el ministro de la policía había sido construido sobre el lugar y con los materiales de un antiguo castillo de los duques de Palma, abuelos del ministro.

Entre los vestigios que existían aun del viejo castillo, se notaba una capilla antigua unida al nuevo palacio por algunas construcciones modernas. Esta capilla estaba abandonada hacia mucho tiempo, y se había convertido en prisión para recibir las personas arrestadas secretamente por las órdenes del ministro de policía, cuyos delitos se reservaba examinar personalmente ántes de entregarlos á la justicia.

Tadeo Rovero se hallaba en esta categoría.

Fastidiado el rey Fernando de las conspiraciones efímeras y locas que turbaban su reposo sin comprometer el de la monarquía, combatía con todo su poder el rigor de sus ministros; y el duque de Palma, por complacer á su soberano, ahogaba los síntomas de rebelión que estallaban por todos lados, en lugar de castigarlos.

Este sistema indulgente y pacífico se estrelló no obstante contra los manejos revolucionarios del conde de Monteleone; y la delación de los hermanos Salvatori, unida á la voz pública, hizo inevitable el arresto del conde, con gran pesar de Fernando IV y de su ministro de policía.

Pero se necesitaba hacer un ejemplar, y era preciso que el castigo de un culpable viniese á derramar el terror entre los apóstoles tenebrosos de la sedición!... Y cuanto mas elevado fuese el culpable, tanto mayor debía ser el efecto que produjese el castigo.

Rehusando su gracia Tadeo Rovero, creaba un nuevo embarazo al duque de Palma, pues su repulsa necesitaba un proceso; y si contra la voluntad del preso se veía reducido á ponerle en libertad, esa cautividad preventiva y sin resultado pasaria por una medida inicua, por una agresion contra las libertades públicas, y seria un nuevo argumento explotado por las malas pasiones de los enemigos del rey.

Los motivos alegados por Tadeo para obtener un juicio eran especiosos y dignos; pero vamos á ver muy presto la prueba de que no tenían nada de real, y que no servían mas que para ocultar los proyectos del preso. Había pasado un acontecimiento extraño en la anti-



gua capilla que le servia de prision ; pero ántes de contar lo que sigue, tenemos que iniciar al lector en los sentimientos íntimos que dominaban al hermano de Aminta.

De los cuatro hombres que llevaron la Felina á la casa de Monteleone, uno solo sufrió realmente el efecto de sus atractivos. Todos habian hecho justicia á ese espíritu brillante, á esa gracia seductora que encadenaba tantos adoradores á los piés de la cantarina; pero Tadeo, el mas jóven y mas cándido de los cuatro asociados, sintió algo mas que admiracion por la hermosa prima dona.

Su alma, vírjen aun de todo sentimiento apasionado, sintió nacer en ella una emocion desconocida al aspecto de la grande artista, cuyo fuego y arranques enérgicos daban á sus miradas una espresion tan poderosa.

Tadeo no habia pensado nunca en las mujeres, mas que bajo las condiciones ordinarias de mujeres; adornadas de esa gracia modesta y dulce, de ese pudor tímido que parece implorar la proteccion y ayuda de un sexo mas fuerte; creaciones preciosas que Dios hizo para mandárnos obedeciéndolas, para triunfar de nosotros con su misma debilidad.

Así, pues, la jóven casta y pura, el sueño ideal de los amores á veinte años, se desvaneció repentinamente á los ojos de Tadeo, para dejar el puesto á la belleza radiante que le presentaba el acaso.

La nobleza de nacimiento de la Felina, sus maneras elegantes, esa imajinacion ardiente que habia desarrollado mas el amor de su arte, la práctica misma de ese arte que la familiarizaba sin cesar con los personajes elevados, en las obras de los grandes maestros, todo habia añadido á su dignidad natural una majestad teatral que se hermanaba tan bien con su persona, convenia tan perfectamente á sus hábitos, á su talle esbelto y á su aire de reina, que se hubiese dicho era *Semiramis* ó *Juno* convertida en dama napolitana, mas bien que una noble napolitana con las facciones de *Semiramis* ó de *Juno*.

Esta encantadora bellad, esta Circe moderna que arrastraba en pos de sí todo un pueblo de adoradores entusiastas, que reinaba por la mañana en su retrete, resplandeciente de oro y terciopelo, por sus gracias y talento, y que fanatizaba por la noche á tres mil oyentes en San Carlo con el májico poder de su voz y hermosura, se habia aparecido á Tadeo resplandeciente de todos esos atractivos ignorados por él.

La impresion que produjo la Felina sobre Tadeo durante la noche pasada en la casa etrusca, fué tan viva, tan nueva, tan llena de sorpresa y de pasion, que el jóven salió del salon donde pasaba la escena que hemos contado, ménos por informarse de la suerte de sus dos amigos que se habian alejado, que por tratar de reponer su espíritu sustrayéndose á la especie de fascinacion que los ojos de la Felina ejercian sobre él.

¡Pero no volvió á verla desde aquel dia!

Cojido en el lazo que le habia tendido la policia de Nápoles, como Federico de Asperg y Gaston de Harcourt, Tadeo no se habia dejado apresar sino despues de una vigorosa resistencia, aunque corta, pues le parecía que le arrancarían la vida y el alma separándole de la cantarina.

Sin embargo, él la habia oido en San Carlo ántes de aquel encuentro; pero, aunque encantado de su talento y hermosura, el prestigio de la escena le habia ilusionado de tal suerte, que no habia visto en ella mas que la Julieta de Zingarelli, ó la doña Ana de Mozart; pero no la mujer que debia adorar por ella misma; en una palabra, no la seductora Felina...

La imajinacion del napolitano se inflamó, pues, con el fuego de los ojos de la prima donna. . . ¡Tadeo no amaba. . . se abrasaba!

En la fria y solitaria prision que ocupaba despues de algunos dias, olvidando sus peligros, olvidando á sus amigos, olvidando casi á su madre y hermana que amaba, Tadeo se contemplaba dichoso por no ser turbado en nada y entregarse del todo á sus pensamientos amorosos. Concentrándose todo entero en una admiracion única, invocaba la Felina y la hacia pasar delante de sí, y espresaba á esa sombra graciosa los deseos que le devoraban con esas palabras que arranca el delirio. Reuniendo en su imajinacion todas las perfecciones de la bella criatura que le presentaba el éstasis de su amor, le parecia que las miradas de su ídolo



iluminaban su prision, esparcian sus rayos en derredor suyo, y venian á abrasar su corazon y sus sentidos con un ardor cuya impotencia dolorosa maldecia.

La exaltacion religiosa, como la exaltacion del amor, toman en la soledad unas proporciones tan inmensas, que el hombre mas piadoso ó el amante mas apasionado viviendo con sus semejantes en el seno del mundo no pueden conocer jamas. Pero pasar largos días y noches eternas en presencia de un pensamiento único, fijo é inmutable, dormido ó despierto, hé ahí lo que esplica los locos amores de Tadeo, y los mártires voluntarios de los cláustros de la Tebaida.

Así, pues, desde que Tadeo se hallaba encerrado en la prision preventiva del duque de Palma, su alma novicia no se halló ocupada de otros pensamientos que los que acabamos de esplicar. Bajo el imperio constante de una misma idea, la vida del jóven preso no era mas que un largo sueño de amor, que escitaba su organizacion hasta tal punto que no distinguia casi la ficcion de la realidad, y que se preguntaba despues de un sueño ajitado, si era á la sombra de la Felina á quien habia dirijido sus declaraciones ardientes, ó la Felina misma...

Tadeo no sufría en su prision las mezquinas y crueles barbaridades que se hablan prodigado á Monteleone en la suya. El duque de Palma queria que los huéspedes de su palacio no se quejasen del carcelero, aunque fuesen presos; Tadeo tenia, pues, una buena cama, podia escribir y leer á la claridad del dia... un poco dudosa, es verdad, á causa de los vidrios de colores de la capilla; pero aquella claridad que llegaba á través del manto azul de un san José ó la túnica purpúrea de un san Juan, era siempre la claridad del dia, y la claridad es la mitad de la vida de un preso.

La cuarta noche que siguió á la que fué arrestado Tadeo, reposaba adormecido en el único sillón de su prision arrullado por las ráfagas de viento que venian á estrellarse contra las paredes de la capilla. Los rayos de la luna se infiltraban por las altas ventanas del antiguo templo, y las ramas espesas de yedra que las guarnecian se proyectaban en la capilla tomando una fisonomía fantástica con el movimiento que les imprimia el viento.

Se oyó un ruido lijero, y una sombra blanca que parecia destacarse de la pared avanzó hácia Tadeo, se inclinó sobre el rostro del preso, le examinó en silencio durante algunos instantes, y murmuró estas palabras con acento de gozo:

— ¡Es él... es él... no me habian engañado!

La sombra se alejaba, y pocos segundos despues hubiera desaparecido... cuando se sintió retenida por un brazo nervioso que agarraba su lijero vestido.

Ella dió un grito... pero Tadeo, que no la habia percibido en un principio al despertarse, y cuya mano le habia agarrado instintivamente en la ajitacion de espíritu que sigue á un sueño, despavilado por el grito de susto y los esfuerzos que la desconocida hacia para escaparse, se precipitó hácia ella y la detuvo entre sus brazos.

Una espesa nube cubrió de un velo la claridad de la luna en este momento, y la prision quedó en la oscuridad mas profunda.

— ¡Es una mujer!... — exclamó Tadeo; y su corazon latia con tal violencia que parecia querer salirse de su pecho.

Una mano fina y suave se apoyó sobre sus labios.

— ¡Soy perdida si os oyen!... — dijo la desconocida con voz trémula.

— ¿Pero quién sois? ¿qué me quereis? ¿y qué buscáis aquí? — dijo Tadeo en voz baja, dejando pasar el sonido de sus palabras á través de los delicados dedos que le tapaban la boca.

— Lo que busco, sois vos... Lo que quiero lo sabreis dentro de cuatro dias... Lo que soy, es mi secreto, y cuento con vuestro honor para que no trateis de penetrarlo...

Y la desconocida echó sobre su rostro el velo espeso que llevaba en la cabeza, con un movimiento rápido.

En este momento se disipó la nube que ocultaba la luna, y la capilla se iluminó de manera que Tadeo pudo ver el talle esbelto y los contornos deliciosos de la que él retenia cautiva.

No se necesitaba haber recojido en su imaginacion, como Tadeo, hasta los menores atracti-



vos de la Felina, para que sus formas preciosas y el talle elegante que se plagaba sobre el brazo que le oprimia, revelasen la cantarina á los sentidos y al amor del preso. Su razon solo podia dudar aun; y si la mano de la Felina no hubiese tocado sus labios, si él no hubiese sentido estremecerse aquel cuerpo delicado entre sus manos, hubiera podido creer aun que un nuevo sueño traía cerca de él la sombra adorada que invocaba sin cesar.

— ¡Levantad vuestro velo, Felina!... — exclamó Tadeo; pero un jesto de terror que hizo la cantarina le obligó á bajar la voz y prosiguió: — ¡No trateis de engañarme... mi corazon no podia equivocarse en vuestra presencia... pues mi corazon os ve sin cesar en sus sueños delirantes de la noche!... No sé que ángel protector os ha guiado aquí... pero ese ángel se ha compadecido de los tormentos que sufro desde el instante fatal en que me separaron de vos... ¡Una hora, Felina, una hora cerca de vos ha bastado para que mi alma y mi vida os pertenezcan para siempre!... ¡Y es porque vos me habeis revelado que teniais un alma... es porque mi vida indolente y sin objeto se ha encontrado en un instante llena de vos y para vos!...

— ¡Me ama!... — murmuró la Felina con un acento que espresaba una viva sorpresa y una profunda compasion.

Pero estas palabras fueron pronunciadas de manera que no llegaron á los oidos del preso.

— Escuchadme, señora; — continuó Tadeo. — En casa de Monteleone dijisteis que uno de los cuatro hombres presentes era amado de vos...

— ¡Es cierto! — respondió la Felina con voz débil.

— Habeis añadido, que le amabais de suerte que dariais vuestra vida por él...

— ¡Es verdad!...

— Que como una Providencia invisible velarais sobre sus dias, sobre su dicha, sobre su destino... y que finalmente seria el objeto sagrado de vuestra existencia...

— Pero he dicho tambien, — interrumpió la Felina, — que ese hombre ignoraria siempre mi amor... y que el misterio de ese amor bajaria conmigo á la tumba!

— ¡Y bien, yo conozco ese hombre! — dijo Tadeo. — Ese hombre cuya pasion ardiente habeis adivinado,... ese hombre á quien venís á traer la esperanza bajo la bóveda sombría de su prision... ¿no se halla á vuestros piés? ¿no abraza vuestras rodillas?

— ¿Y quien os ha dicho que no he hecho otro tanto por cada uno de vuestros tres amigos? — respondió la Felina.

Tadeo sintió su corazon atravesado como con un puñal.

— ¡Escuchadme, pues los momentos son preciosos! — continuó ella. — Espiada y vigilada á cada momento de mi vida... por motivos que debeis ignorar siempre, he podido llegar hasta aquí, gracias á una voluntad atrevida y á unos esfuerzos que el acaso ha secundado felizmente. Quería veros á todo trance y asegurarme bien de que crais vos el que buscaba... y oculta bajo este velo, apelando á vuestro honor para pedirle que debo permanecer desconocida, queria obtener vuestra ayuda para cumplir un proyecto en el que no puedo hacer nada sin vos... Pero ignoraba lo que ahora sé... ignoraba unos sentimientos ante los cuales debo callarme y guardar mi secreto.

— ¿Y qué temeis de mi amor? — dijo Tadeo; — ¿pensais que sea capaz de haceros traicion? El amor que especula no es amor... el mio os obedecerá por la dicha de obedeceros!... pero haced que lo que exijais de mi sea grande y difícil, para que podais juzgarle por sus obras.

— Teneis un corazon noble, Tadeo; — respondió la Felina. — Confio en él... ¡y quiera Dios que vuestras fuerzas no engañen á vuestro valor! Dentro de cuatro dias sabréis aquí mismo lo que espero de vos.

— ¿Y me nombraréis entonces aquel de los cuatro amigos que merece vuestro amor? — dijo Tadeo con voz sofocada por el temor y la esperanza.

— ¡Tambien lo sabréis! — dijo la Felina. — Por vos solo faltará á mis juramentos.

— ¿Cómo vivir hasta entonces? — repuso Tadeo dando un suspiro.

Un ruido de pasos se oyó en el exterior, pues se relevaban los centinelas. El dia empezaba á venir, y miéntras que Tadeo corrió hácia la puerta para escuchar lo que pasaba fuera, la



Felina desapareció como una sombra detras de una columna de la capilla; y cuando el jóven quiso echar una última mirada sobre su graciosa aparición, se halló solo en su prision.

Tadeo buscó por todos lados examinando las columnas y las paredes, para tratar de descubrir la salida secreta por donde habia desaparecido la Felina; pero las paredes y los pilares no presentaban ninguna hendidura, ningun indicio que ayudase á este descubrimiento, y á sus golpes respondia por todas partes un sonido macizo que protestaba contra su exploracion.

Se arrojó, pues, nuevamente en su sillen y ocultó su rostro entre las manos para que ninguna distraccion estraña viniese á perturbarle en sus pensamientos.

Pocas horas despues que pasó esta escena, fué cuando el duque de Palma le hizo anunciar su gracia, que Tadeo rehusó porque la Felina le habia dicho: « *Dentro de cuatro dias sabréis aqui mismo lo que espero de vos.* » Y fiel á esta cita, en la que cifraba toda la esperanza de su vida, no queria dejar un sitio donde debia volver á ver la mujer que adoraba.

La presencia de la Felina lo habia metamorfoseado todo á los ojos del preso; las paredes sombrías de la capilla le parecian mas resplandecientes que las del palacio de Doria, de Cavalcante, de Carafa o de Pignatelli. No hubiera trocado las baldosas húmedas y frias de su prision contra los ricos mosaicos del *Museo Borbónico*, digno rival del del Vaticano, porque aquellas losas habian sido holladas por los piés de la Felina, porque los enamorados ojos de Tadeo creian ver aun su huella.

Dos dias despues de la escena nocturna que hemos descrito, se presentó un extranjero delante del hijo de la señora Rovero.

— Perdonadme, caballero, — dijo este á Tadeo, — si me introduzco cerca de vos sin haberos pedido el permiso de hacerlo; pero el motivo que me conduce aqui no admitia dilaciones, y espero que me escusaréis cuando os lo haya hecho conocer.

Tadeo le saludó friamente, creyendo que seria algun nuevo mensajero del ministro de policia.

— Vengo, — continuó el visitante, — á hacer una apelacion á vuestro corazon en favor de dos pobres mujeres que os aman, y que están desoladas por vuestra ausencia.

— ¡ Dos mujeres!... — dijo Tadeo sorprendido, y dominado aun por el fuego de su pasion añadió: — Yo no amo mas que una, caballero... — y se detuvo confuso de una confesion que no habia podido contener.

— ¡ Oh!... por lo ménos amais tres, — repuso el extranjero sonriendo; — pues el amor de enamorado en un alma como la vuestra, se une perfectamente al amor sagrado de la familia... ¡ y las dos mujeres de quienes hablo son vuestra madre y hermana!

El preso se sonrojó; pues su madre adorada y su hermana querida estaban desterradas de su recuerdo... y revelaba ese crimen filial en presencia de un extranjero... ¡ crimen de que le hacia culpable una pasion despótica!

— Me habeis juzgado bien, caballero, — se apresuró á responder, — á pesar de la distraccion de mi espíritu;... pues os juro que mi corazon no es cómplice de ella; ¡ los dos nombres que invocais me son muy caros, las que los llevan son el objeto de mi mayor ternura, y os suplico me digais qué es lo que esperan de mí.

— Vuestra vista, señor; — respondió el extranjero. — Un servicio que he tenido la dicha de hacerles me ha hecho casi su amigo... y el interés que me inspiran me ha sugerido la idea de venir á veros, y defender sin que lo sepan la causa de su afecto y de su dicha.

— ¡ Caballero, — respondió Tadeo, — dignáos decirme á quien tengo el honor de hablar... No porque necesite saber vuestro nombre para aumentar mi agradecimiento, sino para que sepa á quien se le manifiesto.

— Soy el marques de Maulear, caballero, — respondió Enrique. — El acaso me ha revelado vuestra repulsa singular de aceptar una libertad que tantos presos envidiarían; el ministro mismo me ha comunicado vuestros motivos, y, por mas honrosos que sean, permitidme que os diga que los domina un deber: ¡ el de salvar la vida de una madre que sucumbiria de dolor al saber vuestra suerte!



Tadeo se halló vivamente conmovido, pues todo se desvanecía para él delante de esas palabras terribles que no admittian ni discusion ni réplica: *¡la vida de su madre!*

— Vamos, caballero,— prosiguió Malear, viendo la viva emocion de Tadeo,— ¿qué principios ni qué opiniones pueden compararse á la dicha de volver á ver á vuestra madre, ó causar su desesperacion? Haced callar á la lójica de las pasiones y de los odios políticos; no escuchéis mas que vuestro deber... Sois libre, seguidme, y muy presto olvidaréis cerca de la noble mujer que os espera los escrúpulos que os inspiran las exigencias de vuestra causa.

Tadeo se quedó silencioso durante algunos instantes; luego fijó sus grandes ojos negros en los de Malear, como si hubiese querido leer en sus miradas, y dijo:

— Señor marques, apénas os conozco; pero hay tanta franqueza en vuestras palabras, tanta sinceridad en toda vuestra persona, que la confianza es fácil para mí, y voy á probaros la mia... ¡Juradme por vuestro honor que no me venderéis... y voy á deciros todo mi pensamiento!

— ¡Lo juro! — respondió Malear.

— Y bien... — repuso Tadeo llevando á Enrique lo mas léjos que pudo de la puerta, para estar seguro de que nadie los oía; — acepto la oferta de mi libertad;... pero por una razon que no puedo revelar á nadie en el mundo, necesito permanecer en esta prision dos dias aun. Haced creer al ministro y á todos que persisto en mi repulsa; dentro de dos dias habré cambiado de idea, y ántes que se ponga el sol del tercer dia, *vos mismo me conduciréis á Sorrento.*

Enrique miró á Tadeo con aire de sorpresa, y este añadió:

— No me interrogueis, señor marques, pues no podria responderos; os he dicho todo lo que puedo deciros.

— ¿Pero puedo anunciar vuestra vuelta á la señora Rovero? — preguntó Enrique.

— Anunciadle que teneis un amigo mas en Tadeo Rovero,— respondió el preso,— y que dentro de tres dias *vos mismo me conduciréis á sus brazos.*

Y tomando al mismo tiempo la mano de Malear, la estrechó vivamente entre las suyas.

— ¡Mil gracias, caballero,— dijo Malear correspondiendo al apretón de mano de Tadeo,— acepto vuestra amistad!... Es un fruto que madura pronto entre jóvenes, y ya veréis que por haber nacido prontamente no será ménos preciosa.

Malear dió tres golpes á la puerta de la prision; el carcelero abrió la puerta, y Enrique se alejó echando una última mirada llena de afecto á Tadeo Rovero.

Nunca habian parecido tan largas las horas al hermano de Aminta como las que trascurrieron hasta la noche tan impacientemente deseada por él.

¡ Por fin llegó esa noche!

El portero entró á traerle la cena y se alejó.

Tadeo no queria ser sorprendido por el sueño, como cuando la primera visita de la Felina, pues deseaba no perder un solo instante de la preciosa visita; y pensando en sus noches precedentes, ajitadas y casi sin reposo, temiendo la fatiga que podia resultar para él de una larga espera, resolvió combatir el sueño por algun medio extraño á sus hábitos ordinarios.

Tadeo era muy sobrio, como casi todos los napolitanos y casi nunca bebia vino; prefiriendo el agua de naranja y limon medio helada, tan sabrosa para los habitantes de esa tierra de fuego; pero esta vez necesitaba una escitacion que le mantuviese despierto, y resolvió beber un poco de vino. Se aproximó, pues, á la mesa en que estaban colocadas las provisiones, y tomando una botella que contenia vino de Massa, uno de los mejores vinos de Nápoles, bebió un vaso lleno y sintió muy presto que se filtraba en sus venas un calor dulce y vivificante que reanimaba sus espíritus.

Sentado sobre su cama, con el oido alerta al menor ruido, trataba de percibir las ajitaciones mas imperceptibles de la noche, esos mil pequeños ruidos desconocidos, sofocados por el tumulto del dia y que solo el profundo silencio de la noche revela su existencia.



Las horas se sucedían, y á cada nueva hora los latidos del corazón de Tadeo acompañaban las campanas del reloj de la torre vecina.

¡Por fin dieron las doce de la noche... hora de los espectros, de los crímenes y de los amores!

Pocos instantes ántes que sonase la hora deseada, Tadeo conoció que el sueño tan temido entorpecía poco á poco sus párpados... Se levantó, pues, para triunfar de él, pero experimentó un entorpecimiento tal, que le obligó muy presto á sentarse.

En uno de los capítulos precedentes hemos hablado del poder tiránico del sueño sobre todas las organizaciones, y las condiciones de la vida en que el hombre está ménos dispuesto á sucumbir á él. Jamás ese dueño absoluto había ejercido más despóticamente su imperio, pues el implacable Morfeo parecía que apoyaba sus dedos de hierro sobre los ojos del preso, para cerrárselos á pesar suyo.

Un extraño entorpecimiento de miembros, una perturbación progresiva en las ideas y en la memoria, una pesadez invencible se desarrollaban con rapidez en el joven Tadeo... y entonces empezó esa lucha dolorosa de la inteligencia que combate contra la naturaleza que sucumbe. Tadeo sentía la languidez de su cuerpo, que su razón se cubría de un velo, que sus fuerzas se aniquilaban... y Tadeo pugnaba en vano, decidido á ver, á oír, á velar y á vivir, á pesar del enemigo que le quería insensible, inerte y vencido...

¡El enemigo triunfó!

Tadeo inclinó la cabeza sobre su pecho... ¡y se quedó dormido! Pero ántes que llegase ese momento supremo, oyó un débil ruido cerca de él... y el roce ligero de una tela ajitada por una marcha tímida.

Por un último y supremo esfuerzo levantó sus párpados entorpecidos... y vió á pocos pasos de él á la Felina que se acercaba á su cama...

Dos lágrimas de desesperación corrieron por las mejillas de Tadeo, y cayeron sobre la mano blanca de la cantarina, que la paseó por las facciones del preso para asegurarse de su sueño...

---



## LA APARICION.

### XIV.



EMOS dejado en el capítulo precedente á Tadeo sucumbiendo con desesperacion al entorpecimiento que se apoderaba de sus sentidos, en el momento que la cantarina se inclinaba sobre su cama para asegurarse de su sueño.

La Felina miró á Tadeo en silencio durante algunos instantes, y los ojos de la cantarina espresaban una compasion dulce.

— ¿Porqué me ama?—se decia ella,—¿qué he hecho por él?... ¿de dónde le viene ese amor, á él, pobre niño que apenas me conoce, y que yo no conocia?

Tadeo hizo un movimiento.

— ¡Oh, cielos!...—dijo la Felina, —¿no tendria ya efecto el narcótico? ¿se despierta tan pronto?

— ¡Felina!...—murmuró Tadeo.

— ¡Mi nombre .. siempre mi nombre en sus labios y en su corazon!... Sí, he hecho bien en evitar una segunda entrevista... esta carta se lo dice.

Y sacó un papel de su seno.

— ¿Pero y si resistiese á mi súplica?—continuó ella;—¿si fuese débil ánte el deber que le imponen la humanidad y el honor?... Y sin embargo, solo él puede llenar ese deber... ¡Toda mi esperanza está en él!

Enseguida se aproximó á la mesa, y á la débil claridad de la luna examinó la botella que contenia el vino de Massa. Un vaso faltaba solamente.

— ¡Un vaso á lo sumo...—dijo ella,—nada mas que un vaso!... Su sueño no puede ser largo, y ese entorpecimiento se le pasará ántes que entren en su prision... Por otra parte Lippiani, su carcelero, me pertenece completamente y no verá nada...

Acercándose luego á la cama, sacó de sus hermosos cabellos un largo alfiler de oro con un diamante por cabeza y fijó con él la carta sobre la almohada que sostenia la cabeza de Tadeo, de manera que este papel fuese la primera cosa que se presentase á los ojos del preso cuando se despertase. Hecho esto, con la sutileza propia de las mujeres, deslizó debajo de la almohada misma un objeto cuidadosamente sellado.

El rostro de la Felina se hallaba tan aproximado al de Tadeo, miéntras que la mano de la cantarina deslizaba el objeto misterioso debajo de la cabeza del dormido, que el suave y ti-



bio aliento de la jóven tocaba los labios de Tadeo... y los labios de Tadeo vinieron á juntarse á los de la Felina, que se retiró de la cama confusa y ajitada. ¡El preso soñaba en la dicha... y no sabia que se realizaba su sueño!

Sea que este beso ardiente hubiese vencido el sueño, sea que el soporífico tomado en tan corta cantidad no hubiera producido mas que un efecto de corta duracion, como lo habia pensado la Felina, Tadeo se ajitó en su cama; y asustada la cantarina por estas señales precursoras de la vijilia, huyó precipitadamente por la entrada secreta.

Sin embargo, todavía se pasó una hora ántes que Tadeo hubiese podido triunfar de ese entorpecimiento que sigue siempre á un sueño forzado. Sus pesados párpados se cerraban aun á pesar suyo, y una lasitud jeneral amortiguaba moral y materialmente todo su ser.

En este primer desorden de su espíritu, se preguntaba si habia soñado la nueva aparicion de la Felina; si habia sido ella la que habia visto aproximarse á su cama en el momento mismo que aquel sueño extraño empezaba á dominarle, y temblaba al pensar que podia haber perdido la ocasion esperada con tanto anhelo.

Finalmente recobró la fuerza de obrar y trató de sentarse en su cama... y al hacer este movimiento su mano tocó la carta de la Felina.

Un grito de sorpresa salió de su pecho; pero cuando percibió que la carta habia sido fijada cerca de él... Cuando retiró el alfiler de oro con cabeza de diamante que la tenia clavada, un vivo dolor se apoderó de su alma, pues la duda no era ya posible, ¡y era bien la Felina la que habia visto!... ¡era bien ella, que no pudiendo despertarle le habia escrito aquel billete!

Se sintió lleno de rabia contra sí mismo, y hubi ra dado diez años de su vida por rescatar aquella hora perdida... En seguida corrió hácia la ventana de la capilla invocando un rayo de luz á la luna que le permitiese leer los renglones que una mano atorada habia trazado para él... Pero este triste consuelo le fué rehusado, pues la luna se ocultó tras de espesas nubes que dejaron la prision en la mas completa oscuridad.

Lo que sufrió Tadeo durante su larga espera del dia, muy lento en venir, se siente y no puede describirse... ¡Tenia su suerte en la mano, y su suerte le era desconocida!

Oprimiendo ardientemente contra su corazon y sus labios aquel papel impregnado aun de los suaves perfumes de los encjes de la Felina, se embriagaba con este olor... Besaba con amor el frio papel sobre el cual se habian paseado los preciosos dedos de la cantarina, y á pesar de estas emociones apasionadas, un triste presentimiento le anunciaba una desgracia; á veces se sorprendia de temer la luz que iba á revelar le su destino.

El dia vino por fin; débil al principio, luego mas vivo, finalmente brillante y puro.

Tadeo abrió la carta, y sus ojos la devoraron... Pero muy presto invadió sus facciones una palidez lívida, un estremecimiento nervioso le ajitó, el papel de la Felina se escapó de las manos del preso, y cayó en su sillón agobiado de desesperacion.

En este momento entró el carcelero diciendo:

— Señor, el caballero que vino á visitaros hace tres dias me manda preguntaros si puede tener el honor de volver á entrar.

— ¿Qué caballero? — dijo Tadeo con voz sofocada por el dolor.

— El señor marques de Maulear.

El nombre del marqués de Maulear recordó en este momento á Tadeo su madre y hermana queridas, y este recuerdo benéfico vino á colocarse sobre la llaga de su corazon.

— ¡Mi madre... mi hermana! — pensó él, — ¡ah! sin ellas... sin su ternura... ¿qué sería ahora la vida para mí? — y prosiguió en voz alta: — Diga usted al señor marqués que pase adelante.

Y mientras que el carcelero se alejaba para obedecerle, se lanzó hácia su cama, la examinó cuidadosamente pareciendo buscar en ella alguna cosa que no percibió al principio, pero cojiendo convulsivamente la carta volvió á leer las últimas líneas, se acercó de nuevo á la cama, y halló el depósito misterioso de la Felina. Lo cojió y guardó con cuidado entre



su vestido, y con un acento que revelaba el combate violento de su alma desolada, exclamó como si esperase ser oído de algun testigo invisible :

— ¡Me has juzgado bien, Felina!... la desgracia no me hará injusto, y haré lo que esperas de mí!

Un grito de gozo resonó en la bóveda de la capilla; Tadeo se volvió prontamente hácia el punto de donde habia partido, pues aquel grito habia penetrado hasta su alma... pero Tadeo estaba solo, y el marqués de Maulear entraba en este momento.

— Contando con vuestra palabra, señor de Rovero, — dijo Maulear, — previne ayer noche al señor ministro de policia que, mejor aconsejado por vuestras reflexiones, aceptabais la gracia de S. M. De consiguiente ya sois libre y podeis seguirme.

— ¡Vamos á ver á mi madre, caballero! — respondió Tadeo, echando una última mirada sobre las paredes de la capilla, testigos de tantos suspiros, dicha y tormento; y salió siguiendo los pasos del marqués.

Una hora despues, dos caballeros montados en dos caballos ingleses, los mejores del marqués de Maulear, se dirijian á Sorrento.

Tadeo Rovero, uno de los dos caballeros, iba triste y pensativo, y la amabilidad francesa del marqués de Maulear con su espíritu brillante y ligero, no podian arrancar á su compañero de viaje de sus tristes reflexiones. Una sonrisa venia á veces á los labios de Tadeo, pero comprimida por un recuerdo penoso, desaparecia como un rayo de sol errante entre las nubes, y muy presto oscurecido por ellas.

Convencido Maulear de que Tadeo le ocultaba un secreto, evitaba el hacer la menor alusion á ello, con esa delicadeza de buen gusto que teme ántes de todas cosas el parecer indiscreta, y finjia atribuir á la reserva propia de un conocimiento nuevo la frialdad y las distracciones de su compañero de camino. En cuanto á él, gozoso de llevar este hijo pródigo, bajo el techo maternal, entregado á la dicha de volver á ver á la que adoraba, y á quien la víspera habia anunciado la vuelta de su hermano querido, confiado en la promesa de Tadeo, su corazon apenas podia contener la felicidad en que rebosaba... En un momento en que las dificultades del camino los obligaba á marchar mas despacio, dijo Enrique á Tadeo:

— Por supuesto, caballero, que estamos de acuerdo sobre lo que debemos decir á esas señoras, ¿no es cierto?... Dejais á Nápoles, sus fiestas, sus goces, sus placeres... y no se dirá una palabra de vuestro arresto...

— ¡Ni una palabra si os agrada, señor marqués, — respondió Tadeo, — ni sobre la suerte que he sufrido... ni sobre la de mis amigos!

— En cuanto á la vuestra, — repuso Enrique, — yo bendigo al cielo porque vuestra madre y hermana la hayan ignorado hasta aquí, pues les hubiera costado muchas lágrimas y alarmas... Pero no os lisonjeéis de que el arresto del conde Monteleone sea ignorado de ellas, pues una gaceta de Nápoles se la hizo conocer ayer, en presencia mia, y no debo ocultaros que vuestra buena madre deploraba vuestra amistad con un caballero tan temerario y tan aventurero.

— ¿Y que dijo Aminta? — replicó vivamente Tadeo, movido por un pensamiento ó recuerdo que no parecia habersele presentado hasta entónces.

— La señorita Rovero, — respondió Enrique sorprendido de la espresion que habia acompañado la pregunta de Tadeo, — la señorita Rovero no añadió nada á las reflexiones de su madre, y las ha escuchado con la mas completa indiferencia.

— ¡Siempre la misma para él!... — murmuró Tadeo; pero aunque esta frase fué pronunciada en voz muy baja, fué oída por Maulear, y no pudo contenerse de hacer esta pregunta con una viva ansiedad:

— ¿Y para quién la señorita Rovero es siempre la misma?

— ¡Para él!... para el conde, — respondió Tadeo; — es casi un secreto de familia lo que os revelo en este momento, señor marqués!... El conde de Monteleone está enamorado perdidamente de mi hermana; no porque me lo haya dicho nunca... pero todo me lo prueba, y si recobra su libertad, como deben esperarlo sus amigos, será un buen partido para Aminta.



Cada palabra de Tadeo caía como una gota de aceite ardiendo sobre el corazón de Maulear.

— Mi padre, — continuó Tadeo, — nos ha dejado una fortuna mediana; puede ser que algún día seamos ricos también... mas ricos aun que Monteleone mismo, pues somos los únicos herederos del cardenal romano Giustiniani, hermano de mi madre, que posee como primojénito de la familia todos los bienes de mi abuelo materno. Pero hasta entonces nuestra existencia es modesta, y si yo la encuentro suficiente para mis gustos y acorde con mis opiniones, mi madre y hermana tienen otras ideas... y la alianza de Aminta con el conde Monteleone le aseguraría una posición magnífica.

— ¿Pero si vuestra hermana no ama al conde? — dijo Maulear temblando interiormente.

— Si mi hermana no ama al conde, — respondió Tadeo, — su no haría dos desgraciados... al conde de Monteleone desde luego...

— ¿Y el otro? — preguntó Maulear viendo que Tadeo se detenía, y asustado por lo que iba á decir.

— ¡El otro sería yo! — respondió Tadeo.

— ¿Vos? — replicó Enrique con sorpresa; — ¿conque deseais tanto que se verifique ese matrimonio?

— ¡Sí... pues ahora depende de él mi suerte!... — respondió Tadeo con voz conmovida.

Maulear se quedó confundido al oír estas palabras singulares; pero apenas fueron pronunciadas, Tadeo espoleó vigorosamente á su caballo, porque la quinta de la señora Rovero se percibía á dos tiros de fusil.

Enrique le siguió inquieto y turbado, y por la primera vez se paró con la frente sombría delante de la casa de Aminta.

La buena y tierna madre estrechó á su hijo contra su seno, con ese gozo que solo una madre siente y comprende; y Aminta, repuesta ya de su cruel accidente, prodigó también sus caricias á su hermano querido.

— Hijo mío, — dijo la señora Rovero estrechando afectuosamente la mano de Enrique, — ¿supongo que el señor de Maulear te ha dicho ya cuanto le debemos?

El señor marqués no me hablo mas que de su afecto á ustedes; — respondió Tadeo.

— Pues bien, — yo seré ménos discreta, — dijo Aminta; y con una sencillez llena de gracia contó á Tadeo lo que habia pasado entre ella y Maulear.

— ¡Ah!... señor marqués!... — exclamó abrazando á Enrique, — quisiera saber un nombre mas dulce que el de amigo para dárosle al momento.

Aminta se puso colorada al oír estas palabras, y bajó los ojos inmediatamente; Maulear lo notó, y una esperanza penetró en su alma.

Ese nombre que buscaba Tadeo, quizás lo habia encontrado Aminta... ese nombre era el que Maulear deseaba dar á Tadeo tan ardientemente.

El hermano de Aminta quiso ver al valeroso jóven que se habia sacrificado tan heroicamente por ella, y todos siguieron á la señora Rovero al cuarto del pobre Tonio.

El enfermo iba mejor. La enorme hinchazon de sus facciones habia desaparecido, y sus ojos estaban ya serenos; una calentura lenta le minaba aun, pero el doctor esperaba cortarla, y Tonio marchaba rápidamente hácia su convalecencia; solamente que parecia debe realizarse el pronóstico del médico: *¡Vivirá, pero no hablará!*

En efecto, del pecho del pobre Scorpione no salian mas que algunos sonidos roncós, confusos, terribles; y Aminta, que desde que sus fuerzas se lo permitieron se habia hecho la enfermera de Tonio, conocia ya los diferentes tonos de esa escala de dolores que modulaba el desgraciado.

Una especie de gruñido sordo llamaba á Aminta cerca de él; un ronquido semejante al estertor espresaba su dolor ó su impaciencia; pero cuando aquella naturaleza violenta y



casi salvaje experimentaba la ira, un ruido terrible salía de su pecho, y los mas bravos se hubieran estremecido al oír aquel grito que no se parecia á ningun grito humano.

Tonio dormia cuando los visitantes llegaron cerca de él; pero se despertó muy presto, y sin parecer sorprendido por la galería de curiosos que rodeaban su cama, paseó lentamente sus miradas sobre todos.

Reconoció primeramente á Tadeo, y á pesar de la contraccion de sus facciones que le impedia llegar hasta sonreirse, se esforzó para manifestar el gozo que sentia al verle.

La presencia de Aminta producía siempre sobre Scorpione un efecto extraño, que su mutismo hacia mas sensible. Sus ojos, de un verde pálido, se animaban súbitamente al aspecto de la jóven, y el brillo que despedían se convertía gradualmente en una dulzura tan lánguida y tierna, que se hacían casi atractivos.

Este singular magnetismo que Aminta ejercía sobre el enfermo produjo su efecto ordinario; pero muy presto se frunció sus cejas, un sordo uraca se sintió en su pecho, y se oyó el quejido doloroso.

— ¿Qué tiene? — preguntó Tadeo.

— No sé, — respondió Aminta; — algun dolor nuevo... alguna contrariedad acaso... Y siguiendo la direccion de los ojos del enfermo vió que se fijaban en Malear inflamados y enojosos.

Aminta se tambaleó, y Enrique que lo notó se apresuró á ofrecerle el brazo pensando que las fuerzas de la jóven convaleciente necesitaban de un apoyo; pero en el momento que Aminta aceptaba el brazo de Malear, Scorpione hizo un esfuerzo para sentarse y dió el horrible grito con que el pobre mudo espresaba su furor impotente.

Todos se estremecieron al oírle... Aminta dejó el brazo de Enrique y corrió á tranquilizar al enfermo con el jesto y con la voz, como lo habria hecho con un niño airado.

Scorpione se calmó súbitamente; y la señora Rovero le dejó, seguida de Tadeo, Malear y Aminta... ¡Pero Aminta no tomó el brazo de Enrique!





## UNA NOCHE EN SORENTO.

### XV.



MAULEAR había notado el trastorno repentino que su presencia cerca de Aminta acababa de producir sobre Tonio; pero no percibió la sonrisa de dicha y agradecimiento que trató de hacer el enfermo cuando Aminta tomó el brazo de su madre en lugar del suyo, con el aire mas natural. En esta accion tan sencilla en apariencia habia no obstante un drama entero lleno de emociones, ajitaciones y pasion.

— Señor marques,—dijo á Enrique la madre de Aminta,— espero que no nos dejará usted celebrar solos este dia tan dichoso que nos ha traído á mi hijo... Acepte usted nuestra comida de familia, y viva usted persuadido de que hará tres dichosos.

Una oferta semejante llenaba todos los deseos de Maulear, y las horas se pasaron para él con esa rapidez que el amor solo le da al tiempo cerca de la que se ama.

A la hora de comer llegaron á la quinta el conde Brignoli y su hijo. El conde Brignoli, antiguo ministro de la guerra del rey Joaquin Murat, y cólega del padre de Tadeo, era uno de los mejores amigos de la viuda Rovero, y como vivia cerca de la casa de campo de esta señora venia frecuentemente á participar de la soledad de su antigua amiga.

Su hijo, el jóven Gaetano, habia sido educado cerca de Aminta, y de sus relaciones de infancia resultaba entre ellos una dulce intimidad. Gaetano tenia veinte años; sus facciones llevaban el sello de esa belleza napolitana varonil y caracteristica, á la cual no faltaban ni los negros cabellos de italiano ni los ojos brillantes y un poco duros que son en cierto modo el tipo ordinario de las fisonomías meridionales.

La llegada de estos visitantes desagradó á Maulear; la hermosura de Gaetano le impresionó desfavorablemente, pues la intimidad que notaba entre Aminta y el jóven, intimidad que no podia esplicase en un principio, le hirió vivamente.

No obstante, durante este dia creyó Enrique poder hallarse cierto de que Aminta se encontraba dichosa con su presencia, por la observacion de esas mil cosas insignificantes al parecer, que recoje un amante con mas cuidado que otro alguno; y sus inquietudes empezaban á disiparse, cuando un incidente se las hizo nacer de nuevo.



Aminta era una perfecta cantarina y tenia conocimientos profundos de la música, y cediendo á las instancias de su madre se sentó al piano y cantó algunas de esas preciosas canciones italianas tan espresivas y tiernas, que son otras tantas flores encantadoras de ese país de la melodía.

La dulce voz de Aminta hallaba un eco en el corazon de Malear, y su éxtasis llegaba á su colmo, cuando Gaetano se reunió á la jóven para cantar con ella el precioso duo de *Julieta y Romeo*, la obra maestra de Zingarelli.

Al escuchar esta música apasionada, el celoso Enrique creyó notar que el arte solo no daba á la cantora esos acentos en que al alma era mas espresiva que las notas... y se estremeció pensando que el amor de Julieta por Romeo podia ser el amor de Aminta por Gaetano. No pudiendo vencer la agitacion que se apoderaba de él, Malear se salió del salon al acabarse el duo, bajo pretexto de dar algunas órdenes para su marcha.

La noche estaba sombría, y los pálidos relámpagos que de vez en cuando recorrían el cielo hacían temer una tempestad inmediata. El marqués no podia contener su despecho pues las voces de Aminta y del jóven italiano le perseguían á pesar suyo, cada vez mas acordes y unidas.

— ¡No se canta así mas que cuando el amor está de por medio! — se decia él. — El arte solo no puede dar esa espresion apasionada ni esa sensibilidad que inspiran sus acordes!... Pero, por otra parte, ¿qué sentimiento mas natural que el suyo? Educados juntos, siempre cerca el uno del otro... su afecto ha debido crecer en ellos, y ahora sienten su afecto sin apercibirse de ello quizás... Se aman, porque han nacido para amarse, como los pajarillos se aman en la primavera porque la primavera es la estacion de los amores... ¡y la primavera de Aminta y Gaetano ha llegado ya!... Y yo que soy un extranjero para esa jóven, ¿cómo he podido esperar el agradarla? Su verdadero salvador no soy yo, es el desgraciado Tonio... de consiguiente su agradecimiento debe ser muy débil para mí; y por otra parte, ¿conduce al amor el agradecimiento?

Malear se paseaba á pasos precipitados por el parterre que habia en el patio de la casa de campo, haciendo estas reflexiones dolorosas con los ojos fijos en el cielo cubierto de nubes negras, cuando se halló repentinamente delante de alguno que salia apresuradamente de la casa, y reconoció al jóven Gaetano Brignoli.

Enrique no pudo contener un movimiento de rabiá á su vista, uno de esos movimientos repentinos, inconsiderados, y de los que la reflexion hace pronta justicia, aunque tarde, cuando el que los experimenta no tiene fuerza para dominarlos.

— Caballero, — dijo el jóven, cojiéndole por el brazo, — ¿ama usted á la señorita Aminta Rovero?

Sorpredido de pronto Gaetano por su encuentro súbito con el marqués en medio de la oscuridad, y mas sorprendido aun por las palabras que le dirigia, volvió hácia Malear sus grandes ojos negros, en los que Enrique no vió brillar á la claridad de los relámpagos ni indignacion ni enfado, sino solamente una viva sorpresa de la pregunta que se le hacia.

— He tenido el honor de preguntar á usted, — repuso Enrique, dueño ya de sí mismo y avergonzado de su primera interrogacion tan descortés, — si no sentia usted un profundo sentimiento de afecto por Aminta, cosa tan natural siendo su compañero de infancia?

— ¿Que si yo amo á Aminta? — respondió Gaetano. — ¿Pues quién no ha de amarla, señor? ¿Conoce usted en Nápoles una jóven mas bella, mas graciosa y mejor que ella?

— No... sin duda... — respondió el marqués con voz sofocada.

— Es mi amiga de infancia, la compañera de mis juegos... Con ella he recibido las primeras nociones de la música... ¡ese arte divino que yo adoro!... Así usted ha podido ver como ella y yo nos entendemos bien... ¡qué justo y acorde cantamos! Yo, que canto en falso casi siempre, segun dice mi maestro, jamas me sucede eso cuando canto con Aminta.

El nombre de la que se ama, de la que el corazon adora, cuando se pronuncia con familiaridad y sin calificacion por un extraño, causa una viva pena á los amantes; tan viva, que hemos visto sufrir y quejarse de ello á un hermano que trataba así á su hermana. A ciertas almas celosas les parece que es un robo hecho á su intimidad, una profanacion de su ídolo;



por eso Maulear, herido de que ese nombre tan caro para él fuese tratado tan familiarmente por Gaetano, repuso con mal humor poco disfrazado:

— Comprendo que no haya nada de falso, ni aun en música, en los sentimientos que se espresan á la señorita Rovero... y quizas, como dice el maestro de usted, es una escepcion de vuestros hábitos... De todos modos, si el maestro hallaba alguna cosa que criticar respecto á los acordes del duo que acaban ustedes de cantar, no podria ménos de reconocer la pasion con que usted los ha espresado...

— ¿De veras? — dijo Gaetano lisonjeado por el cumplido que le hacia el marqués. — ¡Es elevado! ¡es sentimental! ¡es apasionado! ¡la escuela y el estilo puro de *Tacchinardi*!...

— Sí, señor... — repuso Maulear impacientado, — ¡pero usted sabe tan bien como yo que los artistas, por muy hábiles que sean, no espresan nunca el amor como los enamorados!...

— Lo cierto es que *Zingarelli* debía amar á alguna *Julieta* cuando compuso su *Romeo*, — respondió Gaetano.

— ¡Y usted debe adorar á la señorita Aminta para cantar de ese modo el papel de *Romeo*! — replicó Enrique.

— Clertamente, — dijo Gaetano riendo, — yo la adoro como *Romeo*... y no conozco muchos tenores en San Carlo que puedan cantar ese duo como yo; ¡verdad es que tampoco existe una *Julieta* como ella!

Maulear se halló confuso y no supo que responder; pues el jóven Gaetano hablaba de la mejor fé del mundo y no habia comprendido nada de los discursos del marqués, ó no habia querido comprenderle finjiendo acoger sus palabras á título de cantor y no de enamorado; no queriendo entrar en el terreno de las confianzas con el marqués, y haciéndoselo sentir por una reserva tan diestra como llena de atencion y buen gusto.

Pero de todo esto resultó que Maulear se quedaba en la duda cruel sobre los sentimientos de Gaetano por Aminta, y lo que habia de mas doloroso, sobre los de Aminta por Gaetano.

— Pero perdone usted, señor marqués, — dijo Gaetano á Maulear, — pues nuestra conversacion tan imprevistamente ha hecho olvidar un encargo que la señora Rovero me ha hecho para usted, ; y le buscaba para hacérselo cuando nos hemos puesto á hablar de otra cosa. Pensando la señora Rovero que se ocupaba usted de los preparativos de marcha, me ha mandado suplicar á usted que lo deje para mañana, porque la noche está mala y los caminos son difíciles y peligrosos. . Y mire usted, ya caen esas gotazas de lluvia que son las precursoras de la tempestad en nuestro país.

— En efecto... — dijo Maulear distraido, — volvamos al salon, cerca de esas señoras.

Cuando entraron en el salon, encontraron á la señora Rovero hablando con el señor de Brignoli, miéntras que Tadeo sentado solo en un rincon y con la cabeza apoyada en la mano parecia sumerjido en las mas tristes reflexiones. Pero detras de su sillón se veía la poética figura de Aminta, de codos en el respaldo.

Los hermosos bucles de sus largos cabellos negros caían sobre la frente de su hermano, como los flexibles ramos de un sauce lloron; y cuando Tadeo levantó la cabeza para reconocer el suave objeto que descendia por ella, Aminta inclinó su rostro sobre el de su hermano, y sus lábios se apoyaron en sus ojos diciéndole:

— Tadeo, cierro tus ojos por no ver lo que veo en ellos!

— ¿Pues qué ves en ellos, querida hermana? — dijo Tadeo.

— Veo en su tristeza y en su dulce languidez... que mi hermano ha dividido ya su corazon en tres partes;... ¡dos para mi madre y para mí... y la tercera!...

— La tercera para nadie, — dijo Tadeo levantándose.

— ¡Muy bien, señorito!... ¡muy bien! — respondió Aminta picada; — no te se pregunta tu secreto... No se interesa uno mas que por aquellos á quienes se ama... ¡y yo no amo ya!...

— ¡Al contrario, mi buena hermanita, — dijo Tadeo cojiéndole las manos con afecto espresivo, — ámame mas que nunca, pues jamás lo he necesitado tanto!

Aminta le abrazó tiernamente.



— ¿Qué es eso?... ¿qué es eso?... ¿qué es eso? — preguntó la señora Rovero volviéndose hácia sus hijos.

— ¡Una escena de familia!... — dijo alegremente Gaetano, que acababa de entrar con Enrique en el salón.

— Sí, Gaetano, — respondió la señora Rovero; — y de una familia dichosa, pues no conozco familia mas unida que la nuestra.

Aminta se acercó á Malear, y sus atenciones por él fueron tan graciosas, se ocupó de su huésped con tal encanto y bondad, que Malear sintió disiparse sus inquietudes y renacer en él la confianza.

En este momento estalló la tempestad con gran furia, y el viento ajitaba con violencia los grandes árboles del parque; de consiguiente la señora Rovero retuvo en su quinta á Malear, al conde Brignoli y á Gaetano.

Una noche pasada bajo el mismo techo que Aminta colmaba todos los deseos del marques, y le daba la esperanza de una ocasion favorable al dia siguiente para abrir su corazon á la bella *Rosa de Sorrento*, y confirmarse en sus dudas celosas, ó rechazarias para siempre.

La señora Rovero quiso llenar con su huésped todos los deberes de la hospitalidad, y le condujo ella misma al cuarto que debia ocupar.

— Ese cuarto ha sido mucho tiempo el de mi querida hija, — dijo la señora Rovero introduciéndole en él; — pero despues de la muerte de su padre hemos cambiado la distribucion de nuestras habitaciones, y mi hija tiene ahora el suyo cerca de mí. Desde entónces, este cuarto ha sido ocupado por nuestro jóven amigo Gaetano Brignoli; pero hoy le he alojado en otra parte porque es la pieza mas digna de ofrecer á usted.

Malear se estremeció de gozo á la idea de habitar un cuarto en donde habia reposado la que adoraba, y tomó posesion de él con una especie de culto relijioso.

Este cuarto estaba situado en el primer piso del ala izquierda de la quinta, y daba sobre un terrado cubierto de flores, bajo el cual se hallaba el salón de recibimiento y todas las habitaciones del piso bajo. Dicho terrado comunicaba con todas las piezas del primer piso, independientemente del piso bajo, que formaba un ángulo saliente sobre el jardín. Se podia llegar por ambos lados á los cuartos del primer piso por el interior del edificio, y, por el exterior, saliendo á ese elegante terrado que acabamos de describir.

Malear no examinó aquella noche la situacion de su cuarto, pues como los primeros dias de marzo habian sido mas frios que los últimos de febrero, y la herida de Aminta no le habia permitido dejar el sofá durante sus primeras visitas, Enrique no habia recorrido ni explorado la propiedad de la señora Rovero. Así, pues, el terrado sobre el cual daba el balcón de su cuarto le era desconocido completamente.

Dos horas hacia que Malear habia sido conducido á la antigua habitacion de Aminta por la señora Rovero, y sus sensaciones del dia le ajitaban tan vivamente, que no podia decidirse á entregarse al reposo. El amor, la esperanza y los celos se disputaban su corazon.

Sentado en un ancho sillón cerca de la chimenea, cuyo fuego medio apagado echaba apenas algunas raras y últimas ráfagas de llama, los ojos de Malear estaban fijos maquinalmente en uno de los balcones de su cuarto, por el ruido que hacia la lluvia contra las vidrieras. De repente vió ó creyó ver una forma blanca en el exterior de la ventana, detenerse durante algunos instantes, como tratando de penetrar en el cuarto. Enrique se creyó bajo el imperio de un sueño; se frotó los ojos, se aseguró de que no dormia, y se convenció de la realidad de la vision.

Corrió precipitadamente á la ventana, la abrió... pero al movimiento que hizo y al ruido que le acompañó desapareció el visitante nocturno, y Malear le distinguió hayendo entre las sombras de la noche.

Un momento pudo creer en algun espíritu aéreo que atravesaba el espacio como los *djinns* de Oriente, revoloteando en derredor de las ventanas del creyente fiel; pero esa idea poética se desvaneció ánte la material evidencia, pues la vista del terrado que Malear no conocia le demostró que el *djinn* de su imaginacion era una criatura muy humana, errante sobre el terrado por algun motivo desconocido, y no teniendo nada de fantástico.



La idea de un crimen ó robo se presentó á su espíritu, é iba ya á lanzarse tras la persona que se alejaba, cuando vió sobre las losas del terrado un objeto que levantó apresuradamente y corrió á examinar á la luz de su cuarto.

Era un velo de encaje blanco, adorno ordinario de las napolitanas en aquella época, nube vaporosa que rodeaba su rostro, resto de una moda francesa que habia ilustrado el pincel de *Isabey*, ese pintor de todas las gracias y bellezas del imperio.

— Es alguna cita amorosa, — se dijo Malear, — turbada por mi presencia imprevista en este cuarto. Habrán venido para ver si dormia ya, y la heroína de la aventura ha buido al verme levantar, perdiendo una parte de su equipo y dejando como ovejas asustadas parte de su vellon en los matorrales del camino.

Pero mirando el velo con mas cuidado, Enrique notó su elegancia y primor, y se preguntaba quien podia ser la habitante de la quinta que pudiese tener aquella alhaja. ¿Era el tocado de una doncella... y si no era una doncella de las señoras Rovero, ¿que otra frente que las suyas podia llevar aquel velo?

El marqués se perdía en conjeturas sobre este acontecimiento, cuando fué sacado de sus reflexiones oyendo abrir una puerta en el corredor donde se habria la de su aposento. Se puso á escuchar, y oyó que dos personas hablaban en voz baja y marchaban con tal precaucion que revelaban la intencion de no ser descubiertas.

Todo lo que sucedia en esta casa tan pacífica en apariencia despertaba de tal manera la curiosidad de Malear, que resolvió conocer á los dos personajes misteriosos cuyos pasos acababa de oír.

Saliendo de su cuarto sin hacer ruido, siguió á los dos personajes que le precedian á lo largo del corredor. Una débil claridad, procedente de una linterna sorda que llevaba el uno de ellos, daba una escasa luz que servia de guia á Enrique.

Bajaron así la escalera principal, atravesaron el piso bajo, y entraron en el primer patio; pero una ráfaga de viento que penetró en el vestíbulo al abrir la puerta, apagó la linterna porque quiso atizarla el que la llevaba.

— ¡Majadero! — dijo el uno de los dos hombres á su compañero. — ¿Como quieres que ensille mi caballo ahora?

— Está ensillado, señor, — respondió el otro.

— ¿Segun eso no tengo mas que montar?

— Y no necesitará usted hacer uso de sus espuelas, pues es un animal primoroso y esta endiablado en estos quince dias que no sale.

Hablando así los dos interlocutores llegaron al segundo patio, donde Malear les habia seguido protegido siempre por la oscuridad,

Un caballo esperaba pronto á partir; uno de los interlocutores saltó en él llijeramente, y abriendo el otro la puerta que daba al campo se lanzó por ella el caballero diciendo el que se quedaba :

— ¡Que Dios proteja en esta noche tempestuosa al señor Tadeo Rovero!... ¡Cuidado con los malos pasos... y los malos encuentros!





---

---

## LA PRIMERA DECLARACION.

---

### XVI.



ENRIQUE volvió á su cuarto inquieto y desasosegado por lo que habia visto. ¿Qué motivo podia obligar á Tadeo á alejarse de la casa de su madre, solo, en medio de la noche... y una noche de tempestad? ¿Iba á empezar esa vida de sedicion y complós que le habia costado ya su libertad, apénas recobrada?

Un interés profundo unia Malear á Tadeo; pues al amor que sentia por la hermana se cambiaba para el hermano en un afecto verdadero, y los nuevos peligros que podia correr el jóven afectaban seriamente á Enrique. Así pues, la noche se terminó para él sin que pudiese entregarse al sueño; pues á sus temores por Tadeo se reunian las emociones del dia precedente, y sobre todo las que le causaba el extraño incidente del hallazgo del velo cerca de su ventana, y del cual no po-

dia desviar los ojos.

Una idea terrible se presentó de repente á su espíritu; el cuarto que ocupaba habia sido el de Gaetano Brignoli...

Si esta jóven tan pura y tan modesta en apariencia, si la bella *Rosa de Sorrento* tendria algun amor secreto, alguna intriga oculta... Si el jóven, si el compañero de su infancia seria el objeto de ella?... Pero esa flor preciosa, criada bajo el ojo vigilante de una madre ¿podia hallarse ya marchitada por el soplo ardiente de las pasiones?... Y Malear se reprendió como un crimen esa profanacion mental de la casta divinidad que adoraba.

El almuerzo matinal reunió todos los miembros de la familia Rovero y los dos amigos de la casa. Tadeo mismo vino á sentarse á la mesa tan naturalmente como si hubiese pasado toda la noche en la quinta, y no pronunció una sola palabra sobre su nocturna expedicion. Estaba ménos triste y preocupado que la víspera, y un observador atento hubiera podido notar en su semblante la satisfaccion interior, la especie de alivio que causa el cumplimiento de un acto penoso.

Los señores de Brignoli se despidieron de la familia Rovero en cuanto se terminó el almuerzo, y partieron para su quinta; Malear se alegró de su marcha.

— Señor marqués, — le dijo entónces Tadeo, — permítame usted que le trate como amigo, y que le pida un servicio... un verdadero servicio, añadió, pues se trata de renunciar



por algunos dias á la elegancia y esplendor de los salones de Nápoles, en los que, como todos los agregados de la embajada francesa, es usted uno de sus principales adornos, para venir á disfrutar algun tiempo de la vida modesta del campo en nuestra quinta, cerca de mi buena madre y linda hermanita.

— Si es ese el servicio de que se trata, — respondió Maulear con alegría, — es usted mas bien quien me lo hace... y lo acepto con agradecimiento.

— ¿Puedes proponer una cosa semejante, Tadeo? — dijo tímidamente Aminta; — ¿puedes atreverte á proponer al marques un destierro como ese?... ¡Nuestra vida es tan triste y solitaria en esta quinta, que no podríamos ofrecerle ninguna recompensa por los placeres y fiestas que sacrificaría!...

— ¿Y dónde estaría el mérito del servicio, si no costase nada? — repuso Tadeo; — en una palabra, hé aquí de que se trata: un deber de honor que tengo que llenar me obligará á ausentarme de Sorrento por una semana al ménos, pues la vista de la causa del conde de Monteleone principiará muy presto, y tengo que asistir á ella.... Pero se pretende (añadió lanzando una mirada significativa al marqués) que los partidarios del conde deben agitarse en esa ocasion.... Sus enemigos son igualmente muy numerosos, se puede saber que ha venido á esta casa... y no estaria tranquilo durante mi ausencia, si algun hombre valeroso, enérgico y decidido no me reemplaza en este sitio, dignándose velar sobre las dos personas tan amadas que me veo forzado á dejar... Hé ahí, señor marqués, lo que me atrevo á esperar de usted.

— Mi corazon, mi brazo, mi vida... ¡todo está á la disposicion de estas señoras, y puede usted contar conmigo! — respondió Maulear enérgicamente.

Aminta bajó los ojos, pues la primera palabra de Maulear iba dirigida á ella evidentemente. Tadeo no lo notó, pues en este momento estrechaba con efusion las manos de su nuevo amigo; y la señora Rovero, estremeciéndose á la idea de ver á su hijo alejarse de ella otra vez, mirandole dolorosamente y con ese instinto natural que revela al alma de una madre el peligro que corre un hijo querido, dijo:

— ¡Yo no sé lo que me pasa; pero me estremezco al pensar que puedes hallarte comprometido en algun asunto desgraciado, hijo mio! No amas á los que nos gobiernan, ¡y desgraciadamente lo comprendo! porque has perdido el porvenir mas brillante con la caida y muerte del rey Murat, de quien tu buen padre fué uno de sus mas fieles servidores... pero á nombre de tu padre mismo, yo, la pobre viuda, yo tu madre, que no tengo mas dicha ni esperanza que en ti... te conjuro que no espongas una vida que no te pertenece á ti solo. Piensa, hijo mio, que tu hermana y yo no tenemos otro apoyo en el mundo que el tuyo... y que mi débil existencia no podria resistir al dolor de perderte...

Tadeo se puso pálido, pues la sociedad secreta en que estaba afiliado podia traer para él los peligros que temia su madre. Ocultó su agitacion con las caricias que le prodigó, con las protestas reiteradas de su amor filial, y prometiéndose mentalmente el detenerse á tiempo en la via funesta que habia emprendido; como si los autores de sediciones pudiesen detenerse nunca en esa pendiente rápida y resbaladiza, coronada en la cima por el orgullo y el error, teniendo en la base los pesares y la muerte, y en la que los campeones mas firmes se ven casi siempre arrastrados al precipicio que han abierto ellos mismos.

— Irás pues á Nápoles, — dijo la señora Rovero á su hijo, — ¡y quiera Dios que Monteleone recobre su libertad, puesto que es tu amigo!... Pero creeme, Tadeo, desconfía de su espíritu aventurero; ese hombre es el huracan que arrebatara todo lo que encuentra á su paso... ¡y haga el cielo que no te arrastre con él en su pérdida!

La conversacion se acabó sobre este capítulo tan inquietante para la madre, y tan embarazoso para el hijo, preguntando Maulear tímidamente á Aminta:

— ¿Se dignará usted recibirme por huésped dentro de unos dias, señorita?

— ¿Pues qué no teme usted nuestro destierro!... — respondió ella; y añadió sonriendo: — por otra parte, *es preciso haber sufrido tanto como el amante de Leonor, para no hallarse dichoso en el paraiso de Sorrento!*

Enrique reconoció las palabras que habia escrito sobre los muros arruinados de la casa



del Taso; pero ántes que hubiese podido espresar su gozo y sorpresa por un recuerdo tan dulce á su corazón, Aminta se habia alejado de él.

En este momento vinieron á anunciarle que sus caballos esperaban á la puerta del parque.

— Mi hermana y yo vamos á conducir á usted, — dijo Tadeo.

Pero deteniendo la señora Rovero á su hija, añadió :

— El aire está un poco frio, hija mia, y te aconsejo que cubras la cabeza con tu velo de Inglaterra, que te sienta tan bien.

Malear se volvió hácia Aminta al oír estas palabras.

— ¿ Mi velo ? — respondió Aminta llena de turbacion y sorpresa. — Creo haberle perdido, pues lo he buscado inútilmente esta mañana. . .

Sea embarazo de la confesion de un descuido, sea otra causa cualquiera, Aminta pareció conmovida al dar esta respuesta, y esa emocion fué derecha al corazón de Malear.

— ¿ Qué misterio hay en todo esto ? — pensó entre sí ; — ¿ qué es lo que me ocultan aquí ?

La estraña coincidencia del velo hallado por él y el velo perdido por Aminta le ponian en una ansiedad cruel, y estaba confuso y aterrado de tal suerte que el desórden de su espíritu apenas le permitió dirigir algunas palabras á Tadeo y su hermana miéntras que le conducian hasta la entrada del parque.

— No se olvide usted, — le dijo Rovero al despedirse, — de que mi madre y hermana le esperan dentro de pocos dias.

— ¡ Dentro de pocos dias ! — repitió Aminta, saludando al marqués con una sonrisa halagüeña.

— ¡ Dentro de pocos dias ! — repitió Enrique montando en su caballo, que relinchaba de impaciencia ; y echando á la jóven una mirada llena de duda y amor, partió al galope por la calle mayor de Sorrento.

Cuando volvió á Nápoles, la ciudad entera estaba ocupada de la vista de la causa de Monteleone ; pues el conde era admirado de los unos y desacreditado de los otros. La nobleza de las Dos Sicilias, deplorando los errores del conde, sintiendo que uno de los nombres mas ilustres de Nápoles abrazase y defendiese una causa tan vulgar y poco digna, á su manera de ver, como era la causa del pueblo ; la nobleza, decimos, estaba herida de que uno de sus pares pudiese morir á manos del verdugo. Esas viejas raíces de independecia que son innatas en todas las aristocracias de la Europa, esos errores de oposicion feudal que Luis XI y luego Richelieu habian domado soberanamente en Francia hasta aniquilarlos con sus manos de hierro, fermentaban aun en el corazón de los grandes señores napolitanos.

Amaban á su rey, porque su rey mantenía sus privilegios y habia restablecido los derechos de su nacimiento ; pero no se hubieran sublevado ménos contra él si hubiese tocado á ellos ; y por el mismo sentimiento de familia hubieran aplaudido *en masa* el suplicio de un conspirador plebeyo, pero se preparaban á vituperar *en masa* el de Monteleone, porque el conspirador habia salido de su rango.

En cuanto al pueblo, que veía un defensor de sus derechos en el ilustre acusado, tenia por él todas sus simpatías ; y para avivar esas simpatías, los numerosos adeptos de las *Ventanas* italianas presentaban á su jefe secreto como un mártir de su adhesion á la causa popular, como una víctima de la monarquía.

Circulaban por todas partes los rumores mas envenenados contra Fernando IV ; se pretendia que habiendo heredado el odio de Carlos III á los Monteleone, queria continuar sobre el hijo las venganzas ejercidas contra el padre ; y se añadía á la iniquidad de estas aserciones todo lo que podia inclinar en su favor el espíritu impresionable y supersticioso del pueblo napolitano. Se decia que el mismo verdugo, la misma hacha y el mismo pilar que habian servido para el suplicio del padre, debian servir aun para dar la muerte al hijo. . . .

El encierro del conde en el castillo del Huevo, donde habia perecido su padre, contribuía á dar una verosimilitud á estas fábulas malévolas ; pero lo que excitaba la curiosidad en el



mas alto grado era el incidente inexplicable de Torre del Greco, y se esperaba con impaciencia la aclaracion de aquel enigma.

La doble é imposible presencia del conde en la casa de Stenio Salvatori, y bajo los mil cerrojos de la fortaleza del Huevo, esa lucha con su enemigo, la herida que se le acusaba haber hecho, la presencia á la vez en distintos lugares y á las mismas horas, provocaban mil versiones increíbles, y se hacian mil apuestas sobre ese hecho inaudito en los anales judiciales de los tribunales napolitanos.

El nombre de Monteleone se ligaba tan natural é íntimamente al destino actual del marqués de Maulear, á su amistad por Tadeo y su amor por Aminta, que participaba del interés jeneral inspirado por el proceso del conde; y como hombre de honor, deseaba un resultado feliz á pesar de las consecuencias que la libertad del acusado podia traer contra su dicha. Pero cuando se presentaba á su imaginacion el recuerdo de su última noche pasada en Sorrento, su razon se perturbaba y no podia ménos de sorprenderse al dudar de la que amaba, pues nada hay tan terrible en este mundo como la duda. Perder la fé en su amor es uno de los dolores mas grandes que puede sufrir el hombre, y por eso los cuatro dias que debian separarle aun de Aminta, fueron cuatro siglos para Enrique de Maulear.

Enrique, como la mayor parte de los jóvenes ricos de nuestra época, se habia entregado muy temprano á los amores fáciles, y de consiguiente habia formado la idea mas falsa é injusta de las mujeres en jeneral. Las flores marchitas que habia cojido muchas veces, los amores lijeros que acojen casi siempre á los hombres de su rango, de su fortuna y de su físico, al hacer su entrada en el mundo, habian estraviado su juicio y espíritu respecto á un sexo de que no conocia mas que la parte ménos respetable.

Si no hubiese tenido que ver mas que con la hez de ese sexo, con esa clase venal y viciosa por estado, que no deja tras de sí mas que la vergüenza y el pesar por recuerdo, su buen gusto natural se la hubiera hecho apreciar en su justo y miserable valor; pero el joven marqués tenia sentimientos mas elevados, y su natural firme y elegante le alejaban de los placeres vulgares. Sus primeros amores, ó mejor dicho, para no profanar este nombre, sus primeras *buenas fortunas*, habian tenido por objeto esas mujeres de la alta sociedad á quienes arrastra un corazon ardiente ó unos sentidos demasiado exaltados!... esas mujeres que, engañadas en sus primeros amores, ó desgraciadas en la vida comun del matrimonio, buscan en otra parte una indemnizacion á sus infortunios ó á sus decepciones íntimas, y creen hallarla en la inesperienza, en el candor primitivo, en los sentimientos novicios de los jóvenes que les presenta el acaso... Pero estos aceptan con orgullo y pasion esas conquistas en un principio, mas acaban muy presto por descubrir frecuentemente que no son los primeros héroes de unas aventuras tan lisonjeras, y el resultado final es el desprecio por unos placeres de que se aprovechan avergonzándose... ¡Entónces el ídolo se convierte en mujer ordinaria! y el holocausto sublime que se ha hecho de una virtud apenas defendida, toma las proporciones vulgares de un arrebatamiento de los sentidos... el héroe de esas aventuras pierde las ilusiones porque ha escojido mal el objeto, cree que todas las mujeres son iguales, juzgándolas por las escepciones, y se hace un ateo en amor porque no ha incensado mas que un ídolo falso.

Esta deplorable teoría habia recibido su aplicacion en el espíritu de Maulear; sus sentimientos honestos naturalmente, esa poesía del corazon, flor preciosa que no dura frecuentemente mas quo una mañana, se habian disipado en relaciones efimeras. La condesa de Grandmesnil, esa tutora amable del joven, temia que un trato serio contrariase las miras de su padre, y le alentaba en esas locas ternuras, ó al ménos no le desviaba de ellas.

Así, pues, Enrique de Maulear habia ido á Nápoles con esa triste opinion tan comun á los jóvenes de nuestros dias: de que la virtud de las mujeres no es mas que una palabra vana, y que á las mas reservadas no les falta mas que una ocasion para cesar de serlo; y numerosos sucesos galantes le habian confirmado en esos principios detestables, en Nápoles mismo.

Su encuentro con Aminta, la bella y cándida joven, habia producido una revolucion completa en sus ideas. Era la mujer que se pinta uno á los veinte años, á las primeras sensa-



ciones del alma; por eso el dolor fué vivísimo cuando la sospecha se introdujo á roer su corazón.

— ¡Cómo! ¿no hallaré una sola mujer digna de mi respeto y de mi culto sincero?— esclamaba Enrique, bajo el imperio aun de las perniciosas teorías de su juventud. — ¡Cómo! ¿esa jóven misma de apariencias tan modestas y puras... no merecería la fe que yo tenía en ella?

Pero el recuerdo tan casto y virjinal de Aminta venia muy presto á combatir esos pensamientos injuriosos, y entónces Maulear no formaba mas que un deseo, un voto: aclarar á todo trance el misterio de su visita nocturna, y salir de su cruel perplejidad.

El dia convenido para su vuelta á Sorento llegó en fin, y daban las diez de la mañana cuando paraba su caballo á la entrada del jardin, donde cuatro dias ántes habia recibido el adios de Aminta. La puerta estaba abierta, y penetró en el bosquecillo de naranjos que conducia á la casa; una esperanza secreta le decia que hallaria en él á la que amaba, y su esperanza no salió vana.

Aminta estaba sentada bajo un pequeño pórtico rústico que servia de entrada á la choza mas pintoresca que se puede imaginar; estaba fabricada con juncos y cañas, guarnecida de ventanas con persianas pintadas de colores brillantes, y servia de abrigo á los paseantes durante la estacion del verano. Era el retiro preferido de Aminta, y todas las mañanas venia allí á dibujar las blancas rosas de Bengala, sus hermanas, los granados y las clemátidas que rodeaban este precioso sitio de retiro y descanso; y tambien allí era donde la hermosa jóven dejaba errar sus miradas por la tarde sobre los apagados rayos del sol poniente que desaparecia en el vasto horizonte del mar.

Cuando Enrique percibió á Aminta este dia, estaba leyendo, ó mejor dicho acababa de leer, pues su libro estaba sobre sus rodillas; su frente de marfil se apoyaba en su linda mano, y sus ojos elevados hácia el cielo parecia que le pedian la realizacion de algun sueño dulce, inspirado por la lectura. El sueño puede adivinarse por el libro... ¡El libro era la divina poesia del Taso!

Maulear marchó hácia ella con gran tiento, temiendo descomponer el gracioso cuadro que le presentaba el acaso; luego se detuvo durante algun tiempo detras del espeso follaje, contemplando á la hermosa pensativa con una admiracion muda y apasionada. Y analizando con amor su figura virjinal, embriagándose con la vista de sus modestos encantos, Maulear se sonrojó de sus sospechas y se prometió renunciar á ellas, diciéndose: que Dios no habia criado los ángeles para que los hombres se desconfiasen de ellos, y que poseyendo Aminta las facciones de esas criaturas celestes, debia tener el alma y la pureza de ellas.

Salió pues de la espesura y se acercó á ella; Aminta se conmovió al verle, pues la habia sorprendido pensativa... y los pensamientos de las jóvenes son tesoros que ocultan á los profanos en el santuario mas profundo de su corazón.

Aminta dió algunos pasos hácia Maulear, manifestando así el deseo de volver á la quinta; pero temiendo el marques perder la ocasion favorable de verla sola durante algunos instantes, la rogó que se sentase y se colocó cerca de ella, pretestando el cansancio que le habia causado el camino desde Nápoles á Sorento.

Aminta se sentó, pero con un embarazo que no se ocultó á los ojos de Maulear.

— Usted ha cumplido su promesa, — dijo ella, tratando de disimular su turbacion hablando la primera.

— ¡Mi promesa! — respondió Maulear, — ¿y cómo podia yo faltar á ella tratándose de volver á ver á usted?

— ¡Ya sabemos cuánto debe costar á usted una decision semejante!... — respondió Aminta levantando la voz como si no hubiese hablado para Maulear solo... -- Por eso mi madre y yo se lo agradecemos á usted infinito.

— Señorita, — dijo Maulear haciendo un esfuerzo sobre sí mismo y temiendo perder en cumplimientos unos instantes en que todas las palabras tenían un precio inmenso para él, — al trazar sobre las paredes de la casa del Taso los simples renglones que se ha dignado usted retener en la memoria, estaba muy léjos de pensar que trazaba así la dicha que me esperaba en Sorento...



— ¿La dicha? — dijo Aminta estremeciéndose, — ¿quiere usted hablar, sin duda, del servicio que me hizo?

— Hablo de un sentimiento repentino y nuevo para mí, — respondió Enrique no pudiendo contenerse mas, — lleno de encantos y tormentos, lleno de esperanzas y temores... hablo, en una palabra, de un amor que hará el orgullo y el gozo de mi vida, si es correspondido, y mi desesperacion y mi suplicio si es rechazado por la que me lo inspira...

— ¡Silencio, por Dios! — dijo levantándose vivamente y mirando alrededor como asustada.

— ¡Ah... usted me habla adivinado!... — exclamó Malear atribuyendo la emocion de Aminta á su primera declaracion.

La jóven no respondió; pero sus ojos se volvieron hácia la puerta de la cabaña, como si hubiese temido verla abrirse; quiso huir, pero Malear la detuvo diciendo:

— Lo que le digo á usted aquí sola, señorita, sin mas testigos que las nubes que pasan y los pajarillos que vuelan, quiero repetírselo delante de los que la aman á usted, y de quienes depende... delante de una madre que será mi madre... delante de un hermano que será mi hermano; pero á usted le toca decirme si debo hablar ó callar...

En este momento se oyó en la cabaña un ligero ruido; pero Enrique no lo percibió, pues Aminta, cada vez mas distraida y turbada por el ruido misterioso, habia dejado tomar su mano por la del marques, y este, interpretando ese dulce favor segun los deseos de su corazon, se habia arrojado á los piés de la jóven, que cayó en la silla trémula y como fuera de sí.

— ¡Aminta!... — le decia Enrique con pasion, — ¡desde el primer dia en que la vi á usted... mi vida y mi alma le pertenecen... pero si usted quiere, su vida y su alma serán mías!... ¡mías, para hacer de cada minuto una hora de placer!... ¡mías para adoraros como se adoran los santos del cielo!...

Y Malear, con los ojos clavados en los de Aminta, trataba de hallar en ellos el eco de sus miradas ardientes. Sus labios iban á fijarse con amor sobre la mano de Aminta, cuando entre la jóven y él se apareció subitamente una cabeza horrible, cuyas facciones parecian aun mas espantosas por el dolor que espresaban.

Aminta se echó hácia atras, y Malear sintió ese horror que experimenta el hombre mas valeroso cuando se para por no poner el pié sobre un réptil.

— ¡Scorpione! — exclamó el marqués.

Este apodo en la boca de Malear y en un momento semejante, pareció hacer en el pobre mudo una impresion tan violenta, que sus ojos se inyectaron de sangre; una espuma blanquecina mojó sus labios, y cayó á los piés de Aminta.

— ¡Socorro, señor! — dijo ella á Malear, — ¡por piedad... socorro para ese desgraciado! Hoy es el primer dia que sale despues de su accidente... ¡y ya lo veis... se muere!...

— ¿Qué significa todo esto? — decia Malear dirijiéndose á toda prisa hácia la quinta. — Ya van dos veces que mi presencia cerca de Aminta produce el mismo efecto sobre ese miserable... Un ser tan hediondo, ¿seria capaz de amarla? ¿estará celoso?





---

---

## EL JUSTICIA MAYOR.

---

XVII.



A vista de la causa de Monteleone iba por fin á verificarse. Ese proceso objeto de tantas controversias y discusiones, que preocupaba bajo conceptos diferentes las clases alta y baja de la ciudad de Nápoles, escitaba una curiosidad impaciente.

El duque de Palma no habia podido cumplir la promesa que habia hecho al preso de que compareceria prontamente delante de sus jueces, pues el incidente de Torre del Greco necesitaba una nueva sumaria, y las investigaciones é informes de todas clases que habia orijinado retardaron de día en día la solucion del negocio, con gran pesar de parte del soberano y de su ministro de policia, porque sabian hasta que punto agitaba los espíritus esa causa y temian las consecuencias.

Monteleone empezaba á concebir grandes inquietudes acerca de las consecuencias que podia tener la peligrosa partida que habia jugado.

La noche misma de su excursion á Torre del Greco, fiel á su palabra, se presentó de nuevo al portero del castillo del Huevo, con el mismo traje que habia tomado para salir; y el devoto conserje, viendo volver al finjido llayero con un paso vacilante y de berracho, le predicó un largo sermón sobre la intemperancia y las consecuencias funestas de la borrachera, sobre todo en la profesion que ejercia, en que se necesitaba tanto la aplicacion de su moral, de su razon y de su vijilancia para frustrar los proyectos de los presos y su detestable mania de evasion.

Cuando aquella misma noche vió volver el carcelero Pedro á Monteleone, que esperaba con impaciencia á la reja del patio, fué tal su gozo que faltó poco para que le abrazase; pero el conde no se lisojeó mucho de su tierno transporte.

— ¡ Bien ! ¡ bien ! ... su escelencia es un digno caballero ! — le dijo en voz baja Pedro. — Un villano en vuestro lugar se habria escapado, dejando en el mayor embarazo á un honrado guardian como yo ... pero, señor, vos sois de una raza jenerosa y leal ! ... Me habeis pagado bien, y no habeis querido comprometer á un pobre padre de familia causándole el



disgusto de ser ahorcado. Ahora no nos hablemos mas, no nos miremos siquiera, pues pueden oírnos, espirar nuestras miradas... ¡y todo seria perdido!

Desde este momento, pues, Pedro se habia hecho mas salvaje, mas feroz, mas duro y mas mudo que de costumbre; la visita del ministro de policía á Monteleone habia aumentado los justos temores del carcelero. Sabia por el rumor público el episodio terrible de Torre del Greco, y sin adivinar precisamente los motivos de su preso, conocia que era cómplice en su accion y temblaba cada vez mas por las consecuencias que podia traer aquel acontecimiento.

Así, todas las veces que el conde trataba de interrogarle, Pedro mostraba un espanto tal, sus facciones se descomponian tan completamente, y su salida de la celdilla era tan repentina, que Monteleone habia cesado de dirigirle la palabra.

Ninguna noticia del exterior, ningun aviso secreto habia venido á instruir al conde sobre los resultados de su conducta atrevida, y por eso empezaba á desesperar del porvenir, acaso por la primera vez.

Una mañana se abrió su puerta como de costumbre á la hora de su almuerzo; pero el carcelero, en vez de alejarse, se acercó á Monteleone tomando su aire gracioso que hacia mas grotesca su figura taciturna, y le dijo:

— ¡El gran dia se acerca, señor!... y necesitamos ponernos de acuerdo sobre ciertos detalles acerca de los cuales el alto tribunal puede tener la mala idea de pedirnos cuenta á Su Escelencia y á mí...

— ¡Hola!... ¿conque hablas hoy? — respondió Monteleone sorprendido.

— Hoy no es ayer, — replicó el carcelero; — ayer, y desde vuestra evasion, mi compadre el verdugo, que vive ahí arriba, como sabeis, tiene desconfianza de mí; lo he sabido por su cuchillero que es amigo mio. La historia del calabozo inundado me ha perdido en su concepto, pues pretende que quiero hacerle perder sus parroquianos... y sé que al regar sus flores en la plataforma tiene el oído alerta para todo lo que pasa aquí;... tanto mas cuanto me consta que desearia obtener mi empleo para su primer ayudante, que es un jóven lleno de esperanzas, y de quien hoy mismo ha hecho su yerno.

— ¡Ah!... ¿el señor verdugo casa hoy su hija?

— Es un matrimonio de inclinacion, — respondió Pedro. — Él queria dejar la boda para despues de *vuestro negocio*, como él llama la *cosa*... porque siempre hay en eso buenos provechos para él, y *gracias á Su Escelencia*, hubiera podido aumentar el dote... pero la muchacha estaba enamorada y no ha querido esperar. Entónces el digno padre se ha decidido á condescender con la amable niña, y acabo de ver partir la boda para Santa Lucía; el señor verdugo, su mujer, su hija, el futuro y todo el enjambre de verdugos en ciernes... ¡era un golpe de vista magnífico, imponente! Pero para que el pueblo no echase á perder la ceremonia á tronchazos, han salido temprano, pues apenas son las seis de la mañana; y pues que no tenemos vecinos curiosos que temer, vengo á entenderme con Su Escelencia para que no me comprometa en su causa.

— ¡Sea pues! — dijo el conde; — entendámonos; y desde luego, dime, ¿hay algunas sospechas?

— ¿Sobre quién?

— ¡Sobre tí!... pues á ménos que no tenga yo alas ocultas y que no haya volado por la ventana para ir á Torre del Greco, solo tú en el mundo ha podido abrirme la puerta de mi prision.

— ¿Conque es cierto? — repuso Pedro, — ¿conque Su Escelencia salió de aquí para ir á herir á ese honrado Stenio Salvatori?... En verdad no queria creerlo, pues me parecia que pagar veinte mil duros por eso era pagar un poco caro el placer de dar una puñalada;... y eso aun en el brazo!... Cierto es que nosotros los napolitanos no nos paramos en tan poca cosa para vengarnos.

— Sea para vengarme ó por otro motivo, á ti te importa muy poco; lo que necesito es que solo tú puedas saber que salí de aquí durante las doce horas que me has vendido, pues como ni tú ni yo lo diremos, estaré tranquilo.



— Y Su Escelencia tiene razon para estarlo en cuanto al fondo del asunto; pero los dos hemos puesto nuestras cabezas en los platos de la balanza, y deseo que no se incline hácia vuestro lado. ¡La mano de la justicia es tan poco segura para los pobres diablos como yo!... y en el momento de vivir dichoso y tranquilo con el honrado producto de nuestra operacion, me seria muy desagradable el ir á danzar en el cabo de una cuerda... con gran placer de los revendedores de macarroni y agua de naranja que el buen pueblo de Nápoles enriqueceria ese dia por ir á ver el espectáculo que se daria á mi costa. . .

— ¿Y qué te hace temer una ascension semejante? — preguntó el conde.

— Una reflexion, — dijo Pedro: — es que, como se practica ordinariamente, pueden tener la mala idea de interrogar separadamente á todos los habitantes del castillo; primeramente á Su Escelencia, como su huésped principal, enseguida á vuestro servidor, luego al portero de la gran reja, y finalmente hasta llegar al llavero Crespo... y si no respondemos absolutamente la misma cosa, particularmente Su Escelencia y yo, el justicia-mayor verá que hay algo oscuro en todo esto. . .

— ¿Tú lo piensas? . . . — respondió el conde con aire distraido.

— ¡Estoy seguro de ello! — replicó Pedro. — El justicia mayor es amigo de la carne fresca, como se dice de los lobos hablando á los niños, y la huele de una legua; es capaz de descubrir una mancha aunque sea en la cara de un ángel... y aunque yo no sea un ángel, precisamente, si el justicia mayor percibe mi mancha... la cabeza de su escelencia podrá quedar sobre sus hombros, ¡pero la mia no se escapará de las caricias de mi compadre!... y yo le conozco, *lo hará con entusiasmo*, porque mi empleo quedará vacante, y el buen hombre adora á su familia.

El conde no escuchaba al carcelero desde que este habia pronunciado un nombre que le inspiró mucho terror, recordándole uno de los actores del drama de su evasion, pues ese actor tenia en sus manos su suerte y la de su cómplice. ¡Pedro no lo habia previsto todo! Ese llavero, llamado Crespo, cuyo vestido y personaje le habia hecho tomar; ese topo subterráneo, como le llamaba el carcelero, seria citado tambien delante del majistrado.

El conserje le habia visto, le habia hablado, le habia abierto la reja del castillo... ó al ménos creía haberle visto, haberle hablado y abierto... ¿Cual seria pues la declaracion de este hombre? Estas reflexiones produjeron una viva emocion en Monteleone, y dijo al carcelero :

— El peligro no está donde tú lo temes... ¡pero hay un testigo que puede perdernos!

— ¿Y quién es? — preguntó Pedro temblando.

— Crespo, — respondió el conde.

— ¡Oh! — respondió el carcelero en tono compasivo, — si no es mas que eso, el pobre Crespo no es muy temible!

— ¿Le has ganado? — dijo el conde.

— No, Señor, — respondió Pedro, — no he tenido ese trabajo... pues á estas horas el pobre mozo es muy probable que ha dejado ya este mundo.

— ¡Le has matado! — exclamó el conde asustado.

— ¿Por quién me toma su escelencia? — replicó el carcelero con indignacion. — Puede uno ceder á las súplicas tiernas de un preso... asegurarse una fortunilla procurándole el placer de pasearse algunas horas al aire libre... pero cuando uno es honrado no se mata á nadie. Si Crespo llegase á morir, será por su culpa y á causa de una pasion desgraciada...

— ¿Está enamorado? — interrumpió el conde.

— No, Señor, — respondió Pedro, — es goloso... y adora las ratas de agua...

— ¡Qué gusto tan horrible! — dijo el conde.

— No, señor, — replicó el carcelero; — las ratas de agua, segun dice Crespo, son unos animales succulentos, sobre todo cuando están gordas y bien alimentadas como las de nuestra fortaleza. Las aguas de la ciudad traen á los fosos todas las inmundicias de Nápoles, y las ratas viven como canónigos.



— ¿Y Crespo se come los convidados de ese festin? — dijo el conde.

— Es tan goloso de esa caza que pasa su vida en cazarlas, tendiéndoles lazos ingeniosos que los pobres animales no saben evitar. Yo le dejo hacerlo, porque finalmente es un gusto como otro cualquiera, y por otra parte me economiza muchos gastos.

— ¿Pero cómo Crespo se encuentra en peligro de muerte de resultas de ese gusto tan raro? — preguntó el conde.

— ¿Qué quiere su excelencia?... ¡no siempre salen bien las cosas!... Puede ser que las últimas ratas que ha comido Crespo hubiesen sido envenenadas con arsénico... ¡y el pobre diablo se habrá envenenado al comerlas!... ¡Es pagar un poco cara su golosina... y desgraciadamente no le aprovechará la lección!

Después de esta oración fúnebre, el carcelero sacó de su bolsillo un pañuelo azul tosco y sucio, haciendo ademán de enjugarse los ojos perfectamente secos.

El conde no pudo ménos de estremecerse al oír la relación de Pedro, pues comprendió la astucia atroz de aquel hombre para deshacerse de un testigo peligroso; y olvidando su propia salvación exclamó:

— ¿Puede ser que haya aun algún medio para salvar á ese hombre llamando un médico?

— Ya se ha hecho, señor;—respondió Pedro.— ¿Piensa su excelencia que nuestro gobernador dejaría morir así sin socorro á uno de sus dependientes? Pero el doctor ha llegado tarde... y Crespo iba á dar el último suspiro cuando he venido aquí.

El horror que inspiraba este miserable á Monteleone fué tan grande, á pesar de su firmeza habitual, que se apresuró á terminar la conversacion, pues la casi complicidad de un crimen cometido á sangre fría y con una premeditación abominable le era odiosa.

— No temas nada de mi interrogatorio en lo que te concierne, — dijo él al carcelero, — yo seré prudente... Ahora dime una sola palabra... ó hazme el último servicio, como quieras llamarlo. ¿Sabes cuando se verá mi causa?

— Dentro de dos días — respondió Pedro; — y esta noche vendrán á buscar á su excelencia para conducirlo al *palacio Capuano*, donde se reunirá el tribunal supremo que debe juzgar á su excelencia.

Pedro salió, y Monteleone cayó en una distracción profunda. El drama iba á representarse, pues todo lo que el conde había hecho hasta entonces no había sido más que el preludio, la exposición, ó más bien una diestra preparación.

Su valor no se debilitaba en la víspera del acontecimiento; pero se preguntaba como táctico hábil si había olvidado ó no alguna cosa para obtener un éxito favorable, si había combinado todas las probabilidades y previsto sus consecuencias.

Una sola circunstancia le inquietaba. Cuando había vuelto á su casa etrusca para tomar su vestido de llavero, echó de ménos su magnífico anillo, la obra maestra de Benvenuto en la esmeralda, la tan conocida sortija de su familia; pero creyó acordarse de haberla visto en su dedo al salir de Torre del Greco, y se persuadió fácilmente de que la había perdido durante su precipitada fuga, no pensando de modo alguno que aquel testimonio poderoso se hallase en poder de sus enemigos.

Tranquilizado sobre este punto, esperó pacientemente que llegase la hora en que debían trasladarse al *palacio Capuano*, como le había dicho Pedro. Esa hora llegó por fin, y Monteleone la bendijo porque le parecía próxima á la de su libertad.

El gobernador se presentó en la prisión del conde á las doce de la noche, seguido de Pedro y algunos oficiales que le acompañaban...

— Señor conde, — dijo el gobernador á Monteleone, — aquí teneis una orden del señor duque de Palma, ministro de Policía, en la que me manda trasladar á su excelencia al *palacio Capuano*, donde va á verse vuestra causa.

— Estoy pronto á conformarme á las órdenes del duque, — respondió Monteleone, — aunque la hora me parece avanzada y hasta un poco siniestra para un viaje semejante... Pero el señor duque me trata sin duda, (añadió sonriendo) como á esos monstruos curiosos que se trasladan por la noche de un punto á otro para sustraerlos á las miradas del pú-



blico, y no perjudicar á la ganancia que debe producir el enseñarlos al público!...

— El señor duque de Palma, — respondió el gobernador, un poco picado de la ironía dirigida al ministro su patrono, — tiene un objeto mas elevado que el de sustraer ó escitar por vuestra presencia el interés que su excelencia inspira en Nápoles... quiere evitar que vuestros amigos y partidarios, que se dice son numerosos, hagan demostraciones en vuestro favor y perjudiquen evidentemente á vuestra causa.

Arrastrado el gobernador por el sarcasmo del conde había dicho demasiado, pues revelaba así al conde la parte que se tomaba en su suerte y los esfuerzos que sus amigos podrian intentar por salvarle. Para un hombre como Monteleone no había nada perdido, todo tenia su precio; pues siendo un jugador experimentado, sabia aprovecharse de las faltas de sus adversarios y hacerlas obrar contra ellos.

— Partamos, señor gobernador, — dijo Monteleone jovialmente, — estoy impaciente por conocer el nuevo alojamiento que me destina la bondad del rey... pero por pocos que cambie aun, podré publicar muy presto una estadística completa de todos los calabozos de Nápoles, destinados á los súbditos sospechosos de nuestro muy amado soberano!

Una hora despues de esta escena, el conde de Monteleone estaba encerrado en cuarto decente del *palacio Capuano*, cuarto destinado á los presos de importancia que debian comparecer delante del tribunal supremo de Nápoles.

Al día siguiente de la llegada de Monteleone al *palacio Capuano*, se presentó delante de él un hombre de aspecto severo y frio. Este hombre era monseñor Felipe de San Angelo, ese ogro tan amigo de carne fresca, como decia el carcelero, ese terror de todos los acusados, en una palabra, el Justicia Mayor del Tribunal supremo de Nápoles. Y si la parte moral de Su Excelencia había sido calumniada por Pedro, es preciso convenir en que la parte física tenia singulares analogías con ciertas aves de rapiña, cuyos instintos le atribuía el carcelero.

Una nariz corva y delgada como el pico de un águila, una frente muy prominente, ovalada y calva, una boca cuyos labios finos y acicalados no habían dejado jamas asomar una sonrisa, un cuerpo de una altura y delgadez notables, y unos ojos que no miraban nunca á los que le miraban... hé ahí el retrato exacto del magistrado introducido en presencia de Monteleone.

— Señor conde de Monteleone, — le dijo monseñor de San Angelo, — me presento á vos para preveniros que dentro de dos dias compareceréis delante del supremo Tribunal, segun lo disponen nuestras leyes prebostales. Teneis esos dos dias para escojer y nombrar vuestro defensor, y en mi calidad de Justicia Mayor del reino vengo á notificároslo, para que useis de vuestro derecho,

— Estoy sumamente agradecido á la atencion de V. E., — respondió Monteleone; — pero me veo obligado á deciros que el primer acto de su justicia *¡es una injusticia!*... pues si mis enemigos han tenido cerca de un mes para preparar sus ataques desde que fui arrestado, es cruel, y casi irónico, el concederme dos dias para preparar mi defensa.

— Así lo disponen las ordenanzas que rijen en Nápoles los *Tribunales excepcionales*, como el alto Tribunal prevostal que va á juzgaros, señor conde; — replicó el magistrado. — ¡Yo no he hecho la ley, yo la aplico!

— Pero un hombre de vuestro carácter, monseñor, — le dijo el conde, — no debe aplicar la ley sino cuando la encuentra conforme á la equidad, á la convicción personal... y en el caso contrario, nada le obliga á hacerlo.

— Señor conde, — repuso el magistrado bastante embarazado de hallarse metido de improviso en un terreno tan sujeto á discusion, — al imponernos el legislador el texto de sus leyes, nos ha hecho conocer tambien el espíritu y sentido de ellas... Vuestros jueces, de quienes soy presidente, las han estudiado cuidadosamente, y si bajo nuestro honor y conciencia hemos aceptado el poder de aplicarlas, es porque hemos reconocido su equidad; en cuanto al derecho de contestar sus formas, no se lo concedemos á los acusados. Cuando un hombre se ha puesto en el triste caso de depender de un tribunal, se ve obligado á sufrir su sentencia y someterse á ella.



— ¡Yo me someto, señor! — dijo Monteleone; — y aun iré mas léjos de su severidad respecto á mí, como vais á verlo, pues no me aprovecharé del corto plazo que me han concedido para nombrar mi defensor; si os he dirigido algunas observaciones, ha sido solo por el interés jeneral de la humanidad. Pero para responder á vuestra proposicion y encargar á alguno mi defensa, me parece que primeramente es necesario que sepa de lo que se me acusa, y espero que Su Escelencia tendrá la bondad de revelarme los crímenes que me llevan delante de su tribunal.

— Sois acusado, señor conde, de dos crímenes capitales: Primeramente, de haber conspirado contra la seguridad del Estado, en la noche del 20 de diciembre de 1815, cerca de las ruinas de Pompeya, presidiendo una asamblea secreta cuyo objeto es el trastorno de la monarquía. Sois acusado, en segundo lugar, de haber cometido un asesinato en la persona de *Stenio Salvatori*, vecino de Torre del Greco, por vengaros de la declaracion de ese hombre.

— ¿Y eso es todo? — preguntó Monteleone con calma.

— ¡Todo, sí señor! — respondió el majistrado con voz severa. — Pero me parece que unos cargos semejantes son de bastante importancia para que penseis desde este momento en escoger y nombrar un defensor.

— Y en eso teneis razon, monseñor, — respondió Monteleone; — se necesita un hábil abogado para una causa semejante, un abogado cuya palabra haga penetrar en vuestra alma la conviccion de mi inocencia, ¡pues su palabra debe hacerme vivir ó morir!

— Buscadle pues, señor, — repuso el majistrado; — pero creedme, hablo aquí en vuestro interés, toda la elocuencia de los abogados tiene ménos imperio sobre los jueces concienzudos que los hechos mismos del negocio que defienden; son la luz de verdad que los ilumina, luz que el talento de los abogados defensores debería hacer brillar á nuestros ojos, en lugar de hallar en un proceso la ocasion de desarrollar su elocuencia y opiniones políticas, ¡ó la ocasion mas culpable aun de producir un escándalo público!

— Teneis razon, señor, — dijo el conde; — pero tranquilícase vuecencia; el que hablará por mí no es elocuente ni hábil, y no obstante, los abogados mas famosos de Nápoles, sus defensas mas vigorosas, no producirian sobre el espíritu, la razon y la equidad de mis jueces, el efecto poderoso de las pocas palabras que pronunciará ese hombre.

— Señor, solo á vos pertenece el derecho de escoger vuestro defensor, — repuso el majistrado; — dignáos solamente hacerme conqcer su nombre.

— Su nombre, señor, no será revelado mas que el día de la vista.

— ¡Pero mirad bien lo que haceis, señor conde! — dijo el majistrado. — Eso es privaros de un derecho precioso que concede la ley á todos los acusados, el derecho de comunicaros con vuestro defensor.

— Yo lo rehusó, — respondió Monteleone, — pues el hombre á quien encargaré mi defensa no conocerá esa grave mision sino al tiempo de llenarla, en presencia del tribunal supremo.

El Justicia Mayor miró al conde con sorpresa y dijo:

— ¡Cómo, señor! ¿ese hombre no será prevenido del papel importante que debe desempeñar en ese negocio?

— ¡Dios me preserve de ello! — exclamó el conde.

— ¿Y porqué? — dijo el majistrado.

— ¿Porqué? — respondió Monteleone riendo, — ¡porqué entónces me haria perder mi causa!

— Obrad como mejor os convenga, señor conde, — respondió el juez, — pues por mas estraña que me parezca vuestra conducta, solo á vos os pertenece calcular sus ventajas ó peligros.

Enseguida saludó al conde y se salió diciendo:

— ¡Está loco! ¡está loco!

— ¡Es un majadero! — se decia Monteleone viéndole salir; — pues no ha comprendido que se defiende uno de un hecho que existe, pero no de un hecho que no existe.



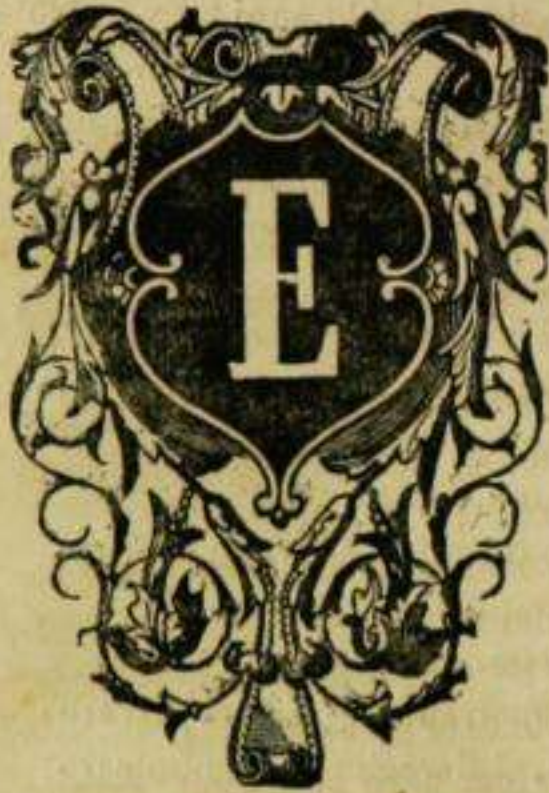
---

---

## LA VISTA DE LA CAUSA.

---

### XVIII.



El día de la vista de la causa llegó finalmente, y Nápoles toda entera tomó un aspecto orijinal y del todo nuevo para un pueblo tan indolente. Un mismo interés se apoderaba de todos los espíritus, un mismo pensamiento ocupaba á los habitantes de esa ciudad inmensa, y desde el senador hasta el lazarone, todos no tenían en los labios mas que un nombre: ¡Monteleone! ¡el conde de Monteleone!

— ¡Monteleone, el amigo del pueblo! — decian unos.

— ¡Monteleone, el conspirador! — decian otros.

— ¡Monteleone, el asesino de Stenio Salvatori! — repetian los enemigos del conde.

— ¡Monteleone, la víctima del gobierno de Fernando! — decian los enemigos del rey.

Y mientras que todos se agitaban así en derredor de los muros de su prision, Monteleone esperaba con ansia la hora de su juicio, pero tranquilo, sereno y resuelto.

El palacio Capuano, que se llamaba ordinariamente la *Vicaria*, fué durante muchos siglos el palacio de los reyes y vireyes de Nápoles, hasta que Pedro de Toledo le abandonó por un palacio mas espléndido, que es la morada de los soberanos actuales, y destinó la *Vicaria*, ó castel Capuano, para residencia de los tribunales superiores civiles y criminales del reino.

No puede verse nada mas triste y severo que la parte del edificio donde están situadas las cárceles; y como para aumentar su aspecto lúgubre, el exterior estaba adornado en aquella época de una especie de jaulas de hierro en las que se encerraban las cabezas y manos de los ajusticiados.

Estos despojos humanos, disecados por el tiempo en términos de no quedar mas que unos esqueletos espantosos, se chocaban unos con otros por la noche cuando hacia viento, y producian un ruido horrible que llenaba de terror el espíritu de los viajeros que entraban un poco tarde en Nápoles por la puerta Capuana, que daba el nombre al palacio.

La *Vicaria* se hallaba sitiada por un numeroso jentío que esperaba desde la mañana que se abriesen las puertas para precipitarse en la sala de audiencia.

Las puertas se abrieron, y la sala fué prontamente invadida por esa multitud de curiosos que atraen siempre las grandes causas criminales en todos los paises de Europa.



Se admira uno con razon de ver que en esa clase de solemnidades, y particularmente en Francia, las mujeres acuden en gran número, y hasta mujeres de un rango elevado. Y consiste en que la naturaleza nerviosa é impresionable de las mujeres siente una necesidad incesante de emociones que las hace poco delicadas en la eleccion de esas emociones, con tal que encuentren en ellas esos sobresaltos y latidos violentos del corazon, esos terrores, esas esperanzas y ese imprevisto que resalta siempre en los procesos criminales.

La cabeza del culpable se hace entónces una presa que se disputan los abogados y el fiscal. Las probabilidades variadas de esa disputa ofrecen un interes poderoso y real, ante el cual se borran todas las ficciones del poeta trájico; y allí, mejor aun que en el teatro, son aun las mujeres las que se apasionan mas por las peripecias de esos dramas sombríos, sintiendo las primeras el efecto terrible de su desenlace. De consiguiente las bellas damas de Nápoles no dejaron de acudir á esta representacion interesante, pues por otra parte su héroe poseía la admiracion de todas y las buenas gracias de algunas.

Se habian reservado algunos puestos para las grandes señoras, cerca de los jueces galantes y de los bancos de los abogados; y ciertas galerías superiores estaban reservadas para otras mujeres de alto rango que no se atrevian á mostrarse publicamente en ese extraño espectáculo, viniendo á mendigar en secreto un placer cruel que sus almas sensibles hubieran rehusado confesar á sus adoradores. Pero esas criaturas frias, indiferentes, movidas solo por una seca curiosidad, no eran las mas numerosas entre la multitud ajitada.

Los amigos particulares del conde, sus partidarios, los adeptos de la sociedad secreta de la cual era jefe, formaban una masa imponente en la que se ajitaban sentimientos tumultuosos.

Dos corazones sobre todo latian con estremada violencia, y aunque esos dos corazones estuviesen distantes el uno del otro, parecia que un hábil relojero arreglaba sus latidos de tal suerte, que no discrepaban un segundo; y era porque esos dos corazones pensaban en el mismo objeto, deseaban la misma cosa, caminaban á un fin, y un mismo sentimiento les atormentaba á entrambos entre la esperanza y el temor.

Una de esas dos personas, cuyos sentimientos acabamos de describir, era una mujer vestida de negro. Un medio velo muy tupido cubria una parte de sus facciones, dejando apénas descubierta la parte inferior de un blanco y fresco rostro.

Una mano bien cubierta con su guante se apoyaba sobre el corazon, como para contener sus latidos; y la otra se deslizaba de vez en cuando por debajo del velo para aplicar á su olfato un finísimo pañuelo de batista, impregnado sin duda de algun espíritu rejenerador. Esta mujer se hallaba sola en una de las galerías superiores de la sala de audiencia.

Permaneció largo rato en el fondo de aquella especie de palco; pero al mismo tiempo que parecia desear evitar las miradas, se la veía por momentos aproximarse á la balaustrada, lanzar una ojeada inquieta y rápida sobre la multitud que llenaba todas las partes de la sala, y luego echándose vivamente hácia atras volvía á tomar su inmovilidad y calma aparente.

El otro actor de esta escena muda era un jóven cuyo rostro pálido y demudado revelaba francamente las ajitaciones de su alma, y la parte inmensa que tomaba en el acontecimiento del dia. No obstante, los ojos del jóven no se dirijian hácia el semicírculo reservado á los jueces, ni hácia la puerta por donde debía ser introducido el acusado; paseándolos con curiosidad por todos los ángulos de la sala, escudriñando con la mirada la multitud de espectadores amontonados unos sobre otros, llegaba así hasta la pared contra que estaban apretados, sin haber podido descubrir aun el objeto de sus investigaciones. Pero de repente hizo un movimiento brusco que llamó la atencion de sus vecinos; un grito sofocado se escapó inmediatamente de sus labios... pues acababa de percibir la solitaria de la galería... ..

— ¿Conoce usted aquella señora? — le dijo un jóven colocado junto á él en el banco mismo de los abogados.

— ¿Yo?... ¡no, señor! — respondió el interrogado.

— Perdone usted... pero ha parecido que se sorprendia usted tanto al verla...



— En efecto, no habia notado aun esas galerías superiores... que parecen unos palcos enrejados en este triste teatro.

— ¡Mire usted, mire usted!... — dijo el vecino del jóven pálido, — aquella dama repite un ejercicio singular. . .

— ¡Yo no veo nada! — respondió este; pero sin quitar los ojos de la galería.

— ¡Tres veces ha llevado la mano á la cabeza, como para designar á alguno el hermoso alfiler de diamantes que brilla en su negra cabellera como una estrella en una noche tempestuosa!

— ¿De veras? — respondió el otro con voz ahogada.

— ¡Estoy seguro de ello!... ¡es una señal!... y mire usted... mire usted... ahora ha sacado el alfiler de sus cabellos y se quita el guante... ¡Ah, señor... qué mano tan preciosa!... ¡Un beso sobre aquella mano... y luego morir!...

— ¡Sin duda!... — respondió el otro sin escucharle.

— Es alguna intriga amorosa, — continuaba el lijero hablador en tono jovial; — es una cita... ¡Nuestras grandes señoras las dan en todas partes... en el teatro... en la iglesia... en el tribunal!... ¿Si fuese la mujer de un juez?... Eso sí que seria curioso... ¡los jueces que condenan á todos los amantes!... seria una hermosa represalia.

— ¡Mas bajo, señor, mas bajo!... podria usted comprometerla...

— Es verdad... — replicó el hablador, — es verdad... ¡Pero, voto á brios, que hay algo de extraño!... ¿Qué diablos hace? — añadió en voz baja.

— ¿Cómo?... ¿qué?... — dijo el otro, pudiendo apenas responder.

— Da golpecitos en su dedo con el alfiler... mirando hácia nosotros como si nos interrogase...

— ¡Usted se engaña! — respondió el pálido jóven. — Y por otra parte, ¿quién le dice á usted que sus miradas ocultas bajo su velo se dirijen á nosotros?

— ¡No cabe duda! — repuso el otro; — todo eso lo hace á nuestra intencion... y esa dama se dirige á usted ó á mí!...

Y volviéndose hácia el pálido jóven á quien hablaba, como para dar mas fuerza á sus palabras, se quedó estupefacto viendo que este tenia una mano sin guante, como la dama, y un largo alfiler de oro con diamantes, que apoyaba igualmente en un dedo.

Todo lo que describimos aquí tan estensamente víctimas de nuestra fraseología francesa, habia pasado en algunos segundos; pero por pronta que fuese la respuesta telegráfica del jóven á la dama desconocida, su vecino lo habia notado. Pero afortunadamente se halló que era un hombre de buen gusto y saber vivir, práctico experimentado en la telegrafía amorosa; y persuadido de que se trataba de algun interes tierno se apresuró á decir al héroe de la rápida aventura:

— ¡Caballero, no tema usted nada, pues yo nada he visto! Entre jóvenes bien nacidos como nosotros, estoy seguro de ello, no se acuerda uno jamas de los secretos que se sorprenden, y estoy pronto á sostener con la boca y con la espada que no hay nada de comun entre la dama de la galería y usted. . . .

— ¡Mil gracias, caballero! — respondió con efusion aquel á quien se dirijia; — en ese proceder lleno de nobleza y atencion reconozco un verdadero hidalgo!

En este momento se hizo en la sala un rumor tumultuoso, pues acababan de aparecer los jueces viniendo á su cabeza el de Justicia Mayor, monseñor de San Angelo.

— ¡Se abre la audiencia! — dijo monseñor de San Angelo, — ¡qué se introduzca el acusado!

La agitacion que habia producido la llegada de los majistrados se convirtió en un verdadero tumulto. Las mujeres se levantaban en sus tribunas, los espectadores se subian en los bancos, y algunos de ellos, furiosos por aquella muralla vivia que se levantaba delante de ellos, protestaban á gritos contra ese abuso de puestos destinado á recibir otra cosa que los piés de los oyentes.

Pero el escándalo de esta escena fué reprimido prontamente por la voz imperiosa del Justicia Mayor, que amenazó con hacer evacuar la sala si no se restablecia la calma inmedia-



tamente, y si seguían faltando al respeto debido al tribunal. Con estas palabras todo volvió á su estado primitivo; los unos se sentaron, los otros cesaron en sus reclamaciones, y todos los ojos se fijaron sobre el conde de Monteleone.

El conde se sentó en el sillón elevado que le había sido destinado, reemplazando el innoble banquillo ocupado por los reos ordinarios, pues en este tribunal aristocrático se observaban escrupulosamente los honores y atenciones debidas al rango y nacimiento.

Un acusado noble no era ménos condenado que un simple plebeyo, á la pena capital, cuando su crimen era probado; pero las fórmulas del juicio manifestaban siempre respeto y atenciones hácia los nombres ilustres, y el pueblo mismo gustaba de vérselas acordar, pues en aquella época aun los pueblos creían en las superioridades sociales. Tenían fe en su Dios, en sus reyes, en sus nobles, y aun cuando exigían para todos una justicia igual, comprendían que los nobles no debían morir de la misma manera que el último de ellos. La diferencia consistía entre el lazo corredizo de una cuerda ó el filo de una cuchilla... pero la diferencia misma de esos dos suplicios, y el aparato teatral y terrible del último, impresionaba mas vivamente á las masas, y la moral de las naciones ganaba en ello.

El fiscal se levantó y pronunció contra Monteleone una acusación elocuente, sobre los dos crímenes de que el Justicia Mayor le había dado cuenta en la prisión:

Primeramente: de haber conspirado contra el Estado, presidiendo una *Venta secreta* en la ruinas de Pompeya, cuya sociedad tenía por objeto el trastorno de la monarquía.

Segundo crimen: haber atentado friamente y de propósito deliberado contra la vida de *Stenio Salvatori*, en la plaza de Torre del Greco.

El conde se mantuvo impávido durante este discurso.

— ¡Ujieres,— dijo el Justicia Mayor,— haced entrar los testigos y acusadores, pues tienen á la vez en el proceso esa doble calidad!

Entonces se vió aparecer un hombre de un aspecto duro y feroz, muy pálido y con el vestido en desorden. Venía sostenido por otros dos, que le condujeron hasta el pié del estrado donde se hallaban sentados los jueces.

— ¡Vuestros nombres! — dijo el Justicia Mayor, dirigiéndose al mayor de los tres.

— *Stenio Salvatori*, — respondió el interrogado.

— *Rafael Salvatori*, — dijo el uno.

— *Francisco Salvatori*, — dijo el otro.

— ¿Juráis ánte Dios que diréis la verdad, y nada mas que la verdad? — repuso el magistrado.

— ¡Lo juramos! — dijeron cada uno á su turno.

— ¿Sosteneis vuestras acusaciones contra el señor conde de Monteleone?

— ¡Las sostenemos! — respondieron los tres.

— El señor conde ha presidido la *Venta secreta* de Pompeya, — dijo Francisco; — nosotros le hemos visto, mis hermanos y yo.

— El conde hizo jurar en nuestra presencia á dos nuevos asociados, — añadió Rafael, — que contribuirían con todo su poder á derribar del trono á nuestro muy amado soberano el señor don Fernando IV, y á proscribir para siempre la monarquía en nuestro país. Los asociados del señor conde nos sorprendieron escuchádoles, y nuestro valor y energía pudieron solos librarnos del puñal con que nos amenazaban.

— ¡Y mi valor y energía, — exclamó *Stenio Salvatori* con rabia, levantándose del banco, y designando á Monteleone, — no han podido luchar contra el brazo de hierro de ese hombre... y su puñal todo entero penetró en mi brazo!...

Y desgarrando la manga que cubría su herida, hizo ver á los jueces una llaga profunda y sangrienta.

Un movimiento de horror se apoderó de la asamblea; todas las miradas se fijaron en Monteleone, que no dió muestras de notar el sentimiento que inspiraba.

— El conde se ha vengado en uno de nosotros, — dijo Francisco, — por el deber que llenábamos los tres denunciándole como conspirador.



— Si hubiera podido asesinarlos á los tres, su puñal no nos hubiese perdonado,— añadió Rafael.

— ¡El pobre Stenio ha pagado por toda la familia! — repuso Francisco; y Stenio añadió con voz terrible:

— ¡Por eso pedimos á Dios, al rey y á los jueces, justicia contra mi asesino!

La grande estatura de este hombre, su palidez aumentada por la ira, y su brazo ensangrentado que dejaba descubierto de intento impresionaron tan vivamente á los espectadores de esta escena, que circulaba entre ellos un murmullo de aprobacion; pero sofocado muy presto por otras muchas voces en sentido contrario.

— ¡Conde de Monteleone! — dijo el Justicia Mayor, — ¿queréis responder vos mismo á vuestros acusadores, ó habeis elejido un defensor?

— He elejido un defensor, — respondió el conde.

— ¡Nombradle! — dijo el majistrado.

— Mi defensor es el mismo *Stenio Salvatori* que me acusa.

No es posible explicar la impresion que produjeron estas palabras en los testigos acusadores, los jueces y el público.

— Señor conde, — dijo el Justicia Mayor en tono solemne, — debemos recordaros que se trata aquí para vos de una acusacion grave, de un doble crimen cuya pena conoceis, y que una respuesta semejante manifiesta á la vez vuestro poco respeto hácia el tribunal, al mismo tiempo que compromete una causa que necesita ser defendida seriamente.

— Señor, — respondió Monteleone, — porque reconozco toda la importancia de la acusacion que pesa contra mí, confio á ese hombre el cuidado de desvanecer mis cargos, pues él solo puede hacerlo, y las confesiones salidas de su propia boca son las que patentizarán mi inocencia á vuestros ojos... *Stenio Salvatori* dice que me ha visto presidir la *Venta de Pompeya*...

— ¡Os he visto!... — dijo *Salvatori* levantándose de nuevo.

— *Stenio Salvatori* afirma que le he herido con mi puñal sobre el umbral de su puerta en la villa de Torre-del-Greco...

— ¡Lo afirmo y lo juro!... — exclamó *Stenio*.

— Señores, — continuó el conde dirigiéndose á los jueces, — ya veis que ese hombre acaba de defender victoriosamente mi causa, pues no ha podido verme mas en Pompeya que en Torre-del-Greco, cuando el dia que me acusa de haberle herido, como confirman sus hermanos y los habitantes de ese pueblo, me hallaba encerrado en el castillo del Huevo, prision impenetrable de donde no es dado á ninguna criatura humana el poder escaparse, y de donde nadie afirmará haberme visto salir!...

Al momento resonaron en la sala aplausos y bravos en favor del conde.

— ¡Señores! — dijo el Justicia Mayor levantándose, — si se repiten esas demostraciones, que son un insulto al tribunal, haré evacuar la sala, y se continuarán los debates á puerta cerrada.

El silencio se restableció.

— No lo creais, señores, — exclamó *Stenio* volviéndose á los oyentes y mostrando el puño á Monteleone — él fué... él fué quien me hirió!...

— ¡Se hará justicia!... — dijo el majistrado á *Stenio* con voz imperiosa, — ¡sentáos y escuchad!...

— Señores, — continuó dirigiéndose á los jueces, — se han hecho pesquisas minuciosas y se han tomado declaraciones prolijas á todos los empleados de la fortaleza; el careo del portero, hombre de una piedad conocida, con el carcelero mayor, el mas severo é incorruptible de Nápoles, todo en fin no ha podido hacernos descubrir el medio de que habia podido servirse el conde para escaparse de la prision. En presencia de unas pruebas tan completas de la constante mansion del conde en el castillo; en vista de la declaracion misma del señor ministro de policía, que declara haberle visitado pocas horas despues de cometido el crimen de Torre-del-Greco, no podemos ménos de reconocer la inocencia del conde de Monteleone, por la imposibilidad de hallarse en ambos puntos al mismo tiempo,



inclinándonos á creer que su semejanza con algun otro individuo podia haber engañado los ojos de sus acusadores ;... pero una circunstancia imprevista, providencial, ha hecho volver á nacer nuestras dudas sobre la culpabilidad del conde ; y aunque no sepamos aun sus medios de evasion del castillo del Huevo, persistimos en creerle culpable de los crímenes de que se le acusa...

La emocion y el interes de los oyentes se aumentaba al oír las esplicaciones del majistrado. y crecía la ansiedad.

Tres corazones cesaron casi de latir á un mismo tiempo :

El de la señora de la tribuna ;

El del jóven que habia respondido á su señal ;

El del conde mismo... aunque sus facciones permanecian inalterables.

—El conde de Monteleone,—repuso el majistrado,—posee una joya de familia, una sortija de un precio inmenso, una de esas obras tan estimadas del célebre *Benvenuto Cellini*... Numerosos testigos nos han afirmado que rara vez le han visto sin esa sortija, pues una supersticion secreta de familia le hace no separarse nunca de ella. ¿ Ha podido sustraerla á los ojos de sus carceleros en el momento de su arresto ?... ¿ Ha podido ir á tomarla cuando se dirigia á Torre-del-Greco ? La instruccion del proceso no ha podido revelárnoslo aun; pero un hecho que parece cierto, incontestable, es que esa sortija ha sido perdida por él durante su lucha con Stenio Salvatori, pues hallada por este y entregada al señor duque de Palma, ministro de policia, Su Escelencia nos la ha remitido como prueba material y terrible para deducir la culpabilidad del conde de Monteleone...

—¿ Aquí teneis esa prueba, señores,—añadió mostrando la sortija á toda la asamblea.

Los jueces tomaron la esmeralda y la pasaron unos á otros en silencio, examinándola con cuidado.

A las primeras palabras del majistrado acerca de la esmeralda, cuando la vió brillar entre las manos de los jueces, y cuando se convenció de que era ella, la frente del conde se cubrió de algunas gotas de sudor frio... ¡ Comprendió que estaba perdido !





## (CONTINUACION.)



PESAR de la terrible impresion que causó en el conde la vista de su esmeralda en las manos de sus jueces, su valor y enerjía no le abandonaban, y tuvo la suprema voluntad de luchar contra el nuevo peligro que acababa de nacer tan repentinamente.

— ¡ Esa sortija, — exclamó, — esa magnífica esmeralda que vale un tesoro ella sola, puede haberme sido robada!

El Justicia Mayor se levantaba para responder, cuando se lanzó hácia el tribunal un anciano que rechazaba con fuerza á todos los que se oponian á su paso, consiguiendo llegar al pié del estrado á pesar de la resistencia de los ujieres, y dijo con una voz llena de lágrimas y emocion:

— ¡ Esa sortija no ha podido ser robada... pues no ha salido del cofre donde se guarda, y por eso la traigo á presencia de los señores jueces!...

— ¡ No le creais, señores, — exclamaron los Salvatori, — ese hombre miente, nosotros hemos entregado el anillo del conde!...

— ¡ Silencio, impostores! — replicó el viejo. — Ayer solamente ha llegado á mi noticia el rumor de la fábula de la esmeralda perdida por el señor conde, de quien soy el mayordomo, y por eso traigo aquí esa preciosa joya para confundir á sus acusadores!

Es imposible describir la impresion que causaron las palabras de Giacomo; el tribunal mismo participaba de la sorpresa jeneral. El Justicia Mayor hizo aproximar al anciano, y recibió el anillo que le presentaba.

— ¡ Dos sortijas!... — dijo estupefacto, — ¡ dos esmeraldas semejantes!.. Señores, continuó — dirijiéndose á los miembros del tribunal, — un acontecimiento como este viene á cambiar aun otra vez el aspecto de tan extraño proceso, pues no cabe duda que una de estas sortijas es una imitacion de la otra, imitacion que solamente un gran artista ha podido producir. Pero no ha habido jamas otro *Benvenuto Cellini* en el mundo, y su obra será reconocida fácilmente por peritos hábiles.

A estas palabras del majistrado se aumentó en los oyentes la agitacion. El conde, á quien sus amigos habian creido salvado por un momento, perdido de nuevo por la presentacion de la esmeralda, y luego nuevamente en cuestion por la revelacion de Giacomo, el conde, decimos, se hacia cada vez mas el objeto de una curiosidad vivísima, mezclada de compa-



sion, pues cada complicacion nueva que se sucedia, entregaba ó quitaba su cabeza al verdugo, por decirlo así.

La audiencia fué interrumpida por este incidente; los jueces se retiraron á la sala del consejo, y los Salvatori á la de los testigos, miéntras que llegaban los peritos enviados á llamar por el Justicia Mayor. Pero el entreacto del drama fué llenado por un episodio tierno que conmovió profundamente á los oyentes.

Aprovechándose Giacomo del tumulto causado por la salida de los jueces, atravesó el espacio que le separaba de su amo, y arrodillándose á sus piés le cojió una mano que llenaba de besos y lágrimas.

— ¡Retiraos, señor... retiraos! — exclamó el jefe de los ujieres precipitándose hácia Giacomo. — No se puede permitir á nadie el comunicar con los prevenidos.

Y uniendo las obras á las palabras tomó al anciano en sus brazos y le arrancó de los de su amo, que trataba de retenerle. Pero Giacomo no fué separado tan pronto que no pudiese deslizar en los oídos de su amo estas palabras:

— ¡Ya estais salvado!

Faltó poco para que la multitud tomase partido por el viejo servidor contra la fuerza pública, enternecido todo el mundo con las lágrimas del anciano.

La dama de la galería miraba cuanto pasaba con la inmovilidad de una estatua, cubierta siempre con su velo, y se hubiera dicho que su cuerpo solo asistia á los acontecimientos del proceso, miéntras que su alma estaba en otra parte; pero sus ojos brillaban á través del velo que los ocultaba, cruzándose en ellos mil sentimientos diversos.

El jóven que habia respondido á sus señales no la perdía de vista, y su vida parecia encadenada á la vida, á la presencia, y á los menores movimientos de aquella mujer.

Los peritos llamados por orden del Justicia Mayor llegaron finalmente, y el tribunal volvió á proseguir la audiencia,

Los tres Salvatori fueron introducidos de nuevo.

Los peritos llamados eran los dos lapidarios grabadores mas famosos de Nápoles, donde el arte se hallaba en alto grado de perfeccion, como es sabido. El presidente les hizo aproximar y dijo:

— ¿Jurais á Dios y esa cruz que nos diréis la verdad segun vuestra conciencia os la dicte

— ¡Sí juramos! — respondieron.

— Decidnos, pues, — repuso el majistrado, presentándoles las dos esmeraldas, — ¿cual de esos anillos ha sido creado por el jenio artístico de *Benvenuto Cellini*?

El uno de los peritos examinó escrupulosamente los dos anillos, y respondió:

— Declaro en conciencia y bajo el juramento prestado, que esta es la obra incomparable, verdadera, de *Benvenuto Cellini*.

— ¿Y vos, señor? — dijo el majistrado interrogando al otro.

— Soy enteramente del mismo parecer, esa es la obra del gran maestro, y una de las mas bellas que salieron de sus manos.

— ¿Y esta otra sortija? — dijo el majistrado.

— Esa no es mas que una mala copia de la primera, comparada con el orijinal, — respondieron los peritos, mirándola con desprecio.

— Está bien, señores, — dijo el majistrado levantándose, y teniendo un anillo en cada mano, habló así:

Esta sortija que nos entregó ayer el señor duque de Palma, ministro de Policia, y que le habia remitido Stenio Salvatori, es la imitacion de la verdadera esmeralda grabada por *Benvenuto Cellini*...

La sortija de *Benvenuto Cellini*, perteneciente al conde Monteleone, obra maestra y joya hereditaria de su familia, es la que acaba de traernos en este momento el anciano mayor-domo de la casa!...

El efecto de esta declaracion fué inmenso. El Justicia Mayor calló, y reuniéndose á los otros jueces se pusieron á deliberar acerca de la sentencia que convenia pronunciar; pocos



minutos despues se levantó, volviendose hácia el público y con la mano puesta sobre el corazón, dijo :

— Despues de haber instruido, proseguido é investigade minuciosamente el proceso intentado contra el conde Monteleone para averiguar el doble delito de que se le acusaba; oido el fiscal, comparadas y cotejadas las pruebas aducidas, la prueba del delito se oculta completamente á la justicia. Y como parece resultar de todos los hechos de la causa que la semejanza de algun individuo con el señor conde de Monteleone, desconocido hasta el presente, ha podido engañar á los denunciadores, el tribunal declara al conde de Monteleone inocente del doble crimen que se le habia imputado, y manda que sea puesto en libertad inmediatamente.

En cuanto á los hermanos Salvatori (añadió con severidad), cuya aversion á la familia del conde es notoria, aprecia su conducta en el sentido mas favorable para ellos, atribuyéndola al error y no á la venganza; pero si ese anillo falso hubiese sido fabricado por órden vuestra, si fuese el cómplice de los cargos terribles que queriais hacer pesar sobre el conde, si la justicia llegase á adquirir la prueba de que habeis querido engañarla, tendriais que sufrir todo el rigor de los castigos, pues si hay leyes severas para los calumniadores, las hay mas severas aun para los asesinos, y seriais vosotros entónces los asesinos del conde!

Los Salvatori se quedaron confundidos, pero la rábia de Stenio no pudo contenerse, y exclamó :

— ¡Bella justicia!... ¡Servid, pues, á los soberanos para ser tratados de esta suerte por sus jueces!... —Y añadió con un acento de conviccion terrible, que llegó á oídos del conde: — ¡El conde de Monteleone estaba en Pompeya! ¡El conde de Monteleone me hirió con su puñal! ¡El conde de Monteleone es mi asesino!

Y enseguida se salió como habia llegado, apoyado en los brazos de sus dos hermanos.

El tribunal se retiraba en el momento en que Stenio Salvatori pronunciaba estas palabras insultantes, y el ruido que se movió en la sala no permitió que llegasen á los oídos de los majistrados.

En efecto, el tumulto habia llegado á su colmo en aquella sala tan silenciosa pocos minutos ántes. Conmovido el público por tantas pasiones diferentes, se indemnizaba del reposo y del silencio que se le habia impuesto desde el principio de los debates, con su movimiento, con sus gritos y con su desórden.

La bella estátua de la tribuna, aquella mujer tan inmóvil y como inanimada, parecia haber sentido de rechazo la conmocion jeneral causada por la absolucion del conde; pues poniéndose en pié al oír las últimas palabras del majistrado, apartó súbitamente su velo, elevó los ojos hácia el cielo llenos de gozo y reconocimiento, miró enseguida al conde con una espresion adorable, bajó de nuevo su velo y desapareció de la tribuna.

Pero no huyó tan pronto que el vecino del pálido jóven no tuviese el tiempo de reconocerla, y le dijo á este :

— ¡Ah, caballero, qué dichoso sois!... Aquella dama con la cual os entendiais tan bien hace poco, es la reina de la hermosura... ¡es la belleza misma!.. ¡es el mayor talento músico del mundo!... ¡Es la *Felina*, en fin!

— ¿De veras?... — respondió Tadeo Rovero, mas pálido que la muerte desde que la cantarina habia levantado su velo.

— Tan de veras que vos lo sabeis mejor que yo, — añadió el vecino riendo y alejándose despues de hacerle un ligero saludo con la cabeza.

Durante este tiempo, los amigos y partidarios del conde le habian rodeado, disputándose la proximidad á él y el honor de darle la mano. Los mas dichosos le abrazaban, y él, gozoso de inspirar tantos transportes, sonreía á los unos, hablaba á los otros, y empleaba sus ojos, manos y labios en espresar á todos su agradecimiento. Y no eran solos los partidarios y amigos del conde los que venian á felicitarle, pues los mas grandes señores de Nápoles se unian á ellos; era la causa de la nobleza, y esta aplaudia el triunfo de Monteleone como un triunfo personal.

Monteleone salió pues del *palacio Capuano* en medio de una gloriosa comitiva; pero apé-



nas habia pasado el umbral de las puertas, estallaron de todas partes mil gritos de entusiasmo.

Reunido el pueblo en la calle desde por la mañana cerca de la puerta Capuana, esperaba con impaciencia el resultado del proceso, pues Monteleone era amado de todos.

Los diversos incidentes de la audiencia eran contados de boca en boca á la multitud por los que habian conseguido penetrar en la sala; y cuando parecian favorecer al conde eran acogidos con tanto gozo, como furor y amenaza cuando comprometian la suerte del acusado. Así, pues, la sentencia fué recibida por el pueblo amontonado en la puerta Capuana como un beneficio incomparable.

Se dice que el pueblo es el mismo en todas partes; y en efecto, en todos los países es impresionable y fácil de conmover. Esa especie de electricidad que reina en las asambleas numerosas, y cuyo flúido moral se comunica con tanta prontitud, existe seguramente en todas las naciones; pero en los pueblos del Mediodia, bajo el horizonte ardiente que inflama sus cerebros, los italianos adquieren en sus asambleas públicas un grado tal de fanatismo y exaltacion, que los pueblos del Norte no pueden concebirla, y que la erupcion de su Vesubio es la sola comparacion que puede hacerse de la esplosion de las pasiones populares en esa nacion volcanizada.

El pueblo se abalanzó materialmente sobre el conde y su comitiva cuando salieron del palacio. Mil manos mas toscas y sin guantes se tendieron hácia la suya, pero aquellas manos enérgicas y fuertes parecian prometerle proteccion si la necesitaba en el porvenir, concurso si lo reclamaba.

Y luego entre la multitud, algunos hombres cubiertos con unos sombreros anchos de fieltro que conseguian acercarse al conde, le deslizaban al oido frases enigmáticas como estas:

- ¡*Dos manos amigas no son mas que una!* ¡Castel-á-Mare!
- ¡*Un puñal para diez corazones enemigos!* ¡Venta Caprea!
- ¡*Derecho, silencio ó muerte!* ¡Venta de la Anunziata!
- ¡*Los ojos velan, el brazo mata!* ¡Venta de Pompeya!

El conde respondia á todas estas palabras con esta:

¡ESPERANZA!

Y la acompañaba con un apretón de mano, ó una ojeada significativa.

— ¡Amigos!... — gritaba una voz fuerte en tono de reprimenda: — ¡dejadle respirar, en nombre del cielo, dejadle tomar el aire! Ya sabemos que le amais; es el amigo del pueblo de Nápoles, todos lo sabemos tambien, pero no es una razon para sofocarle... ¡Lo que necesita en este momento son los cuidados de su viejo Giacomo! .. ¡dejadle!...

Y cojiéndole Giacomo por el brazo trataba de sacarle de aquella nube espesa que le rodeaba; pero el conde manifestaba poca condescendencia con los deseos de su fiel servidor, y sobre todo hacia muy pocos instantes que forcejaba para desprenderse de él, con el cuello inclinado hácia alguno que habia percibido entre el jentío. El objeto que queria alcanzar Monteleone, el iman que le atraía, era el corazon de un amigo que deseaba estrechar contra el suyo; y ese amigo era Tadeo Robero!

Tadeo, por su parte, pugnaba en vano por aproximarse al conde, pero una oleada del pueblo mismo secundó sus deseos, y pudieron abrazarse finalmente, olvidando en aquel momento de dulce alegría, el mundo, sus pensamientos secretos, lo pasado y lo presente; confundiendo entre lágrimas nobles el abrazo mas tierno de los abrazos, ¡el de la santa amistad!

Reunidos una vez los dos jóvenes amigos y secundados por Giacomo que forzaba al pueblo á que abriese paso con sus exhortaciones: ¡Mi amo se sofoca! ¡dejadle pasar, amigos!... ¡vais á matarle! consiguieron finalmente pasar de la puerta Capuana; y una vez separado de la multitud que le oprimia, el conde exclamó:

— ¡El aire... el sol... el dia... el movimiento!... ¡hé aquí la vida, pues todo esto hace vivir, y los calabozos, la oscuridad y el silencio matan!



Y se arrojó de nuevo á los brazos de Tadeo con una espresion inmensa de ternura y felicidad,

— ¡Adios, amigos míos! — gritó á la multitud. — El conde de Monteleone no olvidará jamas las pruebas que le habeis dado de vuestra simpatía; contad siempre con mi corazon, con mi brazo, con mi oro... como yo contaré eternamente con vosotros.

Enseguida, cojiendo á Tadeo por la mano, le arrastró hácia la calle inmediata, seguido de Giacomo sin aliento que les decia: ¡No tan aprisa, qué diablo, no tan aprisa, pues mis piernas no son ¡ya de veinte años... y he venido á pié desde la quinta á la *Vicaria* para traer la sortija al tribunal!

El conde se paró.

— ¡Mi sortija! — dijo fijando sus miradas penetrantes en Giacomo; y luego bajando la voz añadió: — ¿Estás seguro de que sea mi sortija?

— ¡Es ella, — respondió Giacomo, — lo juro por la sangre de Cristo y por vuestra cabeza!

— Amigos míos, — repuso el conde hablando mas bajo aun, — tenemos muchas cosas que decirnos, y secretos que confiarnos; pero para eso es preciso que estemos en lugar seguro, y que nuestras bocas se junten á nuestros oidos, de tal suerte que las palabras no hieran ni aun el aire del cuarto donde las pronunciemos!... Ahora, idos los dos á esperarme en la casa etrusca; dentro de dos horas estaré con vosotros.

— ¿Y porqué no seguirnos ahora? — dijo Tadeo.

— ¿Porqué?... ¡Ya lo sabrás dentro de dos horas!

Y sin añadir una palabra mas, sin escu char la respuesta de su amigo, Monteleone cojió la capa que su viejo mayordomo llevaba sobre el brazo, se la echó prontamente sobre los hombros y desapareció por la calle vecina, metiéndose por un laberinto de callejuelas que le habia hecho conocer el jénero de vida oculta que tenia en Nápoles despues de algun tiempo.

Una hora despues que el conde se separó tan bruscamente de Tadeo y su viejo mayordomo, se detuvo delante del pórtico de una de las iglesias mas antiguas de Nápoles. Aquel viejo monumento, construido en 1284, se llamaba *Santo Domingo el Mayor*, es de una vasta estension, de un estilo gótico, y posee un cuadro magnífico del *Ticiano*, los *Azotes en la columna*, de Caravagio, y en la sacristía una Gloria pintada por *Solimeno*.

Pero fácilmente se pensará que lo que atraía al conde hácia el templo que contenia estas obras, no era su contemplacion.

El sentimiento profundo que llenaba su corazon en ese momento le obligó á pararse bajo el antiguo pórtico durante algunos instantes, ántes de penetrar en el santuario. Nada hay mas tierno, mas poético, y mas santamente misterioso que esos antiguos templos cristianos, jigantes de piedras que han resistido á los estragos del tiempo y de los hombres... Las jeneraciones pasan, invocando al cielo bajo sus bóvedas, y las oraciones de muchos siglos han resonado en su recinto, abierto aun á las oraciones de los siglos venideros.

Los sonidos lúgubres del órgano llamaron la atencion de Monteleone, ó, mejor dicho, aumentaron su agitacion. Atravesó, pues, la iglesia, y siguiendo la nave llegó á una capilla lateral, donde ardia un cirio con luz vacilante; el conde entró en la capilla.

Los que le habian visto en el mundo elegante de Nápoles, ó los testigos de la lucha judicial que acababa de sostener con tanta serenidad, no hubieran podido reconocerle en este hombre humilde y temblando que caía de hinojos delante de un sepulcro que tenia encima una corona de conde y el blason de los Monteleone. ¡El conde se habia arrodillado delante de la tumba de su padre!... ¡Su padre era su religion y su fe!

Monteleone hubiera creído que se haria indigno de su proteccion, si no hubiese venido á visitarle en su tumba, si el primer acto de su libertad no era consagrado á sus veneradas cenizas. Prosternado delante del monumento rogaba y oraba con fervor; todos los acontecimientos de su vida se representaban á su espíritu, y en esa especie de alucinacion que causa una meditacion prolongada, entraba despierto en el dominio poderoso de los sueños.

Le parecia ver dos jenios que trataban de arrastrarle, el uno hácia el cielo, el otro á los abismos terrestres... ¡y esos jenios eran dos mujeres! Esas mujeres recordaban á su memoria unas facciones preciosas muy conocidas de él!...



¡Uno de los jenos tenia la dulce y pálida figura de Aminta!

¡El otro las facciones varoniles y majestuosas de la Felina!

El jenio que le mostraba el cielo era Aminta!...

Los sonidos del órgano y la dudosa claridad que habia en la capilla contribuían á aumentar el efecto religioso de la vision del conde, turbando y escítando su corazon tan vivamente impresionado ya. Unas voces dulces y melancólicas como las de los ánjeles que ruegan por los culpables, se unieron á los sonidos lastimeros del órgano, y Monteleone creyó reconocer el cántico de los difuntos en el que entonaban las voces lejanas. Su sangre se heló, pues en ese momento pedia á su padre que le revelase el porvenir... diciéndole á dónde le conduciría el camino peligroso que seguia, ¡y le pareció que le respondia el cántico de los muertos!

El conde, como mas de un hombre fuerte y enérgico, como César y como Bonaparte, era estremadamente supersticioso.

Le hemos visto en presencia de la muerte y aceptándola sin temblar, por mas epantosa que fuese; y este hombre que defendia su cuerpo contra las olas del mar, y su cabeza contra el Justicia-Mayor de Nápoles, este hombre era débil y palidecia escuchando el *de Profundis* en una iglesia oscura cerca de una tumba.

Pero, por una fatalidad estraña, ningun triste pronóstico debia faltar á Monteleone; pues en el momento en que se levantaba para dejar la capilla, el único cirio que ardia delante del sepulcro se apagó de repente; y el conde, impresionado por este simple acontecimiento, huyó de la iglesia asustado y no se repuso hasta que se halló bajo el pórtico del antiguo templo.

Pocos minutos le bastaron para triunfar de su vano terror; pero esta escena sombría influyó siempre en su imajinacion, como lo veremos en la continuacion de esta historia, y tuvo frecuentemente una parte importante en las determinaciones de su vida.

Dos horas despues de haber salido de *Santo Domingo el Mayor* llegaba el conde á su casa etrusca, montado en un caballo de uno de sus partidarios. Giacomo le esperaba á la puerta. Tomando una antorcha de resina condujo á su amo al salon maravilloso cuya descripcion hemos hecho al principio.

Todo se hallaba en él como la noche del baile de San Carlo; las bujías encendidas, los ricos tapices, las camas griegas y romanas, la cena servida con magnificencia. Solamente la mesa no presentaba mas que dos cubiertos; el del conde y el de su convidado Tadeo Rovero; y cerca del cubierto de Monteleone se habia colocado el anillo grabado por *Benvenuto Cellini*, vuelto á manos de su dueño de una manera tan prodijiosa.

— ¡Es ella!... ¡es ella! — dijo el conde examinando su esmeralda. — ¿Pero quién la ha traído?

— Un ujier del tribunal, — respondió Giacomo, — de parte del señor de San Angelo, el Justicia Mayor.

— ¡Vaya, esto es un milagro de Dios! — dijo Monteleone fijando de nuevo sus miradas en la sortija.

— ¡No... es un milagro del amor! — dijo Tadeo.

Y entregó al conde la carta de la Felina.





---

## EL DUQUE DE PALMA.

---

XX.



MIENTRAS que la causa de Monteleone agitaba de tal suerte la poblacion de Nápoles, mientras que Tadeo asistia á los debates conmovido por mil emociones diversas, hé aquí lo que pasaba en Sorrento en la quinta de la señora Rovero. Y perdónenos el lector que le trasportemos así de un pais á otro, solicitando alternativamente su interes por algunos de nuestros personajes, dejándoles y volviéndolos á tomar segun lo exige nuestra relacion.

El narrador se parece al tejedor que tiene en su mano los hilos numerosos de su trama, los divide, los aproxima, los aleja, hasta el momento en que, despues de haberles hecho recorrer los dibujos variados de su hurdimbre, los confunde todos en su trabajo y completa su tejido llevándolos juntos al mismo nudo.

Como el tejedor, estrecharemos cada vez mas los hilos de nuestra trama, juntándolos todos en la accion única, que es el objeto principal de esta historia.

Hemos dejado al marques de Maulear dirigiéndose á la quinta, segun el mandato de Aminta, para que viniesen á socorrer á Scorpione desmayado; pero cuando se acudió á la choza rústica, el mudo habia recobrado ya el sentido.

Estaba arrodillado delante de Aminta, que le hablaba con vivacidad; pero no pudo saberse lo que le decia, porque calló en el momento que se aproximaban, y los ojos de Tonio estaban purpúreos de haber llorado. El enfermo fué llevado á la quinta, y este incidente no tuvo ninguna consecueucia.

Maulear se preocupaba muy poco de las sospechas que habia concebido respecto de Scorpione, pues la pasion de Tonio por Aminta, su hermana de leche, suponiendo que hubiese pasion, no le parecia peligrosa para ella ni temible para él mismo. Sus temores versaban sobre un objeto mas serio é inquietante.

¿ Estaba libre el corazon de la que amaba?...

El episodio extraño del velo perdido no le habia sido explicado aun, pues cediendo al atractivo irresistible que le inspiraba su pasion, lo habia olvidado todo al ver á la jóven,



pero la repentina aparicion de Scorpione le privó de una respuesta de Aminta, y le sumerjió mas que nunca en su penosa perplejidad.

En el momento en que la señora Rovero dirijia sus pasos hácia la choza donde el marques habia dejado al mudo desmayado, Aminta entraba en la casa precediendo á los criados que traían á Tonio.

— No te confiaré ya nuestro pobre enfermo, — dijo la señora Rovero á su hija, — pues que nos le traen mas malo que cuando habia salido.

— Y hará usted bien, mamá, — respondió Aminta; — en adelante no me encargo ya de Tonio, pues sus nuevos padecimientos, que siento en el alma, parece que le han quitado el poco buen sentido que tenia aun.

Tonio, en cuya presencia hablaba su ama de esta suerte, bajó la cabeza avergonzado, y entró en su cuarto echando una mirada iracunda al marqués.

— ¿Conque ya es usted de los nuestros, — dijo la señora Rovero á Enrique, — gracias á la indiscreta peticion de mi hijo?... Pero ni mi hija ni yo tenemos valor para quejarnos de él, pensando en el placer que nos procura!... Ahora,—continuó,—permítame usted que le enseñe lo que tenemos de mas precioso en esta quinta, pues es un tesoro inestimable para nuestra familia.

Y conduciendo á Enrique á un gabinetillo inmediato á su cuarto de dormir, describió una cortina de terciopelo negro, y dejó ver á los ojos del marqués un magnífico retrato de hombre, de cuerpo entero.

— Este retrato es el de mi amado esposo, — dijo ella, — del padre de mi Aminta, de un administrador leal y respetado, de un honrado ministro!...

Malear se quedó sorprendido á la vista del cuadro, pues cuanto mas lo examinaba tanto mas creía haber visto en alguna parte el hombre que representaba; pero su memoria no dejaba en él mas que una incertidumbre y recuerdos vagos.

— ¡Es muy extraño! — dijo Enrique á la viuda del ministro;—me parece que no veo ese retrato por la primera vez... esa noble y bella figura no me es desconocida... ¿Pero cómo suponer que yo haya podido encontrarme en presencia del señor Rovero?

— Mi marido murió hace dos años, — repuso la viuda,— y no ha estado nunca en Francia.

— Y yo no hace mas que seis meses que estoy en Italia, luego no es posible que nos hayamos visto; pero sin embargo es una cosa que me sorprende.

Volvieron, pues, al salon, y Malear encontró á la hermosa Aminta dibujando, ó fingiendo que dibujaba, para ocultar la turbacion que le causaba la entrada de Malear.

— Disimule usted que le deje solo con mi hija durante algunos momentos, — dijo la señora Rovero á Enrique, -- pues tengo que dar algunas órdenes para nuestra fiesta de familia; porque dentro de dos dias es el santo de Aminta, y todos nuestros vecinos de las cercanías vendrán... Y hasta no ocultaré á usted que tendremos por la noche un pequeño baile.

— ¿Un baile? — dijo Malear.

— Un baile cuya orquesta se compondrá de Aminta y algunas de sus jóvenes amigas; al piano, por supuesto. Pero usted no está obligado á asistir, señor marqués; eso no entra en la mision de que le ha encargado mi hijo. Protejernos, en horabuena; pero bailar, seria demasiado exigir de su bondad.

— ¿Y dentro de dos dias es la fiesta de esta señorita? — repuso Malear.

— Su fiesta, ó mas bien la mia, pues es el dia de su cumpleaños, y ese dia es la fiesta de su madre y de todos los que la quieren.

— Pues tambien será la *nuestra*, — respondió Malear. — ¿Quién no se atreveria á decir *la mia*?... ¡compadezco á su hermano por no asistir ella!

— Tadeo nos ama bien... — dijo la jóven á media voz y bajando los ojos sobre el dibujo, — pero ama mas que á nosotras!

Y la celosa hermana dió un suspiro.

La señora Rovero se marchó, y aproximándose Enrique á Aminta le dijo con emocion :



— ¡Señorita, hace poco he abierto á usted mi corazón!... ¿me castigará usted con su silencio, y no se dignará dejarme ver lo que debo temer ó esperar?

— Caballero, — respondió Aminta, — puede ser que haga mal en responder á usted.... quizás debería rogarle que hiciese conocer ante todas cosas á mi madre los sentimientos que me ha delarado usted... pero quiero ser franca. Nuestras primeras relaciones, mi agradecimiento y mi aprecio sincero hácia usted me lo aconsejan así... Y luego, ya le han dicho á usted que mi educación no ha sido del todo semejante á la que se da ordinariamente á las personas de mi sexo; explicaré á usted mis ideas tales como son, como los principios que me han dado las han imbuido en mi alma, tales como la reflexión las ha desarrollado en ella.

Maulear la miró con una profunda sorpresa, pues donde pensaba encontrar timidez y embarazo, hallaba razonamiento y firmeza. Pero la voz que pronunciaba estas palabras serias tenía un atractivo tan poderoso, una melodía tan dulce, que su encanto volvió la esperanza al marqués.

— Muy al contrario de la mayor parte de las jóvenes de mi edad, — continuó Aminta, — me hallo muy dichosa en mi estado de soltera, pues siempre he mirado con espanto el matrimonio; pero desde que mi buena madre y mi querido hermano me hablan de eso sin cesar, me he preguntado á mí misma frecuentemente cuales serian las cualidades que desearia tuviese mi marido... y las he llegado á descubrir, — añadió sonriendo.

Esas cualidades serán acaso defectos, pues se trata de las cualidades mías... ¡pobres cualidades por cierto!... Pero le aseguro á usted que me hallo de tal manera habituada á ellas, que no admito la felicidad *sino es hallándome reproducida en otro*... ¡con mis imperfecciones, con mis ideas, con mis sentimientos!...

— Pero entónces, — exclamó el marqués, — nadie puede esperar el agradar á usted, porque ¿quién puede tener un alma como la suya?... ¿quién valer lo que usted?

— ¡Quizás es mas fácil de lo que usted presume! — repuso jovialmente Aminta. — No obstante, hasta aquí he tenido desgracia, pues los pretendientes que me han sido presentados son tan superiores á mí, que su mérito me ha asustado.... los talentos de los unos, el espíritu de los otros.... ¡todo eso me ha hecho miedo!.... Y luego, ¿quiere usted que le hable francamente, señor marqués?... yo soy un poco loca... un poco exaltada... Me parece que vivo tanto por la noche como por el día... me parece que hay en mí dos existencias, la una despierta, y la otra dormida... y en esta última, en la del sueño, pasan delante de mis ojos unas ficciones tales, que me asusto frecuentemente.

Veo algunas veces representarse el drama de mi vida... ¡estoy casada, y soy desgraciada!... pasan en presencia mía escenas estrañas... el hombre á quien he confiado mi suerte hace de mí la mujer mas triste y digna de compasion... me veo humillada, engañada alevosamente, ultrajada... y despertándome entónces con espanto, me asusta de tal suerte el matrimonio, que me parece rehusaria la mano de un ángel si viniese á ofrecérmela...

Las facciones de Aminta se habian entristecido repentinamente al acabar estas frases; sus ojos brillaban de una manera sombría, y se hubiera dicho que era *la bella Pitonisa de Delfos*, anunciando el porvenir á los pueblos aterrados.

Maulear calló por algunos instantes para dejar serenarse á la joven; y avergonzada Aminta de aquel movimiento de exaltacion, se apresuró á decir:

— Conozco que usted se reirá de mis pesadillas ridículas, señor marqués, ¿pero qué quiere usted?... ¡Una pobre joven educada en la soledad, un poco salvaje por hábito, medita-bunda por carácter y por gusto, es una criatura muy nueva para un parisiense elegante!... Quizás aun, (y perdone usted que le hable de esta suerte) esa misma estrañeza de carácter ha llenado más bien su imaginacion que su corazón... y luego... ¡la terrible circunstancia de nuestro encuentro... lo romancesco de nuestro conocimiento... todo eso puede engañar á usted sobre la naturaleza de unos sentimientos que no resistirán acaso ni á las distracciones del mundo... ni á la ausencia!

— ¡Ah!... — dijo Enrique con pesar, — si esos sentimientos fuesen correspondidos... si



el que los siente no le fuese á usted indiferente, tendria usted confianza en ellos, señorita, no dudaria usted de esa manera.

— ¡Pero si yo no deseo otra cosa que creerlos! — respondió ella con una gracia y sencillez encantadora. — Solamente que para todo se necesita tiempo... ¡y hace tan pocos días que nos conocemos!...

— ¿Se necesitan años para amarse?... — dijo Malear. — ¡Una mirada, una palabra es bastante algunas veces!

— ¡En Francia, puede ser!... — respondió Aminta; — en los brillantes salones de París, con vuestras seductoras compatriotas donde se dice que todo es tan vivo... tan espontáneo... Pero aquí, en una modesta quinta perdida entre los naranjos de Sorento... ¡no se da tan pronto el corazón de una pobre joven educada en el campo!...

— ¡Y no obstante... mi corazón se ha entregado tan pronto á usted, con solo verla!... — dijo Malear.

— Señor marqués, — repuso, Aminta, — yo no sé lo que nos reserva el porvenir... pero lo repito, ahora como siempre seré sincera con usted... ¡No me pida usted hoy más de lo que puedo darle!...

— ¿Y qué puede usted darme? — exclamó Enrique con pasión.

— ¡Esperanza... y nada más! — respondió Aminta ruborizándose.

— La señora Rovero entró en este momento.

La repulsa y los obstáculos debían sorprender á un hombre como Malear, acostumbrado á las conquistas fáciles y prontas; pero aquí se trataba de un amor serio, y á la vez de un lazo para toda la vida, y aun cuando sufría por la incertidumbre en que le dejaba la respuesta de Aminta, no podía ménos de admirar esa prudente reserva, esa modestia que ponía en cierto modo el alma de la joven bajo la égida prudente de su razón. Por otra parte, si, como ha dicho madama de Staël, el pensamiento de una mujer está siempre en la última palabra que nos dirige, la última palabra de Aminta llenaba de gozo á Malear, pues esa palabra era: *¡Esperanza!*

La señora Rovero y su hija redoblaron sus cuidados y atenciones hácia Enrique durante aquel día y el siguiente, por temor de que se fatidiese en su soledad, como decia la madre de Aminta. Pero esa soledad que temía por él la señora Rovero, tenía de instante en instante mucho más precio y atractivo para el enamorado marqués.

Una intimidad más dulce se establecía entre Aminta y Enrique, cada hora revelaba á este una nueva gracia en la que adoraba, y le parecia que se acercaba el momento en que ella sentiría deshacerse los hielos de su corazón con el calor del suyo, y que juzgaría hallar en él *ese fac simile* de sus sentimientos y de su alma, sin lo cual no pensaba encontrar la dicha.

Sin embargo, un incidente vino á perturbar la tranquilidad de que gozaba Malear, y le volvió una parte de sus sospechas celosas.

Al anoecer del segundo día que pasaba en Sorento, se hallaba en el salón asomado á una ventana y mirando con admiración el ocaso del sol entre un cielo purpúreo; magnífico espectáculo que se goza en Italia.

Aminta, que no sabía que Enrique estaba en el salón, entró sin verle con una carta en la mano.

— ¡Es de él!... — decia ella abriendo la carta con emoción. — ¿Que voy á saber?... ¡querido Gaetano!... ¡no me ha olvidado!...

Malear hizo un movimiento brusco para volverse al oír el nombre de *Gaetano*, y como impulsado por un sacudimiento eléctrico, se halló de repente delante de Aminta. Esta pareció sorprendida y hasta un poco desconcertada de verle, y guardó la carta en su seno con vivacidad.

La palabra espiró en los labios del marqués... pero se contuvo y no hizo pregunta ninguna; solamente recobró sus primeras desconfianzas, y se propuso observar.

La noche se resintió de las incertidumbres de Malear; estuvo ménos amable y ménos alegre que el día precedente, y luego notaba en Aminta una preocupación seria.



— Ella no ha podido leer la carta que ha recibido,— se decía él,— y de ahí viene su inquietud y distracción.

Aminta salió del salón durante algunos minutos, dejando sola á su madre con Malear.

— ¡Ahora se va á leer su misterioso billete!...— se decía él, lleno de rabia, mientras que la señora Rovero, por una fatalidad del acaso, que se creería muchas veces preparada de antemano, le hacia el mas pomposo elogio del jóven *Gaetano Brignoli*; ¡ un mozo precioso y lleno de esperanzas!

Aminta volvió al salón; pero su semblante no era ya el mismo; una dulce alegría le animaba, y tanto como habia estado grave y pensativa ántes de su salida, tanto mas estuvo amable, graciosa y alegre á su vuelta. Pero la alegría de la jóven, léjos de comunicarse á Malear, le ponía cada vez mas pensativo y sombrío; y, pretestando un fuerte dolor de cabeza, se retiró á su aposento.

Allí le asaltaron nuevos pensamientos, pues tenia delante de los ojos la ventana del terrado donde se le habia aparecido la sombra desconocida.

Sacó el velo de encaje y se puso á examinarlo con cuidado como si lo mirase por la primera vez, y era porque los hombres somos bárbaros frecuentemente con nosotros mismos: hallaba así un secreto placer en remover el hierro en la llaga, haciendo sus temores mas crueles y mas vivos. Pero es preciso confesar que cuando su conversacion con Aminta se representaba á su espíritu, cuando analizaba todas las frases, hallaba una franqueza, una elevacion y una sinceridad que le hacia sonrojarse de sus sospechas; y finalmente se decía: La carta que ha recibido de Gaetano no será quizás mas que una niñería de esos dos jóvenes, algun secretillo de hermano y hermana, como existen muchos, y al cual soy un loco en dar importancia alguna.

Y el sueño se apoderó de él en medio de todas esas agitaciones, en medio de esa fluctuacion entre el temor y la esperanza, entre el bien y el mal que se disputaban su corazón.

El dia siguiente era la fiesta de Aminta, y todo tomó un aspecto de alegría en la quinta de la señora Rovero.

Todos los dependientes de la casa hicieron ramilletes para su jóven ama, y las muchachas del pueblo vinieron muy presto á la quinta y ofrecieron una magnífica *corona de rosas blancas á la Rosa blanca de Sorento*.

El marques de Malear unió sus felicitaciones á todas las que fueron dirigidas á Aminta; pero reinaba un aire de embarazo en sus palabras, pues aun no se habia borrado completamente el recuerdo de la carta.

De repente se vió aparecer en medio del salón al desgraciado Tonio; se acercó tímidamente á Aminta que corrió á su encuentro cuando le vió parecer, diciéndole:

— ¡Tonio, mi pobre Tonio... mi compañero fiel, mi salvador jeneroso! ¡tú no has olvidado que es mi fiesta, y no vienes á decirme que me amas! ¿es cierto? ¡No, porque me lo has probado, y tú sabes si mi corazón está reconocido!

Y las lágrimas de la jóven cayeron sobre la frente del mudo inclinado delante de ella.

Tonio levantó la cabeza, y sus ojos espresaban esa ternura lánguida de que hemos hablado ya, conociéndose en sus miradas el efecto de esa fascinacion que Aminta ejercia sobre él. Cojió su mano y se la besó de una manera tan apasionada, que Aminta la retiró precipitadamente; pero ocultó el movimiento de espanto que sintió, sonriéndole dulcemente y diciendo:

— Pues que ya te hallas completamente restablecido, mi madre y yo queremos que en adelante no hagas ningun servicio en la casa; serás nuestro cazador, pues sabemos que es el único ejercicio que te agrada, y no serás ya tratado como un sirviente.

Un sentimiento de orgullo se pintó en el rostro de Tonio; cojió de nuevo la mano de Aminta y la fijó sobre su corazón para espresarle su agradecimiento; luego paseó sus miradas orgullosas sobre los paisanos y dependientes de la casa, y desapareció entre la multitud.

Las visitas llegaban á la quinta á medida que avanzaba el dia, y el conde de Brignoli y su hijo no fueron los últimos que se presentaron.



Malear no pudo contener un movimiento de disgusto á la vista de Gaetano; pero este, considerándole ya como un amigo de la familia Rovero, le hizo por el contrario el saludo mas afectuoso y cordial.

El marques de Malear ocupaba en la mesa el puesto de honor junto á la señora Rovero, y aunque hubiera preferido el que se le daba los otros dias cerca de Aminta, se consolaba un poco viendo que Gaetano estaba sentado muy léjos de la jóven, y que no podia entablar con ella una de esas conversaciones que desesperan á los celosos.

Durante la comida, sus ojos vijillantes creyeron descubrir muchas veces ciertas señales de intelijencia entre los dos jóvenes que no habian podido hablarse á solas; pero lo que no fué al principio mas que una sospecha, se hizo una certeza viendo que al levantarse de la mesa hizo Gaetano una indicacion con la cabeza á la señorita Rovero señalando el jardin, y que ella le respondiò con un jesto semejante.

Malear adquiria una certeza: ¡ Aminta y Gaetano se entendian!... y él habia sorprendido su cita.

Enrique no les perdió de vista desde aquel instante, y sintió en su corazon todos los tormentos que los celos pueden hacer sufrir á un amante. El golpe que recibió al descubrir la intelijencia de los dos jóvenes fué tan fuerte, que le quitó la razon. Lo que sintió al ver la perfidia de Aminta no fué la indignacion, fué un dolor terrible en el corazon, tanto físico como moral... y el razonamiento no podia venir hasta serenarse.

El baile empezó á cosa de las nueve; dos jóvenes amigas de Aminta se pusieron al piano, á ruego suyo, y aprovechando entónces ella la ocasion, se salió precipitadamente de la sala, bajo pretesto de dar algunas órdenes. Gaetano la habia precedido, y el marques de Malear la siguió en la oscuridad.

Dejó de oir su marcha lijera por un instante en la larga galeria que conducia desde el salon hasta la puerta del vestibulo; pero habiendo oido cerrar la puerta, le indicó el camino que habia tomado la que él seguía. Pero temiendo que al abrir tambien él la puerta se sospechase su presencia, dió un rodeo, saliendo por la calle de árboles sombría que rodeaba la casa, y se halló muy presto en la direccion que habia debido tomar Aminta.

Deslizándose entónces entre una espesura de árboles cerca de la quinta, con el oido alerta y el cuello tendido hácia los objetos que no distinguia bien en la oscuridad, marchaba con la lijereza de un gamo, pasando entre las ramas sin ajitarlas mas que el viento de la noche... ¡ Malear llevaba el diablo en el cuerpo, pues tenia la rábia en el corazon!

Muy presto resonó en sus oidos, á pocos pasos de la casa, una voz bien conocida de él... :

¡ Esa voz era la de Aminta!

Otra voz respondiò á la jóven...

¡ Esa voz era la de Gaetano!





## (CONTINUACION.)



UANTO te amo, Gaetano, por lo que me dices! — murmuraba Aminta.

— Y yo... — respondió Gaetano, — qué dichoso soy de tu felicidad!

— ¿Así todo está convenido? — dijo Aminta.

— ¡Todo!

— ¿Nos hemos entendido bien, y no me ocultas nada?

— ¡Nada!

— ¡Tu carta me ha puesto loca de gozo!

— ¡Querida Aminta!

— ¡Con tal que mi madre no sorprenda nuestro secreto!...

— No temas nada, confía en mí... el secreto será bien guardado... Y esta noche...

— Si... sí... — repitió Aminta, — esta noche sin falta.

— ¡Cuenta conmigo! — dijo Gaetano... y resonó un beso.

Ese beso vino derecho al corazón de Malear y le hizo sentir un dolor tal, que se escapó de su pecho un suspiro angustioso.

— ¡Alguien nos escuchaba!... — exclamó Gaetano; — ¡huye, Aminta... huye!

Aminta desapareció con la lijereza de una corza; pero ántes que Gaetano hubiese podido distinguir á Malear en medio de la oscuridad, conociendo este el ridículo papel que le habían hecho representar sus celos, se lanzó de un salto fuera de los árboles; y con el rostro demudado, los cabellos en desórden y la desesperacion en el alma, hizo un largo círculo y entró en la casa, corriendo á encerrarse en su aposento.

Su desesperacion es fácil de comprender, pues se veía burlado por una coqueta cuando pensaba adorar á la mas cándida niña.

— ¿Porqué no me ha confesado la verdad cuando ayer solicitaba yo una respuesta? — se preguntaba á sí mismo. — ¿Por qué haberme ocultado su amor por ese jóven?... Y aun cuando no hubiese querido confiarse á mí, pues que hace un misterio á su madre como una culpa... ¿por qué haberme alentado hablándome de esperanza? ¿Qué indigno pensamiento, qué cálculo odioso podia guiarla, y qué papel indigno me destinaba en ese drama de traicion?

Y la primera opinion de Malear, esa *funesta y despreciable opinion de las mujeres* que le habían dado de su sexo *las mujeres despreciables*, se presentaba en su espíritu con mayor fuerza, y no le dejaba ni aun suponer que podia haber sido victima de un error cualquiera,



que la escena que habia presenciado podia tener otros motivos que motivos culpables, y que podia ser cuestion de otros intereses que interes amoroso.

Una hora despues, Maulear volvió á entrar en el salon; su traje era elegante, inmejorable, y aunque su rostro estaba bastante pálido, anunciaba una completa calma. Jamas hubiera podido reconocerse en este elegante jóven, lleno de dignidad y sangre fria, el que una hora ántes presenciaba la escena que acabamos de describir, oculto entre las ramas... ¡Y era porque Maulear habia reflexionado, era porque pasado el primer momento de furor habia sentido casi el odio por aquella jóven que adoraba la vispera... que adoraba quizas aun, pero que no estimaba ya!

Y luego, habia imaginado su venganza, y para vengarse, necesitaba calma y sangre fria.. ¡y se sentia con valor para mostrar todo eso!

Cuando Enrique entró en el salon, Aminta estaba bailando, y la dulce figura de la jóven no mostraba la menor emocion.

Gracias al movimiento del sarao, no se habia notado la corta ausencia de los tres actores de la escena precedente; por otra parte, era un baile improvisado de muchachos y muchachas en el que no bailaban los hombres de la edad de Enrique, Gaetano con sus diez y ocho años era el corifeo mas respetable.

Maulear se acercó á Aminta entre dos valeses, y le dijo:

— ¡Hé aquí una linda fiesta, señorita!

— ¡Preciosa, señor marqués, — respondió Aminta, — y completa para mi, pues jamas he sido tan dichosa!

La respuesta de Aminta hubiera encantado á Maulear en toda otra ocasion y disposicion de espíritu; pero ahora no habia para él otra alusion que el amor de la jóven por Gaetano, y por eso redobló su enojo é indignacion.

Los vecinos mas próximos de la señora Rovero se retiraron á medianoche; los mas lejanos se quedaron en la quinta, pero muy presto se quedó todo en calma. Todos reposaban en la quinta de Sorento, ¡solo un hombre velaba!... pues los sentimientos mas irritantes despedazaban su seno... ¡la ira!... ¡la desesperacion!... ¡los celos!...

¡Velaba, porque lloraba con amargura su amor, de pocos dias á la verdad, pero que no por eso habia dejado de echar profundas raices en su corazon!... ¡Velaba, porque su orgullo se revelaba al considerar la afrenta que se le hacia!... ¡Velaba, porque habia jurado vengarse!

Creyendo haber entendido el sentido misterioso de las palabras de Gaetano en la escena que habia sorprendido, no dudaba que significaban una cita entre el jóven y Aminta; y esa cita no era la primera entre los amantes, pues Maulear conocia en fin el secreto del velo de Inglaterra hallado por él sobre el terrado la primera noche que pasó en Sorento...

¡Aquel velo era de Aminta!... ¡la sombra errante era Aminta misma! ¡el cómplice de Aminta era Gaetano!... ¿Cómo dudarle ya? Perturbados la otra vez en su entrevista, por la presencia de Maulear, esperaban sin duda ser mas dichosos esta noche... y la idea de esta traicion calculada, concertada casi en su presencia, cuando lleno de amor y confianza le habia ofrecido la vispera su corazon y mano, esa idea, decimos, escitaba en el marqués una exaltacion tal que no podia contenerse.

— ¡No... — esclamaba, — no será así!... ¡me hallarán entre ellos y su dicha!... ¡quiero que sepan al ménos que no soy su juguete!... Quiero cubrir de púrpura vergonzosa la frente de esa jóven pérfida... ¡y la dejaré vengado, cuando sepa que llevo su secreto conmigo!... ¿Pero cómo sorprenderlos? ¿Se atreverá de nuevo á atravesar el terrado?... quizas no tienen otro medio de juntarse... y en tal caso arrostrarán por todo... tratemos de no despertar sus sospechas.

El marqués tomó la bujía que alumbraba su cuarto, y la puso en una pieza que daba sobre el pasadizo interior de la casa; y abriendo luego con precaucion el balcon que daba al terrado, se colocó detras de un seto de arbustos y flores que habia enfrente de su aposento.

Las tres dieron en el reloj de Sorento...



La noche estaba clara y hermosa, el cielo parecía sembrado de diamantes, el aire tibio y dulce anunciaba una primavera anticipada; era una noche de amor y de amantes, ¡pero para Malear era una noche de suplicio y de tormento!

Todo estaba tranquilo en derredor suyo, y tan profundamente silencioso, que el menor ruido debía herir sus oídos; así pues, el movimiento de una puerta que se abrió llamó muy pronto su atención. Con los ojos fijos en el punto del terrado donde se había oído el ruido, retenía su aliento y parecía concentrar toda su alma, toda su vida, en lo que iba á ver y oír.

Al principio se distinguió al extremo del terrado un bulto vaporoso y de un aspecto indefinible... pues el ser que se adelantaba parecía no pertenecer á la tierra. Aquel ser misterioso se dirigía hácia el paraje donde se había escondido Malear... aproximándose lenta y fantásticamente, sin que ningun movimiento ni tropiezo pudiesen descubrir la acción de su marcha. Cubríanle unos vestidos blancos como una nube de vapores, semejante á esas figuras de Osiam que forman las nubes de la noche... y se hubiera dicho que venía rasando la tierra para desvanecerse á los primeros rayos del sol ó de la luna.

La fantasma desapareció durante algunos instantes en medio de la zona oscura que proyectaban sobre el terrado las altas copas de los árboles del parque, y cuando salió de la sombra á la parte luminosa del terrado, estaba tan cerca de Malear, que pudo examinarla y reconocerla.

¡La graciosa y vaporosa fantasma era Aminta!

Malear lo presumía, pero no por eso dejó de sentir un horrible dolor al reconocerla; le parecía que la última tabla de salvación para su naufragio se rompía bajo sus pies... y que caía en el abismo de la desesperación.

Pero la ira sofocó muy presto este último grito de un amor malogrado, y Malear iba ya á lanzarse tras de Aminta, cuando con gran sorpresa vió que se paraba delante del balcón de su cuarto. Enseguida empujó las contraventanas entreabiertas y entró en el cuarto, iluminado en parte por la débil claridad de la luna...

— ¿Qué hace? — se dijo Malear estupefacto; — ¿qué viene á buscar en ese cuarto? ¡Ah, mi presentimiento no me había engañado! — añadió inspirado por una idea repentina. — La primera vez que se me apareció sobre el terrado venía á este mismo cuarto que fué largo tiempo el de su amante Gaetano... donde esperaba hallarle, ó donde cree hallarle aun.

Y atravesando vivamente el terrado se deslizó hasta el balcón lleno de rabia y con el corazón ardiendo... pues acababa de presentarse á su imaginación un proyecto culpable, proyecto que hubiera rechazado mil veces estando sereno, pero que se ofrecía á él escoltado de sus indignas seducciones.

Sin vacilar mas entró en su cuarto, cerró la puerta vidriera que daba al terrado, y buscó á Aminta en la oscuridad. Pero Aminta, de pies cerca de una ventana que no iluminaba la luna, y que caía al patio de la quinta, parecía escuchar un ruido lejano que su oído solo podía percibir, y su atención era tal, que no hizo ningun movimiento á la entrada de Malear.

Sorprendido de aquella inmovilidad de estatua, Enrique se acercó á la jóven.

— ¡Silencio, María! — le dijo ella sin volverse; — le he prometido escucharle partir... y me ha cumplido su palabra, pues distingo aun á lo léjos el galope de su caballo. Trae la luz, y colócala cerca de la ventana... El conoce mi cuarto, pues hemos jugado en él muchas veces cuando eramos pequeñitos; desde el camino distinguirá la claridad de mi bujía, y agradecerá ese recuerdo... Verá que si él vela por mí, yo ruego aquí por él, y por que me traiga mañana buenas nuevas... ¡Mi buen Gaetano!

— ¡Gaetano! — exclamó Enrique, á pesar suyo.

— ¡Si, si, Gaetano! — continuó la jóven; — él es quien se ha encargado de velar sobre mi hermano durante ese maldito proceso... ¡pues ya lo sé todo!... ¡Pero por Dios, María, no digas nada!... ¡Tadeo estaba preso!... ¡mi pobre Tadeo!... y Gaetano me lo ha confiado todo... Ayer me tranquilizó ya su carta, pues Tadeo no resultaba comprometido...



Gaetano me lo ha jurado, pero esta noche en el parque me lo ha confirmado todo y me ha prometido que partiría á Nápoles para presenciar los debates de la vista de la causa... de... me...

Aminta se calló de repente, y dejándose caer en un sillón que habia junto á la ventana, pareció dormirse profundamente, pues el ruido de su respiracion oprimida era lo único que se oía en el silencio de la noche.

Malear, en pié, inmóvil y con la frente helada, ni veía ni oía; mil ideas confusas se amontonaban en su imaginacion. Una revelacion imprevista, llena de sorpresa y de felicidad, le arrancaba todos sus tormentos, disipaba todos sus temores, le descubria el incomprendible misterio que atormentaba su corazon... ¡Aminta dormia!

Un sueño de sonambulismo reinaba en su organizacion impresionable... ¡y Aminta se lo habia hecho saber todo durante ese sueño!

¡Aminta era inocente!... ¡Aminta estaba pura!...

Sin embargo, dudando aun como duda el paciente que va á marchar al suplicio y á quien se le anuncia su gracia, queriendo convencerse de la evidencia misma de lo que pasaba, entró en la pieza inmediata y trajo la bujía que habia escondido él mismo. Dirigiendo los rayos de la luz de manera que no pudiesen entrar en los párpados bajos de Aminta, la colocó léjos de ella, y vió entónces lo que los ojos de ningun hombre habian visto hasta este momento.

Vió aquella hermosa criatura en el negligé de la noche, rodeada apénas de los pliegues vaporosos de la fina batista, á los que daba un desórden seductor la agitacion del sueño... Vió sus magníficos cabellos de ébano, flotando sobre sus hombros de alabastro... Vió un piececito de niña saliendo de la babucha delicada que le aprisionaba, sobre cuyo blanco marfil venian á jugar los rayos de la luz...!!!

Poseido á la vez de la mas viva admiracion, y del arrepentimiento mas profundo por sus sospechas odiosas, Malear cayó de hinojos á los piés de la jóven.

Pero sea que este movimiento la hubiese sacado de su sueño, sea que ese sueño hubiese llegado á su término, Aminta se despertó.

— ¿Dónde estoy? — dijo paseando las miradas en derredor suyo; y percibiendo á sus piés á Malear exclamó con espanto: — ¡Un hombre aqui!... ¡cerca de mí!... ¡en mi cuarto!...

Aminta hizo un esfuerzo para levantarse, pero como se hallaba aun bajo la influencia de un medio sueño, volvió á caer en su sillón.

— ¡Silencio!... ¡silencio, señorita! — le dijo Malear con voz sofocada.

— ¡Es usted, señor... usted! — repuso Aminta reconociéndole, y reulando llena terror. — ¡Usted cerca de mí... á mis piés... de noche!... pues es de noche, y esa bujía que arde aqui... ¿Pero dónde estoy? — repetía ella, — ¿y este cuarto? ¿no es el mio?... sí... hé ahí mi cama... mis muebles y la ventana donde habia prometido á Gaetano que colocaria la luz...

Luego, pasándose las manos por la frente, y frotándose los ojos como para afirmar sus ideas, dijo:

— ¡Pero no... no es mi cuarto!... ¡no es el cuarto que ocupo junto á mi madre!... ¡Ay, Dios mio, ya me acuerdo!... ¡es el que ocupaba ántes!... ¡el que han dado al señor marqués... á usted!... — añadió ella, mirando ruborizada á Malear.

Enseguida se levantó.

— ¿Y este vestido? — continuó, juntando las manos. — ¡Por amor de Dios, señor!... ¡por honor vuestro... hable usted y dígame como me hallo aqui!...

— Sin quererlo y sin saberlo, señorita, — respondió Enrique, — ¡durmiendol... ¡Tranquilícese usted!... ¡serénese usted!...

— ¿Durmiendo? — replicó la jóven. — ¡Ah... ya comprendo... ese sueño animado á que soy propensa algunas veces!... ¡Madre mia!... ¡madre mia!... porqué no me habeis despertado esta noche!

Y ocultando su rostro entre las manos se puso á llorar amargamente.

— ¿Qué teme usted, señorita? — le dijo Malear; — ¿no está usted bajo la proteccion de mi fe, de mi lealtad y de mi amor?



— ¡Estoy perdida, señor, perdida si me sorprendiesen aquí! ¡Sálveme usted, por piedad!.. ¡déjeme usted huir! — exclamó Aminta, dirigiéndose hacia la puerta.

Pero en este momento se oyó un grito horrible en el exterior...

Este grito, verdadero rujido de león, aullido de lobo y grito de chacal á un mismo tiempo, resonó en la casa y fué repetido por todos los ecos de las cuevas de Sorento.

El grito partía del terrado; Aminta y Malear volvieron los ojos hacia aquel lado, y se presentó á su vista un espectáculo horrible.

La figura de Scorpione, pálida y desencajada por el furor mas que por la enfermedad, estaba pegada á los cristales del balcon. Se agitaba contra ellos bajándose y levantándose, buscando un medio de abrir y entrar en el cuarto. Sus ojos lanzaban chispas de fuego sobre Malear y Aminta, y sus dedos engarabitados se paseaban en vano sobre los cristales, débil obstáculo que le separaba aun de los que habia sorprendido.

Cediendo Aminta al espanto que le causó la vista del mónstruo, se arrojó en los brazos de Malear como para buscar en ellos proteccion y socorro..

— ¡Ah! — dijo Enrique, — usted ha hecho bien... ¿qué peligro puede usted temer jamas estando en mi corazon?

Y conduciéndola hacia la puerta del corredor, dijo :

— ¡Venga usted... venga usted... por este lado podremos huir de ese miserable y volver á su cuarto de usted!

Pero viendo Scorpione el movimiento de Malear, dió un segundo grito mas terrible aun que el primero, y rompiendo con las manos los cristales trataba de abrir la falleba del balcon con los dedos ensangrentados por las cortaduras que le hicieron los vidrios rotos.

Durante este tiempo Malear y Aminta habian llegado á la puerta del fondo del corredor y ya iban á escapar... pero por todos lados acudian las jentes hospedadas en la quinta, y la señora Rovero no fué la última que apareció.

— ¡Hija mía!... — exclamó ella corriendo hacia Aminta.

Y la pobre madre desolada, sin acusar á una hija que su corazon juzgaba inocente, sin furor en la mirada, sin reconvencion en los lábios, no se ocupaba mas que en ajustar en derredor de su cuerpo la lijera ropa que la cubria, y esperaba tranquila y confiada las esplicaciones de Malear.

Era un cuadro estraño el que presentaban todas aquellas figuras arrancadas al sueño, medio desnudas y agrupadas en aquel cuarto casi á oscuras... La señora Rovero teniendo á su hija entre los brazos; Malear con la mano levantada hacia el cielo, como tomándole por testigo de la inocencia de Aminta; y en la parte mas sombría del cuadro, Scorpione con las manos ensangrentadas, los cabellos erizados, los ojos en fuego y contenido por las jentes de la casa, que impedían á la fiera precipitarse sobre el marqués.

— Señora, — exclamó Malear, dirigiéndose á la señora Rovero, — ¡Le juro á usted por Dios, por mi honor, por mi vida... que esa señorita se halla aquí á pesar mio, á pesar suyo... y que la fatalidad sola le ha conducido á este sitio!...

Malear iba á continuar pero recobrando Aminta toda su enerjía, le dijo con voz llena de emocion, pero en la que se reconocia toda la dignidad de un alma casta y pura :

— ¡No tiene usted que defenderme, señor marques... no necesita usted rechazar sospechas que no pueden alcanzarme! ¡Una jóven de mi carácter y mi nombre, la hija de los Rovero, no tiene necesidad de justificarse de una falta que moriria mil veces ántes que cometerla!...

Pero estas palabras fueron las únicas que pudo pronunciar; la naturaleza estaba agotada, las fuerzas reales del alma habian usado las fuerzas facticias del cuerpo, y su naturaleza nerviosa, escitada por la situacion, habia gastado mas de lo que poseía...

¡Aminta se desmayó!...

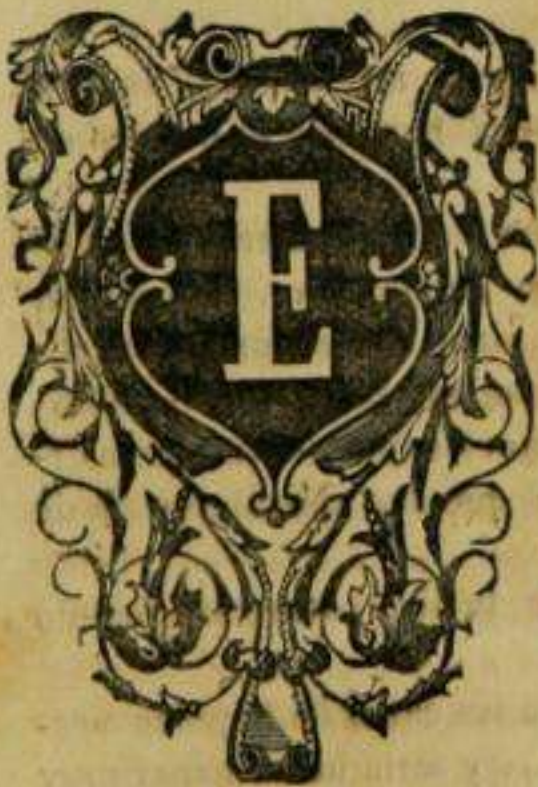
Y apoyada su cabeza sobre el hombro de su madre la trasportaron á su cuarto.

Todos los testigos de esta escena se retiraron en silencio; pero en los semblantes de algunos, y principalmente en los de los hombres que habian sido desechados por la jóven, se podia percibir una sonrisa de incredulidad acerca de una virtud tan pura; hallada á media noche en el cuarto de Malear casi desnuda!



## ACLARACION DEL ENIGMA.

XXII.



ENTRETANTO que pasaban en Sorrento los acontecimientos que acabamos de contar, hagamos una marcha retrospectiva y volvamos á la casa Etrusca, donde hemos dejado á Monteleone y Tadeo en el momento en que este último entregaba al conde la carta de la Felina.

El conde abrió esa larga carta, y hé aquí lo que leyó en ella :

« Tadeo,

« Me habeis dicho aquí mismo, en esta prision del palacio  
» de los duques de Palma, donde vine á encontraros ya una  
» vez:

« ¡ El amor que especula no es amor!... El mio os obedecerá  
» por la dicha de obedeceros... pero tratad de que lo que exi-

» jais de mí sea grande y difícil, para que podais juzgarme por las obras! »

— ¿ Luego tú la amas?—dijo Monteleone sorprendido, y dejando de leer.

— ¡ Lee, pues!—replicó Tadeo.

El conde prosiguió la lectura :

« Tenéis un corazon noble, Tadeo, respondí yo, y confío en él, ¡ Dios quiera que vuestras  
» fuerzas no sean menores que vuestro valor... dentro de cuatro dias sabréis en este mismo  
» sitio lo que espero de vos!

« Lo que espero de vos voy á escribíroslo, pues me falta valor para decíroslo, y destruir  
» por mí misma unas esperanzas que no puedo realizar jamas, . . .

« Los sentimientos que me habeis declarado, Tadeo, exigen una confianza entera de mi  
» parte, pues seria un crimen engañar á un corazon como el vuestro, y le dir la verdad  
» por mas dolorosa que sea para él!

« Muy presto hará un año que vine á Nápoles, donde me trajo un ventajoso contrato con  
» el teatro de San Carlo. Mi suceso fué tan grande en esta ciudad, como lo habia sido ya en  
» todas las capitales de Italia.

« Despues de los aplausos de la multitud y las ovaciones del público, las mas verdaderas  
» y las mejores de todas, se aparecieron los admiradores privilegiados, los que por su rango



» por su nacimiento ó por su fortuna tienen el derecho sagrado de venir á incensear el ídolo  
» á los piés mismos de su altar... cumplimentando á la actriz sobre la escena, y persi-  
» guiéndola con sus sandeces y entusiasmo hasta en su palco.

» ¡No me faltaron, pues, turiferarios!

» Los principales señores de Nápoles me agoviaron con sus adulaciones; luego, despues  
» de sus cumplimientos, llegaron las declaraciones; y aquí como en Roma, como en Vene-  
» cia, como en todas partes, me vi perseguida por las galanterias insípidas de ese cortejo  
» banal de suspirantes, cortejo obligado de las artistas que tienen algun mérito ó alguna  
» belleza.

» Mi corazón permaneció helado para todas esas declaraciones, y esa insensibilidad no  
» me costó nada, ¡pues ni amaba ni quería amar!... Pero un acontecimiento imprevisto  
» cambió mi resolución.

» Era una noche del otoño pasado; el día había sido abrasador, y fatigada por el calor in-  
» soportable que hacía en el teatro de San Carlo durante la representación en que acababa  
» de cantar, mandé á mi cochero que se volviese á casa, proponiéndome volver á pié para  
» tomar un poco el aire fresco, acompañada de la doncella de confianza que venía conmigo  
» todas las noches á San Carlo.

» Conseguí sustraerme á mis numerosos adoradores, y salí del teatro por una puerta  
» trasera que ignoraban.

» El aire era tan puro, la noche tan hermosa, el cielo tan despejado, que me dirigí á  
» Chiaia y me paseé largo rato; la noche estaba muy avanzada cuando me dirigí á mi  
» casa.

» Al atravesar una calle solitaria, que había tomado por abreviar mi camino, fuimos  
» atacadas repentinamente por tres hombres que se hallaban escondidos bajo el pórtico de  
» un palacio inmediato.

» Nuestros gritos iban á ser sofocados por los pañuelos con que habían cubierto ya nues-  
» tros rostros, estábamos perdidas... y acaso hubiéramos sido asesinadas... cuando un  
» hombre, salido no sabemos de donde, se lanzó con espada en mano sobre nuestros agre-  
» sores, desarmó á dos que tomaron la fuga, mató al otro de una estocada, volvió á noso-  
» tras con la rapidez del relámpago, desató prontamente los pañuelos que servían de mor-  
» dazas á nuestros labios, y luego me ofreció su brazo sobre el que me apoyé muerta de  
» susto.

» Un coche de alquiler pasó en aquel momento; el desconocido le hizo parar, nos mandó  
» subir en él y me dijo :

— » Señora, una mujer de vuestro porte, que se encuentra en las calles de Nápoles á es-  
» tas horas, tiene sin duda razones muy secretas para obrar así... y sería hacer pagar muy  
» caro el pequeño servicio que acabo de hacerlos si tratase de penetrarlas. Ya no teneis nada  
» que temer; este coche os conducirá donde gustéis, y yo me retiro para que podais dar  
» vuestras órdenes al cochero sin que sean oídas por mí.

— » ¡Pero decidme vuestro nombre, señor! — le dije con voz conmovida.

— » El conde de Monteleone, me respondió saludándome, y se retiró. »

— Es exacto; — dijo el conde interrumpiendo la lectura; — pero siempre había ignorado  
quién era la que arranqué de las manos de los ladrones.

Enseguida prosiguió leyendo :

» Desde aquel día, el conde fué á pesar mio el objeto constante de mi pensamiento y de  
» mi secreta preocupacion. Deseaba al ménos conocer las facciones de ese hombre, que se  
» me había aparecido en la oscuridad, y el servicio que me había hecho, el valor que había  
» mostrado, su noble discrecion y hasta el sonido mismo de su voz... todo hablaba en su  
» favor á mi cabeza y á mi corazón.

» Un día que atravesaba la calle de Toledo, algunos jóvenes designaban un caballero  
» montado en un soberbio caballo que iba haciendo corcovos.

» No hay mas que Monteleone capaz de montar y domar un animal semejante, decía  
» uno de ellos; es el mejor jinete de Nápoles...



» ¡Y el mejor mozo, y el mas brillante de nuestros jóvenes señores!... dijeron otros.

» ¡Lástima que abrace la causa del pueblo! dijo el último.

» El conde, que yo veía por primera vez, justificaba todos los sueños de mi juventud...

» ¡realizaba todas mis ilusiones!...

» Yo amaba al conde sin conocerle... pero desde el instante en que le vi... ¡mi vida... mi

» alma... todo fué suyo!

Un doloroso suspiro dado cerca de Monteleone le hizo levantar los ojos, y vió á Tadeo, que por su palidez indicaba un vivo padecimiento.

— ¡Amigo mio! — le dijo el conde cojiéndole la mano; — ¿qué te importa que me ame la Felina, si yo no la amo á ella?

— Pero ¡puedes amarla un dia!... — respondió Tadeo.

— ¡No! — dijo Monteleone.

— ¿Por qué?

— Porque no tengo mas que un corazon... ¡y pertenece ya á otra!

Una sonrisa dichosa apareció en los labios de Tadeo, y Monteleone prosiguió la lectura con la misma frialdad que si se hubiese tratado en la carta de otro que de él.

« Habeis querido saber cual de los cuatro era el que yo amaba, Tadeo; perdonadme...

» ¡ya lo sabeis ahora!

» Desde aquel dia concebí por el conde un amor ardiente; pero uno de esos amores en que solo el alma necesita ser dichosa. Todo lo que me decian acerca del carácter del conde, de sus errores, de sus locuras, de sus numerosas pasiones... léjos de alejarle de mi espíritu me le hacian mas caro, pues me parecia que una naturaleza tan elevada, tan generosa, tan llena de valor y de honor, no habia necesitado mas que un guía... ¡ó mas bien un ángel que le arrancase de la vida infernal que se habia creado!

El conde se detuvo, reflexionó durante algunos instantes que parecieron siglos á Tadeo, y continuó leyendo:

» ¡Ah! si yo hubiese encontrado á Monteleone en los dias de mi inocencia, en los dias en que yo tambien buscaba un apoyo para dar mis primeros pasos en la vida... ¡quizás mi mano entre la suya y mi corazon contra el suyo... me hubieran evitado todos los escollos que me presentaban el arte y el mundo! Pero yo no podia ser ya para el conde otra cosa que una mujer ordinaria, cuyos atractivos le hubieran fijado quizás por algun tiempo... pero que habria rechazado muy presto como sus otras conquistas, y entónces, no lo dudo... ¡le habria matado!

El conde no pestañeó siquiera y continuó:

» ¡Le amaba demasiado para ser su querida... y sin embargo su imájen me perseguía dia y noche!

» Finalmente, mi corazon con su amor inmenso y puro me inspiró la idea mas noble y tierna: ¡Seamos para él, me dije, una providencia oculta y protectora que le preserve de todos los peligros y le atraiga todas las felicidades!

» Pero ¡ay!... yo creía que no tenia que defender á Monteleone mas que contra las desgracias ordinarias de la vida, contra las rivalidades que atrae la envidia, y no contra los infortunios graves con que le amenazan sus opiniones.

» Supe muy presto los rumores que circulaban acerca del conde, los peligros que corria, y el papel importante que representaba en las sociedades secretas. Sabia todo esto por el rumor público, pero necesitaba mayores luces para dirigir mis pasos, y otras armas para defender al que amaba.

» Entre los mas fanáticos por mi talento, entre los mas enamorados de mi persona, se citaba al duque de Palma, ministro de Policía. Le acéjé pues con bondad; y sin conceder nada á sus solicitudes, le manifesté ligeras preferencias, de manera que su confianza en mí se hizo ilimitada.

» Los rigores que yo le mostraba le desesperaban; pero decia que hallaba un encanto tal en nuestras conversaciones, que las buscaba sin cesar; y el ministro se hizo no mi *chi-*



» *chisveo*, pues no lo queria á ningun precio, sino mi *cavaliere servante*, que es en Italia el  
» segundo grado de la jerarquía amorosa.

» Instruida por el ministro mismo de los lazos que se tendian al conde, conseguí prevenirle  
» muchas veces, y pudo escaparse de ellos. De la misma manera supe vuestra imprudente  
» locura del baile de San Carlo, y ya sabeis lo que hice para prevenir las consecuencias.

» Un tal Lippiani, agente diestro, colocado por mi proteccion en la policia de Nápoles, hizo  
» una visita al carcelero principal del *Castillo del Huevo*, donde habian encerrado al conde,  
» y logró introducir en el pan del preso el aviso misterioso que llegó á sus manos. La ima-  
» ginacion y talento del conde le han inspirado una astucia libertadora; pero para asegurar  
» el éxito de esa astucia, el conde ha tenido que huir de su prision por algunas horas, y  
» en medio de esas horas de agitacion, de enerjía y angustias, el conde ha perdido la famosa  
» sortija que llevaba consigo. Esa pérdida ha puesto en cuestion su libertad y su vida, y  
» por eso he concebido un plan muy atrevido y temerario.

» ¡Tadeo!... ese plan no puede tener buen éxito sin vuestra ayuda, sin vuestra decli-  
» sion... ¡y cuento con ella, pues me la habeis prometido!

» Sabia que os hallábais preso en este palacio, sabia que ibais á recobrar la libertad; de  
» consiguiente podiais secundarme, pero era preciso llegar hasta vos sin despertar sospe-  
» cha alguna. Conociendo todas las salidas y entradas de ese palacio, que me habia mostra-  
» do mas de una vez el duque de Palma, me he acordado de cierto pasadizo secreto, de  
» cierta puerta oculta en una columna detras de la cual viene algunas veces el duque á es-  
» cuchar los interrogatorios de los presos; y por ese pasaje me propuse llegar hasta vos.

» El conserje del palacio me abrió la puerta por la noche, creyendo sin duda que una ci-  
» ta tierna me llamaba cerca de Su Escelencia... ¿Pero qué me importaba á mí el honor y  
» la reputacion en presencia de los peligros del conde?

» Ahora, Tadeo, leed con atencion los renglones que siguen: ejecutad escrupulosamente  
» mis prescripciones... ¡ó vuestro amigo Monteleone es perdido!

» He podido apoderarme por algunos dias de la esmeralda perdida por el conde, y remi-  
» tida al duque de Palma por sus enemigos. A fuerza de oro he logrado que un hábil artis-  
» ta me haga una copia de la sortija; pero se reconocerá fácilmente, *y es lo que yo quiero!*

» He substituido esa copia á la orijinal, y yo misma la he puesto en el estuche del minis-  
» tro, cuya llave me habia confiado para tomar un camafeo antiguo, cuyo dibujo deseaba.

» La sortija falsa será entregada á los jueces del conde, en lugar de la verdadera; pero  
» la verdadera está en el estuchito que dejo al lado de vos... La noche siguiente á vues-  
» tra libertad, pasaréis á casa del conde, pues yo estoy tan espiada en este momento que no  
» me atrevo á ir. Entregad la sortija á su anciano administrador, pero prevenidle bien que  
» no la presente á los jueces *hasta el dia de la vista de su causa*. Sus enemigos serán confun-  
» didos con esa pretendida prueba de su impostura, y la salvacion del conde es segura.

» ¡Ya os lo he dicho todo, Tadeo!

» Perdonadme ahora el mal que os hago con mi confesion, perdonadme el haberos abierto  
» mi alma toda entera... perdonadme el haberos dejado leer todos mis sentimientos secretos!

» Vuestro amor, Tadeo, merece otra cosa mejor que yo; pero si ese amor os inspira un  
» poco de compasion hácia mi, arrancad al conde de manos de sus verdugos, y pensad que  
» salvando la vida de Monteleone salvais la vida de ¡la Felina!

— ¡Qué mujer!—dijo el conde dejando escapar de las manos la carta que acababa de  
leer. — ¡Qué pasion y que decision!...

— ¡Ah! ya ves que su pasion te agrada, qué su decision te admira... qué la amas, en  
fin! — exclamó Tadeo, mirando fijamente al conde para adivinar el efecto que habia pro-  
ducido en él la carta de la cantarina.

— ¡Tadeo! — le dijo el conde en tono penetrado. — Esa mujer ha defendido mi cabeza  
contra mis acusadores... ¡esa mujer ha salvado mi vida! Es un noble corazon que se sacri-  
fica así, sin esperanza de dicha ni correspondencia... déjame darle todo mi agradecimien-  
to... pobre dádiva... presente bien estéril por tantos sacrificios! Y en cuanto á los otros  
sentimientos de mi alma, ahora vas á sarberlos:



Y levantándose enseguida con ese tono lleno de dignidad, con ese aire de gran señor que le sentaba tan bien, añadió :

— Tadeo Rovero, el conde de Monteleone tiene el honor de pedirte la mano de la señorita Aminta Rovero, tu hermana.

En este momento resonó en la pieza inmediata una dolorosa exclamacion.

Monteleone cojió su puñal y se precipitó hácia la puerta cubierta con un tapiz que levantó, y se presentó á sus ojos un espectáculo extraño.

Una mujer pálida, medio desmayada y apoyándose en los brazos de un anciano, con los ojos fijos y llenos de lágrimas, parecia mirar sin ver, escuchar sin oir...

¡Esta mujer era *la Felina!*

El hombre que la sostenia, el viejo Giácomo.

— Perdonadme, monseñor,— dijo el anciano á Monteleone,—pero he creido que *ella* podia entrar... pues el señor Tadeo me ha dicho cuando me trajo vuestra sortija que solo á *ella* debíais vuestra salvacion.

¡Felina! — exclamó Tadeo; y en un arrebató que no pudo reprimir, corrió á echarse á los piés de la cantarina.

Pero esta siempre inmóvil, como si su alma le hubiese abandonado ya, fria y calma como una estatua cuyos labios solos estuviesen vivos, dijo :

— ¡Señor de Monteleone, esta misma noche parto de Nápoles... dejo esta ciudad para siempre!... pero ántes de alejarme he querido veros y daros un último consejo: La muerte os amenaza por todas partes; se espian vuestras menores acciones... creedme, huid de este país, pues ya no hallaréis en él los amigos decididos que han velado sobre vos...

— ¡Decid *la amiga*, señora, — repuso Monteleone, — la jenerosa providencia que me ha arrancado de las manos del verdugo!

— Veo que lo sabeis todo, señor conde, — respondió la cantarina mirando á Tadeo, — veo que os ha sido revelado mi secreto... Pero léjos de avergonzarme estoy orgullosa, pues que me ha valido el oiros espresar vuestros sentimientos hace poco... ¡Ay Dios! yo hubiera debido huir inmediatamente y no escuchar mas!...

Sus lágrimas corrian por las mejillas; pero sobreponiéndose á su emocion añadió :

— ¡Mi mision está acabada, señor conde, pues que al fin vivís, pues que vais á ser dichoso!... pero si la desgracia viniese alguna vez á turbar vuestra felicidad, no olvidéis que existe un corazón en el mundo para sufrir con vos y participar de vuestros padecimientos!... Tadeo, (añadió tendiendo la mano al jóven) el tiempo y la razon influirán sobre vuestra alma... ¡y esa alma llena de nobleza y elevacion, hallará muy presto otra alma digna de ella!... ¡Olvidadme, y no trateis de convencerme de unos sentimientos cuya fuerza conozco... y de los cuales os ayudaré á triunfar yo misma!... Mañana me amaréis ménos ya... os lo aseguro.

— ¡Mañana! — exclamó Tadeo sorprendido.

— Mañana, sí, — repitió la Felina; — y dentro de poco no seré ya para vos mas que el recuerdo de un sueño... ¡que una graciosa realidad disipará de vuestro espíritu!

La Felina se dirigió hácia la puerta, y viendo que Monteleone y Tadeo se disponian á seguirla, se paró y dijo :

— Señores, he venido aquí confiada en el honor de dos nobles caballeros, y espero de vuestro honor que no saldréis de este cuarto hasta que me haya alejado suficientemente. No temais nada (añadió dejando asomar en sus labios una sonrisa melancólica); me espera un coche, es verdad, pero no es para conducirme al *Castillo del Huevo*.

Enseguida, echando á Monteleone una triste mirada, tendió la mano al jóven Tadeo, que se la besó con ardor, y salió precedida del viejo Giacomo.

Los dos amigos guardaron silencio por algunos instantes, pero finalmente Tadeo se lanzó hácia la puerta exclamando :

— ¡Pero yo soy un loco dejándola partir así, y huyendo de mí acaso para siempre!

Atravesó rápidamente el patio y corrió hácia la reja de la casa, pero en el momento que llegaba á ella habia desaparecido el coche, y apenas se oía el auido lejano de las ruedas.



---

---

## ULTIMA REPRESENTACION.

XXIII.



os corazones de Monteleone y Tadeo se hallaban en disposiciones muy diferentes, despues de la marcha de la cantarina.

Monteleone, dichoso por el presete, y mas dichoso aun por el porvenir que le ofrecia la esperanza de su union con Aminta, lo olvidaba todo con esta dulce perspectiva; todo, hasta la terrible responsabilidad que hacia pesar sobre él su posicion oculta de jefe de las sociedades secretas, y los peligros incesantes que debian resultar de ello.

Monteleone tenia un corazon enérgico, pero un espíritu ligero sobre el cual deslizaban los acontecimientos de la vida, como el hierro del trineo sobre el hielo terso, sin dejar apenas señal alguna.

Una circunstancia de que hablaremos ahora vino á sacar al conde de esa dulce paz del alma, para lanzarle de nuevo en ese torrente del Océano político, donde los naufragios son tan

numerosos y las tempestades tan frecuentes.

Pero la sola idea que ocupaba á Tadeo era la de volver á ver á *la Felina*; pues decia con razon que un astro como aquel no podia largo tiempo ocultar sus rayos, que su gloria y fama le revelarían muy presto su existencia en cualquier pais donde resonasen sus acentos, y que la despedida que les habia hecho á Monteleone y á él en la casa Etrusca no podia ser eterna.

Ajitados por estos sentimientos diversos, los dos amigos se dirijieron al hotel que habitaba en Nápoles el conde de Monteleone. Este hotel, ménos bello que el magnífico palacio de los Monteleone, no exijia el numeroso personal de criados que la vasta morada de sus antecesores, pues la fortuna disminuida del conde le imponia mucha mas economía. Abandonado por su amo durante todo el tiempo que se vió obligado á ocultarse, habia sido testigo en otro tiempo de los ruinosos placeres del jóven conde. Se habian dado en él fiestas suntuosas, cenas alegres, y mas de una elegante mujer bien tapada con su velo se habia percibido á media noche bajo el pórtico de mármol, á la claridad de las lámparas que lo iluminaban.

Giacomo habia partido muy de mañana de la casa Etrusca para prepararlo todo en el ho-



tel Monteleone, y la vista de sus balcones abiertos para que penetrase el sol daba á la habitacion tan largo tiempo abandonada el aspecto de esos ciegos á quienes se devuelve la vista por una operacion quirúrgica, y que no tienen bastantes ojos para mirar el cielo.

La resurreccion del hotel Monteleone, como se decia en las cercanías de la calle de Toledo, hacia grande sensacion entre los habitantes del barrio. Algunos hombres de un aspecto misterioso se paseaban bajo los balcones del hotel, y mas de una dama de Nápoles atravesó la hermosa calle de Toledo por ver si percibia á Monteleone, el héroe del dia, el *lion* del momento, como se diria en nuestra época.

El conde y Tadeo habian llegado hacia muy pocas horas, cuando se presentó Giacomo con aire mal humorado anunciando al señor *Pignana*.

Algunos amigos del conde que habian sabido su llegada le rodeaban en este momento, y aparentaron querer alejarse al anuncio del recién llegado; pero, viendo la estraña figura que acababa de introducir Giacomo, los joviales caballeros se quedaron.

— ¡Ah!... buenos dias, mi caro *Pignana*!... — dijo el conde dando algunos pasos hácia el recién llegado; — usted no es de los últimos en venir á visitarme, y agradezco mucho esa muestra de interes... Es mi propietario, señores, (dijo el conde á sus amigos) un hombre excelente... Un poco judío, quizás, respecto de sus alquileres; pero á título de comerciante retirado es un negocio de costumbre... Por espacio de veinte años ha provisto de libreas á los lacayos de mi familia, y nos ha vendido tan bien sus galones que se ha hecho mas rico que sus parroquianos...

— ¡Ah, monseñor, Su Escelencia me adula! — dijo *Pignana*.

— ¡Nada de eso! — continuó Monteleone; — y si usted quiere, señor *Pignana*, puede tambien tener libreas con las armas de *Pignana*. . . *Dos tijeras en aspa*, verdadero blason de sastre.

— ¿Y de qué diablos es propietario vuestro el señor *Pignana*? — preguntó uno de los amigos del conde. — ¿De este hotel, ó del palacio de Nápoles?

— ¡Oh!... todavía no! — respondió el conde; — puede ser que llegue ese caso, si mi amigo y acreedor, el señor *Pignana*, continúa prestándome su plata á peso de oro... pero hasta el presente no posee mas que mi *casita Etrusca*, dándome la preferencia para alquilarla; cosa que le agradezco infinito.

— ¡Soy yo quien se honra por eso! — respondió *Pignana*.

— ¡Ya lo creo! — dijo el conde riendo. — ¡Una casa que ha faltado poco para que se haga histórica! Si el verdugo de Nápoles, que es un digno padre de familia, señores, junto al cual he pasado quince dias en el *castillo del Huevo*, y que era un vecino pacífico, ocupado en regar sus flores... si el verdugo de Nápoles, repito, hubiese sido encargado de arreglar mis cuentas con la justicia, la casa donde fué arrestado Monteleone se hubiera hecho un objeto de curiosidad; el señor *Pignana* la habria alquilado á los estrañeros á un precio elevado, ó hubiera vendido las piedras á los ingleses para adornar los museos de Lóndres... Pero á falta de esa fortuna, que de modo alguno deseo al señor *Pignana*, tiene un buen inquilino que le pagará un dia exactamente... cuando le hayan pagado á él mismo lo que le deben... pues no podeis imaginar, mis caros amigos, cuanto arregla los negocios de los deudores la prision del acreedor... Todos los pretendidos amigos para quienes ha estado abierta la bolsa saltan de gozo; parece que está fuera de la ley para todo el mundo, y sobre todo para los que le deben.

Los mas honrados se contentan con hacer votos por que se prolongue el negocio; los ménos delicados esperan con impaciencia que el señor verdugo les dé recibo...

— ¡El señor conde sabe que tiene tambien algunos amigos verdaderos que no se habrian alegrado de su pérdida, — dijo *Pignana*, — y yo soy uno de ellos!

La emocion de *Pignana* al pronunciar estas palabras fué sin duda muy viva, pues una lágrima furtiva se escapó de sus ojos y corrió á lo largo de la nariz aguileña del viejo.

— ¡Mi caro señor *Pignana*, — respondió el conde, — yo sé muy bien hasta que punto puedo contar con usted... ¡le conozco perfectamente!

Monteleone acentuó vivamente estas últimas palabras, que debian tener un significado



importante para Pignana, pues este levantó la cabeza con orgullo como si el conde acabase de espedirle un título de adhesión y valor.

— Vengo á traer á Su Escelencia la *lista*... digo, la *cuenta de nuestros hombres*... digo de *nuestras sumas*, — dijo el viejo replicándose á sí mismo vivamente.

— ¡Sí,— dijo el conde, lanzándole una mirada severa,— de las *sumas* que debo á usted... Está bien, señor Pignana, ponga usted su cuenta... y sobre todo las pruebas en apoyo... ¡ya me entiendo usted!... porque en fin hay que saber á que atenerse.

— ¡Oh... descuide Su Escelencia, — replicó Pignana, — estoy seguro de nuestro negocio... y ahora es preciso que pagueis personalmente!...

— ¿Personalmente? — se apresuró á decir el conde; — ¿querrá usted decir *en persona*?... Sí, señor Pignana, así es como pagaré mi deuda yo mismo, sin valerme de un tercero... Pero éntre usted ahí, — añadió empujando al propietario para que entrase en una pieza inmediata, — en ese cuarto hay recado de escribir... y á Dios gracias, nadie que nos escuchue!

Perdonadme, señores, — repuso dirigiéndose á sus amigos, — pero no puede uno evitar la mayor miseria que se conoce entre las personas de nuestro rango que tienen acreedores... ¡la necesidad de ser cortés y atento con unos imbéciles!

Tadeo Rovero se habia salido á la llegada de Pignana, y apareció en el salon en este momento acompañando á un hermoso jóven de unos diez y ocho años.

— ¡Conde, — dijo Tadeo á Monteleone presentándole el extranjero, — te presento el señor Gaetano Brignoli, jóven amigo de mi familia!

— Caballero, — dijo Monteleone tendiéndole la mano, — ese título debe haceros ser tambien amigo mio, pues todo lo que es amado de la familia Rovero lo es tambien de mí.

— ¡Ah, señor, cuanta inquietud nos ha causado en Sorrento vuestro proceso! — dijo Gaetano; — sobre todo á mí, pues me hallaba especialmente encargado por la preciosa Aminta de llevarle los detalles del asunto; de suerte que partí de la quinta la noche de la víspera de la vista, para hallarme de los primeros en la audiencia.

— No me atrevo á creer que la señorita Rovero se haya dignado tomar por mí un interes tan grande, — dijo el conde.

— No digo precisamente que fuese de vos de quien se ocupase, — respondió injenuamente Gaetano, — sino de mi amigo Tadeo, de su hermano querido, que se sabia estaba comprometido en vuestra causa... y se temian por él las consecuencias.

El conde palideció lijeramente viéndose frustrado en un recuerdo que le hubiera sido tan dulce y lisonjero.

— A propósito, señores, — dijo alegremente Gaetano. — ¿Saben ustedes la gran noticia que preocupa en este momento á toda la ciudad y los arrabales, casi tanto como la causa del señor conde?

— ¡Deseo que sea mas alegre que mi proceso! — dijo Monteleone con amargura.

— Muchísimo mas, — continuó Gaetano; — es un rumor que pone á todo el mundo en conmocion, y sobre todo á mí que soy loco por la música, como el héroe de *Fioravanti*; pues ya lo saben ustedes, señores, nada es mas dichoso que hallar una felicidad que se creía perdida.

— ¡Acaba pues!... — dijo Tadeo, que sentia el instinto de un acontecimiento feliz para él, y á quien la palabra música habia hecho estremecer.

— Y bien, señores, — prosiguió Gaetano, — la Sirena de la Sicilia, la reina del canto, la *Felina* en fin, canta esta noche en San Carlo por la última vez.

— ¡La Felina! — dijeron todos los oyentes sorprendidos.

— ¿La Felina? — exclamó Tadeo; — ¡es imposible, pues anoche dejó á Nápoles!

— Sin duda, — replicó el jóven; — pero ahí está lo orijinal, lo picante y chistoso de la aventura. La Felina tiene sus caprichos como todas las mujeres, y sobre todo las cantarinas; una prima donna que no tuviese al publico en suspenso por su salud, por sus amores ó por sus negocios, ó que no hiciese rabiarse un poco al director del teatro, seria una mujer incompleta... ¿Qué quieren ustedes? no se ganan cien mil francos anuales para llenar su de-



ber como una cerista que gane mil... Eso seria muy vulgar, y esas señoras son muy distinguidas para obrar así.

La Felina, contrariada sin duda por el efecto que producía el drama del señor de Monteleone, drama que agitaba todos los espíritus, desviando la atención de los otros dramas en que representaba y cantaba la grande artista, se la vió aparecer en los debates de la gran causa, y se supo por la noche que iba á marchar de Nápoles despues de haber rescindido su contrato con el empresario, lo que hizo en efecto. Pero al llegar á la puerta Capuana le esperaba una sorpresa: los abonados principales del teatro, el empresario, el director de la orquesta con todos los músicos, y un jentío inmenso atraído por esta ovacion improvisada, sin contar los adoradores de la *diva*, que son muchos, todos estaban allí formando una muralla viva que su coche no pudo atravesar.

La rodearon, la suplicaron y la importunaron de tal suerte, que la bella fujitiva fué conducida como en triunfo á su hotel, y ha prometido cantar esta noche por última vez, para su representacion de despedida, *la Griselda* del maestro Paer, que es el triunfo de la admirable cantarina.

Ya conocen ustedes el entusiasmo que habrá producido esta aventura, y la priesa que habrá para procurarse plazas; ¡yo he pagado la mia el triple de lo ordinario, y aun he hecho un buen negocio!...

Tadeo no hablaba, ni oía, ni entendía despues de algunos momentos; la sorpresa y el gozo le sofocaban. Volver á encontrar una mujer de quien se cria separado por largo tiempo, quizás para siempre, le parecia un sueño dichoso del que no queria despertarse.

Los amigos del conde se retiraron todos para ir á procurarse plazas en el teatro y no dejar de asistir á la gran solemnidad que se preparaba.

— ¡Ven, ven! — dijo Tadeo cojiendo por el brazo á Gaetano. — Yo quiero ir á San Carlo esta noche... ¡á cualquier precio... á precio de mi sangre y de mi vida!...

— ¡En verdad que no te creía un diletante tan apasionado! — dijo Gaetano estupefacto. — Me escedes con mucho... ¡Dar su oro por oír algunas notas bien espresadas... pase!... ¡pero la vida... es demasiado caro, y yo guardo la mia para mejores ocasiones!

El conde detuvo á Tadeo en el momento de salir, diciendo en tono afectado:

— ¡Cómo!... ¿no iremos á Sorento esta mañana?

— ¡Mañana... mañana, por Dios! — respondió Tadeo en voz baja. — Déjame este dia de dicha, y todos los demas serán para tí despues.

Y salió precipitadamente con Gaetano.

— ¡No... no! — exclamó Monteleone; — no esperaré un dia ni una hora mas para volver á ver á Aminta, aunque vaya solo á Sorento...

— ¡Imposible! — dijo una voz grave detrás del conde.

Este se volvió prontamente, y se halló en presencia del señor Pignana, que habia salido del cuarto donde le encerró Monteleone, cuando vió que se marchaban los dos jóvenes.

— ¿Y por qué es imposible? — preguntó el conde.

— ¿Por qué, monseñor? — respondió Pignana, dejando su tono y aire de mercader retirado, y tomando el de un anciano digno, seco y frio; — ¿por qué?... porque asustados un momento nuestros hermanos por las consecuencias de vuestro proceso, han estado á punto de disolver nuestras *Ventas*... Se ha esparcido el rumor de que Su Escelencia abandonaba nuestra causa y hacia dimision de las funciones de jefe supremo; y nuestros *carbonarios*, de quienes soy el agente cerca de vos, desean que los tranquiliceis *en persona* acerca de vuestras intenciones.

— Seguneso, — dijo el conde con un mal humor poco disimulado, — ¿era ese el sentido en que me hablabas hace poco? ¿Y cómo quieres que haga para tranquilizar á nuestros afiliados? La policía de Nápoles tiene los ojos sobre mí; la mas leve imprudencia, el mas pequeño indicio de nuestra asociación lo pondria todo en peligro... ¡la suerte de la sociedad, su objeto venidero... y mi vida! Hay pocos hombres de enerjía entre vosotros; tú mismo, que eres uno de los mas decididos, temblas hace poco delante de mis amigos... y merecias ser silbado como un actor que no sabe desempeñar un buen papel.



¡Escúchame, mi buen Pignana! Yo quiero siempre ser vuestro jefe, quiero arriesgar una parte muy grande en nuestra empresa; pero al presente, que me preocupan ideas graves, no quiero representar *sainetes políticos*; quiero una política seria en la que la teoría sea realizable, en la que haya pocas palabras y mucha acción. Finalmente, haré cuanto sea posible y preciso para servir la causa de nuestros hermanos... *¡pero nada mas que lo que sea necesario!*... y no olvidéis esto:

El castillo del Huevo, los calabozos inundados, la vecindad con el verdugo y los diálogos con el Justicia Mayor, el uno pidiendo mi cabeza para ofrecérsela al otro... todo eso ha producido sus frutos, todo eso aconseja la prudencia... No me pidáis pues nada mas de lo que prometo: dentro de ocho días tendrá lugar nuestra gran *Venta* jeneral, en el antiguo monasterio de *San Paolo*, á cincuenta leguas de Nápoles; allí me hallaré, y os comunicaré lo que me hayan hecho saber nuestros hermanos de Alemania y Francia; pero hasta entonces no exijáis nada de mí.

— No exijiremos nada, monseñor, — respondió Pignana, que conocia la firmeza del conde y comprendia que habia empezado mal; — la sociedad admira á Su Escelencia, sobre todo despues de la ruidosa causa, y le considera como un mártir de nuestra fe; la sociedad no exige nada; pero espera una gracia que la colmará de gozo y reconocimiento.

— ¿Y cuál es la gracia? — preguntó el conde.

— Que Su Escelencia se digne asistir esta noche á la ópera del teatro de San Carlo, en el palco cuya llave tengo el honor de presentaros. Ese palco se ve desde toda la sala; nuestros jefes principales asistirán á la representacion, y si monseñor se digna levantarse en el primer entre-acto, avanzarse un poco sobre el balconcillo como para examinar la sala, *colocando la mano sobre el corazon*, todos nuestros hermanos comprenderán que Su Escelencia sigue con nosotros, y que podemos contarle por nuestro jefe.

— Por muy hábil que sea el duque de Palma, — dijo el conde. — por mas sospechosa que sea su policía, no presumo que se me acuse de conspiracion por haber puesto la mano sobre el corazon mirando al público; es un ademan que no compromete en nada, y las bellas damas para quienes le prodigamos lo saben muy bien... Acepto pues la exhibicion de mi persona, como dicen los ingleses, señor Pignana; completaré el interés de la representacion con mi presencia... ¡representaré á beneficio de la *Felina!*... y no estaremos pagados aun esa mujer valerosa y yo, — añadió en voz baja.

— ¡Muchas gracias, señor conde! — dijo Pignana. — Y ahora adios, hasta la reunion de *San Paolo*.

Pocas horas despues de la escena que acabamos de contar, un jentío numeroso atestaba todas las entradas del teatro de San Carlo; pero no era ya aquella multitud alegre, delirante y loca que hemos visto precipitarse dentro de su vasto recinto al principio de esta historia.

El público tenia esta vez el aire de acudir á un negocio y no á un placer; pues era un negocio grave el asistir á la última representacion de la *Felina*. Las llaves de los palcos, segun el uso italiano, se vendian á precios exajerados, sin contar un corto número de palcos cuyos dueños estaban ausentes de Nápoles en ese momento; pues hay que saber que un palco en Italia es una propiedad en muchos teatros.

Todos los otros palcos estaban ocupados por los personajes mas ilustres ó por los mas ricos de esta gran ciudad, y San Carlo presentaba aquella noche el aspecto mas admirable que se puede ver.

La corte acababa de llegar.

Las mujeres resplandecian de flores y diamantes, pues la sala estaba iluminada á *giorno* como el dia del baile; de consiguiente no podia escaparse ningun detalle de la solemnidad, ninguna belleza de las que se pavoneaban podia ocultarse al observador.

El conde de Monteleone pareció en el palco que le habia sido reservado, y se hizo muy presto el blanco de todos los anteojos, el objeto de todas las conversaciones.

Monteleone soportó esta embarazosa atencion con una serenidad graciosa, no dando seña-



les de apercibirse de ella ; pero su secreta vanidad se halló lisonjeada, pues ya hemos dicho que era su flaco.

Empezó pues la sinfonia y se levantó el telon ; durante las primeras escenas de la ópera fueron tan animadas las conversaciones particulares, que apénas se percibia la voz de los cantores ; pero el silencio se restableció de repente, silencio de admiracion, silencio de respeto, como el que precede á la llegada del soberano.

¡ Y era porque el verdadero soberano de Nápoles en este momento era el talento de *la Felina* !

Pero á esta calma completa sucedió muy presto la tempestad, el trueno, el rayo... mil voces humanas daban un grito entusiasmado y los aplausos frenéticos mezclados de bravos...

¡ *La Felina* pareció en la escena !

Hay instantes en la vida dramática que no pueden compararse á nada en este mundo. Ese delirio provocado por una sola persona, ese culto apasionado que se manifiesta por una admiracion casi frenética, esos millares de corazones y de oidos suspendidos á los mismos labios, ¡ todo eso no pertenece mas que á los triunfos teatrales, y Nápoles concedia uno de esos triunfos á la primera cantarina de Italia.

Y luego, un rumor amenazador aumentaba mas el entusiasmo de la acojida hecha á *la Felina* ; pues se pretendia que se retiraba para siempre, y que parecia aquella noche por última vez.

Los ojos del amor tienen un instinto secreto y admirable para ver lo que no ven los ojos indiferentes.

Entre aquella multitud tan compacta, las miradas de *la Felina* se fijaron inmediatamente en un solo punto de la sala, en un solo palco, pues en ese palco estaba Monteleone.

¡ *La Felina* representó para él, cantó para él... y estuvo sublime !

En el momento en que apareció la heroína del maestro Paer, la hermosa *Griselda*, se oyó un grito que dominó todos los otros ; y el que le habia dado se quedó con los ojos fijos sobre *la Felina* todo el tiempo que permaneció en presencia del público, como si aquel grito hubiese agotado todas sus fuerzas, como si la cantarina le hubiese fascinado.

— ¡ Pobre Tadeo ! — dijo el conde percibiéndole, — ¡ porque no es él á quien ama !

El primer acto se acabó por una lluvia de ramilletes que lanzaron los espectadores á la actriz adorada, y se bajó el telon.

Era el momento esperado por los afiliados y consocios del conde.

Monteleone, fiel á su palabra, se inclinó fuera del balconcillo con el aire mas natural, paseando sus miradas sobre la brillante asamblea ; luego puso repetidas veces la mano sobre el corazon, y enseguida desapareció en el fondo del palco ; pero ántes que se retirase pudo oír un murmullo alegre que subió desde el patio á los palcos, y se perdió en la bóveda dorada.

— ¡ Están ahí !... — dijo entre sí Monteleone. — El señor Pignana debe estar contento de mí, pues he hecho lo convenido concienzudamente.

Algunos amigos del conde fueron á visitarle en su palco ; y uno de ellos, el conde Barberini, que lo era desde la infancia, le dijo jovialmente :

— A fe mia, mi caro Monteleone, son cosas tuyas y serás largo tiempo aun nuestro preceptor en materia de galantería...

— ¿ Qué quieres decir ? — preguntó el conde.

— Lo que quiero decir, — respondió Barberini, — es que apénas te han sacado del calabozo, y apénas has vuelto á nuestro mundo, te sorprendo desde mi palco haciendo señas amorosas á alguna bella desconocida... empezando una nueva intriga amorosa en pleno teatro de San Carlo... ¡ Eso es muy bello ! ¡ muy atrevido y muy pronto !... á ménos que *esa mano sobre el corazon* sea la continuacion de una antigua pantomima interrumpida por tu prision, (añadió riendo) y de la cual vemos hoy la repeticion.

— No te comprendo, Barberini, — dijo el conde un poco embarazado, — pues no he hecho seña alguna á ninguna mujer.

— ¡ Sea ! — replicó Barberini. — Me habré equivocado, pero entónces tanto peor... y



le siento, pues eso me probaba que habias renunciado á los proyectos que me confiaste; y me alegraba por tí, despues de lo que oí ayer por la noche.

— ¿De qué proyectos hablas? — replicó el conde, conmovido á pesar suyo con esta confianza á medias.

— ¡De los tuyos, hombre!... ¿No me habias dicho que te hallabas enamorado perdidamente de la hermana de Tadeo, la bella Aminta Rovero, hija del antiguo ministro de hacienda del rey Murat?...

— Es cierto... — dijo el conde.

— Pues bien, amigo mio, — continuó Barberini, — deseo por tí que no exista ya ese amor, pues tienes un rival...

— ¡Un rival! — exclamó el conde interrumpiéndole.

— ¡Y acaso un rival afortunado!...

— ¡Barberini! — dijo Monteleone todo conmovido, — te prevengo que hablas de una mujer de quien pienso hacer mi esposa... y de un honor al cual no tocará nadie... lo mismo que al honor mio!...

— Yo no toco á su honor de ningun modo... digo lo que me han dicho...

— ¿Pero en fin, qué te han dicho? — repuso Monteleone, cuya sangre se aglomeraba en la cabeza y el corazon.

— Un jóven pariente mio, — prosiguió Barberini, — fué invitado como vecino á una fiesta de familia que se daba en la quinta de la señora Rovero, y me ha hablado de un cierto marqués de Maulear, que es un francés amigo de esas dos señoras, que habita en la casa, y que parece enamorado perdidamente de la bella Aminta...

— ¿Y qué mas? — dijo Monteleone en el tono con que hubiera podido pedir al verdugo que le diese el último golpe.

— ¿Qué mas?... — respondió Barberini casi asustado de la agitacion de Monteleone; — nada mas... No me han hecho otras confianzas; pero hablando francamente, aunque supiera mas me guardaria bien de decirtelo, viendo tus miradas y tu resto demudado.... Por otra parte, eran cosas que me interesaban poco, pues bastante tiene uno con sus amores sin mezclarse en los de los otros... Y pues que hablamos de eso... ¡mira, desde aquí veo á la condesa de Oliviero que ajita su ramillete para llamarme á su palco... y voy allá compadecido del pobre ramillete!...

Y se salió precipitadamente del palco de Monteleone, diciendo entre dientes al salir:

— He hecho bien en no hablarle del escándalo nocturno que me contó mi jóven pariente, ocurrido en la quinta de Rovero... ¡pues segun veo me habria matado en el acto!





---

---

## LA CARTA PATERNAL.

---

### XIV.



El día siguiente de la terrible noche en que el sueño de somnambulismo había conducido á Aminta al cuarto del marques de Malear, la señora de Rovero y su hija se hallaban en el salón á cosa de las diez de la mañana, y se tenían abrazadas estrechamente.

— Sí, hija mia,—decía la señora Rovero,—tu somnambulismo me aclara cuanto ha pasado, y comprendo esa triste aventura... ¡ Pero tu honor no puede padecer en nada por eso, Aminta, y no eres ménos casta y ménos pura!

— ¡ Para usted, mi buena madre!...—respondió Aminta llorando,—pero no para el mundo envidioso y malo!... Anoche, cuando todos los ojos estaban fijos en mí, creía leer la duda en los semblantes de los unos, y el desprecio en los de los otros.

— ¡ No, hija mia! — respondió la madre, estrechándola contra su corazón;—esta mañana he visto á la mayor parte de nuestros convidados al tiempo de partir; el rumor de tu somnambulismo se había esparcido ya entre ellos, pues nuestras jentes han declarado que sentían esos efectos desde la infancia, y todos han marchado convencidos de tu inocencia en esa aventura.

— ¡ No lo crea usted, mi buena madre! — respondió Aminta; — lo han dicho así, pero con los labios solamente.... y presumo por el contrario que todos me creen culpable... ¡ Madre mia!... (añadió ella con una de esas exaltaciones que sentía algunas veces) me parece que ese porvenir desgraciado con que mi pensamiento me persigue sin cesar.... que Dios me revela tan frecuentemente... ha llegado para mí!... ¡ Me parece que han comenzado mis días aciagos.... y que la fatididad acaba de apoderarse de mi destino desde ayer noche!

Y la bella Aminta ocultó la cabeza en el seno de su madre para que no viese correr sus lágrimas, buscando un refugio contra la suerte que temía.

Un criado se presentó, diciendo:

— El señor marqués de Malear pide permiso para bajar al salón, señora.

— ¡ Ah, madre mia!... — dijo la jóven á media voz, — ¿ cómo he de sufrir su presencia sin avergonzarme?...



La señora Rovero mandó al criado que introdujese al marqués, y arreglando los caballos de su hija le besó en la frente diciendo :

— ¡Hija mia... no se tiene vergüenza delante de su marido!

Aminta levantó la cabeza, y miró á su madre con viva sorpresa.

— ¡Ah! ¡ah! — dijo sonriendo la señora Rovero; — ¡los ojos de una madre ven tantas cosas!...

Malear entró en el salon ántes que Aminta hubiese podido cuestionar á su madre sobre sus últimas palabras; y estaba pálido y conmovido.

— Señora, — dijo Enrique á la señora Rovero, — ánte todas cosas, vengo á escusarme de una falta grave que he cometido hácia usted, y solicitar mi perdón.

— ¿ De qué falta habla usted, señor marqués? — preguntó la viuda del ministro.

— ¡ De la mas culpable de todas, señora, despues de la acojida que me ha hecho usted, despues de tantas bondades como ha tenido por mí!... de no haber tenido confianza en usted... pues no le dije ayer lo que voy á tener el honor de decirle hoy. ¡ Y sin embargo, no he guardado mi secreto mas que con usted! Pero ayer, nada le obligaba á usted á concederme la mano de su hija que vengo á pedirle... ayer podia usted rehusármela... y hoy es acaso ménos fácil... Secundado por un destino favorable para mí solo.. ¡ segun temo! (añadió mirando timidamente á Aminta) el acontecimiento de anoche me dicta la conducta que debo seguir... y que, aun cuando no me pareciese un deber sagrado, debe colmar mi mas dulce esperanza... ¡ haciéndome el hombre mas dichoso!... En una palabra, señora, vengo á solicitar el honor de unirme á su familia.

— Señor marqués, — respondió la señora Rovero, — yo esperaba esto de usted, porque me hallaba segura de su lealtad; pero, léjos de sentir ahora que le haya usted hecho conocer á mi hija los sentimientos que ha sabido inspirarle, doy mil gracias al cielo; pues ella estará segura de que no es solamente la idea del deber lo que le guia á usted en esta ocasion, y que su corazon le habia precedido. Sin ese motivo, señor de Malear, ni mi hija ni yo aceptaríamos la alianza que se digna proponernos, *¡pues no hay reparacion exigible donde no ha habido falta cometida!* y quiero tranquilizar á su conciencia de usted afirmándole: que á mi modo de ver, nada le obliga á tomar el partido que acaba de proponernos, si debe perjudicar al porvenir de usted ó contrariar los proyectos de su familia.

Las últimas palabras de la señora Rovero hicieron estremecer á Malear, y pasó por su frente una nube lijera de inquietud; la noble y prudente madre acababa de tocar sin saberlo una cuerda sensible del enamorado jóven.

Arrastrado por su corazon, seducido de una manera invencible por los atractivos tan nuevos para él, que habia encontrado en Aminta, Enrique se habia lanzado en el camino florido á cuyo fin percibia la dicha... pero sea lijereza, sea temor de los obstáculos, no habia mirado hácia atrás. Entregado al delirio de su pasion, habia olvidado que tenia un dueño absoluto de su destino, un padre de ideas añejas y principios eminentemente aristocráticos, un padre que hablaba y pensaba en 1816 como se pensaba y hablaba en 1768, y que se presentaria delante de él un poco mas presto ó un poco mas tarde para condenarle ó absolverle, para aceptar ó prohibir, para anudar ó romper todo lo que hacia el amor y la esperanza de Malear.

Las pocas palabras de la señora Rovero despertaron todas estas ideas en el marqués, y se le presentaron como millares de espectros terribles y espantosos. Esta aparicion repentina y sombría que acababa de colocarse entre Malear y su amor, cuyo siniestro reflejo se pintó en cierto modo en sus miradas, no se escapó á los ojos penetrantes de Aminta, con esa perspicacia de corazon que poseía en tan alto grado.

— Señor marqués, — le dijo ella con esa voz melodiosa que hacia estremecer á cuantos la escuchaban, — mi buena madre ha hablado por ella; ahora voy yo á hablar por mí: Usted nos ha hecho saber la noble familia á que pertenece; y sé que un título de princesa será un día el de su esposa. Quiero recordar á usted que la persona á quien ofrece un rango tan elevado es la hija de un noble de ayer, cuyo nombre no data mas que de las virtudes y talentos de su padre... Quiero tambien que sepa usted que nuestra fortuna es muy modesta...



No lo digo por usted, señor marqués (añadió viendo el jesto de indiferencia que hacia el marqués), sino por sus parientes... Finalmente (y perdóneme usted lo que voy á decirle, si tengo valor para ello, pues necesito de toda su jenerosidad para escucharme...) ¡no pruebo aun los sentimientos que usted me ha espresado!... pero á la esperanza que le di ayer, se une hoy en mi alma un nuevo reconocimiento por la oferta de su mano;... pues á los ojos de los que fueron testigos anoche de mi presencia en el cuarto de usted... ¡no se casaria usted ya con la jóven modesta que hubiera sido ayer su esposa!...

— ¡Me casaré con un ángel! — exclamó Malear olvidándolo todo en este momento y arrojándose á sus piés... ¡con un ángel de candor y virtud!... y si su alma de usted no se rinde aun al amor que me inspira, mi ternura y mis cuidados le harán tan dichosa... ¡que me amará algun dia!

— Y bien, — dijo Aminta á Enrique, — concédame usted una gracia: ¡Permítame usted que esperemos ese dia... tenga usted lástima de una pobre niña llena de terrores y desconfianza para contraer un lazo que ha temido siempre... Deje usted á mi pobre corazon hacerse digno del suyo... y hasta entónces, señor marqués, usted es libre! .. Nada le compromete á usted conmigo, como acaba de decirselo mi madre; usted no me debe nada hasta el momento en que, confiándole mi vida y mi destino, le deba á usted la dicha que me promete.

— ¡Si usted lo quiere así, señorita, esperaré! — respondió el marqués con una tristeza profunda. — ¡Pero desde este momento pertenecen á usted mi fe, mi mano y mi nombre!

En este momento entró un criado á decir á Malear que acababa de llegar un correo de Nápoles, con cartas urgentes para él; y el marqués se despidió de las señoras para ir á recibir al correo de la embajada francesa.

— Pero, hija mia, — dijo la señora Rovero á Aminta cuando se quedaron solas, — ¿qué se necesita para ser amado de ti?

— No lo sé, madre mia... soy una loca, sin duda; ¡pero tengo miedo!

Enrique halló al correo en su habitacion, que le dijo al entrar:

— Traigo una carta urgente de Francia para su señoría.

Y entregó el pliego á Malear.

Enrique miró la letra del sobre y se estremeció, pues era del príncipe de Malear, su padre, que le escribia raras veces. ¿Qué podia decirle? Y como el hijo se reconocia culpable de haber dispuesto de su mano sin el consentimiento de aquel de quien dependia, se puso á temblar ánte la carta de su padre, cerrada aun.

Ya hemos dicho que el marques tenia un carácter débil, y como todos los que tienen esta debilidad natural, se asustaba quizás mucho mas por el temor de una desgracia, que por la desgracia misma. Finalmente se resolvió á conocer lo que se le decia, y abrió la carta de su padre con mano trémula.

Hé aquí la carta:

« Paris 10 de abril de 1816.

» Mi querido hijo:

» Tengo frecuentemente noticias de ti, no por ti mismo, que me escribes muy poco, sino por los amigos á quienes he encargado que me las den.

» ¡Sé la vida que traes en Nápoles, y me avergüenzo! El hijo de un mercader ó de un banquero se conduciria mas á lo hidalgo jóven que tú, pues no se habla en Paris de ti mas de lo que se hablaria de un escribiente de oficina.

» ¡Esperaba que el marques de Malear llevaria mejor su nombre en un país extranjero!...

» Yo tenia tu edad cuando fui enviado á Madrid de secretario de a embajada, y tres años despues fui revocado...

» ¡Dos raptos de muchachas, cuatro desafios, y cincuenta mil escudos perdidos en el juego me valieron mi destitucion!



» No te aconsejo que te conduzcas así... ¡ Dios me libre !... pero pensaba tener que per-  
» donarte alguna buena calaverada... alguna locura de juventud, que fuese una prenda de  
» razon para el porvenir.

» ¡ Pero la juventud de nuestros dias razona y no rie ya... ¡ época triste !...

» El rey me habló ayer de ti en el besamanos de la mañana, y S. M. me preguntó si te  
» divertias en Nápoles.

» Le respondí *que te divertias demasiado !... ¡ Eso basta para salvar el honor de la fami-*  
» *lia !... — me dijo el rey.*

» Pero pues que está visto que has nacido virtuoso, te he hallado la ocasion de *practicar*  
» *tu virtud.*

» He arreglado un matrimonio para ti; un buen matrimonio como entiendo que lo hagas:  
» ¡ Mucha fortuna... gran familia... mucha belleza !...

» Tu futura es la hija del duque d'Harcourt, uno de los primeros jentilshombres de  
» S. M. Luis XVIII. En Nápoles has podido conocer al jóven René d'Harcourt, hermano de  
» la niña.

» El matrimonio se verificará dentro de tres meses ; pero desde ahora hasta entónces te  
» reservo una sorpresa de mi invencion, que me prometo no te desagradará.

» Adios, hijo mio ; la condesa tu tia desea abrazarte, y se regocija ya de componer los re-  
» galos de boda.

» Principe de MAULEAR.

» P. D. Te quedan aun tres meses para ser calavera, y el resto de tu vida para ser jui-  
» cioso.

» He puesto una libranza de cien mil libras para ti, en casa del banquero Antonio Lam-  
» berti »

La carta se escapó de las manos de Enrique, y se dejó caer en un sillón agobiado y con-  
fuso, pues esa carta era un rayo que aniquilaba su mas dulce sueño...

En efecto, hay en el amor ciertos momentos de embriaguez en los que el hombre mas  
sensato lo ve todo turbio, ó no ve nada.

El marques se hallaba hacia un mes en ese estado misto entre la razon y la locura.

No viviendo mas que de un solo pensamiento, todos los otros se habian borrado de su  
espíritu... ¡ Fuera de su amor, no pensaba en nada !

Su padre con sus añejas opiniones, imbuido en sus principios retrógrados, desaparecia  
como una triste fantasma ánte la brillante realidad de su pasión... Y luego, el temor de un  
rival, de ese magnífico Monteleone, que perdido de amor por la bella Aminta solo aspiraba  
el hacerse su esposo, segun decian á Enrique ; ese temor, decimos, no le dejaba otra alter-  
nativa para no perder á la que adoraba... ¡ que ofrecer él mismo lo que otro iba á ofrecer...  
su mano y su fe !... Por otra parte, los amantes no ven nada superior á lo que aman, y En-  
rique pensaba á veces que su padre pensaria como él ; pero la estraña epístola del príncipe  
derribaba el edificio de sus ilusiones y esperanzas.

Si la bella Aminta hubiese sentido por Maulear lo que él mismo sentia por ella, no habria  
vacilado en confesarla el golpe que acababa de recibir ; y, confiando en su mútua ternura,  
se hubieran decidido á soportar y hacer frente juntos al enojo del príncipe, ántes que sacrifi-  
carle su dicha.

Pero léjos de estar seguro del amor de Aminta, el marques sabia que su jóven corazón no  
le pertenecia aun ; y revelarle el obstáculo que parecia oponerse á su union, era dar á la  
señorita Rovero una razon muy real y muy especiosa para romper para siempre sus espe-  
ranzas.

Pero considerando la posicion del marques bajo el otro aspecto que le creaba la carta de  
su padre, era todavia mas crítica.

El enojo del príncipe cuando supiese que se trataba de un matrimonio contraido contra  
sus deseos, y á pesar de su prohibicion, podia tener cons equencias terribles para el porve-



nir y la fortuna de los futuros esposos; sin contar con los pesares y las humillaciones que el marqués atraería sobre la joven haciéndola entrar en su familia y dándole su nombre sin el consentimiento de su padre.

Tres días pasó Malear en esta perplejidad cruel, deseando y temiendo á un tiempo el momento en que Aminta correspondería á sus deseos y amor.

¡Deseándolo con el corazón!

¡Teméndolo con la razón!

Pues si la señorita Rovero aceptaba su mano, sería preciso decidirse y obrar, y entonces la debilidad de carácter de Malear le ponía en la incertidumbre mas dolorosa.

La señora Rovero, su hija y el marqués se hallaban reunidos en un gabinete contiguo al salón, pocos días después de la aventura nocturna sucedida en el cuarto de Malear; el gabinete daba al parque de la quinta, y colocada Aminta junto á la ventana dibujaba la vista principal.

El marqués estaba concluyendo de leer á las señoras la relacion del proceso de Monteleone, inserta en el *Diario de Nápoles*.

Esta curiosa historia, palpitante de acontecimientos imprevistos, la energía tan llena de dignidad y la serenidad tan notable del conde; las reflexiones de admiración que hacían los redactores del periódico sobre el carácter del preso, sobre la injusta acusación que había rechazado tan honrosamente, soportando todos sus padecimientos con tanta nobleza y heroísmo, todo ello era escuchado por las dos señoras con un vivo interés.

Pero Malear, que había hecho la lectura de mala gana, por complacer á la señora Rovero, sufría cruelmente de ser en cierto modo el intérprete de los elogios prodigados á Monteleone.

Aminta no perdía una palabra de la lectura; cada detalle, cada rasgo de audacia del conde, cada peripecia del drama judicial producía en ella una emoción que no podía explicarse. Le parecía que el conde de Monteleone cuya historia singular escuchaba era un hombre del todo diferente al que había conocido. Aquella alma fuerte, aquella naturaleza vigorosa cuyas fases revelaba el proceso, daban á Monteleone en el espíritu de Aminta unas proporciones nuevas que no había sospechado tuviese.

El conde de Monteleone á quien ella había visto casi tímido en casa de su madre, sabiendo que la adoraba, inquieto por su falsa posición de proscrito que ocultaba, sufriendo por un amor que no se atrevía á expresar, no era ya el conde Monteleone de quien oía hablar después de un mes con tanta frecuencia, y cuyas aventuras interesantes escuchaba en aquel momento.

Con los ojos bajos sobre el dibujo, que su mano trazaba con mayor distracción á cada instante, Aminta trataba de recordar las facciones del conde casi borradas de su memoria, y que por un esfuerzo de su voluntad se reproducían poco á poco en su imaginación.

Si su madre le hubiese hablado en este momento, si sus miradas hubieran estado obligadas á separarse del álbum donde parecían fijadas, se habría podido leer en su semblante una viva confusión, una turbación extraña por verse arrancada al trabajo intelectual cuyo objeto le hacía sonrojarse.

El ruido de un coche que entraba en el patio de la quinta rompió el encanto cuyo imperio retenía el espíritu de Aminta, é hizo dar un grito de gozo á la señora Rovero.

— ¡Es él... es mi Tadeo... es mi hijo sin duda que vuelve! Corramos á su encuentro, hija mía, seamos las primeras que le veamos y abracemos.

Y las dos señoras se precipitaron hácia el vestíbulo, seguidas de Malear, llegando á la puerta en el momento en que se paraba el coche.

La portezuela se abrió, un hombre bajó del coche y saludó respetuosamente á la señora Rovero y su hija...

¡Ese hombre era el conde de Monteleone!



---

---

## LOS DOS RIVALES.

---

XXV.



DESDE el instante en que el conde Barberini habia dicho á Monteleone en el teatro de San Carlo el amor del marques de Malear por Aminta Rovero, Monteleone sintió deslizarse en su corazon todas las furias del infierno al escuchar aquella revelacion.

La idea de que Aminta pudiese amar á alguno, no se habia presentado aun á su espíritu. Sea confianza en sí mismo, sea ese error tan comun en los amantes que presumen ser amados porque aman ellos mismos, Monteleone se lisonjeaba de haber dejado algun recuerdo dulce en el alma de Aminta; y así se puede juzgar cuán dolorosa fué la inquietud que le causó la semi-confidencia de Barberini. Y no obstante, Tadeo su amigo, Tadeo á quien amaba como un hermano, no podia haberle engañado ocultándole lo que pasaba en Sorrento, cuando él le pedia tan cordialmente la mano de su hermana.

¡Tadeo debía ignorarlo todo; pero Tadeo seria su sosten y apoyo; Tadeo defenderia su pretension y su dicha!

Y el conde se salió del palco agobiado por todos estos pensamientos, olvidando la representacion, sus amigos y sus aliados, no teniendo mas que un objeto y un deseo: reunirse á Tadeo, cuestionarle y saber de él quién era aquel hombre, aquel rival con quien se le amenazaba, y que se le decia que parecia amado de Aminta.

El conde se dirijia hácia la parte del teatro donde habia percibido á Tadeo; pero en este momento empezaba el acto segundo, y los primeros esfuerzos de Monteleone para conseguir llegar hasta su amigo suscitaron tantos murmullos, tantas quejas y tantos enfados, que se vió obligado á esperar un momento mas favorable.

En efecto, *Griselda* cantaba el andante de su *cavatina*, y su magnífica voz, tan poderosa y tan tierna, se lanzaba en el espacio inmenso de la sala, cayendo en notas que formaban una lluvia de perlas y diamantes que penetraban á los espectadores con su encanto y armonía.

Despues del *andante* vino la *caballeta*, y luego la *coda* final; y durante todo este tiempo se hubiera podido decir que *cuatro mil* oyentes no tenían mas que un solo aliento, un solo corazon; reteniendo el uno y comprimiendo el otro para que no latiese, por no perder una sola nota de aquella voz celestial!...



Concluida la *cavatina* estallaron de todas partes aplausos frenéticos.

Sin embargo, es preciso decir que desde aquel momento los acentos de la *Felina* fueron ménos apasionados y brillantes; una especie de velo sombrío se estendió sobre todo el final de la representacion, y los que no hubiesen oído á la cantarina mas que en el segundo acto de *Griselda*, se habrían preguntado sorprendidos si era bien aquella maravillosa prima dona cuyas notas se pagaban á peso de oro, y cuyo talento prodijioso llenaba de admiracion al público de los primeros teatros de Italia. . .

¡Y era porque el astro que brillaba para la *Felina* se habia eclipsado desde el acto segundo! . . . ¡Era que Monteleone habia desaparecido de su palco, de aquel palco donde las miradas de *Griselda* habian ido á tomar las inspiraciones del primer acto!

La esperanza habia sostenido aun á la cantarina durante la *cavatina* que empezaba el acto segundo; podia creer que el que amaba la escuchaba oculto en el fondo de algun otro palco. . . pero cuando se halló convencida de que no parecia ya, el desaliento se apoderó de ella.

— ¡Nada llega á su corazon! — se dijo ella con dolor, — ni mi amor, ni mi talento. . . nada puede cautivarle y unirle á mí por algunos momentos solamente! . . .

Y desde aquel instante, como no cantaba mas que para él, no cantó ya para nadie. El fuego sagrado se apagó, el jenio abrió sus alas y se voló á las rejiones desconocidas del arte, de donde le habia hecho bajar la pasion.

La *Felina* terminó la ópera como una prima dona podia hacerlo en conciencia, dando justas y á tiempo las notas que habia escrito el compositor, pero sin permitirse añadir ni un floreó, ni un punto de órgano que no estuviese escrupulosamente escrito en la composicion. En una palabra, el público de San Carlo oyó aquella noche la ópera del *maestro Paer*, pero no oyó ya á la *Felina*.

Y durante este tiempo, Monteleone no habia podido conseguir llegar hasta Tadeo; y Tadeo, fascinado siempre por el encanto de la cantarina, no habia oído la llamada de Monteleone ni notado sus jestos, esperando con impaciencia que se terminase la representacion para acercarse á su amigo y saber por él lo que tenia que temer ó esperar en Sorrento.

La ópera se acabó; y embozado Monteleone en su capote esperaba á la puerta lleno de ansiedad que saliese su amigo, pero en vano esperó á Tadeo. . .

Las puertas del teatro se cerraron, y el conde esperó aun; pero sorprendido, inquieto y devorado de impaciencia corrió á su hotel, donde Tadeo se alojaba en su compañía. . . pero Tadeo no habia vuelto, y las horas de la noche se sucedieron sin que pareciese el jóven.

Finalmente, á eso de las tres de la mañana fué introducido un extranjero cerca del conde, y le entregó dos cartas; la una de ellas tenia el sobre para él, y la abrió apresuradamente.

Hé aquí la carta:

» ¡Perdóname, amigo mio, mi mas caro amigo. . . perdóname que te deje así! . . . ¡Perdóname, sobre todo, la inquietud que he debido causarte! . . . Acabo de saber que ella partia de Nápoles esta noche misma. . . ¡y no quiero ni puedo dejarla sin morir! . . .

» Corro á la posta y tomo un caballo para seguir su coche al galope hasta que sepa á donde se dirige. . .

» ¿Qué haré entónces? . . . ¡Lo ignoro! . . . pero al ménos me será conocido su retiro, y creeré no haberla perdido del todo.

» ¡Mañana me amaré usted ya ménos! me dijo ayer al separarse de nosotros. . . pero se engaña ó me ha engañado, amigo mio, pues hoy le amo mil veces mas que ayer.

» Mi corazon sufre demasiado para no tener compasion de las penas del tuyo, y comprendo tu impaciencia por volver á Sorrento. . . Hé ahí una carta para mi buena madre, llévasela tu mismo. La suplico que te reciba como á mi mejor amigo, como recibiria á mi hermano, y que te hospede en nuestra casa hasta mi vuelta.

» Dile que volveré dentro de tres dias; entónces le pediré yo mismo la mano de Aminta!

» TADEO.»

— ¿Ha partido ya el que le ha entregado á usted estas cartas? — preguntó Monteleone al mensajero.



— ¡Hace una hora que partió en nuestro mejor caballo, señor! — respondió el criado de la posta.

Monteleone le dió una moneda de oro y le despidió.

— ¡Pobre Tadeo!... — dijo cuando se quedó solo; — ¡sufre tanto como yo... pero no, no tanto como yo... pues los amores terrestres no pueden compararse á los celestes!... y sobre todo, no puede compararse á nada los tormentos de celos que siento, y las mordeduras de las serpientes que Barberini á puesto en mi corazón!...

El día tardó mucho en venir para el conde de Monteleone, pero al fin amaneció.

El conde llamó á Giacomo y se vistió elegantemente, pero el viejo servidor le ayudó esta vez con tanto gozo como había mostrado celo y repugnancia para la terrible expedición de *Torre del Greco*.

Monteleone mandó poner su equipaje mas lujoso, y pocos momentos despues pateaban de impaciencia los fogosos caballos en el patio de honor. Cuando el conde se halló pronto á bajar, halló á Giacomo de piés á la puerta del salon, colocado como para impedir el paso á su amo. Giacomo estaba pálido y trastornado, y le dirigió estas palabras en tono regañon y brusco, pero que dejaba ver una sensibilidad estremada:

— ¿Qué sucede aun, señor?... ¿y qué nueva locura vais á hacer? ¡Está visto que no acabaremos con las calaveradas, y que seréis incorregible!

— ¿Qué diablos quieres decir? — preguntó el conde, apartando suavemente la mano de su mayordomo.

— ¡No, señor, no, no pasaréis! — continuó el anciano, estendiendo los brazos en cruz delante de la puerta, — ó me trataréis como habeis tratado á *Stenio Salvatori*, — añadió en voz baja.

— ¿No es verdaderamente una vergüenza que el mas gran señor de Nápoles, que el hijo de mis nobles amos, marche siempre armado como un *bravo de Venecia*? ¿que esté siempre con la espada, el puñal y la pistola en mano?... ¿Qué significa esa caja de pistolas que Juanillo ha metido de orden vuestra en el cofre del coche?..

— ¿Y qué te importa? — respondió el conde impacientado.

— ¡Lo que me importa es que no vayais aun á jugar la vida contra yo no sé quien ni á propósito de qué! — dijo el viejo llorando. — ¡Lo que me importa es que vivais... y que mis últimos días no se pasen en la inquietud y en la desesperacion como los que acabo de pasar hace poco!... ¡Porque yo amo á Su Escelencia como un padre puede amar á su hijo!... — añadió hincando la rodilla delante de su amo y tomándole la mano. — ¡Os he visto nacer, señor... os he llevado en mis brazos desde niño!... ¡Por piedad, renunciad á todos esos peligros en que os meten esos hombres misteriosos que veo aquí con frecuencia, sobre todo á ese miserable Pignana que veria ahorcar con el mayor placer!... Volved á emprender esa vida alegre y loca de otro tiempo... pues si es cierto que nos arruinábamos, al méaos no andábamos metidos en conspiraciones... y era mas divertido y ménos peligroso!...

— ¡No voy á conspirar, mi buen Giácomo! — le dijo el conde apretándole la mano amistosamente.

— Pues ¿qué vais á hacer entónces?

— Voy á casarme... — dijo Monteleone sonriendo.

— ¿A casaros... con pistolas de combate por joyas de boda? — replicó el viejo.

— ¿Qué quieres? — respondió el conde con aire sombrío; — puedo hallar enemigos en el camino... ¡y ahora tengo que defender mi honor mas que mi vida!

Y Monteleone hizo un saludo afectuoso á Giácomo, bajó la escalera prontamente, se metió en su coche y se lanzó en el camino de Sorrento, parándose en la quinta de la señora Rovero, como lo hemos dicho en el capítulo precedente.

La señora Rovero se puso á temblar viendo salir del coche al conde de Monteleone, en lugar de su hijo como había presumido.

— ¡A nombre del cielo, señor conde, — le dijo ella, — qué desgracia viene usted á anunciarme!... ¿qué le ha sucedido á mi Tadeo?

— Señora, — respondió Monteleone, — Tadeo estará aquí dentro de dos días; yo me he



encargado de la difícil misión de excusarle por su ausencia; pero esta carta que me ha rogado entregue á usted, le explicará los motivos.

La señora Rovero tomó la carta que le presentaba el conde, y abriéndola con viveza dijo:

— Perdóneme usted, señor; pero ya conoce usted la paciencia de una madre...

Y después de haberla recorrido con la vista prontamente, añadió:

— ¡Vaya... gracias á Dios, mi Tadeo no correrá ningun otro peligro que el de hacer una mala caza!... pues es una partida de caza en nuestras montañas lo que le retendrá dos dias aun léjos de nosotros... Señor conde (añadió dirijiéndose á Monteleone), mi hijo me habla de usted con un afecto tan grande, que no puedo ménos de ofrecer á usted el mio.

— Yo he ganado á usted por la mano, señora;— respondió el conde,— pues las bondades con que me honró usted durante mi corta permanencia en esta quinta, la dicha que hallé en ella y los recuerdos que llevé conmigo me han inspirado hace largo tiempo el afecto mas respetuoso hácia usted.

Enseguida entraron todos en el salon, y la señora Rovero presentó á Maulear al conde de Monteleone.

Los dos hombres se saludaron con la cortesía mas esquisita, pero ni siquiera cambiaron entre sí una mirada.

El odio tiene de comun con el amor, que ve sin mirar, que oye sin escuchar, que adivina el odio, como el amor adivina el amor.

El conde de Monteleone se sentó acerca de Aminta.

Toda la fuerza, toda la enerjía de su voluntad no pudo triunfar de la ajitación violenta que se apoderó de él cuando dirijió la palabra á la jóven. Aquel corazon lleno de amor no oponia ya mas que unos diques muy flojos al torrente de su pasión tan largo tiempo comprimida, y pronto en fin á desbordar.

Aminta misma se ruborizó y turbó al reconocer en la vibración de la voz de aquel hombre la viva emoción que sentia.

La conversacion se hizo jeneral, y la señora Rovero habló al conde de su proceso, cuya lectura acababa de hacerles el señor de Maulear, con su acostumbrada bondad.

El conde saludó con la cabeza al marqués, como para darle gracias por el trabajo que se habia tomado; y Maulear volvió la suya sin afectación para no hallarse obligado á volver el saludo al conde.

Monteleone no dió señales de haberlo notado.

Aminta conoció que un silencio mas prolongado de su parte seria descortés, y dijo al conde:

— Durante la prision de usted en el castillo del Huevo, señor conde, hay un episodio muy terrible, á lo que parece, pero cuyos detalles no se esplican en el *Diario*.

— Es sin duda porque el *Diario* no los ha sabido, señorita,— respondió Monteleone;— y aunque hubiera podido inventarlos como todos los periódicos, parece que se ha abstenido, y quizás no habrá hecho mal, pues toda la imajinación del redactor se habria quedado muy atrás de la verdad.

Y el conde hizo la relación de la terrible aventura del calabozo, simplemente y sin exajeración, sin esa ponderación de la desgracia que parece implorar la piedad y enternecimiento de los oyentes.

Aminta no perdía un solo detalle; sufría con el preso y esperaba con él, siguiendo todos los incidentes de la narración y dejando aparecer la compasión profunda que le causaba un acontecimiento semejante.

La señora Rovero mostraba el mismo interés que su hija, y Monteleone era en aquel momento el héroe de la quinta.

Las prevenciones de Aminta se desvanecían por momentos en presencia de Monteleone, como los vapores matutinos se disipan á los primeros rayos del sol.

Maulear, frio y silencioso, escuchaba al conde, miraba á la jóven, y su frente se ensombrecía á medida que la de Aminta parecia esclarecerse; pero percibiendo ella muy presto



las impresiones penosas que sentia el marqués, dirigió hácia él todas sus atenciones, y entonces Monteleone se puso á su turno sombrío y triste.

El dia entero se pasó para los dos rivales en esas alternativas de temor y esperanza, de sufrimiento y de dicha; pero la situacion era muy tirante para que durase mucho tiempo de aquella manera. Aquellas pocas horas de compresion habian parecido siglos á los dos adoradores de Aminta, y cualquiera que hubiese podido leer en el fondo de sus corazones ulcerados, hubiera comprendido que una sola chispa debia provocar la esplosion.

Algunos amigos y vecinos de la señora Rovero, que no habian vuelto á parecer desde la noche del baile, se aventuraron en fin á venir á la quinta, y Gaetano Brignoli llegó por la tarde tambien.

Todos le querian por su franqueza y amable vivacidad; todos le acogian como él acogia á todos, con la alegría en el rostro y la confianza en el corazon.

Malear, que no tenia ya prevenciones contra él, estuvo tan afectuoso con el jóven, como frio y reservado la última vez.

La *bella rosa blanca de Sorrento* hizo á Gaetano las mas vivas reconvenciones sobre el olvido de su promesa.

— Tú mismo debias venir á traerme las noticias de mi hermano Tadeo, el dia siguiente de la vista de la causa del señor conde, — le dijo ella, — y te has contentado con escribirme. ¡Pero los hermanos como el mio, y los amigos como tú, son unos ingratos que no merecen el interes que tenemos por ellos!...

Y luego, como un niño que hace la paz con otro niño, se llevó á Gaetano junto á la ventana y se pusieron á hablar en voz baja.

La noche que aproximaba se anunciaba brillante y pura, el aire era tibio y suave; la brisa del mar penetraba en el salon de la quinta, refrescando la atmósfera y embalsamándola de las vivas emanaciones que despiden las olas.

— ¡Qué noche tan magnífica, señor marques!... — dijo á Malear el conde de Monteleone acercándose á él; que miraba á las estrellas como empezaban á brillar en la bóveda celeste.

Era la primera vez que el conde dirigia la palabra directamente á Enrique, y este se estremeció como debe estremecerse el soldado que oye la primera señal del combate; pero esta conmocion fué corta, y saludando al conde con afabilidad le respondió:

— ¡Una noche de invierno en Italia... señor conde, que contaria por una noche de primavera en Francia!

— ¿No halla usted que esta hora es el verdadero momento de pasear en este país? — dijo Monteleone. — Ese reposo completo de la naturaleza, ese silencio elocuente de la noche, ... todo invita á la confianza... todo hace desear el aislamiento y la soledad.

— Señor conde, — dijo Malear, — ¿quiere usted hablar de una media soledad... de una soledad á dos, verbigracia?...

— ¡Sin duda, — respondió el conde, — eso precisamente es lo que yo queria decir!

— ¡Yo tambien, — dijo el marques, — y estoy pronto á seguir á usted, si le place!

— ¡Vamos pues, señor, — respondió Monteleone, — nunca me ha parecido la noche tan hermosa... y tendré un placer en dar un paseo con usted!

Y esos dos hombres que tenian la rábia en el corazon, esos dos hombres que el uno era una barrera impenetrable para la felicidad del otro, que amaban á la misma mujer con un igual amor, salieron del salon resueltos á disputársela hasta el último aliento, pero salieron con la sonrisa en los labios, con el aire contento de dos amigos que irian á confiarse sus secretos bajo las frondosas arboledas del campo. Aminta sola notó su salida y se puso estremadamente pálida, teniendo que apoyarse en la ventana por temor de desmayarse.



---

## TRES RIVALES.

---

XXVI.



El conde de Monteleone y el marques de Malear entraron en una vasta y hermosa calle de árboles, sobre los que caían los rayos plateados de la luna.

— Señor marqués, — dijo el conde á Malear, — ¿no le ha sucedido á usted algunas veces el soñar con los ojos abiertos?... ¿El trasportarse con la imaginacion y la voluntad á un porvenir lejano... y leer en él los futuros destinos con todas las probabilidades dichas ó contrarias,... con sus placeres ó con sus pesares?...

Hé ahí lo que me sucede á mí frecuentemente, sobre todo en mis dias aciagos... ¡y desgraciadamente no conozco mas que esos hace largo tiempo!..

Así es que, cuando me hallaba encerrado en un calabozo oscuro, no hace mucho tiempo aun, sin mas perspectiva que una sentencia inicua.. y el hacha del verdugo por desenlace de mi triste drama, mi ángel de la guarda, sin duda (pues yo creo en los ángeles, señor marques) ¡me envió una vision llena de brillo y hermosura!... Me creía transportado bajo la verde sombra de los mirtos y naranjos, respiraba un aire impregnado de balsámicos olores, y cerca de mí, con su mano entre la mia y su corazon contra el mio... veía una dulce y encantadora jóven que debia ser mi compañera, mi guia, en esta mísera vida... ¡finalmente, el ángel de que acabo de hablar!... Pesares, tormentos, inquietudes, calabozo, jueces y verdugos, todo desapareció á mis ojos... y gozaba entónces con delicia de aquella vision celestial, diciéndome que: ¡para realizar un sueño semejante, no seria mucho el dar uno su sangre y su vida!... ¿No piensa usted lo mismo, señor marques?

— Lo pienso con tanto mas fundamento, señor conde, — respondió Malear, — cuanto que la vision que le ha creado á usted su rica imaginacion, el acaso, ó mi buen jenio protector, (pues tambien yo creo en los jenos, señor conde,) me la ha presentado á la vista, y sobre todo á mi alma, no como á usted en el delirio de un sueño, sino en realidad!... He visto las sombras verdes que describe usted tan bien, he respirado los dulces olores de que usted habla, y finalmente ¡he hallado la mujer con quien usted ha soñado!... La he hallado un dia que mi corazon no la buscaba; bella con una hermosura que jamas habia imaginado, dotada de tantos encantos y poseyendo tanto candor y virtudes, que me he preguntado muchas veces si pertenecia al cielo ó á la tierra!..



Entonces, señor conde, los primeros extravíos de la vida, las pasiones efímeras de una juventud loca..., todo se ha desvanecido ante un solo pensamiento; el pensamiento de unir mi suerte á la de la criatura adorable que acabo de describir, y me dije como usted: ¡que no sería mucho el dar mi sangre y mi vida por obtener una dicha semejante!

— Señor marqués, — repuso Monteleone indicando á Maulear una calle mas oscura, y en la que los rayos de la luna penetraban apenas por entre las ramas de los árboles, — ¿no piensa usted que haríamos bien en continuar esta conversacion mas á la sombra que á la claridad?... pues las palabras no tienen necesidad de la luz, y me parece que ni uno ni otro desamos vernos los rostros para juzgar la espresion que producen...

— Como usted guste, señor, — respondió Maulear; y entraron en la calle oscura.

— Señor marqués, — prosiguió Monteleone, — la divinidad de mi sueño, y el objeto de la pasion de usted tienen tal analogia, que no puedo ménos de creer que nos arrodillamos delante del mismo altar, y que damos incienso al mismo ídolo.. Pero si así fuese, señor, le declaro á usted que disputaria mi quimera como sin duda disputará usted su realidad.. ó mejor dicho, confundiéndolas ambas en una sola persona, le diré á usted esto: La suerte ha puesto á dos hombres de corazon en el mismo camino; los dos corren por alcanzar el mismo objeto; uno solo debe conseguirlo,... pero para eso es preciso que pase sobre un cadáver, ¡y ese cadáver será el de usted ó el mio!

— ¡Nos hemos comprendido, señor conde! — respondió Maulear. — Adoramos el mismo ídolo; pero lo que acaso ignora usted es que los homenajes que tenemos que ofrecerle son diferentes... ¡y que tengo derechos que usted no tiene!

El conde se estremeció; una palabra sola iba á destruir todas sus esperanzas. De consiguiente vaciló por algun tiempo, y luego dijo con voz conmovida:

— ¿Le ama ella á usted?

Sin responder el marqués á una pregunta tan directa, dijo:

— La señorita Aminta Rovero (pues ese nombre está demasiado grabado en nuestros corazones para que no le pronuncien nuestros labios), la señorita Aminta conoce ya mis sentimientos por ella, pues he tenido el honor de ofrecerle mi nombre y mi mano.

— ¿Y los ha aceptado? — dijo Monteleone cada vez mas turbado.

— ¡No... — respondió lealmente el marqués, — pero me ha hecho esperar que los aceptaria un dia!

— En ese caso no hay aun nada perdido; — respondió el conde con alegría. — Señor de Maulear, ¡usted tiene en su favor lo pasado... yo cuento con el porvenir!... Si yo poseyese el talento y la gracia de un jentilhombre frances, acaso le propondria á usted una lucha cortés, contando con mis esfuerzos, con mis atenciones y con mi amor, para triunfar del amor de usted, de sus esfuerzos y atenciones; pero reconozco mi inferioridad, y por eso necesitamos otra clase de lucha, no quiero esponerme á los riesgos de una rivalidad peligrosa. (Y añadió bajando la voz:) No es el uno y el otro quien debe presentarse á la señorita Rovero, ¡es el uno sin el otro!... Usted solo, ó yo solo; ¡por eso decia yo hace poco que hay aquí una vida de mas!

— ¡Muy bien, señor! — respondió Maulear; — ¿un duelo á muerte?... le acepto. Pero no puedo dejar de hacer observar á usted que al ménos es preciso que ese duelo aproveche á uno de los dos; y no pienso que la señorita Aminta consentirá en dar la mano á aquel de nosotros que haya derramado por ella la sangre del otro.

— Caballero, — dijo Monteleone, — desde el momento en que mi proposicion es aceptada por usted, su ejecucion y el misterio que debe rodear nuestro proyecto serán de mi cuenta, si usted gusta, y voy á someter á usted el plan.

— ¡Veamos! — dijo friamente Maulear.

— Salgamos de esta calle, — dijo Monteleone, — y dirijámonos hácia aquella espesura de árboles que hay allí.

Y Monteleone mostraba á Maulear un bosquecillo que conducia al mar; cuando llegaron á él continuó:

— A la falda de esta cuesta hay una pequeña ensenada en la que se halla amarrada una es-



pecie de góndola como las de Venecia, embarcacion frágil y de placer que hizo construir el señor Rovero para los paseos de su familia. Mañana, á esta misma hora, nos encontraremos en este bosque, iremos á la ensenada, nos meteremos en la barquilla de que acabo de hablar; y saliendo al mar, colocados entre el cielo y el agua, sin otro testigo que Dios para nuestro derecho y nuestros golpes, veremos lo que el acaso decide de nosotros... ¡Y la barquilla, lanzada al mar por dos hombres, volverá á ser conducida á la ensenada por uno solo!

Malear no pudo ménos de mirar con espanto aquel hombre que le detallaba tan friamente ese plan terrible y audazmente concebido, y no era porque le faltase va'or; pero la forma que toma la muerte aumenta muchas veces su horror natural, y el mismo que presentaría su pecho sin palidecer á la pistola de su adversario en el fondo de un bosque, se estremecería con la idea del mismo duelo en medio de las olas, con el mar por sepultura.

— Pero todo ese aparato novelesco, — replicó Malear, — todo ese drama marítimo que quiere usted representar, ¿son indispensables para conseguir nuestro objeto? ¿No produciría el mismo efecto y resultado un encuentro secreto entre nosotros? ¿No podríamos batirnos dentro de algunos dias con mayor seguridad que en estos lugares?

— No, señor marqués, — respondió Monteleone, — mi mision en la quinta debe prolongarse hasta la vuelta de Tadeo Rovero, y no podría marcharme sin despertar sospechas. Por otra parte dentro de dos dias la partida no seria igual entre nosotros, pues mi lealtad me manda declarar á usted que Tadeo me ha prometido la mano de su hermana, y que la influencia que tiene sobre su madre y ella podria decidirlas en mi favor. No obstante, si usted quiere correr el peligro que le prevengo, no me toca á mí el oponerme.

— ¡Jamás... jamás! — exclamó Malear, acordándose de las confidencias que le habia hecho Tadeo sobre sus proyectos de union entre Aminta y el conde. — Y le declaro á usted que disputaré la que amo hasta el pié del altar mismo.

— Evitemos, pues, todo escándalo, — dijo Monteleone; — la muerte del que sucumba puede esplicarse fácilmente por una imprudencia ú otra causa natural cualquiera; y, como usted mismo decia hace poco, nunca dejaremos nacer en el espíritu de la que amamos el pensamiento de que la dicha del uno de nosotros haya podido costar la vida al otro.

— ¡Sea, señor, todo lo acepto, y hasta mañana! — dijo Malear.

— ¡Hasta mañana! — respondió el conde.

Y los dos enemigos entraron en la quinta tan tranquilos y tan libres de espíritu en apariencia, como si hubiesen hecho juntos un simple paseo de amistad.

Cuando aparecieron en el salon, trabajaba Aminta cerca de su madre; pero los ojos de la jóven se dirijian sin cesar hácia la puerta y parecia esperaban con ansiedad la vuelta de los dos paseantes.

Sus mejillas se colorearon lijeramente á su llegada.

El conde se acercó á ella suplicádola que le hiciese oír su preciosa voz de la que decia haber conservado un agradable recuerdo. Aminta se puso al piano; pero apenas habia modulado algunos sonidos cuando se vió abrir la puerta y aparecer Scorpione, que se deslizó á los piés de la jóven acurrucándose como lo hacia en otro tiempo, pero sin atreverse á levantar los ojos para mirarla; pues desde el escándalo nocturno causado por él habia caido en la desgracia de su ama, que no le dirijia siquiera la palabra.

Como el conde conocia á Scorpione desde su primera residencia en Sorrento, no pudo reprimir un movimiento de horror al descubrir los estragos que habia causado la cauterizacion en un ser tan desgraciado ya; pero lejos de enfadarse Tonio pareció muy contento de volver á ver á Monteleone, y se lo espresó por algunos jestos.

Gaetano, que habia estado ausente del salon, entró en este momento, y á ruegos de la señora Rovero cantó con Aminta dos duos napolitanos. Pero el jóven parecia dominado por una emocion extraordinaria, su voz estaba trémula y tuvo que hacer un esfuerzo violento para concluir su parte. Pocos minutos despues cada uno se retiró á su aposento.

El dia siguiente se pasó de una manera embarazosa para todos los habitantes de la quinta de Sorrento; les rodeaba una atmósfera de tristeza como esas nubes sombrías que parece bajan hasta la tierra y pesan sobre ella al aproximarse la tempestad.



El conde de Monteleone era el único que parecía dueño de sí mismo, y redoblaba sus esfuerzos para vencer la apatía jeneral, que se apoderaba tambien de Malear.

Una diferencia sensible se notaba en esos dos hombres, enemorados perdidamente de la misma mujer, y que el uno de ellos debía perderla para siempre dentro de algunas horas. El conde no quitaba los ojos de ella, y parecía hacer una provision de dicha para la eternidad... mientras que Enrique, triste y pensativo, apenas se atrevia á levantar los ojos hácia Aminta temiendo sin duda aumentar así su dolor y sus pesares, ó ver disminuir su valor en el momento del peligro.

Aminta se halló repentinamente indispuesta al anochecer, y se retiró á su aposento, pero como la señora Rovero se hallaba acostumbrada á esas lijeras indisposiciones, se sentó tranquilamente á una mesa de revesino con el señor Brignoli y otras dos personas.

Monteleone y el marqués se hicieron una señal misteriosa, y dejaron el salon á poca distancia uno de otro.

La noche estaba ménos bella y brillante que la precedente; el disco de la luna se cubria á veces, el viento soplabla en los altos árboles del parque, y toda la naturaleza ajitada parecia ponerse en relacion con las emociones que reinaban en los corazones de los dos enemigos. El cielo pardo y sombrío formaba un cuadro armonioso con la escena terrible que se preparaba.

Las nueve daban en la iglesia de Sorento, cuando los dos enemigos se encontraron en el bosquecillo que hemos descrito mas arriba; el conde venia embozado en un capote, y traía un cofrecillo bajo el brazo.

Los dos bajaron juntos á la orilla, y hallaron la góndola de la familia Rovero.

Esta barca, bastante larga como todas las de Venecia, á cuya imitacion se habia hecho, tenia en la popa una pequeña cámara cerrada herméticamente, donde se refugiaban las señoras cuando el mal tiempo venia á turbar una partida de placer.

Los dos hombres unieron sus esfuerzos para separar la góndola de la orilla, lo consiguieron y se colocaron en ella. Luego, el mas robusto de los dos apoyó el remo vigorosamente contra el ribazo, y la barca se lanzó en el mar.

En el momento en que se separaba de la orilla se oyó una carcajada estrepitosa que salia del bosquecillo; los dos rivales se miraron con sorpresa y hasta con un estupor secreto, pues les parecia que el demonio se reía de la mala accion que iban á cometer.

En efecto era un demonio, verdadero espíritu del mal sobre la tierra, que, siendo testigo oculto de todos los preparativos de esos dos hombres, y reconociendo en la forma el cofrecillo los objetos que se encerraban en él, daba un grito de gozo al ver el crimen que se preparaba.

¡ Ese demonio era Scorpione !... ¡ El horrible rival secreto de Monteleone y Malear !

Las bellas ondas azules del Mediterráneo habian tomado aquella noche el color sombrío del cielo; el viento las ajitaba, y como un vasto cementerio cuyas tumbas se abriesen para recibir á sus frios habitantes, se dividian bajo la quilla de la barca ofeciendo á cada golpe de remo una nueva sepultura para aquel que les destinaba la muerte !

Los dos adversarios cesaron de remar á unas trescientas brazas de la costa, y sacando los remos del mar, los colocaron á un tiempo dentro de la góndola.

Sin decir una palabra, sin dirijirse una mirada, sacaron las pistolas del cofrecillo y las armaron despues de haber examinado los cebos.

— Caballero, — dijo Monteleone á Enrique, — doy á usted mil gracias por el honor que me hace aceptando mis armas.

— Las armas del conde de Monteleone no son de aquellas que se rehusan, — respondió el marqués.

— ¡ Es una mano leal la que las presenta !

— ¡ Es una mano leal la que las recibe !

Estas fueron las únicas palabras que pronunciaron.

Enseguida partieron la distancia y fueron á colocarse á los dos extremos de la barca; el conde se quitó el sombrero, y Malear hizo lo mismo.



Los dos alzaron las llaves y apartaron la ropa que cubría sus pechos; luego elevaron las pistolas á la altura de sus rostros, estendieron los brazos, apuntaron, y el dedo en el gatillo iba á disparar la muerte.....

La puerta del camarote se abrió repentinamente... y se apareció Aminta en medio de la Góndola, seguida de Gaetano.

Las armas cayeron de las manos de ambos rivales, y sobrecojidos de espanto y sorpresa miraron aquella aparicion increíble, sin conocerla de pronto... No se escapó de sus labios un solo grito; pálidos é inmóviles se creían en presencia de alguna criatura divina que bajaba hácia ellos como el ángel de la paz, para arrancarles á la muerte.

La voz de Aminta, llena de terror y toda trémula, resonó en medio de las olas como un eco celeste, y sacó á los dos del éxtasis en que se hallaban.

— ¡ Señores,—les dijo,— yo podia haber detenido mas presto ese duelo atroz, duelo cuya idea sola me horroriza!... pero si no hubiese estado á punto de cumplirse, quizás hubieran negado ustedes su proyecto, y algunos dias despues se habria llevado á cabo!... Gracias al aviso de Gaetano, mi amigo de infancia, que sorprendió ayer noche vuestro designio funesto, he podido oponerme á él, y doy gracias á Dios!...

He querido que mi presencia aquí fuese grave y solemne, para que no renueven ustedes jamas una accion semejante, para que en presencia de la muerte que iba á presentarse, y en presencia de Dios que escucha y nos ve, conozcan ustedes mi resolucion y voluntad suprema.

¡ Yo no soportaria una vida que hubiese costado la vida de un hombre... y vengo á suplicar á usted, señor de Monteleone, á nombre de los manes venerados de su padre; y á usted, señor de Maulear, á nombre de cuantos le aman en este mundo, que me juren será respetada por su adversario la vida del que elija por esposo!

— ¡ No nos pida usted un juramento semejante, señorita! —dijo Monteleone.

— ¡ Dejados morir ántes! —añadió Maulear.

— ¡ No serán ustedes los que mueran, sino yo! —respondió Aminta,—pues si no me dais vuestra palabra de obedecerme, me precipitaré en el mar!

Y la enérgica jóven puso el pié sobre el borde de la góndola.

— ¡ Lo juramos!... —esclamaron á un tiempo Monteleone y Maulear, corriendo hácia ella para detenerla.

— ¡ Gracias, señores, gracias!.. —repuso Aminta,— confio en vuestro juramento!

— ¡ Conde de Monteleone, añadió, el señor de Maulear me ha salvado la vida;.. mas tarde sabrá usted cómo me ha ofrecido jenerosamente proteger con su nombre mi honor comprometido por una fatalidad... ¡ Mi mano debe pues pertenecer al señor de Maulear, y yo se la doy!

El marqués se arrojó á los piés de Aminta.

— En cuanto á usted, señor conde,—continuó ella dirijiéndose á Monteleone, con una expresion indefinible de tristeza,—no puedo ofrecerle mas que una estimacion profunda y mi amistad.

— Señorita,—respondio Monteleone con una voz llena de dignidad, pero tambien llena de desesperacion,—acepto el bien precioso que se digna usted ofrecerme... y en cuanto al hombre que tiene la dicha de dar á usted su nombre, en adelante es sagrado para mí.

Y luego, haciendo un esfuerzo sobrehumano, presentó la mano á Maulear.

La góndola habia sido impulsada por las olas dulcemente hácia la orilla... y pocos instantes despues entraban en la quinta silenciosamente todos los actores de esta escena.

La señora Rovero que habia ignorado lo que pasó an aquella noche, recibió el dia siguiente una carta de Monteleone, escusándose de haber partido súbitamente de Sorento sin despedirse de ella.



---

---

# MATRIMONIO.

---

XXVII.



ADA puede pintar la explosion del dolor del conde cuando se halló solo en el coche magnífico que le había conducido la víspera lleno de dicha y esperanza á la quinta de Sorrento, y que le volvía ahora triste y desesperado á Nápoles.

El conde había vencido á su misma naturaleza, y era una victoria incomparable la que conseguía este hombre á quien sus pasiones ardientes arrastraban siempre.

Esta vez aun había sido dueño de sí mismo, dueño del furor que le causaba el triunfo de su rival, dueño del pesar profundo que sentía en el naufragio cruel de sus esperanzas. Pero cuando se alejó de Sorrento, cuando se despertó por decirlo así del entorpecimiento en que se hallaba sumergida su alma... el hombre de la cabeza exaltada, el hombre del corazón de fuego, apareció todo entero.

— ¡Estaba loco... estaba loco cuando he cedido á otro toda mi dicha! — exclamaba él. — ¡Estaba mas loco aun cuando juré dejar la vida al que me arranca á mí mas que la vida!... ¡pues él despedaza mi alma, la atormenta, la mata! ¡Cuánto te echo de ménos, mi pobre calabozo!... ¡Allí aun tenía sueños de amor... y si la muerte me hubiese arrebatado en el abismo donde me habían sumergido, habría llevado al ménos la esperanza de un porvenir destruido ahora para siempre!!...

Y por las mejillas de este hombre de acero corrieron dos arroyos de lágrimas, mejillas por las cuales habían corrido muy pocas veces.

El día siguiente á la noche en que Monteleone había vuelto á Nápoles, se hallaba sentado en su gabinete delante del retrato de la víctima de Carlos III, del santo mártir de su conciencia, como él llamaba al venerado autor de sus días, mirando la noble imájen con un respeto lleno de ternura.

Ya hemos dicho la fe casi supersticiosa que tenía el conde en la protección que atribuía á su padre para todos los acontecimientos de su existencia. Le hemos visto invocándole cuando las aguas del mar iban á sumergirle, y luego resignarse á la muerte con la piadosa idea de que su padre le llamaba á sí.

Todas las veces que un peligro amenazaba á Monteleone, siempre que le acontecía una



dicha inesperada, ó que un infortunio venia á hacer su vida mas amarga, siempre volvía sus miradas hácia su padre.

Creía que su alma santa cernia sobre él sin cesar; y confiado en ese apoyo celeste se entregaba á las contingencias de acá abajo, sin evitarlas ni temerlas.

Con los ojos fijos en aquella imagen adorada, un pensamiento consolador se presentó de repente en el espíritu de Monteleone. Subyugado por el amor infinito que le inspiraba Aminta, se acordó de que ese amor habia casi borrado de su mente los deberes políticos á que se hallaba empeñado, y le pareció que la causa á la cual habia consagrado su vida se habia disminuido singularmente para él desde su terrible proceso.

— ¿Seriais vos, padre mio, — exclamaba él, — quién no habeis querido que los intereses de mi corazon perjudicasen al porvenir de los deberes que me encomendó vuestra muerte?... ¿O habeis temido acaso que arrastrase á mis peligros el ángel á quien queria consagrar mis dias?... Si es por vuestra voluntad, padre mio, que sufro los dolores que siento... si es porque reserve mi enerjía para la causa que defiendo... ¡bendito seais, por el mal que siento... no me faltarán fuerzas para soportarlo! Antes de poco volveré á ver esos hombres que me han confiado su porvenir, y cuyas inquietudes acerca de mí me ofenden y hieren... Les haré conocer mis resoluciones, y entónces sabé si debo continuar mandándoles, ó marchar solo en la via que me propongo seguir.

En este momento se abrió la puerta de su gabinete y apreció en él un hombre, ó mejor dicho un espectro, segun lo alteradas que se hallaban las facciones de este hombre por el cansancio y abatimiento.

El extranjero se arrojó en los brazos del conde.

— ¡Tadeo!... — exclamó Monteleone. — ¡Qué te ha sucedido, Dios mio!... ¡qué palidez en tu rostro, y que señales de llanto en los ojos!...

— ¡Amigo mio... — respondió Tadeo, — *la Felina* no me habia engañado mas que en un dia... pero ella misma se habia engañado! Ella me habia dicho: *¡Mañana me amaréis ménos!*... y en el dia no la amo ya!... ¡Conque ya ves que he hecho mas de lo que ella esperaba!...

Y se dejó caer en un sillón, con el corazon despedazado prorrumpiendo en sollozos amargos.

— ¡Habla... habla! — dijo Monteleone, olvidando su pesar al ver el de su amigo.

— Yo me habia resuelto á seguirla y conocer su retiro á todo trance como te lo habia escrito, — dijo Tadeo; — y la hubiera seguido al cabo del mundo si era preciso. Dejando el caballo que habia tomado en una calle inmediata al teatro, fuí á colocarme cerca de la puerta por donde presumía que que la Felina debia pasar. Me hallaba esperando hacia una hora cuando ví acercarse una silla de posta; y al cabo de pocos instantes salió del teatro una mujer seguida por un criado. Despues de haber mirado con ansiedad en derredor suyo, despues de haberse asegurado que nadie la espiaba, subió en la silla de posta; el criado se colocó en la trasera del coche, y el postillon arreó vigorosamente á sus caballos, que partieron á galope.

Yo monté en mi caballo y seguí el coche, manteniéndome siempre á unos doscientos pasos de distancia, guiado por las linternas que llevaba el carruaje.

La silla de posta habia tomado el camino de Roma, relevando los caballos á cada parada; y yo me mantenía retirado durante ese tiempo para volver á proseguir mi carrera. Hicimos así mas de quince leguas; pero al llegar al cuarto relevo se rompió el eje del coche, y no pudiendo el postillon contener los caballos por la rapidez del movimiento, fué arrastrado hácia un barranco donde cayeron todos.

Olvidando la prudencia en presencia del peligro de la que adoraba, corrí hácia la silla de posta, abrí al momento la partezuela, y saqué desmayada en mis brazos á la persona que se hallaba en ella. La llevé sobre el camino, aparté su velo para hacerla respirar mas libremente, y di un grito de rabia y de dolor... ¡La mujer que estrechaba contra mi corazon no era *la Felina!*...



El grito que se escapó de mis labios hizo abrir los ojos á la desconocida, que mirándome toda asustada me dijo :

— ¿Quién es usted... y que quiere usted de mí, caballero?

— He pensado salvar á *la Felina*, — respondí, — que pensaba hallar aquí.

— ¿*La Felina*?—me dijo ella.—¿Era *la Felina* la que pensaba usted salvar?

— Sin duda, señora,

— ¿Y el caballero que nos seguía (según me ha dicho el criado que me acompaña en el último relevo) era usted?

— Yo era, señora.

Aquella mujer ajitó todos sus miembros para asegurarse de que no estaba herida, y levantándose luego me miró con el aire más irónico que darse puede, y me dijo riendo á carcajadas :

— ¡El chasco ha sido excelente... convenga usted en ello!..

— ¿Qué chasco?—pregunté yo.

— El que *la Felina*, mi ama, pega en este momento á todos sus adoradores (me respondió); y de los cuales á lo que veo es usted el más ardiente...

Yo miré á esta mujer con aire tan confuso, y el dolor se debía pintar de tal suerte en mis facciones, que ví en las de la extranjera un sentimiento de compasión.

— ¡Pobre joven!—me dijo ella;—¿con que usted le ama tanto?

— ¿Que si le amo?—le dije;—¡pero es mi vida... y el perderla será mi muerte!..,

— ¡Vaya que no se morirá usted!—repuso la viajera.—Si todos los que han dicho otro tanto respecto á mi ama se hubiesen muerto por ella, se parecería Nápoles á las catacumbas de Roma... Venga usted, venga usted conmigo hasta la casa de posta, pues ahora siento un vivo dolor en este brazo, que sin duda ha caído en vago, y allí lo sabrá usted todo.

Acompañé pues á esa mujer hasta la casa de postas, y después de haber tomado algunas gotas de un cordial, me dijo :

— Hé aquí los motivos de lo que le admira á usted tanto... Yo debería callarme; pero me parece que ama usted á mi señora de tan buena fe, y un buen mozo que ama sinceramente es tan interesante, sobre todo después de lo que usted ha hecho por mí, que voy á decírselo todo.

Temiendo mi ama que algunos de sus adoradores tuviesen el proyecto de seguirla, y queriendo ocultar á todos el camino que tomaba, tuvo la idea de hacerme partir sola en su coche para Roma, donde me hará conocer su retiro. Usted me ha seguido pensando seguirla, y ya ve usted que ella había adivinado bien, y que ha tenido razón en obrar del modo que lo ha hecho...

— ¿Pero no ha partido aun? — interrumpí yo calculando ya el medio de volver atrás para seguirla de nuevo.

— Ha debido partir de Nápoles una hora después que yo, — respondió la doncella, — y sin duda está ya muy lejos de la ciudad.

— ¿Y viaja así sola por esos caminos tan peligrosos?

— ¡Oh, no! — replicó la doncella, — viaja con *él*!...

— ¡Con *él*!... — exclamé yo, — ¿De quién habla usted, por Dios, quién es *él*!...

— ¡Oh!... en cuanto á *él*, — repuso la criada, — mi señora no me perdonaría nunca el habersele nombrado á usted... y *él*, por otro lado, podría hacerme pagar cara mi indiscreción!...

Yo rogué y supliqué á esa mujer que no me ocultase nada; le di todo el oro que llevaba conmigo, y la prometí diez veces otro tanto, de manera que seducida y vencida me confesó que *la Felina* había debido partir con su amante... ¡Su amante!... ¿lo entiendes?... — prosiguió Tadeo lleno de rabia, — y su amante es el ministro de policía, el duque de Palma!...

— ¡Pérfida como las olas! — dijo Monteleone, con un profundo desprecio; — ¡pobre Tadeo!...

— ¡No me compadezcas ya! — respondió Tadeo con un aceso de rabia espontosa; — era digno de compasión cuando la amaba, cuando había hecho de ella la divinidad de mi alma,



cuando mi amor la concedía una inocencia que mi razón la negaba, pues era tan insensato que pretendía engañarme á mí mismo... Pero ahora esa mujer no es para mí mas que una mujer... ménos que una mujer, la querida de un señor rico y poderoso... ¡la manceba del duque de Palma!... Mi amor debía matarme, pero el desprecio ha matado á mi amor.

Y dejando caer su cabeza sobre el pecho lloró como se llora un amor perdido, cuando ese amor sucumbe en toda la fuerza de su frescura á los golpes de la muerte, ó, lo que aun es peor, bajo las seducciones de otra pasión.

— Amigo mio, —le dijo Monteleone, —el tuyo es un dolor cruel,... ¡pero yo conozco otro mucho mas amargo!...

Y el conde contó á Tadeo todo lo que habia pasado en Sorrento. Los dos amigos se abrazaron de nuevo y confundieron sus pesares: ¡el uno por el amor terrestre! y el otro por el amor celestial!... que era como Monteleone habia llamado sus dos amores al leer la carta de Tadeo Rovero.

El dia siguiente era el dia fijado por Tadeo para volver cerca de su madre, y fiel á la promesa que le habia hecho dejó á Monteleone para ir á Sorrento. La despedida de los dos amigos fué triste y tierna, pues la separacion debia ser larga, porque Monteleone habia resuelto alejarse de Nápoles durante algun tiempo. La proximidad de Sorrento despedazaba su corazón, y volver á ver la persona amada siendo esposa de otro era una cosa superior á sus fuerzas.

Tadeo conocia los motivos del viaje que proyectaba el conde, y si no hubiera sido por su madre habria dejado como él un país que le recordaba tan crueles pensamientos.

— Tadeo, — dijo Monteleone á su amigo, cuando este se preparaba á partir, — tengo que pedirte una gracia... ¡una gracia á la que doy una importancia inmensa, y que quiero deber á tu afecto tierno!... Aquí tienes la magnífica esmeralda grabada por *Benvenuto Cellini*; tómala, y ruega á tu hermana que se digne aceptarla. Dile, que habiéndome ofrecido su amistad, tengo derecho á dirijirla un recuerdo de la mia... (Y luego añadió con voz trémula:) Dile al entregársela que esa sortija me ha salvado la vida... Eso no la dará mas precio á sus ojos, pero tu la confesarás secretamente la historia de ese anillo, y mas tarde será una curiosidad para tu familia.

— ¡No, no! — exclamó Tadeo aplicando la esmeralda á sus labios; — pero será un tesoro inesplicable para nosotros!

Y al obrar así Tadeo, pensaba quizás á pesar suyo en la mujer que habia conservado los dias de Monteleone.

Tadeo partió.

Quince dias despues de su llegada á casa de su madre todo era fiesta en Sorrento. La iglesia estaba adornada magníficamente, brillante de luces, los habitantes de la villa con sus trajes de gala, todo anunciaba un acontecimiento extraordinario.

Las campanas sonaban á vuelo, las jóvenes estaban todas vestidas de blanco, reunidas en el pórtico de la iglesia con ramilletes de flores en las manos, y mostrando en sus semblantes una jovial impaciencia.

Era el dia del casamiento de *la bella rosa blanca de Sorrento* con un noble frances de un nacimiento distinguido: el marqués Enrique de Maulear.

A mediodia corrió la voz entre el jentío reunido en la plaza de la iglesia de que se aproximaba la comitiva de los novios. Todos corrieron á su encuentro, y se vió muy presto parecer á la hermosa Aminta Rovero cojida del brazo de su hermano Tadeo, y seguida de su madre que conducia el marqués de Maulear.

La vista de la encantadora joven, mas blanca que el velo que rodeaba su rostro, mas pálida que las rosas que adornaban su frente, produjo una sensacion jeneral de admiracion; pero á esa admiracion se unia un interes mezclado de tristeza, cuando se notaba la melancolia esparcida por las facciones de la novia.

El marqués mismo parecia experimentar un sentimiento de turbacion é inquietud muy estraña en ese dia, en que todas las emociones deben ser felices, en que todas las inquietudes de la vida se desvanecen ante el risueño porvenir del amor.



¡ Y eso que Malear compraba su dicha por una falta, y que esa falta pesaba sobre su corazón con todo su peso!

Después de la declaración tan noble de Aminta en su favor, después de la resolución de ser suya, tan enérgicamente expresada por ella en el momento de su desafío con Monteleone, Malear había osado menos que nunca hablar á la que adoraba de la carta de su padre. Había dicho simplemente á la señora Rovero que era libre de su persona y acciones, que se hallaba seguro del consentimiento de su padre, y que no dudaba del gozo que le causaría la hermosa alianza que iba á contraer. Y la buena madre se dejó persuadir fácilmente, creyendo asegurar á su Aminta una suerte brillante con este himeneo.

Enrique por su parte, mas enamorado que nunca, y no escuchando mas que su pasión, había escrito á su padre, no el matrimonio que iba á contraer, sino el matrimonio que se verificaría cuando le llegase su carta.

Sin embargo, la carta partió, el matrimonio fué convenido, el día llegó, y Malear había recobrado todos sus temores, no pudiendo pensar sin estremecerse en las consecuencias que podía traer el temerario proyecto que ejecutaba.

En esta disposición de espíritu se dirigió al pié del altar, y no se necesitaba menos que el aspecto encantador de su jóven esposa y la solemnidad de un momento tan grave, para borrar de su imaginación las nubes sombrías que la oscurecían.

El sacerdote bendijo á los desposados, y pocos instantes después la jóven y hermosa marquesa de Malear salió de la iglesia de Sorento dando el brazo á su esposo.

Pero en el momento en que el venerable cura colocaba la mano de Enrique en la de Aminta, resonó bajo el pórtico de la iglesia ese grito terrible que hemos descrito ya dos veces... y un hombre huyó velozmente de la plaza en dirección del mar...

Ese grito dado fuera de la iglesia no perturbó el oficio divino ni fué oído por los desposados... ¡pero desde ese día Scorpione no pareció mas en la quinta de Sorento!





---

# LA DUQUESA.

---

XXVIII.



El mismo día en que se había celebrado el matrimonio en la linda villa de Sorrento, bajaba un hombre de un coche cubierto de polvo y se detenía en el pueblo de *Ceprano*, situado entre la frontera de los Estados romanos y el territorio de Nápoles.

Se le da á *Ceprano* el nombre de villa, pero no es en efecto mas que un lugaron de los Abruces, bastante feo, sucio, y al cual se llega por uno de los caminos mas quebrados y pintorescos de la Italia.

*Ceprano* no mereceria mucho la atencion de los viajeros sin una multitud de maravillas que se hallan en él, y que le valen una reputacion particular y justamente merecida. Esas maravillas no son los encantos de la naturaleza, pues la naturaleza allí no tiene nada qua no sea comun, ni sus palacios ni

monumentos, porque no exi ste ninguno en este lugar; no son pues maravillas artísticas ni arqueológicas, son las maravillas mas magníficas del mundo, ... ¡las maravillas humanas!

Las mujeres de *Ceprano* son quizas las mas hermosas de la Italia.

Su talle, sus facciones regulares y nobles, sus magníficos cabellos negros, retorcidos en espiral alrédedor de sus rostros preciosos, una elegancia de porte verdaderamente antiguo, lo pintoresco de su traje, que participa á la vez de griego y romano moderno, todo eso forma el conjunto mas admirable y seductor.

Sobre todo hay una coquetería particular en las bellas de *Ceprano*, y es la manera graciosa y atrevida con que llevan en la cabeza una especie de cantarillas de forma etrusca, con las que van á buscar agua á la fuente del pueblo, como las hijas de Raquel.

Cerca de esa fuente es dondê los extranjeros van á admirar estas ninfas campestres, y el viajero de que scabamos de hablar había ido allí miéntras que se mudaban los caballos de su coche, segun el uso constante; pero se halló precedido por otro hombre, cuyo aspecto extraño llamó muy presto su atencion.

Aquel hombre podia tener unos sesenta años, y era de una talla mediana y bien dispuesto.

Su rostro debia haber sido hermoso, si se atendia á la pureza de las líneas de sus facciones, que la edad no había alterado aun.



Su peinado solo le hubiera dado el aire un poco caduco y casi ridículo, si ese peinado no estuviese sobre una cabeza llena de distincion y finura. Tenia los cabellos empolvados, y circundaban su rostro á derecha é izquierda unos bucles que se llamaban en otro tiempo de pichon. Llevaba un sobretodo de seda cruzado sobre el pecho, pero no tan herméticamente que ocultase una casaca azul, sobre la que se veía una cruz del órden de San Luis pendiente de una cinta roja.

Sentado entre dos de las muchachas mas bellas de *Ceprano*, les hablaba un italiano sin duda poco intelijible para ellas; pues su especie de patué provocaba unas carcajadas estrepitosas á las pobres criaturas.

— ¡Vaya! — se dijo en frances á sí mismo; — hé ahí lo que resulta de no cultivar las lenguas extranjeras; no puede uno hacerse comprender de los indíjenas, y es lástima cuando se encuentran unas muchachas tan lindas como estas!

— ¿Podria yo servirlos de intérprete, caballero? — dijo el viajero que acababa de llegar, saludando al anciano en su misma lengua.

— ¡Muchas gracias, señor! — respondió el anciano levantándose; — el cielo os envia en ayuda de un bárbaro que degüella sin piedad la hermosa lengua del Taso!... En otro tiempo me servia la pantomima casi tan bien como la palabra cerca de las mujeres bonitas cuando no podia esplicarme de otra manera... Pero no puedo en conciencia rogaros que hagais mi peticion á estas dos jóvenes...

— ¿Pues qué las pediais, señor? — dijo el otro.

— Las pedia solamente el derecho de escribir dos palabras en mi librito de apun taciones de viaje; es una manía que he traído de Lóndres, una nueva estadística de mi invencion, para reemplazar las relaciones fastidiosas de los viajeros. Yo no indico el país por donde paso mas que con una palabra ó una sola frase que me recuerda lo que hallé de mas agradable para mi espíritu, mi corazon ó mi gusto... ¡Mirad, señor, mirad! (añadió sacando del bolsillo un precioso librito de memorias adornado de una corona de príncipe bordada de oro) ¡La Italia entera ocupará dos pájinas á lo sumo!

— Florencia: *flores y museos*.

— Bolonia: *jamonés*.

— Milan: *la Scala*.

— Liorna: *Nada*.

— Roma: *Todo*.

Y ahora queria escribir: *Ceprano*: ¡beso!... para que constase que en este pueblo habia besado las muchachas mas lindas de Italia.

— Si no se trata mas que de eso, — respondió riendo el otro viajero, — en beneficio de una obra tan útil y tan instructiva como la que componeis, me parece que podré conseguir lo que deseais.

— ¿De veras, caballero? — respondió el anciano en el mismo tono. — ¡No sé como pagaros un servicio tan grande!

— Pero no es á vos á quien hago el servicio, señor, — replicó el otro; — es á la ciencia de los viajes que, gracias á vuestra invencion, va á hacerse tan atractiva...

— ¡Mocitas! — dijo á las hermosas muchachas de *Ceprano* en el mas puro dialecto romano; — el beso de un anciano es como una bendicion, y siempre atrae la felicidad á la juventud... ¡Este caballero (añadió designando al viejo de la cabellera empolvada) desea pues procuraros esa dicha!

Las dos muchachas se aproximaron á él con una gracia sencilla, presentaron al anciano sus blancas y tersas frentes, y el viejo las besó en ellas con el aire mas paternal del mundo.

— ¡Gracias, caballero, gracias!... — dijo á su intérprete. — Este será un capítulo que deberé todo entero á vuestra complacencia, y no puedo espresaros mejor mi agradecimiento que dedicándoosle; pero para eso necesito que me hagais el honor de decirme vuestro nombre.

— Escribidme pues, — le respondió el otro: — «Capítulo de *Ceprano*, dedicado al conde de Monteleone...» Pero á mi turno, caballero, — añadió el conde, — ¿no conoceré



por su nombre el autor de una obra tan interesante como á la que acabo de contribuir?

— El escritor que os debe el capítulo mas lindo de su obra, señor conde, — respondió el viejo riendo, — se llama el príncipe de Maulear.

El conde hizo un movimiento brusco de sorpresa; y saludando friamente al príncipe, se alejó.

Un cuarto de hora despues, dos sillas de posta salian de *Cep rano* en distintas direcciones; la del conde de Monteleone tomaba el camino de Roma, la del príncipe de Maulear se dirigía por el de Nápoles.

Sin embargo el conde de Monteleone no iba á Roma, pues cuando llegó al pié de una montaña muy alta y bien poblada de árboles bajó de su coche, y seguido de un hombre embozado en una larga capa, y que hasta entónces habia permanecido sentado en el pescante, se metió por la espesura del bosque siguiendo un sendero pedregoso que cortaba la montaña casi á pico y conducia á la pequeña villa de Frosinona, situada en la cima.

La noche empezaba á venir, y los árboles cuyo follaje precoz se habia anticipado á la primavera, aumentaban la oscuridad que invadia la montaña.

De repente se vió brillar una luz viva á doscientos pasos del sendero, y que se dirigia hácia el sendero que subian Monteleone y su compañero. El conde hizo resonar un agudo silbido, y la luz que venia por medio del bosque avanzó á través de las ramas como un metéoro hácia los viajeros, que encontró muy presto.

Esta luz era una antorcha que llevaba un paisano embozado en una capa parda, dejando apénas ver dos ojos tan brillantes como el fuego de la antorcha.

— ¡ Buenas noches, señor Pignana! — dijo el conde al hombre de la capa parda; — ya ve usted que soy fiel á la cita de San Paolo.

— Los hermanos esperan á Su Escelencia, — respondió Pignana saludando al conde con una profunda inclinacion de cuerpo y cabeza; — y si monseñor gusta seguirme...

— ¡ Pues si no he venido mas que á eso! — respondió el conde.

Y los tres hombres continuaron subiendo la cuesta. Luego tomaron de repente hácia la izquierda, y se hallaron á poco trecho delante de un edificio antiguo y medio arruinado. Dieron vuelta alrededor de las paredes y llegaron á un muro muy elevado donde habia una puertecilla estrecha y baja, delante de la cual se pararon.

Pignana tiró de una pata de ciervo atada á una cuerda fuerte; sonó una campanilla, y la puerta se abrió inmediatamente.

El hombre que apareció tenia el mismo traje que Pignana.

El conde y sus acompañantes atravesaron un largo patio embaldosado, y penetraron bajo un vestíbulo que les condujo á un corredor, y de allí á una vasta sala embovedada que fué el antiguo refectorio del monasterio de San Pablo.

La sala estaba iluminada con algunas antorchas de resina.

En medio de ella habia una gran mesa de encina, y unos treinta hombres sentados alrededor vestidos todos como los que acabamos de describir.

Aquellos hombres se levantaron á la llegada del conde, y se inclinaron respetuosamente.

El conde se sentó y habló así:

— Habeis deseado, señores, verme aun otra vez entre vosotros y he accedido á vuestro deseo, á pesar de los peligros que pueden rodearme aun, pues, sabedlo bien, Roma y Nápoles hacen causa comun contra nosotros... Pero hace largo tiempo que yo mismo deseaba hallarme en vuestra presencia y decidir netamente nuestras posiciones respectivas dirijiéndoos dos cuestiones, como vuestro jefe supremo.

— ¡ Hablad, señor! — respondieron los *carbonarios*.

— Las *Ventas* de la Italia toda, — repuso el conde, — las de Roma, de Venecia, de Milan, de Parma, de Verona, de Turin y de todas las ciudades principales que representais, ¿ han dudado de mí un solo instante?

— ¡ No, monseñor! — dijo uno de aquellos hombres; — pero ha podido temerse que la



suerte funesta que os habia cabido... os hubiese hecho concebir el proyecto de abandonarnos...

— ¿Y de haceros traicion acaso?... — interrumpió el conde con amargura; — venderos como un delator ó como un *espía*?...

— ¡Jamás! — exclamaron todos. — El conde de Monteleone no puede nunca ser un *espía*.

— ¡Gracias, señores, por la buena opinion que os dignais tener de mí! — repuso el Monteleone en tono irónico. — Pero entónces, ¿por qué se me ha pedido esa necia manifestacion pública en el teatro de San Carlo?... ¿No hallais pues que haya dado bastantes seguridades á vuestra causa arriesgando mi vida en la *Venta* de Pompeya, declarándome vuestro jefe?... ¡Yo que soy un hombre de fortuna y que los goces de este mundo podrian hacer dichoso lejos de las pasiones politicas y los peligros que traen consigo!

Pero quiero declarároslo, señores, dos motivos poderosos me guian; mis convicciones, y la sangre derramada de un padre... ¡que no está vengado aun!

Ahora, hé aquí mi segunda pregunta; y pesad bien vuestra respuesta, señores, pues de vuestra respuesta va á depender mi conducta para con vos otros:

— ¿Estan decididas las *Ventas* de Italia á recibir mis órdenes, sin imponerme nunca las suyas?

— Monseñor, — dijo un hombre levantándose, — lo que nos pedís es una completa abnegacion...

— ¡Una abnegacion completa, señor!... y preciso mas mi cuestion pidiendo: una obediencia sin límites, obrar por mí y jamás sin mí, ver por mis ojos, oir por mis oidos, juzgar por mi juicio, y finalmente no ser mas que el cuerpo de una sociedad de la que yo soy el alma.

Un silencio profundo fué la sola respuesta de los *carbonarios*.

— Decidirse, señores, — dijo el conde sacando el reloj; — no tenia mas que dos horas para venir aquí, veros y dejaros... y ya no me quedan mas que algunos minutos.

Los *carbonarios* empezaron á consultarse entre ellos en voz baja, y su conversacion parecia muy animada; viendo el conde que se prolongaba, miró de nuevo su reloj, y todos se volviéron hácia él:

— Monseñor, — dijo el que parecia ser mas importante de aquellos hombres, — ¡declaramos en conciencia, por nuestras vidas y honor, que tenemos fé en Su Escelencia... pero creeríamos escedernos de nuestros poderes y empeñar á nuestros hermanos mas allá de lo que han querido al conferirnoslos, si aceptásemos el papel pasivo que quereis imponer á las *ventas* de Italia.

— Todo se acabó, pues, entre nosotros, señores, — respondió Monteleone levantándose. — He podido creer en mi audacia, en mi resolucíon, en ese poder de voluntad que no me abandona nunca... pero me engañaba suponiendo orgullosamente acaso que podia imponer á todos la confianza que tenia en mí mismo... Creía que jugaba una partida bastante arriesgada esponiendo mi fortuna, mi nacimiento y rango, para tener el derecho de tener yo mismo los dados... pero, pues que vuestro sentir no es ese, señores, me someto á vuestra decision. Fiel á nuestros juramentos y á nuestros principios, sabré defenderlos y servirlos en toda ocasion; pero obrando solo, entónces me conduciré segun me dicte mi libre arbitrio, y no responderé ya de mí mas que á mí mismo.

¡Ahora, señores, adios!... Voy á alejarme de Italia, recorrer la Europa, y buscar un país en cuyas instituciones se hallen los verdaderos elementos de la felicidad de las naciones. Pero por todas partes, como en Italia, me hallaréis siempre *mudo sobre vuestros secretos, decidido por nuestros principios*.

¡Teníais un jefe en el conde de Monteleone, desde este momento no teneis ya mas que un hermano!

Y el conde de Monteleone saludó á la asamblea con ese tono de gran señor que no le abandonaba jamás; hizo una señal al hombre que le acompañaba para que tomase una an-



torcha y le precediese, bajó la montaña de Fresinona, volvió á subir en su coche, y partió de nuevo hácia la ciudad eterna.

— Esos hombres son unos locos que me habrian perdido sin provecho para la causa; — se dijo entre sí cuando se halló solo. — Y por otra parte, un Monteleone manda y no obedece.

El dia siguiente á la reunion en San Pablo, el conde bajaba de su coche al anochecer, y cada dia mas triste á medida que se alejaba de Nápoles, trataba de olvidar sus pensamientos por la agitacion y la fatiga de la marcha.

Empezó pues á pasearse atravesando la pequeña villa de *Ferentino*, perteneciente ya á los Estados romanos, cuando al pasar cerca de una iglesia creyó oír en el interior los cánticos religiosos. Monteleone tenía en el fondo del corazon una piedad tierna que se despertaba siempre al aspecto de un santo lugar; de consiguiente penetró en la iglesia.

El órgano sonaba, y el altar mayor estaba iluminado con profusion.

Algunos fieles oraban acá y allá, percibiéndose á la claridad de las luces unas estatuas sobre las tumbas.

Dos personas estaban arrodilladas delante del altar mayor, y un sacerdote iba á unir su suerte.

Monteleone se acercó al altar por uno de los costados de la iglesia; pero el recojimien- to y la posicion de los novios, ambos con la cabeza inclinada] delante del sacerdote que los bendecia, no permitieron al conde descubrir sus facciones.

Y sin embargo, una viva curiosidad se había apoderado del conde, pues no era un simple himeneo de lugar el que se celebraba. Los ricos eucajes de la mujer, y el aire de distincion del que se unia á ella, todo anunciaba uno de esos matrimonios secretos que se contraen entre la jente elevada, y que un motivo oculto los obliga á celebrar bajo los arcos de la capilla de un pueblecillo, ó en el oratorio retirado de un palacio.

La ceremonia se terminó; los dos esposos se retiraron del altar y bajaron por la nave de la iglesia dirigiéndose á la puerta, donde acababa de pararse un rico coche de viaje.

En el momento en que los esposos iban á atravesar el umbral de la puerta del templo, la novia levantó el velo y sus ojos se fijaron en un hombre que se hallaba de piés junto á la pila del agua bendita.

Los rayos de luz de una lámpara inmediata daban de lleno en el rostro de aquel hombre.

La jóven mujer, estupefacta, trémula y fuera de sí, percibió que la faltaban las piernas... ¡ y apéaas pudo retener una exclamacion dolorosa, partida del fondo de su alma !

Acababa de ver al conde de Monteleone; y Monteleone por su parte habia reconocido en el nuevo esposo el duque de Palma, ministro de policia de Nápoles, y en la que acababa de hacer duquesa... ¡ la prima dona del teatro de San Carlo, *la bella Felina!!*.....

Así, pues, los dos ánjeles que el conde habia visto en su éxtasis celestial sobre la tumba de su padre, y parecian disputarse su vida, *Aminta* y *Felina*; estas dos mujeres de las cuales adoraba la una y era adorado de la otra... ¡ Esas dos mujeres no eran ya libres !

¡ *Aminta* se habia casado por deber !

¡ La *Felina* por razon !





## EL PADRE.

XXIX.



CHO días despues del encuentro del príncipe de Maulear y el conde de Monteleone en el pueblo de *Ceprano*, entraba en Nápoles por el camino de Roma una silla de posta seguida de una especie de furgon; y despues de haber atravesado rápidamente la ciudad acompañada del chasquido de los postillones, la silla de posta y el furgon se dirijieron á la embajada francesa.

La cabeza empolvada de un anciano apareció en la ventanilla del coche, y el portero de la embajada respondió á la pregunta que le habia dirijido el viajero:

— « El señor marques de Maulear no vive ya aquí, porque » su aposento de la embajada *era muy pequeño para dos.* »

Y satisfecho el portero por haber hallado una frase que le parecia llena de talento y malicia, saludó al viajero y se vol-

via á su cuarto, pero el extranjero le llamó apresuradamente, diciéndole:

— ¡ Eh, buen hombre! . . . ¡ venga usted. . . qué diantre! . . . ¡ pues si no me dice usted donde vive ahora el marques de Maulear!

— « El marques de Maulear vive en el palacio de *Cellamare*, donde ha alquilado un pabellon en el jardin, cerca de la *Villa reale*.

— ¡ Al palacio de *Cellamare*! — gritó el viajero al postillon de su silla de posta, que volvió á partir á galope.

Pero al cabo de cinco minutos volvió á parecer en la ventanilla del coche la misma cabeza empolvada, gritando:

— ¡ Hola! . . . postillon . . . alto! . . . alto! . . . ¿ No oyes, pícaro? ¡ alto!

— ¿ Qué quiere Su Escelencia? — preguntó el postillon parando los caballos.

— Mi Escelencia quiere que me lleves al mejor parador de Nápoles.

— El mejor parador de Nápoles es la *Vittoria*, entre el puerto y la *Villa reale*.

Y el postillon mentia, pues el parador del *Crocelle* valia mas que el de la *Vittoria*; pero los postillones recibian dos pesos en el parador de la *Vittoria* por cada viajero que conducian á él, y no recibian nada en el de *Crocelle*. De consiguiente la *Vittoria* era el mejor parador de Nápoles para los postillones, si no para los viajeros.



Las palabras enigmáticas del portero de la embajada habían hecho reflexionar al viajero, y motivaron el cambio de dirección.

El aposento del señor marqués en la embajada, había dicho el portero, *era muy pequeño para dos*. Y el viajero se preguntaba á sí mismo: ¿Habrá cedido el marqués á alguna tierna influencia... y preludeará los futuros lazos serios con una reunion cuasi-morganática? En este caso, haria muy mal en apearme de improviso en casa del marqués... No por eso quiero dejar de sorprenderle, pero será mejor hacerlo por una simple visita que no le cause el embarazo y las emociones de una entrada solemne.

La silla de posta se paró delante del famoso *Parador de la Vittoria*.

Dos lacayos y un mayordomo salieron del furgon que acompañaba la silla de posta, y el postillon recibió ocho pesos por el cargamento humano que traía al parador.

En efecto, era en el palacio *Celamarre* donde el marqués había conducido á su jóven y bella esposa, cuatro dias despues de su casamiento en Sorrento; pues alquilaba una parte de él á los extranjeros de distincion.

El marqués había quemado sus navios al escribir á su padre que se había casado sin su consentimiento, y por consiguiente le importaba muy poco que su matrimonio fuese conocido de todo el mundo; y como la jóven marquesa y la señora Rovero se hallaban en la conviccion de que el príncipe de Maulear había autorizado á su hijo para que se uniese á la que había elegido, el secreto que hubiese guardado Enrique sobre su matrimonio no habría sido ni conveniente ni posible.

Entregado enteramente el marqués á su amor, que cada dia se aumentaba mas, gozando de una dicha tan ardientemente deseada, descubriendo sin cesar nuevas y adorables cualidades en aquella jóven alma que se había unido á él, trataba de desterrar de su espíritu los terrores que le inspiraba justamente la idea de la sorpresa y quizás aun del enojo de su padre, cuando supiese el acto atrevido que acababa de hacer.

El marqués de Maulear poseía una fortuna regular, procedente de la difunta princesa su madre, muerta al darle á luz, como hemos dicho ya.

De consiguiente, no era su posición de fortuna lo que le preocupaba respecto á su esposa; pero los pesares y la humillacion que sentiria al verse rechazado por su padre y su familia le hacian estremecer á pesar suyo, cuando esta perspectiva espantosa se presentaba á su pensamiento.

Aminta había percibido las nubes sombrías que se aumentaban á veces sobre la frente de su marido, pero las atribuía al temor de no ser amado por ella tanto como él mismo la amaba, y hacia todos los esfuerzos posibles por tranquilizarle, diciéndole con aquella voz tan dulce que no podía oírse sin una emocion deliciosa:

— ¡Yo he sido franca contigo, Enrique, cuando mi corazón te pedia tiempo para corresponder al tuyo con lo mismo que me ofrecia ántes de nuestro matrimonio... pero ahora conozco que no tenia razón para ser tan miedosa... pues era tiempo perdido para mi dicha!...

Y entonces Enrique la estrechaba en sus brazos olvidándolo todo, como se olvida todo cuando se ama tanto como él amaba.

Una mañana á eso de las diez, el nuevo esposo acababa de dejar á Aminta para ir á la embajada francesa, donde le llamaban algunos asuntos importantes.

La jóven marquesa había bajado al magnífico jardín del palacio *Celamarre*, y sentada bajo una bóveda de jazmines leía ese *Taso* cuyas páginas la hemos visto recorrer mas de una vez.

El amor de Maulear le daba ahora la explicacion de esos misterios apasionados que no comprendia en otro tiempo... Su alma se había iluminado mas con la llama que ella había encendido, y ya no admiraba solamente la forma y la dulce armonía de los versos del divino poeta, sino que los pensamientos de esos versos penetraban en su corazón, y le parecía que abría por primera vez ese libro tan lleno de aspiraciones ardientes.

Era una hermosa mañana de primavera, todo era bello en la naturaleza, el sol y las flores que animaba. Aminta misma parecía gozar de una vida nueva con la vista de las rosas



sus hermanas, y cuando sus ojos se separaban del libro se fijaban en la tierra con el dulce éxtasis de una alma feliz por lo presente y confiada en el porvenir.

La ternura de Malear empezaba á disipar todos los presentimientos tristes que le habian ajitado tan largo tiempo, y sentia nacer en ella una dulce correspondencia por el afecto tan vivo que inspiraba, y aunque apénas hácia dos horas que se hallaba sola le parecia que la ausencia del marqués duraba mucho mas. Volvia sin cesar la vista hácia el paraje por donde esperaba á Enrique, interrogando con impaciencia al horizonte que bordaban dos hileras de plátanos bajo cuya sombra estaba sentada, cuando apareció al extremo de la calle una forma humana.

El personaje que avanzaba, marchaba lentamente mirando á todos lados como si buscase á alguno; sus ojos se dirijian hácia todas las arboledas que rodeaban la calle principal, y solo cuando llegó á pocos pasos de Aminta fué cuando reconoció una mujer en aquella blanca figura que su inmovilidad le habia hecho tomar por una estatua.

El extranjero saludó á Aminta con ese aire noble, pero respetuoso y familiar á la vez, que tiene un medio entre la impertinencia y el respeto.

Aminta se levantó sorprendida, y se inclinó delante de aquel hombre que le causaba una sensacion de temor y embarazo que no podia definir ni dominar.

El visitante que acababa de saludar á Aminta estaba vestido de una manera tan estraña, que no pudo ménos de chocarle. Acostumbrada á todas las modas de la época, á la elegancia de los jóvenes que frecuentaban la casa de su madre, la de su marido y la de tantos otros, nunca se habia visto en presencia de un traje tan nuevo para ella como el de aquel desconocido.

Una casaca azul de Prusia, con el cuello derecho y los faldones flotantes, cubria un cuerpo estremadamente flaco; una ancha chupa de piqué blanco, que terminaba por delante en unos bolsillos flotantes, cada uno con su reloj, y pendiendo de las cadenas infinidad de sellos; y finalmente unos calzones de casimir color de gamuza que se perdian dentro de unas botas de campana, formaban el conjunto. Una rica chorrera de punto de Inglaterra, y unos vuelillos semejantes daban una especie de magnificencia á este traje; y el todo se completaba por un peinado empolvado formando unas alas de pichon en tiempo de tempestad.

Pero preciso es decirlo, todo aquel conjunto vetusto y casi grotesco estaba realzado por una distincion tan notable, era llevado de una manera tan noble, que la sonrisa se detenia en los labios para hacer lugar á una especie de respeto, ó mas bien de intimidacion que imponia el anciano á cuantos le veian.

El efecto que produjo sobre Aminta fué el mismo que habia sentido el conde de Monteleone en *Ceprano*, cuando hizo conocimiento con el príncipe de Malear, que nuestros lectores han reconocido ya sin duda.

— Perdonadme, bella dama, el que distraiga así vuestras meditaciones, — dijo el príncipe saludando á Aminta una segunda vez; — habia venido á visitar al señor marqués de Malear, que no puede tardar en volver segun me han dicho. Pero ademas de mi deseo de recorrer estos preciosos jardines, se me habia asegurado que hallaria aquí *la señora...* ¡y no he podido resistir al deseo de presentaros mis respetos!

En la manera con que el príncipe pronunció *la señora*, habia un aire de ironía fina y picante que no se escapó á la joven marquesa. Se ruborizó lijeramente pensando que el extranjero hacia alusion á su reciente matrimonio, y aunque le chocaba semejante familiaridad, Aminta se contentó con responder cortesmente que se complacia de poder acompañar al visitante hasta la vuelta del marqués.

El príncipe se sentó en una silla rústica que le ofreció Aminta, y la dijo con admiracion:

— El marqués puede prolongar su ausencia cuanto le acomode, no soy yo, señora, quien se quejará cerca de vos.

— Pero, señor, — repuso Aminta, — ¿quizás venís aquí por algun negocio urgente?

— El negocio que me trae aquí es muy sencillo, — respondió el príncipe, — vengo sim-



plemente por abrazar al señor de Maulear, y para ello he andado cuatrocientas leguas que hay desde París á Nápoles.

— ¡Ah, señor! — dijo Aminta, á quien esta respuesta sorprendió y regocijó al mismo tiempo. — ¿Segun eso le amais muchísimo?

— ¡Con todo mi corazon! — dijo el príncipe, — aunque sospecho que es un poco ingrato... No os alarmeis por esa palabra, — añadió, — le creo ingrato en amistad,, pero no en amor... Y vos, señora... teneis cuanto se necesita para no serlo.

Toda otra organizacion ménos delicada é impresionable que la de Aminta, no habria penetrado la especie de *familiaridad elegante* que habia en el fondo del cumplimiento; pero ella habia adivinado por el poder de sus órganos instintivos que encerraba una especie de desprecio de buen tono en el discurso que se la dirijia, y que no era así como se debia hablar á una mujer de su carácter y rango. Por eso se apresuró á responder: que creía poseer á justo título la ternura del marqués, y presumia que no la olvidaria jamas; pero que si desgraciadamente le sucedia una desgracia tan grande, hallaria en su corazon y en su conciencia la fuerza de soportar su indiferencia, no teniendo nada de que reconvenirse, y tendria valor para perdonársela.

— ¡Muy bien! ¡muy bien!... — dijo el príncipe en tono lisonjero; — las mujeres hermosas son siempre jenerosas... y sin embargo tienen á ménos en serlo cuando se parecen á vos.

— Caballero, — dijo Aminta al príncipe, — ignoro á quien tengo el honor de hablar; pero venís de Francia, segun me habeis dicho. ¿Es verdad que los afectos duran allí muy poco, y que los hombres son tan mudables como se asegura?

— Señora, — respondió el príncipe, no creo murmurar de mis compatriotas confesando que su naturaleza lijera les hace poco capaces de fijarse mucho tiempo... Si fuesen mas fieles, serian acaso ménos amables.

En mi tiempo, por ejemplo, un matrimonio era jeneralmente un negocio de estado; se casaba uno por ser casado, por tener un heredero, por conservar y aumentar su casa, y nada mas. Cuando amaba á uno su mujer por tres ó seis meses... ¡era soberbio!... Un año de constancia le hacia á uno ridiculo, comun y de mal tono. Entónces la mujer tomaba un querido; y el querido de la mujer se hacia al instante el del marido, que fuese abate, militar ó marqués... El marido no tenia querida; una distraccion le bastaba, y esa la encontraba facilmente en el mundo... y mas frecuentemente en la Opera. La danza ó el canto se encargaban de colocar las rentas del señor y del empleo de su persona; se hablaba de ello durante tres ó cuatro dias, y luego ya no se hacia caso.

El esposo y la esposa navegaban así dulcemente por el rio de la existencia, cada uno por su orilla; saludándose con la mano cuando la casualidad les reunia, hallándose en las circunstancias importantes del mundo siempre llenos de atenciones el uno para el otro... y llorándose *honradamente* cuando la muerte les separaba!

Algunas veces tambien se reunian en el puerto de la vejez, y los dos, cansados de pasion, saciados de amor... se contaban entónces sus locas aventuras, como los marineros se cuentan los naufragios y tempestades de sus travesías!... Pero como todas las reglas tienen sus escepciones, las escepciones eran los matrimonios tranquilos y buenos; se les citaba como modelos, se burlaban un poco de ellos, pero ellos se vengaban siendo dichosos.

Hé ahí, bella señora, la vida de los matrimonios de otro tiempo; ¡pero la de los esposos del dia no es ya la misma!

— Esa me interesa mucho mas, — respondió Aminta sonriendo, — ¿porqué ocultároslo, caballero?

— ¡Diantre! — se dijo el príncipe entre sí, bajo la persuasion de hallarse en presencia del objeto de los amores secretos de su hijo, — ¿querria acaso esta linda muchacha *regularizar su posicion*? ¿no tendria bastante con la pasion oculta? — Y en este supuesto que le hacia sonreír de lástima, quiso cortar de raiz su loca esperanza y añadió:

¡En nuestros dias todo ha cambiado!... ¡las mujeres son santitas, y los maridos ánjeles!... ¡siguen unidos hasta la eternidad!..



La mujer es fiel, el marido constante;... y si por acaso no lo son ni el uno ni el otro, se engañan, obran á escondidas... ¡y si la moralidad pública gana alguna cosa, los amantes no pierden nada! Ahora se pretende que las escepciones son los malos matrimonios; pero es preciso confesar que los hombres hacen ántes de casarse lo que se hacia despues en otro tiempo.

Encuentra uno una mujer amable (continuò acercándose á Aminta), bella como vos, señora, llena de talentos... como vos tambien, sin dula alguna;... se la jura que se la ama, y se hace de buena fe... pero la razon se aparece bajo la forma glacial del himeneo... ¡y viene á sonar la hora fúnebre de los amores!... Al primer toque, á las primeras campanadas... ¡los amores se vuelan, ó debian volarse!... La belleza que se adoraba llora en un principio, y luego se consuela, ó mejor dicho se deja consolar; y abriendo sus alas al viento ligero que la arrastra... va como la mariposa de los campos á buscar la flor que la llama y el placer que la espera!...

El tono que acompañaba este lenguaje produjo en Aminta mas sorpresa y espanto que el lenguaje mismo; el príncipe notó esta impresion repentina, y se dijo para sí :

— ¿Le amaré seriamente?... — Y partiendo de esta idea añadió : — Señora, todo lo que digo no son mas que jeneralidades, y no quiero hacer aplicacion á nadie; y á vos ménos que á otra alguna...

— ¡Caballero, no comprendo vuestro lenguaje! — dijo Aminta levantándose.

— ¡Sin duda! — respondió el príncipe en un tono lleno de galantería; — ¡no podeis comprender que se cese de amaros cuando se os ama!... Eso precisamente es lo que tenia el honor de deciros;... ¡pero el marqués es muy jóven é inesperto aun en la vida!... Cree en el amor como se cree á los veinticinco años... y ese amor que sienta me esplica ahora la rijidez aparente de sus costumbres... ¡y me revela en fin el misterio de su pretendida virtud!... Pero sin querer desesperar á una criatura tan preciosa como vos, señora, puede ser que os hago un servicio al indicaros los peligros que puede traer el porvenir.

— ¡Caballero! — dijo Aminta temblando de emocion y toda turbada; — no puedo adivinar con que objeto me hablais de ese modo, pero creo no conoceis á la que dirijís la palabra.

— Me dirijo á la mas adorable de las mujeres, — dijo el príncipe sonriendo, — á uno de esos ángeles de la tierra que algunos mortales afortunados encuentran aquí abajo, y que les revelan todas las delicias, todas las ternuras y todos los goces que el profeta ha prometido á los creyentes fieles con las huris de su paraiso.

— ¡Caballero!... — respondió Aminta echando al príncipe una mirada en que brillaban la indignacion y el enojo, — aunque semejantes discursos sean nuevos para mí; aunque apenas les comprendo, mi razon y mi dignidad me dicen que no hablaríais de otra manera á la querida del marqués de Malear.

— ¡Por eso en este momento me dirijo á la mas encantadora de las queridas!... — dijo el príncipe.

— ¿Yo? ¡Señor... yo! — exclamó la jóven con acento doloroso, — ¿y habeis podido creer?...

— Pues, ¿quién sois, señora? — preguntó el viejo, sorprendido á su vez por el acento terrible de Aminta.

— ¿Quién es, señor?... — dijo el marqués saliendo de una calle inmediata pálido y trémulo, desde donde escuchaba la conversacion despues de algunos instantes; — ¿quién es, señor?... ¡Es mi mujer!... ¡Es la marquesa de Malear!...

Si un rayo hubiese caido á los piés del príncipe, no habria producido un efecto mas terrible sobre él; la sangre desapareció de su rostro, y próximo á caer, tuvo que apoyarse en el respaldo de la silla que acababa de dejar.

Aminta corrió á Enrique con los ojos llenos de lágrimas diciendo :

— ¡Ven, ven, Enrique, á decir á ese hombre que ha osado insultar á tu mujer!... ¡Ven á decirle que te pertenezco delante de Dios!... ¡que las palabras que me ha dicho son un doble ultraje en la boca de un anciano... y que un jentilhombre, si lo es, no debia pronun-



¡ arlas hasta haberse asegurado que no eran un insulto ni una afrenta para la que las oía!

— Aminta,— respondió el marqués,— el hombre de quien hablas así es...

— ¡Silencio, señor!...— interrumpió el príncipe, echando á su hijo una mirada severa; — no es la señora quien me ofende, soy yo solo quien acabo de ofenderla. Señora (añadió dirigiéndose á Aminta), perdonadme una falta de la que solo es causa el marqués mismo... El nombre que llevais tiene derecho al respeto de todos... ¡y sobre todo al mio!... ¡Y no soy yo quien quisiera olvidarlo! Dignáos dejarme solo por algunos instantes con el marqués, pues lo que tengo que decirle no puede ser oido mas que por él... No temais nada (añadió viendo que Aminta vacilaba en alejarse) pues no soy un adversario del marqués de Maulear; y por otra parte, las armas de un anciano no son otras que la palabra... Es un arma que mata á veces el alma, pero el cuerpo le respeta siempre; nuestra conversacion no será larga; y luego os abandonaré al señor para siempre.

Enrique hizo un jesto de súplica á su jóven esposa para que se retirase, y Aminta desapareció por una calle lateral del jardin.

— Usted ha podido comprender que mi nombre no podia ser pronunciado delante de esa mujer, despues del error craso y descortés que su silencio de usted me ha hecho cometer;

— dijo el príncipe á su hijo sentándose con calma, y prosiguió: — Conque ¿se ha casado usted?

— ¡Sí señor! — respondió Enrique temblando como un culpable delante de su juez.

— ¿Casado sin mi órden? ¿casado sin mi consentimiento? — continuó el príncipe.

— Padre mio,— repuso Enrique,— si alguna cosa puede justificar mi conducta, es la eleccion de la persona que habeis visto.

— No se trata aquí de justificacion, señor,— respondió severamente el príncipe,— sino de esplicacion. ¿Cuánto tiempo ha reflexionado usted ántes de obrar de esa manera?

— ¡Un mes! — respondió el marqués.

— Un mes, señor, es muy poco para toda una vida de pesares y remordimientos, pues sépalo usted bien... ¡no lo perdonaré jamas!

— ¿Jamás, señor?... — dijo Enrique inclinándose con respeto delante de su padre.— ¡Dios mismo perdona tambien algunas veces!

— Pero yo no soy Dios, señor; no tengo ni su bondad ni su misericordia. Escuchadme, pues, y no olvideis una sola de mis palabras, pues son las últimas que le dirijiré á usted.

Yo no he ocultado nunca mis principios; son lijeros... muy lijeros sin duda respecto á las costumbres y hábitos sociales; pero esos principios eran los del siglo en que nací. Fuí quizás muy mal educado, señor; pero no se educaba de otro modo á los grandes señores de otro tiempo; y con tal que guardasen su lealtad y su honor intactos, con tal que fuesen fieles á sus reyes y que supiesen morir por ellos, con tal que llevasen dignamente su nombre y su espada, se hacia poco caso de lo demas.

¡ La filosofía y el progreso de las ideas han rectificado muchas cosas! como se dice en el dia. ¿Es un bien? El tiempo resolverá esta cuestion; pero por lo que hace á mí, señor, soy ya muy viejo para mudar de ideas; y si tengo los defectos de mi siglo, puede ser que tenga tambien sus calidades. Lo que hay de seguro es, que hay ciertas ideas con las cuales no transijiré nunca; mis ideas sobre el matrimonio, ó mas bien sobre la alianza de las razas. Usted encontrará eso muy ridículo, pero quiero decirle todo mi pensamiento para que pierda la esperanza de hacerme mudar de conducta: ¡Hace cuatrocientos años que no se ha hecho en mi familia una sola alianza desigual! Los duques de Salluce, príncipes de Maulear, nuestros antecesores, no se han aliado nunca mas que á las familias de la gran nobleza de Francia... ¡De Francia! ¡lo entiende usted? ¡la primera nobleza del mundo!

¡ Fuera de ahí, para mí no hay salvacion! ¡ para usted no hay matrimonio!

Yo no queria por hija mas que una francesa, de una sangre tan pura como la nuestra. ¡ Es una preocupacion! (me dirá usted). Se lo concedo á usted; pero esa preocupacion es mi fé, ¡y nada me la hará perder!

Jamas he sido para usted un padre muy riguroso, y no contaba ejercer sobre mi hijo mas



que un derecho ; el de casarle segun mis ideas y sentimientos. Usted se ha casado solo ; no ha contado con su padre para hacer su felicidad... ¡göce usted solo su dicha!

¡Adios, señor!... ¡Desde este momento el marqués de Malear no tiene padre... ¡El príncipe de Malear no tiene ya hijo!

Y levantándose el anciano con una dignidad fria y seca, dió algunos pasos para partir.

Enrique le cojió la mano y exclamó :

— ¡Padre mio, no me dejéis así!.. ¡en nombre de mi madre, á quiéa amabais tanto!

El príncipe prosiguió su camino.

— ¡En nombre de vuestro padre, que tanto habéis llorado!

El príncipe no se detuvo.

— ¡Y bien!... — dijo Enrique con desesperacion, percibiendo á su esposa á la vuelta de la calle, trémula y despavorida : — á toda la nobleza de la sangre de Malear, que no trae consigo mas que el orgullo y la dureza, yo prefiero la nobleza adquirida por el jenio y las virtudes de un *Rovero*.

Apénas llegó á los oidos del príncipe el nombre de *Rovero*, se volvió bruscamente sorprendido y turbado!

— ¿ *Rovero*? — dijo á su hijo, — ¿ el ministro del rey Joaquin Murat?

— ¡Hé ahí su hija! — respondió Enrique, señalando á Aminta.

El rostro del príncipe de Malear perdió repentinamente toda su frialdad, tomando una espresion de sensibilidad profunda ; y acercándose vivamente á Aminta con lágrimas en los ojos y en la voz, dijo con una agitacion inesplicable:

— ¡La hija de *Rovero*!... ¡Usted es la hija de *Rovero*!..

Y examinándola algunos instantes en silencio la cubrió de una mirada llena de un sentimiento indefinible. Parecia que el príncipe encontraba todo un pasado de recuerdos y emociones en las facciones de la jóven ; y luego, como arrastrado á pesar suyo por un sentimiento secreto que no podia dominar, cojió á Aminta entre sus brazos y la estrechó contra su corazon.





---

---

# EL HOMBRE ENMASCARADO.

---

XXX.



A ciudad de Paris, ese gran teatro donde se han representado en los últimos cincuenta años tantas obras republicanas, sublimes ó medianas, imperiales, monárquicas, constitucionales y otras; Paris, hácia fines de 1818, dos años despues de la época donde concluye el capítulo precedente, ofrecia un aspecto político bastante orijinal para que haga mos una rápida reseña retrospectiva, indispensable por otra parte para la claridad de los acontecimientos que van á seguir en nuestra historia.

Luis XVIII reinaba, y reinaba quizás mucho mas que se lo permitia *la Carta*.

Por las usurpaciones de poder es como perecen casi siempre los reyes y los reinos; y ese rey que queria gobernar dentro de los límites del pacto que habia con edido á la Francia, ese rey, de buena fe sin duda, en sus intenciones liberales, se hallaba sin cesar en contradiccion consigo mismo por las faltas de sus amigos, de sus ministros, de los que le rodeaban, y de su familia.

*Monsieur* (con este nombre se designaba al hermano del rey que era el sucesor inmediato de la corona por no tener hijos varones el rey Luis XVIII) hacia la oposicion al rey; su partido se componia de todos los descontentos de las tendencias del gobierno de su hermano; *Monsieur* tenia sus criaturas, sus ministros para *el caso dado*, prontos y dispuestos á decidirse por la salvacion del pais; pues aquellos hombres, segun decia el príncipe, eran los únicos que pudiesen arrancar la restauracion de las garras de las facciones armadas contra ella.

A la cabeza de ese ministerio providencial se hallaba colocado el conde Julio de Polignac, ese favorito tan querido del ex-conde de Artois. Detras del conde marchaban M. de Vitrolles, conocido por su adhesion á la familia real, M. de Garbois y algunos otros otros muy avanzados tambien en la gracia y confianza del príncipe.

El rey manifestaba en aquella época un favoritismo pronunciado por cierto hombre de Estado, de mérito y valor, pero cuya fortuna rápida habia hecho muchos envidiosos y escitado algunos odios.



La estrella de M. de Blacas, tan brillante hasta entónces en las Tullerías, se habia oscurecido; y de esas preferencias de palacio, de esas divisiones de familia, resultaba en la direccion de los negocios y en la del gobierno una tirantez y una especie de vaivenes perpetuos que imprimian una marcha incierta y ajitada á la nave del Estado.

Durante este tiempo, aprovechándose los partidos de todos los descontentos, apoderándose de todas las pasiones, minaban sordamente el suelo y preparaban cada cual de su lado la mina que debia estallar bajo los piés de esa monarquía débil y sin unidad.

Esos partidos se dividian y subdividian en muchas fracciones opuestas las unas á las otras, pero que, como despues se ha visto, conspiraban juntas al principio para derribar lo que existia, reservándose cada una el derecho de hacer triunfar mas tarde su causa particular, en medio del desórden jeneral.

La nacion francesa, esa nacion tan fuerte, tan grande, tan poderosa cuando todos sus hijos están unidos, se componia entónces de realistas francamente decididos por el gobierno de la restauracion, de ultra-realistas, mas realistas que el rey mismo, y cuyas ideas retrógradas querian conducir al país á unos principios que la época, el buen sentido público, la sana razon, y sobre todo las tempestades revolucionarias habian rechazado para siempre.

Venian enseguida los bonapartistas, que se veian desheredados por un gobierno pacífico del porvenir de conquista y de la gloria que habian soñado, y echaban de ménos á la vez al hombre de la victoria y las victorias del hombre.

Luego venian los liberales, de los cuales los unos proseguian lealmente un progreso político para el cual no estaba maduro aun el país; y finalmente los jacobinos, viejos despojos del 93, que querian volver á sumir la Francia en los horrores sangrientos que Napoleon habia borrado con su jenio poderoso sin dejar vestijio alguno.

Todas estas opiniones representadas por muchos hombres fuertes y capaces, por inteligencias elevadas, pero tambien por espíritus turbulentos y peligrosos, cuyo elemento ordinario es la ajitacion, todas estas opiniones, decimos, se removian tenebrosamente, acechando la ocasion de mostrarse á la luz del dia.

Paris, esa cabeza del gran cuerpo frances, no parecia ménos dichoso, floreciente y en calma; semejante á esos hombres de rostro risueño, de exterior frio y pacífico, que ocultan en su seno unas pasiones ardientes, ó unos odios violentos.

La policia de aquel tiempo, dirigida por las órdenes de un ministro jóven y activo, no por eso dejaba muchas veces de hallarse chasqueda, como sucede muchas veces á los lebreles que pierden la pista en el momento de alcanzar su presa, por tropezar con el rastro de otra caza distinta de la que perseguian.

Así, los manejos hábiles y frecuentes de las facciones inducian á la policia y á sus agentes en errores de que los culpables sabian aprovechar para sustraerse á todas las investigaciones y pesquisas. Los complós se sucedian sin interrupcion despues de dos años; complós bonapartistas, complós liberales, complós ultra realistas, cuya larga série comenzó por la conspiracion *Didier*.

Su objeto era reemplazar la monarquía por una tenencia jeneral del reino confiada al duque de Orleans. *Didier* buscó sus adeptos entre esos hombre que una especie de fanatismo aliaba aun al desterrado de Santa Elena, entre los guerreros viejos del ejército del Loira, y toda esa masa enorme de agentes imperiales á quienes la restauracion habia quitado sus empleos y posiciones. Prometia oro, títulos y cordones á todas las defecciones, y sus prosélitos fueron numerosos.

El compló abortó por su propia impericia, pues la policia tomó una parte muy pequeña en su descubrimiento.

Otra conspiracion cuyas consecuencias fueron terribles para los culpables, vino á perturbar de nuevo la marcha de la policia, desviándola del camino verdadero, en el que hubiera podido hallar los únicos enemigos temibles del gobierno de Luis XVIII.

Este compló fué conocido bajo la denominacion de *Sociedad de los Patriotas de 1816*; y en ia por jefes principales á los llamados *Pleignier, Carbonneau y Tolleron*.



Se decía que esos hombres habían tomado la determinación de pedir al emperador de Rusia un rey constitucional que no fuese de la rama primojénita de los Borbones.

Un tal *Schellstein*, que había jugado el papel de agente provocador cerca de los conspiradores, denunció su plan á M. Angles, que era entónces prefecto de policía; y por sentencia del 7 de julio de 1816, *Pleignnier*, *Carbonneau* y *Tolleron* fueron condenados á cortarles la cabeza y las manos; sentencia que se ejecutó tres días despues de pronunciada.

Finalmente, en 1818, se señaló á la policía otra conspiración que tenía un carácter mas elevado que las precedentes, pues se atribuía á los ultra-realistas, es decir, á los grandes señores, jenerales, pares de Francia, altos funcionarios y dependientes de Palacio.

El *Morning-Chronicle* publicaba en Lóndres las líneas siguientes, con fecha 27 de junio de 1818:

« Corren voces en Paris de haberse descubierto una conspiración en Saint-Cloud; y se dice son los autores los ultra-realistas. Se trataba de destronar al rey y colocar á *Monsieur* en el trono. »

El *Times* decía lo siguiente el 2 de julio:

« El plan de la conspiración es conocido ya; si el rey rehusaba hacer su abdicación, los conspiradores habían resuelto tratarle á lo *Pablo 1º*. »

» Hé aquí cuál era la lista de los ministros del futuro gobierno:

» El jeneral Canuel, ministro de la Guerra;

» M. de Chateaubriand, de Negocios estranjeros;

» M. de Bruges, de Marina;

» M. de Villele, del Interior;

» M. de Labourdonnais, de Policía;

» El jeneral Donadieu, comandante de la división de Paris. »

Todo esto se presentaba con una apariencia de realidad, pues todos los nombres de los hombres citados pertenecian á la oposición seria que se hacia al rey y á su ministro favorito. Pero cuando se quiso llegar á los hechos, cuando se buscaron las pruebas de ese nuevo complot, todo el bello edificio político se arruinó, y no quedó mas que hombres descontentos, pero no súbditos rebeldes ni culpables.

Así lo declaró el tribunal supremo de Paris por su sentencia pronunciada el 3 de noviembre siguiente, y los jenerales Canuel y Donadieu, y MM. de Rieux, de Songis, de Chapdelaine, de Romilly, y de Joannis, todos arrestados, fueron declarados inocentes y puestos en libertad despues de un arresto preventivo de cuatro días.

Este negocio produjo en Francia una sensación penosa, y el ministro de policía fué acusado de una lijereza estremada que hizo nuevos enemigos al gobierno y no aseguró mas su porvenir, pues se había herido al lado de los verdaderos culpables; y estos, como el gusano pérfido que roe el interior de un fruto hermoso sin alterar su forma ni color, mas diestros, mas misteriosos, mas hábiles, atacaban en la sombra el corazón mismo de esa sociedad que descansaba en su seguridad, burlándose de los errores de la autoridad encargada de defenderla.

Ese gusano pérfido que roía la Francia, y cuyos dientes habían mordido ya las otras monarquías del Continente, era el *Carbonarismo*.

Pero, como ya hemos dicho en uno de nuestros primeros capítulos, ese ser imperceptible apenas se sospechaba su existencia, cuando reinaba subterráneamente en Europa por su poder oculto y sus muchas ramificaciones.

Un hombre de talento y de una rara energía, pero de unos modales tan dulces que ocultaban el vigor y la persistencia, M. H... era el encargado de la policía política del reino, bajo la administración de M. Angles.

M. H..., siempre en acecho de los manejos facciosos, era el único acaso que sentía inquietudes serias sobre los estragos que el Carbonarismo ejercía en los Estados vecinos. Muchas veces había instruido de ello al prefecto y al ministro, pero estos se preocupaban ánte todo de los *partidos conocidos*, no dando la mas mínima importancia á ese nuevo enemigo que se les señalaba. Y no obstante, ese enemigo era el mas terrible de todos, pues no



teniendo otro objeto que destruir y minar á todo trance, admitia en sus filas á todos los obreros de destruccion, de cualquier color que fuesen y bajo cualquiera bandera que militasen.

Pero M. H... carecia de documentos para hacer constar la existencia de ese gusano imperceptible, y sobre todo para hacer conocer los que le propagaban.

A fines de enero de 1819 entregaron á M. H... una carta sellada de negro y cuyo sello tenia un grabado orijinal: *Un barreno que oradaba el globo terrestre.* Este sello orijinal no se escapó á la atencion de M. H..., y el sobre decia de la manera siguiente:

« A M. H...; Reservado y confidencial para él solo. »

El agente superior de la policia politica abrió la carta y leyó lo que sigue:

» Señor,

» Un hombre que puede hacer un gran servicio al gobierno, desea ponerse en relacion » con vos, y de consiguiente os ruega que le concedais un momento de audiencia á las » nueve en vuestro gabinete.

» Ese hombre estará enmascarado, y os ruega le autoriceis á conservar su máscara hasta » que se halle seguro de no ser visto mas que de vos solo.

» Si la orijinalidad de esta peticion no os permitiese aceptarla, dignáos colocar mañana » por la noche una bujia encendida cerca de la ventana del gabinete contiguo á vuestro » salon que cae al muelle de los Plateros, y entónces nadie se presentará.

» Sé que escribo á un hombre de valor y honor, á quien las fórmulas no asustan nunca » cuando espera hallar un fondo útil para su mision importante. Sé tambien que ese hom- » bre, sin dejar de rodearse de las precauciones prudentes en las circunstancias difíciles en » que le colocan á veces sus deberes, seria incapaz de valerse de sorpresa ó violencia res- » pecto á los que se dirijen á él lealmente y con decision. »

Esta carta hizo reflexionar largo tiempo á M. H... no porque no estuviese acostumbrado á oír muchas confidencias hechas en términos y por medios misteriosos; pero la condicion de la máscara, tan fuera de uso en las costumbres francesas, le hacia vacilar á pesar suyo.

Sin embargo, la confianza del que le escribia se la inspiró á él mismo, y se decidió á recibir al desconocido dando las órdenes para que fuese introducido en su gabinete, con la máscara puesta y como él queria parecer.

M. H... tomó solamente algunas medidas de precaucion que aconsejaba la prudencia; y despues de haber examinado los cebos de dos pistolas que llevaba siempre consigo, despues de haberse asegurado que el timbre de una campanilla colocada sobre su mesa podia ser oido de sus dependientes, esperó con impaciencia la hora de la audiencia que se le pedia.

Las nueve daban en el Palacio de Justicia, cuando vinieron á decirle que el hombre enmascarado solicitaba el honor de hablarle.

El extranjero fué introducido en el gabinete de M. H... inmediatamente.

Era un hombre bastante alto y venia cubierto de una capa parda que le tapaba todo, pero se la quitó al instante que penetró en el gabinete de M. H... y traía un vestido que participaba del ciudadano bien acomodado y del operario rico.

— ¿Qué me quiere usted, señor? — le preguntó M. H... sentado en un sillón, mientras que el extranjero permanecia en pié.

El desconocido, sin responder, indicó por señas al jefe de la policia dos gabinetes con puertas vidrieras que habia á cada lado de la puerta por donde habia entrado, y cuyos cristales estaban enteramente cubiertos con unas cortinas de tafetan verde.

M. H... le comprendió, vaciló por un instante, y decidiéndose luego á algun partido estremo dió tres palmadas. Sin duda era una señal convenida, pues se oyó un pequeño ruido en los dos gabinetes y las cortinas de seda se agitaron por el soplo del aire exterior. El agente se levantó enseguida con serenidad, abrió los dos gabinetes, el extranjero miró en ellos por los agujeros de su máscara, M. H... entró sucesivamente en ellos y cerró con llave las puertas interiores que comunicaban con otros aposentos y volvió á su gabinete mirando al enmascarado.



— Gracias, señor, — dijo el hombre de la máscara, — vuestra confianza no será engañada.

Estas palabras fueron pronunciadas con un acento extranjero muy patente, y luego aquel hombre se quitó su máscara.

M. H... pudo entonces examinar las facciones de aquel hombre.

Una fisonomía meridional, de un aspecto sombrío, estaba rodeada de cabellos muy negros que caían sobre sus anchos hombros. Los ojos de aquel hombre, oscuros y salvajes, que brillaban entre unas pestañas muy largas y espesas, aumentaban la dureza de sus facciones.

Guardó silencio durante algunos instantes, y luego con voz serena dijo al jefe de la policía :

— Señor, vengo á proponeros un pacto que podreis aceptar ó desechar cuando hayais conocido su objeto.

Un volcan inmenso existe bajo Paris... una conspiracion, ó, mejor dicho, una sociedad terrible para este país, acaba de formarse en esta gran ciudad.

No son ya enemigos aislados, diseminados y en corto número los que os amenazan, es una familia numerosa cuyos miembros están aquí, por todas partes, cerca de vos, en vuestra casa misma quizás, ¡ en este hotel acaso!...

Tienen á sus órdenes hombres decididos, brazos de hierro y millones... Cuentan en sus filas el simple obrero, el peon ignorante, el soldado de todas armas, el magistrado, el financiero, el abogado, el artista, el sacerdote, y finalmente jentes de todas clases y condiciones.

Tienen á su cabeza grandes señores, nobles, y hasta príncipes.

Lo que quieren en Francia, es lo que quieren en toda la Europa : la abolicion de las monarquías, desde luego, y despues el poder de crear para los pueblos una libertad ilimitada.

Las asambleas secretas de esos hombres se llaman *Ventas*; la asociacion es el *Carbonarismo*; los hermanos se llaman *Carbonarios*.

M. H... hizo un estremecimiento sobre su sillón, pues el gusano fabuloso que perseguía sin poder dar con él, iba quizás á cojerle él mismo, haciendo penetrar la luz en esa tenebrosa asociacion.

— Acabe usted, acabe usted... — dijo al extranjero con un acento que revelaba la mas viva curiosidad.

El hombre tomó una silla y se sentó, pues acababa de conquistar el derecho de tratar de igual á igual con el que le recibía.

— Yo no soy mas que un miembro insignificante de esa sociedad importante, — continuó el extranjero ; — y por eso no es en mi nombre y por mí mismo que vengo á tratar con vos este grave asunto.

— Pues ¿ á nombre de quién viene usted ? ¿ quién es el que le envía ? — preguntó M. H... sorprendido.

— Existe en Paris un hombre de alto rango y nacimiento, y poseedor de una gran fortuna ; — repuso el extranjero. — Ese hombre, por sus relaciones numerosas, por la posicion elevada que ocupa, por circunstancias que ni puedo ni debo revelaros, conoce, y conocerá en lo sucesivo sobre todo, cuantos secretos y pasos pertenezcan y den los *Carbonarios* para sus proyectos, desde los actos mas oscuros del último de los hermanos hasta las órdenes que se den á las *Ventas* por sus jefes supremos.

— ¿ Y ese hombre quiere entregarnos sus infames asociados ? — preguntó M. H...

— Ese hombre os les entregará, — respondió el desconocido, — pero pone condiciones para hacer ese inmenso servicio, y soy yo el encargado de haceros conocer esas condiciones.

— ¡ Hablad!... ¡ y cualquier precio que me pida...

— Ese precio le discutiremos mas tarde, — interrumpió el extranjero. — Pero es un trato honrado el que os propone, pues no pagaréis el servicio hasta que haya sido hecho, — añadió con ironía. — Lo que vengo á pedirnos no es un precio, es una palabra desde luego.



— ¿Una palabra? — dijo M. H... sorprendido.

— Una palabra, — repitió el hombre, — una promesa, un juramento.

— Si ese juramento es compatible con mis deberes...

— Ciertamente; — dijo el extranjero. — Nosotros los conspiradores que somos grandes señores, somos honrados, pero también prudentes; habituados á los secretos no revelamos nunca los nuestros sin haber colocado al que les confiamos entre dos argumentos poderosos: ¡Su honor de un lado y nuestro puñal del otro!

— ¡Deteneos!... — dijo M. H... levantándose precipitadamente, y enfadado de la audacia de aquel hombre. — Sin duda olvidais en casa y delante de quien estais hablando; en este lugar no se amenaza, y si alguno amenaza soy yo... Hablad otro lenguaje, pues de lo contrario, por mas que sienta el no aprovecharme de vuestros ofrecimientos, romperé esta conversacion en el instante mismo.

— Pues hariais muy mal, — replicó el desconocido con una sangre fria que dejaba ver la ironía ó la burla, — porque por una susceptibilidad exajerada perderiais la mejor ocasion de penetrar la trama mas vasta y terrible que se ha urdido en este reino.

— Pero en fin, ¿qué exige de mí el que os envia? — repuso M. H...

— Ya os lo he dicho, un juramento; y ese juramento es el siguiente:

Y sacando un crucifijo de su pecho, dijo: — Me juraréis por este Crucifijo que ni por vos, ni por los vuestros, ni por ningun medio directo ó indirecto trataréis nunca de conocer ni saber el nombre del que me envia... Me juraréis que despues de haber reconocido y tocado con la mano los hechos que os serán denunciados; despues de haber adquirido la prueba de la culpabilidad de los que os serán indicados, haréis arrestar esos hombres, les haréis juzgar y castigar sin jamas revelarles la via oculta y los medios que os les habrán entregado... ¡el acaso habrá puesto en vuestras manos esos medios!...

— Pero ¿cómo tratará conmigo el que nos ha de dar esas noticias tan útiles?

— Por mí, — respondió el extranjero, — por mí solo, que no os dejaré ignorar nada; por mí que seré su intérprete; por mí que seré el alma de la cual será él el cuerpo, la acción de la cual será él el pensamiento.

Ya veis que un juramento como ese por un servicio semejante no es muy caro (prosiguió presentando de nuevo el crucifijo), y pocas veces habréis tenido informes mas baratos. En cuanto á la forma del juramento, quizás os parecerá un poco estraña; pero soy de un país donde no se jura nunca si no es delante de la Cruz.

— ¡Sea pues! — dijo M. H..., que al escuchar á este hombre reflexionaba la mínima importancia de la condicion que le imponia, pues que no debia obrar contra los asociados de las *Ventas*, sino despues de haberles reconocido culpables. — ¡Sea... acepto!... ¡Juro que nunca trataré de descubrir el hombre de quien sois agente, ni por mí ni por mis dependientes!

Y estendió la mano sobre el crucifijo.

— ¡Contad con él... y conmigo! — dijo el desconocido poniéndose la máscara. — ¡Dentro de poco me volveréis á ver!

— ¿Y porqué no hablais desde este momento? — dijo M. H...

— Porque hay que dar tiempo á que madure el fruto, — respondió el misterioso personaje, — ¡y el fruto que habeis de cojer no está maduro aun!...

Y se marchó saludando á M. H...

— Finalmente, — dijo el jefe de la policia cuando se halló solo, — el trato que acabo de hacer no es nuevo para mí; los denunciadores tienen siempre escrúpulos al principio, sobre todo cuando pertenecen á un rango elevado. Pero cuando se hayan disipado los del hombre de quien el agente acaba de hablarme, ó que se vea forzado á *jirar contra nuestra caja*, se acabará su vergüenza, y pondremos muy presto su nombre en el libro negro de la policia secreta, al lado de M. X..., el baron de V..., el abogado M. G..., el ex-cónsul R... y la condesa de F... Digase lo que se quiera, ese hombre no es otra cosa que lo que se llama ¡Un espia del gran mundo!



## LA EMBAJADORA.

XXXI.



El 26 de junio de 1848, seis meses ántes de la escena que hemos contado en el capítulo anterior, se notaba un movimiento extraordinario en un magnífico hotel del Faubourg Saint-Honoré.

La entrada principal del hotel estaba invadida por una infinidad de obreros ocupados en plantar dos hileras de tejos desde la puerta hasta el pórtico del hotel, y los tapiceros, floristas y jardineros adornaban el vestibulo, las escaleras, las antesalas, de flores y tapices.

Pero el interior de las habitaciones del piso bajo presentaba un aspecto mucho mas desordenado. Era una mezcla de hombres y mujeres ocupados en clavar y coser ricos damascos y suntuosas tapicerías.

Los salones bajos del hotel caían á uno de esos jardines que forman el cercado de los Campos Eliseos del lado del faubourg Saint-Honoré, y se habia tenido la idea de construir un inmenso salon de baile en el jardin.

El salon se reunia á los del hotel por unas anchas puertas abiertas en las ventanas, de manera que no componian así mas que una sola pieza de recibimiento con el piso bajo.

El florido jardin en esta época del año, debia igualmente contribuir á los placeres de la magnífica fiesta que se preparaba, pues las colgaduras de la sala de baile se abrían á voluntad para pasar á las calles deliciosas por sus flores y verdura. Se podia decir que una varita mágica habia trasportado á este rincon de Paris todas las riquezas de la vejetacion de los ardientes climas del Mediodia; y se hubiera uno creído entre las rosas y naranjos de Italia, respirando los perfumes de los millares de flores que adornaban este hermoso jardin.

Su fisonomía particular, la forma de sus dibujos, su plantacion y hasta las estátuas que le adornaban, la mayor parte obras maestras de la escuela italiana, todo probaba que un gusto extranjero habia presidido á su creacion, pero ese gusto elegante y puro debia pertenecer á un espíritu superior y distinguido.

En efecto, era un espíritu superior unido á mil gracias, á un conocimiento profundo del arte y sus perfecciones, el que habia dirijido este nuevo Eden. Y ese espíritu, esas gracias, ese conocimiento del arte, pertenecian á una mujer encantadora, á una artista admirable.



¡Lo dueña de este hotel era la bella *Felina*, la reina del canto en Italia!... que se había dignado descender del trono elevado para ella por sus admiradores, para hacerse simplemente la duquesa de Palma!... y aquella frente soberbia que llevaba tan dignamente la diadema de *Semiramis* se había reducido á llevar la simple corona de duquesa.

¿No era bajar? preguntaremos; pues había en Europa mil duquesas como la duquesa de Palma, y no había en el mundo mas que una cantarina como *la Felina*;... y aun es preciso decir que no todas las duquesas admitían que *la Felina* fuese duquesa como ellas.

Era una duquesa de ocasion, una duquesa de contrabando, por la gracia del talento y la hermosura; y aun esta version era la mas favorable, la mas cortés, la mas benévola.

Pero las verdaderas duquesas, las duquesas de otro tiempo, no comprendían que se tuviese una corona ducal sobre la frente á méenos de tres siglos de nobleza, y esas duquesas no tenían bastante con todo su arsenal de epigramas para metrallar á la *cantarina duquesa*.

Se contaba por lo bajo, y tan bajo que podían oirlo los vecinos del círculo donde se hablaba uno, que *la Felina*, armándose de rigores únicos para el duque de Palma, rodeándole de todas sus seducciones, codiciando el título y la fortuna del noble napolitano, no había querido ceder su corazón sin su mano. Y que el pobre duque, enredado en los lazos de esta *Circe moderna*, cansado del noviciado amoroso que sufría despues de largo tiempo, se había decidido por fin á hacerse su marido para no volverse loco, ya que no había podido conseguir hacerse amante.

Y sobre ese tema precioso, las imaginaciones ligeras de las damas enriquecían las crónicas de los salones del arrabal de San German con una multitud de anécdotas, á las cuales no faltaba mas que tres cosas:

¡El buen sentido, la justicia y la verdad!

El buen sentido, respecto á la fortuna, pues la duquesa de Palma era acaso mas rica que su esposo.

Su justa reputacion como cantarina, y los brillantes sucesos que había tenido despues de largo tiempo le habían adquirido una fortuna magnífica; y renunciar á sus triunfos en el apojeo de su reputacion y gloria cuando sus notas se pagaban á peso de oro, era renunciar á las inmensas riquezas que podían procurarle aun su voz y su talento.

El buen sentido no tenía que sufrir solo el reproche de codicia que se dirigía contra *la Felina*, pues la justicia y la verdad eran desconcidas igualmente.

*La Felina*, léjos de querer seducir al duque, léjos de querer hacer un negocio, como se decía, rechazaba hacia largo tiempo la mano del ministro de policía de Nápoles, cuando un motivo poderoso vino á hacérsela aceptar. Ese motivo, nacido de su razon y de su corazón, era la pasión ardiente é invencible que sentía por el conde de Monteleone; ella conocía el amor del conde por Aminta, y sabía que una vez libre se casaría con la hermana de Tadeo. Queriendo combatirse á sí misma, creándose nuevas armas contra esa pasión que la devoraba; queriendo levantar una nueva barrera entre ella y el conde, queriendo darse un defensor contra su propio corazón, aceptó la mano del duque de Palma para crearse un deber con sus deberes, y para alejarse así forzosamente de una carrera cuyos triunfos no le ofrecían mas que disgusto y amargura; pues el que se los hacía desear en otro tiempo no había hecho ningun caso de ellos.

He ahí las razones que había arrastrado á *la Felina* al grave partido que había tomado; mas tarde veremos si había conseguido el objeto que su decision le había indicado.

El duque de Palma, despues de haberse casado secretamente con *la Felina* en la villa de *Ferentino*, el dia siguiente en que fueron conocidos por Monteleone al salir de la iglesia, condujo á su bella esposa á una casa de campo que poseía en Como; luego, despues de pasados con ella algunos dias, volvió á Nápoles é hizo aceptar al rey Fernando su dimision de ministro de policía jeneral del reino. Confió el secreto de su matrimonio á su soberano; y el monarca, sin aprobar la conducta de su favorito, compadecido de aquel amor estremado que le hacía sacrificarlo todo á lo que creía su dicha, prometió no retirarle su gracia, y le dió mas tarde la prueba encargándole de algunos negocios diplomáticos importantes, du-



rante los dos años que se pasaron desde su matrimonio hasta la época en que vuelve á comenzar nuestra historia.

Nápoles desagradaba al duque, pues se criticaba sin piedad su union con la prima donna, y los dos esposos vinieron á Paris despues de una mision diplomática durante la cual el duque dejó sola á su esposa en su quinta de Como, por espacio de algunos meses.

Compraron pues el hotel que acabamos de describir, y se disponian á recibir en él la córte y la nobleza, desplegando ese lujo aristocrático y de buen gusto que era familiar á los hábitos del duque de Palma; pero un escollo sobre el cual no contaban ni el duque ni la duquesa hizo desvanecer todas sus esperanzas.

La alta sociedad de Paris, esa sociedad tan fácil para ciertas escentricidades, tan difícil y tan meticulosa para ciertas preocupaciones, esa sociedad que el rango y nombre del duque llamaban á ver, se mostró rebelde á todas sus invitaciones. Solo respondieron á ellas algunas raras escepciones entre la nobleza de la restauracion; y aunque las personas que se aventuraron á ir á casa del duque hallaron por premio de su audacia una perfecta acogida y una señora de casa encantadora; aunque prodigaron elogios á las gracias, al tono esquisito, al talento y amabilidad de la duquesa, su ejemplo no fué seguido; el hotel permaneció silencioso y vacío; el duque y la duquesa se quedaron solos, sepultados en una magnífica tumba.

La causa de ese abandono, de esa frialdad, de esa desgracia con que fueron acogidas las invitaciones del ex-ministro se adivinan fácilmente. ¡El duque se habia casado con *la Felina!*... ¡la cantarina!... la belleza de quien se habian contado tantas anécdotas y que corrian aun!...

La bella cantarina se halló profundamente herida de esa impolítica jeneral; no porque echase mucho de ménos el mundo y los placeres (otras ideas, mucho mas caras para su corazon, la preocupaban desde los últimos meses que habia pasado sola en su quinta de Como), sino porque la afrenta que se le hacia recaía sobre su esposo; y su carácter firme, enérgico y fuerte, sufrió cruelmente por ello.

*La Felina* era italiana, y la italiana no sufre una afrenta sin tratar de vengarse.

Su espíritu fecundo no buscó largo tiempo esa venganza; y sin embargo no era fácil, pues se trataba de toda una sociedad rica, poderosa, elevada, que se habia coaligado en cierto modo para insultar á una sola mujer desechándola de su seno, con ese desprecio elegante mucho mas ofensivo que el ultraje directo y grosero.

La fama de *la Felina* como cantora, habia escitado la curiosidad de Paris hacia mucho tiempo, pues su voz tan admirable, su talento tan dramático, su belleza tan maravillosa, sus sucesos en toda la Italia, hacian de la grande artista un objeto de codicia para todos los grandes teatros de Europa.

Por un capricho extraño, ó por una desconfianza exajerada de sí misma, *la prima donna* habia rehusado constantemente el hacerse oír en los teatros líricos de nuestra capital, aunque sabia muy bien que solamente allí se daba el bautismo de todos los grandes talentos artísticos; pero satisfecha de su gloria nacional, no quiso nunca pedir la sancion á los aficionados franceses.

¡Cuál seria pues la emocion de todos los salones de Paris, cuando se supo que debia darse un gran concierto en el hotel del duque de Palma, y que la célebre cantarina se haria oír!

El concierto tenia un objeto de caridad, pues se haria una colecta en favor de algunos infortunios interesantes, y sirviendo la caridad de pretesto á la curiosidad ardiente de la alta sociedad parisiense, se declaró de comun acuerdo que se iria á los salones donde debia practicarse una buena obra, y no á los salones del duque de Palma.

Entónces todos trataron de hacerse invitar, pero entónces tambien empezaron las dificultades sin número, que no se habian previsto, pues las invitaciones se hacian con una reserva estremada. Y como sucede siempre en Paris, cuanto mayores eran los obstáculos para obtener el favor de ser recibido en casa del duque de Palma, tanto mas se redoblaban las instancias y pasos para conseguirlo.



¶ Pero lo que pareció mas extraño y sorprendió jeneralmente, fué que las casas donde la *cantarina duquesa* habia sido mas maltratada, fueron las que recibieron mas pronto sus invitaciones.

¶ Hubo sí algunas pequeñas afrentas acá y allá, algunos alfilerazos dados á las grandes vanidades por los nobles italianos amigos del duque de Palma y que componian su sociedad íntima; pero se aceptó todo, se pasó por todo, se sufrió todo por conseguir el objeto tan deseado, tan esperado con tanta impaciencia: ¡*Oir cantar á la Felina!*

¶ Esto pasaba algunos meses ántes de la fiesta cuyos preparativos hemos descrito al principio del capitulo.

La noche indicada para el concierto de beneficencia, una larga fila de coches llenaba la calle del faubourg Saint Honoré, y se sumerjía en el hotel de la duquesa de Palma.

Esta, sentada en el fondo de su último salon, vestida con una sencillez estremada, hermosa por su sola belleza, esperaba á sus huéspedes, que un ayuda de cámara nombraba en el primer salon, y levantándose á cada recien llegado, saludaba y daba gracias á sus convidados por el placer que recibia con su amable visita. Pero esta acojida, léjos de agradar á la mayor parte de los que recibia, parecia causarles la mas viva sorpresa; pues creían venir sobre un terreno neutro á los salones consagrados á una buena acción, y no hallarse en casa de una señora que les hacia los honores de su hotel como su ama y dueña.

Sin embargo, esto fué lo que sucedió; multiplicando sus cuidados y atenciones por sus huéspedes, no aparentando notar la seca política de los unos, ni la frialdad de los otros, la duquesa redoblaba su amabilidad para cada persona que se presentaba.

¡ Por fin se rompió la valla !

Los hombres todos, jente de alta sociedad, no pudieron resistir á tantos encantos; algunas mujeres les imitaron.

El lujo resplaudiciente del hotel, los cuadros admirables que le decoraban, la belleza majestuosa de la duquesa y el gran tono del duque de Palma, produjeron un efecto tal sobre esa sociedad compuesta de todos los nombres grandes de Paris, de todas las ilustraciones de la época, de todas las glorias vivas de la Francia, que el suceso de la duquesa fué completo.

El elemento del sarao era, no obstante, esperado con suma impaciencia. El concierto, en el que la duquesa debia llenar la mayor parte, no empezaba y la noche avanzaba; se decia que los artistas no llegaban aun, y la impaciencia estaba en su apojeio, cuando se dejó oír una brillante orquesta de baile.

Algunos jóvenes, olvidando el objeto de la reunion, y cuidándose muy poco de una seriedad y de una oposicion que debia privarles de un placer de su edad, condujeron sus bailarinas al gran salon del hotel, y el baile hizo esperar pacientemente el concierto, ¡ *que se esperaba siempre!*

¶ Pero á eso de medianoche circuló el rumor entre los convidados del duque de Palma, de que la duquesa se sentia tan cansada de la fatiga que le habia causado el recibimiento para acoger á sus nobles huéspedes, que acababa de declarar que no cantaria, pues un resfriado súbito la imposibilitaba de hacerlo (añadian los habituados de la casa, muy á pesar suyo); y que finalmente el sarao se compondria solamente del pequeño baile improvisado que acababa de empezar en los salones.

Nada puede pintar la sorpresa, la vejacion y la ira que aparecieron entónces sobre ciertos semblantes, y que aumentó aun *la Felina* no dirijiendo ninguna excusa á los convidados, pero dándoles finamente las gracias por el placer que se habian dignado hacerle viniendo á pasar la noche en su casa; placer que temia mucho no poder renovar en mucho tiempo, decia ella, pues su salud exijia la mas completa soledad.

Y hé ahí como *la Felina* hizo un baile de un concierto, forzando á toda la alta sociedad de Paris á visitarla. Los periódicos del dia siguiente publicaron estas líneas:

» Ayer hubo en casa del duque de Palma el sarao mas brillante de todo el año. La flor y  
» nata de la nobleza del arrabal de san German, todo lo que la capital encierra de mas  
» elegante, se hallaron reunidos en sus salones, y se retiraron encantados de la acojida hecha  
» por los nobles extranjeros á sus ilustres huéspedes.



» El duque ha hecho entregar diez mil francos á los pobres de su distrito, para suplir una colecta que no pudo verificarse.»

Pocos meses despues de este sarao, el duque de Palma fue nombrado embajador de Nápoles cerca de la córte de Francia, y para celebrar los dias de su soberano, era la magnífica reunion que se preparaba y causaba tan grande movimiento el hotel del Faubourg-Saint-Honoré.

La nueva posicion del duque de Palma, su carácter diplomático por un lado, y por otro el entusiasmo que habia causado en el mundo elegante la distincion y amabilidad de la duquesa, habian hecho callar todas las susceptibilidades. Ahora no se trataba mas que de obtener el honor de ser recibido en la embajada de Nápoles.

Pero por una causa ignorada de todo el mundo, la duquesa se habia hecho en pocos meses toda otra mujer que la que se admiró ántes por su amabilidad y alegría.

Un aire de tristeza se pintaba en todas sus facciones, sus ojos brillaban á veces con un fuego sombrío, que venian á apagar algunas lágrimas furtivas. Su belleza misma se habia alterado por el imperio de un mal desconocido.

Siempre benévola y graciosa para el duque y los que la rodeaban, parecia no obstante obedecer á un deber satisfaciendo á las exigencias del rango que ocupaba.

Cada dia parecia alejarse del mundo con mas cuidado, y buscar una soledad que habia huido en un principio como para aturdirse y sofocar sus pesares secretos. Pero sea que esos pesares hubiesen tomado mas imperio sobre su corazon, sea otra causa cualquiera, todos percibian el cambio notable acaecido tan repentinamente en aquella organizacion moral tan fuerte, y en aquel exterior tan seductor.

Y no obstante, léjos de oponerse á esa fiesta espléndida, que las circunstancias exigian, léjos de mostrar indiferencia por sus preparativos, se notó con sorpresa que se ocupaba de ellos con un celo estremado.

Nada se escapaba á sus cuidados, nada era descuidado por un gusto esquisito para que el sarao fuese completo, lujoso y elegante.

Encantado el duque de ver á la duquesa renacer á los placeres del mundo, por decirlo así, cuando los desdeñaba hacia tanto tiempo, la secundaba en sus esfuerzos prodigando el oro para satisfacer á todos sus deseos.

Las invitaciones fueron numerosas, y los nobles personajes que tuvieron el honor de ser convidados, no hicieron esta vez ninguna repulsa.

Un nombre solo entre los convidados suscitó alguna inquietud en el duque; y ese nombre era el del conde de Monteleone, que habitaba en Paris hacia tres meses.

El secretario encargado de componer la lista de las personas convidadas á la fiesta habia puesto ese nombre entre los napolitanos de distincion que, segun el uso, se habian hecho suscribir en la embajada de su nacion al llegar á Paris.

La duquesa habia leído esta lista, y no habia hecho ninguna observacion sobre ese nombre; pero el duque vaciló largo tiempo ántes de decidirse á invitar al conde. No porque tuviese la menor sospecha de los antiguos sentimientos de la duquesa por Monteleone; pues habia atribuido la presencia de *la Felina* en la casa etrusca del conde á una intriga insignificante del baile de máscaras. Por otra parte, otros tres nombres se hallaban en aquella casa cuando fué arrestado el conde, y aquel incidente no habia dejado ningun rastro en el espíritu del ex-ministro de policia.

Pero el conde, conocido por un enemigo declarado del gobierno napolitano, á pesar de haber sido absuelto en su juicio, ¿podia ser recibido por el embajador de ese gobierno? Una simple reflexion hizo al duque que no rayase al conde de la lista, y era que Monteleone no vendria al baile. De consiguiente el duque no tenia la impolitica de chocar con el conde, y este no se mostraria sin duda deseoso de parecer en los salones de la embajada.

El dia de la fiesta llegó por fin; el interior del hotel presentaba un aspecto fantástico, y los salones del hotel reunidos al salon de baile improvisado en el jardin presentaban uno de esos cuadros májicos que la imaginacion de los poetas han creado muchas veces, pero que la mano del hombre ha ejecutado muy pocas.



Los artes y el lujo, el confortable, la opulencia y el gusto se habian asociado para producir una maravilla, y esa maravilla iluminada por mil bujías representaba uno de esos palacios espléndidos de las *Mil y una Noches* que todo el mundo ha leído, y que nadie verá jamas.

La duquesa de Palma parecia haber recobrado aquel día todo el brillo de su hermosura; solamente un observador atento hubiera podido preguntarse, si la animacion de esta mujer procedia de una especie de agitacion febril, que manifestaban la vivacidad de sus miradas y el color encendido de sus labios.

Dieron las nueve, y los primeros invitados fueron introducidos; pero la multitud fué llegando á cada paso.

Los nombres mas grandes resonaron en los salones, y á poca distancia los unos de los otros, el ayuda de cámara que anunciaba hizo oír los siguientes :

¡ El duque de Harcourt !

¡ El vizconde de Harcourt, y la señorita Maria de Harcourt !

¡ El príncipe de Malear !

¡ El marques y la marquesa de Malear !

¡ El señor Tadeo Rovero !

¡ El conde de Monteleone !





---

---

## LA FIESTA.

---

XXXII.



Al oírse el nombre del conde de Monteleone se produjo una viva sensación en la asamblea, pues las aventuras del conde y su proceso publicado en todos los periódicos de París, habían escitado un interés jeneral.

Este hombre era para los unos un culpable diestro, para los otros una víctima y un mártir de sus opiniones, que Dios solo había preservado de una sentencia terrible.

Las mujeres se interesaban mucho mas en este drama judicial, porque las ventajas personales del conde habían sido exajeradas por los diarios al dar cuenta del proceso.

Acojido por una curiosidad jeneral, de la que no dió señales de notar, atravesó los salones con su dignidad acostumbrada y fué derecho á dar gracias á la duquesa de Palma por haberse dignado comprenderle entre los invitados de su mag-

nífica fiesta. La duquesa saludó graciosamente al conde, y le respondió algunas palabras de una politica fria é indiferente; luego se alejó para ir al encuentro de la jóven marquesa de Maulear, que acababa de entrar conducida por el principe de Maulear, su suegro.

El principe conocia al embajador de Nápoles, y le veía frecuentemente, así como á la duquesa, y era uno de los primeros que habían venido á su casa; pues como era hombre de humor y talento, no creía degradarse ofreciendo sus homenajes á una mujer amable que llevaba dignamente el nombre que el amor y el himeneo le habían autorizado á llevar.

— Señora duquesa, — dijo el principe presentándole Aminta, — me habeis cuestionado frecuentemente acerca de mi nuera, y como ya sabéis todo el bien que os he dicho de ella, confieso que tengo un poco de orgullo en haceros juzgar por vos misma.

Durante esta presentacion, *la Felina* había abrazado de una ojeada toda la preciosa persona de Aminta; y el resultado de ese rápido exámen se tradujo por un efecto extraño producido en la duquesa, pues sus lábios perdieron el color y su voz tembló al responder al principe que los elojios que le había hecho de la marquesa eran muy inferiores á la realidad, segun su parecer. En cuanto al marqués de Maulear, añadió ella, es un antiguo conocimiento mio... Y saludándole con un jesto afectuoso, presentó una silla á la marquesa, y la dejó vivamente en una turbacion que apenas podia dominar.



El príncipe se sentó cerca de su hija, haciendo pasar en revista delante de ella todos los individuos que había en el salon de alguna consideracion, pintándoseles con ese espíritu burlesco y esa ironía fina que poseían en tan alto grado algunos señores de otro tiempo. El príncipe de Malear hablaba como el duque de Ayen, de cáustica memoria, y de quien dijo una mujer de la córte: que se admiraba cómo su lengua no se despedazaba veinte veces al dia, pues debía estar como la piel de un erizo.

Aminta se reía de las pinceladas del príncipe, ó mas bien de las picaduras de daga que hacia su lengua; pero aunque el viejo hubiese estado diez veces mas acerbo, la jóven no habría acusado el corazon de su suegro, pues ella sabia que era bueno, y le habia consagrado para siempre su ternura y reconocimiento.

Mas tarde sabremos lo que habia hecho nacer en ella estos sentimientos.

El marqués de Malear habia dejado á su jóven mujer, para ir á saludar á sus numerosos conocidos; y miéntras que el príncipe desollaba vivos á cuantos tenían la desgracia de pasar delante de él, por hacer reir á Aminta, el conde de Monteleone que acababa de percibir al embajador trataba de penetrar por entre la multitud para acercarse á él.

El duque no estaba en el salon de baile en el momento que se anunció el conde de Monteleone, y fué para él una sorpresa, casi un terror, cuando le vió salir repentinamente de un grupo y avanzar hácia él, diciendo:

— No he tenido el honor de hallarme con Su Escelencia desde la visita que se dignó hacerme en el *Castillo del Huevo*, y soy doblemente feliz de poder haceros la mia en vuestro hotel, y en medio de una fiesta tan espléndida.

— Señor conde, — respondió el duque tratando de vencer la emocion que le causaba la presencia imprevista de Monteleone, — no me atrevia á esperar que me haríais el honor de aceptar mi invitacion, ¡pues no podeis ignorar que un embajador representa á su rey!... De consiguiente es un poco en el palacio del rey de Nápoles donde tenemos el placer de veros hoy;... pero creo poder deciros á nombre de mi soberano: que si vuestra presencia es una prenda de reconciliacion, ofrecida por vos á su causa, Fernando IV será tan dichoso en recibirlos como yo lo soy en este momento.

El conde de Monteleone sintió todo lo que este lenguaje tenia de graciosamente pérfido, y estuvo á punto de maldecir el motivo secreto que le habia traído á casa del embajador; pero sus ojos se dirigieron á pesar suyo hácia cierto lado del salon, donde pareció recobrar fuerza y valor, y respondió en tono natural al duque: que no habia pensado al venir á la fiesta mas que en el amable huésped que le recibia, y que conocia demasiado la urbanidad y franqueza del duque de Palma para creer que hubiese querido hacer una cuestion política de una simple reunion de placer.

El duque se mordió los labios al oírle esta respuesta evasiva, y el diplomático halló que tenia que habérselas con otro tan fuerte como él.

Un jóven que se acercó en este momento agarrándose al brazo de Monteleone con la mayor franqueza, puso término á esta conversacion tan embarazosa para el duque como para el conde.

Este jóven, de un aire distinguido y elegante, tenia unas facciones preciosas, pero que anunciaban una salud delicada. — ¿Sabeis, mi caro duque, — dijo el recién llegado al embajador, — que es preciso que yo tenga un carácter muy bondadoso, y que vuestro baile sea muy seductor, para que se me vea en vuestra casa despues de la manera un poco viva con que nos separámos en Nápoles hace dos años?... ¡Qué diablo!... se va uno á Italia para recobrar la salud, quiere uno pasar el invierno en Nápoles, gozar en paz de su carnaval, empezar á bosquejar tres ó cuatro intrigas amorosas con las lindas mujeres cuyos ojos no pueden compararse mas que á los de la duquesa de Palma,... y la mas bella noche, en medio de una cena alegre de *pulicinelli*, nos enviais para postres una compañía de esbirros atroces que se arrojan sobre nosotros como unos buitres, desgarran nuestros trajes llenos de humor y fantasía, nos despojan brutalmente de nuestros puñales venecianos, poniéndose doce contra uno, nos separan á Tadeo, Apsberg y á mí para meternos en diferentes carruajes, y nos conducen luego el uno á la prision, el otro á la frontera, y á mí al abominable va-



por que me desembarca en Marsella como una mercancía averiada que se devuelve al comerciante de mala fe .. ¡Y yo que contaba divertirme tanto en Italia!...

— Señor vizconde, — respondió el duque riendo, — ¡el aire de Nápoles no era conveniente para vos!... Médicos muy hábiles habían declarado que vuestra vida estaba comprometida en ese país, y que era necesario alejaros de allí lo mas pronto posible... De consiguiente quejáos de la medicina, y léjos de acusarme ¡dadme gracias por haber ejecutado sus recetas!

— ¿Cómo pues? — replicó el conde. — ¡Pero yo os lo agradezco infinito, si verdaderamente mis días corrian peligro!... ¡Hé ahí cómo se engaña uno! — añadió jovialmente: — se asegura que el aire de Nápoles es bueno para el pecho!...

— Es cierto, — respondió el embajador; — ¡pero es ménos bueno para la cabeza!

— ¡Yo sé algo de eso!... — dijo Monteleone mirando al duque.

— ¡Vaya por la cabeza!... — continuó el vizconde de Harcourt, que queria á todo trance vengarse un poco de los esbirros de Su Escelencia mismo. — El aire de Nápoles es peligroso para la cabeza, convengamos en ello, pues la exalta y la hace *perder* algunas veces, segun opina Monteleone; pero en cambio es excelente para el corazon... ¡Un corazon que sufre, un corazon atacado... se cura maravillosamente en Nápoles!... Verdad es que los remedios son algunas veces muy caros... ¿no es cierto, señor duque?... pero los enfermos no reparan en eso cuando se trata de casos desesperados...

— Deseo, señor vizconde, que la temperatura de Paris os sea mas favorable que la de Nápoles; — respondió el embajador sin querer comprender la alusion del jóven á su matrimonio. — Por otra parte, el señor duque de Harcourt, vuestro noble padre, ese gran señor tan considerado y tan justamente honrado, os impedirá en adelante que comprometais una existencia que perderiais tan fácilmente en nuestro país.

— Felizmente Su Escelencia velaba por mí, — dijo riendo el vizconde; — y no es un mediano honor el haber tenido por médico al ministro de policia del reino de Nápoles... Pero perdonad, — dijo al duque, oyendo que la orquesta comenzaba los preludios de una contradanza, — tengo allá bajo un deber de familia que me llama... mi María, mi linda hermanita con quien estoy comprometido para esta contradanza... ¡una fantasía de hermana querida, que quiere bailar con su hermano!

Y el aturdido jóven corrió á dar el brazo á su hermana y ponerse en baile con ella.

María de Harcourt, la hermana de René, era una jóven preciosa, rubia y sonrosada, endeble y delgada como un *elphé* del Norte. Bajo su cútis transparente se distinguian unas venas azules que se veía en ellas circular la sangre á través del epidermis.

El duque de Harcourt habia perdido dos de sus hijos, de esa terrible enfermedad de pecho contra la cual son casi siempre impotentes los recursos de la ciencia. La desesperacion de este padre fué inmensa; la muerte acababa de cortar el hilo vital de dos vástagos de su raza, y de las cinco flores que componian ese risueño ramillete de familia, dos solos quedaban al noble anciano !

Toda su ternura se concentraba pues en René, que era ya su hijo único, y sobre María, cuyo retrato acabamos de bosquejar.

Pero por un sentimiento de recuerdo doloroso, el duque no habia permitido que su hijo último tomase los títulos de los que acababa de perder, y se continuaba llamando á René *el vizconde de Harcourt*.

Sin embargo, René mismo anunciaba ya las funestas disposiciones que habian acabado con sus dos hermanos; y María, mas jóven de algunos años, inspiraba grandes inquietudes á su padre, por la delicadeza excesiva de su organizacion y de toda su persona.

Todo Paris habia tomado parte en el dolor del duque de Harcourt, pues todo Paris honraba al duque por ser un rico benévolo y filantrópico ; pero de esa filantropía prudente y sabia que se detiene en los limites de la razon, que rechaza las utopias sociales, por mas seductoras que sean, por mas popularidad que puedan dar al que las practica y sostiene. El duque de Harcourt hacia la filantropía cristiana; es decir, la caridad. .. ¡La mas bella y la mas santa de las virtudes de este mundo!



Pero la caridad de ese patriarca era oculta, misteriosa, enemiga del ruido y de la fama. No esperaba el infortunio para socorrerle, iba él mismo á buscarle; y cuando esa providencia oculta de la desgracia era conocida de los que socorria, el duque imponia el secreto de sus beneficios como la sola recompensa que aceptaba.

El duque era en cierto modo *el rey del honor francés* en Paris, el árbitro de todas las discusiones que se suscitaban entre los miembros de la gran familia aristocrática, pues sus virtudes sublimes le habian hecho declarar el juez supremo. ¡Su palabra era una ley; sus decretos, decretos soberanos!

A la hija de este noble anciano era á quien el príncipe de Maulear habia tenido el proyecto de unir su hijo, proyecto que le hizo abandonar el matrimonio de Enrique. Pero el duque de Harcourt no habia dejado por eso de ser el amigo del príncipe de Maulear, aunque algunas veces censuraba sus opiniones un poco relajadas; y cuando sorprendia al príncipe *en delito de inmoralidad*, como él decia riendo, añadia jovialmente: ¡ya se le pasará la juventud! Y la juventud del príncipe de Maulear se componia de setenta primaveras.

La belleza de Aminta, su palidez estremada que sola hubiese bastado para fijar la atencion, hacia una verdadera revolucion en los salones de la embajada.

La duquesa de Palma misma no producía su efecto ordinario. Verdad es que la animacion que sentia al principio de la noche la dejaba poco á poco, y que ese estado de tristeza habitual que habia perdido durante las primeras horas de la fiesta, se habia apoderado de nuevo de sus facciones y de toda su persona.

Un solo hombre habia notado las impresiones de la duquesa, pues ese hombre no la perdía de vista.

Apoyado contra la puerta de un gabinete la seguia en todos los pasos que daba, y parecia sufrir con ella por las incomodidades que le imponian sus deberes de ama de casa; pero cuando la duquesa creyó haber hecho lo bastante para la recepcion, cuando pudo pensar que los placeres del baile se encargarian de suplirla en su magnífica hospitalidad, el hombre que la examinaba con tanto cuidado vió que se dirigia hácia el gabinete á cuya entrada se habia colocado.

Se metió en él vivamente sin que ella lo viese, y cediendo á uno de esos movimientos irreflexionados que se rechazarian de sangre fria, se escondió detrás de un tapiz que servia de mampara á la entrada de una galería de cuadros, y silencioso é inmóvil esperó.

La duquesa de Palma entró en el gabinete; y asegurándose de una ojeada que se hallaba sola en él, se dejó caer en un sofá dejando escapar de sus dos ojos dos raudales de lágrimas, diciéndose á sí misma :

— ¡Me sofocaba... moria de mil muertes!... ¡Mi prueba cruel me ha salido bien... *Es ella á quien ama siempre*;... ahora no me cabe duda! ¡Por ella ha venido á esta fiesta... donde no hubiera venido por mí, pues me habria objetado sus antiguas relaciones con el duque, su posicion política... y yo le habria creído,... yo habria inmolido la dicha de verle, al bien parecer y al cuidado de su honor!... ¡No la quita los ojos! ¡no piensa mas que en ella! ¡no se ocupa mas que de ella!... ¡Y para mí, ni una mirada... ni una palabra!

Y las lágrimas de la duquesa corrian en abundancia.

En este momento se oyeron pasos en la galería de cuadros, y la tapicería de la mampara se ajitó.

— ¡Oh! .. Dios! — dijo la duquesa, ¿qué habia de decirse si me sorprendiesen en este estado?...

Los pasos se aproximaban; y corriendo entónces hacia una de las salidas del gabinete, que daban al exterior, la abrió precipitadamente y se lanzó en el jardín.

Los pasos que habia oido la duquesa eran de dos personas que, despues de haber recorrido los salones entraron en la galería de los cuadros; y esas dos personas eran René de Harcourt y el conde de Monteleone.

— ¡Calla... calla! — dijo el conde; — ¿qué diablos hace Tadeo apoyado contra ese tapiz. oculto como un español celoso en la esquina de una calle o cura de Sevilla, escuchando la serenata que diese un rival suyo?



— ¡Es cierto!... — respondió René; — pero creo que se ha dado ya la serenata, pues las facciones del celoso espresan un vivo despecho.

La emocion de Tadeo habia sido tan fuerte al oír las palabras de la duquesa, que no habia tenido fuerza para alejarse del sitio que ocupaba cerca del gabinete; pero al oír las burlas de sus amigos hizo un esfuerzo sobre sí mismo, y dijo con voz trémula:

— Buscaba como vosotros un poco de aire fresco en esta galería, pues hace allá adentro un calor mortal...

— ¡No vayas á encontrarte mal aquí... — dijo de Harcourt, — pues no tenemos á la mano el doctor Mateo para curarte!

— ¡Silencio! — dijo Tadeo mudando repentinamente de fisonomía; — es una imprudencia el pronunciar un nombre semejante en este lugar!

Y los tres entraron en el gabinete.

— Es verdad, — respondió René, contestando á la reconvencion de su amigo, — mis palabras corren siempre mas que mi razon... pero ya trataré de hacerlas marchar juntas.

— ¿Cuándo es la consulta? — preguntó Tadeo, esforzándose para aparentar la tranquilidad.

— Dentro de ocho dias, — respondió el conde.

— ¿A qué hora?

— A mediodia.

— ¿Son numerosos los enfermos?

— Mas que nunca; y los pobres diablos no aspiran mas que á verse curados.

— ¿Segun eso aumenta la clientela del doctor? — dijo de Harcourt.

— Todos los dias; y dentro de poco no sabrá qué hacer.

— Eso no me inquieta, — repuso de Harcourt, — pues nuestro doctor es un hombre hábil, ¡un gran sabio que hace una medicina nueva!

— ¡Oh... y tan nueva! — añadió Monteleone, — pues cura el alma ántes que el cuerpo!

— Pero aunque no aplica mas que esa medicina, hace curas maravillosas, — replicó de Harcourt, — tan maravillosas, que el otro dia le presenté en casa de mi padre.

— ¿En casa del duque? — exclamó Monteleone. — ¿El doctor Mateo en casa del duque de Harcourt? — añadió bajando la voz — ¿Y por qué motivo le has presentado el doctor?

— ¡Por un motivo grave, sagrado, y muy caro para mí!... Mi hermanita se hallaba enferma; y como mi padre ha recurrido á los primeros médicos de Paris para mis dos desgraciados hermanos sin que por eso haya dejado de perder sus dos hijos, no tiene confianza en nadie, y no sabia á quién consultar para mi hermana. Yo le hablé del doctor Mateo, citándole tres ó cuatro curas admirables que habia hecho, y le inspiré el deseo de conocerle

— ¿Y Mateo, el salvaje Mateo, consintió en ir á casa de tu padre?

— Inmediatamente; — respondió el vizconde, — y como la casa que habita está contigua á nuestro hotel, en pocos minutos le introduje cerca de la enferma; ¿y lo creeréis? algunos medicamentos los mas simples del mundo obraron un efecto sorprendente. La agitacion de mi hermana se calmó, su tos cesó completamente, y ya la veis esta noche bailando y valsando mas linda que nunca

La conversacion de los tres amigos fué interrumpida súbitamente por la llegada al gabinete de otros dos personajes de nuestra historia.

El príncipe de Malear entró dando el brazo á su nuera de la marquesa, que venia á buscar en aquel sitio retirado un poco de reposo contra las fatigas del baile, y un aire mémos cálido que el de los salones.

Aminta se apoyó fuertemente en el brazo del príncipe cuando se vió en presencia del conde de Monteleone, que no esperaba hallar allí; no porque ella no le hubiese divisado ya en el baile, y que durante los tres meses que hacia que Monteleone estaba en Paris se habian encontrado en algunos salones, pero el conde no le habia hablado jamas desde su separacion en Sorrento.

Léjos de tratar de hablarla, Monteleone parecia huir la ocasion, contentándose con saludarla respetuosamente todas las veces que el acaso la reunia, y el conde desaparecia al momento.



Esta conducta llena de atencion y reserva, se esplicaba suficientemente por la antigua rivalidad del marqués de Maulear y el conde; y el recuerdo de esa rivalidad producía sin duda en Aminta la viva emoción que sentía cuando se hallaba en presencia de Monteleone.

— ¡Cómo! — exclamó el príncipe de Maulear viendo al conde. — ¿Vos aquí, mi caro colaborador? ¡Vaya un encuentro dichoso que me encanta! Hija mía, — añadió dirigiéndose á la joven marquesa, — te presento al señor conde de Monteleone, un viajero distinguido á quien debo el capítulo mas precioso de mi diario en Italia, que yo llamo el itinerario en acción, y que te leeré algún día, pero que jamás hubiera podido escribirle sin el socorro del señor conde.

— Señor, — respondió Monteleone, saludando profundamente á Aminta, — tengo el honor de conocer á la señora marquesa, pues su señora madre se ha dignado recibirme en su casa algunas veces ántes del matrimonio de esta señora con el marqués de Maulear.

El conde sintió latir su corazón como si se quisiera escapar de su pecho al pronunciar estas palabras; pero el príncipe no notaba nada y dijo:

— ¿Conocíais á mi hija y no habeis venido aun á su casa?... ¿y no habeis tratado tampoco de volver á verme á mí, que me hallé tan contento con nuestro encuentro?... ¡Ah, eso no está bien, señor conde!... pero ya no os escaparéis á mi reconocimiento, y no me aparto de vos hasta que nos hayais prometido una pronta visita.

— ¡Yo no sé si debo!... — respondió el conde vacilando, y echando una mirada tímida sobre Aminta.

— Seríamos muy dichosos en recibir al señor conde, — dijo Aminta, dirigiéndose á su suegro, — pero ya sabeis que yo no recibo á nadie sin el beneplácito de mi marido.

— Pero el marqués se alegrará infinito de conocer á un caballero tan distinguido, — replicó el príncipe, — ¡un sabio tan erudito como el señor conde en materia de viajes!

— Conozco tambien al señor marqués de Maulear, — repuso el conde.

— Pues si conoceis á todo el mundo, — dijo el anciano, — ¿porqué tantas formalidades para visitarse? Las jentes de distincion, como nosotros, se entienden inmediatamente; y por otra parte, si lo que esperais para venir á nuestra casa es la invitacion de mi hijo, héle ahí que viene, y él mismo se apresurará á hacéroslo.

Réné de Harcourt y Tadeo, (sobre todo Tadeo) que sabian á qué punto Monteleone habia amado á la marquesa, participaron del embarazo que esta escena imprevista causaba al conde, y Aminta temblaba por su parte.

— ¡Dichosos los ojos que le ven á usted, caballero!... — dijo el príncipe á su hijo cuando entró en el gabinete. — ¡Eres muy feliz de tener un padre que haga el *cavalliere servente* de tu mujer, pues, sin que sea visto reconvenirte, no te se ha visto cerca de ella en toda la noche!

El marqués estaba pálido y parecia muy ajitado.

— Perdone usted, señor, — respondió á su padre, — pero los muchos amigos antiguos que he hallado me han retenido hasta este momento.

— Pues mira, — continuo el príncipe, — á propósito de amigos, ó antiguos conocidos, como gustes, hé aquí uno de los tuyos, el señor conde de Monteleone, que no espera mas que una palabra de tu boca para renovar sus relaciones contigo y presentarse en nuestro hotel.

Enrique levantó los ojos sobre Monteleone, que no habia percibido aun, y sin turbarse, sin ninguna ajitacion, sin parecer imponerse ningun esfuerzo, dijo á Monteleone:

— El señor conde será siempre bien recibido en mi casa, todas las veces que me haga el honor de venir á ella.

Aminta echó sobre el marqués una mirada llena de sorpresa, de dolor y reconvencion; y una voz secreta hizo resonar estas palabras crueles en su corazón: — ¡Ya no es celoso... luego ya no me ama!

— ¡Muy bien! — dijo el príncipe á su hijo; y volviéndose á Monteleone le presentó la mano, diciendo: — ¡Hasta mas ver, mi caro colaborador,... y que sea pronto!... Hablaremos de viajes, y recordaremos juntos el precioso capítulo de *Ceprano*, en mi itinerario.

Y volviendo á presentar su brazo á Aminta, que apenas podia sostenerse, entraron en los salones de baile acompañados del marqués.



— ¡Está bien! — dijo el señor Pignana, un poco picado de la brusca acojida del conde. — Yo he creído que era *urgente* (y apoyó la voz sobre esta palabra) el venir á prevenir á Su Escelencia que le amenazaba un peligro...

— ¿Un peligro? — dijo el conde con su acostumbrada sangre fría.

— Y como Su Escelencia me ha prohibido presentarme en su casa, — continuó Pignana — ha sido preciso venir aquí para avisarle... ¡aunque tengo el aire bastante decente y honrado, á lo que creo, para poder ser recibido en todas partes!...

— Señor Pignana, — replicó el conde, — voy á deciros de una vez para siempre los motivos de mi conducta, cosa que no haría en ningun caso si no supiese lo decidido y adicto que sois por mi persona...

El señor Pignana se inclinó con aire penetrado.

— Vuestra fisonomía, — continuó el conde, — es sin duda muy honrada y respetable, como lo decis vos mismo, convengo en ello; vuestra cara os abona, tambien lo concedo. El fondo es acaso ménos bueno, pues como contrabandista, como corsario, como... (pero me paro aquí por no ofender á vuestra modestia) como todo lo que habeis sido en fin, quizás teneis algo de que acusaros... Pero existe en Paris un cierto embajador de Nápoles, que fué en otro tiempo ministro de policia de nuestro hermoso país; y no se toca impunemente á la policia, señor Pignana, sin que deje ciertos hábitos incómodos para muchas jentes... De consiguiente, amigo mio, habiendo estado hace algunos dias en casa del duque de Palma tengo la idea de que no ha dejado de prevenir al prefecto de policia de Paris mi presencia en esta ciudad; es una atencion delicada de policia á policia; y probablemente se habrán dado en la misma ocasion las señas de mis antiguos conocidos, entre los cuales tengo el honor de contaros. Así, pues, ya comprenderéis que con vuestra costumbre de *negocios un poco climatéricos*, si se sabe que estáis en Paris y que os recibo en mi casa, no se juzgará que venís á enseñarme á tocar la bandurria... ¡instrumento en el cual se dice que sois muy diestro!

Por consiguiente, amigo, y para no privarme de vuestros servicios, y de la vijilancia que os dignais ejercer en derredor mio, he alquilado para vos la habitacion de la casa inmediata, hemos hecho abrir el paso por donde acabais de entrar en casa del doctor, y le comunicais lo que él me trasmite enseguida á mi mismo. Hé ahí, señor Pignana, lo que un hombre inteligente como vos hubiera debido comprender sin que fuese necesario daros estas esplicaciones.

— Soy el hombre mas dichoso, — respondió el señor Pignana, — de estar cierto que sin los graves motivos que acaba de darme Su Escelencia no tendria ningun inconveniente en recibirme en su casa.

— ¿Pero y el peligro que anunciabais al conde, cuál es? — preguntó Tadeo con impaciencia, olvidándose de su papel.

— ¡Ah!... es el señor Tadeo Rovero!... — dijo el astuto Pignana, conociéndole por la vez.

— ¡Torpe!... — murmuró de Apsberg.

— Me alegro tanto mas de haber encontrado aquí al señor Tadeo Rovero, — continuó Pignana, — pues creo que le toca tambien el asunto de que se trata.

— ¿A mí? — repuso Tadeo.

— ¡Al caso, pues! — dijo el conde con viveza.

— El caso es este, monseñor, — respondió Pignana. — Yo rondo frecuentemente por las cercanías de la casa de Su Escelencia, como lo ti ne ordenado, y hasta hoy no habia visto nada de sospechoso en los alrededores. Pero esta tarde he notado dos figuras sombrías apostadas en la calle de Verneuil, enfrente del hotel.

La inmovilidad de esos dos hombres me pareció estraña, y en la manera con que examinaban á cuantos entraban ó salian del hotel, me convencí prontamente de que espian á Su Escelencia, y mucho mas cuando habiéndome deslizado cerca de ellos á favor de la sombra, oí á uno de esos dos hombres que decia al otro en voz baja: «¡Debe estar á pié pues no ha salido su coche!

— ¡Diantres! — dijo el conde, — eso principia á ser interesante.

— Esperad, señor, — respondió Pignana, — pues no es eso todo. El mismo hombre aña-



dió en tono brusco á su camarada: «*Víte á la calle de Santo Domingo, pues allí vive el otro!*»

— ¡Pardiez... el otro soy yo! — dijo Tadeo; — pues la calle de Santo Domingo es donde vivimos el marqués, mi hermana y yo, en el hotel del príncipe de Maulear.

— Eso es lo que yo he pensado, — dijo Pignana, — y sin aguardar mas he corrido aquí, pues sabía que monseñor debía venir. Ahora ya conocerá Su Escelencia que era urgente venir á incomodarle.

— ¡No vayas á casa esta noche! — dijo de Harcourt.

— ¡Quédate aquí! — añadió de Apsberg.

— ¡Dejad á Paris, monseñor! — repuso Pignana.

— ¡Pero todos perdeis la cabeza! — respondió el conde.

— ¡No entres en casa! — repitió de Harcourt.

— ¡Y porqué no? — dijo el conde. — ¡Porque le agrada á un ratero el esperarme cerca de mi hotel para despojarme, ó porque algun *bravo* á la moda de Venecia quiere escojer mi pecho para vaina de su puñal!... Desde luego ese hombre no puede trabajar mas que *por su cuenta*, pues no sé que tenga enemigos en esta ciudad. Por todas partes se me acorje, se me busca y festeja, y nuestros socios secretos que pueblan el mundo y conocen mis antiguas aventuras me hacen todos los dias una entrada triunfal en los salones de Paris.

Pero si los vigilantes misteriosos de que habla el señor Pignana son de la familia de las aves nocturnas, escapadas de las jaulas de la policia, me entrego mas fácilmente á sus sospechas y conjeturas no volviendo á mi casa.

Y luego, *voto á Crivas!* como decia mi antiguo amigo Pietro, yo no he amueblado tan espléndidamente un hotel para dormir fuera. Permanecer aquí, como propone de Apsberg, seria una falta mas grande, pues esta casa encierra nuestros papeles y listas de la sociedad; es el tesoro, es el arca santa de la asociacion, cuyo depositario responsable es de Apsberg, bajo el nombre del doctor Mateo.

¡Guardémonos, pues, de poner nunca al cazador en la pista de ese precioso retiro, ó todo seria perdido!

En cuanto á dejar Paris, como el señor Pignana propone prudentemente, no puedo hacerlo, porque nuestras esperanzas y nuestro porvenir están en Paris... ¡de Paris saldrá la luz que iluminará la Europa!

Por otra parte, señores, yo hallo que cada uno se ha conmovido aquí muy fácilmente por un acontecimiento que puede ser muy natural; y bajo el supuesto mismo de que fuese una investigacion politica, olvidais el artículo de nuestros estatutos que dice:

«¿ Los hermanos se conocen entre ellos, pero no pueden presentar pruebas de la cooperacion á la obra los unos de los otros?»

Nuestros escritos ó nuestras acciones solas podrian vendernos; pero hasta aquí todos nuestros papeles están encerrados bajo tres llaves en esta casa, y nuestras acciones aun no dan nada que sospechar. Tranquilizáos, pues, acerca de mi suerte, y dejadnos descubrir á Tadeo y á mí el doble enigma que nos espera á nuestras puertas.

— ¡No hagas alguna imprudencia! — dijo de Apsberg á Monteleone, viéndole acomodarse apresuradamente el traje de auverniano con que habia llegado. — ¡Piensa que no estamos en Nápoles, que las calles de Paris son muy frecuentadas, las patrullas numerosas, y que una puñalada es aquí un acontecimiento!

— ¡No tengas cuidado! — respondió el conde; — yo me conformo á los *usos y costumbres* del pais donde me hallo. ¡En Italia el puñal... ¡En Francia el garrote!

Y cojiendo un grueso palo que traia Tadeo como complemento de su traje de paisano, le hizo jugar entre sus dedos con una destreza capaz de causar envidia al célebre *Fanfan*, rey de los jugadores de palo en aquel tiempo.

— ¿Seguiré á Su Escelencia? — preguntó el señor Pignana al conde.

— ¡Ciertamente! — respondió este; — pero como retaguardia, á veinte pasos de distancia, y solamente para atestiguar como un honrado pasante por acaso, que el hombre á



quien rompa la cabeza, si se la rompo, ha querido rompérmela á mí; lo que me hará mas interesante á los ojos de los curiosos que pueda atraer la discusion.

Y viendo que el señor Pignana se disponia á salir del salon con él le rechazó vivamente diciendo :

— ¡No, no! la señorita Crepineau, el Argos de la casa, no ha visto entrar mas que tres hombres en casa de su inquilino; ¿qué pensaria si viese salir cuatro? Volved á vuestra casa por la puerta secreta, y luego os juntaréis á Tadeo y á mí en la esquina de la calle de Bellechasse.

La puerta secreta de la biblioteca se cerró tras el señor Pignana.

— ¿No quieres que te acompañe? — preguntó de Harcourt á Monteleone.

— ¡Quita allá!... ¿cuatro contra uno? — respondió el conde; — pues pareceríamos los ejércitos coaligados contra los Estados de Monaco! Quédate aun con el doctor algunos minutos mas; la consulta de un *milord inglés* debe ser mas larga, ¡y paga en consecuencia!

El auverniano y el paisano pasaron delante del cuarto de la portera, el uno con su bota en el ojo, y el otro con su pañuelo en el carrillo; pero reflexionando Celestina que estaban desde las ocho en casa de su anelical inquilino, no pudo ménos de decir al verles salir :

— ¡El doctor es un hombre hábil y bueno, pero tambien emplea mucho tiempo con los enfermos! Pero quizas les habrá arrancado dientes y muelas, ... aunque no se les ha oido gritar; ¡bien que son tan duros esos hombres del pueblo!

Al acercarse á la calle de Verneuil, el conde precedió á Tadeo de algunos pasos, diciéndole :

— Espérame junto á esa casa un poco retirada del alineamiento, y no vengas á mí si no te llamo.

Alejándose luego de Tadeo hizo su marcha mas adecuada al traje que llevaba, y se avanzó lentamente hácia su hotel.

Muy presto distinguió un bulto oculto en el recodo de un muro que hacia frente á su hotel, y aquella sombra inmóvil era seguramente el hombre que le habia designado Pignana.

El conde tenia una vista penetrante que le permitia descubrir hasta los objetos que sepultaba la noche en su oscuridad. Vió pues distintamente los dos ojos brillantes del que le acechaba, fijos en su hotel, y no separándose mas que para descubrir su llegada en la oscuridad.

Monteleone, con esa presencia de espíritu que no le abandonaba jamás, con esa rapidez de ejecucion que ponía en todos sus actos, tan pronto como concibió el proyecto lo ejecutó.

Quería saber á todo trance con que clase de enemigos tenia que pelear, y no vió mejor medio de asegurarse que interrogar al enemigo mismo. Solamente que el interrogatorio fué un poco brusco, como vamos á ver; pues cuando estuvo á pocos pasos del hombre oculto que, sin la mas minima desconfianza dejaba llegar cerca de él aquel pesado auverniano, el conde dió la vuelta repentinamente, se precipitó sobre el desconocido, le agarró por el pescuezo con su mano de hierro, y con la otra mano contuvo el brazo que este trataba de deslizar bajo su capote para sacar sin duda alguna arma.

El desconocido no dió mas que un grito, pero ese grito causado por la sorpresa y el terror que le ocasionó la brusca agresion del conde, fué terrible... ¡Mas luego ya no dió mas!

Al ver así estos dos hombres aproximados el uno al otro, se hubiera podido pensar que hablaban bajo, pero no que el uno ahogaba al otro.

— ¡Una palabra!... ¡una sola palabra! — murmuró Monteleone al oido de aquel hombre. — ¿Dime por quién estás aquí?

— Por mí... — respondió el hombre, sintiendo que los dedos del conde se apartaban de su cuello.

— ¡Mientes! — le dijo el conde; — tu no eres un ladron, pues durante dos horas que hace ocupas este puesto, han pasado por la calle personas bien vestidas y bien provistas de dinero que no has robado.



Y el tornillo humano en que se hallaba el cuello del desconocido se apretó de nuevo. Entónces él hizo seña de que queria hablar; el conde le dejó la respiracion, diciéndole:

— ¿A quién acechas delante de ese hotel?

— ¡A vos!... — dijo el hombre.

— ¿Luego me conoces?

— ¡Si señor! — respondió el paciente.

— ¿Y quién te ha encargado que me aceches?

El desconocido calló; pero sintiendo que los dedos de hierro se apretaban de nuevo, dijo estas palabras ahogadas por la opresion que sentia:

— ¡Es una gran señora la que me ha enviado!

— ¡Su nombre! — dijo el conde, que empezaba á adivinar, pero que queria adquirir la certeza.

— ¡Es la embajadora de Nápoles!... — respondió el hombre.

— ¿Y por qué tu camarada ha ido de acecho á la calle de Santo Domingo?

— ¿Conque lo sabeis todo? — dijo aquel miserable asustado.

— ¡Yo sé todo lo que quiero saber! — respondió el conde. — ¡Habla al instante, ó no hablarás mas en tu vida! — añadió él, apretando de nuevo los dedos que comprimian el cuello del desdichado.

— Y bien, — dijo el hombre, — mi camarada está encargado de saber si estábais en el hotel del príncipe de Maulear... ¡qué sé yo!... en casa de alguna rival de la señora que me ha enviado, quizás...

— ¡Oh! ¡es indigno! — exclamó el conde; — ¡nada detiene á esa mujer cuando se trata de sus pasiones!

Un suspiro doloroso respondió á la exclamacion del conde, y volviéndose vivamente vió á Tadeo pálido y trémulo cerca de él.





---

---

# UNA CARTA.

XXXVI.



INCLINADOS sobre el hombro blanco de la preciosa marquesa de Malear, vamos á convidar á nuestros lectores á una indiscrecion muy culpable, pues en la posicion que les indicamos leeremos furtivamente la carta que escribia á la señora Rovero, su madre, y nos pondrá al corriente de los sentimientos secretos de la jóven marquesa, y de los acontecimientos que han pasado en su interior durante dos años.

Sentada por la mañana á eso de las nueve en un precioso canapé forrado de seda color de rosa y cubierto de muselina de la India, en el fondo de un hermoso gabinete del segundo piso del hotel del príncipe de Malear, con el codo apoyado en un elegante bufete incrustado de porcelana de Sevres, escribia la siguiente carta, donde espresaba los pensamientos mas íntimos de su alma :

- » Mi buena y querida madre :
- » Ya van trascurridos veinticuatro meses desde que dejé la Italia y dejé á usted, mi querida madre, para seguir á Paris á mi esposo y su escelente padre.
- » Mis cartas, desde nuestra separacion, no han carecido de detalles sobre mi viaje á Nápoles, sobre mi llegada á esta gran ciudad, sobre la recepcion que se me ha hecho en ella, sobre la familia de mi marido y cuanto deseaba usted saber con tan tierna solícitud.
- » La familia de mi esposo, como ya se lo tengo dicho á usted, es una de las mas considerables de Paris por su rango, por su fortuna, por su nobleza y la estimacion de que goza, y no se ha atrevido á recibir friamente la extranjera que venia á tomar una plaza en su seno ; pues la tierna proteccion que me dispensaba el príncipe, mi suegro, hacia un deber á todos sus parientes de aparentar al ménos por mi lo que él mismo era realmente, benévolo, afectuoso y amante.
- » ; Pero no he tardado mucho en conocer cuán poco sinceros eran los sentimientos que me mostraban !
- » He adivinado prontamente, bajo las formas graciosas con que mi nueva familia encubria su acogida, el mal humor, la vanidad resentida, la pequeña simpatía que mis nobles parientes sentian por la jóven mujer sin antecesores, sin nacimiento y casi sin fortuna



» que venia á usurpar en cierto modo un nombre, una posicion á la cual podia pretender  
» solamente una jóven de alto linaje y de alguna familia de príncipes como la suya.

» He comprendido muy presto la poca fe que debia tener en los cumplimientos de rigor,  
» en las prevenciones y atenciones exigidas por los deberes del mundo, y sobre todo por  
» la paternal proteccion del príncipe de Maulear.

» Entonces quise buscar en la intimidad de aquellos con quienes tenia que vivir, un poco  
» de esa dulce reciprocidad de sentimientos que me sentia pronta á manifestarles; pero la  
» primera persona á quien me dirigí me hizo perder mi esperanza, respondiendo con frias  
» atenciones al tierno afecto que le ofrecia.

» Esa persona con quien yo contaba, como yo se lo he dicho á usted, mi buena madre,  
» no para reemplazar á usted cerca de mí, pues una madre no se reemplaza facilmente, si-  
» no para escuchar sus consejos, para guiarme en esa vida nueva en que iba á entrar, y  
» entre una sociedad cuyos usos y lengua ignoraba casi... ¡ esa persona era la condesa de  
» Grandmesnil, la hermana del príncipe, la tia de mi marido !

» La condesa ama escesivamente al marqués, porque le ha educado, y se sentia quizás  
» mas herida que todos por la union formada por su sobrino; pues esa union destruía las  
» esperanzas de alianza concebidas hace largo tiempo por la condesa para su sobrino, con  
» una de las primeras familias de Francia, la familia del duque de Harcourt.

» La señora de Grandmesnil me acogió, pues, con una urbanidad cautelosa que rechazó  
» mi confianza, y me hizo temer una enemiga donde esperaba encontrar una protectora, be-  
» névola y afectuosa.

» El marqués no conoció los sentimientos que abrigaba la condesa hácia mí, pues viendo  
» ella el amor que me tenia mi marido, se los ocultó cuidadosamente redoblando para mí  
» sus cuidados y aparente bondad.

» ¡ Pero yo no dejé por eso de sentir la espina bajo la rosa!... y esa especie de instinto  
» singular que usted ha notado siempre en mí, me revelaba en los actos mas indiferentes de  
» la condesa la poca aficion que le inspiraba, y el despecho que le habia causado mi ma-  
» trimonio.

» Me armé pues de valor, y me prometí luchar con la *enemiga intima* que me presenta-  
» ba mi mala estrella, prometiéndome sobre todo no dejar adivinar nada á mi marido de  
» los pesares que podia causarme.

» No queria á ningun precio que la conducta de la condesa conmigo disminuyese el re-  
» conocimiento que le debia Enrique por todos los cuidados que ella le habia prodigado en  
» su juventud.

» Pero en defecto de ese cariño que me faltaba, otros dos afectos parecia que aumenta-  
» ban su fuerza por mí; el del marqués, que me probaba sin cesar sus cuidados constantes  
» y su tierna sumision á mis menores deseos, y la ternura del príncipe, ¡ dulce enigma que  
» no ha querido explicarnos nunca! ¡ Causa muy poderosa, sin duda, irresistible... pues que  
» el solo nombre de mi padre bastó para hacerme abrir los brazos del que me los cerraba  
» tan cruelmente al principio, como se lo he confiado á usted ya! ¡ Talisman prodijioso, pues  
» ha cambiado hasta los sentimientos mas arraigados del corazon de un anciano, pues que  
» le ha hecho renunciar á sus principios invariables, como él decia, y que los ha repudiado  
» hasta el punto de presentarme como la hija de un noble de ayer... pero á quien sus vir-  
» tudes han creado el blason mas magnífico, como decia por todas partes!

» Y debo confesar á usted de paso, que he visto mas de un amigo del príncipe quedarse  
» petrificado de sorpresa al oirle hablar así.

» He resumido todo ese pasado tan lleno de cosas, de las que ya le tengo hablado á us-  
» ted frecuentemente, mi querida madre, por demostrar mejor ¡ ay Dios! la diferecia de lo  
» presente con aquel tiempo feliz! ¡ Mi cielo tan puro y brillante se ha oscurecido!... ¡ Los  
» tristes presentimientos de otro tiempo han vuelto á apoderarse de mi espíritu!

» ¡ Me parece percibir nubes en mi horizonte!... Puede ser que me engañe, puede ser que  
» mi imaginacion demasiado viva, y contra la cual me aconsejaba usted la desconfianza,  
» me inspira mal mis ideas sombrías!... ¡ Ah! si yo la tuviese á usted á mi lado!... ¡ si pu-



- » diese arrojarne en sus brazos y estrechar á usted contra mi corazon... el suyo me tranquilizaria muy presto!
- » Echenche usted, mi adorada madre, las confianzas que deposito en este frio papel; léalas usted con los ojos del alma... y respóndame usted si me engaño... ó si me cree amenazada de la terrible desgracia que temo!
- » ¡Porqué no la tengo á usted á mi lado!... ¡Ah... ausencia... ausencia!...
- » Es preciso hallarse á cuatrocientas leguas de la persona que se ama, hay que pensar en las horas largas y dias que trascurrirán entre la carta escrita y la carta esperada, para saber todo el tormento y desesperacion que causa la idea de una distancia semejante.
- » Luego, cuando haya usted leído mi carta, mi querida madre, pedirá á Dios por mí; irá usted á la capilla de *Nuestra Señora de Sorrento*, á esa capilla donde me casé, á esa nuestra vieja iglesia... ¡y pedirá usted á la Virgen que vele sobre un amor y una fé que me juraron delante de ella!
- » Ahora necesito valor para continuar, pero quizás voy á apesadumbrar á usted... ¡No llore usted, madre mia, pues que no estaré yo ahí para enjugar sus lágrimas!
- » Durante los primeros meses de mi mansion en Paris, he vivido en un terbellino tan grande de placeres, de bailes y fiestas, que la saciedad y el cansancio resultaron muy presto.
- » El efecto que produjo en ese mundo brillante, los homenajes que se me rindieron en él fueron tan grandes que lisonjearon mi vanidad; pero mi corazon sobre todo gozaba infinito, porque me parecia que redoblaban el amor de mi marido y que hacian el mio cada dia mas precioso para él.
- » Despues del invierno vino una estacion mas tranquila, y yo la acojí con gozo, pues me parecia que Maulear y yo íbamos á vivir un poco mas el uno para el otro; que á esa existencia tumultuosa y ajitada sucederian dias de una dicha mas íntima y dulce.
- » Tres meses se pasaron para mí en la especie de retiro en que viven los ricos habitantes de Paris que no abandonan la ciudad durante el verano.
- » El príncipe nos dejó para ir á ver unas propiedades que posee á la estremidad de la Francia; y el marqués y yo quedámos entregados á nosotros mismos.
- » La condesa formaba el terceto con nosotros, pero léjos de que su sociedad diese algun encanto á la nuestra, metia en ella la contrariedad y el embarazo.
- » Acostumbrada desde mi infancia á esa vida exterior, á esos largos paseos por las cercanías de nuestra pintoresca villa, queria algunas veces hacer escursiones matinales por los hermosos jardines que rodean á Paris, pero la condesa hizo observar á mi marido que una mujer de mi edad no podia salir sin ir acompañada de él, y como el marqués montaba frecuentemente á caballo (ejercicio que no me es familiar), como tenia que ver á sus amigos, como los negocios políticos de que seguia encargado le llamaban frecuentemente léjos del hotel, me hallaba reducida á muy raros paseos, para los cuales debo decir que me proponia con gusto su brazo, pero no satisfacian la necesidad de ejercicio indispensable á mi salud.
- » El teatro me ofrecia un manantial de distracciones que suscitaba tambien mil obstáculos. A Enrique le gustaba poco, á la condesa nada, y por una multitud de medios injeniosos y pérfidos me privaba tambien de ese placer inocente.
- » Hasta mis trajes mismos eraa un perpetuo motivo de la critica y consejos de la condesa.
- » Las modas del dia, decia ella, eran exajeradas;
- » Mis vestidos olian á *extranjera* de una legua;
- » La córte no gustaba de inovaciones en cuanto á trajes;
- » La córte no aceptaba mas que las formas severas y sérias...
- » Y no obstante, el tono de la córte le da una jóven y brillante princesa que hace vivir con su elegancia, su lujo y su buen gusto, á una multitud de artistas y comerciantes, ¡para quienes es la Providencia inagotable!
- » Enrique, sobre quien su noble tia no ha cesado de ejercer un imperio soberano desde



» su infancia, se adhería á sus ideas, aunque tratando de conciliarlas con las mías.  
» Yo llegaba á reconocer con pesar que el defecto principal del marqués era una excesiva  
» debilidad de carácter; y esas discusiones mezquinas, repetidas sin cesar, hacían nacer  
» entre nosotros un descontento que necesitábamos luego hacer un esfuerzo para volver uno  
» y otro á nuestros tiernos sentimientos. Pero todo esto no vale nada, mi querida madre,  
» ahora voy á llegar á mis penosas revelaciones.

» La estación de los placeres ha vuelto.

» Los hoteles se han vuelto á poblar de sus habitantes, y su vuelta ha traído esas brillan-  
» tes reuniones en las cuales soy aun la reina casi siempre.

» Enrique era celoso, y yo amaba esos celos, porque me parecían una prenda segura de  
» su amor, segun mis ideas; Enrique no me habria dejado parecer nunca en la sociedad sin  
» estar acompañada de él... ¡pero Enrique me confía frecuentemente ahora á los cuidados  
» de mi suegro!

» La primera vez que le sucedió esto, su ausencia tenía un pretesto plausible; pero en el  
» día ya no busca ni aun excusas; un capricho, una cita con sus amigos, un asunto lijero,  
» insignificante... ¡son los motivos con que colorea su abandono!

» ¿Dónde va?... ¿qué hace?... ¡Hé ahí la causa de mis inquietudes! ¡Y no obstante dice  
» que me ama siempre .. pero, mi buena madre, no se engaña un corazón como el mio....  
» ya no me ama como en otro tiempo!

» Un baile magnífico se dió el otro día en casa del embajador de Nápoles, que es el duque  
» de Palma que se casó con la famosa centarina de quien nos habló Tadeo con tanta frecuen-  
» y cia entusiasmo.

» Apenas entrámos en los salones de la embajada, Enrique nos dejó solos á su padre y á  
» mí, pasándose casi toda la noche sin que le volviésemos á ver; por fin pareció, ¡pero pá-  
» lido, turbado y descompuesto!....

» El príncipe mi suegro, que no ha sabido nunca lo que había pasado en Sorrento entre  
» su hijo y el conde de Monteleone, acababa de presentarme el conde, suplicándome que re-  
» cibiese en nuestro hotel al señor de Monteleone... Yo vacilaba en consentir, cuando el  
» marqués, con una frialdad que ha despedazado mi corazón, ha empeñado él mismo al  
» conde á visitarme, asegurándole que sería siempre bien recibido de él...

» ¡Bien recibido de él!... mi querida madre, ¿comprende usted que se trataba de un ri-  
» val que me había amado?... y, debo confiárselo á usted como se confían sus secretos á  
» Dios, ¡que me ama aun, segun creo!... No porque jamás haya osado decírmelo, pero sus  
» miradas para mí son lo que eran en otro tiempo, y he creído ver en su embarazo y emo-  
» cion cuando me hablaba que sus sentimientos no habían cambiado.

» Después de este baile, prevalido Monteleone de la autorización del marqués, me ha he-  
» cho algunas visitas.

» ¡Enrique lo ha sabido... y no le ha chocado nada!

» Dígame usted, mi querida madre; ¿cree usted que Enrique me ama siempre lo  
» mismo?

» En fin, mi buena madre, ayer tarde entré en el cuarto de mi marido con el objeto de  
» buscar un frasquillo de esencia que había dejado olvidado; el marqués estaba ausente, y  
» su escritorio estaba abierto...

» Un extraño desorden reinaba en todo el cuarto; algunos papeles estaban esparcidos... y  
» uno entre otros, sobre el cual vi muchos números.

» Yo iba á cojer este papel para examinarle, y cuando alargaba la mano para cojerle,  
» resonó un grito; volví la cabeza al momento, y vi á mi marido cuyas facciones expresa-  
» ban el mayor desorden.

» Él se lanzó hácia mí, y cojiéndome el brazo con una violencia estremada, exclamó lleno  
» de ira:

» ¿Quién le ha dado á usted, señora, el atrevimiento de visitar mis papeles?... Es un  
» abuso de confianza que no perdonaré jamás...

» Yo me sentí desfallecer de sorpresa y de dolor.



» Señor, le respondí, una reconvencion semejante no merece que me justifique; y si  
» puede haber algo mas indigno que esa reconvencion, es el tono y el jesto que la han  
» acompañado.

» Y me salí, porque no queria llorar delante de él... y mis lágrimas me sofocaban...

» Una hora despues de esta escena vino á arrojarse á mis piés, conjurándome que le per-  
» donase un arretrato que no habia podido dominar, y que seria un remordimiento eterno  
» para él.

» ¡Yo le volví á ver como era en otro tiempo, mi querida madre! ¡Oí como en nues-  
» tros primeros dias, que su boca me juraba un amor eterno!... ¡vi sus miradas tan  
» tiernas como lo eran sus antiguas miradas... y mi corazon recobró la esperanza de ser  
» amada siempre!

» Y no obstante me persigue una idea cruel: ¿Qué secreto encerraba el papel que yo iba  
» á tomar? ¿Qué ha podido hacer nacer en él una ira y un terror semejante, siendo tan  
» frio y calmoso ordinariamente?... »

.....  
La carta de la marquesa fué interrumpida en este momento por el timbre de la campana del hotel, que le anunciaba visitas. Aminta se acordó entónces que era dia de recepcion, y vinieron á prevenirla que muchas personas esperaban en el salon.

Aminta bajó; y la noche de aquel mismo dia volvió á tomar el hilo de sus confiancias á su madre en los términos siguientes:

» Vuelvo á continuar mi carta, mi querida madre, para contar á usted un incidente muy  
» singular de este dia.

» Cuando dejé la pluma para bajar al salon, hallé ya en él algunas vistas que me habian  
» precedido; visitas ociosas é insignificantes, como se hacen en Paris ciertos dias. Se ha-  
» bla de cosas fútiles, *se juega al placer de verse*, que pocas personas sienten; se murmura mu-  
» cho del prójimo, hasta tal punto que en ciertos salones conviene salir siempre el último,  
» so pena de ser desollado vivo por los que se quedan.

» La presencia de mi suegro, el príncipe de Maulear, vino á animar un poco la conver-  
» sacion; pero el príncipe no llegó solo, pues traía consigo el conde de Monteleone.

» ¿Porqué se lo he de ocultar á usted, mi amada madre?... ¡la presencia del conde me  
» causa siempre una turbacion que no puedo vencer! Ese hombre tan enérgico, de un es-  
» piritu tan pronto y un corazon tan decidido, no me ha parecido nunca un hombre como  
» los otros... ¡Debe haber en él algo de Dios... y del demonio!

» Su ojeada rápida, y algunas veces tan espresiva, su sonido de voz firme, y que la emo-  
» cion hacetan dulce, todo el conjunto, en fin, de su varonil figura, parece llamarle á gran-  
» des crímenes ó á sublimes acciones.

» ¿Sabe usted, hija mia, me dijo el príncipe al entrar, que el señor de Monteleone es  
» acaso el único en Paris que se haga rogar tanto para venir á ver á usted?... ¡Hay que  
» violentarle para traerle!... y he tenido casi que enfadarme para obligarle á que me acom-  
» pañase aquí.

» Señor de Maulear, dijo el conde, esta señora podrá tomar por desaire lo que no es en  
» mí mas que el temor de parecer importuno; y la dicha de veros, señora, (añadió en to-  
» no respetuoso) es un bien muy precioso para que no se tema el perderle abusando  
» de él.

» ¡Bah! ¡bah!... —dijo el príncipe,—esas no son mas que espresiones de galantería! Noso-  
» tros los pobres emigrados nos hemos tratado tanto con los ingleses que nos han pegado al-  
» go, y yo les he tomado una escelente costumbre. Cuando un inglés dice á un hombre:  
» esta casa es de usted... ese hombre debe considerarse como en su casa; adquiere por  
» esas simples palabras el derecho de ciudadano en casa de su huésped, hace parte de la  
» familia, de sus muebles, hasta tal punto que, como mueble de la casa, no se hace mas  
» caso de él que del sillón patriarcal del jefe de la familia. Va, viene, sale, se sienta á la  
» mesa, come y bebe, como si estuviese en su casa. Y esa jenerosa hospitalidad me agrada,  
» porque me recuerda la de nuestros abuelos.



- » Hermano mio, replicó la condesa de Grándmesnil, esa bella costumbre no podrá  
» jamás aclimatarse en Francia, y sobre todo en las casas donde se hallan mujeres hermosas  
» como en esta; añadió mirándome.
- » Hermana, respondió el príncipe, los derechos de que yo hablo no se conceden mas  
» que á las personas de quienes está uno seguro... á las personas honorables como el se-  
» ñor conde... Y por otra parte, (añadió riendo,) nosotros los viajeros, como el señor  
» de Monteleone y yo, ¡somos algo difíciles en cuanto á bellezas!... No porque la mar-  
» quesa, mi hija, no sea una persona preciosa; pero si hubieras estado como nosotros en  
» *Ceprano*, si leyeseis solamente el capítulo interesante que escribí sobre aquel delicioso  
» país, verias que se necesitan muchas perfecciones para hacer vulnerables unos corazones  
» cosmopolitas como los nuestros.
- » El conde iba á responder, cuando se abrió la puerta del salon y anunciaron la señora  
» duquesa de Palma.
- » El señor de Monteleone, á quien yo miraba en este momento, mudó repentinamente el  
» color, y le vi retirarse á la parte mas oscura del salon.
- » Era la primera vez que yo recibia á la duquesa de Palma, y nada me parecia ménos  
» motivado que esta visita; yo le habia hecho la mia despues del baile de la embajada, y  
» estabamos pagadas una y otra.
- » La duquesa es una mujer hermosa, elegante y digna; se dice que es de buena familia,  
» y sus modales anuncian una educacion distinguida.
- » La duquesa me dijo muy graciosamente que habia tenido muy poco tiempo el honor  
» de verme en su baile para contentarse con eso, y que no debia acusar mas que á su admi-  
» racion por el deseo que tenia de presentarse en mi casa.
- » El príncipe se acercó á ella y dijo:
- » Nos lisonjea tanto, *duquesa* (y apoyó el acento sobre esta palabra mirando á las otras  
» grandes señoras que habia en el salon), el placer que nos haceis á mi nuera y á mí, qu<sup>e</sup>  
» sabiendo cuán avara sois de semejantes favores, es una distincion que nos encanta.
- » Estoy delicada, señor príncipe (respondió la duquesa con un acento de profunda tris-  
» teza), muy delicada despues de algun tiempo, y no quiero imponer á nadie mi serio y do-  
» loroso rostro.
- » Sois como esas bellas flores tropicales (respondió el príncipe) para quienes el sol es la  
» vida, y la sombra de nuestro clima las hace perder el color. Los napolitanos necesitan de  
» Nápoles; necesitan un cielo puro, un aire embalsamado, los perfumes de sus naranjos y  
» la brisa de su golfo... ¡Pero lo siento mucho, *duquesa*; nosotros seremos muy egoistas,  
» mas tratad de aclimataros á nuestro país, pues no os dejaremos salir de él...
- » ¡Pero aquí se muere!... (dijo la duquesa en un tono extraño).
- » ¡Tambien se vive!... (replicó el príncipe) y sobre todo las mujeres hermosas, pues  
» Paris es su patria, y bajo ese concepto sois parisiense.
- » Los ojos inquietos de la duquesa erraban por el salon durante el discurso del príncipe;  
» pero de repente se animaron de un fuego singular viendo al conde, y dijo con una voz  
» del todo conmovida: ¡Ah!... aquí está el señor de Monteleone!...
- » El conde se acercó.
- » El conde vuestro compatriota (dijo el príncipe), ¡uno de vuestros mas fervientes ad-  
» miradores!
- » — ¿Lo creéis así? — dijo la duquesa en un tono casi irónico.
- » — Seria preciso, dijo el conde, no haber visto ni oido en otro tiempo á la señora du-  
» quesa, para dudar de ello!
- » — En otro tiempo, es cierto, respondió la duquesa, quizás tenia algun medio de  
» seduccion... ¡bien perdido y bien olvidado de todos ahora!... pues ahora soy una duquesa  
» como todas... ménos que todas aun (añadió sonriendo), pues no debo mas que al acaso mi  
» título y rango.
- » — Se lo debeis á vos misma, dijo el príncipe con una verdadera galantería de pa-  
» ladin, y el duque es muy dichoso de haber podido ofrecéroslos.



» — Señora, dije yo á la duquesa, pues que os dignais vos misma recordar un talento cuyo recuerdo no puede borrarse, ¿me atreveré á preguntaros si cantais alguna vez?

» — ¡Jamás!... me respondió la duquesa; he dejado mi voz á las orillas del *lago de Como*, ¡y me recuerdo aun del dia en que canté por última vez! (añadió con emocion).

» Es una época triste, un dia fúnebre, respondió el príncipe, pero no será así verdaderamente, porque no será el último de ese talento magnífico.

» ¡Será el último! repuso friamente la duquesa, y le recuerdo como recuerda uno siempre todos los dias nefastos de su vida... ¡mejor aun que los dias felices! Era una noche, en un risueño salon de mi quinta; acababa de entrar, trémula aun por el peligro que habia corrido un viajero próximo á ahogarse en las aguas del lago... No sé que triste y dulce recuerdo movió mi corazon, pero me acerqué al piano y me puse á cantar un aria de la última ópera que habia cantado en San Carlo... Era... ¿ayúdeme usted, señor de Monteleone, pues me parece que estabais allí?...

» — Era *la Griselda*, — dijo el conde.

» — Era *la Griselda*, continuó la Felina. Yo habia recobrado en aquella noche mi voz y mi entusiasmo... pero en medio del andante, me sobrecojió una estraña alucinacion. Creí ver aparecer delante de mí, en el espejo, las facciones de un amigo que yo creía muerto despues de mucho tiempo... ¡al ménos para mí!... Mi emocion fué tan viva, tan llena de dicha y terror á un tiempo... ¡que mi voz se estinguió en mi pecho y no canto ya desde aquel dia!

» — ¡Pero es toda una novela! dijo el príncipe, una novela como las del buen Hoffmann, un romancero alemán que yo he conocido en Viena.

» — No, señor, replicó la Felina, es una historia verdadera, ó mas bien el principio de una historia, pero que no interesaría á nadie en este salon, y por eso no la contaré. Y la duquesa de Palma se levantó para marcharse.

» El príncipe le ofreció el brazo para conducirla.

» — No, príncipe, dijo ella, no os incomodeis, voy á rogar al conde que me acompañe. Perdonadme el que os prive de la amable sociedad de la señora marquesa (dijo ella al conde), pero no gasto ceremonias con mis compatriotas, ya lo sabeis.

» Y sin darle tiempo para que respondiese se agarró á su brazo, me saludó graciosamente y salió con él, ó mejor dicho le arrastró consigo.

» Yo no sé porqué le cuento á usted toda esta larga escena, mi querida madre, pero tengo tanto placer en hablar con usted!... Y luego, la visita del conde y de la duquesa me han dejado toda conmovida y turbada, sin saber tampoco porqué, pero ello es así. No sé qué instinto secreto me dice que esas dos personas tienen algo que ver con la tranquilidad de mi vida, por algun lazo misterioso que no comprendo. Quizás hallará usted que soy una loca exaltada... ¡Pero qué quiere usted!... tengo ahora el corazon tan triste, que todo lo veo á través de un velo negro.

» Hago mal, ¿no es cierto? . . . ¡Tranquilíceme usted; respóndame usted pronto; ámeme usted mucho, y dígame lo que opina sobre la conducta de mi marido; eso es lo que mas me interesa á su hija querida,

» AMINTA.

» P. D. ¡El príncipe, la condesa y yo, hemos esperado en vano al marques durante toda la noche!... ¡Son las doce... y no ha venido aun!





---

---

## LOS CELOS.

---

XXXVII.



N mes había trascurrido desde la carta escrita por la marquesa á su madre, hasta las acontecimientos que van á seguir; y durante ese tiempo, Enrique, mas asiduo cerca de Aminta, empezaba á hacerle olvidar sus temores y sus crueles sospechas, cuando una circunstancia estraña vino á despertáse las de nuevo.

Era despues de un baile magnífico dado por M. de L... en un espléndido hotel de la calle de Antin.

M. de L... ambicionaba llegar al ministerio, y el honor que tenia de recibir á Monseñor el duque de Berry en sus grandes y lujosos sarras, el favor de que gozaba en palacio, sus relaciones con los embajadores, todo en fin parecia que debia conducirle al objeto de su ambicion.

M. de L... buscaba la popularidad; pero léjos de bajar á mendigarla en la tierra, atraia á sí todos los que podian dársela, absorbiendo como el sol los insectos del globo y rodeándolos de sus rayos de fuego.

Su popularidad consistia en recibir y confundir en sus salones todos esos terribles enemigos de la tribuna y de la prensa, que, encontrándose en un terreno neutro, se creían obligados á ensalzar en comun el espíritu liberal de su anfitrión, aceptándose mutuamente dentro de las condiciones de cortesía diplomática; y encontrándose frente á frente en una mesa de juego, se saludaban políticamente sin detestarse ménos despues del baile, mientras que M. de L... se daba el aire de conciliador, se creía en la córte, y preparaba poco á poco su elevacion al poder.

El marqués de Malear y su esposa se hallaban en esta fiesta; Enrique se habia separado tambien de su mujer durante dos ó tres horas, dejándola como siempre encomendada á la vijilancia de su padre, que, cada vez mas orgulloso de su preciosa nuera, la paseaba por todos los salones de Paris, guardando con ella esas atenciones delicadas y de buen gusto que los hombres de nuestros dias pierden cada vez mas.

El príncipe guardaba religiosamente el puesto de la hermosa bailarina durante el vals ó la contradanza, le ponía con paternal prevision el blanco armiño sobre sus hombros, tan



blancos como él ; y luego continuaba su papel de *cicerone* explicándole ese mundo francés tan nuevo, tan brillante, tan singular para la joven italiana.

Cuando el marqués vino á encontrar á su mujer, era la una de la mañana. Enrique parecia contentísimo, y Aminta no le habla visto tan amable despues de mucho tiempo.

El príncipe manifestó el deseo de retirarse, y los jóvenes esposos se apresuraron á obedecerle. Se pidió el coche ; el marqués y su mujer iban á salir del último salon, cuando un extranjero, un inglés de aspecto distinguido, pero muy pálido y con el rostro demudado, pasó cerca del marqués y saludándole con la mano le dijo velozmente estas palabras : *All is agreed!*

Y el marqués respondió en el mismo tono : « *All is agreed!* »

El inglés desapareció en seguida.

— ¿Qué dice? — preguntó la marquesa á su marido.

— Nada de interesante, — respondió Enrique ; — ¡ una banalidad... un adios!

El coche de los jóvenes esposos entró en la calle de Santo Domingo un cuarto de hora despues ; el príncipe abrazó á la marquesa y se retiró á su aposento, situado en el ángulo izquierdo del hotel, que dando la vuelta al patio se hallaba en frente del ala derecha, ocupada por sus hijos.

A las dos de la mañana todo reposaba en el hotel de Malear ; pero Aminta, por uno de esos presentimientos secretos, propios de ciertas organizaciones privilegiadas, no habia podido reconciliar el sueño. Y no obstante, con los ojos medio cerrados, sumerjida en esa meditacion soñolienta en la que todo toma una forma mas grande y mas pronunciada, veía pasar delante de ella todas las escenas importantes de su vida ; el horrible episodio de la casa del *Taso* ; la aparicion del marqués ; la decision sublime de *Scorpione*...

Otra sombra se le aparecia aun, la sombra del conde de Monteleone. Las miradas de este hombre estaban fijas en las suyas, como para leer en el fondo de su alma...

Y luego á todo eso se agregaban mil fantasmas, mil ficciones locas y terribles.

La *Felina* en pié delante de ella, blanca como un espectro, cantaba, ó creía cantar, pues sus labios de mármol se agitaban en vano sin producir ningun sonido ; pero con el brazo estendido hácia Aminta, la cantarina duquesa parecia dirigirle un canto lleno de ira y amenaza.

La joven marquesa se estremecia á la vista de unas visiones tan sombrías, y se levantó de repente sentándose en su cama para desecharlas y entrar en la vida real, disipando por el movimiento los vapores que cargaban su frente ; en este momento creyó oír que abrian una puerta cerca de su cuarto.

El espanto se apoderó de ella, y alargó la mano para cojer una campanilla de plata que habia sobre su mesilla de noche, pero la detuvo un pensamiento. La puerta que se abria no podia ser otra que la del cuarto de su marido, pues los aposentos se tocaban, aunque cada uno de ellos tenia su salida particular.

En seguida pensó que el ayuda de cámara de su marido, retenido por algunos cuidados cerca del marqués, se retiraria despues de haber llenado su servicio ; y temiendo aparentar que cedia á un temor exajerado, hizo un esfuerzo para serenarse y no llamó.

Ningun ruido nuevo interrumpió el silencio que la rodeaba ; la campana de su reloj de sobremesa era la única que marcaba las horas de la noche, con esa lenta y monotoná regularidad tan dolorosa durante los insomnios.

Aminta no pudo reconciliar el sueño ; todas las quimeras que ocupaban su espíritu algunos instantes ántes habian desaparecido, pero eran reemplazadas por un recuerdo reciente, el de aquel inglés dirijiendo á Enrique unas palabras que no habia podido comprender ; y las facciones del extranjero, marcadas de una palidez fatal, se reproducian en su imaginacion como un objeto incesante de inquietud y susto.

Le parecia que alguna desgracia amenazaba al hombre á quien habia dado su vida, que un peligro desconocido le rodeaba... y cediendo á una agitacion febril que no pudo contener ya, se levantó, se puso apresuradamente un peñador, se cubrió con un chal, y trémula,



sin aliento, tocando apenas el tapiz con sus piés de niña, salió de su cuarto y se dirigió hacia el del marqués.

Llegada cerca de la puerta, se paró. ¿Qué diría Enrique de su estraña visita? ¿qué pretesto podia alegar?

Aminta vaciló durante algunos instantes y estuvo á punto de volver atrás; pero vió que la puerta del aposento del marqués no estaba cerrada, que podria penetrar así sin hacer ruido en el cuarto de su marido y poner un término á sus angustias.

Decidióse pues, abrió la puerta y se introdujo en el aposento; atravesando un primer salon llegó hasta el cuarto de dormir de su marido, separado de la primera pieza por un espeso tapiz que servia de mampara; le separó y se avanzó hasta la cama para asegurarse de que su esposo dormia; pero ¡la cama estaba vacía, y no habia sido ni aun descompuesta!...

Aminta dió un ligero grito de dolor y cayó en un sillón sobrecojida y consternada.

El reloj dió las cuatro de la mañana; y eran las dos cuando el ruido de la puerta que se abrió despacito hirió los oídos de la jóven... ¡luego era á las dos cuando Enrique se habia marchado, es decir, una hora despues de haberla conducido al hotel!

Y esta marcha nocturna y misteriosa acababa de verificarse á pocos pasos de ella, con los cuidados y precauciones que requiere la astucia de un proyecto premeditado, pues ningun ruido se habia sentido en el hotel, ninguna palabra habia resonado en los oídos de Aminta.

La marquesa sin ió despedazarse su corazon con estas crueles ideas, pero ningun pensamiento de perfidia ocupaba aun su corazon leal; Aminta no pensaba mas que en algun peligro secreto que amenazaba á Enrique, cuando sus miradas cayeron sobre un billete abierto, perdido sin duda por el marqués en la precipitacion de su marcha.

El billete estaba en el suelo, y Aminta le cojió, diciéndose para sí: Aquí hallaré quizás el secreto de su ausencia... ¡Este billete contiene sin duda alguna provocacion!... ¡alguna cita para un duelo!

Y como la idea de un desafio se presentó á su espíritu, necesitó hacer un esfuerzo para acercarse á la lamparilla que ardia sobre un velador, encender en ella una bujía y leer lo que sigue:

« Mi bello marqués, no dejeis de venir esta noche, ¡ya sabeis con cuanta impaciencia sois esperado!

» FANNY DE BRUNEVAL. »

Esta carta era en efecto una cita, pero no de la especie que temia al principio la marquesa.

Los términos del billete claros y precisos, el nombre de mujer que le firmaba, todo arrancaba el velo de los ojos de Aminta. ¡Enrique la abandonaba! ¡Enrique hufa de su casa y de su mujer en medio de la noche, para cometer una perfidia indigna!

¡Y era á ella tan leal y tan franca con él, á quien engañaba de aquel modo!... ¡Ella, que habia querido defender á Maulear contra su propio corazon, cuando solicitaba su mano! ¡Ella, que le suplicaba se desconfiase de sus impresiones y que no cediese á un sentimiento irreflexivo!

— ¡Yo tenia razon,— exclamó dolorosamente,— en temer unos lazos que queria imponerme... rehusando un himeneo que no debia hacerle dichoso! ¡Apénas se han trascurrido dos años desde que le pertenezco,— añadió con voz ahogada por las lágrimas,— y ya veo la indiferencia, el abandono, y lo que aun es peor, una traicion odiosa! ¡Ah, madre mia... madre mia! ¡por qué no me habeis guardado cerca de vos! ¡Hé ahí la recompensa por mi decision jenerosa en favor de ese hombre! pues ¡ay, Dios!... cuando le escojí en competencia de su rival... cuando le arranqué de la muerte que le amenazaba... cuando me entregué á él... ¡no le amaba aun!... y no obstante no vacilé un momento... cuando acaso...

Aminta se sonrojó en medio de sus lágrimas, y calló.

— Sobre todo,— dijo ella un momento despues,— no quiero que me encuentre aquí; no



quiero que me reconvenga, como lo ha hecho ya, de tratar de penetrar sus secretos.

Y la pobre mujer volvió á su cuarto y se dejó caer en su lecho agoviada por el dolor y las emociones.

El día amenció, y Aminta se vistió apresuradamente, porque queria sepultar en su alma y ocultar á los ojos de sus jentes los tormentos que padecia; sobre todo no queria que la conducta y el desorden de su marido fuesen entregados por ella á los comentarios del mundo, y cuando su doncella entró en su aposento halló á su jóven ama arrodillada en su reclinatorio haciendo como siempre su oracion matutina.

Pero si alguno se hubiese acercado á la marquesa, habria visto que las lágrimas se deslizaban entre los dedos delicados con que cubria su rostro, y hubiera oido que se escapaban de su seno sollozos ahogados.

La campana del desayuno sonó, y Aminta salió como de un sueño á este llamamiento que la sacaba de su éstasis doloroso á la vida real... ¡vida llena aun la víspera de felicidad y fe en el porvenir... flor brillante que una noche acababa de marchitar para siempre!

Aminta, ordinariamente tan fuerte, se halló débil con el golpe imprevisto que acababa de recibir; se sentia herida en su corazon y en su dignidad; perdia la confianza en el hombre que la habia recibido toda entera, y ahora, incierta en su marcha, no debia saber ya en quien apoyarse en adelante.

El príncipe y la condesa iban á colocarse á la mesa cuando entró Aminta.

— En tu rostro un poco fatigado, mi querida hija, — dijo el príncipe ofreciendo el brazo á su nuera, — se ve que los bailes y fiestas son para ti como el sol para las rosas... que no quita nada á su hermosura, pero mitiga sus colores.

— ¡Hasta que los disipa del todo! — añadió la condesa; — y hé ahí la suerte de las jóvenes que hacen de la noche día, y que no viven realmente mas que de la noche á la mañana, como nuestra bella sobrina.

— ¡Vamos, mi hermana es como la zorra de la fábula! — dijo el príncipe á la marquesa, — pues encuentra que el baile está muy verde para ella, ó mas bien su austeridad está demasiado madura para el baile...

— ¡Una pulla no es una razon! — interrumpió amargamente la condesa; — muchas veces sucede lo contrario; pero mi señor hermano tiene mas el hábito de lo primero que de lo segundo!...

— Ya ves, hija mia, que no es bueno habérselas con la condesa, — dijo el príncipe afectando un aire sumiso y resignado, — pues á un tiro de pistola responde con un cañonazo... ¡Felizmente para nosotros no apunta muy bien! ¿Pero no baja mi hijo? — añadió dirijiéndose á la marquesa. — ¿Estará acaso mas cansado que su mujer, siendo así que él no baila nunca?

— Una carta del señor marqués para la señora, — dijo un lacayo á la marquesa entrando en el comedor.

Aminta tomó vivamente la carta que se le presentaba en una bandejita de plata, y se paró pronta á abrirla interrogando al príncipe con la mirada.

— Leela, hija mia, lee... — dijo afectuosamente el príncipe; — la carta de un marido que se ama, y de un marido enamorado sobre todo, (pues, á Dios gracias, aun estais ahí el uno y el otro,) debe ser leida sin tardanza.

Aminta abrió la carta y la recorrió con la vista rapidamente; pero sucumbiendo enseguida á su emocion, agotada su fuerza y valor por el esfuerzo que habia hecho para sobreponerse á su padecimiento, y mas que todo indignada por lo que acababa de leer, sintió que se turbaba su vista, la carta se escapó de sus manos, y cayó desmayada.

La condesa, cuyo espíritu solo estaba turbado por los fútiles motivos que hemos visto en la carta de Aminta á su madre, pero que tenia un corazon excelente y jeneroso, acudió á su sobrina y la recibió en sus brazos, prodigándola toda clase de cuidados.

El príncipe, mas pálido que la jóven aun, corrió á las ventanas y las abrió, se precipitó sobre los cordones de las campanillas para llamar á sus criados, envió á buscar á sus médicos, y parecia dominado por las mas vivas inquietudes.



Se trasportó á la marquesa al salon, y pocos instantes despues recobró sus sentidos; pero entónces su corazon comprimido no pudo contener las lágrimas, que corrieron en abundancia.

La vista de este dolor llenó al príncipe de susto y de sorpresa; temió por su hijo, y el padre exclamó:

— ¿Pero qué le ha sucedido á mi hijo?

Y corriendo al comedor que acababan de dejar buscó la carta escapada de las manos de Aminta y la leyó precipitadamente.

Luego volvió á entrar en el salon, y dejándose caer en un sofá soltó una larga carcajada diciendo:

— ¡En verdad, esto es mas fuerte que la novela de *Astrea!*... ¡navegamos sobre el rio de *lo Tierno!*... ¡hé ahí unos amores que oscurecen los de *Ciro y Mandane!*... ¡*Ciro* escribe á *Mandane* que sale á las cinco de la mañana para dar un paseo á caballo en el bosque de *Bolonia*, y desesperada *Mandane* de tener que almorzar sin *Ciro*, se desmaya y se deshace en llanto al leer ese funesto escrito!... Eso es magnífico y muy tierno; pero en conciencia, querida (añadió acercándose á Aminta) es un poco exajerado.

— ¿Pues qué hay? — preguntó la condesa, — ¡y qué hombre tan orijinal es mi hermano!... Nunca se sabe contigo el tiempo que hace; hace un instante estabas consternado, y ahora con una jovialidad que ataca los nervios.

— ¡Lo siento mucho por los nervios sensibles! — respondió el príncipe, — pero no he podido remediarlo. Lee tu misma la carta del marqués, —añadió presentándosela, — y convendrás conmigo en que mi querida Aminta ama demasiado á su marido... Eso se hace una pasion peligrosa, y si continúa tendremos una segunda edicion de *la Loca por amor!*...

La condesa tomó la carta y leyó:

» Querida mia; no quiero turbar tu sueño. Esta mañana á las cinco voy al bosque de  
» *Bolonia*, donde tengo cita con algunos *spormen* de mis amigos. Sin duda almorzaremos  
» juntos, y no volveré hasta la hora de comer.

» Piensa en mí que te amo y abrazo,

» ENRIQUE. »

La frialdad habitual de la condesa volvió á parecer despues de la lectura de esta carta, diciendo:

— Convengo en que mi sobrino es capaz de inspirar una fuerte pasion, pero no veo en su carta ningun motivo para hacer nacer una desesperacion semejante... Pero ya se ve, nosotras las francesas no tenemos una exaltacion de sentimientos tan pronunciada como las compatriotas de nuestra bella sobrina... pero le aconsejaré que no gaste inútilmente un sensibilidad que desgraciadamente se necesita para otras cosas en esta vida de dolor!...

Y como enojada de haberse compadecido de unas penas en las cuales no tenia fé, tomó su devocionario y se marchó á misa á Santo Tomas de Aquino.

Pero desde que la jóven marquesa se vió sola con el príncipe, se levantó por un movimiento súbito, y arrojándose en los brazos del anciano, exclamó:

— ¡Padre mio!... ¡padre mio... soy muy desgraciada!

El rostro del príncipe se puso sério y reflexivo, y conduciendo á su nuera junto al sofá la hizo sentar á su lado con el cuidado que hubiera podido tomar para un niño enfermo, y dijo:

— Perdóname, hija mia, mis chanzas y jovialidad; me arrepiento de mi error y lijereza, pues pensando en la bondad de tu alma hubiera debido comprender, que un motivo tan trivial como el de la ausencia de algunas horas no podia ocasionarte un pesar tan vivo... Habla, hija mia, ábreme tu corazon, el mio te quiere demasiado para no tener derecho á tu confianza y secretos.

— ¡Enrique no me ama ya! — dijo Aminta al príncipe, apoyando su bella cabeza sobre el hombro del anciano.

— ¡Ay Dios, hija mia!... — respondió el príncipe; — voy á decirte una cosa singular:



¡Yo no conozco á mi hijo! Su alma, sus sentimientos, su naturaleza moral en fin, son ignorados de mí completamente.

Cuando volví de la emigracion, hace cuatro años ese hijo tenia veintiseis años; yo le habia dejado en la cuna, le hallé un aire noble, distinguido, de buenos modales, y un exterior que me agradó! Se me aseguró que su alma era elevada, su carácter leal, sus sentimientos honrados, y no supe mas.

Dos años despues de mi vuelta á Francia partió para Nápoles, donde le habia hecho dar un puesto diplomático; de consiguiente no he podido ni estudiarle ni profundizar sus instintos y costumbres.

Lo que temo por ti, hija mia, es un defecto capital que he descubierto en mi hijo: ese defecto es una estremada debilidad de carácter, que puede arrastrarle á muchos errores. Por eso le escribia yo cuando estaba en Nápoles que hubiera preferido que conociese un poco la vida ántes de casarse, pues era una prenda segura de prudencia para despues de casado.

Pero créeme, hija mia, ¡yo velaré sobre tí, y velaré sobre él!... y si he podido perdonar á mi hijo un matrimonio hecho sin mi consentimiento, cuando he conocido á la esposa que habia tomado, jamas le perdonaré el hacerla desgraciada. ¡Qué diablos... no hemos ido á buscarte á cuatrocientas leguas de Francia para eso!

El temor de atraer la cólera del príncipe sobre Enrique detuvo en los lábios de Aminta su secreto pronto á escaparse. Habló de las inquietudes y vagas sospechas que le causaban las ausencias del marqués, pero no confesó nada mas.

El príncipe, que no habia conocido los celos en su vida, tuvo algun trabajo en comprender que un sentimiento tal pudiese causar una desesperacion semejante; pero su atencion no dejó por eso de despertarse respecto á la conducta del marqués con su mujer, y se prometió descubrir la verdadera causa.

Una circunstancia que no tardó en presentarse le ofreció el medio de conseguirlo.

Pocos dias despues de lo que acabamos de contar, se hallaban algunas personas reunidas en los salones de la marquesa de Maulear. El conde Monteleone se hacia de dia en dia uno de los habitados mas asiduos; el permiso tácito que habia recibido de Aminta, la autorizacion formal que le habia dado el marqués para que se presentase en su hotel, la simpatía que le manifestaba el viejo príncipe, á quien el carácter amable y enérgico del conde y sus modales de gran señor agradaban cada vez mas, y finalmente la amistad de Tadeo por Monteleone, todo le autorizaba á venir frecuentemente á casa de la marquesa, y gozaba con placer ese derecho tan caro para él; pues su amor por Aminta no habia estado nunca mas que adormecido. La ternura que Monteleone habia creído sentir por la duquesa de Palma, no era mas que un arrebatamiento de los sentidos, un error de su imaginacion, escitada por el despecho, favorecida por el aislamiento y la poética soledad de la isla de Como, pero en la cual su alma no habia tomado mas que una parte muy débil.

Así pues, cuando volvió á ver á la marquesa de Maulear, mas seductora que nunca, halló que era para él lo que habia sido en otro tiempo; ¡la verdadera y única pasion de su vida!

El marqués de Maulear no hacia mas que unas apariciones muy cortas en el salon del hotel; venia tarde, se marchaba pronto, y no volvia á parecer.

El conde de Monteleone y Tadeo estaban hablando juntos, y vino á herir los oidos del príncipe el siguiente fragmento de su conversacion, cuando se podia creerle absorto en una partida de whist, su juego favorito.

— ¿No vendrá el marqués esta noche? — decia el conde á Tadeo.

— Lo dudo, — respondió Tadeo, — pues de algun tiempo á esta parte lo que ménos se ve aquí es el dueño de la casa.

— ¡Puede ser que pase la noche donde se dice que las pasa todas!... — repuso el conde.

— ¿Te burlas? — replicó Tadeo; — ¡yo pienso que las pasa en el hotel!

— ¡Es lo mejor que podia hacer! — respondió el conde, — pero es lo que no hace... y todo lo que puedo decirte es que la noche del baile de M. L... estaba... donde yo le he visto.



— ¿Pero donde? — dijo impacientemente Tadeo.

— Voy á decírtelo; — respondió el conde, pero cojiéndose á su brazo se alejaron de la mesa de juego.....

— ¡Pero no servís á mi palo!... —decia el compañero de juego del príncipe,— ¡son espadas lo que se pide!...

— ¡Es cierto! —respondió el príncipe con distraccion, y echó una carta del palo; pero sus ojos seguian la direccion que habian tomado el conde y Tadeo.

El príncipe perdió cincuenta fichas, y se las hizo perder á su compañero, pues jugó mal, cometió mil faltas y admiró á los jugadores, porque pasaba en Francia por uno de los mas hábiles en el juego del whist, importado de Inglaterra por los emigrados.

En fin la partida se acabó; el príncipe buscó al conde por todos los salones, pero habia partido con Tadeo.

En cambio el marques habia llegado, y el sarao se acabó poco despues.

El príncipe subió á su cuarto, pero fué para volver á salir muy presto embozado en un capoton y con el sombrero calado hasta los ojos.

— ¡Pardiez!...—decia él.— ¡Yo saldré de dudas... y sabré donde pasa las noches mi señor hijo! ¡Como si pudiera haber en el mundo para él nada mas agradable que el cuarto de su hermosa mujer!

Y parándose á pocos pasos de la puerta de su hotel, esperó como una media hora. La paciencia empezaba á faltar al viejo, cuando vió salir del hotel un hombre que reconoció por el marques, en su paso y modo de andar.

Enrique siguió la calle de Bac, atravesó el muelle, el puente real, la plaza del Carrousel, y entró en la calle de Richelieu. El pobre padre le seguía á lo léjos, jadeando y sin aliento, maldiciendo su curiosidad pero sostenido por el interés poderoso de la felicidad de su nuera, que amaba tiernamente, continuó su espionaje.

Llegado el marqués cerca de la calle de Menars, se paró y se volvió para asegurarse de que no era seguido por nadie; el príncipe no tuvo tiempo mas que para meterse detrás de un coche parado á la esquina de la calle; Enrique dió algunos pasos por la calle de Menars, y llamó en el n° 7.

La puerta se abrió, y entró.

— ¡Voto á bríos! — dijo el príncipe,— no se dirá que yo he venido tan léjos para acostarme sin saber lo que atrae al señor marqués á la casa n° 7 de la calle de Menars.

Llamó pues á su turno, dando un pequeño golpe en la puerta que se abrió de nuevo, y el príncipe penetró en el cuarto del portero.

— ¿Qué queréis, señor? — dijo el portero muy sorprendido de la irrupcion no acostumbrada en su domicilio.

— Quiero saber,— respondió el príncipe de Maulear haciendo brillar un doblon de oro á los ojos del Argos,— donde va la persona que acaba de entrar delante de mí en esta casa.

— ¡De veras! — dijo el portero tomando el doblon y metiéndoselo en el bolsillo; — no valia la pena de pagarse una cosa tan pequeña: ese señor va donde van otros muchos, á casa de madama Fanny de Bruneval.





---

---

## BAJO PALABRA.

---

XXXVIII.



RES dias despues de la noche en que el príncipe de Malear y su hijo habian ido á llamar uno tras otro á la casa n° 7 de la calle de Menars, con la diferencia de que el padre no habia pasado del cuarto del portero, miéntras que el hijo no salió de la casa hasta el dia siguiente, el marques, Aminta y la condesa se hallaban reunidos en el salon, pues el príncipe no habia bajado á comer por hallarse lijera-mente indispuesto. El príncipe se habia hecho escusar cerca de su hija, pues cada dia guardaba mas consideraciones con Aminta.

La condesa de Grandmesnil, despues de haber contrariado un poco á su sobrino, y comentado el último sermón del abate de Rozan, sobre los placeres del mundo, intercalando algunas reflexiones *agri-dulces* dirigidas á Aminta, recojió su bordado y se retiró.

Los dos jóvenes esposos se hallaron pues solos en el salon, el uno enfrente del otro.

Desde el descubrimiento que habia hecho Aminta de la ausencia de Enrique, pero sobre todo despues de la lectura del fatal billete donde se le daba una cita tan positiva, la marquesa sentia cerca de su marido una tristeza que no podia vencer.

Demasiado orgullosa para dirijirle quejas ó dejar penetrar sus pesares, colocada entre un afecto que no estaba aun apagado y la profunda herida que su corazón habia recibido, Aminta vivia en un tormento perpetuo, ocultando su dolor y humillacion bajo una tranquilidad facticia, de la que se indemnizaba en la soledad por las lágrimas amargas que derramaba.

El marques por su parte parecia turbado de esta estancia de silla á silla, pues dominado despues de algunos dias por una melancolía profunda, evitaba el encontrarse solo con Aminta. Sus ausencias se hacian cada vez mas frecuentes, y la marcha repentina de la condesa le ponía en una situacion embarazosa para la marquesa y para él.

El silencio reinó durante algun tiempo entre ellos; Enrique tenia los ojos en un periódico, que no leía, y Aminta removía convulsivamente entre sus lindos dedos una navetilla de uácar con lo necesario para hacer una especie de feston muy á la moda en aquel tiempo;



pero sus miradas se dirijian por intervalos sobre su marido, deslizándolas á través de sus largas pestañas, y parándose durante algunos instantes sobre la hermosa y sombría figura del marqués.

Miéntas que ella se entregaba á este exámen misterioso, las facciones de Enrique tomaron de repente una espresion tal de desesperacion, que Aminta no pudo contener un grito de sorpresa y dolor.

— ¿Qué tienes?—le preguntó su marido, levantando la cabeza.—¿Te sientes mala?

— ¡ Enrique!—le dijo Aminta olvidándolo todo con la punzante emocion que sentia,—¿no eres tú mas bien el que sufre?

— ¿Yo?... ¡de ningun modo!—respondió el marques;—estoy bueno, muy bueno... y tengo esta noche un asunto importante que arreglar, y para el cual estoy ya en retardo sin duda;—añadió mirando el reloj.

— ¡ Enrique!—respondió la jóven en tono suplicante,—en otro tiempo el único y mas importante negocio de tu vida, como tú decias... era estar conmigo... cerca de mí!...

— Por eso no es un asunto tan dulce el que me obliga á salir...

— ¡ Yo podria creerlo... si me fuese posible!—respondió Aminta en un tono que dejaba traslucir la reconvencion, pues el aguijon de los celos despedazaba su corazon oprimido.

— ¡ Aminta!...—repuso Enrique, pronto á salir y mirándola con sorpresa;—¿qué quieres decir?

— Lo que quiero decir,—continuó la marquesa,—es que creo haber perdido el mayor bien de la vida en una union como la nuestra, ¡ un bien sin el cual no hay ni dicha ni reposo, ni amor!... ¡ Y ese bien inestimable es tu confianza... en mí, mi confianza en tí!...

— ¿ Y quién te la hace perder?—preguntó Enrique temblando.

— ¡ Tú mismo!... ¡ tú, á quien yo creia franco, leal y sincero! ¡ Tú, en cuyos juramentos he creido!... ¡ Tú, por quien he abandonado mi país y mi madre!...—dijo ella con una voz llena de lágrimas;—¡ tú en fin, cuyo amor he combatido, cuya mano rehusé al principio porque temia no ser dichosa... ó mas bien, señor,—añadió con un sentimiento de nobleza y dignidad,—porque temia no hacerte dichoso!... ¡ Ay de mí!... ¡ demasiado lo veo ahora!... ¡ Tu frialdad, tu indiferencia y tu abandono... me lo dicen mejor que me lo diria tu boca!... Y no obstante quisiera mejor que fuese así, lo conozco, pues al ménos habria un cierto valor en confesarlo, miéntas que hay... debilidad en engañarme sin decirme!...

Y la cabeza de la pobre mujer se inclinó sobre su seno todo inundado de lágrimas.

— ¡ Aminta, yo te juro que no te he hecho traicion!—dijo Enrique acercándose á su mujer y queriendo tomarle una mano que ella retiró.

Aminta volvió hácia él los ojos que un relámpago de gozo animó de repente; pero un pensamiento terrible, el recuerdo de la carta que habia leído, le atravesó el alma como un hierro ardiendo...

— ¡ El miente!... — se dijo entre sí; y se sintió sonrojar por aquel hombre que no se sonrojaba de hacer un perjurio!

En este momento se abrió la puerta del salon y entró el príncipe de Malear. El anciano estaba pálido y parecia ajitado, aunque aparentaba la sonrisa en los labios; pero esa sonrisa era fria y visiblemente finjida.

— ¿ Iba usted á salir, señor marques?—dijo á su hijo señalando el sombrero que este tenia en la mano, y sin aparentar que notaba ni la turbacion de Enrique ni las lágrimas de Aminta.

— Perdone usted, padre,—respondió el marques,—pero un asunto importante para el cual estoy citado...

— Lo siento por la cita,—interrumpió el príncipe,—pero faltará usted á ella por esta noche

— No puede ser...—balbuceó Enrique.

— ¡ Yo lo suplico!—respondió el príncipe en un tono que queria decir: ¡ yo lo mando!



— ¡Sea, señor!—respondió Enrique dejando el sombrero y quitándose los guantes con un mal humor muy pronunciado;—¡obedezco!

El príncipe no se ocupaba ya de él, pues avanzando un sillón se sentó cerca de Aminta, y designando una silla al marques le hizo seña para que le imitase.

— Le creíamos á usted indispuerto,—dijo la marquesa á su suegro, haciendo un esfuerzo sobre sí misma,—y nos alegramos mucho de ver que no es así.

— ¡Sí tal!—dijo el príncipe;—hace tres dias que no me hallo bien. Un paseo demasiado largo para mi edad, que di la otra noche, y luego algunos asuntos graves que me han ocupado, todo ello me ha fatigado el cuerpo y el espíritu... Per eso he reservado para vosotros esta tertulia de familia, tertulia íntima... y de calma!.. No será muy alegre, se lo prevengo á usted desde luego, señor,—añadió dirijiéndose á su hijo,—pero todos los dias de la vida no pueden ser de fiesta... ¡es preciso consagrar algunos á la reflexion y á la prudencia!

En cuanto á ti, mi querida hija,—añadió besando en la frente á Aminta,—te serviré segun tus deseos. Sé que te gustan las historietas viejas, al ménos me lo has dicho así, y por eso te las cuento frecuentemente; pero si es una dulce complacencia de tu bello corazon, sufrirás aun una vez la pena, pues es una historia verdadera la que tengo intencion de contaros esta noche.

Los dos esposos escuchaban al príncipe con sorpresa; el tono en que hacia este preámbulo les parecia tan ajeno de su costumbre, que empezaban á prever alguna cosa ménos ordinaria y picante que las cronicas familiares al viejo cuentero.

— ¡Esta historia es una revelacion!—continuó el príncipe,—revelacion de un secreto que vacilaba mucho tiempo en confiársle, pues su confesion debia ser penosa para mí, y no se sonroja uno involuntariamente delante de sus hijos.

— ¿Pues por qué lo hace usted, padre?—preguntó Enrique.

— ¡Porque tal es mi voluntad, señor!—respondió severamente el príncipe;—porque hay horas en la vida en las cuales el hombre debe saber sufrir, cuando padeciendo hace un bien, castiga el mal, y llena un deber.

Los dos jóvenes miraron al príncipe como asustados, pues su frente estaba sombría, y sus labios sobre los cuales se paseaba tan frecuentemente el sarcasmo y la alegría, parecian prontos á abrirse para espresar la indignacion y la ira.

El anciano prosiguió así:

— En 1792 dejé á *Mittau*, donde habia seguido á los príncipes, y pasé á Nápoles; llegué allí casi sin dinero, como todos ó la mayor parte de los emigrados se hallaban entónces.

Uno de los primeros franceses que encontré en esta ciudad fué el conde *Max de Nangis*, á quien habia conocido mucho en otro tiempo, pero en términos bastante orijinales.

El conde y yo fuimos educados por los benedictinos; pero nuestros sucesos clásicos no se parecian, pues el pobre conde siempre se quedaba atras, y me vió disputarle constantemente los primeros puestos en los bancos del colejio, de suerte que concibió contra mí un vivo despecho.

Nuestra opuesta estrella no nos abandonó una vez que entramos en el mundo; parecia que yo habia nacido para desesperar al conde.

¿Corrian juntos nuestros caballos?... Pues los míos le pasaban siempre de un cuerpo ó medio, pero en fin ganaban.

¿Se enamoraba el conde de una mujer? Pues era una mujer que me amaba ó que yo amaba; y despedido muy presto el pobre conde sentia aumentar su rábía contra mí.

Finalmente mi matrimonio vino á colmar la medida.

El conde Max tenia una prima preciosa que adoraba, la señorita de *Divonne*. Su union convenida tácitamente entre las dos familias se decia que debia verificarse á la mayoría de *M. de Nangis*.

Yo fui presentado en casa del duque de *Divonne*; ví á su preciosa hija, y al cabo de pocas visitas me enamoré perdidamente de ella. Muy presto llegué á conocer que mis sentimientos eran correspondidos, y como el matrimonio del conde Max y la señorita de *Divonne* no era mas que un proyecto de familia, conocido solamente de algunos amigos íntimos, pero



ignorado del mundo, mi padre obtuvo del delfín que pidiese para mí la mano de la señorita de Divonne.

No atreviéndose el duque de Divonne á desairar al príncipe, seducido por las ventajas que se ofrecían á su hija, y convencido sobretodo de nuestros mutuos sentimientos, consintió en nuestra dicha.

Furioso el conde de Nangis me provocó, nos batimos y le herí en el brazo; no contento aun, cruzamos otra vez nuestras espadas y le atravesé el muslo; finalmente una tercera vez mi espada penetró en su pecho, y fué preciso que se contentase con sus tres heridas.

Todos esos desafíos tuvieron lugar en Savoya, en el *condado de Saluces* perteneciente entonces á nuestra familia, y á donde habia ido yo para arreglar ciertos asuntos de nuestra fortuna.

Me casé pues con la señorita de Divonne, ¡qué fué tu buena madre, Enrique! — añadió dirigiéndose á su hijo, y prosiguió diciendo:

—He contado todos esos detalles preliminares para que comprendais el odio que abrigaba en su pecho contra mí el conde de Nangis, cuando nos encontramos en Nápoles en 1792.

Los primeros meses de mi permanencia en esta ciudad fueron tristes y solitarios para mí; pues siendo demasiado orgulloso para no hacer conocer á nadie mi pobre situacion, ocultaba mi vida y no veía mas que algunos compatriotas tan miserables como yo. Y esto me era fácil, porque no habiendo traído ninguna carta de recomendacion para los personajes elevados de la capital, me hallaba completamente aislado; pero sufría horriblemente por mi oscuridad, llevando una existencia tan nueva para mis hábitos y gustos.

Una circunstancia penosa para mi amor propio vino á aumentar aun mi humillacion.

El conde de Nangis hacia un gran papel en Nápoles, pues mas prudente ó mas diestro que yo habia salvado fondos considerables del naufragio público que acababan de sufrir todas las grandes fortunas de Francia. Traía un tren magnífico, y rivalizaba en lujo y elegancia con los primeros personajes de la ciudad.

A pesar de todo el cuidado que ponía yo para no encontrarme con él, nos vimos muchas veces, y veía en sus ojos un aire de desprecio que me hería en el fondo de mi alma.

Un día que me hallaba mas desesperado que nunca, recibí una carta de Francia y en ella una letra de cincuenta mil francos que me mandaba la condesa de Grandmesnil, mi hermana, contra una de las primeras casas de Nápoles.

Loco de gozo corrí á cobrar la letra, y sin prevision para el porvenir, sin pensar en que esos fondos serian acaso los únicos que pudiese recibir en mucho tiempo, quizas jamas, empecé por hacer unos gastos locos; compré coche, tomé criados, y pocos días despues fui presentado en varias casas nobles donde mi título y rango me hicieron acoger con favor.

Entonces volví á ver al conde de Nangis; nos encontramos en los salones de las casas principales, y como jentes de buena educacion, nada se traslució de nuestras antiguas disensiones.

No obstante, creí notar que el conde sentia un despecho secreto por mi nueva posicion, que creía sin duda mas estable y mas importante que lo que era en realidad.

¡En aquel tiempo se jugaba mucho en Nápoles!

El palacio del príncipe Lita reunía todas las noches ricos extranjeros y los primeros señores de Nápoles en derredor de sus mesas cargadas de oro, que los jugadores desenfrenados se disputaban durante noches enteras.

Fuí, pues, presentado en casa del príncipe Lita, ¡dónde muy presto me vino una idea desgraciada para mí!...

Pensé que el juego podria aumentar mis recursos sin trabajo, sin fatiga, sin ninguna ocupacion seria (que aborrecia), y aun doblar ó triplicar la pobre suma que habia tenido la dicha de recibir.

Me puse pues á jugar, y mi estrella dichosa no me abandonó; gané al principio con una suerte verdaderamente admirable, y aumentándose mi audacia con tan feliz éxito, arriesgué



muy presto algunas puestas atrevidas que me salieron bien, y en seis noches reuni trescientos mil francos...

Los ojos de Enrique brillaron de una manera estraña al oír esta parte de la narracion de su padre; pero el príncipe no dió señales de notarlo, y continuó:

El acaso me puso una noche enfrente del conde de Nangis, gran jugador tambien; y acordándome entónces de lo muy próspera que habia sido mi estrella contra la suya, y de todas las victorias que habia conseguido á su costa, no puede ménos de compadecerle en secreto por venir á medirse conmigo aun otra vez, jugando su oro con un hombre que le habia constantemente batido en duelos y en amores.

La partida se empeñó.

¡El conde jugaba fuerte, y yo jugaba como el conde!

Era una especie de juego que participaba del *Faraon* y del *Sacanete*; juego que no está ya en uso en el dia, y que ha sido reemplazado por otro tan peligroso, ¡l'*Ecarté*!

El príncipe vió estremecer á su hijo cuando pronunció esta palabra; se paró durante algunos segundos, y continuó:

Las primeras partidas se anunciaron desgraciadas para mí, ¡pues perdí!

Doblé las apuestas... ¡y volví á perder!

¡Finalmente, al acabarse la noche mis cien mil escudos se hallaron reducidos á cien mil francos!

Volví á mi casa desolado, pero mas sorprendido aun de la fortuna de mi adversario, siempre tan maltratado por la suerte cuando yo le hacia concurrencia, ó cuando nos hallábamos rivales. Me parecia que era un error, una injusticia, ó mas bien un olvido del destino, y me dormí convencido de que á nuestro primer eucuentro tomaria mi desquite, recobrando sobre mi adversario las ventajas que habia conseguido en todo tiempo.

El dia siguiente, ántes de mediodia, hice entregar á M. de Nangis los ciento cincuenta mil francos que le debia, pues la víspera no llevaba conmigo mas que cincuenta mil francos.

Por la noche volvimos á encontrarnos en casa del príncipe, y la partida se empezó de nuevo, porque me propuso galantemente mi desquite.

Los espectadores eran numerosos.

Al principio gané una partida de diez mil francos, luego otra de veinte mil... y no pude ménos de sonreirme interiormente confiado en la vuelta de mi estrella!

Pero la suerte se cambió de nuevo... ¡y cuando llegó la medianoche, me hallaba enteramente arruinado!...

— ¡Pardiez.. — dijo el conde, — diez años he disputado el ser dichoso alguna vez contra vos, príncipe. . y si el oro pudiese indemnizarme de todas las pérdidas que me habeis causado, convengamos en que ahora estaríamos desquitados!... Yo sentí que la rábida me mordía el corazón, y me contuve, pronto ya á insultarle.

— Espero que nos contentaremos con eso, — prosiguió M. de Nangis, — pues no quiero vuestro dinero; con tal que queden cincuenta mil francos de beneficio para mejorar mi suerte contra vos, no pido mas á Pluton.

¡Mi alma se halló en un combate terrible! Confesar que no tenia ya nada, que me hallaba arruinado, me parecia imposible, pues el miserable orgullo se oponia á ello; ¡pero continuar empeñándome, creándome una deuda que acaso no podria pagar, me costaba mucho!..

— Vamos, príncipe, — continuó el conde avanzando diez mil francos en billetes, — ¡aun esos diez mil francos!... Yo quiero perder alguna partida, y no sé lo que me dice que la suerte va á cambiar...

¡El demonio hablaba por la boca de aquel hombre!

— ¡Bajo palabra!... — respondí balbuceando; — no tengo fondos conmigo.

— ¡Qué importa eso! — replicó el conde; — los hombres como nosotros no traen nunca encima mas que cincuenta mil francos en billetes; solo los mozos del Banco van cargados de oro como los machos de las minas de Guatemala. Por otra parte, añadió, vuestra palabra vale mas de cincuenta mil francos, y yo la tomo por dinero contante.



Sentí en aquel momento que un frío mortal recorria por mis venas y me helaba el corazón.

Acepté pues, jugué y gané. Volví á jugar y gané aun., ¡pero una hora despues debia ya sesenta mil francos al conde de Nangis!

— ¿Qué tenéis? me dijo en tono irónico; ¿estáis malo?

— En efecto, le respondí levantándome, el calor es excesivo, y lo dejaremos por hoy, si gustais.

— ¡Como gustéis! — respondió el conde; — mañana nos desquitaremos.

— Hasta mañana, pues, le dije; y me salí del salon.

Mi cabeza estaba ardiendo, y no obstante un sudor frío mojaba mi frente. La vista se me barria, mis piernas flaqueaban; ¡y veía delante de mí el espectro del deshonor!

¡Conocí que estaba perdido! El conde de Nangis no tendria piedad, pues su venganza de toda la vida era demasiado bella y segura para que la desperdiciase; tenia, en fin, el enemigo en su mano, y su mano podia entregarle á la infamia.

Dos palabras parecian escritas delante de mis ojos, en letras de fuego que me asustaban con su reflejo siniestro, palabras terribles; palabras que encerraban en sí solas el desprecio, la venganza, la muerte!...

Y esas palabras, contrato de honor firmado por el honor de dos hombres, artículo sagrado del código de los jugadores, esas palabras habian sido pronunciadas por el conde al presentarme sus billetes: ¡Bajo palabra!

Volví pues á mi hotel, pues no habia dejado aun el cuarto modesto que ocupaba mientras me preparaban una suntuosa habitacion; y allí me entregué á toda mi desesperacion.

¡Mi nombre deshonorado!... exclamé; ¡el nombre de los Maulear, tan puro, tan honrado durante tantos siglos, envilecido, manchado por una miserable deuda de sesenta mil francos, que no era en otro tiempo una décima parte de las rentas de mi familia!... Y nadie, nadie para socorrerme, para salvar mi honor!... ¡Nadie á quien pueda confiar mi falta, mis remordimientos, mi desesperacion!...

Amaneció el dia, y con el dia se aumentó el horror de mi situacion, pues cada hora me aproximaba al término fatal en que debia pagar mi deuda.

Entónces, no pudiendo resistir este suplicio terrible, me dije: ¡No, no... no viviré deshonorado!... ¡No... no soportaré una existencia infame y vergonzosa!

Me precipité hácia mi mesa, y escribí:

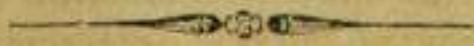
« Reconozco que debo al conde de Nangis una suma de *sesenta mil francos*, por la cual le cedo todo cuanto pueda pertenecerme un dia de mis bienes de Francia; y mando al morir á mi hijo que pague esta deuda de honor por todos los medios que estén á su alcance.»

Enseguida firmé; luego tomé unas pistolas seguras, las cargué... las monté... y exclamé en voz alta: ¡Un momento de valor me libraré de muchos años de vergüenza y desprecio!

Y apoyando una de mis pistolas sobre el corazón, y la otra sobre mis labios... con el dedo en los gatillos, iba á cesar de vivir... cuando se oyó un ruido violento.

El débil tabique que me separaba del cuarto inmediato acababa de caer hecho pedazos, y por la abertura que se habia hecho vi entrar un hombre pálido y en la mas violenta agitacion que con una cartera en la mano se precipitó hácia mí, diciendo:

— ¡Detenéos... hé aquí vuestra deuda! hé aquí los sesenta mil francos que debéis!!!









— dejadme conservaros la vida, la dicha... pues tenéis una familia, hijos acaso, y no podéis renunciar á ellos así.

Escuchadme; añadió viendo que rechazaba la cartera que me presentaba. Yo tenia un padre que era el mas noble y virtuoso de los hombres... ¡hace algunos meses que le he perdido... y mis lágrimas os dicen que le amaba! (Y en efecto, sus lágrimas corrían.) Desde lo alto del cielo siento que bendice mi acción en este momento, pues él mismo lo hubiera hecho... Ese oro que os ofrezco es una parte de su herencia, de la que dispongo según sus deseos, no puedo dudarle. No lo rehuséis, señor, pues sería ser ingrato hácia la Providencia, que ha velado sobre vos evidentemente, permitiéndome oír y detener vuestro brazo.

— Pero vos no me conocéis, repliqué yo, y un servicio semejante...

— ¿No os he dicho que en vuestro dolor me lo habéis revelado todo? Mas no creais que quiero séros útil sin condicion... pues exijo una sola, y me perdonaréis el poner precio á un servicio tan mínimo.

— ¡Hablad! le dije; ¿no podéis exigirlo todo de aquel á quien rescatais el honor y la vida?

— ¡Y bien! repuso él, ¡Exijo el juramento de que no jugaréis mas en vuestra vida!

-- ¡Yo os lo juro! exclamé vivamente, y empeño mi honor!

— Tomad, pues, me dijo el extranjero, presentándome de nuevo su cartera; ya son las diez de la mañana, y las deudas de juego se pagan ántes de mediodía.

— Pero decidme vuestro nombre al ménos, ántes de recibir vuestro dinero.

— Un nombre insignificante, señor, replicó él, que no tiene otro mérito que las virtudes de mi padre: me llamo *Luigi Rovero*.

— ¡Mi padre! exclamó la marquesa; mi padre fué quien os ha...

Y se detuvo, por un sentimiento lleno de delicadeza y respeto por el obligado de *Luigi Rovero*.

— Pero no fué eso solo lo que hizo por mí, continuó el príncipe: De resultas de las crueles emociones que habia sentido, me acometió una enfermedad terrible, y mi nuevo amigo no me dejó un momento durante los largos días y eternas noches de mi padecimiento.

Hubo una crisis en la enfermedad, y mi vida estuvo en peligro durante tres días, dependiendo únicamente de [la exactitud con la cual se me administrase una pocion... y tres días y tres noches fuí velado por él sin que tomase un instante de reposo... ¡y el que me habia salvado el honor puso el colmo á sus beneficios, salvándome la vida una segunda vez!

Rovero se hizo para mí un hermano, y pasé un año en Nápoles alojándome con él, viviendo con él, y no separándome jamas.

Poco tiempo despues pude pagar mi deuda; pero la deuda de dinero solamente, pues en cuanto á la del corazón... ¡ah!... era imposible!... ¡Hé aquí el retrato de ese amigo querido! — dijo sacando del bolsillo una caja de oro sobre la cual habia una miniatura rodeada de brillantes; — ¡mírale, hija mia, reconoce su noble y bella figura, que la tuya me ha recordado tantas veces!

Aminta llenó de besos el retrato, y Enrique, acordándose entónces del cuadro que le mostró la señora Rovero el día de su segunda visita á Sorrento, se esplicó su sorpresa á su aspecto, pues habia admirado frecuentemente la miniatura que adornaba la caja del príncipe.

— Ahora ya adivinarás, hija mia, — repuso el príncipe, — lo que yo debí sentir al oír tu nombre: Proyectos, preocupaciones, orgullo de familia, todo desapareció, todo se borró delante de estas palabras: ¡La hija de Rovero! ¡De Rovero, mi salvador, mi hermano!... Desde aquel momento comprendí que desde lo alto de los cielos me mandaba que le pagase... pues que me ofrecia un medio de mostrarle mi reconocimiento inmenso... Comprendí que



me legaba su hija para que la hiciese mia... y al instante te abrí mis brazos... ¡Tú te hicistes mi hija... y cada día he puesto mas cuidado en quererte mas!...

Al encargarme de tu vida, hija mia, me he propuesto tu felicidad... ¡Tú felicidad, que yo creía asegurada para siempre! No me digas que no... — continuó el príncipe viendo que Aminta hacía un jesto negativo, — yo te he visto y observado de cerca... No, tú no eres dichosa... no se engaña un corazon de un padre... ¡y yo soy el tuyo!

Mi señor hijo, —continuó el príncipe volviéndose hacia Enrique, —ya sabe usted ahora los sagrados titulos que tengo para amar á su esposa... ya sabe usted ahora que sus penas son las mías, que sus lágrimas caen sobre mi corazon... ¡Y bien! hace dos meses que usted le ocasiona mil pesares, que usted hace correr sus lágrimas con su abandono, con su indiferencia... cuyo secreto conozco, y quiero revelar á Aminta...

— ¡Por piedad, padre, no digais una palabra mas! — dijo Enrique consternado.

— Caballero; — replicó el príncipe; — si usted se hubiese avergonzado mas pronto de sus faltas, no se avergonzaria ahora de su confesion... Hija mia, — continuó, señalando al marqués casi arrodillado delante de él con un aire suplicante; — tu marido no es un inconstante que te abandona... ¡Es un jugador desenfrenado que te ha arruinado!

— ¡Conque no me ha engañado! .. — exclamó la jóven; y por un movimiento súbito, por un arranque espontáneo de gozo y amor, se precipitó en los brazos del marqués... ..

El príncipe la miró durante algunos segundos con una tierna admiracion, pues esta generosa criatura lo olvidaba todo, lo perdonaba todo al esposo que no le habia hecho traicion.

— ¡No te regocijes tan pronto, hija mia! el juego conduce á todo... hasta á jugar su honor bajo palabra, sin poder rescatarle!

— Señor, —continuó el príncipe dirijiéndose á su hijo, —he contado á usted una historia terrible y verdadera, para probarle hasta qué punto puede reducirnos la vergonzosa pasion del juego... y usted está en camino de descender mas allá...

— ¡Padre y señor, — dijo Enrique, — si supierais por qué medios he sido arrastrado ..

— ¡Lo sé todo, señor! —repuso el príncipe, —pues hace tres dias que se me ha revelado la vida de usted toda entera... En el círculo que usted frecuenta, en esas reuniones fatales, creadas para la division de los familias, donde los hombres van á buscar una libertad que no hallan en el interior de su casa, allí es donde ha jugado usted por primera vez. Lo que en un hombre del rango de usted no debia ser mas que un pasatiempo, un placer fujitivo, se hizo luego una pasion seria. Se puso usted á jugar para ganar, ó mejor dicho para reparar sus pérdidas; los salones de Paris le vieron á usted muy presto siempre fiel y asiduo en sus mesas de juego, en sus mesas de *l'ecarté*, ¡juego maldito que ha hecho ya tantas victimas!... Gracias á él, ha ganado usted sumas enormes al jóven lord Elmoore, en el último baile de M. L..., sumas perdidas por usted la noche misma de ese baile en los salones infames de madama Fanny de Bruneval, donde le habia dado á usted cita...

— ¡Ah, padre mio!... —exclamó la marquesa, —¿ con que iba á jugar á casa de esa dama?

— ¿Pues qué quieres que hiciese allí, hija mia? ¡una viuda de cincuenta y tantos años?... en cuya casa se reunen jóvenes de todas clases, donde todo es sospechoso, desde ciertos parroquianos de sus salones hasta las cartas con que se juega.

Por eso, esta noche misma, ese garito elegante, señalado por mí á las investigaciones de la policia, será sometido á un exámen escrupuloso; y es una de las razones por las que he impedido á usted que vaya allá, —añadió dirijiéndose á su hijo, y continuó:

Ahora, señor, vamos á cuentas:

Usted poseía seiscientos mil francos de la fortuna de su madre; ha gastado usted doscientos mil en muebles, caballos, coches, objetos de lujo y presentes á su mujer, y yo hallaba ese dinero perfectamente gastado, pues jamas hará usted bastante por el ángel que la Providencia le ha dado para esposa. De consiguiente le quedaban á usted cuatrocientos



mil francos. Usted ha hecho efectivos esos fondos en estos dos meses últimos, ¡y ha perdido la suma de 390,000!... Esta noche iba usted á tentar fortuna con los diez mil que le quedan... ¿No es esa la situación exacta de usted?

— ¡Ah, señor, todo eso es muy cruel delante de Aminta!—dijo Enrique.

— Méenos cruel mil veces que la duda en que la dejaba usted sobre su abandono y traición; —replicó el príncipe vivamente. —Y por otra parte, ¿no acaba usted de ver ahora mismo que léjos de tener una reconvencion para el esposo que la arruinaba no ha encontrado en su corazon mas que un movimiento de ternura para el esposo fiel?

— Enrique, — continuó el príncipe mudando de tono y cojiendo la mano de su hijo entre las suyas, — al contarte la falta mas grave de mi vida, falta cuyo recuerdo me hace estremecer despues de 28 años, he querido con este ejemplo detenerte al borde del abismo donde ibas á precipitarte; pero al confiarte ese terrible secreto, me he propuesto no ser severo contigo.

Cuando en una carta que te escribí á Nápoles te hablé lijeramente de una pérdida en el juego que habia hecho en mi juventud, no pensaba que llegaria el caso de revelarte el acto mas culpable de mi vida; pero hice mal entónces de escribirte semejante cosa, pues debia pensar que sucedia con las pasiones lo mismo que con los vicios de la sangre, que los padres trasmiten á los hijos... ¡su cuerpo hereda los unos, como su alma hereda los otros! Como quiera que sea, hijo mio, olvido y perdono.

Enrique besó tiernamente la mano á su padre, y Aminta abrazó al anciano.

— Pero pondré solamente á mi perdon la condicion que me impuso en otro tiempo mi amigo Rovero: ¡Me jurarás bajo tu palabra de honor que no jugarás nunca en adelante, y tendré confianza en tu juramento como él la tuvo en el mio!

— ¡Recibid mi juramento, padre mio, — respondió Enrique, — y que muera si faltase á él!

— Ahora escuchadme, hijos míos, — continuó el príncipe con bondad; — yo tengo cien mil francos de renta, y os cedo cincuenta mil, pues la mitad de mi renta me bastará. Pero para evitarte hasta las tentaciones de un gusto funesto (dijo á Enrique) que quizás no está estinguido aun, es una renta que os aseguro y no un capital que os abandono... Pero en pago de mi induljencia, para recompensar el valor que he tenido presentándote una gran leccion, y haciéndote conocer un error culpable de mi vida... ¡haz feliz á tu mujer, hijo mio, indemnízala con tu ternura de todas las penas que le has causado, de todas las inquietudes que le has hecho sufrir, y mi corazon te quedará reconocido de la dicha que ella te deba, pues esa dicha vendrá aun á ayudarme á pagar mi deuda con su padre!

El príncipe abrazó estrechamente á sus hijos, y luego se alejó.....

Miéntras que pasaba esta tierna escena de familia en el hotel de Maulear, la tempestad rujia en casa de madama *Fanny de Bruneval*.

Esta casa habia sido bien juzgada por el príncipe de Maulear, aunque la irritacion que le causaban las pérdidas de su hijo le hicieron muy atrabilario respecto á los salones de madama de Bruneval.

Esta madama tomaba el título marcial de viuda de un coronel de la ex-guardia imperial.

Un coronel de ese nombre figuraba efectivamente en las listas del ejército; ese bravo militar habia existido en carne y hueso, en uniforme y hasta condecorado de la lejion de honor; se habia batido bien, y tan de cerca con los austriacos, que habia sido derribado de su caballo en la sangrienta batalla de Leipsick, y luego atravesado por un húsar de la muerte.

Hé ahí lo que era real, positivo, impreso en los boletines del *Monitor*, y nada apócrifo; pero el matrimonio del bravo guerrero lo era un poco mas.

El coronel M. de Bruneval habia aparecido en Paris un día de paz, que eran raros con el emperador, acompañando una señora que rayaba en los cuarenta... rubia como una alemana, colorada como una alemana, y hablando el francés como una alemana.

El coronel presentó su compañera á sus amigos de la guardia con el título pomposo de la *señora coronela*, y no se preguntó mas.



¿Pero el contrato matrimonial estaba en regla? Eso fué lo que nadie tuvo la temeridad de preguntar, pues el coronel tenia una talla de tambor mayor, y reunia á su físico un carácter susceptible que se demostraba fácilmente á estocadas contra sus contradictores.

La viuda del coronel abrió naturalmente su salon á los antiguos compañeros de armas de su esposo, despues de la fatal estocada del húsar de la muerte; y el salon de madama de Bruneval era en 1818 un pequeño club bonapartista sobre el cual tenia los ojos la policia despues de algun tiempo.

Pero preciso es decir que la ilustre viuda habia llegado á conocer que los nobles guerreros que frecuentaban su casa no la indemnizaban de los gastos interiores que le ocasionaban sus recepciones; entónces quiso utilizar prudentemente la presencia de sus huéspedes introduciendo entre ellos algunas decentes partidas de juego, cuyos candeleros recibian el diezmo ofrecido al dios Pluto. Y hablando en términos ménos pomposos; se jugaba en casa de la viuda, se jugaba caro y á toda clase de juegos; hasta á los que la ley consagraba la explotacion especial en los templos públicos y reconocidos por ella.

Todo pasaba allí bastante decentemente, y esa buena reputacion atraía numerosos combatientes sobre ese campo de batalla poco católico.

Sin embargo, se encontraban allí jentes de buena compañía; hombres que, como el marqués de Maulear, no queriendo parecer en los juegos públicos, iban á buscar emociones y correr los hazares de la suerte al abrigo de las miradas del mundo.

Allí fué donde tuvo lugar el famoso desquite dado por el marqués á *lord Elmoore*, desquite tan fatal para el marido de Aminta.

El conde de Monteleone iba tambien algunas veces á la casa de madama de Bruneval; pues hallaba reunidos en ella un gran número de *carbonarios* y bonapartistas, porque ya hemos dicho que los hombres de opiniones mas apuestas se reunian todos para la obra comun: *La destruccion de lo que existia...* salvo el hacer salir despues sus ideas particulares del caos jeneral.

La noche misma de la leccion dada por el príncipe de Maulear á su hijo, el conde de Monteleone habia presentado á Tadeo en casa de madama de Bruneval; y miéntras que el juego parecia muy animado en ciertos puntos del salon, los dos *carbonarios* conferenciaban en una pieza inmediata con algunos de sus hermanos sobre la inoportunidad de un golpe temerario concebido por los americanos ricos, afiliados en la sociedad, para [sacar al emperador de Santa Elena y traerle á Francia.

Pero por muy grave que fuese esta discusion, el conde no prestaba á ella mas que una atencion poco interesada, y consistia en que en aquel momento se veía en una de las crisis mas penosas de su vida; consistia en que dentro de una hora quizás iba á necesitar de todo su valor y persuasion para combatir y vencer uno de los mayores obstáculos que el hombre puede encontrar en su camino... la voluntad de una mujer apasionada y enérgica. El conde habia recibido pocas horas ántes un billete que contenia estas palabras:

» ¡Hace quince dias que no os he visto!... Sé bien que huís de mí... pero quiero mejor morir mil veces que existir así mas largo tiempo! Quiero conocer mi suerte y oirlo de vuestra boca...

» ¡ *Está ausente* por ocho dias, venid!

» Si me lo rehusais, si no estais cerca de mí á *medianoche*, será la prueba de un eterno abandono... ¡y á *la una* habré dejado de existir!»

El conde esperaba, pues, para partir, el instante terrible de la cita, porque conociendo el alma que habia inspirado este escrito, alma llena de violencia y exaltacion, sabia bien que no retrocederia ante ningun esceso ni peligro.

Buscaba en vano el sustraerse á la atencion de Tadeo; pues este, despues de las palabras pronunciadas por el hombre que se hallaba en acecho en la calle de Verneuil, habia abierto los ojos, y aquella noche, por un instinto secreto de sus celos, no perdía un instante de vista á Monteleone.

El conde veía con espanto que se acercaba la hora indicada en el billete, sin haber po-



dido dejar aun los salones de madama de Bruneval, pero aprovechando en fin un momento en que Tadeo no estaba cerca de él, iba á marcharse, cuando se dejó oír un ruido confuso en la antesala de madama de Bruneval.

La puerta del salon se abrió con violencia y apareció un hombre con su faja blanca en medio de los jugadores y tertulios de la *señora coronela*, muy asustada con aquella invasion judicial; pues ya no habia medio de equivocarse, era la justicia en persona (como habia dicho el príncipe de Maulear á su hijo) que se presentaba con un aparato tan teatral en casa de la viuda, ¡bajo el *aparato augusto* de un comisario de policia!...

Una viva inquietud se apoderó á la vez de todos los circunstantes, cojidos en *delito fraganti* de carbonarismo y juego prohibido. ¿Era á los jugadores? ¿Era á los carbonarios á quienes el señor comisario venia á visitar? Todos se conmovieron, pues todos se reconocian culpables en el mismo grado de rebelion contra la ley, por crímenes diferentes.

— Señora, — dijo el comisario presentando su orden á madama de Bruneval, la que, como un bravo gobernador de la plaza, venia á parlamentar con el enemigo, — ¿es usted la *coronela* de Bruneval?

— Yo misma, señor, — respondió la alemana, mas encarnada que nunca; — y no comprendo qué cosa puede atraerme la afrenta que recibo en este momento... Una mujer como yo me parece que no debe hallarse vijilada por la policia.

— Perdone usted, señora, — respondió el comisario, — pero su casa nos ha sido señalada hace mucho tiempo como el lugar de reunion de muchos bonapartistas exaltados.

Los bonapartistas se estremecieron.

— Y ademas, — continuó el comisario, — como favoreciendo algunos juegos prohibidos por los reglamentos de policia.

Los jugadores temblaron á su turno.

— De consiguiente, — prosiguió el comisario, — vamos á proceder á un exámen minucioso de los lugares en que nos hallamos y de las personas que se encuentran en ellos, y nadie saldrá de aquí hasta que se haya verificado.

¡En este momento dieron las doce!

El sonido de la campana del reloj hizo estremecer al conde, pues le anunciaba la hora de la cita.

Su situacion era crítica, pues cada minuto de retardo podia acarrear una catástrofe horrible, segun lo indicado en el billete:

« Si no estais cerca de mí á medianoche, á la una habré dejado de existir. »

El conde tomó prontamente su decision, y con la serenidad ordinaria que no le abandonaba jamas, se dijo que era preciso salir á todo trance de la casa para ir á donde se le aguardaba, pues se trataba de salvar una existencia que cada segundo podia comprometer; y que en un caso semejante el medio mas pronto y seguro era la astucia unida á la violencia lo que podia darle la libertad.

La astucia era brutal, pero libertadora, pues se trataba de apagar las luces, rechazar al comisario y sus agentes, precipitarse á las puertas y escapar por todas partes.

Sin embargo, ántes de recurrir á ese medio extremo, el conde quiso asegurarse de si los *hermanos* con quienes podia contar para secundarle eran numerosos en los salones.

Paseando pues sus miradas sobre todos los huéspedes de madama Bruneval, llevó su mano á la frente haciendo con lentitud el signo secreto que servía á los *carbonarios* para reconocerse.

El comisario no quitaba los ojos de Monteleone, pues sin saber aun su nombre, habia adivinado que aquel hombre debia ser uno de los mas importantes de aquella sociedad abigarada. Pero apénas Monteleone habia hecho el signo en cuestion, vió con gran sorpresa que el comisario le respondió con un signo semejante.

— ¡El conde hallaba pues un *hermano* en el majistrado, y se podia contar un *carbonario* mas en los salones de madama de Bruneval!... Esta cosa estraña se esplica por las palabras



pronunciadas por el vizconde de Harcourt en casa del doctor Mateo: « ¡Encontramos afi-  
liados por todas partes; en la ciudad, en la corte, en los bancos de los abogados y bajo  
el dosel de los jueces! »

La informacion fué corta y de pura fórmula.

El comisario declaró que no habia lugar á proseguir, y Monteleone fué uno de los prime-  
ros que recibieron permiso para salir de la casa.

El conde se lanzó fuera, **perseguido por Tadeo**, que le gritaba para que le esperase; pero  
el conde por el contrario hufa cada vez mas á prisa.

— ¡Acababa de dar la una de la mañana!

Atravesó las calles y la plaza de Luis XV con la rapidez de la flecha, y no se paró hasta la  
calle de los Campos Eliseos, cerca de una puertecilla verde oculta bajo un seto de ojaranzos,  
y que se abrió inmediatamente al primer golpecito que dió.





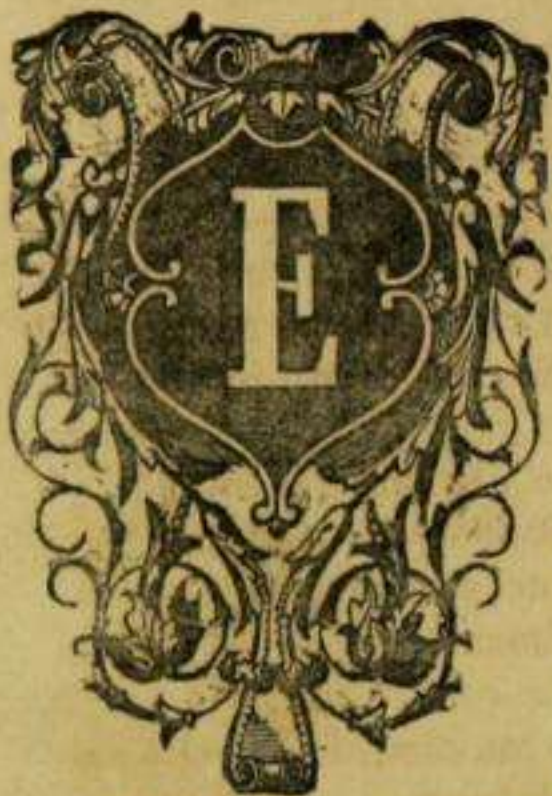
---

---

## LA DESESPERACION.

---

XL.



N el momento de abrirse la puertecilla del seto, se presentó una mujer que dijo á Monteleone :

— Seguidme, monseñor, pues mi señora espera á Su Escelencia.

— ¿Qué hora es? — preguntó vivamente el conde á su introductora.

— ¡La una y cuarto!... — respondió esta.

— ¿Y desde cuando ha dejado usted á su ama?

— Desde las doce, pues entónces recibí la orden de mi señora para venir á esperaros á esa puerta.

— ¡Oh, cielos! — dijo el conde; — ¡perdida!... ¡acaso muerta!...

Y se lanzó en la primera calle de árboles que conducía al hotel, corriendo precipitadamente.

— ¡Monseñor... monseñor!... — gritaba la doncella corriendo tras el conde; — todos los criados de la casa no estarán quizás acostados, y si se viese á Su Escelencia á estas horas en el hotel de la embajada... ¿qué dirían?... ¿qué pensarían de la señora duquesa?

— ¡Conducidme pues pronto á su cuarto! — exclamó él, — pues se trata de su vida...

— ¡De su vida!... — dijo la doncella asustada; y como acordándose de alguna cosa, añadió: — ¡Pero esperad, monseñor... ahora me acuerdo que la señora duquesa me ha prohibido entrar en su cuarto hasta mañana si no venia Su Escelencia!...

— ¡Corramos... corramos!... — repuso el conde arrastrando consigo á la doncella, y los dos se dirigieron así al ala izquierda del hotel.

Una puerta baja se abría en una escalera de servicio que comunicaba con las habitaciones de la duquesa de Palma.

La criada indicó la puerta al conde y subió delante de él; Monteleone la siguió, y al llegar á un descansillo situado en el primer piso, se pararon.

La doncella abrió otra puertecilla medio oculta en la pared, y el conde penetró en una sala de recibimiento que precedía el gabinete de la duquesa; la criada rogó al conde que esperase allí mientras ella iba á prevenir á la duquesa de su llegada.

El conde se hallaba solo despues de dos minutos en esta sala, cuando se oyó en el gabinete un grito sofocado que le asustó. Se volvió prontamente y vió á la doncella de confianza



de la duquesa, inmóvil, con las facciones demudadas, é indicándole con la mano el cuarto de su señora, cuya puerta habia dejado abierta.

El conde corrió allá, y un espectáculo horrible se presentó á sus ojos.

La duquesa estaba tendida sobre un sillón largo, con la palidez de la muerte en el rostro; á su lado ardia una lamparilla pronta á extinguirse, y los reflejos de su luz moribunda aumentaban la tristeza de esta escena de muerte.

El conde se precipitó hácia *la Felina*, ¡cuyo pulso no latía ya... cuyo corazón estaba mudo!

Cerca de la duquesa, un frasquillo caído y abierto dejaba escapar sobre la madera de un velador de palo de rosa algunas gotas de un licor rojizo.

El conde tomó el frasquillo, le acercó á su olfato, luego á sus labios, y reconoció que era el ópio líquido, *el laudanum*; veneno ó soporífico, muerte ó salud, mal ó remedio, vida ó muerte, segun el uso que se hace de ese terrible y poderoso remedio.

Un profundo dolor se apoderó de Monteleone al ver á la duquesa de aquella suerte. El amor y adhesión de esta mujer se le aparecieron entónces tal como eran realmente, inmenso y sin límites. El remordimiento despedazó su alma, pues le acusaba en este momento de ser la causa del crimen horroroso que acababa de cometerse.

Se acercó de nuevo á la duquesa; y ménos turbado que la primera vez, creyó sentir un ligero latido en el corazón de *la Felina*.

Cojió pues un espejo, le colocó junto á los labios de la duquesa, y el espejo se empañó ligeramente.

— ¡Vive aun!... —esclamó el conde, — ¡vive, vive!... un sueño letárgico la ha sumerjido solamente en ese estado de muerte aparente!... ¡Gracias á Dios, el ópio no ha sido tomado en cantidad suficiente para obrar como veneno, y sí solo como narcótico!

¡Es preciso sacarla en el instante de ese estado peligroso!... Escuche usted; — dijo á la doncella de la duquesa, — yo tengo un amigo médico que salvará á la duquesa sin ruido ni escándalo, médico tan hábil como seguro; envíadle corriendo una carta que voy á escribirle; no dejeis entrar á nadie aquí mas que al hombre á quien yo escribo, y yo respondo de todo.

El conde escribió apresuradamente un billete, y entregándoselo á la doncella, añadió:

— ¡Vaya usted corriendo!... Es para el *doctor Mateo*, calle de Babilonia, n. 13.

Cuando Monteleone se vió solo con la duquesa, trató de sacarla del sueño que la postraba haciéndole respirar algunas esencias espirituosas que halló á la mano, pero estos medios fueron impotentes y le fué preciso esperar.

— ¡Pobre mujer! —decía sentándose junto á ella, y mirándola con compasion. — ¡Hé ahí el resultado que debia tener ese amor de toda la vida!... ¡su solo amor... como ella me lo ha jurado mil veces!... ¡Hé ahí hasta qué esceso de dolor debia conducirla... mientras que ella no ha ocupado nunca en mi corazón mas que una parte muy pequeña!... ¡mientras que mi pasión por ella no ha durado mas que lo que dura el perfume fugitivo de una rosa!...

Mientras que el conde se entregaba á estas reflexiones crueles, sus ojos se pararon sobre una carta que la mano débil de la duquesa habia sin duda hecho un esfuerzo por arrojar á las llamas de la chimenea, pero que se habia quedado al borde del hogar, quemándose una parte solamente.

El conde la cojió con la intención de quemarla del todo, temiendo que contuviese algun secreto que comprometiese á la duquesa; pero en el momento que iba á arrojarla al fuego, creyó leer su nombre en la parte que quedaba intacta, y no pudiendo resistir á su curiosidad, recorrió rápidamente el escrito.

Hé aquí las frases cortadas que habia perdonado el fuego:

- » Me habeis dado pan cuando tenia hambre, vestidos cuando los necesitaba.....
- » y todo eso no hará mas que.....
- » cuerpo y alma.....
- » pero lo siento, vuestro.....



- » es la mía.....
- » os pertenece.....
- » Ese Monteleone merece bien.....
- » os ofende.....
- » vivir para vos.....
- » ó si yo le.....
- » será para mí.....

— ¿Qué quiere decir esto?—esclamó el conde,—¿y qué se medita contra mí?... ¿Tiene acaso un confidente la duquesa? ¿será mi enemigo?

La doncella volvió á entrar en este momento, y el conde guardó vivamente en su pecho este escrito extraño.

Media hora se pasó en la espera deseada del médico, pero el ruido de un coche que entraba en el patio sacó por fin al conde de las serias reflexiones en que se hallaba sumergido.

La doncella corrió al encuentro del doctor, y pocos minutos despues introdujo al médico en el cuarto de su ama.

—¡Mira!—dijo Monteleone á M. de Apsberg, mostrándole *la Felina*.

El doctor se acercó á ella y la examinó.

—¡Diablo!—esclamó,—¡tentativa de envenenamiento por el *laúdano*!...

Luego le tomó el pulso y dijo:

—Felizmente llego á tiempo, porque me has prevenido de lo que se trataba y me he provisto de algunos antidotos poderosos; pero si tardásemos un cuarto de hora el tósigo hubiera atacado el cerebro... ¡y llegada la congestión cerebral, la muerte sería inevitable!

El doctor derramó algunas gotas de un licor que traía en un frasquito, en una cucharilla de café; hizo un esfuerzo para introducirlo entre los labios contraídos de la duquesa, y tres minutos despues ya dió un profundo suspiro.

—¡Ahora ya respondo de ella, si me quiere obedecer!—dijo el doctor.

La duquesa abrió los ojos y paseó sus miradas eaderredor suyo, sin ver nada, sin distinguir nada, pues sus ojos estaban fijos y turbados.

El conde se retiró á un lado.

Durante algunos minutos no se oyó en el gabinete mas que la respiracion de la enferma, débil en un principio, luego mas fuerte aunque oprimida, y finalmente regular y natural.

—Señora,—dijo el doctor presentando á la duquesa un vaso en el cual acababa de echar algunas gotas del licor que le habla dado ya,—¿quereis vivir?

—¡No!...—respondió la duquesa.

—Entónces haceis bien en rehusar este antidoto,—repuso el doctor,—pues el veneno corre aun en vuestras venas y solo esta bebida podria combatir su efecto.

En este momento se acercó Monteleone.

—¡Eh!...—murmuraron los labios de la enferma.

—¡Vivid!—le dijo el conde á media voz,—¡soy yo quien os lo suplica!

La duquesa, sin responderle una palabra, se volvió hácia el doctor como para pedirle la bebida salvadora.

El doctor la comprendió y se la psentó; la duquesa apuró el licor hasta la última gota, y dió un suspiro.

—Ahora,—dijo de Apsberg,—lo que necesita la señora es calma y silencio; ¡sobre todo nada de emociones!—añadió mirando á Monteleone, ó los efectos de la medicina serian nullos ánte la preocupacion del alma que contrariase el reposo del cuerpo.

—¿Quién sois?—articuló penosamente la duquesa, mirando al médico.

—¡Un amigo seguro... un hermano para mí!—respondió Monteleone,—cuyo corazon es el asilo sagrado de todos los secretos de mi vida y el confidente de todas mis penas.

*La Felina* miró durante algunos instantes al doctor, y luego exclamó:

—¡Ya le reconozco!

—Sin duda,—replicó el médico,—la señora duquesa no ha olvidado quizas el *pulicinella*



de la *Casa Etrusca*... ese loco y visionario alemán á quien dió una lección tan severa aquella noche... ¡pero que no ha guardado ningun rencor!.. moral;—añadió jovialmente,— que le aprovechó el consejo, pues el alegre *pulicinella* cambió de humor y de traje, y se ha hecho ahora un doctor grave que no se chancea con sus recetas, que exige que sus prescripciones se sigan sin observaciones ni comentarios...

Por eso pues, uniendo el ejemplo al precepto, me establezco en este cuarto para velar á nuestra bella pitonisa del baile de San Carlo, y no la dejo hasta que se halle restablecida, curada. . . y razonable; —añadió inclinándose hácia el oído de la duquesa. — Si no curo todas las enfermedades, las alivio al ménos; y no todos mis colegas pueden decir otro tanto.

Eseguida, cojiendo el sombrero del conde se le puso en la mano, indicándole la puerta por donde él habia entrado.

— ¡Mañana á las nueve de la noche estaré cerca de vos!—dijo Monteleone á la duquesa.

Un relámpago de gozo brilló en los ojos de la *Felina*, y luego hizo un ligero movimiento con la cabeza para indicar que consentia en lo que decia el conde.

Monteleone apoyó sus labios sobre la mano helada aun de la duquesa, luego se acercó al doctor, y le dijo:

— ¿Tú me juras que la salvarás?

— ¡Yo te lo juro!—respondió el médico.

El conde salió por la puertecilla secreta, y no por la que le indicaba el doctor; pocos momentos despues se halló solo en los Campos Eliseos, preguntándose á sí mismo si todo aquello que acababa de pasar era un sueño, una pesadilla ó una alucinacion de su imaginacion.

Pero la carta que habia recojido medio quemada, y que tentaba con sus dedos bajo su capote, esa carta tan sombría en sus frases cortadas, que dejaban traslucir la venganza y las amenazas, bastaba para asegurarle de la realidad del triste drama en que habia sido actor y testigo á un mismo tiempo.

El dia siguiente á esta noche de alarmas y tormentos, Monteleone se presentó en el hotel de la embajada, fiel á su palabra, cuando daban las nueve en el reloj de San Felipe; pero esta vez llegaba al hotel como un visitante ordinario gozando de la entrada principal.

— La señora duquesa,—le dijo el ayuda de cámara de servicio,—ha tenido anoche una crisis nerviosa de la cual se dice que se halla aun bastante indispuesta; pero no por eso dejará de recibir á Su Escelencia, pues ha hecho una escepcion en favor del señor conde.

Y el conde entró en el salon de recibimiento, de donde pocos minutos despues se le introdujo en el gabinete de la duquesa.

Monteleone halló á la duquesa de Palma medio acostada en un sofá, y sus facciones mostraban demasiado las consecuencias del terrible acontecimiento de la noche precedente. El conde se conmovió vivamente; la duquesa le tendió la mano, y le dijo:

— ¡Aquí teneis una sombra, un espectro escapado de la tumba!... pero no os asusteis, conde, este espectro no se presentará á vuestros ojos con la ira en la mirada y los labios armados de reconvenciones, ¡pues aun cuando lo quisiera no tendria fuerza para hacerlo!...

Y la duquesa respiró lentamente un frasquillo de esencias que tenia en la mano, donde pareció que recobraba un poco una existencia próxima á extinguirse.

— ¡Conque habeis querido morir, *Felina*!—le dijo el conde con voz dulce y penetrante.

— ¿Y qué haria yo ahora de mi vida,—respondió ella,—pues que lo que me la hacia desear no existe ya para mí, pues que no encuentro ya mas que desprecio y abandono en el hombre por quien he faltado á mis deberes y he hecho traicion al agradecimiento?

Monteleone,—añadió,—sed franco conmigo y no temais el desesperarme, pues la duda es mucho mas cruel... Decidme que no me amais ya, pero que lo oiga yo de vuestra boca y que no sean vuestra indiferencia y desprecio los que me lo hagan saber...

El conde quiso hablar.

— ¡Ah!—continuó ella, haciéndole seña para que escuchase,—no, vos no sabeis lo que cuestan esas largas horas de espera en las que el menor ruido que se oye parece anunciar-nos la presencia de aquel á quien se ama!... ¡en las que engañado el oído veinte veces, ó



mejor dicho el corazón, escucha con ansiedad mortal las ruedas del coche que pasa delante de la puerta sin detenerse... el timbre de una campana para anunciar otra visita que no espera!.

¡No, vos no conocéis el suplicio de esas noches eternas en las que, sola una con su dolor, sigue con el pensamiento á ese hombre que es su único amor, á los salones brillantes donde le atrae otro amor... donde el alma que sufre le ve con el instinto cruel de los celos aproximarse á otra rival... embriagarse con sus miradas... escuchar su voz, tomar furtivamente su mano, ... mientras que una muere mil veces por hora y de mil muertes terribles, á cada cuadro nuevo que la desesperacion hace pasar delante de los ojos!... ¡Ah, conde, todo eso es horrible, todo eso mata... pero lenta y dolorosamente!... y entonces se dice uno que es una locura el no morir de una vez, cuando se tiene á la mano, como yo ayer noche, el medio de evitar unos tormentos tan insoportables!

La duquesa se dejó caer en los almohadones que la rodeaban, casi exánime por el esfuerzo que acababa de hacer.

El conde sintió que se humedecían sus ojos, y arrodillándose delante de la pobre mujer que habia padecido tanto por él, le dijo:

— ¡*Felina*, he creído hasta este día que el valor consistía en arrostrar el peligro, la muerte misma!... ¡pero ay! ahora veo que necesito mas ánimo en este momento para abrir mi corazón, que me fué preciso para disputar mi vida á las olas ó mi cabeza al verdugo delante de mis jueces... ¡Y bien!... tendré ese valor, y le tendré porque ese es mi deber, le tendré porque una traicion es una cobardía, y yo no soy cobarde!

Cuando volví á encontraros en la soledad de las orillas del lago de *Como*, cuando triste y abandonado de los hombres que me desconocian y de la mujer que adoraba, vi aparecer ánte mis ojos esa inmensa ternura que me revelábais, cuando me hicisteis oír esas palabras de amor que mi corazón no debia comprender, he creído hallar el olvido de lo pasado en los encantos de un presente lleno de seduccion y atractivos!... ¡Entonces os dije lo que pensaba, os espresé todo lo que sentia... y era sincero y dichoso!... ¡y recordando todo lo que habíais hecho por mí, me parecia que despues de haber buscado largo tiempo el ángel que debia rejir los destinos de mi vida... le habia encontrado en vos!

¡Pero ay!... pocos meses despues la benda se cayó de mis ojos, y, (perdonádmelo) lo que creía muerto en mi alma se despertó mas vivo que nunca... vi que mi ternura se convertia únicamente en amistad, que mi amor se cambiaba en un afecto profundo... pero que no correspondia ya á lo que esperábais de mí!...

Os juro mil veces que me desesperaba de hallarme ingrato... Veinte veces ha venido á colocarse en mis labios esta confesion... y veinte veces me han faltado las fuerzas para hacerosla. Pero hoy, que habeis querido morir por un hombre indigno de un sacrificio semejante;... hoy que apelais á mi honor, á mi lealtad, no debo callar y debo revelaros mis verdaderos sentimientos, pues ocultároslos mas largo tiempo seria indigno de vos y de mí...

Durante este discurso, la duquesa tenia los ojos cerrados y las manos puestas sobre su corazón, cómo para comprimir sus latidos. Se hubiera podido creer que dormia, si su respiracion corta y su seno que se removia violentamente no hubiesen indicado una ajitacion febril.

Permaneció en este estado de inmovilidad algunos segundos despues que Monteleone cesó de hablar: luego abrió lentamente sus párpados, y apoyando su cabeza en una mano, como si sus blancos hombros no hubiesen podido sostenerla, fijó los ojos en el conde, y se escapaban de ellos unos rayos ardientes como los que ocasiona el delirio.

No echó al conde mas que una mirada de esta suerte; pero esa mirada espresaba un pensamiento terrible y siniestro; enseguida su mirada se hizo de repente sombría y helada.

— ¡Gracias por vuestra franqueza!—le dijo al conde, tendiéndole la mano;—quizás os hubiera bendecido por haberme dejado morir sin decirme lo que acabo de oír... pero habeis querido que viva, y lo concibo bien, pues mi muerte habria envenenado vuestra existencia con remordimientos eternos!...



Viviré pues, pero solo para vos!...

Y la misma mirada que habia echado ya al conde volvió á parecer en sus ojos, pero se apagó muy presto.

— No obstante, escuchadme:—continuó ella.—Puedo consentir en perderos; puedo mas acaso... puedo ser aun vuestra amiga... ¡pero saber que sois de otra... jamas!

— ¡*Felina!*—repuso vivamente el conde,—ya comprendo lo que quereis decir; pero os juro por mi honor y por vuestra vida que la persona á quien haceis alusion no ha oido jamas de mi boca una sola palabra de amor!... Sus lazos y sus virtudes serán respetados por mí; su honor responde de vuestros temores, y yo sé lo que me impone ese honor.

— Así lo creo,—respondió *la Felina*,—pero comprendedme bien: ¡No me pidais mas de lo que puedo... no añadais á mi dolor otro dolor cuyo exceso y venganza no podríais calcular!...

— ¡Amenazas!... —dijo el conde con amargura; y estuvo á punto de hablar á la duquesa de los fragmentos de la carta que habia leído, pero le contuvo un presentimiento secreto.

— ¡No!—dijo la duquesa en tono mas dulce,—no, nada de amenazas!... No se amenaza á *sus amigos*,... y vos lo sois mio.

El conde cojió la mano de la duquesa, y la halló fria como la de un muerto.

— Venid á verme con frecuencia,—le dijo ella;—los enfermos necesitan de los médicos, y por muy hábil que sea el que habeis hecho venir anoche, sus visitas no valdrán nunca lo que las vuestras... Vos me daréis fuerzas contra mí misma... ¡y finalmente os veré!—añadió poniéndose pálida.

Ahora dejadme, pues aun estoy muy débil; y supuesto que quereis que viva... es necesario que no aniquile de una vez lo que me queda de existencia. Voy á tratar de dormir, pero será un sueño ménos largo que del que me sacasteis anoche...

Y como agobiada por tantas emociones, hizo señal al conde para que se alejase; Monteleone la dejó.

En el momento en que iba á atravesar el perístilo, vió la sombra de un hombre que se deslizaba en el hotel por la puerta entreabierta. La figura de este hombre se halló repentinamente iluminada por un reverbero del patio, y Monteleone creyó reconocer unas facciones muy presentes aun en su imaginacion...

¡Las facciones del hombre de *Torre del Greco*... las facciones de *Stenio Salvatori*!!!...





---

---

## EL MAGNETIZADOR.

XLI.



A severa leccion dada por [el príncipe de Maulear á su hijo parecia haber aprovechado, pues la calma y la felicidad habian vuelto á parecer en el interior de la casa del marqués.

Aminta volvia á encontrar las dulces emociones de los primeros dias de su union con las atenciones y asiduidad de su marido; y sus cartas á su madre estaban tan llenas de esperanzas de felicidad, como la primera contenia dolor, temores y tristes sospechas.

Enrique por su parte huía todas las ocasiones que podian despertar en él la funesta pasion que el acaso y la debilidad ordinaria de su carácter habian desarrollado. No se acercaba ya á una mesa de *l'écarté*, permanecia sordo á todas las provocaciones de sus antiguos adversarios, y se habia puesto á aprender el *whist*, juego de combinaciones, cálculo y ciencia, que dejaba la cabeza fresca y la razon sana, y al cual en aquel tiempo no se pensó jamas en jugar á mil francos el tanto, como lo han hecho desde 1846 algunos de nuestros amigos en casa de M. de R. . . Entónces se jugaba al *whist* por jugar al *whist*, y no para enriquecerse ó arruinarse.

Una circunstancia imprevista vino repentinamente á turbar un poco la vida pacífica de los dichosos habitantes del hotel de Maulear.

Aminta recibió una carta de la señora Rovero, en la que esta buena madre anunciaba á su hija una noticia que la llenaba de gozo por sus hijos, aunque causándole á ella misma un verdadero pesar.

El cardenal romano, *Felipe Justiniani*, su hermano, de quien hemos hablado en los primeros capítulos, acababa de morir en Roma, dejando su fortuna á sus sobrinos. Esta fortuna ascendia á un millon, y la señora Rovero rogaba al marqués de Maulear, su yerno, y á Tadeo, su hijo, que se presentasen inmediatamente en Roma á recojer esa herencia, el uno á nombre de su mujer, y el otro en su propio nombre.

Esta carta produjo efectos muy diversos en la familia de Maulear. La jóven marquesa, léjos de alegrarse por una fortuna que iba á comprar con la ausencia de su esposo, sintió



mas bien pena que gozo; la renta que cedia el príncipe á sus hijos era mas que suficiente para hacerles llevar una existencia brillante, de consiguiente ese aumento de riqueza tenia poco precio á los ojos de Aminta; mientras que una separacion de Enrique, aunque temporal, podia hacerla perder los sentimientos que habia reconquistado en su corazon, conociendo ya el espíritu lijero de su marido. Así lo temia, al ménos, y el temor en un alma tan impresionable como la suya era ya el manantial de mil inquietudes y tormentos.

La idea de acompañar al marqués en el viaje que iba á emprender no dejó de presentarse á su espíritu; pero el invierno era muy crudo, y su salud naturalmente delicada se habia resentido aun mas con las penas que acababa de sufrir, y no le permitian realizar ese proyecto en medio de una estacion tan funesta para las organizaciones nerviosas.

El príncipe de Maulear no veía tan poco tranquilamente esta separacion de su hijo, pues no le creía aun completamente curado de la enfermedad moral cuya curacion habia emprendido, vijilando diestra y paternalmente su convalecencia, como él decia.

Pero el marqués, sin dejar de sentir sinceramente esta separacion de su preciosa mujer, que volvía á amar cada vez mas, no ocultaba no obstante el placer que le causaba un viaje semejante; pues sin saber porqué, la especie de debilidad en que le postraba su vida interior, le producía la necesidad secreta de galvanizarla un poco con las distracciones y el movimiento de un largo viaje.

Tadeo mismo, mejor acojido por la duquesa despues de la escena que habia pasado entre ella y Monteleone, Tadeo se afligia de una ausencia que le alejaba de aquella mujer, pues nada habia podido borrar el imperio y accion que ejercia sobre su corazon.

Pero todos estos sentimientos diversos venían á estrellarse contra el resultado inevitable de la pronta partida para la ciudad eterna, de los dos herederos del cardenal *Felipe Justiniani*.

La marcha se verificó, pero no sin un vivo dolor de Aminta y un triste presentimiento del príncipe de Maulear.

Quince dias despues, una carta vino á noticiar á la jóven marquesa la feliz llegada de los dos viajeros á la capital del mundo cristiano; pero esta carta anunciaba igualmente los embarazos que resultaban para la entrega de la herencia, porque el cardenal habia hecho diversos legados á conventos, iglesias y establecimientos relijiosos, sobre cuya entrega debia resolver el Santo Padre mismo, y todo esto retardaria la conclusion del negocio mas de lo que se habia creído en un principio.

Aminta sintió redoblar su tristeza al recibir estas noticias, y lo que vino á aumentarla aun fué que de dia en dia eran mas raras y frias las cartas de su marido.

Conociendo toda la ternura del príncipe de Maulear por ella, y sabiendo á qué punto el anciano se armaba de rigor contra su hijo á la idea del pesar que el marqués podia causarle, su jóven mujer ponía el mayor cuidado en ocultar sus inquietudes á su suegro; y bajo mil pretextos especiosos sustraía á sus miradas las cartas que le dirigía su marido, glaciales é insignificantes. Y cuando el príncipe preguntaba á su nuera lo que le escribían de Roma, recibía una respuesta evasiva ó embarazosa. ¡Bien! ¡bien! decía él, secretos de jóvenes esposos... secretos de enamorados!... Los padres no tienen nada que ver en eso, y con tal que seas dichosa y amada, hija mia, no quiero saber mas.

Dos meses se pasaron así; cada dia la jóven marquesa esperaba con ansiedad la hora del correo, y cada dia se pasaba esta hora trayéndole una nueva decepcion.

Al dolor que sentía, sucedió muy presto un despecho violento.

Rodeada de homenajes en un mundo elevado que la recibía con adoracion, Aminta se veía descuidada y abandonada por el hombre á quien se habia ligado para toda la vida, y la humillacion de esta indiferencia llegaba casi á dominar su corazon con la pena que sentía.

En efecto, sacrificada ya á la miserable pasion del juego, mas tarde se creyó olvidada por las distracciones ó los placeres del viaje; y este carácter tan firme, amoldado por las caricias que su marido la prodigó en los primeros meses de su matrimonio, empezaba á despertarse en su dignidad de mujer ofendida, y en su altivez de mujer italiana.



Hallándose pues en estas disposiciones de espíritu, Aminta recibió una noche la visita de Monteleone, y se hallaron solos por la primera vez.

Bastante embarazados uno y otro por esta situación nueva para ellos, su conversacion no rodó al principio mas que sobre esas banalidades tan frívolas que no sirven mas que para ocultar el embarazo; pero los recuerdos de la patria comun vinieron muy presto á dar un interés mas vivo á su conversacion.

El conde hablaba de Nápoles como napolitano, con ese sentimiento apasionado que los hijos de ese hermoso país hallan siempre en el fondo de sus almas para alabar ese suelo tan favorecido del cielo; y Aminta, en quien el clima frio de Francia no habia estinguído el amor de su país, se entregó toda entera á la dicha que le causaban estas risueñas ideas.

El conde la hizo volver á ver Sorrento y sus colinas embalsamadas, su mar azulada y su brillante cielo... Luego le recordó su quinta, donde fué tan bien acogido, donde los dias se pasaban como horas, decia él, donde el dulce silencio de la hermosa naturaleza no era interrumpido mas que por las olas que venian á romperse contra las macetas de mirtos y naranjos, ó por el canto de los pajarillos en los bosques floridos.

Aminta escuchaba al conde con una turbacion cada vez mas grande, pues su voz no habia tenido nunca acentos mas penetrantes y dulces; y la admiracion se apoderaba de ella, pensando que el alma de este hombre tan sensible á los encantos de la naturaleza, á las simples bellezas de los ricos campos de Italia, era el alma enérgica y fuerte que habia tenido tan cerca la muerte sin acobardarse, que habia desafiado al verdugo sin temblar.

Arrastrado el conde á pesar suyo en la via peligrosa de lo pasado, sentia estraviarse su razon hallándose cerca de aquella cuya sola vista conmovia su corazon, recordándole una patria donde habia conocido las impresiones mas dulces y las mas crueles de su vida.

¶ Pero queriendo triunfar Aminta de la emocion involuntaria que se apoderaba de ella, arrancó súbitamente al conde de las seducciones que le presentaba su memoria y su corazon, preguntándole si Tadeo se mostraba para con él mejor amigo que buen hermano para con ella, y si sus cartas eran tan raras para el conde como para ella misma.

—Tadeo me escribe frecuentemente, señora,— respondió el conde saliendo por un esfuerzo del sueño mas dulce de su vida, y volviendo tristemente á la realidad.— El marqués y él siguen siempre *en Roma*, como el marqués debe habérselo escrito; Roma no ha estado nunca mas brillante que este invierno; las fiestas y los placeres son numerosos; los extranjeros mas ricos se hallan allí en este momento, segun me diceu, y los bailes y los juegos sobre todo reinan como soberanos.

La última frase del conde hizo mudar el color á Aminta; el conde lo notó, y atribuyendo la causa á alguna lijera indisposicion, se levantó para marcharse, cuando la marquesa le dijo con una vivacidad que sorprendió á Monteleone:

—¿Y el Santo Padre consiente el juego en sus Estados?

—No le consiente, señora, pero le tolera,— respondió el conde; — y es bastante para que una banca montada por una sociedad de capitalistas esploté esa terrible pasion y sea causa de que ocurran numerosos desastres en las familias ó catástrofes sangrientas.

La marquesa sintió helarse su corazon; y conociendo que iba á encontrarse mal, se apresuró á despedir al conde.

— Señora marquesa,— dijo el conde con trémula voz,— ¿me permitiréis que venga á veros uno de estos dias?

— Sí... sí, señor,— respondió balbuceando la jóven mujer; — y si teneis noticias de Roma... del marqués y de mi hermano... venid, venid pronto á traérmelas; os lo suplico.

El conde salió mas apasionado que nunca; y Aminta se quedó sola, desgraciada y ajitada, dominándola unos pensamientos fatales é instintivos.....

Pocos dias despues que pasó esta escena, conduciremos al lector á un magnífico hotel del arrabal de San German, y le presentaremos por segunda vez la preciosa jóven que no he-



mos hecho mas que entrever en el hermoso jardin que se estendia bajo las ventanas del doctor Mateo.

Pero esta preciosa jóven no era ya la fresca rosa que desafiaba en brillantez á todas las de su parterre.

Sentada en un ancho sillón colocado junto á una ventana del salón, abierta sobre el jardin, su tez pálida, los juanetes de sus mejillas muy colorados, los labios encendidos y las ojeras azuladas que rodeaban sus ojos, indicaban un padecimiento, una perturbacion jeneral en su débil organizacion.

Un anciano estaba sentado á su lado y tenia una mano de la jóven entre las suyas, y con los ojos fijos en ella, parecia leer con desesperacion la manifiesta espresion de su padecimiento.

El anciano era el duque de Harcourt; la jóven enferma era su preciosa hija María.

— No es nada, padre mio, — decia ella al anciano; — es solo esa cruel jaqueca que me acomete de algun tiempo á esta parte, y luego ese dolor de pecho que la acompaña siempre... pero ya sabe usted que no dura mucho, y que basta casi la presencia de nuestro médico para desvanecerla... ¡Se podría creer verdaderamente que es un hechicero! — añadió ruborizándose.

— El medio que emplea, hija mia, — respondió el duque, — no tiene nada de mágico, pues me le ha hecho conocer; es una ciencia poco conocida aun, y sobre todo muy contestada. Yo mismo te confieso que no tenia en ella mucha fe, hasta que la esperiencia me ha revelado su poder real.

— ¿Y ahora cree usted, papá, en ese poder del doctor? — preguntó la jóven con un acento singular.

— Creo en lo que he visto, hija mia, — respondió el duque; — veo que te alivia, y eso hace desaparecer todas mis incertidumbres, todas mis dudas... El magnetismo no es cosa nueva; *Mesmer, el abate Faria*, y despues de ellos algunos otros hombres graves y doctos, han experimentado los efectos, han buscado el principio, y le han descubierto algunas virtudes que no pueden negarse; desgraciadamente la impostura y el charlatanismo se han apoderado muy presto de él, y de ahí ha nacido el ridículo y desprecio con que se le mira. Pero si es una *verdad*, como todo me lo hace creer, si en el empleo de ese fluido se halla el principio de un alivio real para la humanidad, el hombre serio y caritativo con sus semejantes debe estudiarle ántes de juzgar, y no rechazar un medio nuevo por mas extraño que le parezca, sino cuando haya reconocido su debilidad ó su impostura.

— ¡Aquí está el doctor! — exclamó René de Harcourt abriendo bruscamente la puerta del salón, y entrando seguido de Apsberg; — vengo de arrancarle de una consulta grave, para traérsele á mi hermanita.

Y corriendo hácia María, la besó en la frente.

La jóven se puso repentinamente como una grana; pero, ¿era la llegada del médico lo que producía este efecto? ¿era el beso de su hermano? Solo su corazón hubiera podido decirlo, y los corazones de las jóvenes no dan fácilmente cuenta de esas cosas.

— ¡Mi pobre María sufre aun, doctor! — dijo el duque al falso Mateo; — pero con la llegada de usted renacen al instante la esperanza y la salud... ¡hé ahí porqué quisiéramos que no nos dejase usted nunca!

El doctor se puso encarnado á su turno, y respondió:

— Señor duque, vos juzgais sin duda mi influencia sobre la enfermedad por el vivo deseo que tengo de aliviar á la enferma; pero si se tratase solo de mi deseo de conseguir ese objeto, no puede ser mas grande, y teneis razon en contar conmigo!

— ¡Hé ahí lo que se llama un doctor modesto y con talento! — dijo René; — y luego con él no hay drogas ni todos esos medios terribles de la vieja medicina; él hace la suya con pantomimas, como los médicos de nuestros bailes de la Opera. Con algunos signos y algunos jestos... ¡tras!... la enfermedad se escapa como el diablo del cuerpo de un endemoniado al recibir un asperjazo de agua bendita.

— El vizconde me hubiera hecho quemar vivo con su elojo hace dos siglos, — respondió



Mateo riendo. — ¡ Dichosamente no estamos ya en aquellos tiempos! No se cree en los májicos, y con razon, pues no habria ni gloria ni provecho en ser sabio, y los sabios aprecian sus privilejios. Por lo que hace á mí, que no me tengo por tal, no empleo sortilejios, pero estoy convencido por el estudio de qué hay ciertos agentes secretos en la naturaleza muy descuidados en el dia, cuyo uso prudente y bien dirigido puede hacer obtener resultados maravillosos.

El fluido magnético es el mas seguro, el mas activo y el mas poderoso de esos agentes. Ese fluido, como todos los fluidos imponderables, es invisible para nuestros ojos; recorre el espacio con tanta rapidez acaso como la luz, y deteaido por la oposicion de los cuerpos opacos, los atraviesa y penetra como la hace el calórico.

Con ayuda de este principio, ha dicho *Mesmer*, se pueden curar *inmediatamente* las enfermedades nerviosas, y *mediatamente* todas las otras. Pero aunque me hallo lleno de fe, respeto y admiracion por el gran sacerdote del magnetismo, creo que ha ido demasiado léjos.

Todas las enfermedades no son curables, ni por el magnetismo ni por la medicina ordinaria; pero el magnetismo puede obrar con buen éxito en muchos casos en que los medios ordinarios no han conseguido ningun resultado favorable. Es igualmente un error el creer que el *somnambulismo*, ó el simple sueño, sean consecuencias forzosas del *magnetismo*.

Un sujeto magnetizado puede sentir todos los beneficios de la operacion en un estado completo de vijilia; y el mal, que sigue la mano del operador, huye delante de ella de rejion en rejion, y acaba por desvanecerse como los espectros delante de la espada de Rolando, sin que el enfermo pierda un instante el conocimiento ó la razon.

Pero los incrédulos por sistema, ó los ignorantes que se tienen por espíritus fuertes, que juzgan sin exámen, deciden sin estudio, y critican porque la crítica es siempre mas escuchada que el elojio, todos esos, digo, asocian invariablemente en su ignorancia el sueño y el magnetismo; gritan que es una mentira y una impotencia cuando un sujeto no se duerme por la influencia magnética; verdad es que gritan igualmente que es un charlatanismo de compadres cuando el sujeto se duerme por la voluntad enérgica del magnetizador.

Todos pueden magnetizar, bajo condiciones diferentes de potencia y suceso; pero todos no son aptos para sentir los beneficios del magnetismo; y todos aun son mas ó ménos aptos para pasar del estado de vijilia al estado de sueño bajo la influencia magnética.

Las organizaciones nerviosas, y particularmente aquellas en quienes el sonambulismo es normal, encuencran casi *inmediatamente* esa facultad estraña cuando les toca el fluido. Entónces el magnetizador hábil puede sacar prudentemente un gran partido del desarrollo de una lucidez que produce muchas veces efectos prodijiosos, y para algunos efectos májicos, sobre todo si los efectos catalépticos vienen á unirse á los de vista doble y adivinacion.

Yo no trato de haceros seguir un curso de magæetismo, señor duque, pero quiero justificar á todo trance una confianza que tanto me honra, y de la que recibo una prueba en este momento. Como hombre de honor, pienso que no me he engañado al concebir la esperanza de dar á vuestra hija, por la aplicacion de mi sistema, un poco de esa fuerza vital necesaria para que pueda triunfar de su debilidad nativa, atravesar sin accidente los primeros años de su adolescencia, y llegar al momento en que ayudando la naturaleza ese desarrollo completo, venga á adquirir una salud y robustez capaz de asegurarle una existencia sin sufrimiento ni peligro para el porvenir.

¡ Dios me es testigo, Monseñor, (añadió el médico con una profunda sensibilidad) de que obro con fé y una conviccion relijiosa!... Pero podeis recibir mi juramento de que si dentro de poco llego á conocer la ineficacia de mi remedio, no vacilaré un instante en preveniroslo.

— Así lo creo, doctor, — respondió el duque, — pues confio tanto en la ciencia como en el honor de usted.

— Y haceis bien, padre, — repuso el vizconde, — pues el doctor es un hermano para mí, y es casi una hermana la que cuida de la persona de María.

Esta vez María y el doctor se pusieron colorados á un mismo tiempo; pero nadie lo notó, pues anunciaron en este momento al príncipe y la marquesa de Maulear.



— Son amigos de confianza, — dijo el duque al doctor, — y nada importa que opere usted en su presencia.

En efecto, Aminta queria mucho á la jóven María de Harcourt.

Esta dos preciosas jóvenes se habian tomado una viva amistad; pero Aminta, como tenia algunos años mas que la señorita de Harcourt, y que á su título de mujer casada reunia un poco mas de gravedad, *maternizaba* en cierto modo á la jóven María, y era un cuadro precioso el que formaba esta madre de veinte años protejiendo á esa hija de diez y siete y esplicándola segun su corazon una vida que ignoraban las dos.

— Príncipe, — dijo el duque al suegro de Aminta, — el doctor Mateo es un célebre magnetizador, amigo mio, cuyos cuidados han sido hasta el dia muy provechosos á mi querida hija, y el doctor se preparaba á magnetizarla cuando han llegado ustedes.

— ¡ Ah... diantre! — dijo el príncipe, — tendría una verdadera curiosidad de presenciar esa esperiencia. Yo soy un adepto, señor (añadió dirijiéndose á Mateo), pues he conocido en mi juventud al abate *Faria*. Se burlaban un poco de él, pero la córte y la ciudad asistian á sus sesiones magnéticas; y tal como usted me ve, yo me hice magnetizar, bebí *agua magnetizada*, colgado de sus círculos de hierro, y todo eso para curarme una ciática que el abate no pudo curar... ¡pero el abate decia que yo no tenia fé y que me rebelaba contra los efectos del fluido!... No obstante deseo creerlo, no pido otra cosa que verme convencido, y si el doctor quiere convertirme me siento dispuesto á todo.

El doctor Mateo se acercó á la señorita de Harcourt sin responder al príncipe, y Aminta tomó una silla y fué á colocarse junto á su amiga.

El doctor fijó su mirada en la jóven, sentándose á pocos pasos de ella, levantó las manos á la altura de la frente de María y bajándolas lentamente hizo así algunas *pasas* magnéticas, pareciendo dirigir su accion hácia las rejiones gástricas, donde el dolor era mas pronunciado.

María no pareció sentir ningun efecto visible de la operacion; pero mientras que Mateo obraba así, la marquesa, colocada en la direccion del doctor, sintió que sus párpados se cerraban y que un entorpecimiento invencible se apoderaba de toda su persona.

El sueño la ganó muy presto, y despues de hacer algunos esfuerzos por triunfar de él, se dejó caer en el respaldo del sillón, y se quedó profundamente dormida.

— ¡ Mi hija se halla mal! — exclamó el príncipe corriendo hácia Aminta.

— ¡ No, señor — respondió friamente el médico, — está dormida!

— ¡ Dormida! — dijeron todos los testigos de esta escena con una viva sorpresa.



---

---

## LA SOMNAMBULA.

---

XLII.



— ¡ señores, duerme! — repuso el falso Mateo designando á Aminta; — y para caer tan repentinamente en ese estado cuando yo no me dirijia á ella, es preciso que sea muy impresionable y de una naturaleza eminentemente nerviosa.

— La marquesa es somnámbula, — repuso al príncipe; — mi hijo me lo ha dicho repetidas veces.

— Entónces ya no me admiro de la espontaneidad de su sueño, — respondió el médico.

— ¿ Es verdad que es posible para los somnámbulos el ver lo que pasa léjos de ellos, trasportarse con la imajinacion á otros países y seguir con el pensamiento las personas que se les designan? — preguntó el príncipe.

— Todos esos fenómenos son reales, — respondió el médico; — pero se requiere en el sujeto magnetizado la mas completa lucidez.

— ¿ Y esas experiencias, — preguntó el duque de Harcourt, — pueden hacerse sin inconveniente ni peligro para aquellos á quienes se somete á tales pruebas?

— Sin el menor peligro, — respondió el médico.

— Pues en tal caso, — dijo el príncipe, — tengo muchas ganas de rogar al doctor que interrogué á mi hija.

— ¿ Y sobre qué? — dijo el médico.

— Sobre una cosa que nos interesa vivamente á mi hija y á mí; hace ya cerca de un mes que no recibimos noticias de mi hijo, y eso empieza á inquietarnos seriamente.

— ¿ Y quisiérais saber en este momento donde se halla y que hace el señor marqués de Maulear?

— ¡ Precisamente! — respondió el príncipe.

— ¡ Deteneos, yo me opongo á ello! — dijo el vizconde de Harcourt. — Una mujer no tiene necesidad de saber lo que hace su marido á cuatrocientas leguas de distancia. . . ¡ Qué días, esas experiencias son peligrosas, y la bella marquesa pudiera arrepentirse!



— ¡Vaya, eso es peligroso para mi *madrecita*...— dijo Maria con su hermosa y dulce voz, — pues si ella fuese á ver enfermo á su esposo se desesperaria!

— No es eso precisamente lo que yo temia,— repuso el vizconde riendo; — pero de todos modos protesto... No habria matrimonios posibles si las mujeres tuviesen la facultad de saber lo que hacen sus maridos á todas horas y en todos los lugares.

— ¡Y bien! — dijo el príncipe, — yo tengo mejor opinion de mi hijo que el vizconde su amigo, y suplico al doctor que condazca á nuestra bella somnámbula á Roma, pues cuando queramos dejar de seguirla podremos hacerlo.

Durante este tiempo Aminta continuaba durmiendo, pero de un sueño tan dulce que apénas se agitaba su seno, que el aliento se escapaba de sus labios insensiblemente.

— Pero ante todas cosas, — repuso el doctor, — seria preciso que yo me pusiese en relacion con la señora marquesa, y que pudiese ponerla en las manos, y ofrecer á su tacto algun objeto que haya pertenecido al marqués de Maulear; y lo que seria mejor aun algunos cabellos del marqués.

— Nada es mas fácil, — dijo el príncipe, — mi nuera lleva siempre un bracelete tejido con cabellos de su marido.

— ¿En qué brazo? — preguntó el médico.

— En el izquierdo, — respondió el príncipe; — y si su amiguita María tiene la bondad de quitársele, se le pondremos entre las manos, como dice el doctor.

— ¿Pero está usted bien seguro de que mi *madrecita* no sentirá ningun mal? — dijo María al doctor, interrogándole con sus hermosos ojos azules.

— ¡Oh!... yo respondo de ello, señorita! — dijo de Apsberg, — pues no lo quiesiera ni por usted ni por ella.

María se levantó con pena de su sillón y se acercó á la marquesa; luego descubrió el brazo de Aminta un poco mas arriba de la muñeca y encontró el bracelete de pelo del marqués; pero en el momento de tocar á su amiga se paró y dijo mirando de nuevo al doctor:

— ¿Pero voy á despertarla?

— No lo tema usted, — respondió el doctor, — aquí estoy yo para impedirlo.

En efecto, por muy suave que fuese el movimiento que causó en el brazo de Aminta la mano delicada de María, la marquesa se incorporó en su sillón retirando la cabeza del respaldo, y sus párpados hicieron un esfuerzo para abrirse; pero de Apsberg estendió la mano sobre la frente de la marquesa, y esta cayó en un sueño mas completo y profundo que antes.

La señorita de Harcourt entregó el bracelete al médico, y este le colocó entre las manos de Aminta.

— Ahora empecemos, — dijo de Apsberg.

El silencio que se estableció entónces se hizo solemne y casi terrible, pues á cada uno le parecia que se preparaba alguna cosa imprevista, que iba á nacer algun incidente espantoso, y que todo el salon se poblaba de esos fantasmas invisibles que se llaman *Terror*, *Fatalidad*, *Desgracia*, y que ciernen sin cesar en los aires sus alas sombrías sobre los destinos de los mortales.

Los espíritus mas fuertes, los seres mejor organizados de nuestra pobre especie, tienen todos en el fondo del corazon una dosis de supersticion que desarrollan en un momento dado de su existencia, cuando suceden ciertos acontecimientos ó ciertas situaciones.

Por mas que se rodee un hombre de todos los pomposos axiomas de la filosofia, ó se arme de las paradojas del ateismo, se ve forzado á admitir una potencia superior á la suya, potencia que llama á su antojo acaso ó providencia. Se ve obligado á convenir á cada paso que da en la vida en que su suerte depende de ese ser oculto, misterioso, dominador, cuya voluntad irresistible trastorna todos sus proyectos y somete todos sus designios á las leyes inmutables escritas sobre tablas eternas. Y cuando una circunstancia cualquiera le pone en relacion con *lo desconocido*, cuando uno de los prodijios de la ciencia, ó uno de los fenómenos de la naturaleza viene á herirle y deslumbrarle, no puede ocultar un secreto terror; pues comprendiendo los límites estrechos de su razon, siente instintivamente que hay aun



sobre él y en derredor de él secretos impenetrables para su inteligencia, y reconoce forzosamente la pobre naturaleza suya, ¡la miseria del orgullo humano!

Sin elevarse á consideraciones de un órden tan serio, sin entregarse á estos graves pensamientos, los circunstantes del salon de M. de Harcourt sentian todos ese terror sordo que es el preludio de los acontecimientos desgraciados de este mundo. Por otra parte, el extraño poder de que iba á usar el doctor era muy á propósito para impresionar á los testigos de la escena que se preparaba.

El doctor tomó respetuosamente la mano de Aminta entre las suyas, y le dijo:

— Señora marquesa; ¿está usted así bastante en relacion conmigo?

— Sí, señor;—respondió ella.

— ¿Está usted dispuesta á responderme?

— Sí.

— ¿Lee usted en mi alma ó en mi pensamiento alguna mala intencion contra usted?

— No.

— ¿Segun eso tiene usted confianza en mí?

— Sí.

— ¿Está usted bien segura de que al preguntarla, como voy á hacerlo, no tengo otro objeto que el de sacar á usted de su inquietud sobre la suerte del señor de Maulear, su marido?

— Estoy segura...

— Pues en ese caso,—dijo el doctor, colocando sus dos pulgares sobre la frente de Aminta,— *quiero* que se trasporte usted á Italia en el instante mismo, y que se pare usted en Roma.

— ¡Es bien léjos!...—dijo la marquesa con voz débil.

— ¡*Yo lo quiero!*—dijo el médico con voz imperiosa.

— Bien!... ¡bien!...—respondió sonriendo la dormida;— voy allá... ¡pero no se enfade usted así!

Enseguida calló.

Todos los espectadores de esta escena orijinal, con el cuello tendido y los ojos fijos en Aminta, parecia que la devoraban con la mirada, y sus almas estaban pendientes de sus labios.

— ¡Ay Dios... qué viaje tan penoso!—dijo la marquesa estremeciéndose;— ¡qué frio tan grande hace en estas montañas de hielo!

— Ahora atraviesa los Alpes...—dijo el doctor.

La marquesa tosió.

— ¡No ven ustedes que se va á resfriar!—dijo sencillamente María; y tomando su chal se le colocó sobre los hombros.

— ¡Ese resfriado no será peligroso!—dijo riendo el vizconde.

— ¡Silencio, señores!—dijo el médico.

— ¡Ah!...—repuso la somnámbula;— ¡este ya es un hermoso país!... ¡Qué sol tan magnífico!... ¿Y esa ciudad es Roma?—añadió con un acento de exaltacion;— ¡la ciudad de los Césares!... ¡la ciudad eterna!... ¡la ciudad de Dios!...

Y la marquesa se inclinó respetuosamente.

— Sí, señora,—respondió de Apsberg;— y ahora es preciso buscar al que usted ama, á su esposo, en medio de esa inmensa ciudad.

— ¡No!...—dijo la marquesa.

— ¿Por qué?—preguntó el doctor.

— Porque me perderia en medio de esas calles desiertas... y luego allí... en aquella plaza... todos esos hombres disfrazados me dan miedo.

— Pero ya no temerá usted nada cuando esté con el marqués de Maulear, y *yo quiero* que vayais al instante cerca de él.

La marquesa apretó convulsivamente entre sus dedos el bracelete de cabellos de su marido, y luego dando un grito de gozo exclamó:



— ¡Él es!... ¡Enrique... ya le veo!...

Y tendía los brazos como para abrazarle.

Enseguida, al color vivo que habia animado su rostro subitamente, sucedió una palidez mortal.

— ¿Qué tiene usted? — preguntó el doctor.

— ¡Oh... Dios mio! — repuso Aminta; — ¡no me ve!... ¡pasa junto á mí sin mirarme!... Pero ¿á dónde va?... ¿y porqué tiene ese aire de tristeza?... ¿porqué lleva sus cabellos y sus vestidos tan descompuestos?... ¿de qué procede ese aire tan desatinado?...

El acento con que fueron pronunciadas estas palabras indicaban un dolor tan vivo, un tal espanto, que el doctor estendió la mano sobre la frente de la somnámbula, y dijo dirijiéndose al príncipe:

— Señor, ¿despertaremos á la marquesa?

Pero ántes que el príncipe hubiese tenido tiempo de responder, Aminta se levantó de repente como disponiéndose á marchar, y dijo:

— ¡No... no!... no irá solo; yo le acompañaré... ¡Enrique... Enrique... por Dios... no lo bagas... no quiero... james te lo perdonaria!... ¡Tú me oirás, Enrique!... ¡no es posible que quieras hacerte perjuro!...

¡Dios mio!... (añadió juntando las manos) ¡allá corre!... ¡Ah... eso es fatal!... ¡eso es horrible!...

Y prorumpiendo en llanto cayó en los brazos de María, que habia acudido hácia ella, y sosteniéndola para que no se desmayase, la hizo sentar de nuevo diciendo:

— ¡Basta... basta, doctor!... ¡ya ve usted que sufre mucho, y yo no quiero que sufra!...

El médico tomó la mano de Aminta, y se preparaba á sacarla de aquel estado doloroso, volviéndola á la vida real, cuando el príncipe de Maulear corrió cerca de su hija con el semblante trastornado, la mirada severa, y retirando la mano del médico dijo:

— ¡Doctor!... ¿están espuestas la vida y la salud de la marquesa, dejándola dormida algunos minutos mas?

— Su espíritu solo puede sufrir, señor, — respondió el médico, — pero ni su salud ni su vida corren peligro alguno.

— Pues entónces continuad, señor, — repuso friamente el príncipe, — pues se trata de mi hijo... y por otra parte de lo que acaba de decir la marquesa depende el reposo de mi vida, su felicidad y el honor de mi familia.

— ¿Pero si mi honor me prohíbe á mí que continúe esta esperiencia, señor? — replicó de Apsberg. — Pues habéis de saberlo bien, señor, los verdaderos apóstoles de la ciencia que practico en vuestra presencia, se hacen una ley de no valerse nunca de estos fenómenos para penetrar los secretos ocultos, ó leer violentamente en la conciencia de aquellos á quienes someten al imperio de su voluntad.

— Señor, — respondió el príncipe, — aquí no tenemos mas que hombres leales... corazones honrados... amigos míos... y no temo el iniciarles en los secretos de mi familia. Por otra parte, no es una simple curiosidad lo que me inspira la súplica que hago á usted; es un pensamiento noble y jeneroso, señor, la esperanza de poder evitar males que temo, infortunios crueles... Sabiéndoles ántes de que vengan á aflijirnos...

— ¡Vea usted pues!... — dijo el doctor á la marquesa. — *Vea usted... yo lo quiero!*...

— ¡No... no... — repuso la somnambula, — no me obligueis á seguirle, pues lo olvida todo en este momento... su padre, su honor... su juramento... ¡y á mí misma!...

— ¡Vea usted!... — dijo el doctor, colocando de nuevo su mano sobre la frente de la marquesa. — ¡Vea usted yo lo quiero!...



— ¡ Enrique... Enrique!... — dijo ella inmediatamente, — ¿ con que nada puede con-  
tenerte? ¡ nada!... ¡ nada!...

— ¿ Pero qué hace? — preguntó el médico.

— ¡ Allí está!... ¡ allí está!... — continuó ella, — delante de esa mesa cargada de oro y  
de billetes... de esa rueda que da vueltas... ¡ y esos hombres que le miran... y le siguen  
con ojos huraños!... todas esas figuras pálidas y contraídas... ¡ y él!... ¿ y esos billetes  
que echa sobre la mesa?... ¡ Pobre Enrique... como sufre!... ¡ Su frente está helada!...  
¡ qué horrible palidez!... ¡ Ah!... su mano desgarró su pecho!... ¿ Y ese hombre tan sere-  
no y desapiadado recoge todo el oro?... ¡ Ah!... (añadió con espanto) ¡ se tambalea! ¡ se  
va á desmayar!... ¡ No... no... saca nuevos billetes de su cartera... y los pone de nuevo so-  
bre ese funesto tapete! ¡ La rueda se mueve otra vez!... ¡ Dios mio... tened piedad de él!...  
¡ Perdidos también!... ¿ Enrique, por Dios, dentente... por mí... tu esposa... tu Amin-  
ta!...

Y su llanto redobló, y de sus labios no salían mas que sonidos inarticulados. El príncipe  
escuchaba cada vez con mayor agitacion las frases cortadas de Aminta; sus ojos erraban  
desde su hija al médico, desde el médico á su hija; sus labios se ponian lívidos, y de minuto  
en minuto parecia que pesaba un año mas sobre el pobre viejo. Todos los otros parecian  
fascinados por este drama funesto.

— ¡ Ya tiene en su mano los últimos billetes! — repuso la marquesa. — ¡ Silencio!... ¿ Oye  
usted ese ruido sordo y confuso?... ¡ es la rueda que recorre su círculo abominable!... ya  
se para... Enrique se precipita sobre sus billetes... ¡ No... no... ya no son suyos... pues el  
hombre se apodera de ellos!...

¿ Qué dice?... (añadió aparentando escuchar.) ¡ Arruinado!... ¡ arruinado!... esclama  
él...

¡ Qué importa!... ¡ no es mas que dinero lo que ha perdido!... ¡ Amigo mio... esposo que-  
rido... (añadió con voz suplicante y arrodillándose), qué me hace tu oro si me amas siem-  
pre!... ¡ Escúchame... no llores, por Dios... pues tus lágrimas me matan!... ¡ Ven cerca de  
mí... yo te perdono... nada te echaré en cara... y no nos volveremos á separara!... ¿ no es  
cierto?...

¡ Me rechaza y huye!... ¿ pues adónde va?... ¡ Qué camino tan desierto y oscu-  
rol... ¡ Sigámosle... no le abandonemos!... Pero... ¿ qué veo al extremo de esa calle?  
(Y la marquesa se puso la mano sobre los ojos como para ver mejor.) ¿ Qué significa ese  
pañó negro... que se extiende allá abajo... delante de mí?... ¡ Enrique, no sigas mas!... ¿ Cor-  
res? ¡ pero yo no puedo seguirte... (esclamó con voz desgarradora)... espérame, pues!...  
¡ Enrique... estoy débil y mala de haber marchado tanto!... ¡ Y luego el dolor me aca-  
ba!... ¿ Pero ya no le veo?... ¡ Ah!... sí... todavía le distingo... que se acerca á [el paño ne-  
gro!...

¡ Dios mio!... ¡ no es un paño negro... es un rio y corre hácia él!... ¡ Alcancémosle... me  
faltan las fuerzas!... ¡ Ah... héle aquí... ya llegué en fin!... Pero ¿ aun se aleja?... ¿ qué  
busca pues en ese rio desierto?... ¡ Me llama!... ¡ es mi nombre que pronuncia!... ¡ Aquí  
estoy cerca de ti!... ¡ También llamas á tu buen padre!... ¡ ven... ven... vuelve con nos-  
otros!... ¡ Levanta los ojos al cielo y ora!... Pero ¿ porqué te aproximas así á ese rio som-  
brío, Enrique?... ¡ Ten cuidado, esposo mio, pues la muerte está junto á ti... bajo tus  
piés!.....

En este momento Aminta dió un grito terrible y le acometió un espasmo nervioso.

— ¡ Vos lo habeis querido, señor! — dijo el doctor al príncipe, en tono de reconven-  
cion.

Enseguida cojió las manos de la marquesa entre las suyas, le hizo algunas pasas rápidas  
delante del rostro, le sopló los ojos y se despertó.

Inmediatamente le hizo respirar un frasquillo que contenia un alcalí, corrió él mismo á  
abrir las ventanas del salon, y rodó el sillón de la marquesa cerca de una de ellas.



Todo esto duró algunos minutos, durante los cuales todos rodearon á la marquesa de Malear en quel momento crítico. Pero cuando se pasó la primera emocion, notaron que se habia desmayado el príncipe.

El doctor se acercó al anciano y le prodigó cuidados tan activos que volvió muy presto en sí; pero en cuanto el príncipe recobró los sentidos, atrajo á sí el doctor tirándole por un brazo, y pegando su boca á la oreja del médico le dijo :

— ¿ Cree usted en todo eso ?

El doctor apretó la mano al príncipe, le miró tristemente, y luego se alejó.

La marquesa de Malear, risueña y tranquila, no pronunció mas que las siguientes palabras :

— ¡ Me parece que he dormido un poco !

Pero su memoria no le recordaba nada de lo que le habia presentado su sueño ; no se acordaba ni aun si habia soñado, como sucede á veces.

.....  
Quince dias despues de esta escena, la marquesa de Malear vió llegar á su madre cerca de ella ; y detras de la señora Rovero se veía en una actitud humilde y trémula ese ser disforme y valeroso que los muchachos de *Sorento* llamaban *Scorpione* !

La marquesa se arrojó en los brazos de su madre contenta y sorprendida á un mismo tiempo ; pero de repente exclamó en un tono lleno de ansiedad :

— ¿ Y Enrique?... ¿ y el marques?... ¿ no viene con usted ?

Por toda respuesta, la señora Rovero estrechó á su hija contra su corazon y se puso á llorar.





---

---

## EL AMIGO DE LA SEÑORITA CREPINEAU.

XLIII.



fines de mayo de 1819, con un hermoso sol de primavera, uno de esos que hacen florecer las lilas, que vuelven el color á las niñas chachas y la fuerza á los enfermos, la duquesa de Palma se hallaba sentada en el jardin de su hotel en el mismo paraje donde la hemos visto venir á refugiarse para ocultar su dolor y sus lágrimas durante la brillante funcion en que habia ella reunido los principales personajes de nuestra historia.

Una languidez jeneral, un abatimiento completo, una debilidad estremada, consecuencias ordinarias de su fatal atentado contra su vida, se habian apoderado de la nerviosa organizacion de *la Felina*; y el pesar amargo que le roía el corazon, añadia crueles tormentos morales á sus padecimientos físicos.

El duque de Palma se habia penetrado finalmente de la profunda Indiferencia que tenia por él la duquesa; y si adivinar la causa secreta de esta alma desgraciada, se decia para sí, que habiéndose casado con él *la Felina* sin tenerle amor, y que sus cuidados y ternura no habiendo podido vencer su frialdad despues de su matrimonio, seria un loco dando por mas tiempo sus cuidados, su ternura y su vida á una mujer á quien habia dado ya su título y nombre, á pesar de las preocupaciones del mundo, sin hallar en cambio la correspondencia que se prometia.

Jóven aun, riquísimo, lijero de espíritu y de corazon, y por otra parte buen mozo, el duque habia ido, pues, á buscar en otra una indemnizacion á las decepciones de su interior, y consuelos por los rigores constantes de su mujer.

El duque vivia como viven muchos maridos en Paris, entre *marido-soltero*, teniendo dos casas, y hablando *inmoralmente*, ¡ dos esposas !

La segunda esposa era una bailarina célebre de la Academia real de música, llamada G...; conocida por su físico muy bello, aunque muy flaca, y por unos brazos tan largos que traspasaban un poco las proporciones académicas, pero que le permitian lanzar á su pareja



con una *gracia ondulante* que hacia saltar en sus lunetas á todos los aficionados asíduos de la Opera.

El reinado de Luis XVIII fué tambien el reinado de las bailarinas. Príncipes, mariscales, jenerales y grandes señores, habian escojido *sus reinas* en el serrallo de la ópera; pero el reino de estas damas era casi *emfitéutico*, es decir de una duracion séria, y que se terminó frecuentemente por la consagracion *lejítima* de unos amores envejecidos en la *ilejítimidad*.

No obstante el duque vivia con una vida exterior llena de atenciones por la duquesa; comiendo gravemente y casi siempre con ella, pero no almorzando nunca en el hotel, y no pasando en él mas que las noches de rigorosa recepcion.

Las buenas almas que habian hecho una viva oposicion al matrimonio del embajador, aseguraban por todas partes que la conducta de la duquesa era la única causa de los desórdenes de su esposo; y no obstante esas murmuraciones no presentaban ninguna verosimilitud, pues no se habia traslucido nada de las relaciones secretas de la embajadora y el conde de Monteleone; relaciones fujitivas cuyos únicos testigos eran las orillas del lago de Como; pero para estas almas caritativas, era preciso justificar su opinion á todo trance.

La duquesa, pues, sola como siempre, estaba sentada en ese hermoso jardin que caía á los Campos Elíseos, la preciosa mañana que acabamos de describir; sus facciones estaban fatigadas por el insomnio, y su cabeza inclinada sobre el pecho. Parecia entregada á reflexiones dolorosas y sombrías, cuando vinieron á anunciarle la visita del señor Tadeo Rovero.

— ¡En fin, voy á saberlo todo! — dijo ella, con un movimiento de gozo.

Tadeo seguia de cerca el criado encargado de anunciar su llegada á la embajadora, y no pudo contener un movimiento de sorpresa al ver el cambio notable, acaecido en el físico de la duquesa.

— ¡Usted no esperaba, amigo Tadeo, encontrar una mujer vieja y fea en lugar de la que le parecia en otro tiempo tan bella!... — exclamó la duquesa. — ¡Pero he sufrido mucho durante los tres meses de su ausencia de usted!... pues hace ya tres meses que no nos hemos visto...

— Señora, — dijo Tadeo, — usted podria ser impunemente para mi todo lo que dice, pues mis ojos no lo perciben.

— ¡Ah... tanto mejor!... — dijo la duquesa sonriendo; — pues me parece que no habrá mas que usted que me vea aun tal como era en otro tiempo... y siempre es algo el parecer hermosa cuando una no lo es ya, aunque sea para una sola persona... ¿Pero veamos, qué ha hecho usted? ¿por qué esa larga ausencia y esa eterna mansion en Italia?

— ¡Ay Dios, señora, — respondió Tadeo, — motivos bien tristes me han retenido largo tiempo léjos de Paris y de usted!...

— ¿Luego es cierto lo que se dice? — repuso la duquesa, haciendo sentar á Tadeo á su lado. — ¿la marquesa ha perdido su esposo?... ¿es ya viuda? — añadió en un tono extraño, y como haciendo un esfuerzo penoso.

— ¡El marqués de Maulear murió en Roma hace tres meses! — respondió Tadeo tristemente.

— ¡Pero eso es terrible!... — repuso la embajadora. — El rumor público me lo habia anunciado ya... pero no he sabido nada mas; ¡vivo tan solitaria y retirada!... así es que no conozco ningun detalle de ese cruel acontecimiento... ¡Ah... perdone usted! — añadió ella interrumpiéndose; — quizás le pregunto á usted secretos de familia... y sin el interés que tengo por usted... sin el que me inspira su hermana... seria verdaderamente culpable.

— En efecto, señora, — dijo Tadeo, — la muerte del marqués es un triste secreto de familia... pero no debe serlo para usted, pues sé muy bien á que noble corazón le confío, y no puedo vacilar en revelárselo.

— Hable usted pues; — dijo la duquesa, acercándose al jóven, — pues deseo saberlo todo.



— Mi relacion será corta, señora, — dijo Tadeo : — El marques y yo partimos hace tres meses para Roma con el objeto de recojer la herencia de mi tio el cardenal *Felipe Justiniani*.

Tuvimos al principio muchas dificultades para hacérnosla entregar, pero en fin la recibimos.

Consistia en un *millon de libras* en metálico, ó en valores contra los mejores banqueros de Roma ; y la mitad de esos fondos nos fué entregada desde luego.

Yo vivia retirado del mundo, porque mi luto me lo aconsejaba así ; y por otra parte habia dejado mi alma toda entera en Paris (añadió mirando á la duquesa) y las distracciones de la sociedad, los placeres ruidosos del carnaval de Roma, no tenian atractivos ni encantos para mí... El marqués, por el contrario, parecia buscarlos, en tanto como se lo permitia la decencia.

Pocos dias despues de habérsenos entregado la primera mitad de nuestra herencia, de la que se habia apoderado el marqués, me hallé sorprendido estremadamente al saber que no habia venido á casa por la noche ; pero no me atreví á cuestionarle sobre su conducta, porque pensaba que arrastrado á una partida de placer, sin duda, se veria embarazado para responderme, y no le hice conocer que sabia su ausencia.

Pero esto se renovó durante algunas noches ; y cuando cediendo á mis inquietudes le hablé de ello, esponiéndole los peligros que podia correr en las calles de Roma : Estoy bien armado, me dijo, y me defenderé valerosamente contra los rateros romanos.

El marqués me parecia mas preocupado de dia en dia ; huía de mí, y apenas parecia en casa... ¡hasta que ya un dia desapareció completamente!

Temiendo con razon que hubiese sido víctima de las agrsiones nocturnas que le señalaba yo, corrí á la embajada francesa, hice hacer minuciosas investigaciones... y sope el horrible acontecimiento que habia puesto fin á la existencia del marqués de Maulear !

Arrastrado por algunos de sus amigos de Francia á una casa de juego que unos especuladores extranjeros habian obtenido el permiso de establecer en Roma durante el carnaval... el desgraciado habia perdido allí las *quinientas mil libras* procedentes de la herencia que correspondia á su mujer ; y en su desesperacion, no pudiendo soportar la vergüenza que le causaba esta culpable accion... ¡se habia arrojado al Tiber!

— ¡Eso es espantoso!... — exclamó la duquesa. — ¿Pero hay certeza de esa muerte horrible?

— ¡Demasiada certeza! — respondió Tadeo ; — pues poco tiempo despues el cuerpo del desgraciado fué arrojado por las aguas á las orillas del rio, y se adquirió así la conviccion de tan horrible desgracia.

Hé ahí, señora, lo que por honor del nombre de Maulear hemos tratado de sepultar en el mas profundo misterio... atribuyendo á un funesto accidente esa catástrofe tan horrosa.

— Muchas gracias por su confianza de usted, Tadeo, — dijo la duquesa ; — y gracias sobre todo porque ahora me permite compadecer mas á su hermana de usted, que tanto quiero, y consolarle de una pérdida que debe sentir por la felicidad de madama de Maulear... ¿Y desde cuando está usted de vuelta?

— Hace muy pocos dias, — respondió Tadeo ; — pues obligado á permanecer en Roma para recobrar lo que nos pertenecia aun de la herencia, mi pobre madre se encargó de venir á Francia para informar ella misma á Aminta de su desgracia

— ¡Cómo debe sufrir la jóven marquesa con una viudez tan cruel ! — dijo la duquesa ; — ¡y cuanto necesita ahora de cuidados y afecto !

— Los nuestros no le faltarán, — respondió Tadeo ; — su suegro, sobre todo, violentando su pesar, se muestra para ella mas tierno y afectuoso que nunca.

— Y luego, — dijo la duquesa, ocultando una turbacion que apenas podia vencer, — la marquesa tiene aun buenas y verdaderas amistades... el conde de Monteleone... por ejemplo... que la amó tanto en otro tiempo... debe rodearla tambien de cuidados y atenciones..

— El conde, — respondió Tadeo fijando sus miradas en la duquesa, que bajó los ojos al mo-



mento, — el conde me ha dicho que no ha sido recibido por mi hermana hasta hace muy pocos dias.

— ¡El reparará el tiempo perdido! — repuso la duquesa con una especie de amargura; — pues ahora, un dia ú otro pueden renacer sus antiguas esperanzas... y, ¿quién sabe?... ¡quizás realizarse!...

Tadeo comprendió el sentimiento que decía estas palabras; su valor y paciencia estaban á cabo, y esa pasion de la duquesa por su amigo le habia hecho padecer muchos tormentos para que la venganza no se despertase una vez en su corazon. Estuvo cruel y bárbaro, pero esta mujer le habia hecho sufrir demasiado para guardarle mas consideraciones; y luego, quizás se prometia él romper con un golpe violento y doloroso ese amor que causaba su suplicio; y así le respondió:

— Aunque acaso puede aflijir á usted, no le ocultaré que presumo que sus previsiones pudieran realizarse un dia... el conde tiene un rango elevado, su reputacion es honorable y sin tacha... pues sin eso...

— Sin eso ¿qué? — interrumpió la duquesa.

— Sin eso jamas entraria en nuestra familia, — respondió Tadeo.

— Y ahora, sin duda, — repuso ella, — el conde preludia su corte futura con atenciones y visitas asiduas cerca de la marquesa.

— Viene todas las noches á casa, — respondió Tadeo; — desde luego por el príncipe y por mí... y ademas, mi hermana gusta mucho de oír hablar de la Italia... ¡y él lo hace tan bien!...

¡Esto era todo lo que podia soportar *la Felina!*... y tendiendo la mano á Tadeo con voz trémula y llena de emocion:

— ¡Ahora suplico á usted que me deje! — le dijo despidiéndole políticamente; — pero prometo que me indemnizará usted de su larga ausencia... y si la soledad en que vivo no le asusta demasiado... si no teme usted el ser anacoreta, venga usted á verme con frecuencia, y siempre me hallará contenta y gustosa en recibirle.

Tadeo la besó la mano y la dejó, arrepintiéndose así su corazon jeneroso por el mal que le habia causado. Pero se habia vengado mas de lo que creía, pues el dolor de la pobre mujer fué tan vivo que, apénas se habia alejado Tadeo, sintió que sus miembros se quedaban tiesos, su corazon helado, y que sus ojos se cerraban.....

Quando volvió en si ya la habian trasportado á su hotel, y su doncella de confianza estaba sola á su lado.

Su conversacion con Tadeo se le vino inmediatamente á la memoria, y dando un grito desesperado, producido por un pensamiento desgarrador, exclamó:

— ¡El me habia jurado que jamas seria su amante... pero *ella* puede ahora ser su esposa!...

¡Ah! — continuó, — mejor hubiera hecho dejándome morir... por él y por mí...!

— ¡Haga usted entrar al sujeto que me espera! — dijo enseguida á su doncella.

Ella salió, y volviendo poco tiempo despues acompañada de un hombre á quien la duquesa hizo señal para que se sentase á su lado, se marchó del cuarto dejándolos solos.

Nosotros tambien dejaremos conferenciar á la duquesa con el extranjero que habia enviado á llamar, y volveremos á la casa n° 13 de la calle de Babilonia, donde un mes despues de la escena que acabamos de contar encontraremos á la digna portera Celestina Crepineau luchando con las emociones mas tiernas.

Preciso es decirlo, el corazon de la señorita Crepineau habia hablado!... y ese corazon, como los caballos viejos de buena raza, que hallan á veces unos arranques de valentia y ardor en una edad avanzada, ese corazon petrificado en las santas prácticas de una devocion escéptica, habia dejado sus frios sudarios y se encontraba vivo, ardiente y amando como jamas lo habia hecho en la primavera de su vida!

Pero si alguna cosa podia justificar esta resurreccion tardía de la *virgen portera*, era seguramente el objeto que la causaba.

¡Un astro nuevo brillaba en la calle de Babilonia! Un bello extranjero, que decia ser español,



o que justificaban bastante su color moreno, sus largos cabellos negros y sus ojos brillantes, habia tomado su domicilio en una modesta boardilla de la casa n<sup>o</sup> 12, justamente en frente á la casa n<sup>o</sup> 13 habitada por el sabio doctor Mateo, y cuyo Cancervero era Celestina.

El hermoso español no tenia una profesion bien decidida; su vestido modesto era el de un artesano en dia de fiesta, y nada mas; pero su chaqueta de terciopelo marcaba un ancho pecho y vigorosas espaldas, con un talle hercúleo. Era alto y andaba majestuosamente, y su todo encantaba á la señorita Crepineau.

Se decia *Cazador de osos* en las montañas de los Pirineos, y que se habia visto obligado á espatriarse por haber herido en un *desafio* al gobernador de su provincia, de resultas de una querrela de caza.

Naturalmente se concibe cuanta admiracion y curiosidad debia escitar la profesion de cazador de osos entre los vecinos de la calle de Babilonia; mucho mas cuando el español pasaba la mayor parte del dia sentado á la puerta del número 12, pretestando que se hallaba acostumbrado al aire vivo de las montañas, y que no se hacia rogar para contar á sus vecinos los terribles episodios de su singular oficio.

En una de esas reuniones de puertas cocheras, tan comunes entre porteros durante las noches del verano, era cuando el hermoso Nuñez habia cautivado y subyugado á la señorita Celestina Crepineau. Pero no se crea que la púdica y casta doncella hubiese dado al extranjero el menor estímulo, pues los dos no estaban aun mas que en la época de las ojeadas furtivas, de las palabras de dos sentidos, de esas mil bagatelas amables que son la vanguardia y los centinelas galantes avanzados de los amores.

La pasion respetuosa de Nuñez se manifestaba por los cuidados y atenciones que tenia con su vecina, cuyo precio consistia en la oportunidad.

Celestina veía acudir á su vecino todos los dias para hacer rodar sobre sus goznes la pesada puerta del número 13. Nuñez se apoderaba de la regadera prescrita por el comisario de policia, y sembraba la frescura delante de la casa durante el calor, ¡para preservar la hermosa tez de su vecinita! decia él.

Muchas veces los nervios odoríficos de la portera fueron sorprendidos agradablemente por el suave olor que despedia su ventana, y sus ojos conmovidos percibian entre las barras de la reja un ramillete de violetas colocado allí por la galanteria del español.

Finalmente obtuvo su entrada en el cuarto de Celestina... ¡y esa era la dificultad!... ¡ese fué el paso del *Rubicon!*

Celestina entregaba su reputacion á las lenguas viperinas de sus vecinas... ¡pero Celestina amaba!

— Por otra parte, — se decia de ella, — ¡mi conciencia me basta, y las murmuraciones de la envidia cesarán muy pronto ánte los nudos sagrados del himeneo!

¡Frasas pomposas, despojos respetables de las novelas de Ducray-Dumenil, primera lectura de Celestina cuando administraba aun la cocina del procurador, su padrino!

Estos amores interesantes fueron turbados repentinamente por una ocurrencia penosa para la vanidad femenina de la sensible portera. Sea que Celestina se hubiese apretado el talle con mas entusiasmo que de costumbre, sea que hubiese desempeñado los cuidados de su interior con demasiada actividad para darse el aire de una silfide en presencia de Nuñez, lo cierto es que se sintió una mañana acometida de un fuerte dolor de riñones, que podia muy bien no ser otra cosa que un hermoso reumatismo, ¡huésped ordinario de su delicada persona!

¡Pero cómo confesar un reumatismo á un amante?

El reumatismo fué transformado en un *aire colado* (como llamaba Celestina); pero *aire colado* ú reumatismo no hubo mas remedio que someterse á un reposo completo, y entónces fué cuando la decision del español rayó en el heroismo. No quiso sufrir que Celestina encargase á otro que á él de sus ocupaciones diarias, y se hizo presentar por su amiga [al doctor Mateo para reemplazarla en el arreglo de su habitaciones. Pero el doctor no pareció muy contento de la proposicion, y no la aceptó sino porque se prometia vijilar al *substituto* de Celestina.



El doctor se hallaba obligado á salir una mañana, en el momento que el español barria y limpiaba el salon de consultas. Habian venido á llamar de repente al médico de parte del señor duque de Harcourt, y temiendo algun accidente grave para su jóven enferma, de Apsberg dejó solo por primera vez á Nuñez en su habitacion.

El español continuó su servicio durante algunos instantes despues de la marcha del doctor; pero cuando le oyó alejarse, cuando le vió por la ventana que daba la vuelta á la esquina de la calle de Bac, exclamó :

— ¡ En fin, ya llegó el intante tan deseado !...

Entónces se puso á registrar por todas partes, levantando los libros, abriendo los cartones, hojeando los papeles y examinando cuidadosamente todos los muebles, hasta que descubrió por fin el cajon secreto de una mesa en el que se apoderó de una llave.

— ¡ Ah !... — exclamó él, — ¡ hé aquí la llave del laboratorio !... ¡ de esa pieza misteriosa donde hallaré todo lo que deseo saber ! ¡ Esta debe ser, no cabe duda, segun su forma extraña !

Y lanzándose rápidamente al tercer piso de la casa, se detuvo delante del gabinete. Su mano temblaba al aproximar la llave á la cerradura de la puerta... pero la llave entró, dió vuelta, y la puerta cedió al empuje del extranjero, que penetró en el laboratorio del médico.....

La mesa que hemos descrito al hacer nuestra primera visita en el cuarto del doctor Mateo, cubierta entónces de mapas, papeles y folletos... ¡ no contenia ahora ninguno de estos objetos !

— ¡ Todo está encerrado ! — exclamó el extranjero. — ¡ Voto á brios que soy desgraciado !

Pero sin detenerse un instante sacó del bolsillo una bola de cera, y señalando un escritorio macizo que habia en un rincon de la pieza, dijo :

— ¡ Es allí.... allí debe de ser donde están sus papeles, sus listas y sus nombres !...

Y acercándose al mueble que habia notado imprimió sobre la bola de cera toda la forma exacta de la cerradura ; luego apoyó en el otro lado de la bola las guardias de la llave del laboratorio, y terminada su operacion exclamó dando un grito de gozo :

— ¡ Ah... ya les tengo cojidos... soy dueño de ellos... y no se me escapará uno solo de esos malditos carbonarios !

Saliendo luego con la misma prontitud que habia entrado, el español bajó al primer piso, volvió á dejar la llave en el cajon secreto del médico, y corrió al cuarto de Celestina, que se hallaba ya muy muy inquieta por la larga ausencia de su amigo.





---

---

## LA RUINA.

—●—

XLIV.



ESPUES de algunos dias de la mañana en que el pretendido cazador de osos, el bello español adorado de la sensible Celestina, se habia introducido furtivamente en el laboratorio del doctor Mateo para sorprender los secretos de los carbonarios, nuestros tres amigos Tadeo Rovero, de Apsberg y el vizconde de Harcourt, estaban reunidos en el hotel del conde de Monteleone.

El hotel que habitaba el conde en la calle de Verneuil era precioso, pequeño, misterioso, elegante y bien situado. Un patio de modestas dimensiones, todo tapizado de césped en el centro, tenia por cintura una calle circular bien cubierta de arena.

El pórtico tenia cuatro escalones, que cubria una ancha cornisa, le adornaban unos hermosos jarrones de mármol, en los que brillaban frescos jeranios en verano y verdes abetos en invierno.

Finalmente era un verdadero hotel de soltero que reunia todo lo que exigen las condiciones particulares del celibato; todas las puertas que se necesitaban, grandes, pequeñas, altas, bajas, invisibles y aun colgantes para los casos embarazosos y los encuentros fortuitos, para las salidas y las entradas de los actores y actrices del drama ordinario de la vida de un hombre independiente, joven, rico y buen mozo.

Sin embargo no se representaba en este dia ninguna pieza amorosa en el teatro que acabamos de describir; pues se preparaba una representacion de otro género brillante y sobre todo ruidosa. El conde de Monteleone daba una comida á sus amigos, pero una verdadera comida de jóvenes solteros sin ninguna mezcla de sexos.

El sexo masculino debia solo reinar y comer en casa del noble conde anfitrión.

Hace muy pocos años solamente que se ha tenido la feliz idea de poner nuestros comedores con un comfortable que desconocieron nuestros padres; en otro tiempo se comia poco ó mucho, se bebia bien ó mal; se almorzaba, se comia, se cenaba, y lo demas importaba muy poco.



Estaba uno sentado á la mesa en duras sillas de paja ó de cerda; mal calentado por estufas detestables de barro cuyo olor á tierra cocida era frecuentemente insoportable; y los piés descansaban sobre unos banquillos de piedra muy relucientes, pero muy glaciales, y allí era donde se representaba el *terceto gastronómico* de los habitantes ricos de Paris.

Los grandes hoteles, y hasta las pequeñas casas de nuestros libertinos afamados, poseían una especie de refectorio mas espléndido, y tan poco favorable para la dicha íntima de los convidados. Los sombríos y ricos tapices que cubrían las paredes, el mármol que formaba el pavimento, y las pinturas de los techos, aunque fuesen de *Boucher* ó de *Watteau*, todo ello podía ser muy artístico y muy ruinoso, pero seguramente era seco, desnudo y careciendo de bienestar.

¡En el día todo he cambiado!

Se ha comprendido que la gastronomía, que el arte elegante del *vivir bien y cómodamente*, no consistía precisamente en la elección de los manjares, en lo añejo de los vinos ó en las prácticas culinarias.

Se ha comprendido que un tapicero debía representar su papel en una escena de mesa casi tan indispensable como un repostero; que los tronos sobre los cuales reposan los reyes del festin debían ser muelles, blandos.... y que el tapiz donde descansa el piecécito calzado de ra o debe procurarle un suave calor favorable para la dijescion. Y luego las mamparas elegantes, las tapicerías alegres y espesas, han venido á proteger los convidados contra las corrientes de aire, y sobre todo contra los olores nauseabundos que se escapan del lugar donde se prepara la comida.

En otro tiempo se comía, y ahora se vive, pero se vive de esa manera elegante que hacia decir á uno de nuestros amigos muy pegado á esas cosas mundanas:

« Me gustan mas unas berzas en un plato de porcelana del Japon, que truchas en un plato » de Talavera. »

El conde de Monteleone habia adivinado en 1819 nuestros interiores de 1848; y así era citado como un sibarita extranjero, cuyos gustos extravagantes no harian jamas una escuela; pero al mismo tiempo que se le censuraba, cada cual trataba de imitarle; y la cosa era difícil, pues el lujo se remeda, pero no se improvisa el buen gusto.

El comedor del hotel de Monteleone resplandecía de luces; todo lo que acabamos de describir se hallaba allí reunido, y alrededor de una mesa cargada de plata, ricas porcelanas y cristales, de los que se escapaban los aromas delicados de una verdadera comida de *Lúculo*, se hallaban colocados una docena de hombres, de los cuales conocemos ya algunos, el doctor Mateo, el vizconde de Harcourt y Tadeo Rovero.

Los otros, de los que hablaremos mas tarde con algunos detalles, eran carbonarios famosos, fundadores del carbonarismo francés: el jeneral A...; el banquero F...; el conde de C...; el rico negociante Ober; el abogado B...; y el ilustre profesor C.... Dos de estos señores llegaban de Italia, y traían á Monteleone nuevas instrucciones de la *Venta central* de Nápoles, así como algunos detalles curiosos sobre los progresos y madurez del carbonarismo en el reino de las Dos Sicilias y los países vecinos.

Pero se habia convenido entre los convidados que no se revelaria ningun secreto grave de la sociedad en aquella comida alegre; que las cuestiones políticas se reservarian para conferencias mas serias, no porque los miembros de la sociedad no estuviesen seguros de su discrecion mútua, sino porque circulaban en derredor de la mesa oídos curiosos... y, fuera de los del viejo Giácomo, el venerable servidor de Monteleone, se debia prudentemente desconfiar de los otros. Y desconfiar tanto mas, cuando hacia algun tiempo que inquietaban á los carbonarios ciertos rumores sordos.

Se decia que el conde de Monteleone habia sido designado á la vijilancia especial de la policia, en razon á sus antecedentes políticos; y esta comida, en la que se paseaba quizás un ojo invisible y misterioso, tenia por objeto principal el probar á los agentes ocultos que todos estos hombres reunidos eran hombres de placer, y no agentes de discordia ó actores de conspiraciones.



— ¡Brindo por nuestro anfitrión! — dijo de Harcourt elevando su vaso; — ¡por sus amores!... ¡por sus sucesos!

— Según eso, quieres emboracharte, — dijo uno de los convidados, — si piensas beber por todos los amores de Monteleone.

— ¡Pura calumnia! — replicó gravemente Mateo. — ¡La conversión de San Agustín ha quedado destronada por la del conde! El italiano cortejante es ahora un anacoreta francés, que vive lejos de las pompas de Satanás y de las de la Ópera, ¡en la Tebaida que teneis á la vista!... ¡motificándose con algunos amigos y expiando así sus errores pasados!

— Lo cierto es que no se le conocen amores al conde; — repuso otro convidado.

— ¡Para el tonto que lo crea! — replicó otro. — Lanzado en el gran mundo, como lo está Monteleone, es porque se busca mal... y nada más. Solamente sus aventuras de Nápoles bastarían para trastornar la cabeza á una docena de nuestras bellas parisienses.

— Se equivoca usted, mi querido B..., — replicó el conde. — ¡Las mujeres de París son ménos exaltadas que lo que usted presume! Razonan y calculan con su corazón; buscan el bien parecer, y no obedecen fácilmente á sus caprichos... y por otra parte, el hombre que aman no posee nunca en su afecto más que la segunda plaza: ¡Ellas primero!... ¡y él enseguida! Y frecuentemente ántes de él, el tocador, las fiestas y los placeres... ¡los homenajes de todos, ántes que el amor de uno solo!

Los tratos amorosos en Francia tienen una elegancia, un esmero y refinamiento tal en la forma, que casi nunca traspasan el convenio y el buen gusto, todo es precioso en ellas, hasta la desesperación. Se rompe detras de un abanico, se pelan las rosas de un ramillete, se desgarran los encajes del pañuelo de bolsillo, se llora un infiel solamente lo necesario para no enrojecerse los párpados, y finalmente se ponen furiosas hasta el extremo de no descomponerse los bucles de su peinado... Los grandes dolores van hasta el ataque de nervios; los furiosos supremos rompen algunos vasos de porcelana, entregan á las llamas los brazaletes, cartas y retratos!... Luego, al cabo de algunas semanas, se encuentran en un salón, y viendo entrar al infiel se pregunta á la vecina: ¿Quién es ese caballero? Me parece haberle visto en alguna parte... ¡En España ó en Italia, se vengan! Las mujeres no perdonan á los inconstantes, sino cuando son inconstantes ellas mismas... ¡y desgraciado de aquel cuyo amor acaba el primero! Lo que deja tras de sí es la tempestad, el rayo, la venganza...

En Francia, se olvida á un inconstante.

En Italia, se le mata.

Créanme ustedes, señores, sus bellas compatriotas son muy poco románticas, y no se dejan seducir más que por reflexion.

— ¡Y bien! — dijo de Harcourt á Monteleone, — yo conozco una mujer que te adora en secreto, que no habla nunca de ti sin ponerse encarnada, que baja los ojos al oír tu nombre, y que les levanta con amor á tu vista.

Tadeo miró al vizconde con sorpresa, pues dos nombres se presentaron á su pensamiento: el de la duquesa, y otro nombre que le tocaba más de cerca.

Monteleone temió como Tadeo alguna indiscrecion del joven loco, cuya templanza no era la primera virtud.

— Señores, — repuso el conde, — el vizconde va á decir algun desatino, y yo le suplico que se calle á nombre de nuestra amistad.

— ¡Bah! ¡bah!... *in vino veritas!* — gritó de Harcourt animándose cada vez más y llenando su vaso de Champaña; — ¡y la prueba es que Monteleone teme mi sinceridad!... Pero yo quiero nombrar la víctima de la pasión que inspira... quiero rehabilitarle á vuestros ojos; pues haciéndose pasar por un ser abandonado, descuidado y no comprendido del bello sexo... le adora una de sus reinas que sacrificaría por él su rango y nombre ilustre... ¡que se daría ella misma para ajustar el trato!...

— ¡Vizconde!... — dijo Monteleone levantándose y en tono enfadado, — no me hagas olvidar cinco años de amistad por una sola palabra!..

— ¡No te enfadarás! — repuso el vizconde, — y lejos de eso, me querrás aun más cuando



te haya revelado tu dicha ! Por otra parte, ¡qué diablo !... es por humanidad... tú no puedes dejar así á una mujer que se muera de amor sin salvarle la vida !...

— Como quiera que sea, te suplico que calles,—repitió el conde.

— ¡ Ya es demasiado tarde !—continuó el vizconde cojiendo la botella y llenando un nuevo vaso:—La *Ariadna*... la *Atala*... que se muere por nuestro ilustre amigo, es una preciosa viuda que todos admiráis... ¡ es la señora *coronela* Madama de Bruneval !

Una carcajada estrepitosa resonó en toda la Asamblea ; el conde salió del infierno en que le habian puesto las palabras de su amigo, y Tadeo respiró.

— Señores,—dijo Monteleone recobrando su sangre fria,—juro á ustedes que ignoraba la dicha con que me veo amenazado ; pero haciendo justicia á las preciosas cualidades de Madama de Bruneval, á sus altas virtudes conocidas de todos, me juzgo indigno de los sentimientos que le inspiro, y me asustaria de suceder al ilustre difunto. Pero pues que el nombre de la bella viuda ha resonado en estos lugares, propongo un brándis á la pronta curacion de su amor desgraciado, sin que me vea forzado, por supuesto, á ser su médico.

Todos bebieron á la pronta cura del corazon de la *coronela* de Bruneval.

En medio de estas risas alegres se apareció Giacomo y presentó en una bandeja de plata una carta dirigida al conde de Monteleone.

— ¡ Es de Nápoles !—dijo el conde examinando la carta.

Enseguida la abrió y la recorrió rápidamente ; todos le interrogaban con los ojos... ¡ el conde mudó de color !

— ¿ Tienes malas noticias ?—se aventuró á preguntar el doctor.

— No, amigos míos,—dijo él, haciendo un esfuerzo sobre si mismo, y aprovechando el momento en que los criados se retiraban discretamente despues de haber colocado los postres, como sucede en todas las comidas de solteros, añadió:—nada de sensible para nuestra causa ; son asuntos particulares... intereses de familia que no me tocan mas que á mí.

Y el conde dobló su carta sin añadir una palabra mas, luego tomó su vaso y dijo en voz baja :

— ¡ Yo brindo á la salud de todos mis amigos y *hermanos* que reuno en mi casa en este dia !

— ¡ Yo por los ausentes !—dijo Tadeo.

— ¡ Basta ! ¡ basta !—dijo el doctor Mateo paseando una mirada inquieta en derredor suyo ;—¡ no juguemos con la salud !... Como médico es deber mio el advertir que muchos brándis de ese jénero pudieran perjudicar á los enfermos... ¡ y poner en peligro mas de una vida !... (y apoyó el acento sobre estas palabras). Gocemos alegremente de los placeres que Dios nos envia... pues nuestros primeros maestros de buena comida rodeaban sus mesas de flores, y guarnecian sus copas de rosas... Y eso era porque conocian la accion del alma sobre el cuerpo, porque sabian que el estómago gusta tanto de la risa como el corazon... ¡ Riamos pues, amigos... riamos de los tontos, de los intrigantes y de los advenedizos !... ¡ Riamos de nosotros mismos, pues .ue nos reimos de los otros !... ¡ reid de mí, que tan frecuentemente hablo sin razon... y de Harcourt que tan fácilmente ahoga la suya en un vaso de Champagne... lo que da justamente la capacidad de una mosca á la *alta razon* de nuestro amigo !

Los chistes, las agudezas y las locuras de sobremesa sucedieron á esta pomposa arenga del doctor Mateo ; y los que hubiesen presenciado esta locuaz escena, hubieran tomado á sus actores por jóvenes mosqueteros *en plena bacanal del tiempo de la Rejencia*, ántes que por graves conspiradores cuyos proyectos incendiarios aspiraban á remover el mundo.

Pero cuando los convidados de Monteleone se alejaron poco á poco, y que no quedaron ya mas que sus tres amigos de Harcourt, Mateo y Tadeo, el conde sacó de su pecho la carta que habia recibido durante la comida, y dándosela á Tadeo le dijo :

— ¡ Toma y lee, amigo !

Tadeo leyó en voz alta lo siguiente :



» Nápoles, 10 de setiembre de 1819.

» Señor conde,

» Tengo el dolor de anunciaros que el banquero Antonio Lamberti, en cuya casa se hallaba colocada toda vuestra fortuna, y en cuyo poder me habiais mandado que depositara el precio de vuestro palacio, vendido en *seiscientas mil libras*, acaba de hacer quiebra y escaparse llevándose cuanto poseías.

» Vuestro respetuoso apoderado,

» GIUSEPPE FARNUCI. »

Los tres amigos se arrojaron á los brazos de Monteleone, y de Apsberg le dijo:

— ¿Conque habias sabido esa terrible desgracia, y no has cesado de tomar parte en nuestra alegría?

— ¿No has dicho tú mismo que la risa es tan provechosa para el estómago como para el corazón?... Yo he llenado hasta el fin mis deberes de anfitrión, pero confieso con dolor que me ha sido preciso un valor inmenso, pues he perdido mil veces mas que mi fortuna... ¡he perdido mis esperanzas de dicha!...

Los periódicos del día siguiente anunciaron la quiebra de Antonio Lamberti, el rico banquero de Nápoles, y los nombres de sus víctimas principales, de manera que todo Paris supo al instante la ruina completa del brillante conde de Monteleone.

En efectó, era su dicha, ó mejor dicho su esperanza de la sola felicidad que habia deseado en su vida, lo que el conde de Monteleone veia desvanecerse con su fortuna.

La viudez de la marquesa de Malear habia hecho renacer sus antiguas esperanzas, como lo habia previsto la duquesa de Palma. El rango, el título y la riqueza del conde, le permitian aspirar otra vez á la mano de Aminta, ¡y su desastre venia á destruir ese bello edificio de esperanza y porvenir!

En efecto, ¿qué podia ofrecer ahora á la marquesa de Malear? Un nombre cuyo brillo no podria sostener ya; una existencia comprometida en un partido cuyo triunfo no tenia aun nada de cierto; gustos suntuosos que no le seria dable satisfacer ya; privaciones tanto mas crueles porque no podria rodear de lujo y opulencia segun sus deseos, aquella para quien su corazón hubiera querido construir un templo de oro!....

Diez meses habian transcurrido desde de la muerte del marqués, y el dolor de la joven viuda era aun vivo y sincero.

Aminta, sin haber tenido nunca un amor muy profundo á su marido, se habia aficionado tiernamente á él por una razon muy comun en la naturaleza: ¡él era fuerte, y ella se sentia débil!

Así, cuando un vicio terrible vino de repente á cojer su presa y arrancársele de los brazos á la joven en medio de su mútua felicidad, ni una sola queja salió de los labios de Aminta contra el que la despojaba de sus bienes y la sacrificaba á una inclinacion indigna. La noble mujer se lo perdonaba todo al jugador que le permanecia fiel, y habia llorado la víctima del juego, cuando quizás no hubiera tenido lágrimas para el inconstante ó el traidor á su fé.

Pero esta alma toda de amor, ¿no dormia sepultada en los deberes del himeneo?

El carácter enérgico de que Aminta nos ha dado pruebas frecuentemente, ¿habia encontrado en su esposo las condiciones que debian desarrollar en su corazón varonil y en su imaginacion ardiente esa secreta admiracion que hace pasiones violentas, que desarrolla esas grandes emociones para las cuales parecia criada la joven marquesa?

¡Hé ahí lo que ella sola hubiera podido decir, y lo que en su castidad de esposa no se habia atrevido nunca á pensar!

Y sin embargo, á veces se presentaba á sus ojos una imájen en los largos y tristes ratos



de soledad en que la dejaban las frecuentes ausencias de su marido, entregada á sus reflexiones.

Lo que soñaba entónces era un amor elevado, lleno de ardor y decision; era un valor indómito, sacrificando su vida y sus convicciones... ¡era un alma noble y jenerosa que adivinase la suya y se uniese á ella!... Y todo eso tomaba una forma, todo se revestia de las facciones de un hombre que ella habia rechazado, que le causaba en otro tiempo un espanto secreto, y para quien, avergonzándose, se reconocia ingrata é injusta...

El conde no habia sido recibido por Aminta sino algunos meses despues de su viudez; pero por una respetuosa decencia, él se habia abstenido hasta entónces de toda alusion á sus sentimientos íntimos. Las visitas que hacia á la marquesa eran cortas y ceremoniosas, pues comprendia que los amores no podian nacer bajo los crespones de luto.

Como el príncipe de Malear, como todo Paris, Aminta tuvo conocimiento de la desgracia cruel que acababa de aflijir al conde, y ese golpe fatal resonó dolorosamente en su corazon.

La ausencia del conde se prolongaba, pues no habia parecido en el salon de la marquesa despues de su desgracia; y ella no podia ménos de sentir un vivo interés por ese hombre á quien la suerte reservaba tan duras pruebas.

Una noche, Aminta, mas triste que de costumbre, estaba sentada en el salon con la frente apoyada en su mano y repasando en su imaginacion todas las circunstancias de su vida en que el conde se le habia aparecido; pues libre ya en el dia, detenia sin remordimiento su pensamiento sobre un tiempo pasado cuyos recuerdos desechara de su espiritu otras veces.

Un suspiro sofocado se escapó de su pecho, y á este suspiro respondió una especie de jemido que la sacó repentinamente de su meditacion.

Aminta levantó los ojos y vió á *Scorpione* tendido á sus piés como lo hacia en otro tiempo, y que fijaba en sus facciones tristes unas miradas llenas de dolor y de lágrimas.

Tonio, á quien frecuentemente hemos llamado *Scorpione*, como le pusieron por apodo los muchachos de Sorento, despues de haber errado largo tiempo por las orillas del mar, á causa del matrimonio de Aminta, se desmayó sobre la playa de hambre y cansancio, y reconocido por algunos habitantes de la villa le llevaron á casa de la señora Rovero, el mismo dia que la jóven partió para Francia con su marido.

Desde aquella época habia vivido cerca de la madre de Aminta, y la señora Rovero no habia podido resolverse á dejar al cuidado de sus jentes el salvador de su hija, cuando habia venido á revelarle la muerte terrible de su esposo. Pero el clima de Paris no probaba bien á la salud de la señora Rovero, y hacia seis meses que se habia vuelto á Italia; Tonio no habia querido seguirla; y Aminta, cediendo á las lágrimas y súplicas mudas de su desgraciado libertador, habia consentido en que se quedase con ella, pues sentia una viva compasion al contemplar los estragos que los padecimientos habian causado en aquella organizacion ya tan endeble.

En efecto, Tonio no era ya mas que la sombra de sí mismo; su alma sola parecia sostener aquel cuerpo tan delicado, pero esa alma se habia cambiado mucho y amoldado mas con la desgracia.

Tímido y temblando cerca de Aminta, los sentimientos apasionados que ese desgraciado habia experimentado por ella en otro tiempo, se habian convertido en una humilde y respetuosa sumision, en una obediencia pasiva á sus menores deseos. Su intelijencia misma parecia apagada, y las solas chispas que brillaban aun no eran provocadas mas que por una especie de simpatía instintiva por los dolores y emociones de su jóven ama.

Se sonreía, cuando una sonrisa fujitiva iluminaba las facciones de la marquesa; y lloraba, cuando las lágrimas aparecian como perlas en los párpados de Aminta; y cuando fijaba sus miradas en las de la jóven, como acabamos de decirlo, la tristeza de esta se reflejaba en cierto modo sobre el rostro de Tonio.

En una palabra, *el Scorpione* era un poco ménos que un hombre; un poco mas que un perro fiel...



¡Era un pobre idiota!

— ¡Tú padeces porque yo sufro! — le dijo Aminta cuando se apercibió de su presencia.

— ¡Sí! — dijo *Scorpione* con la cabeza.

Y por uno de esos pensamientos íntimos que no caben ya en el corazón y que apenas se atreve uno á confesarse á sí mismo, le dijo ella con voz débil y casi tierna, interrogando al idiota, como los niños interrogan al juguete con que se divierten:

— ¿Y si yo fuese dichosa, lo serías tú también?

*Scorpione* la miró fijamente, como para comprenderla mejor.

— ¿Si alguno me amase... — dijo Aminta vacilando y hablando mas bajo, — y yo le amase también... ¿querrias tú mi dicha?

Unas gruesas lágrimas aparecieron en los ojos de Tonlo; luego, tomando la mano de Aminta, se la besó y respondió igualmente:

— ¡Sí!...

— ¡Pobre muchacho!... — murmuró la jóven; — ¡En otro tiempo me amaba por sí... ahora ya me ama por mí!

— ¡Sí!... — dijo aun otra vez el idiota, y ocultó su cabeza entre sus manos.

En este momento anunciaron el príncipe de Malear.

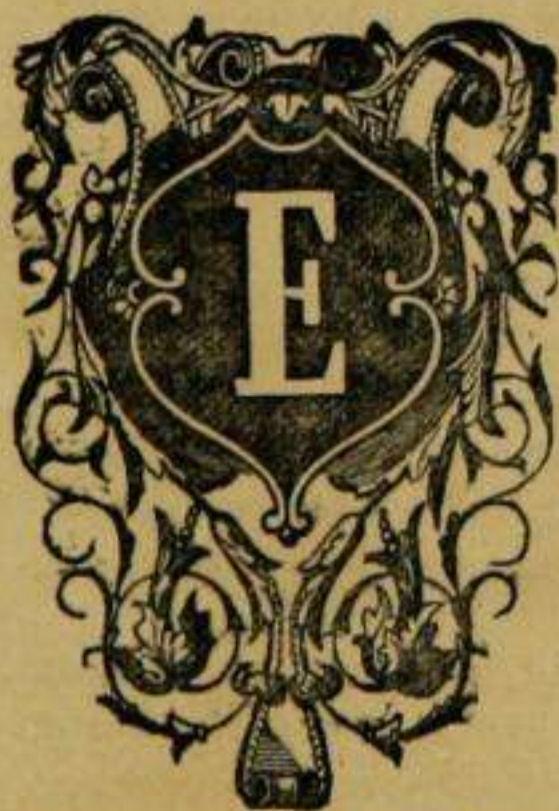




---

## EL REY.

XLV.



El príncipe de Malear adoraba á su nuera, y por eso había suplicado á la señora Rovero con las lágrimas en los ojos que no le separase de ella.

Pensad que ya soy viejo, le dijo, que apenas me quedan algunos años de vida, ántes de llegar al fin supremo de todas nuestras miserias;... y la muerte de mi desventurado hijo me ha acercado mucho mas á él!... ¡La marquesa es mi único afecto en este mundo!... ¡no me la quiteis, señora!... Tened esa valerosa decision por el amigo mas íntimo de Rovero... ¡en su nombre os lo suplico!... ¡Tened un poco de paciencia por un pobre viejo... y dejad que Aminta me cierre los ojos... no tardaré en devolvéros!a!

Y la señora Rovero sacrificó su dicha en favor de este padre desgraciado que la conjuraba casi de rodillas, que le dejase su hija para reemplazar el hijo que habia perdido.

El excelente corazón del príncipe parecia que sacaba de su desgracia un aumento de ternura para la jóven; y su propio padre no hubiera sido mas vigilante para evitarle una pena, ni mas ansioso por satisfacer sus menores deseos.

Es mi *Antígona*, decia con orgullo á los que le encontraban apoyado en el brazo de la marquesa en sus paseos solitarios; pero soy mas dichoso que *Edipo*, pues el cielo me ha conservado los ojos buenos para verla y admirarla cada día.

El príncipe estaba conmovido al entrar en el salon de su nuera; esta hizo una señal á *Scorpione* para que se alejase, y se marchó medio á la rastra hasta la puerta, pero no sin haber echado una última mirada escudriñadora sobre la jóven, como para asegurarse de que sus facciones no espresaban ni amenaza ni enfado.

— ¡Buena como siempre, hija mia!—dijo el príncipe al entrar, abrazando á Aminta;— y ciertamente tienes mucho mérito acogiendo así á ese ser disforme, pues se necesita toda la jenerosidad de tu alma para conservar cerca de ti esa miserable criatura.

— No necesito mas que tener una memoria, padre mio,—respondió Aminta,—pues jamas podré olvidar que le debo la vida... ¡y sobre todo el ser amada de usted!...



— Es cierto., sin duda... yo sé todo eso, — replicó el príncipe; — pero se hubiera podido tener cuidado de él, crearle una existencia dulce y velar por sus días sin tenerle siempre á la vista... pues yo, que te hablo, y que no soy tímido naturalmente, no puedo ménos de sentir un movimiento de espanto cuando le veo tendido á tus piés sobre el tapiz, buscando el calor del hogar como la serpiente boa, para reanimar la sangre glacial que debe circular por sus venas.

— Yo le alejaré, señor, si tal es vuestro deseo, — dijo Aminta.

— ¡Mi deseo es el tuyo!... ¡mi voluntad es la tuya! — respondió el príncipe. — ¡Demasiado lo sabes, niña mimada!... Guarda tu *Scorpione*, como le llamas á veces, añado á esa espantosa sociedad algun otro monstruo horrible si lo quieres... ¡pues yo les hallaré preciosos si te agradan á ti, querida de mi vida! (añadió el príncipe con sensibilidad). ¡Tengo tan pocas distracciones que ofrecerte, y tu vida es tan triste en este hotel grande y sombrío!

— Pero ¿quien se queja de eso, padre mio? — dijo Aminta; — este hotel no es triste para mí sino cuando no le veo á usted en él!

— ¡Ay, Dios... — replicó el príncipe, — un viejo ofrece tan pocos recursos!... ¡y sobre todo un viejo desgraciado! ¡Ay... Aminta mia! — añadió con un sentimiento de profundo dolor, — es una crueldad terrible de la suerte el hacer morir los hijos ántes de sus padres!... ¡Es trastornar el órden de la naturaleza, cortando una rama y dejando existir el árbol viejo que la ha producido!... Y he hablado de la suerte, — añadió, — porque no he querido nombrar á Dios... ¡el dolor me ha hecho piadoso... y no me atrevo ya á rebelarme contra sus decretos soberanos!

— ¿No tiene usted una hija? — repuso Aminta, pasando su hermoso brazo alrededor del cuello del anciano, — ¿y una hija que le adora?

— ¡Sí... sí, *hija mia!* — respondió el príncipe apoyando su acento en estas palabras; — ¡mi única hija, ahora, cuya suerte quisiera asegurar á costa de lo que me resta de vida... y no sé cómo hacerlo!...

La jóven marquesa se ruborizó... — ¡pues quizás ella lo sabia!... pero el príncipe no lo notó y prosiguió diciendo:

— Nuestra vida es ahora mas monótona que nunca; los amigos del mundo son un poco como las abejas, que no buscan mas que las flores sabrosas, y desdeñan aquellas cuya miel ha sido agotada... ¡Los placeres han buido de esta morada... y los amigos han hecho como los placeres!

— Todos los amigos de usted no lo han hecho así, — respondió Aminta, disimulando con pena su emocion, — y uno de ellos, uno de los que le agradan á usted mas por su talento y conversacion... el conde de Monteleone... ha venido frecuentemente aquí... por usted... por usted solo... ya lo sabe usted...

— ¿Por mí? — dijo el príncipe, mirando de reojo á su nuera con finura, — y quizás tambien un poco por tí... ¡Pero despues del fatal acontecimiento que le ha sucedido no le hemos vuelto á ver!... El conde nos ha juzgado mal, si ha creido que la pérdida de su fortuna podia acarrear la pérdida de una amistad como la nuestra... ¡Es un mal juicio... y lo digo con pesar... indica mal corazon!

— ¡Ah... señor! — repuso Aminta, — el conde puede haber tenido algun motivo para suspender sus visitas...

— Sin duda... — repuso el príncipe con mal humor; — ¿y esos motivos le han impedido recibirme?... Diez veces me he presentado en vano en su casa durante estos últimos quince días... Pero ahora me alegro de su proceder respecto á mí, pues eso disminuirá el pesar que me habria causado su marcha.

— ¿Su marcha? — dijo Aminta, no pudiendo retener un movimiento de sorpresa.

— Su marcha para Italia, — respondió el príncipe; — pues me han dicho esta mañana que acaba de recibir la órden del gobierno francés de dejar Paris en el término de veinticuatro horas.

— ¿Y porqué?... — dijo Aminta perdiendo el color visiblemente.



— Se le acusa de mezclarse en alguna conspiracion contra la seguridad del país; — dijo el príncipe.

— ¡Ay, Dios! — exclamó Aminta con una voz llena de turbacion. — ¿Conque es destruido... echado del reino?

— ¡Justamente! — respondió el príncipe; — y se le manda que no vuelva jamas.

Aminta sintió despedazarse su corazon al escuchar estas palabras, y conociendo el príncipe su dolor y ajitacion, exclamó:

— ¿Qué es eso, hija mia?... ¿de dónde viene ese dolor y ese trastorno en tus facciones?

— ¡No es nada!... — respondió Aminta, tratando de serenarse. — Es uno de esos espasmos súbitos á que me hallo sujeta muchas veces...

El príncipe de Malear miró algunos instantes á la marquesa en silencio, y luego dijo:

— Hija mia, no hay verdadero cariño sin confianza... y mi ternura me da derechos sagrados á la tuya... ¡No temas el desahogar tu alma en la mia... no te detengas por el recuerdo de aquel que no existe ya!... Tienes veinte años, y tu vida dichosa no puede haberse acabado aun para siempre... Lo que te declaro ahora, lo he pensado frecuentemente sin decirte... tu felicidad es mi único pensamiento... ¡y no olvides nunca las palabras que voy á decirte:

*¡Cualquier nombre que puedas llevar en lo sucesivo... no hará que por eso dejes de ser siempre mi hija!*

Aminta se arrojó en los brazos del príncipe, y ocultó en ellos sus lágrimas, su agradecimiento y su rubor.

El príncipe atrajo á su nuera sobre sus rodillas, como hubiera podido hacerlo con una niña: y levantando con la mano la hermosa cabeza de Aminta, la miró con una espresion indefinible de bondad.

— ¿Te ama él?... — la preguntó el príncipe con una voz llena de dulzura y estímulo á la franqueza.

— ¡Me amaba ántes de mi matrimonio!... — respondió ella bajando la voz.

— ¿Y despues? — añadió el príncipe.

— Despues no me lo ha dicho jamas.

— Y no debia hacerlo, — dijo el príncipe; — ¡pero los ojos dicen tantas cosas!... ¿y los suyos han hablado sin duda?

Aminta no respondió.

— Todo queda explicado, — repuso el príncipe; — el conde nos huye, evita el encontrarnos, por un sentimiento que le honra; ¡arruinado, no se atreve ya á esperar lo que sin duda hubiera querido obtener á costa de su vida cuando era rico aun!

— ¡Pero va á partir! — murmuró débilmente Aminta.

— No partirá tal, — respondió el príncipe, — es preciso que no se marche... Esa conspiracion de que se habla, no es acaso mas que una de esas quimeras politicas que un gobierno alarmado cree ver sin cesar por todas partes... y si por desgracia el espíritu un poco revolucionario del conde le ha metido realmente en uno de esos negocios deplorables, yo me encargo de hacerle escuchar la razon... ¡sobre todo si tu me ayudas!... (añadió el viejo, mirando á su nuera con aire socarron). En cuanto á esa orden de marcha... esa severa espulsion... me parece que tendré el brazo bastante largo y el crédito bastante grande para oponerme á que se lleve á efecto.

— ¿Pues qué hará usted? — dijo vivamente Aminta.

— ¡Eh... pardiez... acudiré al rey mismo!... Al rey ántes que á sus ministros, á Dios ántes que á sus santos... y nota bien que llamo así á esos señores únicamente á causa del proverbio... El rey es un antiguo amigo, un compañero de destierro... á quien no he pedido nunca nada, y por eso me lo ha ofrecido todo con frecuencia... ¡Ya veremos si me niega el primer favor que le pida!...

— ¡Pero... el tiempo urge!... — dijo tímidamente Aminta.

— Por eso mañana temprano me encajaré en las Tullerías, — dijo el príncipe, — y ya



veremos lo que hace Su Escelencia el ministro cuando el rey haya dicho: ¡Yo lo quiero!

—¿Y cree usted que lo dirá? — preguntó la marquesa.

— Preciso será que lo quiera, — respondió el príncipe, — pues que tu y yo decimos: ¡Nosotros lo queremos!... Y lo que una mujer quiere... Para mañana las buenas nuevas; — añadió besando en la frente á Aminta, y se alejó...

.....  
El palacio de las Tullerías presentaba en aquella época un aspecto imponente: á las formas del Imperio habian sucedido las formas mas lujosas y mas aristocráticas de la Restauracion.

Las severas casacas de la guardia imperial y las de los dragones de la emperatriz, habian sido reemplazadas por los uniformes brillantes de los guardias de corps del rey, de los cien suizos, viejo nombre reemplazado por el casi grotesco de *guardias de á pié ordinarios del cuerpo del rey*; especie de gigantes mandados por el conde de Tisseuil, alto de cuatro piés á lo sumo pero que no por eso dejaba de ser un comandante excelente.

Luego venian los suizos, la guardia real; y, en los dias feriados, aparecian *los señores guardias de la Mancha*, cuyo servicio era esclusivamente destinado á las piadosas ceremonias de la Capilla de palacio.

Los salones de recibimiento, la gran galería y la sala de los mariscales, resplandecian de casacas bordadas, de cordones, de placas de las órdenes de todas clases, extranjeras y francesas, que se pavoneaban sobre una multitud de pechos.

Pechos imperiales.

Pechos reales.

Pechos rusos, ingleses, austriacos, italianos.... ¡ europeos, en fin, pues una porcion de la Europa se hallaba aun en Paris!

Porcion rica, elegante, y que, despues de haber gustado en la copa de los placeres parisienses, volvian á su país nacional lo mas tarde que podian.

S. M. Luis XVIII acababa de ser rodado en su sillón por los lacayos de á pié que le trasladaban desde el salón donde se hacia todos los días el almuerzo de familia hasta su gabinete de trabajo. Llevaba su casaca azul de rey con el gran cordón de la orden del Espíritu Santo; estaba peinado á lo águila real, y sus muslos se perdian en unos anchísimos calzones que disimulaban su incomoda grosura; y sus piés estaban calzados con zapatos de gamuza negra. Tenia como siempre el aire risueño y amable.

MM. de Blacas, de Escars y de Damas, sus primeros ayudas de cámara, sus jentiles hombres de honor y otros muchos cortesanos habian seguido el sillón de S. M. hasta su gabinete, parándose á la puerta respetuosamente.

Entónces, los *caballos humanos* enganchados al sillón del rey, despues de haberle hecho sufrir un movimiento de rotacion sobre sí mismo, le colocaron reculando en el interior del gabinete.

La operacion estratéjica que acabamos de describir, tenia por objeto el colocar al rey enfrente de las personas de su córte, á las que dirijia un gracioso saludo, señal de su retirada.

Las cortinas de la puerta se corrian, las doradas puertas se cerraban con estrépito, y así acababa la vida pública del monarca para empezar la vida íntima.

Los negocios secretos, las citas con los ministros y las audiencias privadas tenian entradas particulares que conducian directamente á los aposentos del rey, y desde allí á su gabinete.

Este gabinete, santuario del pensamiento real, frágua política donde se habian forjado tantas obras grandes y pequeñas, confesonario augusto donde se habian revelado tantos secretos y confidencias, era tambien donde el rey literato (mas literato que la mitad de su academia de bellas letras) habia comentado nuestros grandes autores latinos, ilustrando á Horacio de sábias notas y doctos comentarios.

El rey destinaba habitualmente algunas horas de la mañana á sus trabajos eruditos; y el distraerle en este momento haciéndole dejar á Juvenal, Tácito y Ciceron por una peticion de M. de Villele ó un informe de M. Angles, era casi un crimen de lesa majestad.

Ese crimen un hombre solo se atrevia á cometerle frecuentemente... ¡pero ese hombre gozaba de la impunidad!



Pero consistia buenamente en que ese hombre era tan poderoso como el rey mismo, pues tenia al rey en su poder.

Ese hombre se llamaba M. Elysée, y su profesion consistia en hacer vivir al rey. ¡Profesion bastante esencial é importante, como se ve!

Ese hombre entraba en el cuarto del rey como en el suyo, sin preparativos, sin avisos, y hasta sin llamar á la puerta del gabinete. Entraba por la autoridad soberana del médico sobre el enfermo, de la ciencia que alivia la naturaleza que sufre.

Solamente el rey le decia algunas veces cuando el buen M. Elysée hacia una de esas bruscas y repentinas invasiones:

« No deseo mas que una cosa en este mundo, mi caro Elysée, y es que la enfermedad no entre tan pronto en mi cuerpo como vos mismo entráis en mi gabinete. »

El príncipe de Maulear, como hábil cortesano, como perro viejo de palacio, de nariz sutil y *olfato inteligente*, se habia dirigido, pues, á M. Elysée para llegar prontamente á ver al rey sin dificultades, y sobre todo *sin audiencia*.

— ¿Sois vos? — dijo el rey, oyendo abrirse una puerta detrás de él, que comunicaba con uno de los salones de espera.

— ¡Yo mismo! — respondió el doctor; — y vengo á saber si V. M. se ocupa demasiado en sus estudios y trabajos de latinidad... Nada perjudica tanto á las funciones digestivas como las preocupaciones intelectuales mientras el estómago trabaja; el espíritu y la materia luchan encarnizadamente... ¡y el cuerpo es casi siempre el vencido!

— Si no tuviese que habérmelas mas que con mis viejos amigos *Horacio* y *Petrone*, — respondió el rey, — la quietud de mi estómago seria completa. Pero desgraciadamente acabo de encontrar aquí sobre mi bufete algunos satíricos modernos que son bien capaces de turbar las operaciones del maestro Gastei... pues toda la hiel de Perseo y Juvenal seria miel del monte Hymeto en comparacion de la bilis de esos señores!...

Y el rey indicó con el dedo al doctor unos folletos abiertos y esparcidos por la mesa.

— ¡*Las Cartas Normandas!*... ¡*El Hombre Gris!*... ¡*La Minerva!*... — exclamó el doctor, examinando los folletos. — ¿Y quién ha tenido la audacia, ó dado la orden de introducir semejantes insolencias en el gabinete de V. M.?

— ¡Mi majestad misma! — respondió el rey. — Yo soy tan buen médico como vos, mi caro Elysée; pero tengo mas enfermos. ¡Tengo todo un pueblo que cuidar y curar!.. para administrarle los remedios necesarios á su estado, es necesario que conozca al ménos los venenos que le hacen tomar... Y mira, — continuó, — hé aquí uno de mis mejores antídotos; *El Conservador*, firmado por los doctores mas hábiles de mi *Facultad política*: MM. de Chateaubriand, de Bonald, de Villele, Fievé, Castelbajac... y por un cierto *abate de Laménais*, pluma incisiva, elocuente, espíritu convencido, ¡á quién no reconozco otro defecto que el de mostrarse mas realista que el rey!

— ¿Y me permitirá V. M. que le pregunte cómo las obras de MM. Etienne, Jay, Jouy y consortes llegan hasta aquí?

— ¿De contrabando... — respondió Luis XVIII sonriendo; — F... mi ayuda de cámara de confianza, á quien he puesto á la cabeza de lo que yo llamo mi ministerio secreto, les introduce aquí todas las mañanas; ¡y el pícaro no deja nunca de escojer los peores!... Así, me decia el otro dia sonriendo: « Traigo hoy algunas cosas diabólicamente buenas, pues los canallas no perdonan ni á Vuestra Majestad!... por eso venden tan bien sus infamias! »

Pero no obstante, — continuó el rey, — por razon de que no hay hombre grande para su ayuda de cámara, como ni para su médico, os diré en confianza, doctor, que las obras de los señores liberales descomponen un poco mi almuerzo; y que tengo rábia contra mi buen amigo el duque de Escars, príncipe de los gastrónomos, por haberme hecho repetir dos veces de ese consumado de trufas y codornices, cuya invencion sublime ha sido suya.

— En ese caso, — dijo M. Elysée, apoderándose con placer de esta transicion para el objeto principal de su visita, — en ese caso llego muy á propósito para ofrecer á V. M. una distraccion, anunciándole la visita de uno de los hombres de Francia que mas quiere... ¡el señor príncipe de Maulear!



— ¡En horabuena! — dijo el rey. — ¡Hé ahí un noble de la vieja alcurnia!... ¡un monárquico inmóvil... que hace cincuenta años no tiene otro réjimen que su placer... que cree aun en el rey de Francia casi tanto como en Dios!... ¡un verdadero enemigo de los Jacobinos y de los revolucionarios!... Que pase adelante, doctor, pues eso nos distraerá un poco de las doctrinas incendiarias é indigestas de los señores de la *Minerva* y del *Hombre gris*.

M. Elysée salió, y volvió casi al instante acompañando al príncipe de Maulear; en seguida el médico se alejó discretamente.

— ¡Eh... bien venido... bien llegado, mi caro príncipe! — le dijo el rey; — no abuséis de vuestros amigos, pues os veo tan poco como veo frecuentemente, demasiado frecuentemente aun, muchas jentes que no me son tan agradables como vos. Pero los reyes, aun los mas oscuros, tienen con el sol la analogía de que todos quieren calentarse á sus rayos.

— ¡Estoy confundido de la buena acogida de Vuestra Majestad! — respondió el príncipe.

— ¡Un amigo!... ¡un compañero de destierro! — dijo el rey.

— ¡Triste tiempo!... — replicó el príncipe, sentándose en un sillón que le indicó el rey.

— ¡Al contrario... tiempo feliz, mi caro Maulear!... Un tiempo en que no teníamos cuidados ni enemigos... ¡y sobre todo cortesanos! Un tiempo de independendencia, de reposo y de buena salud!

— ¡La salud de mas, pero la corona de ménos! — repuso el príncipe.

— ¿Y creéis que eso fuese una gran desgracia? — dijo el rey.

— Para Vuestra Majestad puede ser que no... ¡pero para la Francia!

— ¡Cómo! — dijo Luis XVIII riendo, — ¿nuestro viejo amigo el príncipe de Maulear se hace adulator como un ministro en esperanza? ¿Se pega esa terrible enfermedad en otra parte que en las Tullerías?... ¡Ay, querido Maulear,... vos sabéis como yo que el amor de la Francia es una palabra y nada mas!

En efecto, en otros tiempos la Francia amaba á sus reyes... ¡pero lo que la Francia ama sobre todo en el dia es la Francia!... Amor de egoista, si así se quiere, pero el solo verdadero, el solo positivo, en este siglo del todo personal... y notad bien que no hablo mas que de esa porcion de franceses que posee y desea *conservar*. . La otra, la que desea *adquirir* á todo trance, cuestelo que cueste, sea por el medio que fuere, hace ya muy poco caso de la patria.

Verdad es que algunos corazones fieles me han acogido como un Mesías que esperaban despues de largo tiempo... ¡Esos nobles creyentes de la fé monárquica han saludado mi vuelta como la realizacion de sus esperanzas secretas!... Pero para la mayor parte de mis súbditos, las flores de Lys de los Borbones no han sido mas que los olivos de paz; ¡de una paz comprada con quince años de guerras!... ¡de una paz que yo no hubiera querido traer en triunfo sobre las bayonetas rusas y austriacas!... pero el Dios Bonaparte y los aliados lo habian decidido así!... Ya véis, mi caro príncipe, que yo no me alucino acerca del amor de mis súbditos, y que los diamantes de mi corona no me ocultan sus espinas.

— ¿Vuestra Majestad se digna al ménos contarme entre los corazones fieles de que ha hablado? — dijo el príncipe.

— ¡Oh, sí... sí!... — respondió el rey; — entre los mas fieles y desinteresados!... pues ya sabíais que desde mi vuelta se ha despertado una verdadera hambre de destinos, de honores, de títulos, de cordones y fortunas, en la que no habeis tomado parte... ¡y no ignorais que sois de aquellos á quienes no podemos rehusar nada! — añadió con bondad.

— ¡Y bien! — dijo el príncipe, — V. M. me anima para hacerle una peticion, pues he venido como solicitador!

— ¡Bah!... — dijo el rey, mirando á Maulear con sorpresa. — ¡Hablad pues, mi viejo amigo... y si depende de mi!...

— ¿No lo puede todo el rey? — repuso el príncipe.



— ¡ El rey puede muy poca cosa !—dijo riendo Luis XVIII.

— No obstante,... cuando V. M. dice : *¡Yo lo quiero!*...

— Otros dicen : ¡ Nosotros no lo queremos !

— ¿ Y quién osaría tener un lenguaje semejante ?

— Los verdaderos reyes de la Francia, tales como les hemos creado... ¡ los ministros !... pues ellos son responsables y yo no !... Pero tengo crédito con esos señores y le emplearé por vos.

— ¡ Sin embargo... el rey es el rey !—dijo el príncipe.

— ¡ Vaya... ya veo, mi caro príncipe, que no leéis mis obras !—dijo riendo Luis XVIII; —y nada hay que ofenda tanto á un autor como un proceder semejante. Abrid la Carta, mi viejo amigo, la Carta constitucional, y medidad este párrafo :

« El rey reina, pero no gobierna. »

Ahí teneis mi código, mi evangelio político ; y si á veces jimo por lo bajo, no puedo acusar á nadie mas que á mí, pues todo eso ha emanado de mí, ha sido concebido por mí, escrito y firmado por mí... ¡ Desgraciadamente en Francia se toma todo al pié de la letra !—añadió con una especie de amargura.

— La gracia que sollicito de V. M. — repuso el príncipe,—no escederá los poderes que S. M. se ha reservado, á lo que creo. El señor conde de Monteleone, un noble napolitano amigo mio, acusado sin duda injustamente de mezclarse en algun compló político, ha recibido la órden de salir de Francia hoy mismo, y vengo á suplicar á V. M. que le evite ese pesar amargo.

— ¡ Oh !... ¡ oh !...—respondió Luis XVIII,—eso es grave !... ¡ muy grave ! ¡ sin duda es un anarquista !... Quizás se trata de la salud de la monarquía, como dicen los tímidos, y sobre todo nuestro caro hermano, que me señala una conspiracion cada dia... ¡ y que acaso no se engaña del todo ! .

Yo lo veré, príncipe, lo examinaré y consultaré con un personaje muy importante... sin el cual no puedo decidir nada.

— Su Escelencia el primer ministro pregunta si S. M. puede recibirle ;—dijo en este momento un ugiar de servicio entrando en el gabinete.

— ¡ Justamente...—dijo el rey al príncipe,—hé ahí el personaje de que hablaba!... Llegá muy á propósito... entrad ahí en ese salon (añadió el rey indicando á Maulear una puerta) y dentro de un cuarto de hora sabréis mi respuesta... ó la suya, por mejor decir, (añadió riendo), pero que al fin será lo mismo.

El príncipe de Maulear obedeció al rey, y enseguida Introdujeron á Su Escelencia el primer ministro.





---

---

## REVELACION.

---

XLVI.



ERCA de una hora duró la audiencia que dió Luis XVIII al primer ministro. El príncipe de Maulear empezaba á impacientarse por esta larga espera, cuando se oyó la campanilla del gabinete, y el ugiar de servicio vino á rogarle que entrase en el despacho del rey.

Luis XVIII tenia el espíritu frances, ese espíritu fino y sarcástico cuyos dardos acerados hieren en lo vivo cuando parten de hombres que se hallan en las condiciones ordinarias de la vida, pero que matan moralmente cuando salen de una boca real... ¡Y la real boca de S. M. Luis XVIII no dejaba perder nunca la ocasion de metrallar á sus súbditos y cortesanos con todos los proyectiles que poseía en su arsenal espiritual!

Una posicion falsa, ridícula, torpe, ó poco decente, se hacia en el instante un blanco admirable que venia á atravesar el dardo de S. M... y muchas veces el dardo penetraba tan profundamente en el objeto, ¡ que el tiempo mismo era impotente para arrancarle!

Así, su dicho agudo sobre M. Papillon de la Ferte (*papillon* quiere decir mariposa en español), á propósito de ciertos amores del sumiller de boca: «Ese hombre hace mentir su nombre, pues las mariposas no se detienen ordinariamente mas que sobre rosas y otras flores bellas,» mató los amores.

Y este epigrama á M. R. de H..., cuyo espíritu dormia siempre, como decia el rey: «Vamos, M. de B..., hoy estamos muy serios, decid algo que nos haga reir.» Señor,—replicó el cortesano embarazado,—¡ no sé qué decir!... «Pues ya está hecho... muchas gracias!».. dijo el rey.

Pero ese talento epigramático no era el solo que poseía S. M. Luis XVIII; sus réplicas tan oportunas y vivas, sus palabras llenas de bondad, hacian mas amigos al rey que sus malicias reales (como él las llamaba) le creaban enemigos.

Hé aquí uno de los rasgos mas preciosos del rey:



Con motivo de un simulacro de batalla que se hizo en la llanura de San Dionisio, y en el cual Monseñor el duque de Berry fué de repente envuelto por la brigada que mandaba el bravo comandante Darsine, el príncipe que habia tenido hasta entónces la ventaja se creyó ofendido por la audacia del comandante que le hacia su prisionero por la maniobra hábil de M. Darsine.

El príncipe no pudo dominarse en un primer movimiento de mal humor y le dijo :

— ¡Caballero, eso no es digno de un oficial francés!

M. Darsine, profundamente herido, saludó al duque de Berry y le respondió que despues de una afrenta semejante no le quedaba otro partido que tomar que entregar al rey su espada de comandante.

El príncipe, que tenia un corazon escelente, conoció, aunque tarde, la falta que habia cometido, y despachó uno de sus edecanes para prevenir á Luis XVIII de lo que habia pasado.

El comandante Darsine cumplió su palabra y se fué á palacio; contó al rey la ofensa que habia recibido, y le rogó que tuviese á bien aceptar su dimision.

— M. Darsine, — le respondió el rey, — mi sobrino ha hecho bien en lo que ha hecho, pues os ha obligado á deponer en mis manos vuestra espada de comandante, para ofrecermela ocasion de daros la de coronel.

Una respuesta llena de sentido, filosofia y resignacion, fué dada por Luis XVIII al doctor Alibert, el 23 de julio de 1824, dos meses ántes de su muerte.

El doctor le aconsejaba que aplazase una recepcion ordenada para aquella misma noche, temiendo que la fatiga aumentase los crueles padecimientos que le devoraban.

— ¡Y qué importa eso! — respondió el rey. — ¡Un rey muere, pero no debe estar enfermo!

Mil otras réplicas preciosas, dichos oportunos escapados al alma ó al talento, hubieran bastado para glorificar al inmortal autor de la Carta, al príncipe que habia conocido mejor las necesidades de la Francia y la exigencia de las ideas modernas, y finalmente el camino que habia andado la civilizacion política del país desde 1789.

Luis XVIII tenia la sonrisa en los labios cuando el príncipe de Maulear volvió á entrar en el gabinete; pero un observador hábil habria quizás descubierto un fino matiz de ironía en la real sonrisa.

— ¿Conque estimais mucho al conde de Monteleone? — dijo Luis XVIII al príncipe, haciéndole sentar de nuevo.

— ¡Muchísimo, señor! — respondió el príncipe. — El señor de Monteleone es un verdadero gran señor; nobleza antigua, corazon de jentilhombre, talento distinguido, modales bellisimos. . . en fin, raza que se pierde ya en nuestros días. . . y si V. M. me permite que se le presente. . .

— ¡No, no! — replicó vivamente el rey, — no lo deseo, ni puede ser con su reputacion de ideólogo y enemigo de nuestro primo Fernando de Nápoles.

— El conde está en via de conversion, señor; y si el *personaje importante* á quien V. M. somete su augusta voluntad, quiere dejarnos al señor de Monteleone en Francia. . . ¡estoy seguro de ponerle prontamente en estado de gracia!

— El *personaje importante*, — respondió riendo Luis XVIII, — era ayer aun de parecer de mandar á su país á vuestro querido Monteleone; pero las nuevas noticias adquiridas acerca de ese *honrado y leal jentilhombre*, — añadió acentuando mucho estas palabras, — han cambiado completamente las disposiciones de nuestro primer ministro con respecto al noble napolitano.

— ¡De veras! — dijo el príncipe lleno de gozo; — ¿y se dignaria V. M. hacerme conocer esas noticias?

— De ningun modo, mi caro príncipe; esos son negocios de política secreta que perderian mucho si se divulgasen. . . Lo que hay de seguro es que vuestro italiano no es un enemigo para nosotros; al contrario. . . es uno de los nuestros. . . decidido. . . en una palabra, un cordero con la piel de leon. Y no solamente le guardamos en Francia. . . sino que le con-



cedemos nuestra inmunidad para todo lo que puede decir y hacer en adelante. ¡Conque ahí tenéis mucho más de lo que pediais!

— ¡Tanta bondad me llena de gozo y reconocimiento! — respondió el príncipe.

— ¡Como quiere á sus amigos este buen príncipe! — repuso Luis XVIII con fina ironía, y añadió: — No obstante, desconfiad un poco de vuestro buen corazón respecto á los señores Italianos... ¡Son unos espíritus muy astutos, algunas veces pérfidos, siempre dulces é insinuantes... que saben apoderarse fácilmente de nuestra rectitud francesa! Su puñal más peligroso no es el que llevan oculto en la cintura... ¡guardan otro entre las dos mandíbulas, cuyos golpes están envenenados muchas veces!...

¡Dios me libre de decir todo eso de vuestro querido conde... pues no soy yo quien quisiera perjudicarle en París!... Léjos de eso deseo más que nunca el que sea considerado y recibido por todas partes; pero es un consejo de amigo que os doy en jeneral, y del que os aprovecharéis en particular.

— El conde de Monteleone me parece digno de la benevolencia de V. M., — respondió el príncipe. — No tiene de su nación más que el nombre y las bellas cualidades... ¡la energía, la resolución y la exaltación jenerosa! Es un alma elevada que un gran pesar de familia puede haber estraviado por algún tiempo, pero de la que respondo como de mí mismo.

— ¡Oh! ¡oh! — dijo el monarca sonriendo; — eso es mucho decir...

— No tanto como merece el conde, y me alegraría mucho de parecerme á él...

Al oír el rey estas palabras, no pudo contener una carcajada estrepitosa, y el príncipe le miró estupefacto y como resentido; pero el monarca se serenó muy presto y dijo:

— Escusadme, caro príncipe; pero habeis manifestado un deseo tan exajerado... y tan ambicioso... ¡No, no! por grandes que sean las virtudes y el valor que yo suponga en Monteleone, os quiero más tal como sois. No le envidieis nada... ni aun su *adhesion* por Nos, si es tan grande como acaban de decírnoslo. Yo prefiero aun la vuestra, y me contento con ella.

— Voy pues á anunciar al conde el favor que V. M. se digna acordarle, — dijo el príncipe levantándose.

— ¡No, no!... no soy yo; — replicó el rey. — Yo no me mezclo en esos negocios, y dejo todo su mérito á mis ministros... ¡Adios, adios, caro príncipe! venid á vernos pronto, y tratad de pedirnos alguna cosa que valga la pena!

El príncipe se inclinó respetuosamente, y salió.

— ¡Escelente hombre! — dijo el rey viéndole alejarse; — ¡no se hubiera quedado poco sorprendido si le hubiese dicho... ¡Pero está visto que su italiano le ha fanatizado... ¡Bah... finalmente lo que salva es la fe. ....

La víspera del día en que se había pasado la escena que acabamos de contar, un hombre trabajaba en su gabinete á la luz de un quinqué cubierto con una pantalla grande, y que no daba á la pieza más que una claridad pálida y dudosa.

Eran las diez de la noche.

Una puerta se abrió, y apareció un ujier.

M. H..., ese jefe de la policía de quien hemos hablado ya en uno de nuestros capítulos precedentes, levantó la cabeza y dijo con mal humor:

— ¿Qué es eso?... ¿Quién viene á interrumpirme á estas horas?...

— Señor, *es el extranjero*... y como le recibís siempre...

— ¡Que entre... que entre! — dijo vivamente M. H...; — habeis hecho bien en anunciarme,

El personaje que hemos visto ya en casa de M. H..., y que se presentó enmascarado la primera vez, entró en el gabinete y se aseguró con una mirada de que se hallaba solo con el jefe de la policía secreta.

Habian trascurrido algunos meses desde su primera visita; los acontecimientos que hemos contado se habían verificado; pues desde esta visita, como se lo prevenimos al lector, le hemos hecho retrogradar de intento para colocar los hechos lojicamente, ántes de de-



ducir las consecuencias. Así, pues, la primera visita del hombre enmascarado coincidía con la dolorosa escena en que Tadeo Rovero había roto y desvanecido las últimas esperanzas de la duquesa de Palma, revelándola las probabilidads de una union entre su hermana y el conde de Monteleone.

— Y bien, señor, — dijo el extranjero á M. H. . . ; — ¿ he cumplido mi palabra ?

— Sí, — respondió M. H. . .

— ¿ Os he puesto al corriente de las tramas que urde en Europa el Carbonarismo ?

— Me habéis señalado la existencia de las *Ventas* francesas, y sus relaciones con las de Alemania, España é Italia ; hemos escrito á la policia de esas naciones : vuestros informes eran exactos, y dentro de pocos dias las autoridades de esos paises habrán castigado á los culpables.

— ¿ Os he nombrado los primeros carbonarios de vuestra capital ?

— Es cierto.

— ¿ Os he hecho leer sus notas secretas, copiadas de sus escritos orijinales ?

— Hé ahí lo que no me satisface completamente, pues no son las copias de esos escritos lo que se necesitaria, sino los escritos mismos, de puño y letra de sus autores.

— ¡ Ya los tendréis, señor ! — replicó el extranjero, — pero no debéis ignorar el proverbio italiano que dice :

« *Chi va piano va sano ! . . e chi va sano va lontano !* »

— El fruto no estaba maduro aun, como ya os lo dije, pero ahora lo creo en sazón para cojerle, y dentro de un mes habréis hecho vuestra cosecha.

— Pero esas lentitudes nos esponen á comprometerlo todo : — dijo M. H. . . , — pues esas jentes pueden obrar, miéntras que nosotros no obramos.

— ¿ Queréis saber por vos mismo á que altura se hallan nuestros conspiradores ? — dijo el extranjero.

— ¡ Qué si lo quiero ! — exclamó M. H. . .

— ¿ Queréis verles y oirles ?

— ¡ Y arrestarles ! — exclamó el jefe de la policia.

— ¡ No tal ! . . seria muy presto aun : y por algunos pájaros que cojeríais en vuestras redes se os escaparia el resto de la bandada.

— ¿ Pero como verles y oirles ?

— Yo solo puedo procuraros los medios . . ó mejor dicho no soy yo, sino aquel de quien soy el ajente.

— ¿ Y cuando ? — preguntó con impaciencia M. H. . .

— Dentro de tres dias, pero ántes es necesario reparar una falta grave que se ha cometido, falta irmensa que comprometeria nuestras esperanzas y las arruinaria para siempre.

— ¿ Una falta ? — replicó M. H. . . sorprendido.

— El ministro del Interior acaba de enviar la órden de salir de Francia dentro de veinticuatro horas á tres extranjeros, un español, un aleman y un italiano : El señor duque D. . . de Madrid, el doctor Spilmann, de Berlin, y el señor conde de Monteleone, de Nápoles.

— Es cierto, — dijo M. H. . . , — y ha sido á petición de los tres embajadores de esas potencias.

— ¡ Y bien ! — repuso el personaje misterioso, — es preciso revocar esas órdenes hoy mismo.

— ¿ Por qué ?

— Porque si uno de esos tres hombres se aleja de Paris, no debéis esperar ya nada de mí.

— ¿ Qué queréis decir ? — preguntó M. H. . . sorprendido.

— Ya os tengo anunciado que soy el ajente de uno de esos tres extranjeros, — dijo el desconocido. — Es en su nombre y por él solo como yo puedo instruiros de lo que os interesa saber . . ¡ Con él lo puedo todo, sin él nada ! . . Las altas relaciones de ese hombre eminente, su rango elevado en el mundo, sus afinidades íntimas con el carbonarismo, le permiten oirlo



todo, saberlo todo... Sin él, yo quedo reducido al silencio, á la inercia, pues repito que él es la idea, y yo la accion; quien destruye al uno mata al otro... y vos quedaréis sumerjido en una oscuridad tanto mas peligrosa, cuanto que se acerca el tiempo en que debe estallar la mina bajo vuestros piés, bajo los de la Francia y de vuestra monarquía.

— ¿Y porqué no nombrais á ese hombre? — replicó M. H... — ¿porqué no se nombra él mismo?

— Porque aprecia su honor público... su reputacion... y preferiria mejor morir mil veces que confesar los servicios que os hace.

— ¡Diantre! — dijo M. H... — ¡el caso es difícil!... y el ministro no revocará esas tres órdenes de espulsion; pues quien de tres enemigos del país quita uno... deja dos.

— ¡No dos, sino treinta de los mas poderosos, y otros doscientos mil que les siguen! — replicó el desconocido.

M. H... esperaba conseguir con rodeos y astucia el descubrimiento de aquel de los tres proscritos cuya presencia en Paris se le hacia tan necesaria, y así volvió á la carga diciendo:

— Pero ¿qué interés puede tener vuestro *patron* en servirnos de ese modo, pues que no pide ni dinero, ni empleos ni favores?

— ¡Su interés es mas grande que todas esas miserias! — respondió el extranjero; — y eso yo puedo confiároslo: ¡se venga!

— ¿Y de quién?

— De sus propios asociados; ¡de ingratos que le han humillado y herido en su justo orgullo!

— ¿De qué manera?

— Eso es su secreto y el mio!

— ¡Bien, bien! — repuso M. H...; — el motivo es claro... ¡El rencor y la venganza crean tantos denunciadores como la codicia!.. Nuestros archivos secretos lo atestiguan.

— ¡Concluyamos! — dijo el desconocido. — Tres extranjeros habrán dejado Paris mañana mismo; el uno de ellos se lleva consigo la salvacion del país... y su nombre debe ser un misterio. Haced revocar al instante las tres órdenes de espulsion, para que el que nos interesa sea comprendido en esa medida;... si no queréis que una de esas tres marchas rompa el hilo que puede guiaros en el laberinto confuso de esa vasta conspiracion.

— Pero ¡vos quedaréis!... — dijo M. H... no pudiendo contener un movimiento de ira, y cansado de las amenazas de aquel hombre. — Y lo que no se obtiene ni por el oro ni por la persuasion... ¡se consigue á veces con el rigor!

— ¡Muy bien, señor! — respondió el desconocido. — Yo no me olvidaba de que me hallo en el país de la traicion... y vos olvidáis que me habeis prometido y jurado no emplear ni astucias ni violencias. Pero podeis emplear contra mi todo el rigor que gustéis, y por eso voy á declararos todo el fruto que sacaréis de vuestras investigaciones: ¡Yo soy un pobre diablo... el alma condenada de otro hombre! Pertenezco á ese hombre como el espíritu al cuerpo, como la mano al brazo. Me haréis seguir, y será bien inútil, pues yo mismo os revelaré donde vivo. Averiguaréis mis antecedentes, y será superfluo, pues yo os contaré toda mi vida. Interrogaréis acerca de mis recursos, y no haréis mas que perder el tiempo, pues yo os diré de donde me vienen... Pero ahí se apagarán todas vuestras luces, pues todo el resto será un misterio para vos... pues mis relaciones con ese hombre son de una naturaleza tan estraña, que, escepto Dios... ¡nadie las penetrará jamas contra mi voluntad!

— ¡Vaya!... teneis razon, y yo no, — replicó M. H... mudando de tono. — Hago mal en amenazar, pues yo soy el débil y vos el fuerte, yo no sé nada y vos lo sabeis todo; yo no tengo en mis manos mas que jentes sospechosas, y no culpables; no tengo mas que escritos sin pruebas y sospechas sin certidumbre... y en los tiempos de oposicion en que vivimos, y despues de los muchos errores que ha cometido nuestra policia, no debemos obrar sin tener hechos, actos y pruebas del crimen. Reconozco que os necesito, pero mi poder se detiene ante un poder superior... y la revocacion de las tres órdenes de espulsion no depende mas que del ministro. Yo podré acaso obtener de él que revoque las órdenes;



pero para eso es preciso que apoye mi peticion en un motivo serio y forzoso ; que le pruebe la necesidad indispensable de resistir á los deseos de las potencias aliadas, conservando en Paris dos hombres peligrosos, por conservar *uno útil* ; pues ahora comprendo como vos las razones del misterio con que se encubre el que os hace obrar, y para no llamar la atencion pública, se necesitan tres gracias donde ha habido tres proscipciones. Armadme pues de un argumento sin réplica ; confiadme el nombre que me ocultais. Ya sabeis que os he guardado mi primer juramento, y os juro de nuevo que el ministro sabrá solo de mí el secreto que me confieis.

El desconocido reflexionaba profundamente miéntras escuchaba á M. H...; y luego cuando cesó de hablar pareció que tomaba de repente una resolucion enérgica, y murmuró estas palabras estrañas :

— ¡ Finalmente... cuanto mas alto cae un peso de arriba, tanto mas aplasta á quien coje debajo !

— ¿ Qué decis ?—le preguntó M. H...

— Digo que vuestras razones son justas y que cambian todos mis proyectos. Al venir aquí creía que vuestra voluntad sola podia reparar la falta que se ha cometido, pero ahora veo que no basta, confio en vuestra palabra, y me decido.

— Poneos ahí,—le dijo á M. H..., en tono tan imperativo y brusco que no pudo ménos de sorprenderle ; y le indicaba con el dedo el sillón que había delante de la mesa.

— ¿ Qué quereis pues ?—replicó M. H.

— Quiero lo que la confidencia que voy á haceros me autoriza á pedirlos. Quiero un arma cuyos golpes no puedan pararse... quiero que me firmeis una carta de marca, una carta de pase, ó como querais llamarla... que permita á los que empleais en secreto obrar libremente y sin ser inquietado por vuestros agentes.

— ¡ Perfectamente !—dijo M. H... sonriendo.—¡ Ahora comprendo, y nada es mas justo !

Y tomando papel y pluma, escribió :

« Reconozco por agregado á nuestra policia y obrar segun nuestras órdenes... »

Aquí se paró y miró al extranjero con ojos interrogantes ; este se inclinó hácia el jefe de la policia y le dijo en voz baja un nombre que tuvo trabajo en comprender, pero la pluma se le escapó de los dedos... Enseguida volvió á tomarla, y escribió el nombre que acababa de confiársele. Luego puso sobre el escrito los sellos de la policia, y entregó el papel al desconocido.

— ¡ Muchas gracias !—dijo este tomando el papel.—Pero ahora obrad pronto, pues el tiempo apura y no les quedan mas que algunas horas á los tres proscriptos para dejar á Paris.

Y cuando este hombre salió de la policia, cuando se halló solo... apareció en sus labios una risa atroz ; pero esa risa fué interrumpida por un vivo dolor que sintió en el brazo izquierdo. Tomando entónces el papel que M. H... acababa de firmarle, y aplicándole sobre el mal que sentia, exclamó :

— ¡ Hé aquí con que curar una herida que yo creía incurable !... ¡ Contra el acero... el veneno !!!...



---

---

## ANGEL BUENO Y ANGEL MALO.

—  
XLVII.



OBRESALTADO se quedó el conde de Monteleone al recibir la orden del ministro para que saliese de Francia.

¡Tantos intereses le hacian amar este país!... No porque tuviese aun la esperanza de darle un dia su nombre, pues su ruina habia aniquilado sus sueños de dicha futura... ¡pero habitaba los mismos lugares que la marquesa, y respiraba el mismo aire que ella!

Vivir así cerca de ella sin verla ni hablarla cuando le tenia un amor que devoraba su alma, era cruel, era un dolor de todas las horas, de todos los instantes... ¡pero alejarse de ella, dejar la Francia, era morir!

Y luego, su obra política, esa obra que era su vida y su gloria, esa obra que proseguia y amaba porque le vengaba de los reyes, vengando á su padre víctima de un rey... ¡esa

obra en la que creia ver la reorganizacion del mundo!... esa grande obra en fin, de la que le hacian dueño y árbitro la confianza de casi todas las *Ventas* de Europa... seria preciso renunciar á ella en el momento en que iba á cumplirse, seria necesario abandonar á los asociados y hermanos que contaban con su enerjía en los momentos de peligro, con esa voluntad firme y atrevida con la que dominaba frecuentemente las causas fatales del destino, y de donde hacia nacer el éxito y el triunfo en medio de los escollos y el naufragio!

¿Habria sido denunciado? ¿Seria conocido el proyecto en que trabajaban sordamente sus amigos y él?

Comunicó inmediatamente la orden que se le habia intimado, á sus amigos Tadeo, de Apsberg y de Harcourt.

Los cuatro reunidos habian tenido consejo; y sus plânes, como se verá mas tarde, eran difíciles de penetrar... ¡pero en fin, podian serlo!

La casa del finjido Mateo parecia hasta entónces al abrigo de toda sospecha, y este era el punto importante; pues esta morada, arca santa donde se hallaban depositados los escritos



de la sociedad y los nombres de sus agentes principales, si era descubierta, [Invasión, violada... todo estaba perdido!

La espulsion de Francia que se ejercia con el conde, ¿no era la señal de las persecuciones que iban á suscitarse contra los hermanos del carbonarismo?

Al instante, y con la rapidez admirable que habia establecido esta sociedad secreta, cuya organizacion conoceremos muy presto, todas las *Ventas* particulares de Paris fueron prevenidas de la medida tomada contra Monteleone, y toda reunion federal cesó en la capital; pues esa vasta serpiente estrechó sus numerosos anillos. Las órdenes habian sido transmitidas, recibidas y ejecutadas en la noche misma que se intimó á Monteleone el decreto del ministro.

Miéntras pasaba todo esto, los cuatro amigos hacian mil funestas conjeturas sobre los motivos de esta determinacion, cuando Monteleone se dió una palmada en la frente por una idea repentina que le vino á la imaginacion, y exclamó:

— ¡Puede ser que la política no tenga nada que ver con lo que me sucede!... ¡quizás una venganza particular...

Pero se paró de repente viendo las miradas de Tadeo fijas en las suyas.

— Todavía me quedan algunas horas para averiguarlo,—continuó el conde,— y voy á hacerlo; no por mí, pues cualquiera que sea la causa que motive mi marcha, hará mi desaparicion, sino por vosotros, amigos míos, que os quedais aquí sobre la brecha del fuerte que vais á defender... y cuyo ataque van á comenzar nuestros enemigos.

Se convino en que Monteleone no volveria á casa del doctor Mateo hasta su partida, y que recibiria la despedida de sus cuatro amigos por la noche en su hotel.

Todo esto pasaba el dia siguiente á la noche en que tuvo lugar la conferencia secreta de M. H... y el hombre de la máscara; y la mañana del dia en que el principe de Malear habia sido recibido por S. M. Luis XVIII.

Al pensar el conde de Monteleone en una venganza privada, no podia detener su pensamiento mas que sobre una sola persona: sobre la bella y apasionada duquesa de Palma que le habia amado tanto... ¡hasta el extremo de morir por él!... sobre esa mujer ardiente y arrebatada que su indiferencia habia reducido á la desesperacion.

Y no obstante, parecia despues de algun tiempo que la calma y la resignacion habian nacido en esa alma desolada. El conde le hacia raras visitas, pero aun se presentaba en su hotel algunas veces; era siempre recibido por la duquesa, y le parecia descubrir en ella mas razon y frialdad.

La duquesa evitaba con tanto cuidado como él toda alusion á sus antiguas relaciones, se informaba con bondad de sus intereses, de sus placeres, y de los salones que frecuentaba; y cuando su amable conversacion les conducia sin querer hácia lo pasado, como un ligero esquife hácia la orilla que ha dejado, un esfuerzo de voluntad rechazaba la barquilla... y los dos navegantes vogaban de nuevo en las aguas de la indiferencia y del olvido.

Pero el conde, observador sutil y delicado, adivinaba el abismo bajo las flores que le cubrian en la tristeza y los celos que se ocultaban bajo la risa y la jovialidad. Así pues se dirigió inmediatamente al hotel de los Campos Elíseos para aclarar sus dudas, y saber si su espulsion habia sido provocada por la duquesa de Palma.

Monteleone fué introducido en el salon de la duquesa, que tenia en este momento algunas visitas insignificantes.

El rostro de la duquesa se coloreó vivamente al oír anunciar el conde; pero no fué mas que una lijera nube de fuego en un cielo sombrío, y el pálido semblante de la Felina recobró muy presto su frialdad y tristeza.

— Esperaba á usted, señor conde; — dijo ella á Monteleone; — pues ayer por la noche supe por el duque el *acontecimiento desagradable* que le sucedia á usted... y pensaba que no dejaria esta ciudad sin venir al ménos á despedirse de mí.

— Señora, usted ha juzgado bien mi deseo de verla, — respondió Monteleone, — pero se



equivoca en llamar *acontecimiento desagradable* el golpe terrible y casi humillante que se me ha dado.

— ¡Sin duda... sin duda!... — repuso la Felina; — es una catástrofe, y aprecio toda su gravedad para usted... pero luego hablaremos los dos cuando estemos solos, francamente y á corazón abierto...

Las últimas palabras de la duquesa eran en cierto modo una despedida que daba á sus visitantes; y así fué que pocos momentos despues se levantaron, saludaron á la embajadora y se retiraron.

Cuando la duquesa vió salir al último de los que se hallaban de visita, tiró precipitadamente del cordón de la campanilla que habia á su lado, y dijo al lacayo que se presentó:

— ¡Ya no recibo á nadie... á nadie!... ¿lo entiende usted? ¡Ni aun al duque, si le viene la fantasía de presentarse á verme!

Ahora ya estamos tranquilos, — añadió ella dirijiéndose al conde y acercando su sillón, — así podremos hablar con toda seguridad.

El conde se hallaba sorprendido al ver estas precauciones.

— ¿Conque le alejan á usted de Francia? — repuso ella con interes.

— ¡Bruscamente y sin motivos! — respondió el conde; — ó al ménos sin que se dignen comunicármelos.

— ¿Pero no ha visto usted al ministro francés? ¿No ha reclamado usted la esplicacion de ese proceder tan extraño?

— No me ha parecido digno el hacerlo, — replicó Monteleone, — y por otra parte mi protector natural en este pais es el señor duque de Palma, nuestro embajador; él solo podia defender á un compatriota contra una medida inicua; pero me repugnaba el solicitar un servicio del señor duque, ó reclamar un acto de justicia de S. E.

— ¡Y usted ha hecho bien! — dijo la duquesa, — pues no hubiera sacado nada en limpio, porque la órden que le han comunicado á usted ha sido á solicitud del duque mismo.

La respuesta de la duquesa era clara y precisa, y el conde no podia dudar ya de la parte que habia tomado en su negocio; pero quiso adquirir la prueba de ello, y preguntó:

— ¿Y no ha podido usted descubrir con que intencion ha solicitado el señor duque mi espulsion?

— ¡Ciertamente!... — respondió la duquesa. — Mi marido manifiesta muy poca confianza conmigo, y no se digna iniciarme en los misterios de su diplomacia; pero los secretarios del duque son ménos discretos conmigo. De consiguiente ya conoce usted que nada de lo que le interesa puede ser indiferente para mí, y he querido saber por qué motivos se obraba de ese modo contra usted, y lo he conseguido.

— ¡De veras! — dijo el conde.

— Son los enemigos de usted en Nápoles... ó quizás sus amigos, los que causan *todo eso*... La corte de Nápoles le ha denunciado á usted á la de Francia, por el intermedio del duque de Palma, como conservando con la Italia relaciones políticas inquietantes para nuestro pais... Se le acusa á usted de ocuparse en dirigir desde Paris los movimientos insurreccionales que se preparan en las Dos Sicilias... Puede ser que se halle usted inocente de todos esos crímenes, pero ha dejado usted en nuestra patria recuerdos terribles... y su nombre será largo tiempo una bandera de rebelion y sedicion.

— ¡La córte de Nápoles me hace mucho honor creyéndome poderoso y temible hasta ese punto! — replicó el conde; — pero no puedo comprender lo que puede ganar en acercarse á ella un hombre que considera como un enemigo tan peligroso.

— Ganaria el poder vijilar á usted mas de cerca y mas fácilmente que á una distancia tan grande, — respondió la duquesa; — ¡pero esperemos que yo sabré burlar sus hábiles proyectos haciendo que se quede aquí!

— ¿Qué quiere usted decir? — preguntó el conde sorprendido.

— Quiero decir, — repuso la duquesa tendiendo la mano, — que puedo renunciar á muchas cosas, pero no á dejar de servirle... no á dejar de dejenderle contra sus enemi-



gos... ; no á dejar de ser para usted lo que tuvo la dicha de ser en otro tiempo!... ; Una Providencia secreta!.... ; un escudo contra los golpes que le amenacen!... Es un papel que desempeño hace largo tiempo, ya lo sabeis, y me estimo por muy dichosa de poder representarle aun una vez en favor de usted.

El conde no sabia ya que pensar, y sus miradas espresaban tanta duda é incredulidad que la duquesa lo notó.

— ¡ Bien!... bien! — dijo ella con amargura ; — ¡ usted no me cree... duda de mí... y no me supone un alma tan jenerosa que sea capaz de hacer el bien por el mal!.... ; Sea, pues, usted me juzgará mejor por mis acciones que por mis palabras, y espero que mis acciones le convencerán muy presto de mi decision...

— ¿ Pero de qué decision habla usted, señora? — interrumpió el conde, lleno de curiosidad.

— Simplemente de la mas sublime de todas las decisiones, — replicó la duquesa ; — de la que consiste en hacer la dicha de los otros á costa de la suya... En una palabra, me he ocupado de guardaros aquí, de impedir que dejéis la Francia ; donde la dicha de que hablo le espera á usted sin duda, conservándole para los que le aman... ¡ y para los que ama usted!

— ¿ Qué oigo? — dijo el conde estupefacto ; — ¿ ha hecho usted eso?

— He tratado de hacerlo — continuó *la Felina*; — solamente que ha sido preciso recurrir á los medios extremos y enérgico... — añadió ella con una sonrisa singular. — Pero ya sabe usted que á grandes males, grandes remedios... y yo no tenia donde escojer.

— ¡ Felina!... — repuso el conde con emocion ; — acabo de cometer un crimen contra usted, que me llena de vergüenza, y que mi franqueza en confesarle puede solamente escusarme... pues en el momento en que se ocupaba usted tan noblemente para hacerme un servicio tan señalado... ¡ Yo le acusaba de la desgracia que me sucedía!

— ¡ Es muy natural... y no me enojo por eso! — dijo la duquesa ; — ¡ está uno tan poco dispuesto en esta vida á creer en las buenas acciones y en el olvido de las injurias!... Sin embargo, no quiero hacerme á los ojos de usted mejor de lo que me supone. Se dice que el tiempo calma los grandes pesares, y cura ó disminuye al ménos las grandes pasiones ; hace tres meses no creía yo que seria capaz de hacer lo que hago hoy por usted... Pero ¡ entonces no era yo mas que una pobre mujer muy abatida, muy apasionada, y bien abandonada!... ¡ Ahora soy su amiga de usted... una amiga sincera y decidida!

— ¡ Usted es un ángel! — dijo el conde con un vivo trasporte de agradecimiento.

— ¡ Un ángel! — repitió la duquesa, — ¿ lo cree usted?... ¡ Pues segun eso no hay ángeles buenos!... Pero vaya, dejemos eso, — añadió ella, como para no dejar al pensamiento del conde que se detuviese en lo que acababa de decir ; — bajemos ambos del cielo, donde me da usted un puesto tan bello, y quedémonos sobre la tierra... ¡ Hábleme usted de sus proyectos... de sus amores!

— ¿ De mis amores? — replicó el conde vacilando.

— Sin duda... ¿ No ha recobrado usted sus esperanzas antiguas? ¿ No ha hecho revivir su antigua pasion la muerte del marqués de Maulear?

— *Felina*... — dijo el conde, — ¿ es usted la persona que yo debo tomar por confidente de esas ideas?

— ¿ Y porqué no?... pues que yo le hablo á usted la primera de ello, ya debe usted ver ahora en mi sangre fria que tengo fuerzas para recibir sus confesiones y escuchar la relacion de sus tiernos sentimientos... En cuanto á valor, solo el primer paso es lo que cuesta... y ese paso me le hace dar mi amistad. Tráteme, usted, pues, como una hermana, pero como una hermana querida, y que al ménos tenga la recompensa de mi abnegacion viéndole dichoso.

— ¡ Dichoso! — dijo el conde traído de repente hácia sus tristes pensamientos ; — ¿ puedo serlo nunca ahora en los términos que se digna usted entenderlo? Yo no sé si podia esperar algun dia dividir mi suerte con la que habia rehusado mi mano en otro tiempo... No sé si su corazon habria escuchado finalmente al mio... pero esa suerte y esa mano que po-



dia ofrecerla el conde de Monteleone rodeada del lujo de su fortuna... ¿puede proponérsela ahora el pobre italiano proscrito y arruinado?

— ¡Está visto que yo estoy predestinada para hacer la dicha de usted! — dijo *la Felina*, — pues con una sola palabra voy á disipar las nubes de su frente y hacer renacer el gozo en su alma entristecida.

— ¡Eso es imposible! — dijo el conde; — no poseo ya nada en este mundo, y no tengo ninguna esperanza en el porvenir!

— Pero el presente es ménos sombrío de lo que usted piensa, y usted es aun casi tan rico como ha sido.

Las facciones del conde espresaban una admiracion profunda.

— Escuche usted, — dijo la duquesa; — un amigo mio de Nápoles vino á verme ayer; me habló de usted, y yo no le oculté el interés que me inspiraba. Entónces me dijo él: «Estoy encargado de una carta confidencial para el conde de Monteleone, de parte de su banquero Antonio Lamberti; ese hombre es mas honrado de lo que se piensa, pues forzado á sucumbir bajo el peso de sus obligaciones, ha hecho una quiebra simulada... Pero como se halla ligado de amistad y opiniones con el señor de Monteleone, ha puesto al abrigo de su desastre la fortuna del conde, y le pagará sus rentas hasta que haya podido arreglar sus negocios para restituirle el capital.

— ¿Es cierto eso?... — exclamó el conde fuera de sí.

— Pero todo eso no puede verificarse sino bajo ciertas condiciones, — continuó la duquesa, — que sabrá usted por la carta de *Lamberti*... y esa carta debe estar ya en el hotel de usted.

El conde no pudo contener un grito de gozo, y exclamó:

— ¡Rico aun!... ¡rico para ella!...

Apénas fueron pronunciadas estas palabras, el rostro de la duquesa cambió de repente de espresion, sus ojos despidieron chispas de fuego, su frente se cubrió de una palidez mortal.

— ¡Ah... perdon... perdon! — la dijo el conde, notando aquel cambio repentino.

Pero aquello no fué mas que un relámpago, y su voluntad firme triunfó muy luego quedándose tranquila y risueña.

— Los convalecientes tienen algunas veces sus recaídas, — le dijo ella en tono afectuoso, — pues se necesita mucho tiempo para las curas radicales. El acceso ha pasado ya... la antigua mujer no ha hecho mas que aparecer un instante, y cede la plaza á la mujer nueva, á la amiga verdadera que se regocija con usted del acontecimiento inesperado que le anuncia... ¡pues que debe hacer su felicidad!

— Amigo mio, — añadió tendiendo de nuevo la mano á Monteleone, — usted debe hallarse impaciente por reconocer la verdad de mis predicciones... Vuelva usted á su hotel, y me prometo que dentro de pocas horas habrá encontrado que soy buena profetisa.

— ¡*Felina*!... — le dijo el conde, si las esperanzas de usted no se realizan, si no es usted aun una vez mi buena estrella... no dude usted por eso de mi agradecimiento.

— ¡El agradecimiento es una cosa muy fria, — respondió la duquesa, — me gusta mas la amistad!

— ¿No la posee usted ya toda entera? — replicó el conde.

— ¡Pues bien... continuad... continuad!... — respondió la duquesa sonriendo.

Y el conde se alejó...

La duquesa de Palma no le habia engañado, pues al llegar á su hotel salió á su encuentro su viejo y fiel administrador Giacomo, que se ocupaba tristemente de los preparativos de marcha de Monteleone, y le entregó una carta que acababan de traer, segun dijo.

El conde abrió precipitadamente la carta y leyó lo siguiente:

« Señor conde,

» No perderéis nada con *Antonio Lamberti*, pues él no seria capaz de arruinar á un hermano de nuestra grande asociacion.



- « Hallaréis adjunta una letra de cambio de *cincuenta mil libras*, jirada á vuestro nombre
- » por una de las mejores casas de Nápoles, contra la casa *Casimir Perier*, de Paris.
- » Son los intereses á un cinco por ciento del millon que habíais colocado en la casa *Lamberti*; todos los años recibiréis la misma suma; y ántes de seis meses las seguridades necesarias para vuestro capital.
- » Para todo eso no se pone más que una condicion, condicion indispensable para volver
- » á recobrar vuestra fortuna, y á la buena voluntad del que os la devuelve, y es: que
- » guardaréis el mas profundo secreto sobre vuestros nuevos recursos, y que les atribuiréis
- » cualquier otra causa que su causa real.
- » La menor indiscrecion de vuestra parte despertaria la atencion acerca de los medios
- » que se emplean para salvar del naufragio de *Antonio Lamberti* la fortuna que quiere conservaros.
- » *Un hermano de la venta de Castella-Mare.* »

Así estaba firmada esta carta, y aunque el conde era siempre dueño de sí mismo en la adversidad, no pudo contener un grito de gozo á la lectura de la carta salvadora.

Y era que, como se lo habia dicho á la *Felina*, no se regocijaba por *él* de la vuelta á la prosperidad, sino por *ella*.

— ¡Bello momento para parecer contento...— dijo Giacomo,— cuando se nos desecha comoapestados!... ¡Un Monteleone despedido de un reino... cuando á uno de vuestros antecesores, *Andres de Monteleone*, virey de Sicilia, se le hacian honores públicos por todos los países donde pasaba!... ¡Pero no teneis vergüenza, señor, — añadió mirando fijamente al conde, que se reía de los furoros de Giacomo,— no teneis vergüenza! En vuestro lugar, yo habria provocado ya y matado á ese maldito ministro que nos fuerza á volver á tomar nuestra vida errante... ¡nuestra vida de jitanos arruinados! ¡Ah!... ¡si tuviese ahora mis veinte años, iria por mi propia cuenta á ensayar mi daga en el tal ministro!

— ¡Despacito, amigo Giacomo! — respondió Monteleone.— La daga no es de moda en este país; y en cuanto á tus pesares sobre el porvenir, puedes sustraerte á la miseria... ¡dejándome!...

El enfado del fiel servidor se desvaneció al oír estas palabras de su amo, y las lágrimas empezaron á correr por su rostro arrugado por los años.

— ¡Dejaros!... ¡dejaros yo cuando sois desgraciado y estais arruinado y fujitivo! ¡Ah, señor conde! — añadió cayendo de hinojos delante de su amo,— ¡vuestro noble padre no me hubiera dicho esas palabras!...

— ¡Vamos, vamos, viejo niño! — dijo el conde levantándole con afecto; — ¡tú sabes demasiado bien que no podria privarme de ti! Si no me regañases sin cesar, si no ladrases dia y noche como esos perros viejos á quienes la edad hace impunes, si no oyese de la mañana á la noche tus reprimendas... me pareceria que me faltaba alguna cosa. Pero tranquilízate, mi buen Giacomo; me has visto alegre ahora, porque el horizonte empieza á despejarse un poco para nosotros... porque nuestra fortuna va quizás á cambiar... porque la felicidad está mas cerca de lo que tú piensas.

Y lleno de estas esperanzas risueñas, y queriendo aprovechar las horas que le quedaban aun si la órden del ministro era mantenida, el conde de Monteleone marchó corriendo al hotel Malear.

Su corazon latia con tal fuerza, que se queria salir del pecho cuando fué introducido en el salon de la marquesa, y se alegró de que ella no estuviese aun en él, pues no hubiera podido vencer su agitacion al verla.

Aminta pareció algunos instantes despues de la llegada del conde; y lo que Monteleone habia sentido al entrar en el salon, ella lo sintió cuando le anunciaron el conde.

No obstante habló la primera, pero fué con una voz llena de emocion.

— Aquí desesperábamos ya de volveros á veros, señor conde,— dijo la marquesa,— pues el príncipe me ha hecho conocer vuestra próxima marcha... y como nos olvidais hace tanto tiempo, no nos atrevíamos á contar con vuestra visita de despedida.

En efecto, el conde no se habia presentado en casa de Aminta despues de la noticia que



había recibido de su ruina, pues conocía que cada entrevista haría sus pesares mas amargos, y la pérdida de sus esperanzas mas cruel.

— Señora, — replicó él, sin responder directamente á la reconvencion graciosa que se le dirijia, — desgraciadamente no os han engañado, pues soy un pobre proscrito que vengo á despedirme... pero llevaré á mi destierro un recuerdo eterno de vuestras bondades y acogida benévola.

— ¡Vais á ver *nuestra* patria! — continuó la marquesa haciendo un esfuerzo.

— ¡Voy á volver á ver mi patria, — dijo el conde, — privado de todo lo que me la hacia amar!

— ¡En ella encontraréis vuestros amigos! — dijo la marquesa cada vez mas turbada.

— Los amigos son como las golondrinas, señora, no aman mas que los dias buenos, y huyen al aproximarse el mal tiempo.

— ¿Y sin duda nos habeis juzgado como esos amigos al príncipe de Maulear y á mí? — repuso Aminta, — ¡pues se dice que el mal tiempo ha llegado ya para vos.... y desde entónces habeis cesado de venir á vernos!

Habia en el acento de Aminta una compasion tan profunda y tierna, un interés tan afectuoso, que Monteleone, mirándola como se miraria á una santa que se apareciese á nosotros, exclamó:

— ¡Ah!... ¡señora!... ¡si hubiera podido adivinar una simpatía tal... me habria hecho desear mi desgracia!

— No, señor conde; pero debe ayudaros á soportarla.

— ¡Hay desgracias que hacen débil el alma mas fuerte... que abaten el valor mas acreditado!...

— ¡Ah, señor conde! — repuso Aminta sorprendida; — ¿la pérdida de una fortuna puede causar todo eso?

— ¡Pero y si la pérdida de esa fortuna debiese arrastrar consigo la ruina de la sola dicha que ha soñado uno en su vida! — repuso el conde. — ¡Si esa pérdida me quitase hasta el derecho de saber si la dicha de que hablo podia realizarse un día!... Entónces, señora, ¿comprenderíais la desesperacion que puede inspirar una pérdida semejante?

El porvenir del conde se desarrolló súbitamente en el pensamiento de Aminta: ella vió de una ojeada ese hombre tan enérgico y tan noble, ese hombre nacido para mandar, para la gloria y la opulencia... ¡proscrito, errante y miserable!

Todo esto era demasiado para su pobre corazon, despedazado ya con la idea de una separacion que á cada momento se le hacia mas penosa, y sacando de su alma una resolucion jenerosa, le dijo volviendo los ojos:

— Señor conde, hay corazones para los cuales el infortunio produce la union en lugar de alejarlos... y los sentimientos que esos corazones ocultarian acaso á los dichosos, los dejan ver sin remordimiento ni duda á los que sufren!

Monteleone se arrojó á los piés de la marquesa; loco y fuera de sí, iba sin duda á revelarle la suerte inesperada que le volvia su fortuna; pero olvidándolo todo en su delirio, cojió y llenó de besos la mano que se le abandonaba... cuando el príncipe de Maulear entró bruscamente y se detuvo sorprendido, pero no enfadado, viendo el cuadro que se le presentaba á la vista, pues exclamó:

— ¡No se incomode usted, mi querido amigo... no se incomode usted, ya sé lo que es!... y por otra parte, lo esperaba. Pero si es una escena de despedida la que representan ustedes, son desesperaciones y despedida completamente inútiles, porque no partirá usted, porque se queda con nosotros... El rey, que me parece estima á usted y hace mucho caso de su persona, me lo ha prometido.





## EL TABIQUE SECRETO.

XLVIII.



RES días despues de la revelacion hecha á M. H... por el misterioso extranjero en el gabinete del jefe de la policia política, un hombre de unos cincuenta años llamaba á la puerta de una habitacion situada en el segundo piso de una casa amueblada de la calle de Jacob.

El aspecto de este hombre era el de un honrado vecino que gozase la renta de un capital de cincuenta mil francos, ó sean 2,500 francos anuales, al interes de cinco por ciento.

La levita de color de castaña de este hombre, cubriendo un chaleco de piqué amarillo, lijeramente manchado con polvo de rapé ó de café molido, su corbata blanca, sus guantes verdes, su pantalon pardo, arrugado alrededor de sus piernas flacas, y finalmente su baston con puño de marfil, todo ello, decimos, podia pertenecer muy bien á un mercader retirado de los negocios, viviendo en la calle del

Infierno ó en la de Vaugirard, y asistiendo una vez al año á la representacion de una obra maestra de M. Picard en el teatro del Odeon.

Pero nos contentaremos con estas conjeturas sobre la verdadera posicion social de este individuo, y le reservaremos el cuidado de esplicárnosla mas tarde él mismo.

Apénas hubo resonado la campanilla que tiraba, se abrió la puerta y apareció un hombre.

Este hombre era alto, moreno, de un talle esbelto... y le hubiéramos tomado verdaderamente por el bello amigo de la señorita Celestina Crepineau, si hubiese tenido el magnífico bigote y patillas espesas del cazador de osos, objetos favoritos que hacian la admiracion de la sensible portera. Ademas su traje se diferenciaba mucho del del español.

Llevaba una levita azul, cruzada sobre el pecho, y en un ojal se distinguia la cinta roja de una condecoracion, cuyo color habia perdido mucho por el tiempo y el uso.

— ¡Bien venido, mi caro M. Morisseau!— dijo el huésped de la habitacion al que habia llamado á su puerta.—La comida estará fria... (y añadió en voz baja) y la comida de un



*brigante del Loira*, como nos llaman á nosotros, restos tristes de la guardia imperial, debe comerse caliente; porque es tan modesta que no puede ménos de ser buena.

— Yo la encontraré de todos modos buena, *M. Rhinoceros*,— respondió *M. Morisseau*.

— Perdonad,— replicó el brigante del Loire, como este hombre se llamaba á sí mismo;— yo no me llamo *Rhinoceros*; es un animal africano el que tiene ese lindo nombre; ya os he dicho muchas veces en las diferentes partidas de dominó que hemos jugado en el café Lamblin, que me llamo *Rinoccio... Paolo Rinoccio*, nacido en Córcega; mi acento debe indicaroslo suficientemente... ¡soy compatriota del hombre grande!... (y se inclinó). He servido diez años sus águilas imperiales... ¡y me parece que adorais como yo á nuestro Emperador!... De bonapartista á bonapartista no hay mas que la mano... (añadió apretando la de *M. Morisseau*) y ligados de opiniones como lo estamos, hace ocho dias que nos hemos ligado con eterna amistad bebiendo el escelente Coñac de *M. Lamblin*. De resultas de ese tierno afecto, os habeis dignado venir bajo el techo del guerrero, calle de Jacob, piso segundo, dividir con él su pan y la caza del soldado... ¡y brindar á la pronta vuelta del vencedor de Austerlitz!...

— *M. Rhinocéros*... no,... *M. Rino*... ¡qué diablo de nombre, siempre le olvido!— respondió el convidado;— es para mí un honor el sentarme á la mesa de un bravo... y hé ahí porque acepto vuestra invitacion...

— ¡A la mesa, pues, mi amigo *Morisseau*!— dijo el corso,— ¡y á la salud del *petit caporal*!

Y diciendo esto, llenó dos vasos y vació el suyo; pero *M. Morisseau* no hizo mas que mojar los labios en el vaso colocado enfrente de él.

— El emperador era mi Dios, *M. Rhino*...— dijo *Morisseau* aceptando su parte de un guisado de liebre nadando en una salsa negra.

— ¡Y el de la Francia!— interrumpió el corso.

— Era mi Dios, señor, y mi mejor parroquiano...— continuó el buen hombre;— yo tenia el honor de ser su manguitero.

— ¿Qué dice usted?

— Digo que era su manguitero... su mercader de pieles, si os gusta mas. Yo era el proveedor de pellizas de Su Majestad; y no solamente de Su Majestad, sino de todas las Majestades que hacia Su Majestad... Y ya sabeis que nuestro emperador tenia la mania de inventar un rey por año al ménos... Pero ponía por condicion á sus señores hermanos y amigos, al darles las coronas, que reinarian entre los armiños de *M. Morisseau*. De consiguiente he tenido el honor de ferrar con mis augustas pieles á los reyes: *Luis, José, Jerónimo, Bernadote* y *Murat*, sin contar todos los príncipes soberanos, los grandes duques y aun los presidentes de los altos tribunales ¡que me daban su clientela por agradar al hombre grande!...

— ¡A la salud del gran hombre!— replicó el corso vaciando un segundo vaso.

Esta vez hizo lo mismo *M. Morisseau*.

— ¿No habeis servido nunca, *M. Morisseau*?— preguntó *Rinoccio* á su convidado.

— ¡Si tal!— respondió el manguitero;— he tenido el honor de marchar con la bandera francesa... pues hice parte del glorioso ejército de Sambre y Meuse, y hasta saqué de allí...

— ¿Una herida?

— No, un reumatismo en el femur, por una retirada forzosa que hicimos durante el invierno de 93. Sorprondidos por el enemigo, en medio de la noche, no tuve tiempo para vestirme del todo... y me vi obligado á andar quince leguas descalzo y en calzones;... verdad es que ordinariamente era el uniforme favorito de los soldados de aquella época, pues los mas favorecidos llevaban zuecos y un calzon; pero esto suponía otros medios de existencia fuera de la paga... ¡que no recibiamos!

— ¿Y tomasteis entónces el retiro?

— Forzosamente, pues mi reumatismo me obligó á ello; ¡y sin eso seria yo quizás un je-



neral!... Pedí una pension como habiendo sido inutilizado en el campo de batalla, pero me fué negada. ¡Injusticia terrible, que me hace jemir aun!

— Pues que ya hemos acabado el guisado de liebre,— dijo el corso,— es preciso atacarle vigorosamente á ese enemigo; el guisado de liebre es indigesto, y hay que hacerle pasar los atrincheramientos con dos vasos de Macon viejo.

— ¡Eh!... ¡basta!... — dijo Morisseau viendo con espanto el gran vaso que llenaba su anfitrión. — Tengo la cabeza un poco débil, y no me emborracho ya desde Sambre y Meuse.

— ¡Como gustéis, amigo Morisseau! — replicó el corso; — voy á buscar el segundo plato que el honrado figonero que me sirve ha dejado junto al fuego de mi cocina... Perdonad que no tenga criados para servirlos; pero los soldados viejos como nosotros no gastan cumplimientos.

*Paolo Rinoccio* pasó á la pieza inmediata.

Cuando M. Morisseau se quedó solo, sacó prontamente un frasquillo, le destapó y derramó algunas gotas en el vaso del corso que habia quedado mediado al tiempo de salir.

Apénas M. Morisseau habia metido el frasquillo en su pecho, *Paolo* volvió casi al instante con un plato en la mano que contenia dos grandes costillas de lomo fresco, bordadas con un círculo de pepinillos verdes.

— Aquí está el segundo plato,— dijo el corso,— y á fe mia que este haria beber á un rabioso.

— ¡Bebamos pues! — dijo Morisseau chocando su vaso con el del corso, que le cojió para brindar con su huésped.

— ¡Bebamos! — respondió el corso, y acercó el vaso á sus labios.

Los ojos de Morisseau se animaron al verle, pero su gozo fué de corta duracion.

— ¡Bebamos! — repitió aun el corso,— pero no de este vino que no es bueno mas que para el ordinario...

Y arrojó lo que contenia su vaso en el hogar de la chimenea.

— Tengo aquí una botella de Champaña que me regaló mi jeneral,— respuso él,— y no puedo descorcharla en mejor ocasion.

Y alargando la mano hácia un estante que habia cerca de la mesa tomó en él una botella bien tapada, bien sujeta con sus alambres, y cubierta de un polvo venerable que atestiguaba su edad y alta virtud.

M. Morisseau no dijo una palabra, pues contaba sin duda con un tercer plato para poder repetir la operacion del frasquillo.

*Paolo* hizo saltar el tapon con mucha destreza, y llenó de un Champaña bien espumoso el vaso del manguitero de S. M.

Entónces fué él quien chocó su vaso contra el de su convidado, y este le bebió enteramente, miéntras que el corso se paró al acercar el suyo á la boca por haber percibido un pedazo de lacre que flotaba en el vino.

Cojió pues su cuchillo para estraer del líquido espumoso el cuerpo extraño que nadaba en él; y luego, despues de haber conseguido su pesca, levantó el vaso y dió el brándis siguiente:

— ¡Al emperador!... mi bravo Morisseau; y quiera Dios que aquel á quien nuestros enemigos llaman el *Ogro de Córcega*, pueda volver pronto á devorar los prusianos, los austriacos, y esos cosacos infames!... ¡Qué los pique á todos tan menudo como la carne de un pastel!... ¡Qué corte las alas de pichon á todos los volatines de Luis XIV que nos han traído á los Borbones!... ¡Qué pueda!...

*Paolo Rinoccio* se interrumpió en medio de su flujo de elocuencia, pues su convidado tenia los ojos fijos y las facciones descompuestas; y un largo bostezo anunciaba un sueño cercano en el respetable manguitero.

— ¡*Per Bacco!*... — exclamó Morisseau cambiando de lengua y hablando en italiano purísimo,— ¿qué diablos me habeis hecho tragar?...

— Probablemente lo que me hubiérais hecho tragar á mí si no hubiese tenido la precau-



cion de arrojar á la chimenea el vino en que habíais derramado algunas gotas de un soporífico, — respondió el corso en el mismo idioma.

— ¡Sangre de Cristo! — replicó el manguitero, siempre en italiano, — ¡el bribon me habia visto!...

— ¡Perfectamente... mi caro Sr. Pignana!...

— ¡Me conoce!... — dijo estupefacto el finjido mercader, haciendo un esfuerzo para levantarse.

Pero el corso le dió un empujon, y Pignana volvió á caer en su silla pesadamente.

— ¡Ah!... malvado Stenio... tu me la pagarás! — dijo él.

— ¡Calla... calla!... — replicó el contrincante de Pignana, — ¿conque estamos iguales en el juego? ... ¡Eso es muy chistoso, y la comedia ha sido bien representada!... No quiero preguntaros lo que habeis venido á hacer aquí, ni por qué habeis consentido en partir conmigo mi modesta comida, pues voy á decíroslo:

Me habeis encontrado en Paris, y mi presencia inquieta á vuestros amigos, ¡lo sé muy bien! Me habeis seguido y espiado para descubrir mi morada, ¡y no habeis podido conseguirlo!

Disfrazado con el traje respetable que sabeis llevar tan bien, os habies hecho el encontradizo conmigo en el café Lamblin; el uno y el otro hemos sabido finjir que no nos conocíamos; yo os he ofrecido una comida que habeis aceptado apresuradamente, pues por medio de la hermosa droga que traeis en el bolsillo pensábais hallar la ocasion de adormecerme, y entónces tambien la de registrar y examinar todo este lugar para penetrar planes y proyectos que no hubiérais conocido, ¡por la sencilla razon de que yo no vivo aquí, señor Pignana!

He alquilado este cuarto únicamente para tener el honor de recibiros en él hasta mañana ¡y nada mas!... Así, pues, no tengais miedo, mi pobre señor Pignana, ¡podeis decir completamente y dormir en paz!

— ¡Pero yo no quiero dormir! — dijo Pignana tratando de levantarse nuevamente; — ¡no quiero dormir en casa de un miserable que creo capaz de todo!

— ¡De todo es mucho decir!... — respondió Stenio Salvatori; — pero de muchas cosas... es cierto!...

— ¿Y qué quieres hacer de mí? — preguntó Pignana, articulando con pena, pues su lengua empezaba á espesarse y sus ideas á confundirse.

— Lo que quiero hacer de ti no te importa nada, pero no temas ni por tu vida ni por tu salud porque me interesan mucho... ¡y no quisiera privar á los señores Carbonarios de un agente tan hábil, tan atrevido y tan prudente como el señor Pignana!... Pero para no dejaros ninguna inquietud, para que vuestro sueño no sea turbado, voy á deciros la suerte que os reservo, ¡y convendréis conmigo en que no puede ser mas dulce!

El señor Pignana echó á Stenio una mirada atontecida por el sueño y el espanto.

— Y ánte todas cosas, — continuó Stenio levantando como un niño al señor Pignana y tendiéndole en un canapé viejo que habia en el cuarto, — acostáos ahí para escucharme y dormir despues comodamente:

Primeramente vais á dormir aquí *doce horas*... con los sueños mas dulces, pues el vino de Champaña que yo preparo no obra de otra manera... ¡*Doce horas* por un vaso... y la eternidad por una botella!

El señor Pignana hizo un jesto de terror.

— ¡No tengais miedo! — repuso Stenio, — pues ya sabéis que no habeis bebido mas que un vaso. Mañana os despertaréis á las seis de la mañana, con la cabeza un poco pesada, pero sin otra novedad... En ese momento vendrá el mozo de la casa amueblada donde nos hallamos á saber como estais. Si sois jeneroso, le daréis una buena propina; si no lo sois, le daréis las gracias y punto concluido, pues la comida y cuarto están pagados. Ya véis que hago bien las cosas y que sé recibir á mis huéspedes. Luego saldréis de esta casa hospitalaria, y podréis ir á evacuar vuestros negocios como de costumbre... ¡pero no contaréis una sola palabra de vuestra aventura!



— ¿Y... quien... me... lo impe... dirá? — dijo con pena el señor Pignana, pues su lengua no podía articular ya.

— ¡Vos mismo!... pues si confesais á vuestros asociados y patronos que habéis sido engañado por mí, os tomarán por un imbécil y cesarian vuestras propinas... ¡Lo que sería mucha lástima en el momento en que sus grandes proyectos van á realizarse!... Y si hablais del largo sueño que vais á dormir, os tendrán por un borracho, y con mucha razon, pues nunca he visto tragar con tanta presteza un vaso de Champaña, como lo habéis hecho hace poco, señor Pignana... ¡Ahora... buenas noches!... No, no, — añadió empujando de nuevo á Pignana sobre el canapé, pues reuniendo todas sus fuerzas queria levantarse; — no me conduzcáis, dormid, dormid en paz, mi caro huesped, ¡buenas noches!

Y dicho esto se salió del cuarto.

El sueño se apoderó de su presa; Pignana sintió poco á poco que desaparecia su vida real bajo la influencia del soporífico, y pocos instantes despues de la marcha de Stenio dormia profundamente.

Stenio Salvatori volvió pocos minutos despues, y abriendo el cuarto se introdujo en él como una sombra, como una fantasma; se acercó al dormido y deslizó su mano entre los anchos bolsillos de Pignana y luego dijo:

— ¡Nada!... ¡nada!... ¡seria bueno que no la tuviese consigo!

Pero muy presto apareció en sus lábios una sonrisa de triunfo; habia encontrado lo que buscaba; acababa de descubrir un bolsillo secreto, hábilmente dispuesto en el chaleco del finjido manguitero, le palpó, y contenia un cuerpo largo y duro.

— ¡Ella es!... — dijo él.

El señor Pignana hizo un movimiento: Stenio se paró un momento, y registrando luego con precaucion en el bolsillo sacó de él una llave, ¡la llave de una puerta... la llave de la puerta de Pignana!

Stenio Salvatori se marchó entónces de veras, llevándose la llave.

Miéntas que pasaban los acontecimientos que preceden en la casa amueblada de la calle Jacob, á las ocho de la noche, la señorita Celestina Crepineau, con la cabeza inclinada sobre sus rodillas, y en la actitud de Desdomona esperando á Otelo, suspiraba y se desolaba por la ausencia prolongada de su amigo el cazador de osos, que no habia parecido en todo el dia.

El dedo de Celestina acababa de limpiar furtivamente y por la vijésima vez una lágrima que salia de su ojo izquierdo y se deslizaba á lo largo de su nariz aguilleña, cayendo como un rocío sobre su costura, cuando resonó el aldabon de la puerta cochera.

La esperanza dió de rechazo el golpe en el corazon de la portera, pero su esperanza salió fallida!

Un hombre con voz grave preguntó por el doctor Mateo, y se dirigió á casa del médico.

¡Otras siete veces resonó el pesado aldabon con el esfuerzo de nuevos visitantes... y Otelo no llegaba!

Desdemona volvió á tomar su costura, pero ya no lloró, pues la indignacion habia agotado el manantial de sus preciosas lágrimas. No obstante, como se necesitaba un pretesto para su mal humor, le halló contra los visitantes del médico.

— ¡No acabaremos esta noche! — dijo ella cuando entró el último; — ¡totoo Paris viene esta noche á casa de mi bello inquilino!... Me duele el brazo de tirar del cordon de la puerta... ¡lleve el diablo las malditas asambleas de sabios, pues me hacen acostar á unas horas indebidas! y luego Nuñez no deja de decirme el dia siguiente con aire socarron: ¡Teneis los ojos muy fatigados esta mañana, señorita Celestina!... ¿habeis soñado con el gallo?... ¡Y entónces toma un aire de fatuidad muy poco decente para mi sexo!...

Los siete aldabazos dados por los siete visitantes del doctor Mateo habian reunido ocho personas en el salon del piso bajo, contando con el médico; salon cuya biblioteca comunicaba con la casa vecina y que facilitaba un paso misterioso al desventurado Pignana.

Dos de los huéspedes de Mateo eran sus amigos de Harcourt y Rovero; los otros los conoceremos mas tarde.



— Señores, — les dijo de Apsberg cuando se hallaron sentados todos en consejo alrededor de la mesa redonda del salon, — nuestra reunion debia ser presidida como siempre por nuestro amigo el conde de Monteleone, que es el alma de ella; pero despues de la orden de espulsion que le fué comunicada dias pasados, y revocada luego por una causa ignorada de él mismo y de nosotros, la prudencia exige que no aparezca por ahora en nuestras asambleas.

El señor de Monteleone es la cabeza del gran cuerpo de carbonarios, pero vamos á daros cuenta en su nombre de la situacion del carbonarismo en Europa y de la que ocupa en Francia particularmente.

Esa situacion es gravisima, y no podemos disimularos que nuestras sociedades se ven amenazadas por todas partes. Enemigos ocultos, espías hábiles han descubierto en Alemania los trabajos secretos de nuestras tres sociedades:

El *Tugendbund*, en Berlin;

El *Burschenschaft*, en Heidelberg;

La *Teutonia*, en Viena y Leipsick.

Sus jefes, los doctores *Jahn* y *Plischer* han sido arrestados.

— ¡Muerte á los espías! — exclamaron unanimente los siete oyentes del médico con voz siniestra.

— No es eso solo, — continuó el médico; — los proyectos del conde de *Labisbal* acaban de fracasar en España, y las *Ventas* de Italia han sido descubiertas por una policia hábil, lenando de presos los calabozos de Nápoles, de Venecia y de Milan.

La consternacion se pintó en todos los semblantes.

— Se asegura, — continuó de Apsberg, — que las noticias sobre las diversas *Ventas* de esos reinos han llegado de Paris mismo á sus gobiernos; de consiguiente esas noticias no pueden haber sido tomadas mas que en nuestros papeles secretos, pues nosotros solos tenemos correspondencia desde Francia con las *Ventas supremas* de la Europa, y esos papeles no son conocidos mas que de los cuatro hermanos, el conde de Monteleone, Tadeo Rovero, René de Harcourt y yo...

Os hacemos conocer estos hechos (añadió el médico con voz conmovida) para que, segun los estatutos de nuestra sociedad, nos pongais en juicio á los cuatro si vuestras sospechas recaen sobre nosotros!...

Los tres carbonarios señalados por el médico á los miembros de esta asamblea permanecieron sentados; los otros cinco se levantaron.

— ¡Bajo mi honor y conciencia, — dijo el jeneral A... — declaro que una idea semejante seria indigna de vosotros y de nosotros!

El banquero F...; el conde de Ch..., par de Francia; Ober..., rico negociante; el abogado B... y el profesor M. G... dijeron lo mismo. Luego tendieron todos afectuosamente la mano á los tres amigos, que correspondieron á esta demostracion.

— De cualquier parte que vengan esas denuncias, — dijo de Harcourt, — lo cierto es que nuestros hermanos son las víctimas.

— ¡Si sufren por nosotros, — continuó Tadeo, — nosotros obraremos por ellos!

— Sí, señores, obraremos, — repitió de Apsberg, — y obraremos sin que pase mucho tiempo, pues el tiempo apura, y es preciso adelantarnos á nuestros enemigos si no queremos ser prevenidos por ellos. Que todas las opiniones se confundan, señores, sin pensamiento ulterior, en ese principio único que es la base de nuestro sistema rejenerador, la llave de la bóveda del Carbonarismo:

» En atencion á que la fuerza no es el derecho!... que los soberanos de la Europa reinan  
» los unos en virtud de una herencia convencional, los otros por el poder de las armas, y  
» los Borbones en este país por el socorro de los aliados extranjeros, declaramos que los  
» carbonarios se asocian para dar á todos los paises, y á la Francia en particular, el libre  
» ejercicio del derecho de elejir el gobierno que les convenga (*histórico*) ¡y juramos todos  
» mantener ese principio sagrado.»

— ¡Lo juramos! — repitieron los carbonarios en tono terrible.



— Señores,—repuso de Apsberg,—el día de acción será fijado por el conde Monteleone, en el seno de la Asamblea jeneral que se verificará el 25 de enero de 1820, en la lojia masonica de los amigos de la verdad. Hasta entónces, que cada uno en su línea especial contribuya para construir nuestro edificio social y derribar el mundo antiguo para levantar un mundo nuevo.

— Yo me encargo del ejército,—dijo el jeneral A... — Los rejimientos que se hallan de guarnicion en Befort son nuestros, los otros serán arrastrados por su ejemplo.

— Yo respondo de las escuelas;—dijo el profesor G...

— Tenemos numerosos amigos en el foro;—dijo el abogado B...

— Y en la Cámara alta,—añadió el conde de Ch...

— Pues el oro no nos faltará;—dijo el banquero F...

— Tampoco el alto comercio que obedece á mi voz,—concluyó M. Ober...

— Y hasta el 25 de enero no volveremos á reunirnos, señores,—repuso de Apsberg.—La *venta central*, compuesta del conde de Monteleone y los señores de Harcourt, Rovero y yo no se comunicará ya con las cinco *Ventas* de Paris que representais. Obrad activamente cerca de las *Ventas particulares* que dependen de cada una de las vuestras, en las que cada miembro ignora nuestra existencia con arreglo á los estatutos. No os confiéis mas que á un solo hombre; no comuniquéis mas que con el conde de Monteleone, á quien su alta posición permite veros y hablaros en el gran mundo que frecuentais, así como él, sin despertar sospechas ni llamar la atención.

No entreguéis mas que á él solo las listas de nuestros asociados ó de los nuevos afiliados, firmadas por vosotros. Esas listas nos serán trasmitidas directamente por él mismo, y depositadas en nuestros archivos. Finalmente, *mis nobles hermanos del derecho y del deber*, no confiéis mas que en el conde de Monteleone, ¡el honor y la prudencia mismos! Fuera de él, silencio... ó muerte!

— ¡Secreto... silencio... ó muerte!—repitieron los siete socios como un coro antiguo y solemne.....

Pocos minutos despues, el salon del doctor Mateo se quedó desierto; los carbonarios se habian alejado, y el médico se subió á su laboratorio.

La puerta secreta de la biblioteca se abrió entónces despacito, y se vieron dos hombres ocultos detras del tabique secreto.

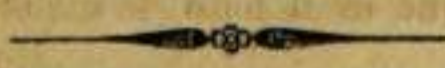
Estos hombres eran M. H..., jefe de la policia secreta, y el cazador de osos, el brigante del Loira, ó mejor dicho *Stenio Salvatori*.

— ¡ Ah, ya les tengo en mi poder!—dijo M. H. . .

— ¡ Todavía no!...—respondió Stenio; — pero gracias á nuestro asociado *el conde de Monteleone*, por medio de quien he podido introducirnos aquí, no tardaréis mucho en tenerlos.

Y la puerta se volvió á cerrar sin hacer ruido.

El día siguiente, al despertarse el señor Pignana, encontró en su bolsillo la llave de su habitación.





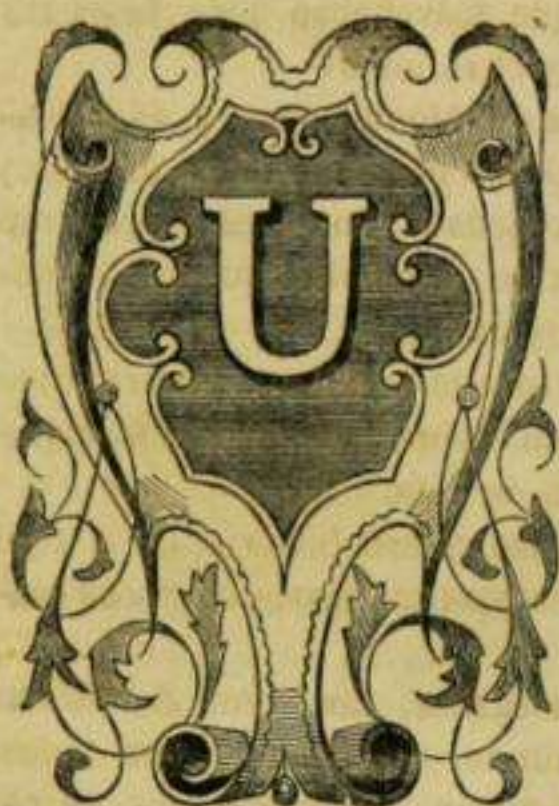
---

---

## NUBES EN EL HORIZONTE.

---

XLIX.



N mes habia transcurrido desde la reunion de los carbonarios en casa del doctor Mateo ; su prudencia no se desmentia, pues no se verificaba ninguna asamblea, ninguna conferencia entre los diferentes miembros de esta vasta sociedad ; pero el mecanismo de la asociacion poseia la facultad de que sus relaciones no estaban interrumpidas un solo dia.

En efecto, todo emanaba de la *alta Venta*.

Esta era conocida únicamente de los siete presidentes de las otras *Ventas*, quienes recibian de ella sus instrucciones que se transmitian por medio de agentes intermediarios á las *Ventas* secundarias, de manera que muy pocos hombres bastaban para instruir y disciplinar á diez mil.

El conde de Monteleone era el alma de toda esta empresa ; pues todos los hilos de esa inmensa trama remataban en su centro único ; él era la providencia invisible de todo ese

mundo invisible, solo él debia darle una vida exterior y gritar en medio de las tinieblas el *fiat lux* del Todopoderoso.

Pero se habian apoderado del corazon de Monteleone unas ideas mas dulces y preciosas... Su porvenir le preocupaba con un imperio y una fuerza tal, que lo que él creia ser sus deberes políticos empezaba á resentirse un poco.

Despues de la confesion de Aminta, desde el dia en que el corazon de la jóven se extravió en su camino entregándose á otro que al conde de Monteleone, y habia vuelto á su verdadera direccion, Monteleone vivia de una vida toda nueva para él.

La felicidad que habia deseado tan largo tiempo y tan ardientemente iba por fin á realizarse ; algunos meses aun... ¡ y él seria el esposo feliz de esa Aminta tan amada !

El conde era recibido por el príncipe de Malear casi como un hijo... por Aminta casi como un esposo ; y del todo como un hermano por Tadeo, que veia realizarse en la futura alianza de Monteleone con su hermana el deseo mas vivo de su vida.

Aprovechando el conde familiarmente la libertad que se le concedia de venir al hotel



Malear, gozaba de ella como amante apasionado ; pasaba allí casi todos los dias, y por las noches iba á los saraos con un fastidio profundo y por una especie de obligacion.

La órden de espulsion que le habia sido comunicada, y que un poder secreto habia retirado despues, aumentó aun mas el vivo interes que se manifestaba al noble extranjero en los salones de Paris ; los de la oposicion, sobre todo, le atraían con afecto, pues se le consideraba como un enemigo declarado del gobierno frances y de todos los gobiernos monárquicos.

Esta especie de ostracismo que faltó poco para que le alcanzase, llamó de nuevo la atencion sobre su persona, que su llegada á la capital habia escitado ya por sus aventuras de Nápoles; finalmente, como se hubiera dicho en 1850, el conde de Monteleone era el *leon del dia*, y todas sus acciones inspiraban la mas viva curiosidad.

Las jentes se habian conmovido tanto por la ruina del conde, que no pudieron ménos de sorprenderse viendo que al cabo de poco tiempo volvió á su vida ordinaria, conservando su hotel y haciendo los mismos gastos que ántes sin cambiar nada en el lujo de su casa, cuando él mismo habia anunciado altamente, y los periódicos lo habian repetido, que la quiebra de Antonio Lamberti le quitaba sus últimos recursos, y que vendiendo los diamantes de familia y algunos cortos valores que le quedaban en su cartera, apénas le quedaria con que vivir de la manera mas modesta y retirada.

Ligado el conde por el silencio que se le habia impuesto acerca de la restitucion que se le hizo, se contentaba con decir á sus amigos Tadeo, de Harcourt y de Apsberg, que habia encontrado algunas sumas importantes escapadas á su naufragio ; y contentos sus amigos de su buena suerte no le preguntaron mas.

Pero el mundo fué mas curioso, y sobre todo los enemigos del conde; y los enemigos de Monteleone eran los monárquicos, los ultras, y todos los que marchaban bajo banderas opuestas á la suya. . . ¡enemigos numerosos, activos, celosos y envidiosos!

Escribieron á Nápoles para asegurarse de la ruina completa de Monteleone, y adquirieron la certeza de que no le quedaban fondos de ninguna clase, pues no tenia impuesto nada en los bancos de la Europa ni poseía ya ninguna propiedad. Entónces propagaron grandes rumores de sorpresa, viendo el exterior de opulencia de un hombre que sabian positivamente exento de medios para llevar una existencia tan espléndida.

El conde ignoró todos estos clamores, pues comunmente sucede que las murmuraciones del mundo llegan el último al interesado, y eso cuando llegan, sobre todo si son de naturaleza malévola; de consiguiente prosiguió en su antiguo tren de vida.

Uno de los pensamientos dominantes, uno de los objetos sérios de esta historia, halla aquí naturalmente su lugar, y pedimos permiso á nuestros lectores para esplicarle en pocos renglones :

En el seno de nuestra sociedad francesa tan cortés, tan elegante, tan llena de formas amables, existe un monstruo horrible que conoce todo el mundo, con el cual viven todos, de quien nadie se desconfia, ni aun aquellos que son sus victimas... ¡Los estragos de ese monstruo son terribles, inmensos, incalculables! . . .

Mina las reputaciones, envenena, deshonra y ensucia con su baba venenosa los caracteres mas estimables, las almas mas honradas; y ese monstruo es tanto mas temible, sus golpes son tanto mas seguros para devorar inocentes, cuanto que se presenta bajo unas formas tan simples que se le acoje y da por todas partes derecho de ciudadano. . .

En nuestros salones,  
En el interior de las familias,  
En el palacio de los ricos,  
En la boardilla del pobre.

Ese monstruo no tiene nombre ; es una forma del lenguaje, es simplemente una locucion; y esa locucion se compone de dos palabras :

SE DICE :

— ¿Conoce usted á M. . . ? — se pregunta frecuentemente ; designando á un sujeto cualquiera.



— No mucho... Pero *se dice* que sus costumbres son bastante ligeras; que ha tenido aventuras muy singulares... ¡que su familia es muy desgraciada con él!

— ¿Pero está usted seguro de ello?

— ¡Oh!... yo no!... pero *se dice*...

— ¿Y esa jóven tan hermosa, tan brillante, tan obsequiada?...

— *Se dice* que no es imposible agradarla... ¡que no sería el primero!...

— ¡Pero si parece tan decente y tan reservada!

— Ciertamente... ¡Pero *se dice* lo contrario!

— Desconfie usted de ese caballero tan rico... tan acreditado... y tome usted buenas seguridades con él...

— ¡Cómo!... ¡una fortuna tan soberbia... una casa tan excelente!...

— Si, en apariencia... pero *se dice* que sus negocios están embrollados y que sus pagos son difíciles.

— ¿Tiene usted certeza de eso?

— ¡Oh... de ningún modo!... pero *se dice*.

M. de... sale de un ministerio donde se ha hecho notar por actos de vigor y lealtad de un mérito verdadero, y un cualquiera dice:

— ¡M. de... es un jugador de Bolsa!... ha traficado sobre las rentas del Estado..., entró en el poder sin dinero, y ha salido inmensamente rico!

— ¡Pero eso es imposible!... su vida es tan modesta como ántes, y el tren de su casa siempre tan sencillo...

— ¡Pues ha colocado fondos en los bancos extranjeros!

— ¿Quién tiene la prueba de eso?

— ¿Por ventura se adquieren nunca esas pruebas?... ¡lo cierto es que así *se dice*!...

Y ese mortal *se dice* corre, va, viene y mata el honor de un hombre ó la virtud de una mujer, sin que ese hombre ó esa mujer sepan acaso jamas lo que *se dice* de ellos.

Al leer estos renglones, y sin que sea necesario prolongar nuestras citas, cada uno reconocerá la exactitud de nuestra censura; cada uno encontrará en sus recuerdos la verdad de los males sin cuento que causan en el mundo esas dos palabras imprudentes.

Cuando esas dos palabras son pronunciadas por el odio y la venganza, son entónces calumnias infames que la probidad pública llena de desprecio, que la ley persigue con represion severa; pero lo mas frecuentemente son la lijereza ó la conversacion ociosa quienes derraman ese veneno sin mala intencion.

Se repiten con una especie de indiferencia los propósitos que ha pronunciado otro indiferente... y la gangrena moral se propaga así sin que nunca se pueda saber el orijen del mal; pues pocas personas piensan en averiguar el orijen de esos rumores malévolos, y los desgraciados que son el blanco de esas flechas ponzoñosas... ¡las arrastran consigo sin saber que las llevan prendidas!

Lo que el hombre sabio, prudente y leal no debe olvidar nunca es: ¡Que nadie acá abajo puede lisonjearse de no tener enemigos!

Pero no sabemos aun si una suerte semejante sería de desear, pues los enemigos tienen tambien su utilidad: hacen el mérito mas verdadero, ó le dan mas evidencia y valor. Sin embargo, no nos coloquemos por la inconsecuencia del lenguaje como enemigos de personas que no conocemos; no atacemos virtudes quizás reales, méritos verdaderos, reputaciones honorables. No nos hagamos por lijereza los tristes ecos de rumores que perjudican y deshonran; en una palabra, no seamos calumniadores sin saberlo, cuando no quisiéramos serlo de intento y de propósito deliberado.

El conde de Monteleone sufría la influencia del mal que acabamos de señalar; y como se ignoraba el orijen de su fortuna actual, cada uno hacia mil conjeturas y mil suposiciones sobre este hecho tan extraño, suposiciones casi siempre malévolas en estos casos... ¡El mundo es así! De consiguiente, desde esto á los *se dice* ordinarios, el camino estaba trazado; no tenía que nacer mas que un *se dice* para atacar una reputacion inatacable hasta entónces.



¡ Ese funesto se dice nació mas tarde !

La marquesa de Maulear era la sola confidenta de los nuevos recursos del conde, y la preciosa viudita le habia dicho tiernamente cuando le hizo esta confesion :

— ¡ Es mal hecho, señor, el no haberme instruido mas presto de lo que le acontecia tan dichoso !... pues el dia en que creyéndole á usted un fujitivo y arruinado, le dejé leer en mi corazon, no hubiera sabido usted nada de lo que mi dolor y compasion por usted le revelaron....

— ¡ Ah, no me haga usted echar de ménos mi miseria !— replicó Monteleone, — si á ella he debido la dicha de saber que era amado !...

En las largas y dulces conversaciones del conde y la marquesa, nacia algunas veces un cierto embarazo á causa de las opiniones del carbonario. Aminta no se atrevía á interrogarle sobre este asunto delicado, pero no por eso dejaba de inquietarse vivamente, y solo acerca de este punto el conde era impenetrable y evitaba con mucho cuidado todo lo que podia tener relacion con sus proyectos políticos, todo lo que podia instruir á la marquesa sobre este particular.

Una noche que Aminta, el príncipe de Maulear, el conde, madama de Grandmesnil y Tadeo se hallaban reunidos en el salon, la condesa, que no amaba á la jóven marquesa, que ella acusaba de ser indirectamente la causa de la muerte de su sobrino, por su funesta herencia, ni al conde de Monteleone cuyos obsequios hacía Aminta veía con malos ojos; la condesa, decimos, que conocia las opiniones avanzadas del conde, no perdía ninguna ocasion de hacer fuego con todas las baterias de su craácter mordaz contra los liberales, los jacobinos y los extranjeros que venian á traer nuevas semillas de discordia y rebelion á esta pobre Francia tan ajitada ya.

— ¿ Sabes la noticia, hermano? — dijo la condesa al príncipe de Maulear, que acababa una partida de ajedrez con el conde de Monteleone. — ¡ Gracias á Dios y á M. Angles, tenemos un miserable jacobino ménos que temer en nuestra pobre sociedad !

— ¡ Jaque al rey ! — dijo el príncipe á Monteleone, sin escuchar á su hermana.

— ¡ Ciertamente ! — repuso la condesa, prosiguiendo su pensamiento, — seria un jaque mate para el rey si viniesen á triunfar las ideas de esos señores ; ¡ pero afortunadamente M. Angles vela sobre ellos y por nosotros !

Desde este instante no defendia ya su juego el conde de Monteleone ; escuchaba igualmente que Tadeo, el discurso de la vieja señora, y los dos parecian curiosos por saber el fin.

— ¿ Me permitirá la señora condesa que le pregunte quien es el terrible jacobino de que se ha librado el mundo ? — dijo Monteleone teniendo en el aire su pieza ántes de colocarla en el tablero.

— Uno de los mas peligrosos, señor conde, — respondió la vieja señora con aire de triunfo, — y mucho mas si se considera que ese hombre tenia estensas ramificaciones en el ejército, segun dicen.

— ¡ Jaque al rey ! — continuó el príncipe, sin atender mas que á su juego.

— Es cierto... — dijo el conde con una distraccion visible ; y defendió tan mal el golpe, que el príncipe exclamó lleno de gozo :

— ¡ Jaque mate !... mi caro conde ; ¡ la victoria es mia !

— ¡ Victoria soberbia, hermano, — prosiguió la condesa, — pues el jacobino es un jeneral, el jeneral A... ; uno de esos malditos bonapartistas á quienes jamas se hubiera debido confiar mandos en estos tiempos !

El conde y Tadeo se miraron y empalidecieron cuando la condesa nombró el jeneral A..., pues era uno de los jefes de las siete *Ventas* que hemos visto en casa del doctor Mateo.

— ¿ Y por qué motivos han arrestado al jeneral ? — preguntó el príncipe levantándose.

— Por algun compló de conspiracion, — respondió la condesa, — pues los jacobinos y bonapartistas no hacen otra cosa. Sin embargo no se saben aun los detalles ; lo que hay de cierto es, que le han preso esta mañana en su hotel... Lo he sabido hace poco estando de visita en casa de la duquesa de Feltre.



— ¡Es muy extraño! — replicó el príncipe de Malear; anteayer noche dió un baile en su casa... Pero ¿no estabais allí, señor conde? — añadió, dirigiéndose á Monteleone.

— En efecto... — respondió el conde, tratando de disimular su turbacion, — como que le dejé casi el último... á eso de las dos de la mañana.

— ¡Y á mediodia el honrado jeneral ha sido trasladado á la Conserjería! — añadió la condesa ironicamente

— ¡Mal negocio para el jeneral! — dijo el príncipe; pues el gobierno está decidido á castigar severamente los conspiradores. Felizmente la policia se conduce tan bien, que se asegura que entre tres sediciosos que se reunan hay siempre un espía; y eso es muy tranquilizador para la sociedad, pero muy poco lisonjero para los que manejan el compló.

— Yo creo que se calumnia mucho á los señores conspiradores, — dijo el conde con indignacion sin poder dominarse; — ellos están ligados por juramentos tan fuertes, son tan decididos por sus opiniones, que los traidores no son nunca muy numerosos en sus sociedades.

— ¡Qué es eso, querido conde! — repuso el príncipe riendo, — ¿aparece aun el antiguo *Monteleone del Castillo del Huevo?*... ¡Me parece que no estais curado aun de la primitiva enfermedad de sedicion! ¡Se diria que defendeis á vuestros amigos el hablar de los revoltosos!... Sin embargo, espero por vos... y por los que os aman... (y designó á Aminta con una mirada) que habeis renunciado para siempre á vuestras empresas de otro tiempo... y S. M. Luis XVIII, que me ha hecho un elojio tan pomposo de vos, que cuenta tanto con vuestra adhesion, segun me ha dicho... ¡no tendrá que hacer con un ingrato!

— ¡Ah!... — exclamó Tadeo estupefacto, mirando á su asociado, — ¿el rey de Francia cuenta con la adhesion de Monteleone?

— ¡Ignoro en verdad porqué! — replicó el conde, conmovido por este título inesperado de realismo; — pero confieso que sentiria mucho causar el menor pesar, la mas leve inquietud á mis amigos...

Estas palabras fueron arrancadas al conde por la palidez y agitacion que notaba en las facciones de Aminta desde el principio de la conversacion; pero tambien esta nueva declaracion redobló la sorpresa de Tadeo.

— ¡Bien... bien! — dijo el príncipe, — ¡no hay pecado que no se perdone!... Sois un convertido, ya lo sabemos, una obeja descarriada que ha vuelto al redil. ¡Pero ved lo que hace una mala reputacion!... Estalla una insurreccion en Italia, y enseguida se cree que sois cómplice de ella en Francia... Se pretende que os alejen de nuestro país, se os trata como un enemigo, ¡y luego salimos con que el rey de Francia y sus ministros responden de vos!...

Esta série de alabanzas respecto á su realismo redobló visiblemente el mal humor del conde, y por lo ménos otro tanto la sorpresa de Tadeo. Monteleone iba á responder rechazando enérgicamente unos cumplimientos tan poco merecidos, á riesgo de perderse á los ojos del príncipe y de la marquesa; pero la condesa de Grandmesnil recojió su labor y se levantó.

Esto era la señal de retirada, y cada uno iba á disponerse á imitarla, cuando dirigiéndose la marquesa á Monteleone le dijo:

— ¿Quiere usted concederme un momento de audiencia, señor conde?... Deseo hablar á usted acerca de esa obra de beneficencia para la cual se ha dignado usted unirse á mí.

El conde se acercó vivamente á Aminta.

— Una audiencia no se niega nunca á una mujer hermosa, — dijo el príncipe riendo; — ¡y hasta se dice que es el lado flaco de nuestros ministros! Hablad pues con la marquesa, pues ni mi hermana ni yo interrumpiremos el favor que quiere dispensaros.

Y ofreciendo el brazo á la condesa, se salieron ambos del salon.

Tadeo se quedó, pues tenia intereses demasiado graves que debatir con el conde para dejarle.

Aminta dijo muy pocas palabras al conde; pero la emocion profunda de la marquesa las daba un carácter serio y solemne.

— Yo no sé lo que sucede, — le dijo ella; — pero no se me ha escapado la agitacion de



usted y la de Tadeo cuando la condesa nos ha heco saber la suerte del jeneral A.... Un presentimiento secreto me asegura que traman ustedes algun proyecto insensato, y que les amenazan nuevos peligros... ¡En nombre de lo que mas ama usted... en nombre de mi afecto... renuncie usted á unas ideas que pueden perderle, ó me hará usted morir de terror y desesperacion!

Y sin añadir una palabra mas, abrazó á su hermano y entró en su habitacion.

El conde la miró alejarse, como herido por un rayo; pero Tadeo cojiéndole por la mano le dijo:

— ¡Vamos... vamos... pues el arresto del jeneral A... puede perderlo todo!

Los dos amigos subieron en el coche de Monteleone y se hicieron conducir al Hotel de Harcourt.

Esperaban hallar allí á su amigo y llevársele á casa de Apsberg, donde su reunion se hacia indispensable, pues cada uno de ellos debia concurrir con sus luces y parecer sobre el peligro que temian para la asociacion.

René de Harcourt estaba en el hotel: pero al entrar en su cuarto se presentó á los ojos de Monteleone y Tadeo un espectáculo con el cual no contaban. El vizconde acababa de sufrir uno de esos ataques repentinos y preliminares de la cruel enfermedad que habia diez-mado la noble familia de Harcourt.

¡Los placeres del invierno, á los que el jóven imprudente se habia entregado sin medida, las vijilias y cuidados ocasionados por sus relaciones políticas, las asambleas nocturnas á las que se veía obligado á asistir, todas esas causas reunidas habian alterado vivamente la salud delicada del jóven y producido esa tos irritante cuyos accesos resonaban como una campanada fúnebre en el alma de su desgraciado padre.

El conde y Tadeo hallaron á su amigo en cama; á su lado se encontraba el doctor Apsberg, y al otro lado de la cama la preciosa María, dirijiendo alternativamente sus miradas del enfermo al médico, y del médico al enfermo.

El duque estaba en pié apoyado contra la chimenea y regañando dulcemente á su hijo por sus locuras é imprudencias de la estacion; pero la llegada de los dos amigos interrumpió la reprimanda paternal.

— ¡Vengan ustedes á unirse á mí, señores,— les dijo el duque,— y vean si tienen mas imperio sobre su amigo que su padre mismo!... Dígaule ustedes que disponer así de su vida, comprometerla en las vijilias y escesos, es un doble crimen cuando esa vida sostiene la de un pobre anciano que no tiene ya mas hijo que él!...

Y los ojos del duque se humedecieron al pronunciar estas palabras; María corrió á abrazar á su padre, diciendo á su hermano:

— ¡Ya ves, René, que nos haces mal á todos!... Prométenos de ser mas razonable, para no caer enfermo.

— ¡Mi querido padre,— dijo René tendiendo la mano al duque,— yo le prometo á usted que haré lo imposible por agradarle... seré prudente en adelante! Por otra parte, tiene usted un ausiliar poderoso en el conde de Monteleone, mi caro amigo, que tambien ha hecho algunas locuras en su juventud, pero que se ha convertido por el amor, y muy presto lo será del todo por el himeneo.

— ¡Cómo! — repuso María,— ¿el señor conde se casa?

— Señorita,— dijo el conde,— su hermano de usted es un loco y un indiscreto... ¡no hay que creer nunca la mitad de lo que dice!

— Pero entónces ¿ama usted á alguien?... y eso es ya la mitad de su confidencia.

— Lo que necesita nuestro enfermo es el calor y el hermoso cielo del Mediodia,— dijo de Apsberg, para sacar del embarazo á su amigo; — el magnetismo seria impotente con el vizconde; el frio y la humedad es lo que hay que temer.

— Tambien necesita juicio, doctor,— dijo el duque,— y eso es ménos fácil el dársele.... pero cuento con su promesa y con su afecto. Adios, señores (añadió saludando á Monteleone y Tadeo), no le hegan ustedes ni hablar ni velar mucho... ¡Cuento con su amistad!

El duque salió seguido de María, cuya última mirada pareció recomendar á su hermano al



doctor Mateo. Quizás esa mirada encerraba también algún otro pensamiento, pues las miradas de las jóvenes espresan frecuentemente muchas cosas á un tiempo.

Cuando los cuatro amigos se quedaron solos, Monteleone y Tadeo informaron á de Harcourt y al médico, del acontecimiento que causaba su alarma; de Apsberg reflexionó algunos instantes, y luego dijo:

— ¡Nada puede comprometer al jeneral!... Una sola prueba podia haber sido cojido en su casa; pero esa prueba vino á traérmela ayer Monteleone á la mía, y estoy seguro de haberla guardado en el escritorio secreto de mi laboratorio, cuya llave no me abandona de algún tiempo á esta parte.

— ¿Y qué prueba es esa? — preguntó de Harcourt, cuya memoria se había turbado por la emocion y el sufrimiento.

— Esa prueba, — respondió Monteleone, — que seria concluyente para el jeneral y una parte de nuestros afiliados, es la lista de todos los miembros de la *Venta* que preside, porque está firmada por él. Me la entregó anteayer á las dos de la mañana, en medio del baile que daba en su casa, y el dia siguiente se la llevé yo mismo á de Apsberg.

— No importa, — dijo Tadeo; — lo cierto es que hay sospechas contra el jeneral; y si el misterio de nuestras *Ventas* no ha sido penetrado, se asegura que se ejerce enderredor nuestro un espionaje hábil y continuo, de manera que no debe dilatarse mucho el momento de obrar.

— Pero no se debe levantar una bandera sino cuando está uno cierto de poder defenderla; — dijo Monteleone, á quien esta idea recordó al momento las palabras de la marquesa; — y las fuerzas de que disponia el jeneral nos eran indispensables para triunfar.

— A falta de esas fuerzas tendremos la opinion por nosotros, — dijo el médico; — nuestros hermanos de las *Ventas* valdrán tanto como sus soldados, y se animarán mucho mas cuando sepan el número inmenso que componen, y que ahora ni aun le sospechan.

— No precipitemos nada, creedme, — replicó Monteleone. — Los seis jefes principales de las *Ventas* de Paris deben entregarme las listas de sus afiliados, como lo ha hecho el jeneral, y solamente cuando sepamos ciertamente su número podremos decidir el dia de la accion.

Los tres amigos adoptaron el parecer del conde, y se separaron recomendándose la prudencia; pero en el pensamiento de cada uno de ellos quedó una especie de impresion fatal, recordando las incertidumbres del conde, cuando de ordinario se mostraba tan fogoso y atrevido, y mucho mas emprendedor que todos los asociados.

El conde, como acabamos de decirlo, habia obedecido al impulso de su alma, conmovida aun por las súplicas de Aminta; y esa alma sintió debilitar su conviccion y su deber, quizás por primera vez en su vida, tan solo por los ruegos y la desesperacion de una mujer.

Al entrar de Apsberg en su casa corrió á su laboratorio, abrió el estante secreto que contenia los papeles de la asociacion, y se aseguró de que la lista que contenia los nombres de los carbonarios, hecha por el jeneral A... y entregada á él por Monteleone, estaba intacta en el cajon secreto. Entónces respiró libremente, y durmió sin inquietud sobre las consecuencia que podia tener el arresto de su cómplice.

Pero el dia siguiente le trajeron un billete escrito con lapiz por el jeneral mismo; y el hombre que le habia traído desapareció al instante.

El billete decia así:

« La lista de nuestros asociados, firmada por mí, se halla en las manos del prefecto de » Policia.

» ¡Yo la he visto... y estoy perdido! »

De Apsberg dió un grito de terror y se quedó confundido.



---

## SE DICE.

---

L.



El arresto del jeneral A... produjo un doble efecto en Paris.

La ciudad adquirió mucha confianza en una policía activa que buscaba, hallaba y se apoderaba de los enemigos del orden en donde quiera que se hallasen; de modo que los jefes de la vasta sociedad del Carbonarismo llegaron á temblar luego que supieron que el gobierno estaba enterado de sus planes y sus proyectos!...

Todo el mundo preguntaba lo que habia podido motivar el encarcelamiento del jeneral, tratando de averiguar los medios por los cuales se habia llegado á descubrir al culpable ó mas bien á los culpables; pues los principales asociados de la Venta que dirigia el jeneral fueron arrestados sucesivamente despues de su jefe, al paso que los demas afiliados se vieron vijllados despues de este suceso.

Nada sin embargo llegó á traslucirse ni sobre el delito de que se acusaba al jeneral, ni tampoco sobre los agentes ocultos de quienes se habia echado mano para conocerle.

En eso la policía obró con mucha prudencia y con habilidad extrema, porque el jeneral y sus asociados solo formaban una muy débil seccion de un inmenso compló.

Solo el tiempo y los *buenos oficios secretos* podian facilitar y poner en manos del gobierno los hilos de esa vasta trama que amenazaba envolver á la Francia y á la Europa entera.

Se habló de conspiracion, de compló militar, y se aguardó el dia de los debates de aquel asunto para conocer su fondo y sus consecuencias.

La autoridad no se tomó mucha prisa en instruir el proceso.

Le faltaban otras armas y las *esperaba* con paciencia.

Así se pasó un mes en semejante situacion; y como en Paris todo se suele olvidar con facilidad y muy pronto, nadie se ocupaba ya del jeneral A..., ni de su prision, cuando de repente la atencion pública volvió á preocuparse de ese tenebroso asunto.

El invierno de 1819 se prasantó con mucho brillo en Paris.

Las fiestas, los conciertos y las recepciones en el palacio animaban esta grande ciudad, en donde el oro del extranjero llovía por decirlo así y caía sobre el comercio y la industria,



en donde cada vez se rivalizaba en lujo y opulencia, y en donde la señora duquesa de Berry daba sus encantadores bailes íntimos, que aun recuerdan los que concurrían á sus salones!

El misterio de la carta escrita á de Apsberg por el jeneral A... y la seguridad que este decia tener de haber visto la lista de los asociados firmada por él en manos del prefecto de policia, todo eso era una cosa incomprendible para los amigos de la *Venta* suprema, porque la lista entregada al médico por el conde de Monteleone se hallaba aun entre los papeles de este.

El jeneral estaba incomunicado, y por consiguiente no habia podido pedirle ninguna explicacion sobre este punto.

Los otros seis jefes de las *Ventas* ignoraban el arresto de su cómplice, pues los cuatro miembros de la *alta Venta* habian decidido no darles parte de semejante incidente, porque segun la opinion del conde, si esos jefes llegaban á tener conocimiento de tan extraño hecho, esto podria muy bien entibiar el celo de sus asociados, é inspirarles temores sobre las nuevas listas que tenian que entregar á Monteleone.

Esas listas, como hemos dicho, podian ellas solas decidir el momento de obrar revelando á los cuatro jefes supremos el número exacto de sus afiliados en Paris.

Por otra parte, y segun los estatutos del Carbonarismo frances, las firmas de los asociados eran empeños muy sagrados, teniendo ademas la ventaja de ponerlos en la indispensable necesidad de concurrir á la obra en el dia y hora indicados.

Era hasta cierto punto una declaracion de guerra hecha al gobierno, y por consiguiente era preciso vencer ó morir.

¡Prudente sistema por cierto de las malas causas!... que no tienen fé en el juramento de sus neófitos, prohibiéndoles el remordimiento ó el arrepentimiento, colocándolos así entre la muerte y la salvacion!

El vizconde de Harcourt, apénas repuesto de su grave indisposicion, salia muy poco del hotel de su padre, y por consiguiente tomaba escasa parte en las diversiones del invierno.

Tadeo, cada vez mas enamorado de la embajadora de Nápoles, y mejor acogido por ella de dia en dia, casi habia limitado sus relaciones á las de esa seductora mujer; y no obstante que él no ignoraba que si esa señora le buscaba con frecuencia era con el objeto de hallar ocasion de hablar del conde, con todo, Tadeo no desesperaba de que al fin llegaria á ablandar aquel corazon que habia sido tan insensible hasta entónces!

Sus visitas eran tan asiduas que pasaba en la sociedad por el *chichisbeo* de la duquesa; y el duque de Palma ocupado por otra parte con sus amores de la Opera, no parecia inquietarse en manera alguna de las frecuentes visitas de Tadeo Rovero.

El señor de Apsberg vivia mas retirado que nunca, y casi no dejaba un momento su laboratorio á no ser para ir á casa del duque de Harcourt, en donde el despejado médico era muy bien recibido por todos los miembros de la familia sin olvidar á la encantadora María, cuyas fuerzas y salud parecian renacer de momento en momento, como sucede con esas bellas flores que habiendo estado mucho tiempo descuidadas renacen y cobran fuerzas cuando se sienten atendidas y amparadas por la constante mano de un hábil jardinero.

En cuanto al conde de Monteleone, este pasaba en la alta sociedad de Paris que le buscaba con vivo celo, todos los instantes que no podia pasar cerca de la marquesa de Mauléar.

Mas en eso llenaba entónces un penoso deber, pues allí solo era en donde podia encontrar los carbonarios de la alta sociedad sin escitar y mover sospechas.

La causa del jeneral A... debia presentarse á luz muy pronto. La instruccion habia sido ya empezada.

Revelaciones ó pesquisas hábiles y dirigidas con tino podian perder la sociedad.

Era preciso pues verse y concertarse para evitar tamaña desgracia.

El conde de Monteleone previno con ese objeto á los señores C..., el abogado B... al baron Gb..., al banquero F... y al mal rico comerciante Ober... que era tal vez el mas im-



portante de los Carbonarios, en razon de sus negocios con los primeros comerciantes de Paris.

El banquero F. . . dió una espléndida comida con el objeto de reunir los jefes de las principales *Ventas*, al conde de Monteleone.

Pero M. F. . . con el fin de que no se escitase demasiado la atencion jeneral, habia invitado tambien con esos personajes á lo mas selecto y distinguido de la capital, como pares de Francia, algunos ilustres militares, numerosos diputados, y varias señoras célebres tanto por su posicion social como por su hermosura!

La conversacion fué tomando insensiblemente un aspecto político, materia muy de moda entónces.

El conde de Monteleone, á quien los abusos del gobierno francés y la camarilla de las Tóllerias indignaban muchísimo, olvidó por un momento su reserva habitual, y dando un libre curso á sus opiniones, acusó de un modo un poco severo la conducta del ministerio, se condolió de la suerte del pueblo á quien le iban arrebatando su justa libertad, y condenó la censura de los escritos y de la palabra, único recurso, añadió, para hacer justicia á las quejas de los que sufren y á las reclamaciones de los que se hallan oprimidos! . . .

El dueño de la casa M. F. . . se unió al discurso liberal del conde.

El abogado B. . . , y el baron Ch. . . , hicieron ver sus simpatías por las ideas avanzadas de Monteleone, y el deseo que tenian de que cambiase la suerte del pais, cuyas instituciones no satisfacian, segun ellos, ni á las necesidades que se observaban ni á los derechos del pueblo!

Aquella discusion, provocada por el conde de Monteleone, fué tan atrevida y de una temeridad tan marcada, que muchos de los convidados se miraron con asombro y algo aterrados, creyéndose comprometidos por la espresion de unos sentimientos confesados con tanta vehemencia!

Ese sentimiento de temor era tal que muchos de los convidados por M. F. . . , llamándole aparte despues de haberse levantado de la mesa, la preguntaron si estaba bien seguro de la discrecion de los que allí se hallaban.

M. F. . . desvaneció enérgicamente semejantes temores.

Las personas que yo recibo en mi casa, replicó con marcado descontento, no todas son amigas del gobierno; pero nada de lo que se dice aquí se repetirá afuera, y es bien seguro que el ministro de policia no tiene *representante en mi mesa!*

Las palabras de M. F. . . no hicieron mas que tranquilizar á medias á algunos de los convidados, porque públicamente se decia, que entre las personas de la alta sociedad se hallaban algunos individuos pagados secretamente por M. Inglés, y que hasta ciertas señoras nobles, y algunos señores arruinados y pródigos no desdeñaban ganar esos sueldos vergonzosos.

A eso de medianoche, y cuando principiaron todas las partidas de juego, algunos de aquellos señores jefes de *Venta*, se fueron esquivando diestramente uno tras otro de la sociedad, y entregaron las listas de sus asociados al conde de Monteleone, conviniendo con él en que se darian las órdenes convenientes lo mas pronto posible y miéntras se seguia la causa al jeneral, para un movimiento revolucionario con el fin de plantear el Carbonarismo en Francia y en todos los reinos del continente.

Mas ese terrible proyecto fracasó, como veremos mas tarde, por los golpes mortales é improvisados que cayeron sobre la cabeza del Carbonarismo parisiense!

Cuatro dias despues de la comida dada por M. F. . . , este, el abogado B. . . y el baron Ch. . . fueron arrestados.

El primero en su gabinete;

El segundo al salir de palacio;

Y el tercero al ir á la Opera.

Semejante noticia infundió un vivo terror en la capital!

Los demas convidados de M. F. . . principiaron á hacer su exámen de conciencia, tratando de acordarse si se les habia escapado alguna herejia contra el gobierno en la fatal co-



mida!... ó si habian pronunciado alguna palabra temeraria en medio de la discusion, pues temian que el mas leve signo de asentimiento á las opiniones tan claramente manifestadas podia ser lo bastante para esponerlos á los resentimientos y venganzas de una diestra y desconfiada policia...

Porque parecia probado que la policia habia sido instruida de los discursos de los tres personajes arrestados sin duda por la infidencia de algun individuo...

En semejantes circunstancias natural era el pasar una escrupulosa revista de todos los convidados; se trató de averiguar la vida pública y particular de cada uno, buscando las faltas, los errores, los gustos, costumbres, vicios y defectos de todos los que se habian hallado en aquella comida.

En tan minuciosa pesquisa no se tuvo en consideracion ni el rango, nacimiento, sexo, ni posicion social, poniendo en juego intrigas, ardidés, el oro y todo cuanto fuese necesario para conocer el delator, para arrancar la máscara al enemigo comun, para ahogar la serpiente que, introduciéndose en medio de la sociedad, la mordia en el corazon, desgarrando el pecho que le habia servido de asilo.

El arresto del jeneral A... se presentó naturalmente á la imaginacion de todos.

Semejante suceso habia tenido lugar precisamente á resultas de un baile que habia dado el valiente jeneral.

Y M. F... acababa de perder su libertad á consecuencias de haber dado una comida.

Mas esta vez no habia sido un hombre solo el blanco de la denuncia, puesto que otros dos se hallaban presos tambien, y como él se habian manifestado apasionados, enérgicos y violentos, censurando los actos del ministerio que desaprobaban la oposicion liberal y una parte de la nacion.

Entónces se acordaron perfectamente que el conde de Monteleone habia suscitado esa ardiente polémica; que él mas que ningun otro se habia adelantado en tan peligroso terreno, y que su audacia habia sobrepasado la del amo de la casa y los convidados de modo que temian le llegase el momento de sufrir la misma suerte de los tres presos.

Ese temor era tanto mas fundado, cuanto que M. de Monteleone no ocultaba sus opiniones liberales, ni sus doctrinas revolucionarias, de modo que su conducta y antecedentes políticos debian esponerle naturalmente uno de los primeros á la atencion de la policia y á sus rigores!

Así fué que no sin gran sorpresa vieron que M. de Monteleone se hallaba en libertad, no comprendiendo como el mas imprudente de todos los oradores de la comida habia tenido en su favor una singular é incomprensible escepcion.

Mas no permanecieron por mucho tiempo en esa especie de asombro.

Bien pronto se principió á hablar por todas partes de una manera estraña, propagando sordos rumores.

La impunidad que la policia acordaba al conde fué el tema favorito de las conversaciones de todos los salones.

Al instante sacaron á luz su vida privada, colocando á la víctima en esa especie de mesa anatómica moral en donde el escalpelo de la opinion pública disecciona sin piedad el sujeto cuya llaga secreta y ocultos vicios le interesa conocer!

Desde entónces empezaron á jugar su miserable papel esos terribles impersonales de *se dice, dicen que...*

— *Dicen* que el conde de Monteleone podria muy bien no ignorar enteramente lo que está pasando... porque le han visto hablar largo rato con el jeneral A... la noche misma de su baile...

— ¡Cómo! el conde de Monteleone!... ¿un gran señor como él?

— Todos esos grandes señores italianos son suspectos!...

— ¡Suspecto él! cómo!... un liberal... un revolucionario!...

— No hay que estrañarse, porque se cambia con tanta facilidad de política en este mundo... sobre todo cuando la fortuna va desapareciendo... cuando empieza á sentirse el ma-



lestar... cuando el dinero escasea... Porque *dicen* que está arruinado completamente, sin que por eso disminuya ni el lujo, ni los gastos ordinarios.

— ¡Verdad es, todo eso no se comprende!...

— Vaya, vaya, también dicen que los cofres de la prefectura pudieran muy bien jugar cierto papel en ese asunto!...

— Podría ser que...

— También *se dice* que la orden que le dió el ministro para salir de Francia no es otra cosa más que un efugio, un paso convenido para desvanecer las sospechas, y conservarle *aquí útilmente*.

— ¿Lo creéis posible?... Pero en ese caso sería un infame! ¡sería un hombre cuya compañía convendría huir!... sería un...

— Yo no sé nada... pero así *lo dicen*!...

Por cierto que *no lo decían así* cuando esas palabras fueron pronunciadas por la primera vez!...

Esas palabras habían sido pronunciadas por el miedo que había ocasionado el suceso del día, por la cólera, por el disgusto que experimentaba algún amigo, algún hombre adicto á uno de los tres carbonarios comprometidos y presos!...

También podía ser que las hubiese propagado alguna persona maléfica que tenía interés en proceder así!...

De todos modos el *se dice* se repitió, se comentó, se divulgó y fué estendiéndose de salón en salón como la gota de aceite que, formando en el principio una mancha casi imperceptible va tomando poco á poco vastas proporciones...

Esa culpable lijereza, que nosotros censurábamos en el precedente capítulo, se hizo la mensajera de ese dicho atroz.

Primeramente se comunicó casi á las calladas, propagándose lentamente en su origen; enseguida tomó cuerpo, se fortificó y se fué aumentando con todos los incidentes de la maldad ó de la habladuría.

Por cada boca que iba pasando recibía un detalle ó una nueva prueba...

Un mes se había pasado apenas después de la funesta comida del banquero carbonario, y ya todo París sabía el odioso papel que se atribuía al conde de Monteleone.

Sin embargo, los verdaderos amigos del conde se preservaron de ese contagio; pues como todos sabían que esos amigos tenían una estricta amistad con M. de Monteleone, nadie quiso prevenirlos de aquellos susurros, porque ninguno quería comprometerse con ellos repitiendo esos dichos que carecían de pruebas, y cuyo origen era desconocido; por manera que esas mismas tres personas que tanto interés tenían en conocer y saber el progreso del rumor sordo que corría, y las solas que hubieran podido desmentirlo, esas tres personas, digo, ignoraban completamente el infame sello que marcaban en la frente de un amigo.

En cuanto á Monteleone, ese ignoraba aun más que sus amigos la horrible fábula que hacía circular sobre su conducta.

Los demás jefes principales de las *Ventas* que hubiesen podido orientarle, aterrados de la suerte de sus asociados, permanecían en el interior de sus familias, absteniéndose de presentarse en la sociedad en donde bien pronto hubiesen sabido todo cuanto se decía del grande apóstol de la carbonaria!

Entonces principió para el conde de Monteleone una serie de decepciones, de sorpresas y de mortificaciones, en las que no quería reconocer un objeto injurioso; pero su vida vino á ser un enigma que no podían descifrar ni su razón ni su honor.

Algunos salones se le fueron cerrando bajo especiosos pretextos!... No pocas veces fingían haberle olvidado en los convites de fiestas y saraos, ó en las reuniones en que en otro tiempo era el principal y muy buscado corifeo.

Nadie se atrevía á ajar ó despreclar cara á cara á un enemigo oculto cuyo poder debía ser grande por la misma razón; pero esa alma fiera y soberbia principiaba á sentirse herida con el frío recibimiento que hallaba en la sociedad.



Las personas mas íntimas trataban de evitar el encontrarse con él, y no le daban la mano sino con una especie de repugnancia marcada.

Su hotel fué quedando desierto, y se le fueron cerrando las puertas de aquellas casas que visitaba con mas frecuencia.

Al conde le pareció al principio que el motivo de semejante conducta procedia del temor que podian inspirar sus opiniones segun los rumores que habian corrido de que pertenecia á alguna sociedad secreta; pero viéndose protegido por la completa indiferencia de la policia para con él, trató de buscar otra causa que pudiese justificar la especie de proscripcion pública que empezaba á pesar sobre él.

Esa causa no pudo adivinarla y ménos preguntarla; porque semejante posicion para un hombre honrado es intolerable sin poderse resolver á escitar esplicaciones; y así fué que Monteleone se sintió de repente atormentado por una desconfianza íntima que causa esa especie de ostracismo de la sociedad; al paso que esta atribuyó el aislamiento del conde á la justicia que parecia hacerse á sí mismo!

Monteleone continuó mas asiduo que nunca en visitar la encandora mujer que adoraba, prometiéndose el casarse con ella luego que el tiempo ú otras circunstancias lo permitiesen.

En ese dulce y tierno afecto se consolaba sin duda, tratando tal vez de contrarrestar así sus disgustos, y todos esos temores que oprimian su corazon, porque un sordo terror se habia apoderado de todos los afiliados de la carbonaria, luego que tuvieron lugar los diferentes arrestos, cuya causa era un misterio impen trable hasta entónces.

Un suceso imprevisto vino á complicar tristemente la posicion del conde de Monteleone.

Se hallaba una noche en uno de los raros salones en donde todavía le recibian.

Era en casa de M. L... en donde hemos visto al marqués de Malear jugando inmensas sumas contra ese inglés que le arruinó mas tarde.

M. L... mas prudente, mas circunspecto que otros muchos, no habia hecho caso de los tristes rumores que corrian sobre la conducta de Monteleone, invitándole para que asistiese á un magnífico sarao que habia dispuesto en su hermoso hotel de la calle de Antin.

Monteleone se habia separado del jentío y se paseaba solitariamente en un vasto invernadero lleno de plantas y flores exóticas y de magnificas camelias, poco comunes entónces en Paris.

Despues de haber paseado largo rato, llegó cerca de un retrete bastante retirado en el que hablaban diferentes caballeros.

El conde iba á alejarse, cuando oyó en un cuarto inmediato que pronunciaban su nombre, cosa que llamó su atencion.

— Sí, señores, sí,—decia uno de los que hablaban con un tono avivado por la cólera y la indignacion;—sin duda alguna debeis estrañaros de verme enmedio de este sarao cuando mi familia derrama copiosas lágrimas, cuando mi carrera ha sido cortada, y cuando yo mismo estoy desesperado. . . Pero habiendo llegado á Paris hace cosa de ocho dias, solo he venido á este sarao para encontrar al conde de Monteleone á quien busco por todas partes, pues deseo provocar públicamente á ese miserable y vengarme de él!

Apénas oyó esas palabras el conde de Monteleone cuando se lanzó en el retrete cara á cara con el que acababa de insultarle.

El autor de esa ofensa era un hombre de veintiocho á treinta años, vestia el uniforme de la marina real, de una fisonomía dulce y noble, pero cuyo semblante anunció al instante una espresion de furor á la vista del conde de Monteleone.

— Caballero, le dijo el conde, ya no teneis que buscar por mas tiempo á aquel á quien habeis tenido el atrevimiento de tratar tan duramente! dándome por muy contento de la casualidad que me ha facilitado el hallarme cerca de vos, para evitaros el escándalo inútil que deseais, cuyo objeto desconozco completamente!

— Nos escuchaba!. . . dijo el jóven designando á Monteleone con un ademan de desprecio; pero no tiene nada de estraño que. . .!

— La casualidad, (contestó el conde con mucha sangre fria y con esa fuerza con que sabia dominarse cuando era necesario), la casualidad y nada mas me ha facilitado el oiros, y creo



que os felicitaréis como yo, porque un baile me parece un punto poco á propósito para tener una esplicacion como la que de vos espero!

—Todos los puntos son buenos—contestó el oficial con el tono mas insolente,—para decirs lo que pienso de vos!... para repetiros cara á cara el epíteto que habeis sorprendido, el que estoy proto á repetiros delante de todos los que se hallan en los salones!

—Caballero,—contestó Monteleone con la misma calma,—espero que ante todo os serviréis decirme con quien hablo.

— Soy el teniente de navío A. . . hijo del jeneral A. . . á quien infames calumnias y denuncias le encerraron en la Conciergerie! . . .

— ¿Qué es lo que oigo? — dijo el conde; — ¿sois vos el hijo del jeneral A. . . ?

— Y en cuanto al motivo que me guia, replicó el teniente con mayor violencia todavía, no puedo ni quiero decíroslo, porque entónces no me seria posible batirme con vos!

— Caballeros,—dijo el conde dirijiéndose á los testigos de aquella escena, cuyo ruido habia atraído ya algunas personas al retrete,—este jóven es un loco, y el dolor sin duda le ha trastornado la cabeza! Nadie mas que yo siente la desgracia de su padre... y quiero dar al jeneral A... una nueva prueba de mi simpatia por su desgracia, acordando á su hijo hasta mañana para que haga una reparacion completa de su increíble injuria! . . .

Hé aquí mi tarjeta, continuó el conde dejándola sobre una mesa, aguardaré hasta mañana las excusas del señor teniente A... ó bien su hora para hacerle pagar cara la increíble afrenta que me ha hecho! . . .

Al concluir esas palabras salia el conde del retrete, al paso que los amigos del teniente le contenian y calmaban su furia sacándolo fuera del hotel.

El conde de Manteleone recibió al dia siguiente por la mañana la carta siguiente:

» Señor conde :

- » Léjos de dirijiros mis excusas, sostengo todo lo que ayer he dicho! . . .
- » Sois un miserable, un cobarde! . . .
- » Vuestra conciencia debe deciros porqué. . .
- » En cuanto á mí, debo aun repetiros que si articulase una sola palabra, ó que mi mano trazase la causa porque os desprecio, ya no me seria posible vengarme y mataros! . . .
- » No me pidáis, pues, una esplicacion que no os revelaria mas de lo que sabeis!
- » Si la injuria que renuevo y que firmo no es suficiente para haceros salir al campo, recurriré á otros medios.
- » Os espero hoy á las dos en el bosque de Bolonia detras de la abadía de Longchamp.
- » Hé elejido esa hora para poder tener aun tiempo de dar un abrazo á mi desgraciado padre!

» *El teniente de navío,*

» GUSTAVO A. . . »

— El infierno me persigue á cada momento! . . . —dijo el conde de Monteleone al recibir la carta;—el misterio! siempre un odioso misterio es el que me rodea por todas partes! . . . siempre esa horrible oscuridad! . . .

Enseguida tomó la pluma y escribió la siguiente línea que hizo entregar al portador de la carta :

» A las dos en el bosque de Bolonia. »





---

## EL DESAFIO.

---

LI.



NA mañana de diciembre, pero una de esas mañanas en que brilla el sol en un cielo sin nubes, en que el aire no pasea ninguna niebla, en que se creeria uno en la primavera si la temperatura no fuese tan fria, si las flores se abriesen, si el sol fuese tan caliente como brillante, la jóven marquesa de Malear se hallaba sentada delante de un caballete en un taller de pintura situado cerca de su salon. Aprovechándose Aminta de uno de esos dias tan puros que son tan raros en el invierno, acababa con un cuidado y un ardor estremados un lindo retrato al pastel, digno de los pinceles de Latour, por su gracia, su vivacidad y perfecta semejanza.

¡Verdad es que la retratista no habia podido escojer un modelo mas precioso!

Era una mujer de unos veintidos años, de una distincion sin igual, de un color de azucena con venas delicadas de záfiro; su hermoso rostro estaba encajonado entre unas bandas espirales de ébano donde contrastaba la luz maravillosamente...; En una palabra, Aminta hacia el retrato de Aminta!

La jóven se pintaba á sí misma, copiando sus facciones que reproducia fielmente un espejo magnífico de Venecia, colocado enfrente de su caballete. . . ¡Y ese retrato delicioso era inspirado por el corazon!

En derredor de los pinceles de la artista revoloteaban dulces pensamientos de amor. . . y á veces se escapaba un suspiro por entre las dos líneas de coral que designaban la linda boca de la pintora, cuyo soplo lijero borraba el polvo impalpable de los colores que recibia la vitela.

Este taller delicioso, creado por los cuidados del príncipe de Malear para su nuera, era la pieza mas linda y mas artística que se puede imajinar.

Cubrian las paredes unas colgaduras de terciopelo oscuro, y sobre este fondo severo se veían colgados aquí y allá varios cuadros de los maestros antiguos y modernos; una ninfa de Girodet, un estudio de Gerard, dos de Lebrun, tres cuadros de Greuze, uno de Murillo



dos de *Claudio Lorrain*, procedentes del palacio de los duques de Bouillon, uno de *Salvator Rosa* y una *Virgen del Corregio*, adquirida por el príncipe para la marquesa, por la mucha semejanza que tenia con la Santa Imájen.

Ademas, habia algunos floreros magníficos del Japon conteniendo plantas exóticas todas floridas; y finalmente tenia un elegante techo pintado por nuestro escelente y hábil *Cicero*, que empezaba entónces su reputacion.

El taller de la bella artista daba á piso llano sobre el jardin del hotel, y no estaba separado de él mas que por unas grandes ventanas guarnecidas de hermosos cristales, que dejaban llegar á este santuario del arte una luz disputada por las cortinas que cubrian la mitad de las ventanas.

El pobre *Scorpione*, sentado á pocos pasos de la marquesa sobre un almohadon, hojeaba un album de grabados, y miraba de cuando en cuando á Aminta para leer en sus ojos los pequeños servicios que podia hacerle, y su instinto de afecto no le engañaba nunca.

¿Veía venir ántes que Aminta lo notase un rayo del sol que iba á caer inopinadamente sobre el dibujo de la marquesa?... pues él volaba á correr la colgadura para oponerse á la invasion repentina del indiscreto.

Le presentaba ántes que lo pidiese, el pincel que estaba pronta á buscar; volvía á poner bajo sus piés el cojin que la distraccion ó la preocupacion habian alejado; avivaba el fuego moribundo cuando pensaba que deseaba tener calor, y esta adivinacion injeniosa era tan constante en *Scorpione*, que la marquesa se hallaba así servida, adivinada y obedecida sin saberlo, ántes de que hubiese espresado sus deseos.

Silencioso, contemplativo y en calma, *Scorpione* obraba sin ruido ni agitacion, semejante á esos buenos jénios de los cuentos árabes que se hacen los servidores invisibles de las bellas princesas á cuyos destinos están agregados eternamente.

La pasion profunda de este desgraciado jóven por su ama no era ya mas que un éstasis perpetuo, exento de todos los deseos y violencias del amor. Ya no amaba á la compañera de su infancia, ¡la adoraba como hubiera podido adorar á una santa, si *Scorpione* hubiese podido adorar otra cosa que Aminta ni en la tierra ni en el cielo!

¡Vivia con sus gozos, lloraba con sus lágrimas, sufría con sus padecimientos, y amaba casi con sus amores! pues este ser desgraciado que no tenia ya mas que un sentimiento moral, su ternura, habia comprendido el amor de Aminta por el conde de Monteleone; y habiéndose domado ya sus celos, no sentia ya mas que un deseo ardiente por la felicidad de Aminta. Y llegaba á tal punto, que la espresion de gozo que se mostraba en los ojos de Aminta á la llegada del conde, se reflejaba en cierto modo sobre el rostro del pobre idiota á la aparicion de Monteleone.

— ¡Vaya,— dijo de repente Aminta hablándose á sí misma como si hubiese estado sola en el taller,— pues que ama el orijinal, no estará descontento de la copia!... pues soy yo... soy yo! —añadía examinando alternativamente su figura en el espejo, y la imájen que habia trazado.

El idiota levantó la cabeza al oír la voz de Aminta, y se acercó sin sentir á ella.

— ¡Vaya, mira! —le dijo la marquesa.— ¿Es parecido?

Y le señalaba alternativamente su figura y su retrato.

*Scorpione* alargó su dedo índice hácia el retrato, y señalando los ojos de la pintora y luego los de su obra, hizo un jesto de descontento.

— Ya entiendo,— respondió Aminta; — tú encuentras esos ojos ménos vivos y alegres que los míos en este momento... Pero ¡qué quieres, Tonio! el dia en que los he dibujado estaban muy tristes... pues habia estado casi un mes sin verle!... y en aquella época, no estaba destinado para él este retrato! Pero voy á corregir ese defecto; voy á tratar de hacer pasar á las miradas de mi copia todo el gozo y la esperanza de mi alma... ¡y entónces estarás contento... y él tambien!

En este momento anunciaron el conde de Monteleone.

— ¡Que entre!... — dijo vivamente Aminta; — ¡pero no verá nada! ¡nada hasta que me halle completamente satisfecha!



Y la marquesa cubrió prontamente su dibujo.

El conde estaba muy pálido; una emoción secreta se dejaba percibir en sus facciones, y notándolo la marquesa inmediatamente, le dijo:

— ¿Qué tiene usted?... ¿por qué viene usted á verme tan pronto? No le hago á usted una reconvencción; pero si esta visita tan de mañana debe privarme de la de la noche... no la quiero, señor; váyase usted... no me agrada el cambio, pues perdería en él...

— ¡Qué adorable es usted! — respondió Monteleone; — ¡y cuán dicho soy de oír á usted calcular así nuestros instantes de felicidad!

— ¡Oh!... soy muy exigente, señor... ya se lo he prevenido á usted; ahora no le haré ya gracia de una sola hora... ¡pues se pasan tan pronto en nuestras conversaciones íntimas!... ¡y luego la vida es tan corta!...

— Sí, cortísima, en efecto, — repuso el conde; — y la vida como se digna usted hácermela llevar ahora... como me lo promete usted, sobre todo... ¡no debería acabarse nunca!

— Nunca!... sería muy largo... acaso para usted...

— ¡Sería la eternidad!... y yo necesitaria de la eternidad para probar á usted mi ternura!... Y luego, ¿no he tenido en este mundo un purgatorio bien largo?... ¿No he sufrido todos los tormentos del infierno desde el día en que me fué preciso renunciar á usted?... ¡No... (esclamó con pasión)... no podría usted figurarse como yo le amaba entónces... como la amo á usted ahora!...

— ¡Sí tal... sí tal!... — dijo Aminta riendo. — Un corazeu como el de usted no debe amar seriamente mas que una vez en su vida!... Digo seriamente, señor, ¿entiende usted?... Esa palabra es tan profunda, que no quiero pensar en ella... y no obstante me tranquiliza cuando mi imaginacion quiere penetrar en el pensamiento de usted... ¡Oh!... no tema usted nada! — añadió ella, viendo un jesto de Monteleone. — No sé nada, ni quiero saberlo... Usted me ama, usted me amará siempre, ¡y tengo fe en el porvenir!

— ¡El porvenir es de usted, Aminta! — dijo el conde con un dolor que no pudo vencer.

— ¡Al ménos tanto como Dios quiera permitirlo!

— ¿Qué quiere usted decir? — preguntó la marquesa con inquietud, notando por segunda vez la emoción del conde. — ¿Le amenaza á usted alguna nueva desgracia? ¿quieren alejarle á usted aun de Paris?... ¿de mí?... ¡Y bien!... si así es, nada importa; el país que vaya usted á habitar será el mio, el cielo que escoja usted será mi cielo... ¡preferiré el clima que usted prefiera, aun cuando fuese tan sombrío y helado como cálido y espléndido es el nuestro!... ¡La verdadera patria es aquella donde uno es dichoso!... pero ¿en qué piensa usted?... ¿Qué significa ese aire tan abatido?

— ¡Querida Aminta, — dijo el conde con un trasporte que no pudo dominar, — sería terrible el haber de morir ahora!...

*Scorpione* se acercó al conde al oír estas palabras, y le miró con un aire extraño. Se hubiese dicho que ese pobre idiota acababa de ser iluminado por un presentimiento funesto, como se asegura de esos idiotas del Norte que se dicen dotados de presciencia innata.

Las palabras del conde habian penetrado dolorosamente en el alma de Aminta, y le dijo tendiéndole la mano:

— ¡Amigo mio... yo le veo á usted sufrir hace algun tiempo... no tiene usted hoy cerca de mí ese aire dichoso que le daba mi presencia!... ¡Por piedad, no me oculte usted nada!... ¡Hay alguna cosa terrible que me es desconocida!... Pero ¿á quién la confiaría usted, si no es á mí?... ¿Qué corazon debe sufrir con el de usted, si no es el mio?... ¡Hable usted... hable usted por Dios... pues ¡la incertidumbre es peor que la desgracia misma!

El conde sintió despedarzarse su alma al escuchar la espresion de un amor tan verdadero; su secreto subia hasta sus labios y parecia pronto á escaparse de ellos. Pero revelar á esta jóven y sencilla mujer la suerte que le amenazaba, ese duelo que se anunciaba como



debiendo ser á muerte y sin merced, que podía cortar el hilo de su vida en medio de unos sueños tan dichosos.... ¡todo eso era bárbaro é imposible, y el conde hizo un esfuerzo para conjurar la tempestad que habia suscitado, atenuando los temores y borrando las sospechas que habia hecho nacer.

— ¡Mi noble y querida Aminta! — le dijo, — no me veo obligado por un poder arbitrario y violento á separarme de usted... pero quizás voy á emprender un viaje... y un viaje largo... (añadió dando un suspiro que no pudo retener). Un negocio, un deber imperioso me obliga á ello... ¡y me ve usted triste porque vengo á hacer una despedida triste!

— ¡Un viaje! una marcha! ¡Una despedida!... — dijo Aminta empalideciendo! — ¡Pues bien... espere usted aun algunos meses... y entónces haremos juntos ese viaje!...

— ¡Usted... Dios mío! — dijo el conde fuera de sí, al considerar cuanto amor encerraba esa idea, y qué sentido tan fúnebre tenia para él. — ¡Oh, no... no... ese viaje debo emprenderlo yo solo!... Pero espero que volveré (añadió triunfando de su emocion), y entónces será para no separarnos jamas; ¡será mi última ausencia, mi última separacion!

El conde pronunció estas palabras con tanto amor, con tanta pasion, que una sonrisa de gozo atravesó los ojos humedecidos de Aminta, como un relámpago en un cielo lleno de nubes.

— ¡Y bien! — dijo ella, — al ménos ahora conozco mi desgracia; conozco el secreto de su abatimiento de usted, de esa melancolía cuya causa no podia penetrar, sé al ménos porqué debo llorar. Conde, añadió, usted me ha visto algunas veces fuerte y animosa... juzgue usted de mi afecto por las lágrimas que no puedo contener á la idea de nuestra separacion...

Monteleone cojió la mano de Aminta y la llenó de besos; y durante este tiempo el idiota lloraba porque veía llorar á su ama, pero tenia las facciones contraídas por el dolor.

Un lacayo entró en este momento á decir al conde que el señor Tadeo Rovero le rogaba que fuese á buscarle. Monteleone levantó la cabeza, y echando una mirada rápida sobre el reloj vió que señalaba la una.

¡A las dos le aguardaban en el bosque de Bologne!

Cuando se disponia á salir le detuvo Aminta, diciendo:

— ¿Le volveré á ver á usted aun?

— Sí... sí... esta noche ó mañana...

— ¡Todavía una palabra, amigo mío! — añadió Aminta. — Los viajes tienen sus peligros... y espero que no los correrá usted inútilmente, pues ahora su existencia no le pertenece ya solo... y luego yo rogaré por usted todos los dias. Pero no sería italiana si mi corazon no tuviese alguna supersticion tierna; mi hermano me ha dicho que tampoco el de usted está exento de ellas... y sobre todo hay una en la que siempre ha tenido usted confianza; es una herencia de familia... Tome usted este anillo, — añadió sacando de su dedo la esmeralda de *Benvenuto Cellini*, y poniéndola en el del conde, pues el lector recordará que Monteleone se lo habia ofrecido en otro tiempo por conducto de Tadeo. — Se dice que siempre le ha traído á usted la dicha... no le deje usted en memoria de mí, como en otro tiempo yo le recibí en memoria de usted.

— ¡Aminta... Aminta... — respondió el conde recibiendo la esmeralda, — usted hace renacer la esperanza en mi corazon! No creía poder ser ménos desgraciado que lo que lo era al dejar á usted... pero léjos de eso todavía puede usted darme un momento de dicha.

— ¿Y cómo? — dijo ella.

— ¡Qué este anillo sea el anillo de desposorios! — dijo el conde.

— ¡Es el anillo de desposorios!... — respondió Aminta con voz conmovida.

— ¡Condesa de Monteleone!... — dijo el conde recobrando su enerjía y con un trasporte de gozo; — ¡pronto nos veremos... se lo juro á usted!



Y se salió precipidamente.

El idiota signió al conde.

La frente de Monteleone estaba radiante, su resolución estaba tomada, toda su firmeza volvió á entrar en su alma.

La provocación brutal que se le hacia sin causa aparente, sin motivo declarado, merecía un castigo.

Este hombre que pocas horas ántes se hallaba tan abatido por el pesar, por una humillación secreta cuyo principio no podía definir, pero cuyos efectos sentía, no era ya el mismo.

Quizás en la dolorosa paralización de su espíritu, en ese marasmo moral que le agobiaba después de algun tiempo, hubiera dado fácilmente una vida que su amor mismo no defendía contra él; pero ahora, enérgico y resuelto, quería vivir por la que acababa de aceptar su nombre y empeñarle su fé solemnemente.

Tadeo esperaba la salida del conde con impaciencia, pues habia comprendido cuan penosa debia ser su última entrevista con su hermana, y no queria incomodar su despedida con su presencia.

De Apsberg y Tadeo eran naturalmente los padrinos del conde; salieron con él del hotel, y subiendo en un coche de alquiler se dirijieron al lugar de la cita para el desafío.

Tadeo llevaba la caja de las pistolas del conde, caja que habia figurado ya en la escena de la góndola, cuando Aminta se decidió por el marques de Maulear dándole su mano.

Durante el camino desde la calle de Santo Domingo al bosque, Monteleone obtuvo de sus amigos que su adversario que persistia en callar la razón del ultraje que le habia hecho, y que habia renovado en su carta, no se opondría al combate fuese cual fuera la forma, por mas mortal que debiese ser para uno de los dos enemigos.

El insulto era tan público, tan grosero, tan violento y tan poco reparable, que los testigos de Monteleone consintieron en ello, reservándose no obstante el solicitar vigorosamente una explicación de la parte adversa ó de sus testigos.

Los tres amigos llegaron sobre el terreno en esta disposición de espíritu.

Hicieron parar su coche á cierta distancia de las ruinas de la antigua abadía de Longchamps, se apearon y se metieron por el bosque para llegar al paraje designado por el teniente A...; sitio fatal y muy conocido de los duelistas, campo de batalla privado cuyas malezas han sido enrojecidas muchas veces por la sangre de mas de una víctima.

El cielo no habia cambiado; brillante al nacer el día, resplandecía aun con sus fuegos anaranjados al ponerse el sol... Un frío vivo habia cristalizado las gotas de agua sobre las yerbas altas, y los piés de los tres amigos aplastaban esas perlas caídas de las nubes. Los mil pequeños ruidos sordos de la naturaleza eran los únicos que interrumpían el silencio de esta soledad, cuyos ecos habian repetido tantas veces los gritos del dolor ó los últimos suspiros de los moribundos.

Cuando Monteleone y sus compañeros llegaron al lugar de la cita eran las dos. El sitio estaba aun desierto, pero poco después de su llegada hirió sus oídos el ruido de un carruaje, y les hizo presumir que no esperarían largo tiempo á sus adversarios.

En efecto, estos se apearon cerca de las ruinas, como habian hecho ellos mismos, y pocos minutos después se hallaron en presencia de sus enemigos.

Dos oficiales, el uno de marina, y el otro del regimiento del jeneral A..., acompañaban al teniente su hijo. El conde y el teniente se retiraron á un lado, y los padrinos se juntaron.

— Señores, — dijo de Apsberg á los dos oficiales, — el conde de Monteleone ignora igualmente que nosotros lo que ha podido dar lugar á la injuria sangrienta que le ha hecho vuestro amigo, y pues que se ha negado á decírselo, creemos que llenaréis un deber de honor y humanidad revelándonos ese misterio.

— Caballero, — respondió á de Apsberg el oficial de marina, — confesamos con pesar que no conocemos mas que vosotros el origen de esa afrenta. El teniente A..., es el corazón mas noble de la marina real; nos ha pedido que le sirvamos de testigos en el duelo que



le trae hoy á este sitio, afirmándonos bajo su palabra de honor que su causa era justa, que no podia declarar el motivo de su desafio mas que *in articulo mortis*, ó si su adversario sucumbia: y nuestra confianza es tal en el carácter leal y la prudencia de nuestro compañero de armas, que nos hemos decidido á unirnos á él en estas circunstancias.

— Sin duda habéis leído como nosotros, señores, — repuso el segundo testigo, dirigiéndose á los del conde, — la carta dirigida por el teniente A... al señor de Monteleone, y habréis notado en ella la firme resolución de poner al conde en la imposibilidad de rehusar el desafio, si no juzgaba suficiente la afrenta que ha recibido.

— Está bien, señores, — contestó de Apsberg; — he apelado á unos sentimientos que no corresponden á los míos; lo veo con pesar! He considerado hasta hoy que los testigos de un duelo tenían *cargo de conciencia* en estas ocasiones terribles; pero sin buscar mas las razones que han podido decidir al teniente A... para la conducta indigna que ha tenido con un hombre tan honorable como el conde Monteleone, hallamos como vosotros, y como el conde, que esa conducta es mas que suficiente para que haya sangre derramada. Abreviemos pues esta situación, y considerándonos á justo título como insultados pedimos desde luego la elección de las armas...

— ¡ Sea pues! — respondieron los dos oficiales.

— Escojemos la pistola, — dijo Tadeo; — y usando rigurosamente de nuestro derecho exigimos que el señor conde de Monteleone tire el primero, ó que su adversario justifique que se considera como habiendo recibido la primera ofensa.

— El teniente A... no justificará nada, — respondió el oficial de marina.

— Entónces, señores, — replicó de Apsberg, — nosotros nos aprovechamos sin escrúpulo del beneficio que nos conceden las leyes del duelo en estas circunstancias.

Los dos testigos hicieron una señal de que consentían.

Las armas se cargaron en presencia de los dos combatientes; pero cuando se les hicieron saber las condiciones del duelo, Monteleone tomó la palabra y dijo:

— Yo quiero que en este desgraciado y tenebroso encuentro estén de mi parte todos los procederes leales... Quiero que las probabilidades sean iguales, y que el señor y yo hagamos fuego al mismo tiempo ó cuando nos acomode, marchando el uno hácia el otro desde una distancia de veinte pasos; y obro así, caballero (dijo al teniente, saludándole con la cabeza), no por una vanagloria indigna de mí, sino por la certeza que tengo de una destreza que no me ha faltado jamás.

— Si yo no tuviese una resolución tan firme de mataros, rehusaría esa jenerosidad insolente, — respondió el teniente á Monteleone en tono violento; — pero me creo con tales derechos sobre vuestra vida, y mi venganza es de una naturaleza tan sagrada, que acepto sin vacilar vuestra proposición.

Entónces todos callaron.

Se midió el terreno, se partió el suelo, y se armaron las pistolas.

Todo esto pasaba á lo largo de una tapia arruinada del monasterio de Longchamps, y los dos adversarios estaban colocados en línea directa junto á un bosquecillo espeso que bordaba el camino del otro lado.

Se dió la señal... y las armas se levantaron.

Sin dar un solo paso, sin tratar de acercarse á su adversario, que marchaba hácia él, Monteleone apuntó, hizo fuego, y la bala hirió al teniente, que cayó en el camino.

Pero no profirió una sola queja ni cerró los ojos... apoyándose sobre el codo tiró sobre Monteleone... y la bala hubiera atravesado el pecho del conde... cuando un hombre salió precipitadamente del bosque con la rapidez del relámpago y le cubrió con su cuerpo, que recibió en el corazón la bala funesta destinada á aquel que salvaba á costa de su vida...

¡ Cuatro gritos partieron á un tiempo!...

Los testigos se lanzaron hácia la víctima de esta desgracia terrible... y reconocieron al desventurado *Scorpione!*



El pobre idiota moria por Aminta, dándole así su última prueba de amor, librando de la muerte al que ella amaba... ¡Cuando le fueron á levantar ya no existia!

Mas tarde se supo por los criados del hotel de Malear, que al ver la caja de las pistolas en las manos de Tadeo, Tonio se habia metido en una berlina de plaza que mandó siguíese á la que conducia los tres amigos, sobrecojido sin duda por un triste recuerdo al aspecto de esa caja que habia visto ya en las manos del conde en Sorrento cuando iba á verificarse su duelo con el marqués de Malear.

Habia seguido secretamente á los tres amigos en el bosque, y oculto en la espesura no se mostró hasta el momento de recibir el golpe mortal.

Mientras que de Apsberg, Monteleone y Tadeo trataba de reanimar á *Scorpione*, que no existia ya, los dos testigos del teniente A... sostenian en sus brazos al jóven oficial haciendo esfuerzos inútiles por contener la sangre que salia en abundancia por la herida.

De Apsberg, despues de haberse asegurado de la muerte del jeneroso *Scorpione*, corrió á ofrecer su socorro al herido.

El teniente se habia desmayado.

De Apsberg sacó prontamente su estuche y se puso á cortar largas tiras de espadrapo para curar la herida... pero muy presto conoció que sus cuidados serian supérfluos, y meneando la cabeza, dijo:

— La bala ha penetrado en el píloro, y á ménos de un milagro, la muerte es casi siempre inevitable.

Los testigos del teniente se miraron con espanto.

En este momento se oyó el trote de algunos caballos que avanzaban rápidamente hácia el lugar de esta escena fúnebre.

— ¡Son los guardas del bosque!... — dijo uno de los oficiales.

— ¡Aléjate!... — dijeron á un tiempo el médico y Tadeo á Monteleone, que sostenia aun la cabeza del pobre *Scorpione*, mirándole con profunda compasion. — ¡Aléjate, pues te arrestarian sin duda como autor de la muerte de ese hombre... (añadieron desiguando al teniente A...) ¿que seria sin ti nuestra sociedad?...

El conde vacilaba aun, pues esta fuga repentina repugnaba á su carácter; queria siempre tomar sobre si la responsabilidad de todos los actos de su vida, y no negar ninguno.

— ¡En nombre de Aminta!... — le dijo Tadeo al oído; y entónces el conde desapareció entre la espesura del bosque.

Algunos minutos se pasaron así esperando á los guardas de á caballo, cuyos uniformes se habian percibido á través de los árboles; pero la espera fué en vano, pues los guardas pasaron á pocos pasos del teatro de este triste drama, sin pensar que hubiese tan cerca de ellos un muerto y un moribundo.

En efecto, era un moribundo el que de Apsberg trataba en vano de conservar la existencia, pues un estertor sordo empezaba á escaparse convulsivamente del pecho del teniente, sus ojos rodaban en sus órbitas, y la mirada vital se apagaba cada vez mas. El flujo de sangre se habia contenido, y la herida no dejaba escapar ya mas que algunas gotas negruzcas... ¡síntoma de los peores en semejante caso!

De repente, aquel cuerpo agobiado y plegado en sí mismo, por decirlo así, se enderezó por un esfuerzo supremo, y los ojos del moribundo se reanimaron y brillaron de una manera estraña.

— ¡Escuchad todos!... — dijo con voz breve y cavernosa; — escuchad y no perdais una sola de mis palabras... serán las últimas que pronuncie... y Dios me da fuerzas para quitar la máscara á un traidor... é impedirle que haga nuevas víctimas...

Todos se acercaron á él y prestaron la mas viva atencion al oír estas palabras solemnes de aquel hombre que iba á comparecer delante de su Criador.

La respiracion de los oyentes se detuvo...

— He dicho, señores, — repuso el moribundo, — que revelaria mi secreto *in articulo mortis*... ó bien si mi adversario sucumbia... Voy pues á cumplir mi promesa... Vosotros no habeis sabido de mí porque yo habia insultado al que me quita la vida... (añadió dirijiéndose



á sus testigos)... porque si os hubiese confesado lo que es... me habríais impedido que me batiese con él... porque era indigno del acero ó de la bala de un hombre honrado... pero yo queria matarle primero... y quitarle la máscara enseguida... ¡ Ese hombre... ese brillante conde de Monteleone es un infame delator de la policia... un *soplón*... como se dice vulgarmente... un *espía del gran mundo*... como se dice en la alta sociedad...

— ¡ Horror y calumnia! — exclamaron á un tiempo de Apsberg y Tadeo.

— ¡ Por lo que mas amo en este mundo... — repuso el teniente, — por la vida sagrada de mi padre... por la salvacion de mi alma... juro que he dicho la verdad!... Ese miserable es quien he denunciado al jeneral... mi padre mismo me lo ha probado... y esa prueba es tan segura é irrecusable... que os la dará como á mí... (dijo dirijiéndose á los testigos del conde). ¡ En el momento supremo de la muerte no se miente... y yo muero diciendo la verdad!...

¡ Sus ojos se cerraron... y espiró!...





---

---

## EL BILLETE ANONIMO.

---

### LII.



IMPOSIBLE sería pinicar la impresion que produjeron las palabras del teniente A... en los cuatro testigos del desafio.

De Apsberg fué el primero que salió de esa especie de terror mudo que se habia apoderado de todos al oír la terrible acusacion.

— ¡ Señores, . . . — esclamó dirijiéndose á los oficiales, — yo apelo á vuestro honor! . . . No puede sospecharse acerca de la lealtad de un moribundo, convengo en ello, y sobre todo en la posicion que se hallaba el teniente A... respecto al conde; creía lo que nos ha dicho, estaba convencido de ello... y eso solo puede justificar la conducta injuriosa que ha tenido hácia nuestro amigo... pero el teniente A... se hubiera desengañado muy presto de su funesta opinion hácia el conde si nos hubiese sido posible conocerla ántes; y le habríamos sa-

cado de su error sin mucho trabajo, presentándole tales pruebas del honor de Monteleone que hubiera sentido muy presto el funesto error que le hacia obrar.

Veremos á toda costa al desgraciado padre del teniente; buscaremos el oríjen de la revelacion estraña que se nos ha hecho, y no os pedimos mas que una gracia, como los hombres de honor pueden pedírsela entre sí, y es: que suspendais vuestro juicio respecto al conde de Monteleone, hasta que hayamos podido convencerlos del fatal error que ha costado la vida á vuestro amigo.

— Caballero, — respondió á de Apsberg el oficial de marina, — no tenemos ninguna razon para ser hostiles contra el conde de Monteleone; su proceder lleno de lealtad en las condiciones del duelo nos ha inspirado por él hasta una cierta admiracion... De consiguiente esperaremos vuestras comunicaciones, y hasta entónces guardaremos el secreto de lo que acaba de revelárenos.

— ¡ Mil gracias, caballero! — respondió de Apsberg, — todo pasa aquí como debía de pasar entre hombres de honor y de sentimientos nobles. . . ¡ Ocupémonos ahora de estas dos víctimas! . . . (añadió señalando los cadáveres del hijo del jeneral y de *Scorpione*). . . ¡ A cada uno su triste parte! . . .

.....

.....



Un cuarto de hora despues, no quedaba en el sitio de este triste drama mas que algunas manchas de sangre esparcidas aquí y allá, cubriendo con su color rojo las hojas secas del bosque y su musgo amarillento.

Cuando Tadeo volvió al hotel de Maulear, llevando el cuerpo del desgraciado Tonio, el conde estaba ya cerca de Aminta.

Viendo esta volver á Monteleone, creyó que venia á darle el último adios, segun su promesa; pero el conde le dijo entónces la cruel verdad... contándola el atroz insulto que habia recibido, el desafío que se habia seguido, la muerte, y finalmente la accion y desgracia de *Scorpione*.

Aminta prorumpió en llanto al oir esta funesta nueva.

Toda la vida de abnegacion de este ser desgraciado se presentó delante de sus ojos... ¡Vida de tormentos, vida de suplicio que habia empezado por un sacrificio sublime... y que acababa por otro no ménos grande!

La llegada de Tadeo fué un momento penoso para la marquesa... pero el conde estaba allí... el conde le quedaba... ¡pues ahora ya sabia cuál debia ser su pretendido viaje!... y el conde mostraba un pesar tan sincero y acaso mas vivo que el suyo, pues habia sido la causa involuntaria de la muerte de *Scorpione*, y no podia consolarse de esta desgracia.

Algunas horas despues de estos acontecimientos, de Apsberg y Tadeo Rovero se habian reunido al vizconde de Harcourt, indispuerto aun, y los dos le contaron los incidentes del duelo, del cual sus amigos no habian creído deber prevenirle ántes en consideracion al estado en que se hallaba.

Los tres rechazaron de comun acuerdo y con indignacion las aserciones del teniente moribundo sobre el conde de Monteleone. Estas aserciones les parecieron de una atrocidad tan grande, que resolvieron de comun acuerdo no hablar á su amigo, temiendo la violencia de su exaltacion oyendo una acusacion semejante.

Pero, así como de Apsberg se lo habia dicho á los testigos del teniente, los tres asociados decidieron que tratarian á todo trance de penetrar en la prision del jeneral, y que por él sabrian la solucion de tan odioso enigma.

Tres dias se pasaron en esfuerzos inútiles, en dilijencias vanas, en repulsas constantes de la autoridad, que rechazaba todas las solicitudes de los tres jóvenes.

Finalmente, el procurador del rey de quien dependia esta gracia, mitigó su rigor en favor del doctor Mateo, que logró ser introducido cerca del jeneral A... á quien halló consernado por el terrible dolor de la pérdida que acababa de tener.

A este dolor inmenso, exaltado, se unian los trasportes de furor contra el que llamaba el asesino y verdugo de su hijo.

— ¡Sí... sí... — exclamaba este padre desgraciado llorando amargamente, — ese miserable... ese cobarde ha denunciado al padre y ha matado al hijo!... ¿Pero qué he hecho yo á ese hombre? ¿de dónde viene su rabia contra mí?... contra los míos?...

— Jeneral, — replicó de Apsberg, — yo comprendo toda la acritud de vuestra desesperacion... pero os hace injusto y culpable hácia un hombre de honor, vuestro asociado, el nuestro... (continuó bajando la voz)... El conde de Monteleone se ha batido lealmente contra vuestro hijo; sin un incidente imprevisto, sin la decision de un jeneroso joven... el conde hubiera recibido la muerte de mano del teniente A... como ese mismo joven la recibió... ¡Tranquilizáos, por piedad!... los instantes son preciosos, y os conjuro que me digais los motivos que os han impelido para hacer una acusacion semejante contra el conde de Monteleone!...

— ¡Ah... pluguiese al cielo que yo hubiese guardado para mí solo ese horrible secreto!... — dijo el jeneral: — ¡Ojalá que mi hijo no hubiese sabido por mí el crimen de ese hombre... pues no se habria creído obligado á batirse con él... á vengarme... y aun vivir!...

Y las lágrimas del jeneral redoblaron á esta idea.

De Apsberg dejó que se calmase este nuevo acceso de dolor, y luego dijo al jeneral:

— ¿Es de vos este billete, jeneral?



— ¿Qué billete? — preguntó este, mirando á través de sus lágrimas el papel que le entregaba el médico.

— Este billete, — continuó de Apsberg, casi pegado á la oreja del jeneral, — que me fué entregado de vuestra parte pocos dias despues de vuestro arresto.

El jeneral tomó el billete, le leyó, y respondió:

-- Este billete es mio; mi viejo criado que me acompañó á la prision, y que despues me le han retirado, ha sido el mensajero.

— ¿Y afirmas haber visto entre las manos del prefecto de policia, como pieza capital de acusacion contra vos, la lista de los miembros de la *Venta que presidis, firmada por vos, y entregada por vos al conde de Monteleone?*

— ¡Lo afirmo!

— ¡Y bien!... — dijo el médico, — desechad ese error, jeneral, y haced justicia al que habeis tachado con el nombre de infame, pues esa lista me fué entregada por el conde mismo, que la tenia de vos... ¡y héla aquí!

Y le presentó la lista.

El jeneral examinó minuciosamente la firma de ella, y exclamó:

— ¡Esa lista no es la que yo he dado al conde de Monteleone! ¡Esa firma no es la mia!... Lista y firma, todo está imitado por un hábil falsario... y la lista verdadera, la que me conducirá sin duda al cadalso, la que como lo he dicho, como lo repito, como lo afirmaré con mi sangre... ¡es la que se encuentra en las manos del prefecto de policia!... ¡yo la he visto!!!...

De Apsberg palideció y se apoyó contra la pared; un frio glacial se infiltró en sus venas, una nube pasó delante de sus ojos, ¡se estremeció al oír esta declaracion tan neta, tan firme, tan precisa, tan terrible!...

En efecto, ó esta lista habia sido sorprendida, sustraída de sus propios papeles, imitada en su casa misma, lo que le parecia inverosímil, imposible... ó el conde era un traider, y entonces el jeneral tenia razon... ¡Su desgraciado hijo no se habia engañado... habia dicho bien lo que habia dicho... habia hecho bien en lo que habia hecho!!!...

Esta idea tan concluyente aterró á de Apsberg durante algunos minutos; pero haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, dijo:

— Jeneral, á nombre del honor de un hombre á quien aprecio, á nombre de toda una asociacion cuyo objeto dominante y libertador habeis sostenido tan valerosamente, por lo que sois en este momento una de sus mas nobles victimas... invocad vuestros recuerdos, haced una apelacion sobrehumana á vuestra memoria, no os dejeis alucinar por el pesar, y decidme por vuestros treinta años de gloria: ¿Este escrito no es el que vos habeis firmado?...

— ¡Por mi honor y conciencia, por los manes de mi desgraciado hijo... — respondió el jeneral, — juro y afirmo que esa lista es una imitacion, una copia informe de la mia, y que la mia me ha sido presentada por M. Angles, el dia mismo de mi prision en este lugar!

— ¡Es un misterio inaudito, prodijioso, increíble! — replicó el médico, que continuaba rechazando con horror la idea de una traicion de Monteleone. — Es preciso que algun enemigo oculto haya sorprendido ese papel en las manos del conde, que haya trazado esta copia infame.

— No busqueis tan léjos al autor de esa accion, — replicó severamente el jeneral, — ¡ya os le he señalado!... El hombre á quien llamais vuestro amigo me ha denunciado, me ha vendido y entregado por medio del arma funesta que tenia entre sus manos... Yo os lo he dicho, doctor; ¡ese hombre es un miserable que ha vendido el padre y ha matado al hijo!

Y las lágrimas del viejo soldado empezaron á correr de nuevo.

En este momento vinieron á prevenir al médico que la hora de su visita estaba terminada; de Apsberg iba á salir, cuando el jeneral cojiéndole por el brazo le atrajo hácia sí, y pegando sus labios á la oreja del médico le dijo:

— ¡Haced pronta justicia de ese hombre... ó el carbonarismo está perdido!

De Apsberg no pudo contener un movimiento de terror al oír estas palabras terribles, y al ver la mirada feroz y el jesto espantoso que las acompañaba.



Enseguida apretó la mano al jeneral y siguió al llavero, que le condujo hasta la última reja de la Conserjería.

Dos dias ántes de esta escena, M. Ober... y el profesor C... los dos últimos jefes de las Ventas centrales que se hallaban libres aun, habian depositado en manos del conde las listas de sus asociados, firmadas por ellos como lo estaban las del jeneral A... y los señores F... B... y conde de Ch.

Estos papeles importantes fueron traídos á Mateo inmediatamente por Monteleone; el médico los guardó como los otros en el cajon secreto del viejo escritorio, en el cual hemos visto al bello amigo de Celestina tomar el molde de la cerradura sobre una bola de cera.

Cuando de Apsberg volvió á su casa encontró en ella esperándole á sus amigos de Harcourt y Tadeo.

De Harcourt estaba muy mudado, muy pálido y muy débil; pero cediendo á la impaciencia de conocer el resultado de la visita del médico al jeneral, se habia hecho conducir á casa de su amigo.

Al entrar de Apsberg en su salon no pudo ménos de notar la inquietud de sus dos asociados y lo muy demudado de sus semblantes.

— ¡Estamos vendidos, delatados... y el carbonarismo ha muerto en Francia! — exclamó Tadeo. — M. Ober... y el profesor C... han sido arrestados esta noche en sus domicilios y conducidos á la cárcel!

De Apsberg se dejó caer en una silla con el abatimiento mas profundo; luego, sin decir una palabra, se levantó de repente y se precipitó fuera del salon.

— ¡Pero qué tiene? — se preguntaron de Harcourt y Tadeo estupefactos.

De Apsberg subió corriendo á su laboratorio, abrió la puerta, se acercó á su escritorio, hizo jugar el resorte, y cojiendo un legajo de papeles bajó con la misma precipitacion que habia subido.

— Tú, que conoces perfectamente la firma de M. Ober... por haber tenido con él relaciones de intereses, — le dijo á de Harcourt, presentándole la lista del negociante, — ¿la reconoces?

De Harcourt tomó la lista, se acercó á la ventana, corrió las cortinillas, examinó de todos lados la firma, compulsando cada letra y respondió:

— Esta firma es falsa, y yo tengo la prueba en el bolsillo.

Y sacando su cartera tomó en ella una carta que habia recibido recientemente del negociante Ober... Puso los dos escritos á la vista de sus amigos, y los dos se convencieron fácilmente de la grosera imitacion del nombre Ober...

Entónces de Apsberg se dió una palmada en la frente con desesperacion, y exclamó:

— ¡Vosotros lo habeis dicho, amigos míos, el carbonarismo está perdido en Francia... y es uno de sus hermanos, ó mejor dicho su jefe, el que debia defenderlo con su sangre y vida... ¡quién lo ha matado cobardemente!... ¡y ese hombre es el conde de Monteleone!!!...

— ¡Monteleone! — dijeron de Harcourt y Tadeo horrorizados.

— Monteleone, — repitió el médico; y enseguida les contó lo que habia pasado entre el jeneral y él...

— ¡No... — exclamó Tadeo, — yo no lo creo!... ¡no, yo no puedo creerlo! Esa acusacion contra el mas honrado de los hombres es un crimen de que no me haré cómplice... ¡No, el conde de Monteleone no es un traidor ni un espía!... y no dejaré calumniar por nadie, ni aun por nosotros, una reputacion y un honor sin mancha como el de mi amigo, mi compatriota, mi hermano!... (Y añadió con la vehemencia de su corazon profundamente conmovido): ¿Y porqué no buscáis otra interpretacion que la que le condena á vuestros ojos? ¿Porqué esas listas no han podido serle sustraídas á él mismo, durante las horas que las ha tenido en su poder? ¿Porqué no han podido ser falsificadas entónces, y él mismo nos habra entregado esas copias informes creyendo entregarnos las listas orijinales?...? En verdad, amigos, — añadió el noble jóven con amargura, — que olvidais muy facilmente las cualidades de los que amais!... Perdeis muy presto la memoria de los años de valor y decision consagrados á la causa que sostenemos por el que espuso su vida por ella!... ¡De veras, vuestra amistad se convierte muy lijeramente en odio y desprecio!...



— Tadeo, — respondió de Harcourt, — de Apsberg y yo sufrimos como tú... como tú rechazan aun nuestros corazones lo que parece evidente á nuestra razon... como tú vamos á tratar de convencernos de una fatalidad Incomprehensible... de una impostura!... No queremos hallar un culpable en nuestro amigo, igualmente que tú, ¡y Dios quiera que nuestros esfuerzos lo consigan!...

— ¡Todas las cosas necesitan tener un motivo, una causa, una razon! — repuso de Apsberg, en quien la enérgica defensa de Tadeo despertaba su fe en Monteleone. — ¿Y dónde estaria, en efecto, la causa, el motivo, la razon para la traicion del conde?

— ¡Bien... bien... amigos míos! — replicó Tadeo apretándoles las manos. — Ya dudais ahora, y dentro de poco estaréis convencidos, deatro de poco deploraréis vosotros mismos una sospecha indigna... pero mas que vosotros aun, yo que la he rechazado, quiero descubrir esa terrible verdad... ¡pues de esa verdad depende el honor de un hermano y la salvacion de todos!

— Señores, — dijo el médico, — ya seríamos culpables si ocultásemos por mas tiempo á Monteleone lo que nos habíamos propuesto callarle. Sé muy bien que se necesita una voluntad muy atrevida para osar decirle la injuria que se le hace .. pero él solo puede ayudarnos á descubrir los culpables y traidores, sin él no tendremos mas que tinieblas.

— Pideme que arrostre la muerte, que arriesgue mi libertad y mi vida, — dijo Tadeo, — mi vida y mi libertad serán sacrificadas... pero no me pidas el valor imposible de decir á un hombre que yo creo es un hombre de honor: « ¡Te acusan de haber vendido á tus hermanos!... ¡de haber denunciado cobardemente sus secretos!... ¡te llaman traidor!... ¡te llaman espía!!!... »

— Como Tadeo, — dijo de Harcourt, — me sentiria sin fuerzas para esa revelacion, mis labios se cerrarian, mis ojos se bajarían á pesar mio al aspecto de su varonil semblante donde ese pintan tan bien la franqueza y la lealtad, delante de esa frente que ni la vergüenza ni el temor han hecho empalidecer jamas.

— ¡Pues yo seré quien hablaré!... — dijo de Apsberg; — yo que quiero al conde como vosotros, yo que le acusaba hace poco con un pesar repugnante, pues mi corazon rechazaba la imputacion que mi boca acababa de repetir... Le veré, le instruiré de todo, llenaré por deber y por honor suyo ese encargo terrible... ¡el mas cruel de mi vida!...

En este momento dieron algunos golpecitos sordos y reiterados en el tabique secreto de la biblioteca, por el cual hemos visto introducirse al señor Pignana la primera vez, y mas tarde al jefe de la policia, conducido por Stenio Salvatori.

— ¡Es algun aviso importante que viene á darnos Pignana! — dijo de Apsberg, corriendo á hacer jugar el resorte.

El tabique se corrió entrando en la biblioteca; pero en lugar del señor Pignana fué el conde de Monteleone quien se presentó delante de los asociados. Los tres sintieron una viva emocion á su vista, y de Apsberg mas que sus amigos, pues era él quien debía hablarle.

— Llego en este momento, — les dijo Monteleone; — pero he creido que no debia entrar abiertamente en casa de Apsberg, pues ahora necesitamos obrar con mas prudencia que nunca... ¿Sabeis ya (añadió con tristeza) el arresto de los dos únicos jefes de las *Ventas centrales* que quedaban aun libres?

— ¡Lo sabemos, — respondió de Apsberg, — y nos ocupábamos de los medios para llegar á penetrar quien es el enemigo invisible á quien debemos esa nueva desgracia!

— Esa desgracia es debida acaso mas bien á nuestros amigos que á nuestros enemigos, — replicó el conde, — pues para eso basta una indiscrecion... una imprudencia...

— Las imprudencias en punto á conspiraciones son crímenes, — replicó de Apsberg, — pues ponen en peligro las vidas de todos los que hacen parte de ellas.

— Amigos míos, — repuso el conde, — nuestra asociacion está amenazada por todas partes... los periódicos del dia revelan abiertamente á la Europa los desastres de las sociedades secretas de Alemania y de Italia... hermanas de la Francia. Está perseguida en las personas de los jefes de nuestras *Ventas centrales*; herida en el corazon por el desaliento de un gran número de hermanos, no tiene ya en este momento mas que dos partidos que tomar...



— ¡La insurreccion! — dijo de Apsberg...

— ¡La violencia! — dijo Tadeo...

— No, amigos míos, — replicó Monteleone; — ¡la prudencia y la inaccion!

Tadeo, de Harcourt y el médico le miraron con sorpresa, y de Apsberg sintió renacer en él el sentimiento que habian escitado en su alma los hechos precedentes.

— ¡Os admiran mis palabras... ya lo veo! — continuó el conde, — pero cargado con una responsabilidad grave por todas las ventas de Europa, que no esperan mas que mi señal para obrar; esa señal no debe darse á toda esa multitud subterránea y oculta que se ajita bajo los piés del viejo mundo y le mina para aniquilarle, sino cuando tengamos por nosotros la ocasion, la fuerza y el número... De consiguiente, la ocasion no nos es favorable, pues el ojo vijilante de una autoridad inquieta penetra en nuestras filas, y su mano de hierro nos diezma... La fuerza y el número están paralizados en este momento por el temor; y lo repito con pesar, la salvacion del porvenir está toda entera en la prudencia y la inaccion del presente.

— ¡Hé ahí un lenguaje muy nuevo en la boca de Monteleone! — dijo de Harcourt.

— ¡Muy diferente del que nos ha tenido hasta hoy!... — replicó Tadeo.

— ¡Muy apático y frio, — continuó de Apsberg, — en medio de la tempestad que nos amenaza... de los naufragios que se tragan todos los dias algunos de nuestros mejores navíos!..

— Poque truena el rayo, porque el cielo está en fuego, porque la tempestad estalla... os aconsejo que pongais al abrigo vuestras cabezas durante algunos momentos; — dijo Monteleone con animacion.

— Pero en otro tiempo nos hubieras mandado que marchásemos contra el enemigo con la cabeza erguida, — exclamó de Apsberg, — que le presentásemos nuestros brazos armados para vencer ó morir...

— Señores, — replicó el conde con dignidad, — ¿estoy por ventura destinado á ver renovarse aquí la escena ofensiva de la *abadia de San Paolo*? ¿Merezco acaso la desconfianza de mis hermanos, como la merecí entónces en el seno de la *Venta Suprema* de Nápoles que yo dirijia? ¿he perdido aun otra vez la confianza de mis mas caros asociados?... Si es así, señores, si las seguridades y pruebas que he dado á nuestra causa no tienen ya ningun valor para vosotros, si el olvido marcha junto con la ingratitud... ¡declaradlo francamente, y yo renuncio al titulo, al rango, al poder que me habéis confiado!... Escribiré inmediatamente á todas las *Ventas* del continente, les devolveré el mandato que me han dado, y me quedaré para siempre el mas humilde, pero no el ménos decidido de vuestros hermanos y asociados!

Las prevenciones de los tres amigos se desvanecieron aun otra vez al oír este discurso enérgico y leal. De Apsberg tendió la mano al conde, y le dijo:

— ¡Escúsanos, amigo, pues la desgracia impresiona las almas mas fuertes!... Y las desgracias de nuestros asociados, las delaciones de que son víctimas, el misterioso enemigo que parece ha jurado nuestra pérdida, ¡todo nos confunde y nos pone en la duda y en la agitacion!... Mira, — añadió con esa precipitacion que se pone frecuentemente para llenar un deber penoso, presentándole las listas de los seis jefes de las *Ventas* que se hallaban presos, — ¿reconoces estos papeles por ser los que te han entregado el jeneral A... M. de Ch... M. B... M. C...; M. F... y el negociante Ober... ¡papeles que tu mismo me has traído despues de haberlos recibido de ellos?

— ¡Los reconozco! — dijo el conde.

— ¿Y estas firmas? — preguntó Tadeo.

— ¡Son las suyas! — respondió el conde.

— ¡Pues te engañas! — replicó de Harcourt, — al ménos en cuanto á la del negociante Ober..., pues aquí tienes su firma verdadera en esta carta que me dirijió la víspera de su arresto, y tu mismo puedes juzgar de su torpe imitacion.

El conde empalideció... Las miradas de los tres conjurados se fijaron en las de Monteleone, como para penetrar en su pensamiento.



— ¿Y esas otras listas, las crééis imitadas como esta? — preguntó Monteleone.

— ¡Así lo creemos! — respondieron los tres amigos.

— ¡Pues entónces todo está perdido! — replicó el conde.

— Todo está perdido!... — repitió de Apsberg, — y por eso te preguntamos á tí, que nos has entregado estos papeles, ¿cómo estos papeles no son mas que copias, y como los orijinales están en manos de nuestros enemigos?

— Si lo están... — dijo Tadeo á quien esta especie de interrogatorio empezaba á hacer temblar.

— Pero me preguntais una cosa que ignoro, — respondió el conde cada vez mas conmovido, — y que Dios solo puede saberla... ¡pues todo eso es un misterio superior á mi razon é intelijencia.

— ¡Y bien! — dijo de Apsberg, mas conmovido aun que Monteleone, pues veia aproximarse el momento de la revelacion, y las palabras parecian pegadas á sus labios, — ¡y bien... entre tanto... nuestros asociados... hacen mil conjeturas!...

— ¿Y cuales son? — preguntó Monteleone recobrando su serenidad, pues la sospecha que recaia sobre su honor estaba á mil leguas de su pensamiento, y su espíritu ardiente buscaba casi el remedio al mal ántes de conocerle.

— *Se dice* que un traidor hábil se ha deslizado entre nosotros... que por sus cuidados y maniobras ha delatado nuestros secretos á la policía... que nos ha vendido á nuestros enemigos, y que las prisiones de nuestros hermanos son el fruto de su traicion.

— ¿Y quien es ese hombre? — exclamó Monteleone.

— ¿Ese hombre? . . . — preguntó de Apsberg, á quien la sangre se aglomeraba en el corazon.

— ¡Sí... sí... ese hombre!... ¿como se llama? — dijo Monteleone con una visible agitacion.

De Apsberg iba á hablar, el rayo iba á escaparse de sus labios... sus dos amigos no respiraban... cuando la campanilla del aposento resonó con violencia.

— ¿Quién puede venir á estas horas? — dijo de Harcourt.

— No sé, — respondió el médico, — pues no espero á nadie ni he dado cita ninguna.

La campanilla resonó de nuevo.

— Puede ser que sea algun enfermo, — repuso Monteleone, — es preciso abrir al instante... un médico debe responder siempre cuando llama el sufrimiento.

— Pero... ¿y si fuese algun ajente de la autoridad? — dijo de Harcourt.

— Seria una razon mas para abrir mas pronto, — replicó Monteleone.

De Apsberg salió del salon, cerró la puerta detras de sí, corrió á la antesala, y se halló cara á cara con la señorita Celestina Crepineau.

Los tres amigos aplicaron el oído contra la primera puerta, cerrada por el médico, para conocer quien era el importuno visitante.

— Perdone usted, señor, — le dijo la portera, — pero corre priesa...

— ¿Qué hay pues? — preguntó el médico.

— Este billete que ha traído un señor rubio como usted, aunque no tan buen mozo, encargándome se le entregue sin tardanza.

— ¡Bien está! — dijo de Apsberg tomando el billete, y cerrando bruscamente la puerta en los hocicos á Celestina, que se quedó estupefacta.

— ¡No es muy galante! — decia la portera, volviendose á su cuarto; — verdad es que mi bello inquilino estaria quizas entregado á alguna operacion atroz cuando he llamado... y eso le habrá incomodado.

De Apsberg leyó rapidamente el billete que acababan de entregarle, y dió un salto de gozo, diciendo:

— ¡En fin... Dios viene á nuestro socorro!

Y entró cerca de sus amigos.

— ¿Qué hay? . . . ¿qué sucede?... — preguntaron á un tiempo los tres.

— Nada interesante para nosotros, — respondió el médico, tratando de disimular su tur-



bacion; — una cita que me dan... y un asunto que no toca á nadie mas que á mi.

— ¡Habla pues ahora! — repuso Monteleone, — y nombrame al que se acusa de traidor.

— ¡Pero yo no lo sé! — respondió de Apsberg, mudando repentinamente de tono y de fisonomia; — ese hombre es un ser inaprensible, cuya existencia sospechan todos, pero cuya realidad se nos escapa y oculta.

De Harcourt y Tadeo le miraron con aire de confusion.

— Yo habia pensado que nuestro enemigo secreto, — dijo el conde, — al menos el que se designa como tal... era conocido de ti.

— ¡Pues no lo es! — respondió el médico, echando una mirada significativa á sus amigos; — ¡ni tampoco de ninguno de nosotros!

— Sin embargo, — repuso el conde, — es preciso buscarle y descubrirle sea como fuere.

— Y si le descubrimos, — dijo de Apsberg, — ¿cual será su suerte?

— Nuestros estatutos responden por mí, — dijo Monteleone. — la suerte de ese hombre será la de nuestros hermanos; — ¡si ellos mueren, él debe morir!

— ¡Y morirá! — repitieron los tres carbonarios.

— Escuchad, — dijo Monteleone, — la firma del negociante Ober... es falsa; pero quizas es la sola que se ha falsificado. Es preciso asegurarse si las otras lo son igualmente... y yo me encargo de ello. El oro y la proteccion me abrirán poco á poco las puertas de los calabozos de nuestros amigos, y yo lo sabré por ellos mismos... No obstante, esos papeles no han salido de mi poder... ¡hay para volverse uno loco!... Mañana yo habré penetrado ese misterio... y me volveréis á ver.

Dicho esto se lanzó hácia la puerta del tabique secreto, y desapareció.

Cuando se cerró la puerta detras de él, de Apsberg se levantó, y repitiendo las últimas palabras de Monteleone con acento de triunfo, exclamó:

— ¡Sí, amigos míos, ... mañana habremos penetrado ese misterio!... ¡mañana sabremos la verdad!

Y sacando del bolsillo el billette que le habia traído la portera, leyó lo siguiente:

« Al doctor Mateo.

» Si quereis descubrir al que ha delatado á nuestros hermanos, al miserable espía que los ha perdido, al infame que ha falsificado las listas de los asociados, entregando las originales á nuestros enemigos, *encontraos esta noche á las once junto á la puerta baja de la prefectura de policia, que cae sobre el muelle de los Plateros*; y entonces vereis entrar al que buscais.

» Es la hora de sus visitas á la autoridad.

» Oculátos en el ángulo del muro situado cerca de la puerta baja, y podreis reconocer desde allí al delator sin ser vistos.

» Un hermano de la tercera Venta central. »





---

---

## NOCHE TERRIBLE.

LIII.



UE la noche del 5 de enero de 1829 una de las mas frias de aquel invierno.

La nieve caía en abundancia, y el Sena acarreaba enormes témpanos de hielo que se chocaban en la corriente del agua, mucho mas rápida por la presión de los dos brazos de hielo que se estendian en sus orillas.

Los pasos acompasados de las patrullas, ó los mas vivos del vecino que se hallaba en retardo, no producian ruido alguno, porque se perdian en el tapiz de alabastro que hollaban los piés.

Las luces de los reverberos, maz rojas por la blancura de las capas de nieve que los rodeaban, brillaban como unos ojos de fuego en las largas y solitarias calles ó en los inmensos muelles desiertos de nuestra capital.

Todo estaba triste y siniestro en ese paraíso de las fiestas y de los placeres; se hubiera podido decir que un vasto sudario blanco cubria un vasto cuerpo abandonado del alma y de la vida.

Un hombre se paseaba á paso largo sobre el muelle de San Nicolas, delante de esa parte del viejo Louvre testigo en otro tiempo de tantas alegrías, de tantos amores, de tantos crímenes y de tanto esplendor.

Los pasos que daba este hombre en la estension de algunos metros que parecia haberse dado para su raclon de paseo, eran ajitados, sin concierto, y manifestaban en él una impaciencia tan viva y un humor tan malo que tocaban á su apojeo.

— Pero ¿ qué diablos hacen ? — se decia á sí mismo el paseante. — Todo está perdido si tardan aun en llegar. . . el billete anónimo es formal y los términos precisos: *Tratad de hallaros á las once en el muelle de los Plateros. . .* y ya son las diez dadas ! Ese enemigo secreto cuyo nombre y facciones vamos á conocer, puede anticipar su llegada á la prefectura, y entónces perderíamos la sola ocasion que quizás se nos presentará para quitar la máscara á ese miserable y evitar sus golpes terribles. . . Y no obstante, el cielo nos ha protegido, pues en el momento en que yo iba á revelar á Monteleone la infamia que se le imputa, ese



billete providencial vino á cerrar mis labios para no decirle la odiosa acusacion que habria suscitado tanta indignacion en su corazon noble.

El paseante se detuvo de repente, porque le pareció percibir un ruido lejano en el muelle; aplicó el oido y muy presto vió que se acercaban á él dos sombras que se destacaron bajo los reverberos de las murallas del Louvre, y una voz pronunció estas palabras:

— ¡ El es... es Mateo... que nos espera allá abajo en la semi-oscuridad del muelle !

Esta voz fué seguida de una tos seca y comprimida ; y era el efecto del frio intenso de la noche sobre el pecho delicado del vizconde de Harcourt, repuesto apénas de su indisposicion.

Pocos segundos despues, Mateo, de Harcourt y Tadeo se habian reunido.

En cuanto á Monteleone, los tres amigos habian sido de parecer de dejarle obrar por su parte y no prevenirle de lo que pasaba sino despues de haber descubierto al hombre señalado á su venganza.

— Os he precedido solo hasta aquí,—les dijo de Apsberg,—porque tres hombres que marchan juntos son mas notados que dos ; pero como dos llaman aun la atencion mas que uno solo, separémonos y marchemos á cierta distancia los unos de los otros, y nos reuniremos en el paraje designado en el billete.

Las once daban en el reloj del Hotel de Villa cuando los tres amigos se reunieron delante de la prefectura de policia. Siguiéron á la letra las indicaciones que contenia el escrito recibido por Apsberg, y reconociendo la puerta baja designada se ocultaron los tres en el esconce de un muro que les protejia, y allí esperaron.

Muchos coches llegaron sucesivamente, y el corazon de los tres amigos latia con violencia al acercarse; pero todos ellos siguieron á lo largo del muelle pasando por delante del hotel de la prefectura sin detenerse.

Finalmente, á eso de las once y cuarto, un nuevo coche que rodeaba con rapidez detuvo poco á poco la marcha al llegar al muelle de los Plateros, y se paró de repente al ángulo del muro donde se ocultaban los tres carbonarios.

La portezuela del coche se abrió; el que venia en ella bajó inmediatamente, y se encaminó á pasos precipitados á la puerta baja del hotel que daba sobre el muelle. Pero por grande que fué la precipitacion de este hombre para llegar á la puerta, los tres amigos aterrados habian creido reconocer la talla, el aire y el capote del extranjero.

La puerta baja se abrió inmediatamente... los tres amigos se lanzaron tras él, y llegaron bastante á tiempo para oir á este hombre nombrarse en voz alta al conserje, ¡ y el nombre que pronunció era el nombre del *conde de Monteleone!*...

— ¡ El! él!... — exclamaron á un tiempo los tres amigos.

— ¡ El!... — repitió de Apsberg, — ¡ infame!...

— ¡ Traidor! — dijo de Harcourt.

Durante este tiempo, Tadeo corrió al coche; el cochero tomaba ya las bridas de sus caballos para partir.

— ¡ Ya no cabe duda! — dijo Tadeo reconociendo el coche del conde.

— ¡ Sus caballos!... — dijo de Harcourt...

— ¡ Y su cochero!... — añadió de Apsberg. Dirigiéndose enseguida á este hombre, que viéndose rodeado de tres desconocidos empezaba á temblar, le dijo:

— ¿ Quién es la persona que acabas de traer?

— Mi amo... — respondió lleno de miedo, — el señor conde de Monteleone.

— ¿ Y de dónde ha partido tu amo para venir aquí?

— ¿ Cómo, señor?... — dijo el cochero, no comprendiendo el sentido de la pregunta.

— ¿ Le pregunto á usted si su amo viene desde su hotel, ó desde otra parte?

— Mi amo estaba esta noche en la embajada de Nápoles; yo le esperaba en el patio grande, oscuro como una bodega en los dias que no hay saráo... Despues de haber permanecido como una hora en la embajada, ha vuelto á subir á su coche diciéndome: ¡ *Párate en el muelle de los Plateros, junto á la prefectura de policia!*... hemos llegado... ¡ y ustedes tambien, señores!



Y dando un buen latigazo á los caballos partieron á galope, faltando muy poco para que derribase á los tres amigos.

De Apsberg, de Harcourt y Tadeo, mas blancos que la nieve que empezaba á caer con mas fuerza, se miraron con una de esas miradas simpáticas en que las que se hallan reunidos mil sentimientos inesplicables para la elocuencia mas poderosa. Había en sus ojos á un tiempo, vergüenza, odio y desesperacion; luego, [por un movimiento súbito y sublime de afecto, las tres manos se unieron y estrecharon fuertemente, como para decirse que en adelante no podian contar ya entre ellos mas que con tres corazones leales.

De Apsberg y de Harcourt iban á hablar, pero Tadeo les detuvo adelantándose y diciendo:

— ¡No... no... nada de quejas ni de injurias contra ese hombre! ¡Si es él... desprecio y muerte!

Pero al pronunciar estas palabras su voz temblaba y las lágrimas corrian de sus ojos.

— ¡Si es él! — replicó de Apsberg, repitiendo la palabras de Tadeo, — ¿pues qué duda podemos tener ahora? ¿No han visto nuestros ojos? ¿No han oido nuestros oidos? ¿No está convencida nuestra razon?

— ¡Y bien... yo no lo estoy aun — dijo Tadeo, por un esfuerzo de ánimo, tratando de engañarse á sí mismo. — El hombre que se nos ha aparecido puede ser un impostor.

— ¿Pero no se ha nombrado? — repuso el médico con amargura.

— ¿Y no puede haber tomado su nombre? — respondió Tadeo.

— ¿No es su aire, su talle y su modo de andar?

— ¿Pero habeis visto sus facciones? — continuó Tadeo, que sentia bien la pobreza de sus argumentos, y luchaba aun contra la terrible evidencia.

— ¿Pero el coche y cochero no son los suyos?

— ¡El cochero puede haber sido ganado! — replico Tadeo exaltándose, pues sufría el imperio de las malas causas que se defienden. — Finalmente yo necesito mas que todas esas pruebas, necesito una certeza y corro á buscarla. Amigos míos, dentro de dos horas me vereis en casa de Mateo.

Y subiendo en una berlina de plaza que pasaba por el muelle, le gritó al cochero.

— ¡A la embajada de Nápoles... Arrabal de San Honorato!... Si me llevas en un cuarto de hora te doy 20 fr.

— ¡Ah... ya comprendo su proyecto! — dijo de Apsberg, — pues si Monteleone no ha estado esta noche en la embajada, el criado á quien hemos interrogado nos ha engañado, y el hombre que hemos visto no es Monteleone.

— ¿Qué haremos ahora? — preguntó el vizconde de Harcourt, cuya tes se hacia cada vez mas frecuente.

— Retírate, — le dijo de Apsberg, — pues tú sufres de corazon y del cuerpo... y yo respondo de tu salud y de tu vida á tu padre... á tu hermana...

— ¿Pero y tu? — repuso de Harcourt.

— Yo espero; — respondió de Apsberg.

— ¡Como!... ¿solo aquí?... ¿sobre este muelle desierto?... ¿cerca de esta puerta?...

— ¡Sí, solo aquí, sobre este muelle desierto, junto á esa puerta!... Espero la fantasma ó la realidad, la sombra ó el hombre que hemos visto penetrar en ese hotel... Le espero para echarme sobre él, para quitarle el sombrero que cubre sus facciones, para leer con mis propios ojos la impresion que causa en su rostro la vergüenza, para arrancar así de mi alma la última esperanza de fe que me quedaba en el honor de ese hombre á quien llamábamos nuestro amigo.

— ¿Pero y si se defiende contra tu agresion?

— ¡Tanto mejor... pues así me dará el valor de matarle!

— ¿Y si él te mata?

— ¡Entonces habrá completado su obra... pues, como Judas, habrá vendido — al que decía que amaba, y habrá hecho correr su sangre!

— Yo me quedo tambien; — dijo resueltamente de Harcourt.

Y á pesar de las súplicas de su amigo, á pesar de las órdenes de su médico, se ajustó al



cuerpo lo mejor que pudo los pliegues de su capote, y arrimándose al muro esperó.

De Apsberg hizo lo mismo. . . . .

Tadeo llegó muy presto á la embajada.

Pocas personas habian sido recibidas aquella noche, pero los salones estaban brillantes de luces, y su claridad contrastaba con la oscuridad del gran patio de que habia hablado el cochero de Monteleone. Era cerca de media noche, pero la duquesa vivia mas de noche que de dia, como casi todos sus compatriotas, á pesar de la diferencia del clima de Italia y el nuestro, donde el calor no exige como en Nápoles esa existencia nocturna sin la cual no hay respiracion posible para los habitantes de ese hermoso pais.

Por otra parte la hora en que se presentaba Tadeo no era estraña para los habitantes del hotel, pues jeneralmente venia en este momento á hacer sus visitas á la duquesa de Palma. De consiguiente esta no pareció de ninguna manera sorprendida cuando le vió entrar.

La duquesa estaba medio acostada negligentemente en su ancho sofá, en el mismo gabinete donde la hemos visto ya recibir á Monteleone; y probablemente era allí donde habia recibido á sus amigos aquella noche, pues las sillas colocadas en semicírculo enfrente del sofá parecian recientemente abandonadas por sus huéspedes.

— ¡Bien venido, señor de Rovero! — le dijo la *Felina*. — ¡Mucho se hace usted esperar esta noche! . . . ; en primer lugar por mí, que le esperaba mas temprano, y luego por uno de sus mejores amigos que queria encontrar á usted aquí.

— ¿Y quien es ese amigo, señora? — preguntó Tadeo, temiendo encontrar la prueba que buscaba.

— ¿No lo adivina usted? . . . — dijo la duquesa sonriendo; — hablar del amigo de Orestes, no es nombrar á Pilades?

— ¿Luego se trata del conde? — preguntó Tadeo.

— Del mismo.

— ¿Ha venido aquí esta noche?

— ¡Ciertamente! — respondió la *Felina*.

— ¿Y usted le ha retenido largo tiempo sin duda? — dijo Tadeo, cada vez mas conmovido.

— ¡Tadeo! . . . — dijo la duquesa, — ¿vuelve usted á su maldito defecto? . . . ¡siempre celoso! . . . ¡Oh! . . . (continuó ella sin dejarle responder) ya sabe usted que conozco un poco en materia de celos! . . . Pero verdaderamente me causa piedad el ver que ama usted aun á una pobre mujer á quien han acabado ya los pesares y el sufrimiento . . . que no es una sombra de sí misma . . . ¡y cuyo corazon está ya tan marchito como su rostro!

— ¡Yo la veo á usted tal como la ví en otro tiempo, á mis ojos es usted la misma . . . y lo será siempre! — respondió Tadeo. — Pero tenga usted la bondad de decirme cuándo le ha dejado el conde.

— ¡El conde! . . . ¡siempre el conde! . . . ¿Viene usted esta noche para hablarme solo de él?

— No . . . sin duda . . . pero una razon imperiosa me obliga á saber cuanto tiempo hace que salió de aquí . . .

— Hará una hora, poco mas ó ménos: — dijo la duquesa, fijando sus miradas en Tadeo.

Tadeo empalideció, y sus dedos que se apoyaban sobre el respaldo del sofá arañaron la tela por un movimiento nervioso; luego dejó caer la cabeza sobre su pecho, y sus ojos inmóviles se fijaron tenazmente en un dibujo del tapiz . . . ¡La conviccion acababa de penetrar en su espíritu . . . y la desesperacion en su corazon!

De esta especie de sueño moral, de este abatimiento profundo, fué sacado por la presion de una mano que estrechaba la suya, y una voz anjelical le decia:

— ¡Sufré usted, Tadeo! . . . — ¿qué tiene usted?

— ¡Sí! . . . — dijo el jóven sin hablar.

— ¡Oh! . . . lo veo bien! — continuó la duquesa; — ¿pero la amistad no puede nada para calmar el sufrimiento?



— ¡Nada! — respondió Tadeo.

— ¡Hé ahí lo que son los hombres! — replicó la Felina; — no creen en nosotras mas que para el placer ó la dicha, y nunca para el pesar.

Tadeo se volvió hácia la duquesa de Palma, y sus ojos espresaban tanta simpatía, tanto afecto... y luego sentia dentro de sí mismo tanta necesidad de desahogarse, que estuvo á punto de revelarle su funesto secreto.

Pero un íntimo pudor y un sentimiento noble de jenerosidad le contuvieron aun; le pareció que esta mujer podria acusarle de una baja venganza si venia á deshonar á sus ojos al hombre que ella habia amado tan apasionadamente, ¡que quizás amaba aun!

— ¡Amigo Tadeo, — le dijo la duquesa despues de un largo silencio — pues que usted, no me juzga digna de conocer sus pensamientos penosos, no hablemos mas del asunto! Los médicos hábiles amortiguan los dolores cuando no pueden curarlos; dejadme pues obrar como ellos, apartando vuestro espíritu de sus reflexiones amargas, para presentarle un cuadro mas risueño... ¡el de la próxima dicha de su hermanita de usted!

— ¿Qué quiere usted decir? — preguntó Tadeo, saliendo de su distraccion como si saliese de un sueño.

— Es bien difícil de comprender, — continuó la duquesa, — quiero hablar del próximo enlace de la marquesa de Maulear con el conde de Monteleone... ¡ahora ya es casi público!..

— ¡Ella y él... jamas! — exclamó Tadeo, perdiendo toda su serenidad al oír esta idea.

Una sonrisa de triunfo recorrió los labios de *la Felina*, pero no se detuvo en ellos, y Tadeo nada vió.

— ¿Qué dice usted?... — preguntó la duquesa sorprendida; — ¡se diria que quiere usted oponerse á esa union!

— ¡Esa union es imposible, señora!.. — dijo Tadeo cediendo á la violencia de su emocion; — ¡esa union no se hará!.. ¡El vicio y la virtud!.. ¡la serpiente y la paloma!.. ¡el infierno y el cielo no pueden juntarse!.. ¡el conde de Monteleone es indigno de Aminta!

— ¡Indigno! — repitió la duquesa; — ¿indigno su amigo de usted?... ¿su hermano casi?

— ¡Yo reniego ese hermano, pues es mi hermano como Judas lo fué del Salvador! pues nos ha vendido como Judas vendió á Cristo!

— ¡Tadeo...! — dijo la duquesa, — ¿es usted quien me habla así?

— ¡Yo soy, señora! — dijo Tadeo; — ¡yo que tengo el corazon despedazado por la decepcion mas cruel! ¡yo que acabo de perder la santa fe que tenia en la lealtad de un amigo!.. ¡yo, que debo detestar al que tanto amaba, y despreciaba tanto como le honraba!

Y no pudiendo callar ya el odioso secreto que ocultaba, abrió su pobre corazon á la duquesa y se lo reveló todo.

— ¡No, eso no es posible! — dijo la duquesa, despues de haberle escuchado con la mas viva agitacion. — ¡No... Monteleone no es un traidor... un cobarde... y el hombre mas culpable del mundo!

— Yo tambien he dicho lo mismo que usted! — replicó Tadeo con vehemencia; — ¡lo que usted rechaza con horror, yo lo he rechazado tambien... y no obstante ha sido preciso ceder á la evidencia!

— ¡No hay nada de evidente mas que lo que uno ha visto!.. ¿y es él á quien ha visto usted?

— Pero su salida de aquí, ¿no coincide fatalmente con su llegada á la prefectura de policía? ¿la respuesta del cochero y todo lo demas no es evidente?

— ¡Son presunciones terribles, convengo en ello! — dijo la duquesa, — pero nada mas que presunciones... Y si usted cede, si su fe en el honor del conde está ya destruida, si su amistad por él no es bastante fuerte para triunfar de esas presunciones... ¿cree usted que una pasion verdadera, que un amor profundo como los que él inspira cederán tan fácilmente?

— ¡Ah, señora, — dijo Tadeo tristemente, — usted habia sido bastante jenerosa, usted habia tenido bastante compasion de mí para dejarme al ménos la duda de mis sentimientos... ¡Y es una crueldad muy grande el escojer este momento para confesármelos!

— ¿Y quién le habla á usted de lo que siento? — respondió la duquesa reteniendo á Ta-



deo que se levantaba para marcharse. — Esa pasión, ese amor profundo que me atribuye usted aun, ¿cree usted que hayan podido resistir á la indiferencia y el olvido?

— ¿De veras? — exclamó el jóven fuera de sí, olvidándolo todo en presencia de esta confesion que le volvia la esperanza.

— No se trata de mí, — continuó la duquesa; — al hablarle á usted así, me referia á la mujer amada del conde... á la preciosa hermana de usted.

— ¡Mi hermana!

— Sí, su hermana de usted, cuyo espíritu será mas difícil de convencer que el de usted, para creer en la infamia y cobardía de un hombre cuya mano y nombre va á recibir muy pronto. Para romper los lazos que les unen, para cambiar en desprecio su amor, la marquesa de Malear necesitará pruebas irrecusables del crimen, sobre el cual no tiene usted aun mas que sospechas vehementes, que yo misma rechazo con toda la fuerza de mi estimacion por Monteleone.

Y hablando de esta suerte, la duquesa alargó el brazo sin levantarse, como para cojer un papel que parecia no haber percibido hasta entónces.

Tadeo, siguiendo con la mirada este movimiento, se apresuró á levantar el papel y se le entregó á la duquesa.

— ¿Qué es eso? ... — dijo ella; — sin duda es alguna carta que se habia volado de mi mesa, ó perdida por alguno de mis tertulios de esta noche... Y es en ese sillón (añadió designando uno que habia junto al lugar donde se hallaba el papel caído) donde estaba colocado el conde.

Enseguida abrió maquinalmente, y como de un aire distraído, la carta perdida; pero apenas habia fijado los ojos en ella dió un grito y se desmayó.

Tadeo, todo asustado, tomó corriendo un frasquillo que habia sobre la mesa, y acercándose á la duquesa le hizo respirar las sales que contenia.

La mano de la duquesa acababa de dejar escapar sobre el sofá la carta fatal: este papel abierto llamó la atencion de Tadeo, pues se veia en él un gran sello encarnado. Movidó por un sentimiento de curiosidad que no pudo contener, y esperando hallar en él la causa de la emocion de la embajadora, cojió el sellado billete y le recorrió vivamente.

Pero ántes de que se terminase su lectura le faltaron las piernas, una palidez mortal cubrió su rostro, y cayó en su sillón abatido y medio muerto.

La duquesa habia recobrado sus sentidos, y en los dos semblantes se pintaron á un tiempo los sentimientos que les dominaban.

La duquesa fué la primera que rompió el silencio, y exclamó señalando el escrito que Tadeo tenia en la mano aun:

— ¡Ha leído usted!...

— He leído esto: — respondió el jóven.

« Reconozco como agregado á nuestra policía y obrando segun nuestras órdenes, al señor conde de Monteleone. »

— ¿Pero eso es horrible? — dijo la duquesa.

— ¿Dudará usted aun? — preguntó Tadeo con una voz ahogada por el dolor.

— ¿Y qué va usted á hacer de ese papel? — preguntó la duquesa temblando.

— ¡Lo que se hace con la sentencia que condena un miserable al desprecio de sus conciudadanos!... Se pega en un poste para que todos conozcan la infamia de aquel que la sociedad arroja de su seno... y yo voy á clavar mi sentencia en la frente de ese hombre que nos ha vendido!

— ¡No, no... — dijo la duquesa, — usted no hará eso!... ¡no será usted tan cruel y duro para obrar así!

— ¡Seré justo! — replicó Tadeo con aire sombrío.

— ¡Y yo no lo sufriré! — dijo la duquesa arrebatándole de las manos el fatal título de espionaje; y rebujándole entre sus manos le lanzó en las llamas de la chimenea.

— ¡Qué ha hecho usted! — exclamó Tadeo; — ¡aniquilar así esa prueba terrible, irrecusable!

— Usted la ha leído y eso basta, — dijo la Felina; y saliendo precipitadamente del salón, añadió cuando estuvo sola: — ¡Y tambien basta para mí, pues ahora no se casará nunca con ella!



---

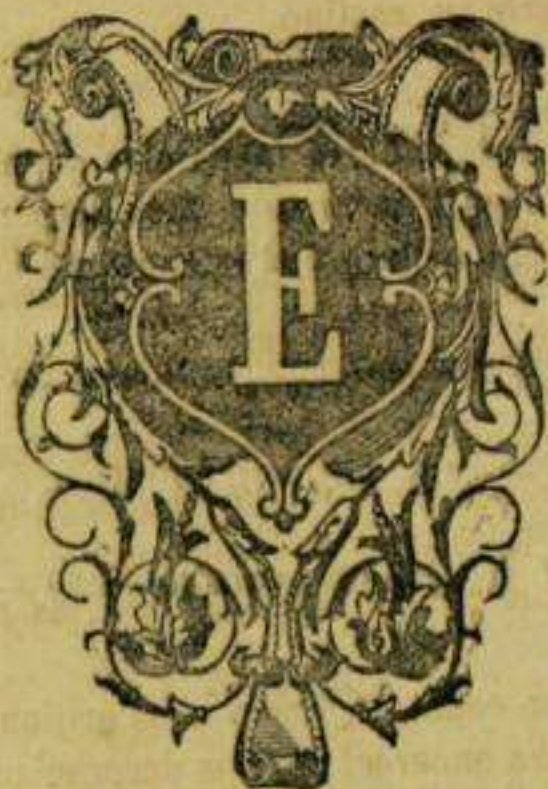
---

## LA ACUSACION.

---

---

LIV.



El desmayo que acababa de padecer la duquesa explicaba suficientemente su retirada repentina del salon.

Tadeo se lanzó fuera del hotel, y corrió á casa del médico; pero de Harcourt y el doctor no volvieron hasta las dos de la mañana. La puerta cerca de la cual esperaban no se habia vuelto á abrir, y el que aguardaban tomó sin duda prudentemente otra salida para alejarse del hotel de la prefectura.

— ¡Y bien!...—dijo de Apsberg á Tadeo ballándole en su salon,—¿ estaba la duquesa en su casa? ¿ ha ido él á visitarla? ¿ ha salido como lo ha dicho su cochero?...

Tadeo permaneció silencioso, y ni aun parecia que les hubiese oido entrar. Con la cabeza apoyada sobre la mano izquierda, sentada junto á la mesa que ocupaba el centro de la biblioteca, los ojos encarnados por la vijilia ó por las lágrimas,

acababa de escribir algunos renglones que trazaba con mano trémula, y cuando hubo terminado dijo á sus asociados :

— ¡ Tomad y leed, ahí teneis mi respuesta !

Los dos amigos tomaron el escrito y le recorrieron con la vista... ¡ Un jemido doloroso se escapó de su pecho !

— ¡ Yo que le defendia, le acuso! — continuó Tadeo;—y le acuso porque he visto la prueba de su infamia... Infamia cuyo objeto y motivo ignoro, que confunde mi razon, pero que no puedo rechazar, pues he leído el título que le envilece... ¡ y yo entrego ese hombre al odio y la venganza de todos los hermanos que ha vendido!

Enseguida les contó todo lo que habia pasado en casa de la duquesa de Palma.

De Apsberg tomó la pluma que le presentaba su amigo y sentó su nombre cerca del de Tadeo Rovero en el papel que acaba de leer.

De Harcourt hizo lo mismo.

Este acto, sencillo en apariencia, tenia un carácter lúgubre y solemne, debido á las fisonomías sombrías y á la voz llena de emocion de estos tres hombres ; pues sus tres corazones latian con el mismo movimiento, y sus ojos estabau llenos de lágrimas.



¡ La evidencia, una evidencia odiosa parecía iluminarles por fin con su luz siniestra! . . .  
¡ luz que echaba sobre el porvenir sus reflejos sangrientos!

— Amigos míos, — dijo de Apsberg, — ¡ el carbonarismo muere en este país, á los golpes de un denunciador! . . . Los arrestos de nuestros amigos B. . . Ch. . . Ober. . ., jefes de las *Ventas centrales*, os dicen bastante la suerte que nos espera; si estamos libres aun, es porque sin duda nuestra libertad puede servir á los proyectos de nuestros enemigos. . . no nos hagamos ilusiones, ¡ estamos vendidos! ¡ nuestros secretos son conocidos, nuestros retiros tambien; nuestros planes están revelados. . . el destierro, los calabozos, la muerte, es la suerte de nuestros hermanos y la nuestra! Así, pues, no es una venganza aislada la que os propongo. . . ¡ es la venganza de nuestros numerosos asociados! Segun los términos de nuestra asociación, el decreto contra el traidor está ya firmado. (Y designaba el papel que acababan de firmar los tres.)

Ahora, ¿ quién le ejecutará?

— ¡ La *Venta suprema*! — dijo Tadeo. — La *Venta* anual se reúne dentro de pocas dias en la lojia masónica de *Los amigos de la verdad*. . . ¡ la *Venta suprema* es la que debe decidir!

— ¡ No, señores, no! — exclamó de Harcourt. — Mi espíritu y mi corazón frances no pueden conformarse con esa justicia tenebrosa; yo prefiero la espada que hiere á la luz del dia al puñal que mata en la oscuridad. . . la que yo cruzaré con la mia no es digna de un tal honor, pero prefiero un duelo vergonzoso á un asesinato cobarde.

— ¡ Sea pues! — respondió de Apsberg, — pero no será tu espada sola la que se dirigirá contra el pecho del traidor, sino nuestras tres espadadas. Mañana, como tres espectros vengadores, iremos á echarle en cara su crimen y á notificarle su castigo.

— ¡ Hasta mañana, pues, — respondieron de Harcourt y Tadeo: y uniendo luego sus manos, trémulas aun de horror, los tres carbonarios se separaron. . . . .

El dia siguiente á la noche en que pasaron las escenas precedentes, el conde de Monteleone se hallaba solo en el salon de su hotel, sumergido al parecer en graves reflexiones.

Podian ser las diez de la mañana; la nieve seguia cayendo desde la vispera y disminuia la claridad de un dia sombrío y pardo que aumentaba la tristeza de este vasto aposento.

Gracias á sus vivas jestionés y hábiles investigaciones, Monteleone habia adquirido desde la vispera solamente la terrible certeza de que las verdaderas listas de los miembros de la asociación, firmadas por los jefes de las *Ventas*, estaban entre las manos de la policia.

Aquí empezaba para el conde un misterio impenetrable que su alta intelijencia y los recursos de su ingenio fértil no podian conseguir el penetrar.

¿ Cómo los orijinales de esas listas se habian convertido en copias? ¿ Como esos orijinales habian pasado á manos de la policia, y servian de título para encarcelar á sus desgraciados afiliados?

Este enigma impenetrable se presentaba al pensamiento de Monteleone como un nuevo rasgo del jenio fatal que pesaba sobre su destino despues de algunos meses, sembrando en su vida la desgracia, el desvío y el abandono.

Esta defección del mundo, que cada dia se hacia mas sensible para él, esa frialdad cada dia mas ofensiva y pronunciada con que le acojian todos los que le habian buscado y festejado hasta entonces. . .; la increíble y brutal provocación del teniente A. . . y su duelo sin causa aparente; esa muerte cruel que daba su mano al jóven oficial, cuando la suerte de su padre debia casi hacersele amar. . ., la especie de frialdad que veia con dolor nacer en sus relaciones con los tres amigos mas caros á su corazón, todo causaba en este hombre enérgico y fuerte un tormento vago que no podia dominar.

La ternura de Aminta y el afecto que le mostraba el príncipe eran las únicas cosas con que podia combatir estas impresiones, pero no las alejaban enteramente de su espíritu y de su corazón.

El conde se hallaba pues abismado en esta perturbación moral, en esa especie de abatimiento que causan las reflexiones penosas y continuas, cuando se apareció Giacomo en el



salon; pero su entrada se hizo con tanta calma y silencio, que el conde no percibió á su fiel servidor hasta que, hallándose cerca de él, le dirigió la palabra.

— Señor conde, — dijo el anciano, — en vuestro gabinete hay una persona que desea veros.

— ¡No estoy visible para nadie! — respondió el conde con mal humor.

— Eso viene mal... — respondió Giacomo, — porque he dicho á la persona que espera que el señor conde estaba en casa... y aun la he hecho sentar en la pieza inmediata, pues hablando francamente, la pobre señora me parece que lo necesitaba, porque apenas podia sostenerse...

— ¿Y quién es esa mujer? — preguntó el conde.

— No me es posible satisfacer á Su Escelencia; primero porque no me ha dicho su nombre... y luego porque trae un velo espeso que su blanca manita sabe muy bien ajustar á su rostro... Pero ya se sabe que las damas no vienen á estas horas á la casa de un soltero sin traer un velo espeso... ¡es el uniforme del bello sexo para las visitas matinales!...

— ¡Quién puede ser! — murmuró el conde.

La memoria de la duquesa vino á presentarse á su espíritu, y el recuerdo de la amistad desinteresada que le mostraba *la Felina* despues de algun tiempo abogaba en su favor.

Monteleone mandó á su mayordomo que introdujese á la extranjera; Giacomo salió y volvió muy presto precediendo á la dama del velo, que tenia un aire elegante y distinguido.

Apénas se hubo retirado el viejo servidor de Monteleone, la dama levantó el velo... y dando el conde un grito de sorpresa y gozo reconoció á la marquesa de Malear.

Aminta, mas pálida aun que de costumbre, parecia tan conmovida que el conde se apresuró á presentarle un sillón, sobre el cual cayó mas bien que se sentó.

— ¡Usted aquí!... ¡usted en mi casa! — exclamó Monteleone arrodillándose delante de ella; — nunca hubiera tenido el atrevimiento de solicitar un favor semejante de usted... ¡nunca hubiera podido pensar que usted se dignaria concedérmelo!...

— ¡Conde!... — respondió Aminta con voz trémula, — para que me decidiese á dar un paso semejante, ha sido preciso que mediase una razon muy grave y un sentimiento muy poderoso!... ¿Estamos solos? — añadió echando una mirada llena de inquietud en derredor del salon.

— Solos estamos; — respondió el conde. — ¡Hable usted, por Dios, y dígame lo que me vale el honor y la dicha de su presencia en este lugar!

— ¡Mi pesar y mi desesperacion!... — respondió la marquesa, prorrumpiendo en llanto.

— ¿Pero qué es lo que pasa? — preguntó Monteleone con espanto.

— Yo no lo sé, — respondió Aminta, — pero nos amenaza alguna desgracia desconocida. El príncipe, mi segundo padre, el príncipe que sabe usted me trata como á su hija mas querida, que le ha acojido á usted hasta el dia con la estimacion mas grande, con la mas verdadera aficion, para quien nuestros proyectos de union no son ya un secreto, y que hasta los ha alentado él mismo;... el príncipe ha venido ayer noche á mi cuarto con el rostro demudado y los ojos llenos de ira diciéndome: ¡Hija mia! ¡hija querida... voy á darte un golpe cruel!... ¡ármate de valor y resolucion!... ¡Tu matrimonio con el conde de Monteleone es imposible... y te conjuro á nombre de mi cariño que renuncies á él para siempre!...

— ¡Qué oigo! — exclamó Monteleone fuera de sí. — ¿Qué quiere decir esto?... ¿De dónde viene ese cambio repentino... y quién ha dado á ese hombre el derecho de quitarme mi dicha y aniquillar mi vida?

— Y no es eso mas que la mitad del sacrificio, me dijo, — añadió vacilando la marquesa, — pues será preciso dejar de ver al conde en lo sucesivo... ¡y este hotel le será cerrado en adelante!

— ¡Y cómo! — dijo Monteleone con vehemencia; — ¿no es bastante para él querer separarnos para siempre... sino que une la injuria á la crueldad?... Pero ¿cuál es mi crimen? ¿de qué me acusa? ¿cómo el que hallaba ayer digno de usted le encuentra hoy indigno?

— Mis súplicas y lágrimas no han podido decidir al príncipe á revelarme ese secreto, —



respondió la marquesa. — ¡El conde (me dijo) no puede obtener ya tu mano, no tiene derecho á pretenderla, nos ha engañado! Pero si insiste en realizar esa union, si se atreve aun á hablarte de su pasion. . . . dile que todo lo sé, que me hallo instruido de todo. . . . ¡qué le conozco, en fin! Y el que me lo ha hecho saber todo, cuya boca no puede mentir, á quien un súbdito fiel debe creer el primero de todos, y el segundo despues de Dios. . . ¡ es el Rey!

El conde se quedó mudo y abismado al oír este discurso. Le parecia que una malla de acero le cercaba por todas partes, apretando cada vez mas sus anillos. Cada vez habia mayor oscuridad para él, las tinieblas entre las cuales caminaba se hacian mas sombrías, y su razon empezaba á turbarse bajo la mano de hierro invisible y desconocida que pesaba sobre su frente.

Aminta miraba á este hombre confundido y lleno de angustia; el silencio del conde parecia dar la razon al príncipe, pues se diria que llenó de estupor cedia bajo el peso de una acusacion cuya justicia reconocia sin duda. . . y se estremecia á la idea de hallar un culpable en el hombre que amaba tanto como le honraba.

Pero este, levantando sus ojos en los los que se leía una profunda tristeza, dijo:

— ¡Aminta. . . por lo que hay de mas sagrado para mi en el mundo, por lo que hay de mas caro, por la vida de usted. . . . juro que ignoro el motivo del proceder del príncipe para conmigo. . . . Pero me parece resultar del lenguaje que ha tenido con usted respecto á mí, de ese nombre del Rey que viene sin saber como á mezclarse en los intereses de nuestros corazones, que mi honor está puesto en duda para el príncipe de Malear. . . . ¡ Es un derecho que no he reconocido á nadie hasta el dia. . . . pero, pues que se ha encontrado un hombre bastante osado para tomársele, ese hombre tendrá que discutirle conmigo sobre cualquier terreno que sea!

— ¡ El príncipe es casi mi padre! . . . — dijo tímidamente Aminta.

— Es mi enemigo mas mortal, pues que quiere separarnos! — replicó Monteleone. — Escúcheme usted (continuó con voz mas dulce); mi amor á usted es tan grande, mi temor de atraer la mas lijera nube sobre su hermosa frente es tan escesivo, que he ocultado á usted hasta hoy los tormentos que sufro de algun tiempo á esta parte.

— ¡Cómo! — dijo vivamente Aminta, — ¿usted es desgraciado, y yo lo ignoraba?

— ¡ Me hallo en ese estado terrible del hombre que siente á veces faltarle la razon! — respondió el conde. — ¡ Yo mismo me escucho, miro mis facciones, y trato de descubrir en su espresion si aparece en ellas algun sintoma de locura! . . . Ya no soy el mismo. . . el Monteleone de otro tiempo no existe ya. . . . Todo me parece cambiado en derredor mio; el mundo ha tomado otra forma, y me habla un lenguaje que no comprendo, ó mejor dicho mio es extraño para él. . . . pues ese mundo me muestra á las claras su indiferencia, y, lo digo con la rabia en el corazon, me hace sentir su desprecio. . . . ¡ Soy como el leproso del Evangelio; huyen, me rechazan, me miran con pena, y parece que llevo conmigo la epidemia y la muerte! . . . Esa alta sociedad francesa, en la cual entré como en triunfo, se ha propuesto cada dia mas hacerme expiar su acojida lisonjera. A la estimacion pública, á la consideracion jeneral, ha sucedido la desconfianza y la frialdad. . . y creo leer en los ojos de todos el temor ó el odio, cuando ántes leía el respeto y la admiracion. Y cuando examino mi conducta toda entera, cuando registro mis actos ocultos. . . busco en vano la causa de esa repulsa jeneral, y me pregunto entónces si mi imaginacion enferma es la sola que crea las quimeras insultantes que me reducen á la desesperacion.

— ¡ No, no! — dijo la marquesa con ese orgullo del corazon que siente una mujer por aquel á quien ama; — ¡ no, la razon de usted y su espíritu brillante son siempre los mismos! . . . Pero alguna calumnia odiosa puede haber atacado á usted en su honor, y el príncipe ha sufrido su influencia.

— ¿ Pero quién me señalará esa calumnia? — exclamó el conde; — ¿ quién hará parecer á mis ojos esa odiosa fantasma que me quita la consideracion y el aprecio? ¿ que hiere mi honor ocultamente. . . . y que viene en fin á colocarse entre usted y yo?

En este momento resonó la campanilla del hotel.



El conde corrió á la puerta del salon para prohibir que viniesen á interrumpirle, pero ya era tarde, pues se oían pasos precipitados en las antesalas del hotel.

— ¿Quién puede venir? — dijo el conde á Giacomo.

— Los únicos hombres para quienes jamas está cerrado el hotel de Su Escelencia, — respondió este; — los señores de Apsberg, de Harcourt y Tadeo Rovero.

La marquesa dió un grito de terror al oír el nombre de su hermano.

— ¡Van á penetrar aquí... á pesar mio, — dijo el conde, — y este salon no tiene otra salida que la puerta á que se acercan!

En efecto, los acentos de los tres carbonarios llegaban ya al salon donde se hallaban el conde y la marquesa.

— ¡Entre usted ahí, por Dios! — dijo el conde á la marquesa, abriendo la puerta de un elegante gabinete de trabajo; — yo trataré de despedirles dentro de pocos instantes.

La jóven dama se lanzó en el gabinete del conde, medio muerta y fuera de sí.

Apénas se habia cerrado la puerta del gabinete, aparecieron en el salon los tres amigos; sus rostros tenian un aire severo, sus facciones estaban contraídas, y en sus frentes sombrías se podia adivinar que sus almas padecian por un sordo huracan.

— ¿Qué sucede aun? — les preguntó vivamente Monteleone conociendo su agitacion.

Ni una sola voz respondió á la suya, pero seis ojos se fijaron en los suyos con una expresion de arrogancia y de desprecio.

Enseguida de Apsberg sacando un papel de su seno le entregó á Monteleone sin pronunciar una palabra.

— ¿Qué significa todo esto? — preguntó Monteleone; y tomando el escrito leyó lo siguiente:

### ESTATUTOS DEL CARBONARISMO FRANCÉS.

#### ARTICULO PRIMERO.

« Cualquiera que haya vendido, denunciado, ó hecho traicion á sus hermanos, reconoce » que ha merecido la muerte, y se condena anticipadamente á sufrirla de mano de sus asociados.

— ¡Y bien! — dijo el conde mirando á sus amigos é interrumpiendo su lectura. — Yo sé muy bien eso y he firmado como vosotros ese artículo!

— ¡Acaba la lectura! — le dijo Tadeo.

El conde continuó:

« Nosotros, los jefes de las *Ventas centrales*, jueces supremos de todos los miembros de » la asociacion; nosotros, á quienes todos los hermanos han concedido el derecho sagrado de » vida y muerte sobre ellos, declaramos, afirmamos y juramos que hay entre nosotros un » traidor, un cobarde, un vil delator!

« Cada uno de nosotros reclama contra ese hombre el castigo á que se ha sometido él » mismo, como todos los socios del carbonarismo, ¡y ese castigo es la muerte!!!... »

— ¿Su nombre... su nombre? — preguntó Monteleone.

— Su nombre, — respondió de Apsberg, — vacilábamos en pronunciarle el otro dia... pero no sucede hoy lo mismo.

¡Su nombre es el conde de Monteleone!!!...

El conde se quedó como aterrado al oír esta respuesta, echando sobre sus amigos unas miradas en las que la sorpresa dominaba el furor. Su corazon, su pulso y sus sienas latian con tal fuerza que parecia iban á romper las arterias; sus ojos se inyectaron de sangre, sus puños se apretaron de manera que las uñas penetraban en las carnes de sus manos cerradas... ¡pero no replicó nada, no pestañeó, y se quedó mudo!

Solamente examinándole, con atencion, se hubiera creído ver en su frente uno de esos cielos cargados de nubes que atraviesa el relámpago, y en cuyo seno rueda tumultuosamente el rayo.

Un silencio mortal reinó despues de la lectura del billete, y de Apsberg le interrumpió el primero diciendo:



— El que fué nuestro jefe, el que fué nuestro amigo mas caro, (y su voz temblaba al pronunciar estas palabras) ¡no debe morir como un carbonario vulgar, de una puñalada!... y triunfando de nuestra aversion por su crimen, venimos á ofrecerle que dispute su vida con uno de nosotros, en un combate regular y á su eleccion.

El conde dejó acabar su discurso á de Apsberg, y cuando este hubo concluido, dijo á los tres carbonarios.

— ¿Hé comprendido bien?... ¿he visto bien lo bien lo que he visto? ¿he leído bien lo que he leído?... ¿No es una alucinacion de mis sentidos?... ¿Se ha encontrado la mano de un hombre que se atreva á sentar en un papel los dictados de traidor y delator junto á mi nombre?... ¿Se han hallado tres hombres que repitan esos dictados... y esos hombres se llaman Tadeo Rovero, de Apsberg y de Harcourt! ¡Señores!—continuó con indignacion,— hay afrentas que seria necesario bajarse para recibirlas... pues no pueden alcanzar á aquel á quien quieren d rижirse; pero yo tengo el derecho de llevar la cabeza muy alta para bajarme hasta el fango á recoger esos epítetos!

— Esos epítetos, — dijo de Harcourt, — no son tres hombres, sino Paris todo entero quien se los dirige al conde de Monteleone.

— La voz pública le acusa, — continuó de Apsberg, — de haber vendido al jeneral A... ; Ober;... C... y F... sus asociados y los nuestros.

— ¡La voz pública! — exclamó el conde, cuyos ojos parecieron abrirse y sacarle de su alucinacion.

— ¡Sí, — es lamó Tadeo, — hé aqui lo que repite esa voz! El conde de Monteleone, arruinado, debe su fortuna á socorros vergonzosos que recibe por vender á sus hermanos contra el oro que prodiga para satisfacer sus gustos y lujo....

— ¡Oh!!!... — dijo el conde horrorizado

— Proscrito de Francia hace dos meses (continuó Tadeo), no ha debido su permanencia mas que á sus arreglos con la policia francesa...

— ¿Eso se ha dicho? — preguntó el conde con una voz llena de sarcasmo.

— El conde de Monteleone, — añadió de Apsberg, — fiel á su vil tráfico, ha vendido á todos nuestros hermanos de todos los países revelando nuestros secretos á esa policia odiosa... ¡y sus revelaciones han abierto para ellos los calabozos de Francia, de Alemania y de Italia!

— ¡En fin!!!... — exclamó el conde con un acento muy diferente del que debía esperarse del hombre á quien se ultraja, ó del culpable descubierto, pues ese acento parecia casi jovial. — ¡En fin... ya está descubierto ese misterio cuyos velos sombríos me rodeaban por todas partes!... ¡En fin, ya veo de frente al enemigo oculto que roía mi honor con sus dientes emponzoñados!... ¡En fin... ya conozco el origen de donde salian para mí esos torrentes de desprecio con que el mundo me agobiaba despues de largo tiempo... y ese monstruo es la calumnia!... ¡la calumnia mas atroz y cruel!!!

— ¡Dios me es testigo de que daria mi sangre y la mitad de mi vida porque fuese así! — dijo de Apsberg; — pero lo que tú llamas calumnia, Monteleone, es la verdad mas probada.

— ¡No... es imposible! — replicó el conde, — ¡lo que dice Paris, no lo decís vosotros... lo que Paris cree no lo creéis vosotros!

— ¡Juramos por nuestro honor que lo creemos! — respondieron los tres carbonarios.

— ¡Ellos!... ¡ellos tambien! — exclamó el conde.

— ¡Nosotros tambien... nosotros! — repuso de Apsberg, — ¡nosotros mas que ese mundo que te acusa, te rechaza y te desprecia!... ¡Nosotros que tenemos pruebas terribles, irrecusables de tu traicion!... ¡Escúchalas!... El jeneral A... me ha jurado por los manes del hijo que le has matado, que ha visto la lista firmada por él y que te entregó, en manos del prefecto de policia...

Aquí está la que tú me has entregado; aquí están las otras cinco de los jefes de las *Ventanas*, todas ellas son falsificadas, tú lo sabes, pues á ti solo han sido confiadas... ¡tú solo has podido entregar á nuestros enemigos los orijinales de estas copias indignas!... ¿Lo negarás?...



— ¡Qué horror! . . . — exclamó Monteleone.

— Un hombre se introdujo ayer en la prefectura de policía, á las once de la noche, — dijo de Harcourt; — ese hombre bajó de un coche; ese coche era el tuyo; ese hombre anunció su nombre al portero. . . y ese nombre era el tuyo! . . . pero ese hombre ignoraba que tres de sus hermanos oían ese nombre. . . ¡esos hermanos están delante de ti. . . y ese hombre eres tú! . . . ¿Lo negarás?

— ¡Mi cochel. . . ¡mi nombre! . . . ¡yo! . . . ¡yo! . . . yo! . . . — exclamó Monteleone fuera de sí.

— ¡Finalmente! . . . — dijo Tadeo, — yo he visto por mis propios ojos el título degradante que la policía ha espedido á su agente. . . he visto el nombre del conde de Monteleone escrito en una carta infame con el sello de la policía. . . ¡Como un ESPÍA del gobierno frances!

Tadeo no habia concluido aun esta frase, cuando el conde se lanzó hácia una cómoda del salon, y sacando dos pistolas arrojó la una á los pies de Tadeo y armando la otra exclamó:

— ¡Miserable. . . eso es demasiado, y ya no veo aquí mas que enemigos y calumniadores infames! . . . ¡Toma esa pistola y márame ántes de que yo te mate, pues no quiero vivir un minuto con ese insulto, ni dejar vivir un segundo al que le ha pronunciado! !

En este momento resonó un grito en la pieza inmediata; la puerta del gabinete se abrió con violencia, y la marquesa de Malear vino á caer desmayada entre su hermano y el conde de Monteleone.



---

---

## VISITA DE LA POLICIA.

---

LV.



UANDO la marquesa de Malear volvió en sí, sus ojos no encontraron mas que una sola persona, arrodillada cerca del sofá donde la habian colocado.

Esta persona era el ama de llaves del conde de Monteleone, y daba á la marquesa los cuidados que no podia ofrecerle él mismo ; y retirado en la pieza inmediata esperaba con impaciencia el momento de volver á ver á la marquesa de Malear.

Cuando el doctor de Apsberg se aseguró de que la marquesa no estaba mas que desmayada, y que su estado no daba el menor cuidado, unió todos sus esfuerzos á los de Harcourt para arrastrar á Tadeo fuera del hotel ; y Monteleone, en quien la súbita aparicion de Aminta cambió todas sus ideas viendo el sufrimiento de la que adoraba, apénas notó la marcha precipitada de los tres carbonarios.

Al recobrar sus sentidos la marquesa, recobró tambien la memoria del drama terrible de que habia sido testigo invisible.

— ¡ Mi hermano ! . . . ¡ Tadeo ! . . . ¡ Monteleone ! . . . ¿ dónde están ? — exclamó ella. — ¡ Dios mio . . . por piedad no me ocultéis nada, señora, conducidme cerca de ellos ! . . . ¡ Dejadme oponerme á ese combate horrible cuya sola idea me vuelve loca y me hace morir ! . . .

— Aquí viene el señor conde, señora, — dijo el ama de llaves á la marquesa, señalando á Monteleone que se acercaba.

— ¡ Una palabra ! . . . ¡ una sola palabra ! . . . — dijo Aminta. — ¡ Mi hermano . . . dónde está mi hermano !

El conde hizo seña á la mujer de su servicio para que se alejase, y cuando se quedó solo con la marquesa, dijo con amargura :

— ¡ Su hermano de usted me ha dejado . . . igualmente que sus amigos, despues de llenarme de insultos !

— ¡ A nombre de vuestro amor por mí . . . — dijo Aminta arrodillándose á los piés del conde, — le pido su vida !



— ¿Luego no ha oído usted nada? — respondió el conde levantándola; — ¿lo ha escuchado usted esa horrible escena?

— ¡Todo lo he oído! — dijo Aminta; — ¡cada una de sus palabras venía á estrellarse contra mi corazón!... pero esas palabras son el fruto del error y de la ira... ¡y el honor de Monteleone es superior á todas esas imputaciones!

— ¡Aminta... esos tres hombres son los ecos del mundo! — repuso el conde. — mi justo furor no puede tapar los millares de bocas que me han deshonrado... no puedo dirigirme mas que á sus intérpretes... ¡se necesita sangre para lavar el lodo que me han arrojado al rostro!... Pedidme pues mi vida, pero no me pidais la de unos miserables que me han injuriado cobardemente.

— ¡Pero uno de los que tratais así es mi hermano... es su amigo de usted!

— ¡Mi amigo mas caro! — replicó el conde con un enternecimiento que no pudo vencer. — ¡Y es él... es el hombre que conoce mi vida á fondo, el hombre que ha podido juzgar mil veces mi lealtad... es él... es ese hombre quien lo ha olvidado todo!

¡Ese hombre ha encontrado la audacia de pronunciar las palabras que ha pronunciado... ha tenido el valor de repetir la calumnia odiosa del mundo!... ¡Ah!... (continuó con una vehemencia sombría)... que ese mundo corrompido que no me conoce haya podido injuriarme con una sospecha atroz... no hace mas que medirme con su medida!... ¡pero ellos!... ¡pero él!... ¡pero Tadeo sobre todo!... ¡el reflejo de mi alma!... él... para quien yo hallaba demasiado frio el nombre de amigo, y que le amaba como hubiera amado al segundo hijo de mi madre!... ¡Tadeo... mi solo, mi verdadero amor sobre la tierra, despues de usted... se ha unido á mis enemigos y no ha temido venir á mi casa para hacerme el ultraje mas cruel!

¡Esto es demasiado, Dios mio!... ¡demasiado para mis fuerzas y para mi corazón!...

Y el conde de Monteleone, ese Monteleone tan dueño de sus dolores íntimos, tan impávido en el peligro... ¡fué débil ante la amistad desconocida, olvidada, ultrajada... y prorumpió en amargo llanto!

¡Lloró por esa amistad que moria llena de juventud y de encanto, como la bella niña que baja á la tumba en la primavera de sus tiernos años!

— ¡Amigo mio, — dijo la marquesa con una voz llena de sollozos, apoyando contra su seno la cabeza de Monteleone arrodillado junto á ella, — Tadeo lloraria como usted, pero de vergüenza y desesperacion, si pudiese ser testigo del agudo dolor de su corazón... ¡Oh... sin duda ha sido muy culpable... y él ménos que otro cualquiera debia dudar del honor de usted!... Pero él reparará su falta y la expiará con su arrepentimiento; él le justificará á usted y confundirá á sus enemigos buscando juntos el origen impuro de esas calumnias... ¡y entónces usted le perdonará y volverá á encontrar aun á su amigo!

— ¡Tadeo ha dudado de mí!... — repuso el conde con una tristeza profunda; — ¡Tadeo no puede ser ya mi amigo aunque viniese á reconocer su crimen, aunque viniese á pedirme de rodillas que le perdonase!... Pero Tadeo es el hermano de usted, Aminta, y ese título me impone un sacrificio que solo puede inspirarle mi amor por usted. Ese sacrificio inmenso es el dejar aun hoy mi afrenta sin venganza, ó pedir satisfaccion á otro primero que á él... ¡y Dios quiera que ese otro me mate... pues entónces Tadeo vivirá!... ¡Tadeo no tendria entónces que expiar el ultraje que me ha hecho!

— ¡Ah!... — dijo Aminta, — esa desgracia me faltaba aun, él quiere morir ahora!...

— Sí, ahora quiero morir, — replicó el conde, — antes que arrastrar sobre la tierra una existencia infamada, no pudiendo borrar de mi frente la marca indigna que se ha puesto en ella, antes que leer en todos los ojos que me miran, la duda, la turbacion y el desprecio; pues esos tres hombres lo han dicho: ¡Es el mundo, es Paris, es acaso la Europa entera la que repite y cree los rumores vergonzosos con que se ha mancillado mi vida!...

— ¡Pues yo no los creo, no!... — repuso la jóven marquesa con el acento del amor mas puro; — sé que no hay sobre la tierra corazón mas digno y elevado que el de usted... sé que tiene usted derecho á la estimacion y al respeto de todos!... Pero lo que yo sé... (continuó en tono solemne) es preciso que tambien lo sepan todos... ¡Conde de Monteleone, dentro de



ocho dias recibirá usted mi mano! .. ¡dentro de ocho dias quiero ser condesa de Monteleone! ..

— ¿Qué oigo?...—dijo el conde, á quien esta idea abria el cielo en medio de los tormentos del infierno; — ¿usted mia?... ¿usted condesa de Monteleone?...

— ¿Y quién se atreveria despues de eso á decir que la marquesa de Maulear ha venido á recibir al pié del altar un nombre deshonrado? — dijo Aminta con un justo orgullo.

— ¡ Aminta!... — dijo el conde cayendo á los piés de esta amable criatura, — Dios me es testigo de que mi agradecimiento es igual á la prueba de sacrificio y amor que usted me ofrece... ¡pero esa prueba yo la rehuso y debo rehusarla! Usted sabe bien si yo la amo, y que daria mi vida por poseerla... ¡pero el nombre de mis abuelos no puede ser el de usted, si no es tan respetado y honrado como me le han trasmitido ellos mismos!.. Escuche usted el juramento que me imponen aquí mi conciencia y mi pasion por usted.

— ¿Qué quiere usted decir? — repuso Aminta temblando

— ¡Juro por el alma santa y venerada de mi padre, — continuó el conde, — que no aceptaré su mano ni recibiré su fé hasta el dia en que mis enemigos hayan sido confundidos!... ¡hasta el dia en que la impostura infernal con que me atacan sea reconocida por la mas vil y cobarde de las calumnias!

— ¡Sea! — dijo Aminta; — no esperaremos largo tiempo ese dia feliz que mis oraciones van á pedir al cielo... pero que la vida de Tadeo sea sagrada para usted, ¡yo se la confio á su amor por mí!... ¡No, no, (continuó, viéndole pronto á responder) no me diga usted nada... piense usted solamente en que es mi hermano, ¡y que su muerte nos separaria para siempre!

Pocos instantes despues de esta escena, un coche de plaza que hacia algunas horas estaba esperando en la esquina de la calle, rodaba velozmente hácia el hotel de Maulear, donde dejaba á la marquesa conmovida, quebrantada, abatida con todos los incidentes de esa mañana cruel.....

El dia siguiente, á cosa de las diez de la mañana, el duque de Harcourt, su hijo el vizconde, y su hija, estaban tomando el desayuno de familia en su hotel de la calle de Varennes.

El anciano recorria entre tanto el *Journal des Debats*, y sus ojos encontraron de repente estas palabras que leyó en voz alta como una noticia de las mas interesantes.

« La temible sociedad secreta que perseguia activamente la policia hace largo tiempo acaba finalmente de ser descubierta.

« Hasta su titulo es conocido, y ese titulo raro es el *Carbonarismo*.

« Se asegura que todas las corporaciones sociales, todas las categorias, todas las clases están representadas en esta vasta asociacion.

« Se dice que hacen parte de ella hasta muchos jóvenes de la mas antigua nobleza de Francia, y que ya están señalados á la atencion del gobierno. »

El vizconde de Harcourt empalideció de una manera tan visible al oir esta lectura, que Maria exclamó toda asustada :

— ¡Padre... padre... René se encuentra mal, mire usted que pálido se ha puesto!

Y corriendo á su hermano le estrechó entre sus brazos dándole á oler su frasquillo de esencias.

— ¡No es nada, hermanita, — dijo el vizconde, — y te asustas sin motivo! Es un dolor que me ha atravesado aquí... en el corazon... pero ya se pasa, y dentro de pocos instantes estaré mejor.

En efecto, era en el corazon donde acababa de sufrir el vizconde; pero su padecimiento era del todo moral, pues los renglones que acababa de leer su padre presentaron á su imaginacion la traicion del conde y los peligros que corria él mismo en este momento.

El duque de Harcourt habia cesado su lectura, y fijaba en su hijo una mirada severa é interrogadora; la mirada del juez sobre el culpable, y que este no puede sufrir sin manifestar su crimen!



— ¡René!... — le dijo el duque con voz penetrante, — si no supiese que has desistido ya de esos compromisos políticos que te atrajeron tu espulsion de Italia... ¡te creeria aun contagiado viendo la ajitacion que acaba de producirte mi lectura, pues, al verte, se diria que la causa de esos sediciosos es la tuya!...

El embarazo del conde redobló!

— ¡Hijo mio... — continuó el duque, — no es digno de tu nombre, ni de tus sentimientos de familia, ni de tu cualidad de buen francés... el abrazar unas utopias que pueden traer tantos males sobre nuestra patria! Si el gobierno monárquico no es el mejor de los gobiernos, tiene al ménos sobre todos los otros el mérito inmenso de ser un principio, y ese principio trae consigo las dos ventajas mayores del estado social... ¡El orden y la estabilidad! Sin el uno y el otro de estos dos resultados, no existe para una nacion mas que confusion, cambios inútiles, perturbacion y ruina.

Lo que prueba la superioridad de la forma monárquica sobre todas las otras aplicadas á nuestras necesidades, es su larga duracion en nuestro pais. La monarquia tiene sus peligros sus vicios y sus errores, convengo en ello; pero ese viejo edificio necesita buenos arquitectos que le reparen y le sostengan, y no vándalos que le minen y le destruyan.

¡Créeme, hijo mio! en sus ruinas serian sepultadas muchas víctimas... y si la Francia entera no perecia en esos desastres, los que los hubiesen causado sucumbirán los primeros.

¡Y luego (añadió el duque con una dulce espresion de ternura, tomando la mano de René que estrechaba entre las suyas) piensa en los peligros que esos errores atraerian sobre tí!... ¡piensa en mi desesperacion y la de tu jóven hermana si te arrancasen de sus brazos, si la ley viniese á caer sobre el único vástago de nuestra raza, si me quitasen mi hijo... mi hijo querido... mi solo hijo!...

Los ojos del anciano se llenaron de lágrimas á esta idea.

En este momento resonó en el interior del hotel un rumor extraño, pasos precipitados de las jentes, ruido de puertas que se abrian y cerraban, una sorda y lejana ajitacion llegó hasta la pieza donde se hallaban reunidos el duque y sus hijos.

El secretario del duque de Harcourt, el bravo M. de Arbel, antiguo oficial del ejército de Condé, que siguió al duque en la emigracion y jamás le habia dejado, se apareció á la puerta del comedor; sus facciones espresaban la emocion mas grande.

— ¿El señor duque no sabe sin duda lo que pasa? — dijo él.

— ¿Pues que hay, mi caro de Arbel? — preguntó el duque con bondad, acercando una silla al pobre viejo que parecia próximo á desmayarse.

— La puerta del hotel acaba de abrirse ¡á nombre del Rey!... — respondió el secretario; — esa puerta está guardada por ajentes de la policia, y su jefe, que da en este momento sus órdenes para que se vijilen todas las salidas del hotel, estará aquí dentro de breves instantes.

— ¿Qué quiere decir todo esto? — exclamó el duque estupefacto, — ¿y qué puede motivar una invasion semejante en mi casa?

— ¡Ay Dios mio! — dijo Maria temblando, — ¿qué nos quieren pues esos villanos?

— ¿Qué es lo que quieren? — exclamó el vizconde fuera de sí, — ¡quieren continuar conmigo las venganzas ejercidas ya contra nuestros hermanos vendidos!... quieren arrebatarme!...

— ¿A tí?... ¿á tí?... — dijo el duque á su hijo con un grito de terror. — ¿Pues qué has hecho? ¡dínoslo, á nombre del cielo!

— He hecho lo que condenaba usted hace poco, padre mio; he querido derribar el gobierno que mis opiniones y convicciones reprueban... ¡y voy á conocer en este momento la desgracia de no haberlo conseguido! En punto á rebellion, el éxito favorable hace los hombres grandes, y la adversidad los culpables.

— Culpable ó no, — repuso el duque con un vivo acento de amor paternal, — ¡quieren arrebatarme mi hijo... y yo le defenderé!

— ¡Hermano querido! ¡mi René!... yo no me separaré de tí! — dijo Maria arrojándose al cuello del vizconde y enlazándole en sus brazos.



— Señor duque, — dijo de Arbel, — todavía nos quedan algunos minutos para tratar de salvar al vizconde.

— ¿Y cómo? ¿por dónde? — preguntó el duque cuya memoria y razón se turbaban por el dolor.

— Por el jardín, — respondió el secretario, — puede ser que la puerta que cae á la calle de Babilonia esté aun libre.

— ¡De Arbel tiene razón! — dijo el duque; — ¡ven, vamos!

Y cojiendo por la mano á su hijo corrió á abrir la ventana que caía sobre el pórtico del hotel en el jardín.

— ¡Esperad, señor, esperad! — dijo el secretario. — Mi capa y mi sombrero de alas anchas cubrirán un poco el aire y las facciones del vizconde.

Y colocando su propio sombrero en la cabeza de René le echó sobre los hombros la capa y le empujó suavemente hácia la puerta exterior, mientras que el duque le arrastraba rápidamente hácia el mismo lado.

— ¡Quédate aquí, hija mia, — dijo el duque á Maria, — para retenerlos algunos momentos y darnos el tiempo de hacer que se escape tu hermano!

René tendió la mano á Maria, que la cojió y llenó de besos y lágrimas; y luego la pobre jóven cerró prontamente la puerta tras de los tres hombres que se alejaban, dejándose caer en un sillón abatida y sin cesar de llorar.

— ¡Por aquí... por aquí, señor duque! — dijo el secretario poniéndose delante del señor de Harcourt y su hijo. — La calle ancha del jardín está muy á descubierto para que la sigamos sin ser vistos.

Y dirigió al pobre padre y el vizconde hácia la tapia del cercado, que siguieron para llegar á la puerta libertadora.

Los ojos del duque estaban tan cargados de lágrimas que tropezaba á cada paso, y ese hijo querido que quería guiar y sostener, le sostenía y le guiaba solo hácia el objeto de sus esperanzas.

Por fin llegaron sin haber sido vistos; el secretario sacó de su bolsillo una llave de esta puerta que llevaba siempre consigo; la introdujo en la cerradura, la puerta se abrió y el vizconde se hallaba en salvo... pero detras de esta puerta se encontraban seis agentes de policia que les cerraron el paso.

El duque dió un jemido doloroso y se apoyó contra la tapia, próximo á caer como herido por un rayo.

— ¡Soy vuestro prisionero, señores, — dijo René, — pues yo soy el vizconde de Harcourt!

— ¡Oh... ya lo sabemos! — replicó uno de los agentes; — hace *mucho tiempo* que nos habéis sido señalado... y os vijilábamos de cerca.

El duque sintió despedazarse su corazón al oír esta respuesta, pues una idea cruel se presentaba de repente á su imaginación; ¡hacia mucho tiempo que se vijilaba á su hijo, y René engañaba á su padre durante todo ese tiempo, ocultándole sus sentimientos sediciosos!

— ¡Marchemos, señores, estoy pronto á seguiros! — dijo el vizconde, dirijiéndose á los agentes de policia.

— ¡Perfectamente, señor vizconde! — dijo el agente; — tomáis el mejor partido sometiéndoos sin resistencia. Partamos, pues, pero no de este lado (añadió designando la calle); atravesaremos de nuevo el jardín, si gustais, y volveremos á entrar en el hotel.

— ¿Y por qué? — preguntó René.

— Porque tales son nuestras órdenes, — respondió el agente. — Nuestro jefe nos espera allí para visitar vuestros papeles en vuestra presencia, y redactar el auto de prision. ¡El señor de H... no se presenta mas que en las grandes ocasiones, y parece que esta debe ser una famosa!



El vizconde ofreció el brazo á su padre sin responder á este hombre, y seguido del viejo secretario, rodeados de los agentes, la triste comitiva se dirigió al hotel.

El duque no pudo articular una sola palabra durante el corto camino que volvian á desandar, pues su dolor le quitaba la voz; escapábanse de su pecho unos jemidos sordos, y de momento en momento apretaba el brazo de su hijo, como si hubiese querido retenerle y disputársele á los que se le querian quitar.

Cuando volvieron á entrar en el salon del hotel, María que creía en salvo á su hermano, dió un grito de terror y se desmayó, viéndole aparecer entre los hombres que le rodeaban.

El duque corrió á su hija; y mientras que la prodigaba sus cuidados y llamaba á sus doncellas para hacerla volver en sí, el vizconde fué conducido á su cuarto por M. de H... en persona y sus agentes, para que presenciase el inventario de sus papeles.

Pocos instantes despues se abrió de nuevo la puerta del salon, y un hombre entró en él con paso precipitado.

Ese hombre era el conde de Monteleone.

Fiel á la promesa que habia hecho á la jóven marquesa de Malear, de no dirigirse á Tadeo el primero para exigir la esplicacion y la reparacion del ultraje que habia recibido, venia al hotel de René de Harcourt con el objeto de obtener una satisfaccion cualquiera.

La vista de los agentes de policía que llenaban el vestíbulo del hotel, el espanto pintado en los semblantes de los criados, todo hizo estremecer á Monteleone á la idea de un nuevo desastre.

Pudo penetrar en el hotel y llegar hasta el salon sin que nadie lo impidiese, pues la consigna de las jentes que guardaban la casa del duque era oponerse á la salida y no á la entrada.

— ¡Ah!... señor conde, — dijo el duque viendo entrar á Monteleone, — venid á participar de nuestro dolor!... ¡Mi hijo está preso!... ¡mi hijo está perdido!

— ¡Preso!... ¡perdido!... — exclamó el conde.

— ¡Preso!!! — repitió el duque de Harcourt; — como afiliado en uno de esos complós en los que vos mismo habeis estado mezclado en otro tiempo... ¡Qué vergüenza y qué luto para mi familia!

— Pero ¿dónde está en este momento?... ¿Ha dejado ya el hotel? — preguntó el conde.

— No, señor, — dijo el secretario del duque; — la policia hace en este momento el exámen de sus papeles para ocupárselos.

— ¿Para ocuparles sus papeles? — replicó Monteleone con terror. — ¡Bien lo habeis dicho, señor duque, vuestro hijo es perdido!

El duque con una agilidad que le prestaba la escitacion causada por su infortunio, atravesó el espacio que le separaba de Monteleone, y le dijo en un tono que manifestaba la desconfianza y la reconvencion:

— ¿Y cómo sabeis que el exámen de sus papeles le ha perdido?

— ¡Demasiado lo sé, señor! — respondió el conde, — pues sin duda participaré muy presto de su suerte y de su cautividad... ¡como he participado de sus esperanzas y de sus acciones secretas!

— ¡Ay, Dios!... — repuso el duque; — vuestros antecedentes, vuestras opiniones exaltadas y un instinto poderoso que no engaña jamas... todo me dice que sois vos quien ha conducido á mi hijo por esa via fatal... quien ha causado su pérdida!...

Antes que Monteleone hubiese podido responder al anciano, René de Harcourt entró de nuevo en el salon, seguido de M. H..., jefe de la policia secreta, y de los agentes que le habian acompañado.

— ¡Padre mio!... — dijo el vizconde, — no he querido dejar el hotel sin haber pedido á usted perdon por el mal que le he causado... sin abrazarle por la última vez!

Y se inclinó delante de su padre, que temblaba y apenas podia sostenerse.



— ¡Yo te perdono, hijo mio,— le dijo el duque,— porque son las primeras lágrimas que me has hecho derramar... pero son bien amargas, y cada una de ellas se lleva un año de mi vida!...

María, vuelta en sí de su desmayo, se lanzó en los brazos de su hermano; pero lo que decía el duque á su hijo, y el tierno abrazo de la jóven, parecia no ser ni oído ni sentido de René. Su mirada estaba fija y llena de horror, sus facciones se habian descompuesto por una rabia violenta, y señalando con el dedo al conde que acababa de percibir en un rincon del salon, exclamó:

— ¡Ah!... ¿puedo buscar aun mi delator, cuando ese hombre está aquí?... Padre mio... ¡ahí teneis el que ha vendido á todos sus hermanos!... ¡hé ahí el que me ha denunciado, como lo ha hecho con ellos, á estas jentes que me rodean y me arrancan de vuestros brazos!... ¡ese es el traidor que nos ha vendido á todos... y en adelante no hay que llamarle ya Monteleone, sino Judas!!!

El duque y María se alejaron vivamente del conde como se huye de un réptil venenoso.

— ¡René... — exclamó el conde, — da gracias á Dios de que no tenga un puñal en la mano, pues ya le tendrias en el corazon por ese nuevo insulto!

— ¡Oh... yo lo creo!... — replicó el vizconde; — ¡un crimen mas ó ménos te hubiera costado muy poco... y habrias matado mi cuerpo como has matado mi alma!... ¡Un cobarde!... ¡Un espia puede ser muy bien un asesino!!!

— ¡Un espia! — repitió Monteleone precipitándose hácia René; — ¡todavía esa palabra infame!...

Y parándose de repente como iluminado por una idea nueva, se volvió hácia el jefe de la policia; y señalando á René continuó:

— ¡Pero decid á ese hombre que yo no soy de los vuestros!... ¡decidle que no os conozco!... y si se necesitan pruebas de mi inocencia, arrestadme tambien, pues yo soy mas culpable que él!

— ¡No tenemos órdenes para arrestar al señor conde de Monteleone! — respondió M. H... sonriendo.

— ¡Y bien!... — repuso el conde con una rabiá que se aumentaba á cada palabra,— yo voy á manifestaros mis títulos á falta de órdenes!... Léjos de ser vuestro vil cómplice, soy el jefe de la sociedad secreta que perseguís con tanto encarnizamiento!... ¡Estoy á la cabeza de esa asociacion que quiere vuestra ruina y la de la monarquía!... ¡Soy el alma invisible de ese mundo oculto que conspira contra el trono de vuestro rey... contra vuestro gobierno que aborrezco!... Y ahora, léjos de sustraerme á vuestros golpes, los deseo... ¡léjos de ocultarme, me denuncio! Ganad el oro que os doy, señores; arrestad á vuestro enemigo mas temible... ¡arrestad al jefe del Carbonarismo en Europa... arrestadme!!!...

El duque, el vizconde y los testigos de esta escena miraban estupefactos á este hombre que parecia entregar así su cabeza al verdugo; y René sentia que su corazon se abria ya al remordimiento por el ultraje que acababa de hacer á su antiguo amigo. Pero picado M. H. ... por la especie de desafio atrevido que le hacia, respondió á Monteleone:

— Léjos de admitir al señor conde los actos criminales con que le place cargarse les rechazamos; pues si fuesen verdaderos y formales, no existiria un hombre en el mundo que tuviese valor para publicarlos así. Por otra parte, esas bravatas políticas son inútiles, pues sabemos á qué atenernos acerca de vuestra conducta y relaciones... muy diferentes de las que queréis atribuirnos; y si habeis hecho algun mal, si habeis cometido un yerro, es el obligarnos aquí á haceros pública justicia.

El conde se quedó tan aterrado con esta respuesta pérfida y concluyente de esa complicidad que parecia crearle con la odiosa policia, que sintió trastornarse sus ideas, perderse su razon; y sus labios contraídos no dejaron escapar mas que sonidos sofocados y palabras ininteligibles.

Pero ántes de que hubiese recobrado la calma y su sangre fria habitual, ántes que hu-



biese podido rechazar esa imputacion deshonrosa, René á una seña de M. H. .. se desprendió suavemente de los brazos de su hermana, y abrazando á su padre casi inanimado, se dirigió á la puerta del salon. Deteniéndose entónces sobre el umbral, y designando á M. H. .. le dijo al conde :

— ¡ Monteleone!... las palabras de ese hombre han arrancado de mi alma la última duda... y mantengo lo que he dicho!... ¡ Que las lágrimas de ese anciano, las de la hermana, y la sangre del hermano caigan sobre el delator infame que las hace correr !!!...

Y el vizconde salió, conducido por los agentes de policia.

Pero cuando el desgraciado padre vió alejarse á René, corrió hácia Monteleone, y mostrándole la puerta con un jesto lleno de cólera y desprecio, le dijo :

— ¡ Salid!... ¡ salid de aquí, señor... vos que habeis entregado mi hijo al verdugo!... ¡ Salid... pues vuestra vista mataria al padre, como vuestras delaciones van á matar á mi hijo!!

Y cayó desmayado entre sus criados que le rodeaban.





---

---

## LA GUARDILLA.

---

LVI.



MONTELEONE salió del hotel de Harcourt desatinado, loco, fuera de sí. Su vida le parecía un sueño atroz, una pesadilla espantosa que le creaba una sorpresa á cada hora, una vergüenza y un terror de mas.

Como ya le faltaba de Harcourt, corrió á casa de Apsberg esperando que al ménos este hablaria, y que justificaria con algunas pruebas la terrible acusacion hecha contra él por los tres amigos; que quizás le aclararia la pérfida respuesta que acababa de darle el jefe de la policia; ó si de Apsberg no habia hecho mas que repetir la calumnia atroz, si persistia como sus asociados en creerle culpable por la sola fe de esa calumnia, el corazon de Apsberg seria el primero que traspasaria Monteleone, la primera vida que quitaria su justo furor, ¡el primero de sus enemigos que precipitaria en la tumba!

El aspecto de otra nueva desgracia esperaba al conde en casa del doctor Mateo.

De Apsberg habia desaparecido de su morada; la policia y sus agentes la habian invadido, mientras que otros se ocupaban en el arresto del vizconde; y á falta del médico, prevenido á tiempo por algun amigo, los agentes se habian apoderado de todos los papeles de la asociacion.

Los archivos del carbonarismo, la correspondencia con las *Ventas* extranjeras, todo habia caído en poder de la policia de M. H..., su jefe. Se diria que un mal jenio invisible guiaba á los exploradores de estos escudriñamientos políticos, y que los conducia hácia todas las minas ocultas que encerraban su presa.

Así, muebles, cajones secretos, escondrijos ignorados, todo fué descubierto, registrado y arrebatado.

Al saber el conde de Monteleone la desaparicion de Apsberg y la ocupacion de sus papeles, sintió redoblarse su furor de una manera que no lo esperaba ya, pues el descubrimiento de los archivos del carbonarismo en Paris entregaba á todos sus adeptos en manos de sus



enemigos, y arruinaba por mucho tiempo, quizás para siempre, esa obra en la cual Monteleone había trabajado tanto durante su vida.

La fuga del médico le privaba además de la luz que esperaba sacar de Apsberg para salir de las tinieblas que le rodeaban, ó de tomar la venganza de los ultrajes manifiestos que se le habían hecho, y de los cuales era cómplice el doctor.

¡ Pero aun le quedaba Tadeo !. . . Tadeo protegido solamente hasta el día siguiente contra el resentimiento de Monteleone, por el juramento que había hecho á la marquesa; pero aun debía experimentar una nueva decepción sobre el hermano de Aminta.

Un afiliado fiel de los carbonarios vino al hotel de Monteleone el día siguiente al en que pasaron las escenas precedentes, y dijo al conde que despues del arresto intentado contra de Apsberg, y que tan bien había salido para la policía respecto á René de Harcourt, se había intentado una medida semejante contra Tadeo Rovero; y que este había debido su salvacion y libertad á un aviso que le dió Pignana la noche misma que precedió á la invasion de la policía en el hotel de Malear.

Un billete de la marquesa, lleno de sentimiento y desesperacion, vino á confirmar á Monteleone la noticia de la desaparicion de Tadeo.

Así pues, todo le faltaba á la vez al conde; y solo, abandonado de todos, bajo el peso de una imputacion horrib'e de la que no podía obtener ni explicacion ni venganza, no tenía mas remedio que resignarse, sufrir y esperar; pero la resignacion, la espera y la duda eran unos suplicios crueles para este caracter enérgico y violento.

Le quedaba una esperanza; y realizandose, daba un manifiesto desmentís á las imputaciones que circulaban contra su honor. Esa esperanza consistía en participar de la suerte de sus asociados; no de los que habían podido huir de sus enemigos como de Apsberg y Tadeo, sino la suerte de los desgraciados que jerman en los calabozos de la *Force* y de la *Consergerie*; de los que pagarian sus opiniones exaltadas con una prision perpetua, y aun acaso con la vida! Pues debemos confesarlo, el amor inmenso del conde por Aminta, sus sueños pasados de felicidad y porvenir, todo se borraba, todo desaparecía ante este pensamiento: rehabilitar su honor ultrajado, lavar sus manchas odiosas con la sangre de sus enemigos, ó con la suya propia.

El conde, que debía ser señalado á la atencion de la policía por las pruebas y escritos que había cojido en casa del doctor Mateo, esperaba cada día y cada hora verse arrestado como sus cómplices y conducido como ellos á una prision oscura; y lo que esperaba lo deseaba de todo corazón.

Pero parecía olvidado en esa proscripcion jeneral de los carbonarios; y él, su jefe, el mas temible de todos, gozaba de una libertad que confirmaba cada día mas los rumores esparcidos contra él por todas partes.

Ocho días, ó mejor dicho ocho siglos, se pasaron así para el conde en esa espera perpetua de una suerte que hubiera hecho estremecer á todo otro que él.

En cambio recibió muchas cartas anónimas de todas partes, llenándole de insultos y reconvenciones por su vergonzosa participacion en las desgracias y arrestos de sus hermanos.

Finalmente su exasperacion no conoció ya límites viéndose olvidado de la autoridad, tan activa contra sus afiliados, y tan severa contra los crímenes que se les imputaban.

El conde se resolvió pues á un partido extremo, terrible, inaudito, lleno de enerjía y de grandeza de alma.

No queriendo sufrir mas la *impunidad desdeñosa* que parecía le dejaban gozar de intento, se fué á la policía. . . . .

Mientras que el conde de Monteleone hacía este acto de valor y audacia, hé aquí lo que pasaba en uno de los hoteles donde hemos conducido varias veces á nuestros lectores.

Un hombre de unos treinta años, pálido y con el rostro abatido, estaba sentado junto á una mesita en la que escribía precipitadamente.

De cuando en cuando su cabeza fatigada buscaba un apoyo en su mano, y sus ojos erraban entónces hácia las nubes que se veían por una de esas ventanas estrechas que tie-



nen las guardillas, pues era en efecto una guardilla la pieza que ocupaba este hombre.

Enseguida sus ojos se fijaban de nuevo sobre el papel, y su mano trazaba en él convulsivamente las inspiraciones que parecía haber evocado de la mansion de los ángeles.

Por mas pequeña que fuese la pieza que ocupaba este hombre, un gusto esquisito parecía haberse esforzado por disfrazar la modesta sencillez de ella con todo el comfortable que podía contener su estrecha dimension.

La mesilla en que escribía era de caoba con incrustaciones de porcelana de Sevres; la cama de madera blanca desaparecía bajo una rica colcha de damasco de seda con sus franjas; y un sillón á la Voltaire ocupaba casi él solo la mayor parte de la pieza.

Sobre la modesta chimenea de piedra barnizada, se pavoneaba un hermoso vaso de China lleno de flores de invierno, entre las cuales brillaba una hermosa camelia blanca; y una cortina de raso azul oscuro podía cubrir la ventana y neutralizar la demasiada luz que caía del cielo sobre el habitante de la guardilla.

Se adivinaba facilmente que el gusto delicado de una mujer había debido presidir al arreglo de este retiro.

En efecto, una mujer, una jóven preciosa se había impuesto la misión de adornar la mansion del huésped de la guardilla.

Ese huésped era el médico Mateo de Apsberg; y la jóven era la señorita María de Harcourt.

El dia de la prision de René, quince dias ántes del que hablamos, el médico se hallaba trabajando en su salon, cuando el tabique secreto de la biblioteca se abrió repentinamente.

El señor Pignana, contra su costumbre, se apareció de repente á los ojos sorprendidos del doctor, anunciándole que su casa y la del médico se hallaban cercadas de jente sospechosa; y el agente carbonario aconsejó á de Apsberg que huyese inmediatamente.

De Apsberg iba á correr á su laboratorio para apoderarse de sus papeles y llevarlos ó aniquilarlos, pero los agentes de la policia no le dieron tiempo, pues llamaban á la puerta y se precipitaban en la casa ántes que Mateo hubiese salido del salon.

Sin duda se recordará que el laboratorio del médico, donde se hallaban los archivos de la asociacion, estaba situado en el tercer piso.

El médico se vió pues precisado á refugiarse en la casa de Pignana, por el tabique secreto de la biblioteca, y retirado en la pieza contigua del salon, con la oreja pegada al tabique, escuchaba el ruido que ocasionaba la invasion de los agentes de policia en su morada, alegrándose de la retirada que le había procurado el pasadizo misterioso, cuando una voz fuerte dijo á Celestina Crepineau, confusa y aturdida con esta visita domiciliaria:

— ¡Si el médico jacobino está oculto en esta casa, usted nos dará cuenta!

Pero mientras que Celestina juraba que su bello inquilino estaba ausente, lo que ella creía realmente, ó fingía creer en favor de la seguridad del médico, otra voz, que tenia un acento meridional, dijo estas palabras que llenaron de terror al doctor de Apsberg:

— El que buscan ustedes no está aquí... pero si desean apoderarse de su persona, no hay mas que oprimir el boton dorado que brilla en el tercer estante de la biblioteca, y entonces descubrirán ustedes la salida por donde ha debido huir á la casa vecina.

Un grito resonó en el interior del salon, grito dado por una voz femenina; y esa voz era la de la sensible portera que al oír denunciar el escondite protector, lanzó estas palabras al hombre que le había descubierto:

— ¡Ah... señor Nuñez, es una alominacion el hacer así traicion á las jentes!... Sois un descorazonado!... ¡un indigno!...

Al oír el médico revelar así el lugar de su retiro, corrió vivamente los cerrojos interiores para que le die en tiempo de escapar de la pieza donde se hallaba. ¿Pero por dónde huir? ¿cómo ocultarse á sus agresores? La puerta de la biblioteca no les opondría mas que un obstáculo muy débil que seria vencido muy presto, y la casa de Pignana seria registrada minuciosamente. Los alrededores de la casa estaban guardados por todas partes, y la salvacion del médico parecía imposible.

Una idea libertadora se presentó á su espíritu.



— ¡Silencio... y síguame usted! — le dijo á Pignana.

De Apsberg, acompañado de Pignana, salió entónces de la pieza en que se hallaban los dos, bajaron al patio de la casa y se dirijieron hácia una cochera separada del portal de su propia casa por algunas tablas mal unidas. Levantó dos de las tablas ayudado por Pignana, atravesaron la abertura que acababan de hacer, y se encontraron en la cochera de su propia casa, donde recordaba haber hecho algunas esperiencias anatómicas.

— ¡Pero entramos en la casa de usted, y corremos al encuentro del enemigo! — dijo á media voz Pignana.

— ¡Usted seria un mal jeneral de ejército, señor Pignana! — le respondió de Apsberg en el mismo tono, ajustando las tablas al mismo tiempo para ocultar el rastro de su paso. — Esto es una astucia de guerra, una contramarcha, como se dice en estilo estratéjico. Estos lugares han sido visitados ya por nuestros enemigos, y es muy probable que no vuelvan aquí; y mientras que los agentes de policía nos buscan donde estábamos, nosotros vinimos á ocultarnos donde estaban ellos.

La combinacion del médico tuvo todo el buen éxito que él esperaba.

Los agentes de la policía, despues de haber roto la puerta de la biblioteca, invadieron el domicilio de Pignana, le recorrieron por todas partes, como las demas habitaciones de la casa, y finalmente se fueron convencidos de la inutilidad de sus investigaciones.

Cuando llegó la noche, y la noche empieza á las cuatro en esta época del año, de Apsberg comunicó su plan de evasion á su compañero de infortunio.

Este plan consistia en escalar el muro del patio por medio de las parras que le cubrian; y llegado á lo alto del muro no habia mas que dejarse descolgar al otro lado en el jardin del duque de Harcourt, donde el médico contaba ir á pedir un refugio á su amigo el vizconde, cuya prision ignoraba.

Pero la ejecucion de este plan, fácil á de Apsberg lijero y flaco, era impracticable para el abdómen formidable del señor Pignana, en quien la lijereza no era la cualidad dominante.

Así, pues, cuando las sombras de la noche oscurecieron el patio, el agente de los carbonarios le dijo á de Apsberg:

— ¡Escape usted, doctor, huya por la via aérea que le permite su fisico!... Yo cuento escaparme por un camino mas terrestre... es decir por la puerta de la casa; aunque tenga que finirme el alma del ahorcado para hacérsela abrir á la portera. Por otra parte, yo estoy poco comprometido en todos nuestros negocios y podré salvarme fácilmente. ¡Buen viaje, doctor, y espresiones á las nubes!

De Apsberg apretó la mano al fiel carbonario, salió de su retiro, escaló el muro con lijereza, y poco despues se halló en el jardin del hotel de Harcourt, al pié del muro que acababa de escalar.

Aprovechando de Apsberg la espesa oscuridad que le rodeaba se dirijió al hotel, que con gran sorpresa suya no tenia ninguna ventana por donde se percibiese la luz. Llegó sin ser visto hasta el pórtico del jardin que conducia á los salones de recepcion del piso bajo.

La puerta no habia sido cerrada desde la salida del vizconde con los agentes de policía; el médico la empujó y penetró en el primer salon.

Al extremo de la pieza habia un pequeño gabinete adornado con mucha elegancia á lo Luis XV, que Maria habitaba con frecuencia.

En medio de la oscuridad que reinaba en el aposento, la atencion del doctor fué atraida hácia el gabinete por un ruido extraño que se oía en él.

Era un suspiro doloroso, al cual respondia un sollozo sofocado.

De Apsberg se acercó con la idea de que quizás habia allí un sufrimiento que calmar, una pena que consolar.

— ¿Quién va? — dijo la voz del duque de Harcourt.

— Soy yo, señor duque... el doctor Mateo.

— ¿Vos aquí, señor?... — repuso severamente el duque. — Pero se decia que os habian arrestando, cómo á mi desgraçado hijo!... y se aseguraba que por el mismo crimen!



— ¿Qué decís, señor duque? — exclamó de Apsberg, con el acento de un vivo pesar. — ¡René... mi querido René ha sido arrestado!!!

— Sí, señor, arrestado; — continuó el duque, — arrebatado su padre, arrancado de sus brazos... ¡Y no he muerto en el acto!... pero eso no tardará, y los verdugos de mi hijo cortarán dos cabezas á la vez!

— ¡Padre mio, padre mio!... — dijo María llorando; — ¿y yo no soy nada en este mundo?

Un lacayo entró en este momento con dos bujías encendidas, y el doctor vió entónces el triste grupo que formaba el duque de Harcourt inundado de lágrimas, apoyando su venerable cabeza sobre el hombro de María. Los largos cabellos blancos del anciano se mezclaban con las trenzas de la jóven, como si fuesen los rayos plateados de la luna que jugueteaban en su negra cabellera.

El duque vió en el dolor del médico cuanto participaba del suyo, cuanto la suerte de su hijo despedazaba el corazón de su amigo; y tendiéndole la mano le dijo entónces:

— ¡Ahora ya os perdono la parte que habeis tenido en los errores de mi hijo, pues veo vuestro tierno afecto que habeis prodigado tambien á mi querida María!

— ¡Conservadme esa flor delicada! — añadió acercándose al oído del médico, y designando á su hija; — ¡es la última del parterre que la guadaña de la muerte me ha dejado!

— Ay Dios, señor duque, es una mision que no puedo llenar! — respondió de Apsberg. El destino de René será el mio, mañana... hoy... quizás dentro de algunos instantes; y yo venia á pedirle un asilo contra nuestros enemigos. Pero, pues que ha perdido su libertad, pues que todos nuestros proyectos son conocidos... ¿para qué he de luchar mas contra la mala fortuna? ¡Adios, señor duque! voy á juntarme con René á participar de su desgracia y defender su vida; si no contra los hombres, al ménos contra la cruel enfermedad que amenaza sus dias.

Al oír estas palabras, las mejillas de María se pusieron blancas como el mármol, y exclamó á pesar suyo con voz desgarradora:

— ¡Ah... padre mio!... ¿le dejará usted partir así?

De Apsberg la miró lleno de turbacion y de sorpresa.

— ¡No, hija mia, no! — dijo el duque. — El doctor no nos dejará, y le protegeremos contra sus perseguidores, y contra él mismo.

Entónces de Apsberg cediendo á las instancias de María y de su padre—les contó el arriesgado medio que habia empleado para llegar hasta ellos.

— ¿Segun eso nadie os ha visto? — dijo el duque.

— ¡Nadie!

— ¿Ninguna sospecha puede haber de vuestra llegada á estos lugares?

— ¡Ninguna!

Entónces el duque ayudado de María concibió el plan de un retiro impenetrable para el médico.

En el ala izquierda del vasto hotel de Harcourt habia muchos cuartos destinados para sus dependientes y dei todo inhabitados, pues el duque habia reducido considerablemente el tren de su casa despues de la muerte de su hijo primojénito.

En uno de esos cuartos, adornado, amueblado despues á la larga por los cuidados de María, es donde hallamos al doctor Mateo escribiendo en el principio de este capítulo.

El viejo secretario del duque de Harcourt era el único que poseia el secreto de la presencia del médico en el hotel, y este buen hombre se habia encargado de proveer á las comidas del médico, que no veía ni recibia á nadie mas que á María y su padre; y si hemos de confesarlo francamente, mas aun á María que al señor de Harcourt; pues la bella jóven se animaba poco á poco llena de compasion y solicitud por la soledad del prisionero, y obediendo sin saberlo á los deseos de su corazón, iba frecuentemente cerca del médico, bajo el pretexto jeneroso de saber por sí misma que no le faltaba nada en su modesto retiro: y,



como un buen ángel consolador, venia á hermosear con su presencia el pequeño reducto del cautivo y á dar un poco de dicha á su alma desolada.

En efecto, de Apsberg, entregado á sí mismo despues de quince dias, habia reflexionado profundamente sobre sus sentimientos políticos y sobre el triste porvenir que les estaba reservado.

Esa liga inmensa de todos los viejos principios contra las ideas de los novadores le revelaba una masa de adversarios que le hacian desesperar de ver jamas triunfar sus doctrinas; y de aquí nacia un desaliento mortal que aumentaba sobre todo lo que él creía la traicion de Monteleone y la suerte de sus asociados.

Pero en medio de estos crueles pensamientos, una idea nueva, fresca y risueña venia á serenar su espíritu y darle goces inefables. . . Sin querer confesarse los sentimientos que experimentaba por Maria, el jóven médico sufría sus efectos.

¡Léjos de él la idea de poseer jamas esa perla aristocrática de la que la separaban su rango, su poca fortuna y su nacimiento oscuro! Pero el corazon del hombre es así. . . y el mas honrado, el mas leal, no está nunca esento de un poquito de egoismo; y quizás en las teorías republicanas del médico entraria una esperanza insensible de acercarse, si triunfaban, á la de que el estado social parecia separarle para siempre.

Como quiera que sea, abandonándose á la dicha de ver todos los dias cerca de sí esta preciosa criatura, cuya salud se habia vivificado por sus cuidados y consejos, consolidando su existencia, el doctor bendecia su dulce cautiverio y no vivía ya mas que esperando las horas en que Maria venia á hacerle sus visitas consoladoras.

De Apsberg tenia una de esas almas alemanas pensativas y apasionadas, en las cuales el amor estático se desarrolla casi enteramente desprendido de todos los deseos terrestres de los otros amores.

De Apsberg poseía el platonismo del corazon, y su corazon aplicaba á Maria esa facultad poética y pura.

Lo que sentía por la jóven era una ternura tan respetuosa y santa, que no temía cerca de ella mas que lo que ella misma parecia temerle á él mismo; y el hogar de adoracion que ardia en él por Maria, no despedía mas que fuegos etéreos y divinos.

El día en que hemos sorprendido al doctor escribiendo con tanto ardor en su retiro, trazaba un plan de existencia para su enferma; indicaba en él un réjimen higiénico que debia seguirse, y parecia que hacia un testamento de prevision, de habilidad y de afecto en favor de la jóven.

— Si llego á ser descubierto, — se decia él al componer este manual de salud, — si el porvenir reserva á la heredera del duque de Harcourt un noble matrimonio, en fin. . . (y su corazon se sentía atravesar por un hierro agudo á esta idea); si finalmente un noble matrimonio viniese muy presto á separarme de ella. . . al ménos encontrará en este concienzudo estudio de su temperamento y estado las armas contra el mal de su familia. . . ¡y quizás me debera la vida. . . una vida feliz y sin padecimientos!

Y el jóven médico sentía apuradas sus fuerzas y virtud al considerar una vida feliz para Maria de Harcourt ¡léjos de él!

Cuando el doctor acababa de hacer esta triste conclusion acerca de la suerte futura de Maria y de la suya, se oyeron pasos cerca de la guardilla.

El médico, segun la súplica que sus huéspedes le habian hecho espresamente, no debía responder á ninguna invitacion de abrir, ni dar señal alguna de su existencia, sino á la seña convenida entre las solas tres personas que comunicaban con él: el señor duque, su hija y el viejo M. de Arbel.

El prisionero aplicó el oido. . .

La persona que avanzaba hácia su cuarto se detuvo algunos instantes junto á la puerta, y luego partió con la misma precipitacion que habia venido. Pero de Apsberg, gracias á ese instinto amoroso que engaña tan pocas veces, adivinó la persona que acababa de huir. Los ojos de su corazon traspasaron la opacidad de su puerta para admirar el ángel precioso que se habia parado junto á ella. . . ¡y luego habia oido sus alas para volarse léjosde él!



Pero antes que el ájajel hubiese desaparecido del todo á lo largo del corredor que conducía al cuarto del médico, la puerta de este se habia abierto, y de piés sobre el umbral, detenía con la mirada de la súplica á la jóven que escapaba.

Maria se acercó al doctor, avanzando lentamente por la zona de un sol brillante que penetraba por la claravoya de cristal, y dijo al médico á media voz :

— ¡ Ah... señor de Apsberg, que bien cumple usted su palabra!... ¡ Usted nos habia prometido á mi padre y á mi que no abriria la puerta sino á la señal convenida !

— ¿ Y porqué no ha dado usted la señal, señorita? — le dijo el médico en tono de reconvencion dulce.

— Porque no venia á ver á usted ; — respondió Maria. — Pero le traia á usted algunos de mis libros y unas flores de mi invernadero... ¡ Temo tanto que se fastidie usted en este cuartito... siempre solo y con sus tristes pensamientos !

Y hablando así, la jóven anjelical entraba en el cuarto del médico como hubiese entrado en el de un hermano, sin vacilar, sin turbacion, garantida con su inocencia, y si su corazon latia un poco mas fuerte en este momento, la bella niña no atribuía esta agitacion mas que á la prontitud con que habia subido á la guardilla y al placer de volver á ver á su amigo.

De Apsberg tomó las flores y los libros depositados á la puerta por Maria ; colocó los libros sobre la mesa y las flores en el vaso de la chimenea, contento de ocultar su rostro á las miradas de Maria, pues sentia que en este momento se pintaban en sus facciones todos sus sentimientos.

— He escojido en mi biblioteca mis obras mas divertidas, — repuso Maria ; — pues un sabio como usted abismado siempre en sus lecturas graves, no sentirá quizás el hacer conocimiento con algunos libros de una jóven... Eso le cambiará á usted, señor de Apsberg ; y luego pensará un poco en su amiga cuando los lea...

— ¡ Pero yo pienso en ella sin cesar ! — replicó de Apsberg ; — y la prueba es que me ocupaba de usted en este momento.

— ¿ Me escribia usted ? — dijo sencillamente Maria, viendo la pájina empezada que le mostraba el médico.

— No, señorita, pero escribia para usted. Hay toda una regla de conducta que seguir para la salud de usted, cuando se halle un dia alejada de su señor padre... ¡ cuando se encuentre casada !

— ¡ Casada!... — dijo Maria mudando el color de repente ; — ¡ casada!... ¡ jamas habia pensado en ello !

— No obstante... ¡ es la suerte que le está reservada á usted ! — dijo el médico ; — un matrimonio bueno y rico ; un esposo digno de usted ; ¡ y muy pronto lloverán los pretendientes !

— Señor de Apsberg, — respondió la jóven toda conmovida, — en la casa de mi padre no hay ahora mas que luto ; la vida de mi hermano está comprometida... y mi salud está débil y vacilante ; usted mismo me lo ha dicho muchas veces. Todo eso, como usted ve, está muy léjos de las ideas de que me habla usted... Y en cuanto á mí, (continuó con una emocion que sentia por primera vez cerca del médico) soy muy dichosa en hallarme como me hallo... ¡ y no deseo otra posicion!... Pero le dejo á usted, (añadió apresuradamente) mi padre debe haber vuelto de la Conserjeria, donde ha obtenido permiso para ir á abrazar á mi pobre hermano, y estoy llena de impaciencia por saber noticias de él... Luego vendremos á traérselas á usted mi padre y yo.

Y lijera como un vapor, veloz como una cebra, la jóven desapareció de la guardilla del médico, dejándole todo iluminado con su aparicion.



## LA CONSERGERIA.

LVII.



cho dias despues de la conversacion de Apsberg y Maria, llamaron por la noche á la puerta del cuarto del médico.

Este releía por la décima vez uno de los libros que le habia traído la jóven; y ese libro era la obra inmortal de Fenelon, el *Telémaco*; esa novela tan poética, ese poema tan romántico, que se diria pensado por Homero y escrito por Ovidio y Virgilio; ese libro donde la moral está envuelta en una capa tan espesa de flores, que el lector desdeña frecuentemente el fondo sério de la obra por entretenerse con la graciosa superficie que le oculta.

Pero preciso es decirlo, de Apsberg leía ménos el libro por el libro, que por la que se le habia confiado. Las miradas de Maria se habian detenido en cada uno de sus renglones; ¡sus manos le habian hojeado! Hé ahí lo que daba un precio in-

menso á los ojos del médico, y lo que hacia para él, no el *Telémaco* de Fenelon, sino el *Telemaco* de Maria de Harcourt.

A los primeros golpes dados en la puerta del médico bastante brutalmente, sucedió la señal á la que solo debia responder; abrió pues la puerta, y se halló en presencia del viejo secretario del duque, su ordinario proveedor.

— Señor,—le dijo el anciano con voz conmovida,—en ausencia del señor duque, que ha salido hace algunas horas, vengo á prevenir á usted que la señorita Maria se halla muy mal; yo sé muy bien que los socorros y cuidados de usted pueden serle utilísimos, pero ella no se atreve á reclamarlos de usted porque está tan débil que no podria subir aquí... y teme comprometer á usted rogándole que baje.

— Señor de Arbel,—respondió Mateo,—haga usted que se cierre la puerta para todo el mundo, y anuncie usted mi visita á la señorita de Harcourt.

— Ella le recibirá á usted en el gabinete del salon,—dijo el secretario.—Voy á alejar á los criados del paso, y dentro de algunos minutos puede usted bajar cerca de la señorita.

Todo esto fué ejecutado como lo habia combinado el digno secretario, y pocos minutos despues de su salida del cuarto del médico, acudió este cerca de su preciosa enferma.



María tenía una jaqueca fuertísima.

Desde su conversacion con el doctor, conversacion que hemos contado en el capítulo precedente, la salud de María se habia alterado visiblemente; alguna causa moral y secreta parecia ajitar á la enferma.

Sus bellos y frescos colores, marchitos ya por las muchas lágrimas que habia derramado cuando prendieron á su hermano, estaban ahora casi enteramente borrados, y dejaban el puesto á una palidez estremada, que realzaba solamente un fuerte sonrosado en el extremo de los juanetes de sus hermosas mejillas. Pero estos síntomas causaban siempre mucha inquietud al hábil médico, y de consiguiente se acercó á la señorita de Harcourt con la mas viva emocion.

— ¡Qué jeneroso es usted, doctor, — le dijo ella, — arriesgando así su libertad por venir á verme!... pero yo no hubiera podido ir hasta el cuarto de usted, porque verdaderamente me faltan las fuerzas.

— Mis cuidados se las devolverán á usted, — replicó el médico, — si Dios permite que yo pueda continuar visitando á usted durante algun tiempo.

— ¡Pero yo me moriria ahora si fuese preciso renunciar á ellos! — dijo María con un acento extraño que penetró el corazon del médico.

— ¡Por usted, — respondió el médico en tono penetrante, — defenderé mi libertad por todos los medios que estén en mi poder... pues quiero restablecer su salud y conservar una existencia indispensable para la dicha de su escelente padre!

— ¡Cuánto sufro! — dijo María, apoyando su mano sobre su frente de nieve; — tengo aquí como un hierro ardiendo que corre de una sien á la otra, y me causa horribles latidos!

— ¿Duerme usted bien? — le preguntó de Apsberg.

— ¡No... no! — dijo ella; — hace ya unos dias que no tengo sueño, ó al ménos es tan ajitado por unos sueños que me hacen mal!...

Y se sonrojó escesivamente al pronunciar estas últimas palabras.

— ¡Y bien! — dijo el doctor sin percibirlo, pues solo se ocupaba de hallar un remedio al mal que se le describia; — ¡y bien, opino que es el caso de aplicar el medio que nos ha probado tan bien algunas veces; el magnetismo puede procurar á usted un poco de reposo, y disipar quizás esa jaqueca nerviosa que le atormenta.

El médico se levantó entónces y estendió la mano sobre la frente de la enferma, como lo habia hecho algunas veces ántes, el dia en que la marquesa de Maulear sintió tan poderosamente el efecto del flúido magnético.

Luego, aplicando lijeramente sus dedos sobre las sienes de la jóven, los corrió suavemente hácia los ojos.

Esta vez el medio obró; las miradas de María se turbaron, y desaparecieron muy presto bajo las largas pestañas de sus párpados, que vinieron á apagarlas y ocultarlas como las sombras cubren el azul de un cielo hermoso.

El doctor la contempló algunos instantes en silencio, y queriendo juzgar el grado de poder que el remedio tenia sobre la enferma, y desarrollar una lucidez que debia instruirle completamente acerca del estado de su salud, la preguntó vacilando:

— ¿Se halla usted mejor?

— Sí... — respondió ella, — experimento mucha calma y bienestar.

— ¿Y lo atribuye usted al sueño que goza en este momento?

— No...

— ¿Pues entónces á qué?

— No quiero decirlo, — respondió María.

— Pues no obstante, es necesrrio que yo lo sepa, porque quiero aliviar á usted, curarla... ¡já costa de mi misma vida!

— ¡Y bien... es...

— Acabe usted...

— Es á causa de la presencia de usted... ¡por el tierno interes que me manifiesta!

El médico se quedó estupefacto.



— Y sepa usted, — continuó la joven, — que no me siento bien... que no soy dichosa sino cuando usted está cerca de mí... ¡Y no es de hoy solo cuando siento eso!...

— ¡Oh... Dios mio! ¡Dios mio!... ¿qué es lo que dice? — murmuró el médico, en quien las palabras que pronunciaba suscitaban mil sentimientos confusos.

— No, no, — continuó la dormida, — hace largo tiempo... desde el día...

María se detuvo.

— ¿Desde qué día? — preguntó el médico, impulsado por una curiosidad irresistible.

— Desde el día... en que le vi á usted asomado á su ventana!... Y desde aquel día me ha parecido que todo lo tenía usted en sus manos... mi salud... mi vida y mi felicidad.

De Apsberg sintió una alegría loca al oír estas palabras; pero la vergüenza y el remordimiento hablaron muy presto mas alto que sus trasportes. Ser amado de María le parecía un crimen, pues María no podía nunca ser suya, porque María era el último tesoro de afecto del huésped jeneroso que le ocultaba á sus enemigos; y robarle ese tesoro apoderándose de esa alma cándida, sustrayéndola á los proyectos y esperanzas brillantes que su padre se prometía para ella, ¡todo eso hubiera sido indigno! é ingrato!

— ¡Usted me ha hecho mucho mal el otro día... — repuso ella, — ¡y no obstante se lo he agradecido!...

— ¿Yo? — dijo de Apsberg.

— ¿Porqué hablarme de matrimonio? ¿es que yo quiero casarme?... ¡Separarme de mi padre... y de otro!... ¡Oh... ya sabe usted quien es... no lo niegue usted... yo lo veo en su corazón... lo leo en su pensamiento!

— ¿Pero si aquel en quien usted piensa, no pensase en usted? — replicó el médico, haciendo un esfuerzo heroico de honor y de voluntad. — ¿Si fuese indigno de la atención de usted?... ¿si no la ama?...

— Sí que me ama, — respondió vivamente María; — estoy segura de que me ama!... y la prueba es que sufre al hablarme como usted lo hace... que está temblando y ajitado... que su alma se despedaza... y que su corazón piensa lo contrario de lo que acaba de decirme!...

— ¡Ah... Dios mio... ¡qué es lo que me ha hecho! — exclamó de Apsberg fuera de sí; — ¡qué hacer... ahora que me ha penetrado!...

— Otra vez ya no me adormecerá usted, — prosiguió la sonámbula con voz dulce y tono burlon, — pues que siente tanto el que le haya adivinado tan bien...

El ruido de unos pasos que se acercaban al gabinete sacó á de Apsberg de la especie de encanto y tormento que le causaba esta situación estraña, y reconoció la voz del duque de Harcourt, que su viejo secretario conducía cerca de su hija.

— ¡Silencio! ¡silencio! — dijo el doctor, colocando de nuevo sus manos sobre la frente de María. — ¡Yo le prohibo á usted el añadir una palabra mas!

Las facciones de la sonámbula espresaron una penosa contrariedad á esta prohibición, pero calló y pareció dormirse mas profundamente.

El duque entró.

— ¡Usted aquí, doctor! — dijo el duque; — ¡qué imprudencia!

— ¡Ella sufría! — respondió el médico señalando á María.

— ¿Y ahora?

— ¡Ahora duerme!

El duque daba gracias á de Apsberg por el celo con que cuidaba á su hija, pues el digno anciano parecía poner toda su confianza en el joven médico, como el marinero amenazado del naufragio se encomienda á Dios que es el señor de las tempestades y las olas.

Pero, por la primera vez, cada palabra del duque era un dolor y una reconvención amarga para de Apsberg, que se estremecía pensando en las revelaciones de María. Se preguntaba si era cómplice de los sentimientos que había inspirado, si había él dejado adivinar los suyos... y toda su delicadeza, toda su lealtad se conmovía á la idea del precio que costaba la salud de la hija á su padre desgraciado.

De Apsberg comprendió que su permanencia en el hotel de Harcourt se hacia imposi-



ble en adelante; que conociendo los pensamientos secretos de la jóven, su presencia le haria en lo sucesivo culpable de una seducción voluntaria.

Tomó pues una resolucion valerosa, y se preparaba á hablar al duque.... cuando María, que despues de algunos minutos habia quedado abandonada á sí misma fuera de la influencia magnética, se despertó serena y risueña.

— ¡Que sueño tan bueno! — dijo ella; — ¡qué bien me hallo ahora!

El duque la abrazó tiernamente, diciéndole:

— A nuestro caro doctor es á quien debes esa mejoría, y en mi cruel fortuna bendigo al cielo mil veces por haberme permitido salvar á un amigo, arrancársele á sus perseguidores, y conservar á mi hija la Providencia que vela tan constantemente por su salud y su vida!

María tendió la mano al doctor sin embarazo alguno, pues la bella jóven no recordaba de ningun modo las tiernas emociones que sentia tan claramente miéntras estuvo dormida.

Pero este sueño del corazon no debia durar; y porque el jóven médico lo sabia muy bien, acababa de decidirse al sacrificio doloroso que el haberse despertado María le impidió revelar á su digno huésped.....

Las reflexiones de la noche confirmaron al médico en el partido que se habia decidido á tomar; y el dia siguiente por la mañana se envolvió en un largo capote que le disfrazaba su talla, y bajó al gabinete del señor de Harcourt despues de cubrir su cabeza con la peluca que servia al pobre René en sus escursiones á casa de Mateo, pues habiendo sido instruido el duque de esta circunstancia, hizo traer el disfraz completo al cuarto del doctor, para que en un caso de alarma pudiese escapar sin ser conocido.

El padre de René veía aumentar á cada hora la desesperacion que le causaba el encarcelamiento de su hijo.

Una sola vez habia podido llegar hasta ese hijo amado; y el noble jóven se esforzó con toda la enerjía de su alma para hacer penetrar en el corazon de su padre unas esperanzas de libertad de que estaba muy léjos de participar él mismo.

Una vijilancia activa rodeaba al vizconde en su prision; sus menores acciones eran observadas. Siempre solo en el estrecho y triste reducto que se le habia dado para morada, el fastidio y el desaliento se apoderaron de su espíritu lijero, pues la distraccion, el movimiento y los placeres eran las condiciones indispensables de su vida.

Despues de algunos dias, de de la única visita que su pobre padre habia podido hacerle, el pecho delicado del jóven preso parecia atacado de nuevo.

Lo que ante todas cosas temia para él su amigo y hábil médico, era el frio y la humedad, que podian desarrollar una irritacion en los órganos respiratorios del jóven, y esa irritacion llegó, porque no podia ser mas húmedo y frio el calabozo de René.

Empezó á tener una tos seca y frecuente; pero los llaveros de la cárcel no se preocuparon por ello, y el médico de la Conserjería lo trató como un simple resfriado que no debia dar ninguna inquietud.

El vizconde no quiso prevenir á su padre por no causarle nuevos tormentos, y la indisposicion se hizo en pocos dias una enfermidad aguda y terrible.

Las cosas estaban en este estado cuando de Apsberg se presentó delante del duque de Harcourt, que dió un grito de sorpresa al verle.

— ¿Qué le sucede á usted, mi jóven amigo? — le dijo con una viva emocion, — ¿le han descubierto á usted? ¿está usted obligado á huir y dejarnos?

— Señor duque, — respondió el médico, — permitidme ánte todo que os espese mi profundo agradecimiento con todo mi corazon, por la jenerosa hospitalidad que me habeis concedido; dejadme que os diga cuanto han dulcificado vuestras bondades las penas crueles que me han aflijido dia y noche durante estas últimas tres semanas.

Sin vuestra amistad, hubiera participado ya de la cautividad de mi querido René, y solo la esperanza que habia concebido de hacer algunos servicios á vuestra interesante hija me ha



impedido entregarme al desaliento de una vida sin porvenir, al pesar de ver arrestados á mis desgraciados hermanos, al de saber la traicion de un hombre que yo amaba con la mas tierna amistad...

— ¡No me habléis ya de ese hombre! — interrumpió el duque en tono terrible; — pues él ha vendido á mi hijo, y René se lo ha echado en cara delante de mí!

— He hablado de mi agradecimiento, señor duque, — continuó de Apsberg, — para que no dudeis jamas de mí, sobre todo en este momento en que me veo obligado á separarme de vos!

— ¿Pero qué peligro le amenaza á usted aquí? — exclamó el duque; — ¿por qué quiere usted abandonarnos?

— Para no ser ingrato, señor, — respondió de Apsberg; — para que no podais nunca acusar á vuestro huésped de una ingratitud indigna, para que me conserveis siempre el afecto y estimacion con que me honrais!

— ¿Qué significa ese misterioso lenguaje? — dijo el duque.

— Señor, — respondió el jóven médico con voz trémula, — concededme la gracia de no revelaros la causa de mi marcha, pues sufririais tanto en escucharla, como yo padeceria en deciroslo.

— No, — repuso el anciano, — yo no consiento en esa demanda; no, yo no le dejaré á usted salir del hotel donde puedo sustraerle á vuestros enemigos... ¡no, no me dejaréis así!... Y si no quiere usted quedarse aquí por su bien, permanezca usted por piedad hácia mí, pues solo usted me ha inspirado la confianza de que sabrá conservarme la única hija que el cielo me ha dejado cerca de mí!

— Señor duque, — replicó el médico presentando un papel al señor de Harcourt, — aquí teneis el trabajo de mis vijilias; en este escrito hallaréis consignados los medios y cuidados que la ciencia ha podido indicarme para su cura, para el restablecimiento de su salud, para hacer frente á todos los accidentes de la edad... ¡para que viva en fin!... Seguid con axactitud las previsiones de ese código, en el que la mas sincera adhesion ha invocado los recursos del arte... ¡y espero que Dios bendecirá vuestros esfuerzos y los míos!

— ¡No me deis un golpe tan terrible con vuestra partida, doctor!... no me entregueis á esas inquietudes incesantes!... ¡ya soy bien desgraciado, amigo de Apsberg!

— ¡Y bien! — repuso el jóven médico, no pudiendo resistir á estas súplicas tan tiernas, — vais á saber lo que me obliga á huir, y vos mismo juzgaréis entre mi deber y yo!...

Y arrojándose á los piés del anciano se lo confesó todo; le dijo el secreto que le habia revelado el sueño de María, sus combates consigo mismo, y su resolucion enérgica.

— Es usted un hombre honrado, señor de Apsberg, — le dijo el duque levantándole, y añadió con la espresion del dolor mas vivo; — ¡pero yo soy un hombre muy desgraciado!

En este momento se apareció el secretario del duque y le entregó una carta.

— ¡Es de mi hijo! — dijo el duque; y la abrió inmediatamente.

Las facciones del padre de René tomaron una espresion tal de terror y desesperacion despues de la lectura, que de Apsberg y el secretario corrieron hácia él y le sostuvieron en sus brazos en el momento en que iba á caer pronto desmayarse.

— ¡Lea usted!... ¡lea usted!... — dijo él, presentando la carta al médico.

De Apsberg leyó lo siguiente:

« Mi amado y buen padre: ya no es tiempo de ocultárselo á usted... ¡me siento morir! Un hombre, uno solo que me ha salvado ya otras veces con sus cuidados y consejos, podría quizás arrancarmen aun de la tumba que se abre para mí... ¡ese hombre es de Apsberg... pero yo no puedo empeñarle á que acompañe á usted, pues viniendo á visitarme me arriegaria su libertad y su existencia!

» ¡Venga usted pues solo, mi querido padre... venga usted á abrazarme por la última vez! »

— ¡Partamos, señor, partamos!... — exclamó el médico apénas hubo terminado su lectura. — ¡Ah... partamos sin perder un minuto, pues quizás seria tarde dentro de una hora!



— ¡Pero usted espone su vida, señor, yendo en medio de los que le buscan! — dijo el duque.

— ¡Qué me importa si puedo salvar la suya! — respondió de Apsberg.

El duque se arrojó en los brazos del médico. . .

Media hora despues de estos acontecimientos, dos hombres eran introducidos en la *Conserjería*; y esos dos hombres eran el padre del vizconde René de Harcourt y un médico inglés que llevaba consigo el duque para que visitase á su hijo moribundo.

El director de la prision no se atrevió á negar al duque el permiso de ver á su hijo, y la autorizacion de que le acompañase un médico de confianza.

El duque y el doctor, precedidos de un llavero de la cárcel, atravesaron una reja de hierro á través de la cual se veía una bóveda larguísima que se perdía de vista en medio de un horizonte negro.

Del otro lado de la reja, bajo la bóveda interior, estaba sentado uno de esos hombres de rostro feroz, de facciones duras y groseras, que parece ha creado la naturaleza espresamente para vivir en esos infiernos terrestres.

Este hombre tenia por única mision el abrir y cerrar la reja, á la que parecia unido como uno de sus negros cerrojos; funcion que no estaba sin peligro, pues en el caso que viniese á estallar alguna rebelion en el interior de la prision, el Cerbero del ántro tenia la órden formal de lanzar al exterior de la reja la pesada llave que tenia siempre en la mano, para oponerse por este medio á la salida de los criminales, quedándose á merced de su represalia sangrienta.

El duque y su compañero hicieron ver á este hombre su permiso de visita; la llave dió vuelta en la cerradura, la puerta se abrió ruidosamente dejando penetrar á los dos, y volvió á caer pesadamente sobre sí misma haciendo resonar la bóveda con su ruido siniestro.

Cerca de esta reja habia una sala en la que se hallaban algunos hombres de caras siniestras, llaveros y jendarmes.

El duque y el inglés sufrieron una inspeccion minuciosa de parte de estos individuos.

Pero uno de ellos, cuyas facciones se encubrian bajo una gorra sucia, y que podian recordar las de uno de los personajes de la historia, se separó del grupo, hizo abrir la reja y desapareció rápidamente en el momento en que un nuevo llavero guiaba á los visitantes por un pasadizo sombrío que conducia á la celdilla donde estaba encerrado el vizconde de Harcourt.

El hijo del duque de Harcourt, la última esperanza de esta casa ilustre, reposaba en un colchon miserable, en una especie de cueva húmeda, donde la luz penetraba con trabajo por una ventanilla cruzada de barras de hierro, privado por consiguete de calor y de todos los cuidados que reclamaba el estado grave de su enfermedad.

El duque prorumpió en llanto al ver á su hijo.

René, el pobre René, tenia el rostro abatido y los ojos brillantes por el fuego abrasador de la calentura. René se incorporó con trabajo y tendió los brazos á su padre, que le estrechó contra su seno.

¡Quince dias habian bastado para desarrollar en el jóven esa terrible enfermedad cuyo jermen roía despues de ese largo tiempo su pecho delicado!

La atmósfera viciada en que vivía, la humedad glacial del muro cerca del cual reposaba, la falta de cuidados asiduos é indispensables en semejantes afecciones, todo habia conspirado contra la vida del desgraciado jóven.

Una tos violenta y seca resonaba á cada instante bajo aquellas piedras sin eco, y cada acceso de esa tos cruel disminuía las fuerzas del enfermo haciéndole dar un paso hicia la eternidad.

Si hubiese querido revelar su estado, instruyendo mas pronto á su padre, se le hubieran dado quizás algunos remedios activos; no por piedad, pues los conspiradores inspiraban muy poca en aquella época, sino por temor á la prensa de la oposicion liberal, cuya censura habria temido la administracion; pero René desdeñaba demasiado á esas jentes que él llamaba sus verdugos, para reclamar de ellos el menor beneficio.



El médico de la prision, como ya lo hemos dicho, se habia contentado con recetarle algunos remedios insignificantes en sus visitas lijeras y apresuradas, de suerte que el vizconde de Harcourt se moria sin que este hombre lo hubiese conocido.

Cuando el llavero introdujo en el calabozo al duque de Harcourt y al inglés, se alejó previéndoles que vendria á buscarles dentro de pocos minutos.

El vizconde descubrió entonces el extranjero que acompañaba á su padre, pues habiéndose acercado á él le tomó la mano y la oprimió con tanta efusion que no dejó ya duda alguna al enfermo, y exclamó:

— ¡De Apsberg!... ¡de Apsberg!... ¡yo estaba seguro de que vendria, padre mió!...

— ¡Silencio!... mi querido René,— le dijo el médico,— ¡silencio!... pdr tí... y por mí!... ¡Olvida el amigo, para no ver mas que al médico; cuéntame tus padecimientos... y habla pronto, pues los momentos son preciosos!... ó mas bien no me digas nada, no apures nada tus fuerzas describiéndome unos males que comprendo y que me despedazan el alma?... Yo los veo, los leo en tus ojos, en tus facciones y en todos los síntomas de tu estado!

Y el doctor se volvió para ocultar sus lágrimas.

Pero no se engaña el corazon de un padre, el duque habia visto las lágrimas del médico, y exclamó:

— ¡Salvadle, señor... salvadle!... ¡Salvad á mi hijo!

De Apsberg hizo un esfuerzo sobre sí mismo para sobreponerse á su dolor, y repondió con voz serena:

— ¡Le salvaremos!.. hay una bebida soberana para estos casos! ¡Dios mismo debió inspirársela en un dia de misericordia al célebre médico de quien yo la he aprendido, al práctico hábil Oswald, el doctor mas sabio de la facultad de Viena! Esa pocion admirable detendrá los progresos del mal, y nos dará tiempo para aplicar en seguida otros remedios eficaces.

Y sacando un librito de memorias de su bolsillo arrancó una hoja y escribió con el lapicero su receta, cuando en este momento se abrió violentamente la puerta del calabozo y entraron algunos hombres acompañados de seis jendarmes que rodearon á de Apsberg.

— ¡Arrestadle — gritó la voz de un agente de policia; — ¡es él, es el médico aleman que nos ha sido señalado despues de tantos tiempos y que no podíamos dar con él... ¡arrestarle!!!

Imposible seria pintar el efecto que produjo esta escena; el vizconde hacia esfuerzos inútiles para dejar su cama y volar al socorro de su amigo; el duque, pálido y mudo de terror, y de Apsberg tranquilo y resignado, entregándose sin resistencia á los hombres que le rodeaban. Pero olvidándose de su persona, en presencia del peligro que corria su amigo, les dijo:

— Señores, dispongan ustedes de mi persona, pero á nombre del cielo dejarme algunos instantes cerca de ese jóven que se muere, y que vayan á buscar la medicina que acabo de ordenar en mi receta.

— ¡Un papel! — exclamó el agente de policia, viendo el que tenia de Apsberg en la mano; — ¡que será quizás algun plan de evasion! Hay que entregarle al director de la prision, pues será una pieza mas en el proceso de ese jacobino.

Y cojiendo el papel le guardó en su bolsillo diciendo á los jendarmes:

— ¡Sacar de aquí á ese hombre, y no permitirle que diga una palabra mas al otro preso!

Y todos aquellos miserables se arrojaron sobre de Apsberg como unos lobos hambrientos y le sacaron del calabozo.

El duque se quedó solo con su hijo, á quien esta escena habia agotado las fuerzas.

Tendido en su mala cama y atascado por un esceso violento de tos, René sentia penetrar en sus venas un frio mortal que cuajaba su sangre.

— ¡Un médico!... ¡un médico! — gritó el duque lanzándose hácia la puerta que acababa de cerrarse; — ¡un médico por piedad!... ¡mi hijo se muere!

Pero la puerta no se volvió á abrir, y el pobre padre inclinándose sobre el enfermo paseaba su aliento desde la frente hasta el pecho del agonizante, cojiendo alternativamente sus



manos para calentárselas entre su seno, y no dejando esta operacion dolorosa mas que para volver á la puerta y gritar de nuevo con voz desgarradora :

— ¡Un médico... por piedad, pues mi hijo se muere!!!

Media hora despues del arresto de Apsberg, y miéntras que el duque estrechaba contra su pecho el cuerpo casi inanimado de su hijo, aparecieron tres hombres en la prision.

Estos tres hombres eran : el director de la *Consergeria*, el médico de la casa y el carcelero.

— ¡Caballero, — dijo el duque al director enderezándose y con un tono lleno de solemnidad, — os habeis hecho cómplice de un crimen horrible!... y me daréis cuenta delante del rey, delante del país... pues yo os acusaré ! yo, el duque de Harcourt, Par de Francia y gran cordon de la órden del Espiritu Santo!

— ¿Qué quereis decir, señor ? — preguntó el director con una turbacion que no podia disimular; — ¿de qué os quejais?

— Me quejo, caballero, de que habeis hecho poner en un calabozo privado de aire y de luz á un hombre contra quien no resulta hasta el dia mas que una prevencion, pues que los tribunales no han pronunciado aun ! Me quejo de que habeis hecho arrancar de este sitio al médico que habia traído para que diese á mi hijo los cuidados urjentes que reclamaba su estado!... Y finalmente me quejo de que vuestros agentes se han apoderado de la receta que podia arrancar á mi hijo de la muerte, con una brutalidad horrible, privándole acaso del único medio de salvacion!...

El duque no decia mas que la verdad, pues una sofocacion cruel empezaba á ahogar al desgraciado jóven. Su pecho oprimido se levantaba con esfuerzo, y todas las señales de un fin próximo aparecian rápidamente en el moribundo.

El director habia tratado de balbucear algunas palabras para justificarse de las reconvencciones que le dirijia el padre de René, pero el duque le cortó gritándole :

— ¡ No digais aquí una palabra mas !... ¡dejad que se termine en paz vuestra obra inhumana, y haced que se me devuelva al instante la receta salvadora escrita por nuestro médico, pues quizás en ese papel está la vida de mi hijo !

El director iba á correr á buscar la receta él mismo, pero el médico de la cárcel le detuvo diciéndole á media voz y señalando al enfermo :

— ¡Ya no es tiempo !!!...

En efecto, el vizconde se incorporó haciendo un esfuerzo supremo, y dijo á su padre con voz apagada :

— ¡ Perdonadme, padre mio, por el mal que os he causado!... ¡ perdonadme, como yo perdono á todos los que me han hecho sufrir!... ¡á todos!... ¡Oh, no... no... — repuso con un acento lleno de rencor, — ¡hay un hombre que yo maldigo porque nos ha perdido... porque nos ha entregado á todos!... ¡ y ese hombre es el conde de Monteleone... sabedlo todos ! ! ! !

Su cabeza cayó sobre su seno, y su último suspiro se confundió con el último beso que estampó en su frente su padre desgraciado.

— ¡Ya no tengo hijo! — exclamó el anciano con desesperacion, cayendo desmayado junto al hijo que le llevaba Dios !!!...





## LA CONFESION.

LVIII.



Como lo hemos indicado en el capítulo precedente, el conde de Monteleone fué á casa del prefecto de policia. Esto era entregarse á sus enemigos, pero no vaciló un instante en hacerlo, porque valia mas para Monteleone una muerte cruel y pronta que la vida intolerab'e que se le habia creado.

La acogida que recibió del prefecto fué amable y atenta, acogida muy diferente de la recepcion que este majistrado hubiera hecho tres dias ántes al que sus oficinas le habian señalado como uno de los agentes de su administracion.

Y consistia en que despues de la protesta enérgica del conde en presencia de M. H. . . , en el hotel de Harcourt, se habian suscitado graves sospechas en el espíritu del jefe de la policia política, acerca de los pretendidos servicios secretos que se atribnian al noble napolitano.

Empleando entónces la policia contra la policia, y haciendo espiar hábilmente al extranjero que decia ser el agente del conde, sus sospechas sobre la no participacion de Monteleone en los actos de este hombre se cambiaron en certeza, y se puso á temblar pensando en el personaje de tonto engañado que se le habia hecho jugar en este negocio tenebroso, y en las consecuencias que podria tener: Primeramente el ridiculo, lo mas temible de todo para un poder de represion como el de la policia; luego las justas recriminaciones del conde, calumniado injustamente; y finalmente la falta inmensa de haber dejado libre y activo el jefe mas importante del Carbonarismo europeo, creyéndole afiliado á un gobierno de quien era su mas mortal enemigo.

M. H. . . habia cometido esa falta, ó mejor dicho esa multitud de faltas en las que su ceguedad y confianza habian hecho caer á toda la policia francesa, desde el minisiro hasta él mismo.

Inquieto y desesperado, el jefe de la policia no vió para él mas que un medio de salvacion, y ese medio era á la vez el mas valeroso y el mas diestro, pues salía al encuentro de la reconvenccion que podia hacérsele y ponía un pararrayos contra la tempestad que le amenaba.

M. H. . . se presentó al prefecto de policia y se lo confesó todo; de manera que pasada la primera indignacion del prefecto, los dos jefes comprendieron que se hallaban igualmente comprometidos, y se llenaron de terror. El uno por haber obrado, el otro por haber dejado obrar; y de un comun acuerdo convinieron en el único papel que podian representar en esta



ocasion crítica, papel bastante maquiavélico, es verdad, pero que los sacaría victoriosamente de un caso difícil y casi sin salida.

Ese papel consistía en negar altamente toda participacion en los rumores malévolos esparcidos acerca del conde de Monteleone, pero dejar á la opinion pública que siguiese su curso, y atribuir su conducta y silencio á su desinterés en este negocio, ó á la prudencia y misterio que se sabia deber existir entre la policia y sus agentes.

En cuanto á los futuros actos políticos del conde, Monteleone era ya poco temible habiendo sido arrestados sus cómplices principales, sus planes descubiertos y sus proyectos desbaratados, quedando tan aislado como quedaba, y sobre todo rechazado por sus hermanos y afiliados como un traidor.

Dos cosas solas podian inquietar á M. H. . . ; la primera era la conducta que tendria el hombre extraño que se habia servido del nombre del conde para poner á la policia tan completamente instruida del complot; pero M. H. . . se tranquilizó muy presto pensando que el plan de conducta que acababa de trazarse estaba enteramente conforme con los desig-nios del miserable á quien él habia empleado. . . y luego, en un caso dado, tenia mil medios á su disposicion para asegurarse del *silencio eterno* de este hombre.

La segunda era la *carta pase* dada por él bajo el nombre de Monteleone, y que podia ser un arma terrible en las manos del conde mismo, y servir de base á la acusacion de difamacion que podia intentar contra su administracion, pero M. H. . . habia sabido con mucho gozo por Stecio mismo que aquel *pase* habia sido quemado.

El prefecto de policia no vaciló pues en recibir al conde cuando se presentó en su casa :

— Señor, — le dijo Monteleone, — pesa sobre mí una calumnia horrorosa. . . Sin respeto á mi nombre y carácter, se ha osado acusarme de ser uno de vuestros agentes, y vengo á suplicaros que os unais á mi para rechazar y desvanecer una infamia semejante!

— Vuestro honor, caballero, — respondió evasivamente el prefecto, — está al abrigo de un ataque semejante, y yo creeria perjudicaros protestando oficialmente contra una calumnia que nada puede justificar en vuestra vida pública y privada.

— Pero uno de vuestros mismos empleados, — replicó Monteleone, — nó ha temido el acreditar ese rumor infame por la respuesta páfida que me dió hace unos días en el momento en que arrestaba al jóven vizconde de Harcourt.

El prefecto llamó con su campanilla.

— ¡ Que venga al instante M. H. . . ! — le dijo al portero que se presento.

M. H. . . vino al momento, y el prefecto le dijo en tono severo :

— El señor conde de Monteleone me dice que habéis mostrado creer en su participacion en los actos secretos de mi administracion, pues vuestros discursos públicos han parecido expresar esa opinion respecto al señor conde.

— El señor conde ha cometido un error, — respondió el jefe de la policia política, — pues no he tenido semejante intencion. No quise dar crédito á las acusaciones que hacia contra sí mismo, es verdad, pues me repugnaba el creer culpable de conspiracion á un hombre tan distinguido como el señor de Monteleone. . . ¡ pero jamas entró en mi espíritu la idea de dirigirle la injuria que me atribuye! Y si no fuese dar una gravedad á esa injuria, indigna del señor conde, estaria pronto á desmentirla tan públicamente como pudiera desearlo.

El conde se quedó confundido al oír estas palabras; y su espíritu vacilaba pensando haberse equivocado al tomar por una ofensa la respuesta de aquel hombre. Y por otra parte no alcanzaba el objeto de esta páfida, de suerte que su razon y buen sentido no le insinuaban ninguna causa probable.

— Ya lo veis, señor conde, — repuso el prefecto, — todo el mundo os cree tan superior y ajeno á la calumnia de que os quejáis, que ni aun se atreverian á rechazarla; y que la naturaleza misma de nuestra administracion le prohíbe á M. H. . . mezclarse en esa cuestion de honor y reputacion, pues la defensa en esos casos seria peor que la acusacion.

— Yo he ofrecido ya á M. H. . . — replicó el conde señalándole al prefecto, — la manera de procurarme una retractacion patente del papel indigno que se me atribuye, y ahora vengo á pedirlo á vos mismo.



M. H... y el prefecto se miraron con sorpresa y embarazo.

— Yo soy tan culpable como todos cuantos habeis hecho arrestar, — continuó el conde, — y reclamo de vuestra justicia y deberes una suerte semejante á la de mis asociados.

— Señor conde, — respondió el prefecto, — yo no ejecuto nada sin recibir órdenes superiores... y no las he recibido respecto á vuestra persona. Me inclino á creer que vuestro afecto por esos que llamais *vuestros asociados*, os hace exajerar vuestros errores y complicidad; pero estad seguro de que si esa complicidad nos fuese probada, seremos tan justos y severos para con vos como me he visto obligado á serlo para con ellos.

Al acabar estas palabras, el prefecto saludó al conde y se retiró á su gabinete.

Monteleone salió de la prefectura de policia en un estado de agitacion que no puede pintarse. Su justificacion última, la que queria comprar á costa de su libertad, de su vida misma... se le escapaba tambien; su rabia y desesperacion no conocieron ya limites ni término.

Pero le faltaba aun un nuevo golpe, porque supo muy presto, como todo Paris, la muerte del vizconde René de Harcourt. Supo igualmente que el respetable padre de su amigo le atribuia esa muerte terrible, y le acusaba públicamente de haber denunciado á su hijo.

Abandonaremos pues por algunos instantes á nuestro héroe, para ocuparnos de un acontecimiento terrible que vino á llenar de desolacion en esta época la familia real y la Francia entera.

Este acontecimiento, cuyo origen es un misterio hasta el dia, fué la muerte de monseñor el duque de Berry.

Ese heredero del trono de Francia, la esperanza del país, espirando en la primavera de su vida bajo el puñal de un asesino vulgar, la oscuridad que reinaba en los detalles de ese acto sangriento... ¡todo ello hizo la consternacion jeneral, y preocupó á la Europa toda!

Un grito jeneral se elevó en todas partes contra las sociedades secretas, y aquella cuyos jefes principales se hallaban entre las manos de la autoridad, sufrió mas que ninguna otra la imputacion de complicidad en ese homicidio espantoso.

Los jefes de las *Ventas* del carbonarismo vieron redoblarse sus cerrojos y cambiarse en calabozos sus prisiones.

MM. Ober..., B..., el banquero F..., el jeneral A... y sobre todo el desgraciado de Apsberg, no fueron olvidados en estas medidas de rigor! se buscó en sus papeles, en sus pasos y jestion pasadas y en toda su vida, los indicios de la parte que se les suponía en este odioso asesinato.

Se esperó con impaciencia el proceso del monstruo que le habia cometido, prometiéndose ver resultar de los debates algunos documentos contra los carbonarios arrestados... pero no apareció nada contra ellos en esa larga y minuciosa sumaria; y quedó muy presto probado, cierto, indudable, que el crimen del malvado Louvel era suyo solo, el crimen de un fanático, un crimen aislado, sin adherentes, sin instigadores, sin cómplices!

Hé ahí al ménos lo que pudo saber la Francia y el mundo por el resultado de ese proceso; hé ahí lo que declaró la justicia; hé ahí lo que consagró la sentencia que mandó al cadalso á Louvel!

La opinion liberal, asustada un instante por los rumores siniestros que corrian contra sus partidarios, levantó muy presto la cabeza; y fuerte con el título de inocencia que dió en su favor la Cámara alta, se quejó amargamente de las calumbias esparcidas contra sus partidarios; y desde la queja á la recriminacion, no hubo que pasar mas que algunos números de sus periódicos acreditados en aquel tiempo.

La primera reconvencion que se hizo al gobierno, y sobre todo al ministerio Decazes, que acababa de caer, fué la de una injusticia estremada en sus rigores respecto á los carbonarios arrestados.

Se acusó al ministerio caido de haber creado conspiraciones para hallar conspiradores; se suscitaron cuestiones de humanidad pública; se contaron los tormentos verdaderos ó falsos que habian sufrido los presos; y se interesó la piedad y la jenerosidad francesa por la suerte de la víctimas que jemian en los calabozos!



Pero una voz dominó todas esas voces, porque esa voz partía de tan alto que conmovió todas las convicciones, removi6 todas las conciencias, llegó hasta el trono y escitó una de esas sensaciones poderosas que el honor y la verdad pueden producir solos en medio de una nacion ilustrada.

Esa voz era la del duque de Harcourt, la de ese noble caballero que era rey por la virtud y por el corazon, cuya palabra valia una ley, que admiraban todas las opiniones, y que cada uno escuchaba en Paris con ese respeto y veneracion profunda que le habia creado una vida llena de méritos y acciones nobles.

El duque, tan digno de compasion é interes por la pérdida sucesiva de sus hijos, acusaba de barbarie á los que le habian arrebatado el último.

Contó la muerte del vizconde de Harcourt, sospechado de un crimen político, quizás imaginario, y fortificó con el grito sublime de su desesperacion todas las recriminaciones que se habian contra la autoridad caída.

El poder que sucedió tembló ante la reprobacion unánime, y quiso popularizarse por la clemencia; y ese sentimiento innato en el corazon de Luis XVIII halló eco en sus nuevos ministros.

Se vió insensiblemente abrirse las prisiones, y sus tristes huéspedes recobraron la libertad por la bondad real.

Los jefes principales de los carbonarios fueron ménos dichosos que sus adeptos secundarios; pero se instruyó su proceso y se hallaron muchos planes revolucionarios adoptados, pero ningun acto serio. Ideas, utopías, paradojas sociales, y ningun hecho.

MM. F. .... B...., Ober...., y sus asociados, cuyos amigos obraron activamente, sufrieron algunos meses de prision ademas del arresto preventivo, y los jueces creyeron que era un castigo suficiente para unas esperanzas ó proyectos criminales que no se habian realizado.

El jeneral A.... fué desterrado de Francia.

Solo de Apsberg quedó bajo los cerrojos de la Conserjería; ya veremos mas tarde como se abrieron para él.

En cuanto á Tadeo Rovero, las investigaciones de Aminta y las del príncipe de Maulear, que le amaba como un hijo, no pudieron descubrir su retiro; y cada día traía un nuevo pesar y una nueva decepcion para el corazon desolado de su hermana. ¡Un año se pasó así!.....

En los primeros dias del mes de abril de 1821, un hombre de unos cuarenta años estaba sentado bajo un cenador rústico en un jardinito que dependia de una modesta casa de campo en Neuilly.

El jardín estaba bañado por el Sena, que servia de límite á una verde pradera que llegaba hasta las orillas del rio.

El hombre de quien hablamos estaba casi doblado sobre sus muslos, y parecia agoviado con el doble peso de un dolor moral y de un vivo padecimiento.

Sus facciones flacas y pálidas, sus mejillas hundidas, sus ojos escondidos en la profundidad de sus órbitas, y sus cabellos casi blancos le daban el aspecto de una edad mucho mas avanzada que la que tenia en realidad.

Y en este viejo precoz, en esa pobre criatura enfermiza y acabada, nadie en el mundo hubiera podido reconocer el brillante, hermoso y elegante conde de Monteleone, no hacia mucho aun tan seductor y digno de ser envidiado.... ¡Y era que un pesar violento habia arruinado rapidamente su vigorosa naturaleza!... ¡era que los meses se habian hecho años para él!... ¡era que habia sufrido todos los golpes que puede sufrir una organizacion tan ricamente dotada de cuerpo y alma!

El conde, perseguido por la infame reputacion que se le habia creado, no habia podido resistir los ataques multiplicados que le daba una fatalidad atroz. ¡En vano habia pugnado contra ella por espacio de algunos meses aun, despues de su visita al prefecto de policia.... pues el monstruo horrible que le perseguía habia redoblado sus mordiscos!

Un grito de reprobacion jeneral se habia dado contra él.



¡Partido de todas las bocas!...

¡Salido de todas las almas!...

Los padres y amigos de las víctimas de la policía habían hecho oír un concierto enérgico de maldiciones contra el que se acusaba de ser el primer autor de tantos infortunios.

La calumnia le había oprimido por todas partes con sus garras de acero... ¡En vano había protestado él! ¡en vano se había batido repetidas veces! ¡en vano había pedido pruebas... pues se le respondía con hechos!... y sus desafíos numerosos no sirvieron mas que para hacer decir de él:

¡Es un *espía* que se bate bien... pero no deja de ser un *espía*!

Entonces el desaliento se apoderó del conde, y huyendo lejos de ese mundo que le maldecía, fué á ocultar su vida... ¡que un solo motivo le impedía aniquilar!

Ese motivo sagrado y caro para él era otra vida que sabía no depender mas que de la suya, como la yedra del tronco, ¡y el conde vivía para que no se muriese otra criatura! ¡Y esa criatura, mas bien ángel que mujer, era la marquesa de Malear!

Velando á este desgraciado, como la madre á su hijo, no haciendo caso de esa sociedad que deshonraba el que ella adoraba, Aminta no dejaba casi al conde, el conde su único amor, el conde cuyas lágrimas caían sobre su corazón como una lava ardiente!

La marquesa había adquirido una propiedad cerca de la casita que habitaba Monteleone, y pasando todos los días muchas horas cerca de él, esta dulce Providencia serenaba con su presencia su alma desolada.

El día en que hallamos al conde sentado bajo el cenador rústico de su jardín, el viejo Giacomo se acercó á su amo tosiendo para advertirle de su llegada, y le dijo:

— Monseñor... soy yo... es vuestro viejo mayordomo que tiene algo que deciros...

— ¡Yo no tengo ya mayordomo! — respondió bruscamente el conde; — un miserable proscrito como yo de la sociedad, no debe hacer ya uso de un nombre que no significa nada, que nada justifica aquí... Y en cuanto á ese título de Monseñor, que te complaces en darme aun, es una ironía ridícula en mi triste posición.

— Pero es el título de Su Escelencia, — repuso el anciano, — y los malvados que os han ofendido no pueden quitarosle!

— ¡Me han quitado algo mas y mejor que eso! — dijo el conde con amarga sonrisa; — ¡me han quitado mi honor... y te prohibo que me llames así!

— ¡Sea! — respondió el buen hombre, á quien la marquesa tenía recomendando que no contrariase en nada á su amo; — llamaré á Monseñor, señor conde... pero eso no impedirá al señor conde el ser Monseñor.

— ¡Basta! ¡basta! — replicó el conde enfadado; — vete, pues me fastidias... y me haces mal...

— ¡Mal... yo!... — dijo Giacomo con las lágrimas en los ojos; — ¡mal... cuando daría mi vida por haceros bien!...

El conde se volvió hácia este fiel compañero de toda su vida; vió las lágrimas que derramaba, y arrojándose á los brazos del viejo por un movimiento espontáneo, exclamó:

— ¡Ah!... ¡tú me amas!... ¡tú me amas aunque no quieras!

— Y *ella* tambien, — repuso Giacomo, cuyas facciones resplandecían de gozo con esta muestra repentina del afecto de su amo; — ¡y *ella* tambien os ama... la noble y adorable señora!

— ¡Aminta! — repuso el conde; — ¡ah!... ¡sin ella, mi pobre amigo, tú no tendrías amo hace ya mucho tiempo!

— Monseñor... no, señor conde, — replicó el viejo, oyendo unos pasos que se acercaban, — es preciso que os prevenga que la señora marquesa viene á veros...

— ¡Ah!... ¡que venga!... ¡que venga! — dijo el conde levantándose de su sillón con mucho trabajo; — ¡las horas en que la veo son las únicas buenas de mi triste vida!

— Sin duda... sin duda... — repuso Giacomo; — pero es el caso... que no viene sola...

— ¿Y quién la acompaña?... ¿quién se atreve á venir á ver al *delator*, como ellos me llaman? ¡infames! ¿quién se atreve á presentarse delante del *pestífero*?...



— Es... el señor príncipe de Maulear... — dijo el viejo temblando.

— ¡El príncipe!... ¡el príncipe en mi casa!... ¡No, no... que no entre, yo no le recibo... no quiero ver á nadie!

— No obstante, me verá usted, señor conde, — dijo el príncipe presentándose, y trayendo del brazo á Aminta.

— ¿Y qué me queréis, señor? — preguntó Monteleone; — si es que venís á hacerme un nuevo insulto... seria demasiado cruel el venir aquí para eso.

— Monteleone, — le dijo Aminta, — el príncipe viene á ver á usted como amigo... sus palabras le harán á usted mucho bien, y soy yo quien le traigo...

El conde se dejó caer en su sillón, volvió la cabeza, y no respondió una sola palabra.

— Señor conde, — repuso el príncipe, — si un ataque de gota obstinada no me hubiese retenido en una de mis tierras hace ocho meses, ya me hubiera visto usted hace largo tiempo.

— ¡Ah! — dijo el conde dando un grito de sorpresa.

— Me hubiera usted visto ya, porque mi arrepentimiento por el mal que le he causado me habria conducido aquí... Confieso que cedí muy presto á un sentimiento de indignacion que me pesará toda mi vida... ¡La reflexion me ha iluminado!... y los detalles que me ha dado mi muy amada hija, lo que me ha escrito acerca de esos recursos de fortuna cuyo origen ocultaba usted, lo que me ha contado acerca de su desesperacion sincera, de ese abatimiento cuyos estragos crueles veo ahora en todo su ser, su amor por usted, su respeto por vuestro carácter que ella conoce despues de tanto tiempo... ¡todo en fin me ha hecho conocer y sentir mi injusticia para con usted!...

El conde echó al príncipe una mirada en la que se pintaban la sorpresa y la duda; el príncipe continuó:

— Y como las jentes de nuestro carácter se honran reconociendo sus faltas y solicitando el perdón, yo vengo, señor conde, á pedirlos que me perdoneis las mias!...

Y el príncipe de Maulear se inclinó delante del conde de Monteleone.

Este permaneció algunos instantes mudo de emocion; pero cogiendo luego la mano del príncipe, la apoyó contra su corazón, y le respondió:

— Sentidle palpar, señor de Maulear, y decidme enseguida si el corazón de un culpable y de un cobarde puede agitarse de esa suerte bajo la mano de un hombre honrado!... ¡si puede latir así de gozo al oír la justicia que se le hace!...

A contar desde este día, el conde de Monteleone tuvo cerca de sí dos felicidades en lugar de una sola:

¡El amor mas tierno!

¡La amistad mas noble!

.....  
Un mes despues de la primera visita del príncipe de Maulear á la casita de campo de Neuilly, hé aquí lo que pasaba en una triste habitacion de la calle Cassette, arrabal de San German.

Una mujer estaba acostada en su lecho de dolor, y un hombre de un aspecto sombrío y mirada siniestra estaba sentado á su cabecera.

— ¡Le repito á usted que quiero un sacerdote, y es una barbarie el rehusarme!

— ¡Bah!... — respondió el hombre, — no estais enferma para eso, señora duquesa; ¿de qué sirve poner á nadie en la confidencia de vuestros asuntos? La confesion es buena para los agonizantes.. y no estais aun en ese caso.

— Sin embargo me siento muy mala, — replicó la mujer, — y mis fuerzas se acaban de día en día...

— Y bien... Capitulemos, señora duquesa! — replicó el hombre, — tendréis un sacerdote, pero no ha de ser á él á quien hagais vuestra primera confesion.

— ¡Siempre las mismas ideas, Stenio! — respondió la duquesa.

— ¡Pero me parece que esas ideas no vienen de mí!... ¿No me dijisteis un día que os sentiais muy mal? ¡No, no me moriré sin haberme vengado completamente! ¡Quiero que sepa de



donde parte el rayo que ha emponzoñado su vida! ¡Quiero que pueda maldecirme tanto como yo le he maldecido!

— ¡Es verdad! — dijo la duquesa, reflexionando en lo que decia el italiano. — Es cierto... yo he dicho todo eso!

— Pues bien, — replicó Stenio, — el momento ha llegado, puesto que temeis morir... ¡y no querreis dejar nuestra obra imperfecta!

— Pero si yo se lo digo todo, — repuso la duquesa de Palma, — ¿no temeis nada por vos mismo?

— Ese hombre no es ya mas que una sombra; — continuó Salvatori, — y seria mi turno ahora para hacerle plegar bajo mi brazo vigoroso, como en otro tiempo me hizo plegar con su mano de hierro cuando envainó su puñal en mi brazo!... por otra parte, nadie le creería... ¿Es que se da crédito á un espía?

Las primeras palabras del italiano eran las únicas que habian chocadó á la duquesa :

¡Ese hombre no era ya mas que una sombra!

— ¿Conque está mudado?... muy enfermo? — preguntó ella, con un acento que no pudo disimular.

— ¿El? ¡se muere poquito á poco!... — respondió Stenio sonriendo. — ¡El desprecio público aplasta y aniquila á ese gigante de orgullo!... Pero hablando francamente, hemos hecho todo lo que se necesitaba para eso. Vaya, señora; para corresponder al tierno interés que os inspiraba yo hace poco, debo deciros que me marchó... Me habeis hecho rico, y si tenemos la desgracia de perderos... ¡Oh, las palabras no matan! (añadió, viendo hacer á la Felina un movimiento de susto) si tenemos la desgracia de perderos, no permaneceré una hora en este maldito país.

— ¡Bien está! — dijo la duquesa. — Dadme lo necesario para escribir.

Y la duquesa trazó algunos renglones con mano trémula.

— ¡Para el conde! — dijo ella, entregando el papel á Stenio Salvatori. — Mañana le aguardo.

— ¡Bueno! ¡bueno! — respondió el italiano saliendo; — ese será para él el golpe final!

Apénas se hubo alejado, la duquesa llamó y se apareció en el cuarto la fiel doncella que la habia acompañado siempre. La duquesa la atrajo hácia sí, y pegando sus labios contra el oido de esta mujer, como si temiese que alguno podia escucharla, le dijo algunas palabras al oido, y luego se dejó caer en la almohada abatida por el esfuerzo que acacababa de hacer.

En efecto, era la duquesa de Palma, la bella cantarina de San Carlo, que se hallaba moribunda en una habitacion oscura é ignorada.

La mano de Dios, de ese Dios que no guarda siempre sus venganzas celestes para el alma del criminal, sino que algunas veces hiere el cuerpo vivo; ¡la mano de Dios pesaba sobre esta mujer!

Cansado el duque de Palma de los lazos que le imponia su matrimonio, y cada vez mas enamorado de su bailarina de la Opera, no buscaba mas que una ocasion para romper sus cadenas, y esa ocasion se le presentó por fin.

Finjiendo repentinamente con la duquesa unos celos que se hallaba muy distaute de sentir, el duque, con algunas indicaciones pérfidas, se procuró la llave del escritorio donde hemos visto guardar á la duquesa de Palma el manuscrito que titulaba *Memorias de un corazon* y que contenia la relacion detallada de sus cortos amores con el conde de Monteleone.

Dueño de este papel, el duque de Palma dió un escándalo terrible, amenazó con un pleito de divorcio, y obtuvo facilmente una separacion voluntaria, que era el objeto de sus deseos.

La duquesa vió suscitarse contra ella una indignacion jeneral. Todos los nobles, furiosos de la desigual alianza del embajador, gritaron aun mas alto que él por la ingratitud de la esposa culpable; de esa mujer de la nada que habia usurpado un rango y un título de que era indigna; y la orgullosa duquesa habia desaparecido súbitamente de un mundo que aprovechaba con tanto ahinco la ocasion de arrojar de su seno á la que habia recibido con tanta pena.

La Felina se habia refugiado en la modesta habitacion donde cabamos de encontrarla, pues



no podia decidirse á dejar Paris, donde se estremecia aun á la idea de ver á Monteleone rehabilitado, casándose con Aminta.

Una enfermedad grave la habia debilitado poco á poco; y Stenio Salvatori, ese italiano peligroso que poseía todos sus secretos, se habia introducido en su casa. Aprovechándose del imperio que le daba su complicidad con la duquesa, habia llegado á hacerse el dueño y tirano de esta mujer minada por el sufrimiento, siendo asi que ántes no era mas que su esclavo humilde.

Hé ahí porqué hemos visto tratarla con ese cruel desden y esa brutal impudencia.

El mismo dia en que pasó la escena precedente, el conde de Monteleone habia recibido la carta siguiente :

» Una mujer que sin duda reconoceréis al ver este escrito, ¡ no la quedan quizás mas que algunas horas de vida !

» ¡ Venid á verla, á nombre de la compasion que merece! ¡ No os negueis al último deseo de una moribunda! . . . ¡ Venid !

» Mas abajo estaban las señas de la casa de la duquesa.

El conde habia perdido de vista á la duquesa despues de mucho tiempo. Sabia que se habia separado de su marido, pero indiferente por todo lo que pasaba, no habia ni aun preguntado la causa de su rompimiento.

Siempre bueno y jeneroso, consideró como un deber el acudir á su llamamiento, y el dia siguiente á mediodia fué introducido en la habitacion de la *Felina*.

Stenio le habia precedido de algunos instantes; y oculto en una pieza inmediata se prometia gozar de la escena que se preparaba.

Pero apénas hubo entrado el conde en el cuarto de la duquesa, el italiano creyó oír pasos en un gabinete contíguo á ese cuarto, sobre el cual caia una escalera de servicio interior.

Inquieto Stenio por un ruido cuya causa no conocia, no pudo averiguarla, bien á pesar suyo, pues hubiera sido preciso atravesar de nuevo el cuarto de la duquesa para llegar al gabinete, y el conde de Monteleone estaba ya cerca de la duquesa de Palma.

Cuando el conde y la *Felina* se vieron, un doble grito de sorpresa se escapó de sus pechos.

¡ Eran dos espectros que se encontraban al pié de una tumba !

— Señor conde, — dijo la duquesa con voz trémula y cavernosa, — hay horas supremas en la vida, en las cuales debe brillar la verdad ántes que la boca que la proclama se halle helada por el frio del sepulcro. . . ¡ Es pues la verdad lo que vais á oír. . . y la verdad como la dicen los moribundos, sin hacer caso ni tener cuidado de la tierra, de los hombres ni de su enojo !

— Hablad, señora, — respondió el conde; — mi vida está llena de cosas tan singulares que no puedo admirarme de nada.

— No obstante, señor conde, aun os admiraréis, porque voy á revelaros un enigma doloroso que hace mucho tiempo tratais en vano de penetrar.

El conde se puso mas atento al oír estas palabras.

— En vano os habéis preguntado, — repuso la *Felina*, — quien era el enemigo secreto que os habia quitado la estimacion pública, la consideracion y el honor. . . Yo voy á nombrárosle ahora, señor de Monteleone. . .

El conde hizo un movimiento vivísimo de sorpresa.

— No me interrumpais, — dijo la duquesa. — Ese enemigo se ha pegado á vuestros pasos, ha envenenado poco á poco vuestra vida, y hé aquí lo que ha hecho para ello :

Estabais arruinado, señor conde. . . ¡ oh. . . bien y realmente arruinado !. . . pero él os ha enviado dos veces cincuenta mil francos, haciéndoos creer que ese dinero era una restitucion de aquel que os habia llevado vuestra fortuna. . .

— ¿ No era Lamberti? — preguntó el conde.

— No, — respondió la duquesa; — los que hacen quiebra llevan consigo lo que pueden, pero no vuelven nada. Una supuesta carta de ese banquero os impuso el silencio sobre esa



finjida restitucion... y era porque así se os creaban recursos misteriosos que debian despertar las sospechas del mundo, y acreditar el rumor esparcido de un trato vergonzoso entre vos y la policia...

El conde empalideció de horror.

— ¡Esperad! — continuó la *Felina*, viendo que Monteleone iba á hablar: — Un demonio... un hombre vendido á vuestro enemigo, se introdujo por su órden en casa del finjido doctor Mateo, vuestro consocio en el Carbonarismo; ese demonio halló medio de abrir el mueble donde el médico guardaba los archivos de vuestra asociacion, y, apoderándose cada día de las listas de vuestros afiliados que vos le entregabais, imitaba unas copias de ellas y entregaba los orijinales á la policia...

— ¡Infamia! ¡infamia! — exclamó Monteleone.

— Ese demonio hizo mas aun; — prosiguió la duquesa. — Tuvo la audacia de hacer escribir vuestro nombre como *espia* sobre un papel que fué leído por vuestro amigo Tadeo Rovero...

— ¡Oh... Dios mio! ¡Dios mio!... ¿qué es lo que oigo? — dijo el conde.

— Ese hombre no creyó que estabais aun bastante perdido á los ojos del mundo y de vuestros hermanos; y aprovechando hábilmente una noche que me visitabais, se lanzó en vuestro coche con un capote y sombrero semejantes á los vuestros, y se hizo conducir á la prefectura de policia; entró en el hotel á presencia de vuestros amigos, prevenidos por él de antemano y ocultos junto á la puerta, para que oyesen anunciar vuestro nombre al portero de la prefectura...

— ¡Pero todo eso es un infierno! — dijo Monteleone fuera de sí.

— ¡No he dicho que se trataba de un demonio! — contestó la duquesa con la mayor serenidad; y continuó: — Entónces se acumularon todas esas pruebas contra vos; el gobierno francés mismo fué engañado, y no estendió sus rigores contra el conspirador poderoso, contra el jefe del Carbonarismo, pues le creía su agente... ¡El mundo y el ódio público acabaron la obra!... ¡estabais perdido... y eso era todo lo que queria vuestro enemigo!

— ¿Pero de donde le venia esa rabia? — exclamó el conde fuera de sí.

— ¡Vos le habiais privado de su felicidad... él os ha privado de vuestro honor!... ¡Vos habiais abandonado á la que os adoraba... queriais casaros con otra... y ella os ha deshonrado para impedirlo!... Y ahora, conde de Monteleone, — dijo la *Felina* sentándose en la cama, — ¿tengo necesidad de nombrar á esa mujer?... ¿no la habéis reconocido?...

— ¡Miserable!... — dijo el conde, — ¿y no has temido que te mate?

— ¿Y para qué? — respondió ella, — ¡pues que voy á morir!

— ¡Y bien! — exclamó el conde furioso, — llevarás á tu tumba un crimen mas, sobre todos los crímenes atroces que acabas de revelarme... ¡pues con mi honor me has quitado la vida!

Y sacando una pistola del bolsillo se la acercó á la frente pronto á disparar... pero á las últimas palabras del conde se abrió una puerta y una mano desvió el brazo de Monteleone.

Este se volvió con viveza y reconoció al señor duque de Harcourt.

— ¡Conde de Monteleone!... — le dijo el noble anciano; — no hay mas que una voz en el mundo que pueda volveros ese honor que os han quitado tan cobardemente... y esa voz es la mia!... ¡Es la voz del hombre honrado... y del padre... (añadió con los ojos bañados de lágrimas) que os ha acusado públicamente de haber denunciado á su hijo, de haberle entregado á sus verdugos, de haberle matado en fin!...

— ¡Ah... es Dios... Dios quien os envia! — dijo el conde con un acento inefable de esperanza. — ¡Oh... sí!... ¡vos seréis creído!... ¡vos seréis escuchado!... Señor... (continuó en el colmo de la exaltacion)... ¿lo habéis oido todo?... ¿no es verdad?... ¿Sabéis lo que han hecho contra mi esos monstruos?... ¡Oh... vos lo diréis!... ¡repetidme que lo diréis!... ¡Me arrojó á vuestros piés para suplicároslo!...

— Señor conde, — respondió el duque levantándole y estrechándole entre sus brazos, — soy yo quien deberia suplicaros... Soy yo el verdadero culpable, ¡pues mi voz ha gritado



mas alto que todas las voces... anatema contra el inocente!... ¡porque yo he pedido contra vos la venganza del cielo y la de los hombres!...

— ¡El cielo!... — repuso Monteleone, — ¡oh... es él, si, es él que apiadado de la inmensidad de mis males os ha conducido aquí!

— ¡Es Dios!... — respondió el duque; — ¡y ella! (añadió mostrando á la *Felina*, cuyos ojos llenos de una dulce animacion, contrastaban con la palidez mortal que cubria su rostro.)

— ¿Ella? — dijo el conde estupefacto, — ¿ella que me ha deshonrado?

— ¡Ella! — respondió el duque, — que tocada sin duda de arrepentimiento divino, me hizo conjurar ayer por su doncella de confianza que viniese á oír aquí su confesion última y dolorosa...

Apénas habia pronunciado el duque estas palabras, se oyó en la pieza inmediata un grito terrible... ¡el grito del odio, del chacal y de la hiena!

— ¡Salvadme!... ¡salvadme!... — exclamó la duquesa, atrayendo á Monteleone y cubriéndose con su cuerpo, — ¡es él... es él que querrá asesinar-me!

— ¡El! — repitieron los dos hombres con espanto.

— ¿Pero de quién hablais, señora? — preguntó Monteleone.

— ¡De Stenio Salvatori! — respondió la duquesa, — ¡del infame cómplice de los males que os he causado!

El duque y el conde se precipitaron á un tiempo en el gabinete de donde habia partido el grito, pero el gabinete estaba vacío; una puerta secreta se hallaba abierta, y esa puerta daba á la escalera de la casa.

Cuando los dos hombres volvieron al cuarto, la enferma se hallaba moribunda, sucumbiendo á las emociones y penoso esfuerzo que le habia costado su terrible confesion; pero pudo repetir aun la súplica que le dirigia la vispera á Stenio, y exclamó

— ¡Un sacerdote!... ¡de gracia... un sacerdote, para que yo diga á Dios lo que acabo de decir á los hombres!

La puerta se abrió y se presentó un sacerdote.

— ¡Venid... venid... padre mio! — repuso la duquesa; — ¡venid á asegurarme que Dios me perdona... pues que los nombres me han perdonado!

El eclesiástico se detuvo en medio del cuarto durante algunos instantes, como sobrecojido por una emocion desgarradora.

— ¡Falta un perdon á los que habeis recibido ya, señora, y ese perdon os le traigo yo; es el de un desgraciado á quien habeis atormentado toda la vida... ¡de quien habeis hecho el arma cruel que debía matar al inocente!... (y señaló al conde.) ¡Yo estaba allí, cerca del señor duque, y todo lo he sabido como él!... ¡Ese perdon, señora duquesa, es el de Tadeo Rovero!...

Tadeo no habia acabado de pronunciar su nombre, cuando se hallaba entre los brazos de Monteleone.....

.....

Dos dias despues, un modesto entierro conducia los restos de la duquesa de Palma, de la brillante *Felina*, al reposo eterno; tres hombres seguian el carro fúnebre, y eran: el conde de Monteleone apoyado en el brazo del duque de Harcourt, y el clérigo Tadeo Rovero que conducia el duelo.

Despues que Tadeo Rovero habia visto la traicion de su amor y la traiccion de su amistad, no habia pensado ya mas que en Dios que no hace traicion á nadie. Proscrito y fugitivo, se habia refugiado en un seminario; allí abjuró sus errores, estudió y se hizo sacerdote.

El acaso le habia conducido á la morada de la *Felina*, pues habiendo sido designado por sus superiores á la doncella de confianza encargada de traer un sacerdote para su ama... ¡el cielo habia hecho el resto!

Entónces resonó en Paris un rumor estraño, Paris estupefacto supo la verdad toda entera sobre el conde de Monteleone.



Una carta firmada por el duque de Harcourt, inserta en todos los periódicos de la época, contó dramas terribles :

El duque decia á Paris en este escrito, y á la Europa toda, lo que habia dicho á Monteleone en el cuarto de la duquesa de Palma:

— « Si hay una voz que deba y pueda volver el honor á un hombre ultrajado indignamente, es la voz del que le ha acusado injustamente de haber sido la causa de la muerte de su hijo. »

La reaccion moral del conde fué tan repentina como lo habia sido su reprobacion ; y el corazon que gozaba mas de este triunfo, de esa reparacion patente, fué el de la mujer adorable que no habia dudado jamas de la lealtad de aquel á quien amaba.

El rey quiso ver al duque de Harcourt ; y comprendió y participó el dolor del padre desgraciado, pues tambien el rey lloraba la muerte del heredero de su corona, de su muy amado sobrino.

El duque salió del cuarto del rey llevando la gracia del joven amigo de René, del yerno de Apsberg ; y cuando vino á buscarle bajo las negras bóvedas de la Conserjería, cuando de Apsberg le preguntó temblando por la salud de María . . . . le respondió el duque :

— Es una enferma que le dará á usted que hacer mas de lo que piensa, pues sufre á un tiempo del cuerpo y del corazon . . . ; y tendrá usted que curar dos enfermedades á la vez! . . . Pero cuento con su habilidad de usted, — añadió sonriendo, — ¡ el médico se encargará de lo uno, y el esposo de lo otro! . . .

Un mes se pasó despues de los acontecimientos que preceden ; y el primer dia de mayo, dia de flores, de sol y alegría para toda la naturaleza, dos parejas seguidas de muchos amigos y una comitiva espléndida, se dirijian hácia la modesta iglesia de Neully, desde una casita de campo situada á las orillas del Sena.

El príncipe de Maulear, rejuvenecido por la dicha, daba el brazo á María de Harcourt.

El duque de Harcourt conducia á la marquesa viuda de Maulear.

El conde y de Apsberg los seguian.

Un sacerdote los aguardaba al pié del altar; ese sacerdote hizo cuatro dichosos.

Ese sacerdote no esperaba para sí mas que la dicha del cielo, pues era Tadeo Rovero.

Los tres fogosos carbonarios sentian apagarse poco á poco sus ardores revolucionarios, porque ya estos tres hombres tenian lazos que los ligaban fuertemente á esa sociedad que querian destruir.

Dos de ellos estaban ligados por la familia, y el tercero por la relijion.

El carbonerismo no murió en Europa, despues de los desastres ocurridos en Francia en aquella época; se adormeció durante diez años, y se despertó en 1830.

¡ El árbol ha crecido. . . y el mundo recoge ahora sus frutos amargos!

Stenio Salvatori recibió en Italia el pago de sus crímenes que habia cometido en Francia; su corazon perverso sirvió de vaina al puñal de un hermano de la *Venta* de Castella-Mare.

Y en cuanto á nuestra antigua conocida, la señorita Celestina Crepineau, tocada de la gracia divina, arrepentida de haber colocado tan mal su puro y único amor, fué como la Magdalena á echarse á los piés del Señor, y murió siendo portera de Santo Tomas de Aquino, con grande edificacion para los fieles.

FIN.



# INDICE

## DE LOS CAPITULOS CONTENIDOS EN ESTE VOLUMEN.



I. La Sibila . . . . .	3
II. La Casa Etrusca . . . . . p . . . . .	8
III. El Calabozo . . . . .	12
IV. La Venganza . . . . .	19
V. El Contrato . . . . .	25
VI. La Esmeralda . . . . .	30
VII. Torre-del-Greco . . . . .	34
VIII. El Nido de Viboras . . . . .	38
IX. Scorpione . . . . .	43
X. El Concierto . . . . .	80
XI. El duque de Palma . . . . .	53
XII. La visita . . . . .	58
XIII. El preso por su gusto . . . . .	63
XIV. La aparicion . . . . .	71
XV. Una noche en Sorrento . . . . .	75
XVI. La primera declaracion . . . . .	80
XVII. El justicia Mayor . . . . .	86
XVIII. La Vista de la Causa . . . . .	92
XIX. (Continuacion) . . . . .	98
XX. El duque de Palma . . . . .	104
XXI. (Continuacion) . . . . .	110
XXII. Aclaracion del enigma . . . . .	115
XXIII. Ultima representacion . . . . .	120
XXIV. La carta paternal . . . . .	127
XXV. Los dos rivales . . . . .	132
XXVI. Tres rivales . . . . .	137
XXVII. Matrimonio . . . . .	142
XXVIII. La Duquesa . . . . .	147
XXIX. El Padre . . . . .	153
XXX. El Hombre enmascarado . . . . . "	159
XXXI. La Embajadora . . . . .	165
XXXII. La Fiesta . . . . .	171
XXXIII. Diario de un corazon . . . . .	177
XXXIV. El doctor Mateo . . . . .	183
XXXV. Los cuatro Pulicinelli . . . . .	189



XXXVI. Una Carta.....	197
XXXVII. Los Celos.....	204
XXXVIII. Bajo palabra.....	110
XXXIX. El Jugador.....	117
XL. La Desesperacion.....	226
XLI. El Magnetizador.....	230
XLII. La Sonámbula.....	230
XLIII. El amigo de la señorita Crepineau.....	242
XLIV. La Ruina.....	242
XLV. El Rey.....	257
XLVI. La Revelacion.....	265
XLVII. Angel bueno y Angel malo.....	268
XLVIII. El Tabique secreto.....	275
XLIX. Nubes en el horizonte.....	282
L. Se dice.....	289
LI. El Desafio.....	297
LII. El Billeto anónimo.....	304
LIII. Noche terrible.....	312
LIV. La Acusacion.....	318
LV. Visita de la Policia.....	325
LVI. La Guardilla.....	333
LVII. La Conserjería.....	
LVIII. La Confesion.....	





UNIVERSIDAD DE CADIZ



3740344487











